

Historias de activismo lésbico en Argentina (1969-2012). Cartografía, archivo y experiencias

Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Tesista: Cecilia Magdalena Malnis

DNI: 18.903.525

Directora: Dra. Laura Gutiérrez

Codirectora: Dra. Sabrina Yañez

Febrero, 2024

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo 1. Encuadre de una pregunta por “lo lesbiano”	22
1.1 Encuadre metodológico	22
1.1.3 Presentación del corpus	26
1.1.3.1 Las entrevista(da)s.....	26
1.1.3.2 Potencia Tortillera. Algunas consideraciones en torno al “archivo”	35
1.2 Estado de la cuestión.....	41
1.3 Marco teórico	55
1.3.1 Consideraciones en torno a la <i>experiencia</i> , la <i>identidad</i> y la <i>representación</i>	55
1.3.2 Archivo de Sentimientos: ¿cómo hacer <i>experiencia</i> con el pasado?	65
Capítulo 2. De los círculos para “entendidas” a las primeras agrupaciones lésbicas públicas (1969-2000)	73
2.1 Una cronología discreta: panorámica social de los primeros años (1969-1982)	78
2.2 La larga transición democrática para las “minorías sexuales”: la <i>convivencia</i> como eje de tensión (1982-2000)	86
2.2.1 Los ochenta: ensayos, revistas, talleres, encuentros y espacios de sociabilización para lesbianas	92
a. Asociación de Trabajo y Estudios sobre la Mujer-25 de noviembre.....	99
b. Lugar de Mujer	105
c. Encuentro Nacional de Mujeres	109
d. Comunidad Homosexual Argentina	111
e. Primer Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe	116
2.2.2 Los noventa: centros culturales, grupos lésbicos, revistas comerciales y marchas del orgullo.....	118
f. Las Lunas y las Otras	121
g. Gays por los Derechos Civiles y las Marchas del Orgullo.....	123
h. Lesbianas a la Vista	126
i. Lesbianas en la Resistencia.....	130
j. Frente de Lesbianas de Buenos Aires	133
k. Encuentro Nacional LGTTB, el Boletín La hora y la revista Las Iguanas	135
l. Amenaza Lésbica, Musas de Papel y La Fulana	137
m. Activismo LGBTTTQ en Rosario.....	139
Capítulo 3. Redes para el encuentro: caminar el territorio y navegar la web	141
3.1 Un antecedente del activismo feminista y lésbico en red: <i>Rimeras</i>	150
3.2 Safo_piensa: “somos sus vecinas, maestras, somos sus enfermeras”	154

3.3 Lesbianas que se encuentran: Taller de Activismo Lésbico	156
3.4 Espacio de Articulación Lésbica (2004-2008)	159
3.4.1 Cambiemos las preguntas	165
3.4.2 Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales	172
Capítulo 4. Colectivos lésbicos en el cambio de siglo	179
4.1 La Fulana (1998-actualidad)	189
4.2 Lesbianas en Lucha (2003-2004)	197
4.3 Desalambrando (2002-2011).....	202
Capítulo 5. Otros espacios, otros tiempos. El equívoco “interior” y algunas consideraciones sobre la intimidad en el activismo lésbico.....	206
5.1 Las Safinas (2003-actualidad)	214
5.2 Cero en Conducta (2004-2015)	218
5.3 Fugitivas del desierto (2004-2008).....	222
5.4 Malas como las Arañas (2007-2021)	230
5.5 Ultravioletas (2007-2013).....	238
Capítulo 6. Lesbianas aborteras y lesbianas madres.....	247
6.1 ¿Desde cuándo las lesbianas tienen algo que ver con el aborto?.....	251
6.1.1 Periplo lésbico por la legitimación social del aborto: el activismo cultural de la revista <i>Baruyera</i> (2007-2009)	258
6.1.2 Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2018)	264
6.1.2.1 Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas	269
6.2 Madre, ¿hay una sola?	272
6.2.1 Lesmadres (2008-2013).....	277
Capítulo 7. El reconocimiento y la redistribución en disputa	284
7.1 Bicentenario con igualdad: el debate por el matrimonio y algo más	292
7.2 La “disidencia”: la base de la agenda autonomista.....	297
7.2.1 Diálogos críticos del Activismo Lésbico	300
Capítulo 8. <i>Perelinajes</i> y el nombre como una práctica de auto-representación.....	30910
8.1 ¿Qué quiso el activismo que diga <i>lesbiana</i> ?.....	310
a. Nominación descriptiva.....	314
b. Homenaje referencial.....	318
c. Indiferenciación y parodia.....	325
d. Injuria nominal y nomadismo identitario.....	331
Consideraciones finales	3367
Referencias bibliográficas.....	346

Agradecimientos

A las activistas lesbianas que generosamente me relataron sus historias, abrieron sus archivos y me contactaron con otras activistas, marcando el inicio de la estructura en red de esta tesis. Sus aportes son invaluable y las transformaciones que propiciaron en mí (teóricas, políticas y afectivas) exceden con creces estas páginas.

A los colectivos que analizo en la tesis y a los que no llegué a estudiar, que en conjunto apostaron por una gramática del activismo política, poética y afectiva. Especialmente, agradezco su activismo a favor de la visibilidad que durante mi adolescencia me permitió conocer a otras personas como yo, orgullosamente lesbianas.

A mis directoras del doctorado, Laura y Sabrina, que supieron guiar mis primeras inquietudes, llevándome hasta buen puerto. Sus propias experiencias dentro del movimiento feminista y lésbico trazaron un puente entre la academia y el activismo que fue una luz para analizar muchos nudos problemáticos que surgieron en la investigación.

A Laura Arnés, quien codirige mi beca en CONICET y amorosamente me hizo parte de su equipo de investigación. Sus lecturas meticulosas y comentarios críticos transformaron radicalmente mi tesis y la forma de trabajarla. Sus sugerencias respecto a las personas a entrevistar añadieron matices y voces diversas al relato colectivo. Sus comentarios rigurosos, aunque a veces incisivos, me enseñaron acerca de la confianza que depositó en este proyecto y en mi trabajo. Sin el tiempo valioso que le dedicó a acompañarme en este largo proceso, hoy el texto sería más el resultado de un oficio que de un viaje.

A María Luisa Peralta, a su buena memoria y honestidad intelectual. El intercambio sobre cuestiones históricas del activismo lésbico y las impresiones personales acerca de la trayectoria específica de varios colectivos estudiados fueron fundamentales para mi investigación. Su lucidez crítica me llevó a repensar en múltiples ocasiones la dirección y el enfoque de algunos capítulos. Su apasionado lesbianismo me brindó la confianza necesaria para defender ciertos posicionamientos teóricos y políticos frente a eventos históricos.

A Adriana Carrasco, por su insistencia en el peronismo y dentro de los feminismos, a pesar de todo.

A Grisel Juri-Ayub, Aranzazú Guevara y Sabrina Yañez, cuyo espíritu “archivista” me ayudó a adentrarme en una historia de la cual yo formaba parte en Mendoza.

A la escuela y a la universidad pública que me han formado, y a las personas que conocí ahí y me transformaron. A les docentes que me enseñaron el valor del laicismo y de la lucha gremial. A les investigadores cuyo ejemplo me inspiró para estudiar con el cuerpo y en el territorio.

A CONICET que me dio una beca doctoral, apostando por un trabajo sobre historias lésbicas. A mis compañeras de beca, con quienes nos acompañamos en momentos difíciles. A Juliana, por las videollamadas y el intercambio entre pares, por el mutuo aprendizaje.

A los gobiernos kirchneristas y al Plan Conectar Igualdad. Fue con la netbook que recibí en 2011 que redacté los primeros capítulos de esta tesis.

A María. Ella sabe por cuánto.

Introducción

Se traza una suerte de epistemología del anacronismo, esto es, aborda la imagen desde la discontinuidad y el corte, desde el futuro y la irrupción, pues las imágenes no pretenden retratar el tiempo pasado historiográfico, sino un tiempo apasionado.

Natalia Taccetta, *Archivar y recordar*

Esta tesis recoge historias del activismo lésbico en Argentina entre 1969 y 2012, narradas a través del hilvanado entre las voces de algunas de sus protagonistas y de la revisión documental de un archivo gestado dentro del activismo. En ella, trazo continuidades entre el testimonio personal y el relato colectivo, en donde “lo personal es político” resuena como el leitmotiv que atraviesa toda la investigación. En este sentido, la tesis se erige como un testimonio de la intersección entre lo íntimo, lo público y lo político que revela la complejidad de los entramados afectivos que subyacen en las luchas por la visibilidad, el reconocimiento y la redistribución que encaró el activismo de las lesbianas en este país.

Iniciada en 2019, la investigación surgió del deseo de comprender distintas experiencias de vida de las lesbianas. Como ocurre generalmente con aquellos grupos subalternos cuyas historias y perspectivas han sido sistemáticamente excluidas de los relatos dominantes, se presentaban diferentes puntos de partida. Estos estaban vinculados tanto a la necesidad teórica de reflexionar sobre procesos históricos como a la urgencia política de reintegrar algunos relatos en el tejido social. La decisión metodológica de adscribir a un diseño de investigación flexible propio de los estudios sociales me habilitó a comenzar tempranamente el trabajo de campo, con el objetivo de poder imaginar hacia dónde podrían llevarme mis primeras inquietudes y, fundamentalmente, hacia qué preguntas.

En esa instancia inicial entrevisté a lesbianas de diferentes edades y provincias que habían tenido distintos grados de involucramiento en el activismo lésbico y feminista. Eran desconocidas a quienes contacté a través de redes sociales. Conforme transcribía los primeros relatos, noté que aquellas que habían estado más comprometidas en el activismo compartían sus vivencias desde una doble perspectiva, tanto personal como colectiva, lo que resultaba en relatos más espesos.

También observé que las entrevistas con las lesbianas activistas tendían a ser más extensas. Mientras que las conversaciones con las no activistas duraban alrededor de una hora, las interacciones con quienes habían sido activistas se extendían hasta dos o incluso tres horas. A medida que avanzaba en este trabajo, me impactó profundamente cómo la experiencia personal del lesbianismo se entrelazaba y resignificaba en las entrevistas a partir de la politización de esa identidad.

Desde hacía unos años, el movimiento feminista venía copando las calles al grito de “Ni Una Menos” y la marea verde hacía crecer la confianza en las posibilidades de la legalización del aborto legal. Me sorprendió lo poco que conocía del activismo propiamente lésbico en torno a cuestiones como la violencia machista, el reclamo por la autonomía del propio cuerpo o la visibilidad en el espacio público, si bien yo estaba por entonces participando de una colectiva queer y feminista de Mendoza. Advertí que mi desconocimiento de esa historia no era un problema personal, sino que había en la literatura académica feminista un gran desinterés por las genealogías del activismo lésbico. Es por esto que, en simultáneo a la realización de las primeras entrevistas, empecé una intensa búsqueda en internet de documentos sobre lesbianismo en Argentina y entonces descubrí el *Archivo Documental Digitalizado del Activismo Lésbico: Potencia Tortillera*, un blog que nació en el 2011. Este archivo, mantenido por activistas lesbianas de diversas provincias del país, recopilaba experiencias de activismo lésbico desde 1970 hasta la actualidad. *Potencia Tortillera* se me presentó como un archivo ecléctico que albergaba una amplia variedad de materiales digitalizados, como publicaciones en revistas o periódicos, fotografías, poemas, notas de opinión escritas por activistas e invitaciones a eventos. Su existencia revelaba el esfuerzo colaborativo de activistas que buscaron preservar y compartir la rica historia del activismo lésbico en Argentina.

Leí cuidadosamente cada entrada de ese blog, prestando especial atención a los eventos que tuvieron lugar en provincias como la mía, Mendoza, los cuales a menudo se vieron eclipsados por una segunda capa de invisibilidad en la historia, tanto debido al centralismo porteño como a los conservadurismos provinciales que han contribuido a ocultar ciertas experiencias de activismo. Descubrí que en los primeros años de la década del dos mil surgieron numerosos colectivos lésbicos en diversas localidades argentinas, como la ciudad de Neuquén, Rosario (Santa Fe), La Banda (Santiago del Estero) y La Plata (Buenos Aires), que realizaron un esfuerzo

significativo para federalizar el activismo, tejer redes entre ellos y descentralizar las narrativas lésbicas que antes estaban centradas en las experiencias de Buenos Aires.

Decidí enfocar mi estudio en el periodo comprendido entre 2001 y 2010, cuestionándome sobre la influencia de los eventos que marcaron al país en 2001 (y si habían tenido algún impacto en el activismo lésbico) y en 2010, año de la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario. A través de mis lecturas y entrevistas, observé que esos nueve años estuvieron marcados por la multiplicación de las apariciones lesbianas en el espacio público, el fortalecimiento de redes interprovinciales de activismo, la intensa disputa en el terreno simbólico para cambiar las representaciones discriminatorias tradicionales, la creciente confianza en las “políticas de la identidad”, la diversificación de las plataformas para establecer redes en distintos puntos del país y la apropiación de las tecnologías de la información para generar contenido lésbico de acceso virtual, entre otras características.

También en ese contexto, el feminismo estaba abriéndose lugar en distintos sectores sociales, como un terreno de disputa de sentidos. Asimismo, el movimiento LGBTTTQ¹ se fortaleció y amplió, y las agendas del movimiento de mujeres y de las diversidades sexuales poco a poco entraron a las instituciones públicas, logrando avances legislativos de gran importancia, como la Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable (2003), la Ley de Educación Sexual Integral (2006), la Ley de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (2009) y la Ley de Matrimonio Igualitario (2010). En este sentido, también observé que fueron años caracterizados por la convivencia, en ocasiones tensa, entre las aspiraciones de ampliar la ciudadanía sexual y la consecución de derechos, y las prácticas de activismo menos centradas en lógicas institucionales y más enfocadas en transformar la praxis política mediante acciones micro-políticas y autogestivas.

La importancia del periodo era evidente y, sin embargo, había algo en mi recorte que me inquietaba. Entendí que la incomodidad de tomar sólo esos años para el análisis radicaba en cierta tendencia dentro de los estudios de los grupos marginados a leer su pasado de forma

¹ Esta sigla representa a la comunidad conformada por lesbianas, gays, bisexuales, transgénero, travestis, transexuales y queer. A lo largo del tiempo y en distintos contextos, la composición de las letras ha experimentado cambios, coexistiendo en diversas épocas distintas disposiciones como LGBT, LGTT, GLBT, entre otras. Además, a veces se incluye en la sigla la letra “A” de asexuales, o la “I” de intersex. En este proyecto, por una elección de coherencia en la escritura, opté por utilizar siempre la forma LGBTTTQ, aunque, como se observará, en ocasiones puede resultar incluso anacrónico.

fragmentaria y discontinua, que en cierto modo contribuye a la invisibilización de sus genealogías y a pensar que su historia empieza siempre de cero. A la tensión entre lo *deseado* y lo *posible* propia de cualquier trabajo de investigación, se sumó lo *existente*, que bajo la forma del estado de la cuestión me llevó a estudiar una etapa anterior a la que yo había propuesto y con la cual mi periodo entablaba continuidades. En consecuencia, opté por ampliar el marco temporal hacia unas décadas anteriores, explorando el momento en que las lesbianas se hicieron presentes en las primeras organizaciones feministas y homosexuales en 1969. También decidí extender mi análisis hacia unos años posteriores a la aprobación del matrimonio igualitario, abarcando hasta el 2012 con el fin de comprender las repercusiones de esta conquista institucional en el activismo.

El interés inicial por las experiencias personales de lesbianismo fue haciéndole lugar al interés por las agrupaciones activistas de lesbianas. Este cambio de enfoque se vio especialmente influenciado por las preguntas respecto a cómo los colectivos lésbicos reinterpretaron o transformaron ciertas morfologías del pensamiento y del activismo feminista; cómo los diferentes grupos co-construyeron un movimiento a nivel nacional y cómo disputaron en su interior algunos sentidos políticos; qué relación entablaron los activismos con las instituciones estatales y con organismos no gubernamentales; qué características tuvieron aquellos colectivos cuyas grupalidades habían nacido de la amistad; qué sentidos en torno al activismo fueron consolidándose en la práctica concreta de estos grupos, entre otras. Debido a la extensión del periodo, algunos colectivos quedaron fuera de este estudio y la razón principal de su exclusión fue la dificultad para contactar a sus integrantes. No obstante, logré abordar una amplia variedad de experiencias, incluyendo los espacios de autoconciencia lésbica que se desarrollaron en los años ochenta en Lugar de Mujer, así como varias revistas, tales como *Cuadernos de Existencia Lesbiana* (1987-1996), *La sociedad de las extrañas* (2004-2007) y *Baruyera* (2007-2009). También incluí en mi investigación encuentros federales lésbicos, como el Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (2008), la Juntada de Lesbianas Disidentes (2009) y los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (2011). Entre los colectivos estudiados se encuentran Las Lunas y las Otras (1991-2000), Lesbianas a la Vista (1995-2001), Lesbianas en la Resistencia (1995-1997), La Fulana (1998-actualidad), Desalambrando (2002-2011), Lesbianas en Lucha (2003-2004), Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2018) y Lesmadres (2008-2013), todos grupos que tuvieron como escenario privilegiado de acción a la Ciudad de Buenos Aires. Pero

también presento colectivos de otras ciudades, como Las Sabinas (Rosario, 2003-actualidad), Fugitivas del Desierto (Neuquén, 2004-2008), Ultravioletas (Mendoza, 2007-2013), Malas como las Arañas (La Plata, 2007-2012) y Primorosa Preciosura (La Banda, 2008-2015).

Este redireccionamiento del tema de estudio me llevó a construir una suerte de genealogía, para lo cual fue necesario un trabajo de archivo que originalmente no había considerado y que resultó en una cartografía del activismo lésbico. Dicha cartografía no está pensada como un mapa territorial, sino que amplía un tiempo-espacio denso con los flujos, intensidades e intercambios que entablaron las lesbianas en Argentina, construyendo al activismo mismo como un territorio posible de relaciones que se reconfigura permanentemente.

Los objetivos de mi tesis se fueron delineando en torno al trabajo de contribuir a la reconstrucción de la historia del activismo lésbico en Argentina entre 1969 y el 2012. A partir de este enfoque, surgieron objetivos específicos: 1. analizar, a partir de la perspectiva de las activistas lesbianas, algunas características de los activismos lésbicos gestados en el país; 2. mapear y contextualizar las redes de activismo y los colectivos lésbicos que se formaron en esos años; 3. reflexionar en torno a las herramientas sobre las que se asentó el activismo; 4. aportar a la construcción de archivos que recuperen debates lesbofeministas en Argentina. Para alcanzar estos objetivos, utilicé entrevistas en profundidad con activistas lesbianas y consulté archivos documentales generados dentro del mismo movimiento. La doble procedencia del material que conforma el corpus de análisis se debe a que no sólo me interesaba describir y analizar “lo hecho” por el activismo lésbico, sino también “lo dicho”. Me refiero a esas narrativas que fueron creadas para resistir a los discursos que demonizaban o invisibilizaban la experiencia lésbica, dando forma a un tipo específico de activismo profundamente arraigado en prácticas culturales y literarias. El uso de esos dos registros (oral y documental) buscó no sólo *dar cuenta*, sino también *dar vida*, en el sentido de que “[hagan] presente la historia, la [humanicen]” (Cohen en Blair Trujillo, p. 84).

Las fuentes documentales se seleccionaron con el fin de proporcionar una mayor profundidad histórica a las experiencias de activismo. Mayormente provinieron del *Archivo Documental Digitalizado del Activismo Lésbico: Potencia Tortillera*, pero también se incorporaron documentos y artículos periodísticos extraídos de los suplementos *LAS12* y *Soy* del diario *Página12*, de los blogs de los colectivos lésbicos sujetos a estudio, así como de la plataforma

*Moléculas Malucas*² y del archivo digitalizado del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI).

En cuanto a las entrevistas en profundidad, veintidós fueron explícitamente incluidas en la tesis para su análisis (en el capítulo uno dedico una sección a la presentación de las activistas cuyos testimonios aparecen citados). Las primeras entrevistadas fueron identificadas a través de documentos del activismo lésbico argentino. Posteriormente, ellas mismas sugirieron nombres que consideraban imprescindibles para la tesis, me facilitaron el contacto y actuaron como intermediarias. El muestreo, por tanto, fue *no probabilístico por bola de nieve*. Si bien en los perfiles de las entrevistadas se pueden reconocer trayectorias comunes, como cierta identificación político-afectiva con el feminismo, es importante señalar que en las entrevistas recopiladas no siempre existió consenso en relación con ciertos eventos. Por el contrario, las interpretaciones variaron considerablemente, lo que me permitió capturar una diversidad de perspectivas.

En este sentido, la tesis reúne voces y perspectivas vinculadas a diversas trayectorias políticas que fui entrelazando en un relato colectivo. Allí surgen discrepancias en los testimonios, fundamentalmente, respecto a lo que la praxis política lésbica representaba para las activistas. Para algunas, significó una transformación de su vida cotidiana, mientras que para otras implicó la participación en colectivos con objetivos políticos definidos. Algunas interpretaron la política en un sentido más convencional, ligado a la lógica partidaria o institucional, mientras que otras la vivieron como una epistemología en la calle y una metodología de la imaginación poética, revalorizando la cultura y la micropolítica de los afectos. Para algunas, el punto de su activismo fue la expansión de derechos, mientras que para otras fue la conquista de nuevos horizontes nominativos, considerando el lenguaje como un terreno de disputa de significados establecidos. A pesar de estas diferencias, sugiero que también aparecieron en las entrevistas sentidos respecto al *activismo* que funcionaron como vasos comunicantes entre las diferentes prácticas concretas. Dichas prácticas tuvieron en común la promoción de nuevos sentidos respecto a las esferas pública y privada que ponían en primer plano al propio cuerpo, señalando la potencia política de generar cultura que tiene lo íntimo.

² <https://www.moleculasmalucas.com/>

Las intervenciones culturales, como se verá a lo largo de la tesis, son un eje que atravesó todas las experiencias de activismo recogidas. La creación de ensayos y literatura lésbica, las performances y lecturas de poesía como propuestas corporales y políticas, la música como una forma de (contra-)banda de ritmos propios de las marchas lesbianas, son ejemplos de algunas de estas intervenciones que generaron narrativas lésbicas locales y consumos culturales propiamente lésbicos. Las prácticas tempranas de traducción y difusión de textos, junto con el esfuerzo de “archivismo” mediante el cual muchas lesbianas conservaron material documental y registros de su activismo, no sólo resultaron ser insumos fundamentales para mi tesis. Estas acciones alimentaron y ayudaron a construir un activismo a través del cual se unieron la militancia política con la generación de espacios de sociabilización y de contención (tanto colectiva como subjetiva). En este contexto, el activismo se entrelazó con la formación de grupos de amigas, las campañas con actividades recreativas, y los eventos en centros culturales con las noches de levante.

En el análisis de las entrevistas, la *temporalidad* supuso cierta complejidad a la que atender, no sólo porque las entrevistadas evocaban el pasado por lo que en el presente les resultaba significativo, sino que, además, hicieron uso de expresiones propias del periodo en que realicé las entrevistas (2019-2023) que no se usaban o que ni siquiera existían en mi periodo de análisis (1969-2012). Ejemplo de lo anterior son expresiones como “TERF” o “lesbicidio”. Por otro lado, las mismas entrevistadas ya no eran, al momento de la entrevista, quienes habían sido en su activismo de las décadas anteriores. Muchas dieron cuenta de desplazamientos significativos en sus modos de pensar y radicales cambios de opinión respecto a temas que habían sido objeto de controversia en años anteriores. También hubo cambios de identidad sexo-genérica: algunas dejaron de identificarse como lesbianas y pasaron a llamarse bisexuales, pansexuales y trans. En este sentido, tomé la decisión de escribir en la tesis los nombres de les activistas como elles eligen ser nombrades en el presente. Lo que aparece con todos esos desplazamientos y nomadismos es la historia personal y colectiva como un hojaldre, es decir, un devenir denso, contextualizado, corporizado y, a veces, incluso contradictorio.

La contextualización de los activismos en un lugar y momento específicos también supuso un esfuerzo considerable. La restricción impuesta por las páginas asignadas para la tesis doctoral planteó una constante disyuntiva entre profundizar en el contexto histórico y geográfico, y la

necesidad de no pasar por alto aspectos relevantes de la historia específicamente lesbiana. En este dilema, opté por priorizar las experiencias significativas aportadas por las entrevistadas desde su propio contexto, incluso si ello significaba dejar sin explorar ciertos momentos clave de la época. De esta manera, sugiero que las diversas voces presentes en mi trabajo enriquecen los archivos lésbicos y diversifican los debates lesbofeministas en Argentina.

Los sentidos construidos con las entrevistas fueron abordados a partir de una categoría de análisis central, muy adoptada y también problematizada por los Estudios Feministas: la *experiencia*. La propuesta teórica de Teresa de Lauretis (1993) fue iluminadora para comprender el cruce y la mutua influencia entre lo individual y lo social, entendidos como procesos históricos y subjetivantes que no distinguen taxativamente entre micro y macro sociología. Además, los aportes de pensadoras como Donna Haraway (1991), Leonor Arfuch (2003) y Dorothy Smith (2005) me ayudaron a pensar en un posible abordaje metodológico a las entrevistas en profundidad para estudiar en ellas las experiencias, pero también las genealogías, los sentidos compartidos, la trama cultural y los afectos. Por otro lado, el *archivo*, que cobró una importancia inesperada en la tesis, junto a dos conceptos que le son constitutivos, como *cultura* e *historia*, son abordados desde los aportes de Raymond Williams (1989, 2000), Walter Benjamin (1989, 2009, 2013) y Ann Cvetkovich (2018).

Abordar el entrelazamiento de lo social y lo personal se erigió como un desafío significativo en mi investigación. Tal como señaló la investigadora argentina Leonor Arfuch, en la actualidad estamos presenciando una escalada de la subjetividad, una explosión de relatos individuales que a menudo desplazan a los relatos colectivos (2005, p. 40). En este contexto, mi indagación buscaba contar la historia de un movimiento compuesto por muchas personas, cada una con su propia historia, enriquecida por sus matices y distintos puntos de vista. No obstante, no debe inferirse que por ello prevalezca la “pequeña historia”, ni tampoco es acertado considerar que la historia colectiva meramente se configura como la suma de las narrativas individuales. Más bien, propongo una historia plurívoca (y pluri-bocal), que es simultáneamente subjetiva y social, íntima y pública, ajena, propia e inapropiable. De este modo, describo a los testimonios recogidos en las entrevistas como *c-orales*, en el sentido de una grupalidad que interpreta de forma expresiva una misma pieza, porque “el ‘yo estaba allí’ que pertenece a cada uno de los sujetos tiende un puente a los otros que estaban allí y a la realidad social” (Mattioli, 2013, p. 6).

Tal como escribió bell hooks ([1994] 2019), idealmente se llega a la teoría con una pregunta que interrumpe, que incomoda, que interviene, que desvía. En el caso de mi tesis, luego de las revisiones y ajustes que fueron transformando el proyecto inicial surgieron varios puntos problemáticos: cómo abordar el cruce entre las historias y las geografías del activismo lésbico en Argentina, cómo estudiar las producciones culturales que fueron también intervenciones políticas, cómo recuperar los puntos de vista para construir un relato colectivo, entre otras cuestiones. Los testimonios orales, los recortes de prensa con noticias y las fotografías de antiguas pancartas que documentaban una marcha se convirtieron en el material principal para reconstruir una historia que hasta entonces había recibido poca atención en la academia argentina. A partir de estos elementos y preguntas, en la tesis no ofrezco respuestas definitivas, sino que propongo hipótesis y sugiero posibles intersecciones teóricas.

La tesis se organiza en ocho capítulos. En el primero, se establece el marco epistemológico y metodológico, que incluye una descripción del corpus utilizado y la presentación de las activistas entrevistadas. También abordo el estado de la cuestión, subrayando la originalidad de mi contribución en este campo. El marco teórico, por otra parte, introduce algunas consideraciones conceptuales en torno a las categorías de *experiencia*, *identidad*, *representación*, *cultura*, *archivo* y *temporalidad*. Los Estudios Feministas y la Teoría Crítica Cultural son el principal encuadre desde donde pienso los nudos problemáticos.

El capítulo dos se centra en las apariciones lesbianas en el período que abarca desde 1969 hasta el 2000, donde se resaltan aquellas activistas y grupos pioneros que iniciaron el activismo lésbico en Argentina al introducirlo en Buenos Aires. El tercer capítulo examina tres experiencias federales de activismo surgidas en el nuevo milenio, incluyendo la lista de correos Safo_piensa, el “Taller de Activismo Lésbico” dentro de los encuentros nacionales de mujeres y el Espacio de Articulación Lésbica. En el cuarto capítulo analizo a tres grupos (La Fulana, Lesbianas en Lucha y Desalambrando) que llevaron a cabo actividades activistas en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Aunque estos colectivos se formalizaron en los años 2000, sus integrantes ya habían participado en los movimientos feministas y de la comunidad LGBTTTQ durante la década de los noventa. Por lo tanto, el enfoque se centra en la “transición” del activismo a lo largo de estas dos décadas. El quinto capítulo contiene cinco experiencias colectivas de grupos que introdujeron el tema del lesbianismo en ciudades y provincias donde aún este activismo no existía como tal

durante los dos mil, como son los grupos Las Safinas, Cero en Conducta, Fugitivas del Desierto, Malas como las arañas y Ultravioletas.

El sexto capítulo reflexiona sobre el activismo a favor del aborto sostenido por grupos lésbicos, con un enfoque especial en el espacio Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto. Se presenta también el colectivo Lesmadres conformado por madres lesbianas, explorando aspectos legales y culturales en disputa en la sociedad y dentro de los feminismos, especialmente en relación con el reconocimiento de las comaternidades. En el séptimo capítulo, se aborda la corriente “autónoma” del movimiento lésbico, particularmente su relación con aquella otra facción del movimiento LGBTTTQ que se centró en la legalización del matrimonio igualitario durante los últimos años del periodo de estudio. Finalmente, antes de las conclusiones, se propone un último capítulo que indaga sobre las genealogías de los grupos estudiados, destacando la dimensión dialógica de las tradiciones lésbicas en Argentina.

Los capítulos de carácter histórico requieren una explicación adicional, ya que es evidente la disparidad entre el segundo capítulo que aborda un período de treinta y un años de historia (1969-2000), y los cinco capítulos subsiguientes que se distribuyen únicamente once años de mi periodo de estudio (2001-2012), generando una división en dos grandes etapas. Dicha partición en dos etapas se basa en ciertos hallazgos identificados durante el análisis. En primer lugar, resaltan las disparidades en términos de alcance geográfico. Entre 1969 y el año 2000, los colectivos lésbicos bajo estudio activaron principalmente en la Provincia y Ciudad de Buenos Aires, en lo que se llama el Área Metropolitana de Buenos Aires. La red de activismos que se conformó condujo a que en los ochenta y noventa las activistas porteñas interactuaran principalmente entre ellas y con feministas y lesbianas de otros países, especialmente de Latinoamérica y el Caribe. Durante ese período, observé que los eventos y foros internacionales de mujeres ejercieron una influencia significativa en la definición de la agenda feminista y lésbica local de Buenos Aires. Ejemplos notables de estos encuentros entre activistas argentinas y sus pares de todo el mundo incluyen la Conferencia Mundial sobre la Mujer de Nairobi en 1985, o los Encuentros Feministas de Latinoamérica y el Caribe, que datan desde 1981. En lo que se refiere específicamente al ámbito lésbico, destaca la participación de activistas argentinas en los Encuentros Lésbico-Feministas de Latinoamérica y el Caribe desde 1983, así como en la

agrupación Espacio Latinoamericano para la Publicación Lésbica que se estableció en 1997 a través de una lista de correo electrónico.

En esa época, cuando el activismo lésbico empezaba a organizarse en distintas partes del mundo, las activistas de Buenos Aires desempeñaron un papel importante como portavoces de sus experiencias locales en el ámbito global. Esto se refleja en la participación de la activista argentina Ilse Fuskova como oradora en la Marcha del Orgullo en San Francisco en 1988, así como en las invitaciones a Silvia Palumbo (del grupo Las Lunas y las Otras) y Mónica Santino (de la Comunidad Homosexual Argentina) a Nueva York en conmemoración de los 25 años de Stonewall, donde presentaron al recién formado Frente de Lesbianas de la Ciudad de Buenos Aires. También se destaca la invitación hecha por un grupo alemán a Las Lunas y las Otras en 1995 para compartir la experiencia de haber establecido el primer centro cultural lésbico en Buenos Aires. No obstante, este tipo de intercambios no fue exclusivo de una época. En 2006, por ejemplo, Laura Arnés representó a La Fulana junto a Pedro Paradiso, uno de los fundadores del grupo Arco Iris de Rosario, y el jurista Raúl Zaffaroni, en la *1st World Outgames Conference* en Montreal. Fueron invitados a hablar sobre la experiencia de la unión civil y los debates sobre el matrimonio igualitario en Argentina.

En contraste con esta primera época, a partir del periodo iniciado en el 2001 observé un notorio aumento del activismo en varias provincias argentinas. Los colectivos lésbicos de esos años enfocaron sus energías en la elaboración de agendas de interés local y en la creación de redes federales de activismo, ampliando los debates a nivel nacional. Estas redes se entrelazaron de manera más o menos orgánica en torno a eventos como la inauguración del “Taller de Activismo Lésbico” en los Encuentros Nacionales de Mujeres en 2004, la Campaña “Cambiemos las preguntas” organizada por el Espacio de Articulación Lésbica en 2006, o la celebración del Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales en 2008. El intercambio entre provincias fue facilitado por la adopción de tecnologías de comunicación e información, como la lista de correos electrónicos en primer lugar, seguida por el blog y el Facebook más tarde. Además, la ampliación del uso de Internet volvió más fácil conectar virtualmente a las activistas argentinas con discusiones internacionales y sus pares de otros países.

En segundo lugar, los colectivos lésbicos entablaron en esos dos periodos relaciones distintas con el espacio público, lo que resultó en enfoques diferentes sobre la *visibilidad*. Desde

principios de los setenta hasta mediados de los noventa, en Buenos Aires coexistieron grupos lésbicos públicos con otros grupos cerrados que se centraban en la autoconciencia y la sociabilización –aún “closetera”– para lesbianas. Estos últimos mantenían cierto grado de ocultamiento o no se identificaban públicamente como lésbicos. Esto cambió considerablemente en los dos mil, cuando hubo más grupos que hicieron de la visibilización lesbiana su bandera, y no nacieron, por el contrario, tantos grupos privados cuyo objetivo haya sido practicar la concienciación (aunque en el análisis mencionaré algunos colectivos para los que la “confidencialidad” aún seguía siendo un aspecto significativo de la experiencia).

Finalmente, la última observación para separar las épocas en dos fue la cantidad y, en algunos casos, la calidad del material disponible para la reconstrucción histórica. Antes de 2001, los documentos en papel escaneados y archivados en el Archivo de Potencia Tortillera eran la norma, a veces incompletos o ilegibles. En cambio, los colectivos analizados en el segundo período proporcionaron una variedad de fuentes de información, como blogs, fotologs, entrevistas en medios digitales, páginas de Facebook, entre otras, lo cual enriqueció considerablemente los datos construidos.

Como se desprende de lo anterior, cada uno de los criterios expuestos ilustra de alguna manera el crecimiento del activismo lésbico entre una época y la siguiente. Estos criterios incluyen: 1. Expansión geográfica; 2. Aumento de la visibilidad en el ámbito público; 3. Incorporación de plataformas digitales (complementando los proyectos literarios y editoriales en formato físico que datan a partir de los setenta). Estos tres aspectos serán analizados porque además de ser resultados derivados de la observación y el análisis, también representaron campos de conflicto intrínsecos al propio activismo. Sin embargo, debido a que varias de las entrevistadas participaron activamente en ambos momentos históricos, sugiero que en la trama que estoy presentando no solo se introducen diferencias, sino también similitudes que destaco como elementos de continuidad entre las épocas.

A causa de las disparidades delineadas entre los períodos, cada fase presenta singularidades en la estructura de los relatos. El capítulo dos (1969-2000) se enmarca dentro del concepto de la *discreción*. Según señala Pecheny (2005), esta noción implica la tendencia a la fragmentación y discontinuidad de las identidades no heterosexuales, cuyo rasgo estructurante es el “secreto”. Para mi investigación, sugiero que esa discreción o discontinuidad alcanza también

a las narrativas, historias y genealogías de las lesbianas, cuya presencia pública entre 1969 y el año 2000 hay que buscarla leyendo entre líneas. Considero que la interrupción en sus historias, así como ciertos vacíos, están propiciados no por la falta de información en sí, sino por los modos de lectura, como sugirió Arnés (2016) respecto a las ficciones lesbianas. También Sylvia Molloy en *La flexión de género* (2002) estableció que el “no querer conocer” que atraviesa a un tipo de lectura –que para la autora es emblemático de Hispanoamérica y de los textos que conforman la llamada cultura nacional– busca sobre todo desplazar los planteos de género, especialmente aquellos que “[vuelven] reconocibles sexualidades que hacen entrar en crisis representaciones de género convencionales” (p. 163-164). Esas experiencias representadas pero oscurecidas, las lecturas que hay sobre ellas y las interrupciones de sentido que generan, toman la forma de “omisiones”, por lo que su presencia pone en evidencia un conflicto social, tal como sugirió Raymond Williams (2000).

Mi propuesta es analizar este primer periodo haciendo una *relectura llamativa* (Molloy, 2002) en su doble sentido de “notable, escandalosa si se quiere, y a la vez eficazmente interpeladora; una relectura no tanto para rescatar textos olvidados o ‘mal leídos’ (...), sino para fisurar lecturas establecidas” (p. 166). Este enfoque de lectura busca visibilizar la existencia lesbiana en las narrativas activistas y también históricas para así destacar, por ejemplo, la participación fundamental de la poeta lesbiana Hilda Rais en la Comisión Pro Reforma de la Ley de Patria Potestad (1979-1981), o de Safina Newbery en la creación de la Comisión por el Derecho al Aborto en 1988. Desarrollo, así, una *cronología discreta* que se nutre de restos y de historias poco conocidas o contadas a sottovoce que resulta, principalmente, de una labor de excavación, en consonancia con la metáfora propuesta por Walter Benjamin (2013). Se trata de una aproximación al pasado presentada como la alegoría de alguien que esparce y revuelve la tierra para que esos relatos e imágenes del pasado, “arrancadas de todos sus contextos anteriores, [aparezcan] como objetos de valor en los aposentos sobrios de nuestra comprensión tardía” (Benjamin, 2013, p. 119).

Del capítulo tres al siete presento una *cartografía*, que da cuerpo a las múltiples historias que nacieron a partir del 2001 en diferentes localidades argentinas. La estrategia de presentar los resultados de ese modo se hace eco de la preocupación de Rosi Braidotti acerca de que “sería peligroso proponer una representación puramente teórica de la múltiple, heterogénea y

compleja lucha de las mujeres. Pienso que el mejor modo de leer el pensamiento feminista hoy es dibujando un mapa” (1991, p. 147). Construir esta cartografía implicó tomar en consideración, simultáneamente, los territorios, los anclajes teóricos y las pertenencias políticas. El desafío fue estudiar algunas trayectorias del activismo en un mapa que había borrado sus huellas antes de que esas experiencias efectivamente lograran inscribirse en una morfología feminista legible. Significó situar al propio cuerpo como un territorio de reivindicaciones, de alianzas afectivas, de luchas y resistencias; tomar a ese cuerpo como un mapa, porque tener un lugar en el mapa, como sostuvo Adrienne Rich (1984), es tener un lugar en la Historia.

La historia no es un tiempo homogéneo y vacío que progresa linealmente, sino que es el resultado de luchas constantes por apropiarse del *racconto* histórico que, hasta aquí, ha hecho poco para legitimar en el presente la tradición de las lesbianas. Por lo tanto, una investigación sobre la historia del activismo lésbico no es sólo teóricamente necesaria, sino políticamente apremiante. La relevancia de rescatar estas narrativas en el presente va más allá de indagar en la pregunta por lo que han hecho, sino que se extiende hacia la reflexión por cómo somos, porque la relación entablada con el pasado no es de mera contemplación, sino de acción política. El pasado, como sabemos, no está cerrado, tiene actualidad. Los fenómenos del activismo lésbico de décadas pasadas, como su relación con los movimientos feminista y el de la diversidad sexual, las demandas legales hacia el Estado y la intervención de diversos organismos internacionales en la agenda del movimiento social, entre otros, adquieren nuevos significados en el presente a raíz del avance de los discursos neoliberales de derecha, del temor a la reducción del rol estatal, de la legitimación de ciertos discursos negacionistas y del crecimiento de los sectores “anti-derechos”, entre otros factores.

La concepción de la historia como heterogénea y densa previene sobre una práctica bastante frecuente en la historiografía que considera que tiempo hay uno solo, mientras que lugares hay muchos. Existe una frase famosa del filósofo francés Henri Bergson ([1907] 1963) que dice que el tiempo evita que todo ocurra en el mismo momento. Es interesante y, sin embargo, sugiero que es algo contra lo cual apuntaron los autores que reflexionaron sobre las “temporalidades queer”, quienes lograron demostrar que existen distintos momentos dentro del tiempo y esa diferencia la hace, en muchos casos, la geografía. A partir de los aportes de la geógrafa marxista Doreen Massey (2005; 2012) adopto para la tesis una concepción del tiempo

que es también una concepción del espacio. Sólo así se entienden las diferencias que aparecieron de forma contemporánea en el activismo oriundo de distintas provincias argentinas, sin recurrir al argumento de que sus diferencias se reducen a ubicarlas “más adelante o más atrás en el mismo relato”, como si “la única diferencia [fuera] su ubicación en la secuencia histórica” (Massey, 1999, p. 116). Esto es importante porque hace posible pensar la simultaneidad de la diferencia.

En la narrativa de los diferentes colectivos lésbicos en Argentina se percibe una densidad temporal que no puede ser catalogada como “moderna” o “atrasada”, mucho menos en términos de “progreso”. Por ejemplo, en la década de los ochenta en Buenos Aires, algunas mujeres se autodenominaron “lesbianas” como parte de la construcción de su identidad política, mientras que, en provincias como Santiago del Estero o Mendoza, algunas mujeres aún no se atrevían a utilizar este término en los años dos mil. También hubo lesbianas en los noventa que abandonaron la etiqueta de “mujer” después de una atenta lectura de las contribuciones de la filósofa Monique Wittig (1981, 1992). En contraste, una década más tarde, en 2008, hubo lesbianas que decidieron nombrar al primer encuentro nacional de lesbianas del país como “Encuentro de *Mujeres Lesbianas*”, argumentando que aún era crucial reivindicar la diferencia sexual como un espacio donde se generan desigualdades sociales estructurales. En resumen, mi trabajo aborda una coexistencia de temporalidades y espacialidades complejas que reflejan la riqueza que caracterizó al movimiento de lesbianas en el país.

Las provincias no sólo albergan diversas historias del activismo lésbico, sino que la geografía, expresada en las entrevistas a través de términos como “situación” o “posición”, emergió como un locus de enunciación desde el cual se abordaron distintas problemáticas, intereses y genealogías. En la reconstrucción de esta historia que me propuse, el *territorio* se presenta como algo tanto material y tangible como simbólico. Es un proceso en el que interactuaron múltiples participantes y que fue desplegando una concepción amplia de *lugar*. A lo largo de la tesis, se observa que esta noción a veces estuvo relacionada con ideas más convencionales sobre el espacio, como las distinciones entre público y privado, pueblo y ciudad, o lo nacional y lo local. Sin embargo, también se relacionó con espacios más esquivos y difíciles de definir, como lo colectivo, el terreno simbólico, lo marginal, lo virtual o incluso el cuerpo mismo como espacio, entre otros.

La propuesta de recuperar distintas escalas geográficas de los activismos lésbicos (local y nacional) también es particularmente importante porque desafía una tradición de construcción del conocimiento en la academia argentina que coloca en un plano privilegiado a lo acontecido en la Ciudad de Buenos Aires, dejando en segundo lugar otros territorios del país. Esta manera de construir conocimiento sigue una lógica totalizante que Boaventura de Sousa Santos (2009) identificó como la “razón metonímica”. Esta se presenta como universal y capaz de abarcar una amplia gama de diferencias, cuando en realidad lo que provoca son omisiones. En contraposición, mi proyecto busca demostrar que aquello que no existe es, en realidad, activamente producido como inexistente. En el caso territorial esto se logra mediante un ejercicio de imaginación cartográfica que permite observar en cada nivel de representación no solo lo que muestra, sino también lo que oculta.

A partir de lo que vengo presentando, se desprende que la falta de representación es, quizás, el eje más problemático que aborda la tesis. La genealogía misma de la palabra “lesbiana” trae consigo una tradición de silencio y exclusión a la que el activismo históricamente ha querido contestar:

El uso de la palabra “lesbiana” para nombrarnos es una clara evasión. Un sofisticado eufemismo. Para nombrarnos, hay que referirse a la isla de Lesbos, que a su vez es una referencia indirecta a la poeta Safo (que, dicen, allá vivía), lo cual, a su vez, es otra referencia indirecta a los fragmentos de su poesía que han sobrevivido a algunos milenios de patriarcado; lo cual, a su vez, (si no se han perdido todavía) es una prevención profiláctica de la mención directa de la clase de criatura que escribió tales poemas o a quién se los dedicó... Calculando que una conoce el contenido de dichos poemas, escritos en un dialecto del griego, hace más de 2.500 años, en una pequeña isla, ubicada en el oscuro Mar Egeo. Ésta es una asombrosa proeza de silencio. (Frye 1983, s/p)

De acuerdo con la académica Annamarie Jagose (2002) la *invisibilidad* es, de manera paradójica, la condición que permite la representación del lesbianismo; es decir, constituye su acceso a la representación misma. En este contexto, mi intención no es reemplazar la invisibilidad con la visibilidad en la narrativa histórica. Más bien, busco adentrarme en la complejidad que ha rodeado a lo largo del tiempo las representaciones de las lesbianas en el ámbito del activismo y las implicaciones que esto conlleva. Planteo la *representación* como el campo donde surge un conflicto, una perspectiva compartida también por las propias activistas lesbianas, quienes identificaron en el lenguaje y la cultura un espacio de acción política. La búsqueda de estas

intervenciones me llevó, en última instancia, a explorar proyectos artísticos lésbicos, así como su literatura, que surgirán discretamente a lo largo de la tesis como referencias a lo lésbico provenientes de ámbitos no explícitamente activistas. Estos proyectos serán presentados con el propósito de construir una *intertextualidad lesbiana* (Marks, 1979) capaz de enriquecer y “hojaldrar” las experiencias del activismo en relación a las representaciones.

Con respecto a lo anterior, es relevante destacar que todos los epígrafes presentes en la tesis corresponden, en su mayoría, a autoras feministas y lesbianas que fueron significativas para las experiencias de activismo relatadas, nutriendo su propio entramado teórico y afectivo. Dichas elecciones no son fortuitas, por el contrario, apuntan a alimentar la reflexión sobre el lesbianismo como una forma de afinidad política intertextual, sugerida por mi parte. La intertextualidad, en este sentido, se erige como un medio para concebir el lesbianismo como una compleja red de conexiones, influencias y resonancias entre textos, discursos, afectos y experiencias.

Capítulo 1. Encuadre de una pregunta por “lo lesbiano”

El feminismo es tanto el desarrollo de su teoría, como su práctica y deben interrelacionarse. Es imposible concebir un cuerpo de conocimientos que sea estrictamente no-práctico. El feminismo es, entonces, un conjunto de conocimientos (o de intentos) de y desde las mujeres y comprometido con estas, junto con ser un cuerpo de entendimientos, es acción transformadora del mundo.

Julieta Kirkwood, *Feminarios*

El presente capítulo consta de cuatro partes: por un lado, desarrollo la manera en la que se llevó a cabo la investigación, su diseño, el encuadre metodológico y los pasos que seguí para la recopilación y construcción del corpus. Por otro lado, describo ese corpus de análisis, es decir, los documentos con los que trabajé en la investigación que fueron tanto el resultado de la revisión documental como de la elaboración que resultó de mi encuentro con las entrevistadas. En la tercera parte presento los antecedentes de mi trabajo y, por último, cierro con el marco teórico utilizado para el análisis.

1.1 Encuadre metodológico

En primer lugar, cabe decir que mi trabajo de investigación adoptó lo que Jack Halberstam denominó *metodología queer*³: práctica “carroñera, que utiliza diferentes métodos para recoger y producir información sobre sujetos que han sido deliberada o accidentalmente excluidos de los estudios tradicionales del comportamiento humano” (2008, p. 35). La invitación que hace este

³ La expresión *queer* —que en inglés significa “raro” o “extraño”— fue usada en primer lugar como una injuria contra las personas que no eran heterosexuales y fue más tarde reapropiada por esas personas para referirse a sí mismas, expresando una disidencia respecto a la heteronormatividad. En este caso, el término *queer* se posiciona por fuera de una serie de categorías binarias, como son heterosexual/homosexual, varón/mujer, cis-sexual/transsexual, heteronormatividad/homonormatividad, entre otras. En varios países de Latinoamérica, esta expresión fue adaptada como “cuir” para indicar el contexto donde tuvo lugar esta apropiación, es decir, en países de habla hispana. Por otro lado, esta categoría también dará nombre a una corriente de estudios conocida como “*Queer Studies*”, que empezó a tomar forma en los noventa con las contribuciones de autores y autoras como Teresa de Lauretis, Gayle Rubin, Judith Butler, David Halperin, Eve Kosofski Sedgwick, Michael Warner, Laureen Berlant, entre otros. Este campo de estudios es muy amplio, fluctuante y ambiguo respecto a qué tipo de producciones teóricas acoge. Nació haciendo una crítica al sesgo heterosexista que tenían algunas investigaciones feministas y al carácter esencialista de las teorías gays y lésbicas. En términos generales se podría afirmar que “lo ‘queer’ en la expresión ‘teoría queer’ no remitiría únicamente a un objeto de estudio sino, fundamentalmente, a una actitud crítica hacia la teoría misma —sus supuestos, su metodología” (Solana, 2015, p. 13).

teórico trans hacia la “deslealtad a los métodos académicos convencionales” reconoce que hay temas de investigación que son, en origen, transdisciplinarios, y que quererlos abordar desde “un solo lugar” no produce teorías coherentes, sino recortes y distorsiones (op. cit., p. 32). En este sentido, también podría decirse que esta tesis se sitúa en el cruce entre la historia, la sociología, los estudios culturales, los estudios feministas y la filosofía.

Como desarrollé anteriormente, mi interés en las experiencias del activismo lésbico en Argentina –que inevitablemente requería una perspectiva que pusiese el foco en “la otredad cultural”, las historias marginales, las voces que no han sido escuchadas– orientó el trabajo de campo, en primer lugar, hacia la realización de *entrevistas en profundidad* a activistas lesbianas y, en segundo lugar, hacia la búsqueda de *fuentes documentales* producidas dentro del campo del activismo lésbico entre 1969 y el 2012. El archivo obtenido a partir del roce entre oralidad y escritura funcionó como una especie de “zona de contacto” (Ahmed, [2004] 2015)⁴, en donde se puso en relación –se tensionó– lo público, lo privado y lo íntimo.

Lo íntimo, en la reflexión que propone esta tesis, adquiere una multiplicidad de sentidos e implica un abordaje que lo problematice con relación a los contenidos presentes en los testimonios de las entrevistadas, pero también en una doble consideración. Por un lado, el activismo sexo-genérico de modo casi *ad hoc* implica la construcción de un espacio que conjuga prácticas privadas ligadas a la sexualidad y la afectividad, con lo público. Es decir, politiza lo privado profundizando la certeza feminista de que lo privado (lo íntimo, lo doméstico, pero también aquello de lo que una es privada, excluida) es político. Por otro lado, algunas historias me fueron confiadas en la “intimidad” de un café y, a partir de esta tesis, esa intimidad quedará develada también a otros lectores.

La composición del corpus que aquí analizo y el archivo al que da cuerpo no es obvia ni evidente. El *archivo* no es una naturaleza: los textos que lo componen fueron reunidos a partir de la necesidad, precisamente, de generar un contacto entre lo individual y lo social, lo íntimo y lo público. Es tanto lo que recogí en la búsqueda testimonial y documental, como el producto mismo de lo que me propuse hacer:

⁴Ahmed escribe que un archivo es “un efecto de múltiples formas de contacto, incluidas las formas institucionales de contacto (con bibliotecas, libros, sitios web), así como las formas cotidianas de contacto (con amigos, familiares, otros). Algunas formas de contacto se presentan y autorizan a través de la escritura (...), mientras que otras formas de contacto faltan, se borran, aunque pueden dejar su huella” (2015, p. 42).

porque es la articulación de este archivo la que sostiene esa selección, no a partir de los soportes o condiciones específicas de los textos, sino de las relaciones, conexiones y desafíos que las lecturas feministas habilitan (ya sea recuperando textualidades más transitadas por la crítica, ya sea incorporando zonas más novedosas, ya sea estableciendo lazos inesperados). (Arnés y Kratje, 2022, p. 4)

El archivo así comprendido es un modo de leer, una aproximación al corpus que hace surgir tanto los sentidos más explícitos de los textos como aquellos sentidos implícitos, desviados, transmitidos a *sotto voce* y entre “entendidas”. Sentidos que fueron contruidos como “doble voz” (Genovese, 2015), un diálogo entre la cultura dominante y el lugar específico en la enunciación de la lesbiana cuando toma la palabra. Como tal, el archivo incide sobre los espacios de la cultura en general, afectando “de modo directo las formas de circulación de la palabra y las imágenes de, sobre y/o para las mujeres y las disidencias sexo-genéricas” (Arnés y Kratje, 2022, p. 2).

Los aportes de la Historia Oral que parten de la idea de una “democratización del sujeto de la historia, del reconocimiento del mundo popular, del tránsito del archivo al contacto directo” establecieron lineamientos metodológicos fundamentales que dan marco a esta tesis (Arfuch, 2002a, p. 185). También me serví de herramientas de la Teoría Fundamentada (Taylor & Bogdan, 1987; Corbin & Strauss, 1990; 1998) y del *software Atlas.ti*. En particular, la estrategia del Método Comparativo Constante que propone la Teoría Fundamentada permitió simultáneamente codificar y analizar los datos para desarrollar conceptos (Taylor & Bogdan, 1987), trabajar con categorías pre-establecidas y, a la vez, mantener un formato metodológico flexible para obtener categorías emergentes del análisis de los datos hasta alcanzar la saturación teórica. En el caso de esta investigación, al no tener una pretensión de representatividad, la saturación no estuvo dada por ese punto del trabajo de campo en el que se considera que ya no se suma información nueva. La saturación, en cambio, estuvo garantizada por la práctica de diversificar al máximo a las informantes. Puedo decir así que al terminar el trabajo de campo se logró representar desde la diversidad a las relaciones sociales y culturales que soportan la existencia de las veintidós lesbianas entrevistadas, enriquecidas por la dimensión personal que contiene información sobre el orden social.

Respecto al Método Biográfico que se desprende de los estudios de la Historia Oral: este enfoque parte de la base de que quien investiga recurre a supuestos teóricos para comprender el

relato de la vida desde el propio punto de vista del sujeto investigado. Para ello, es fundamental la noción de *reflexividad*: quien investiga “tiene que considerar en sus supuestos no solo el contexto histórico y la posición del sujeto en la sociedad, sino también el propio lugar de quien escribe en el relato que contribuye a construir” (Creswell en Vasilachis, 2006, p. 176). Por otro lado, la posición bajtiniana del *dialogismo* en la apropiación teórica que hicieron Leonor Arfuch (2002a) y Dorothy Smith (2005), supone que quien investiga debe poder situarse “ante esa materialidad discursiva de la *palabra del otro*, en una posición de escucha comprensiva y abierta a la pluralidad” (Arfuch, 2002a, p. 191).

De las historias con las que trabajé no me interesó tanto si eran “verdades de la experiencia” –en términos de que si lo que se narraba efectivamente sucedió así– sino que la riqueza estaba en los relatos que hicieron las sujetas en el momento del encuentro conmigo y mis preguntas, así como la reflexión comprendida en ese artefacto llamado *entrevista*. La consideración de que ese diálogo sucedía en un tiempo y un lugar determinados fue fundamental para situar la experiencia tal como fue evocada por lo que en ese momento resultaba significativo. Con esto sostengo que la experiencia puede ser narrada, recordada, enmendada, rearticulada de tal manera que se cree (de *creer* y *crear*) el efecto “de tener acceso a la vida (...), con un tiempo vivido llamado historia” (Haraway, 1991, p. 190). Contar una experiencia, evocar un evento, seleccionar información, ordenarla, omitir, olvidar, hacer hincapié en el cómo, cuándo, dónde, abstraer, entre otras tareas, son momentos constitutivos del diálogo entre investigadora y entrevistadas:

(...) aún a sabiendas de que la reconstrucción de los acontecimientos es siempre incompleta, fragmentaria, y muy posiblemente sesgada por eso que hemos llamado la preeminencia del presente sobre el pasado. Ningún relato testimonial reproduce lo acontecido. No sólo se dice al interior de un lenguaje que nos precede, sino que nunca lenguaje alguno se ha superpuesto al orden de lo real. (Rodríguez, 2013, p. 1151)

En este sentido, considero que asumir el desafío de trabajar con relatos implicó tomar al lenguaje “no ya como una materia inerte, donde el investigador buscaría contenidos”; por el contrario, llevó a considerar al diálogo como un acontecimiento significativo que no reproducía la realidad, sino “que [era] un lugar de mediación simbólica” (Arfuch, 2002a, p. 185, 190). En una aproximación parecida, Laura Arnés –leyendo las ficciones lesbianas del siglo XXI y la construcción de las voces lesbianas en la literatura argentina– sostiene que “la biografía es una verdad

imposible” porque en ella se superponen imaginación, relato y memoria⁵ (2016, p. 239). Esto parece acercarse a mi intuición sobre el uso creativo e imaginativo que hicieron las entrevistadas de los relatos ya que, insisto, al contar una experiencia realizan un acto que involucra al deseo. En los relatos aparecen recuerdos del pasado contados desde marcos interpretativos del presente, los cuales muchas veces también contienen una visión deseante acerca del futuro. Es en esta superposición de temporalidades que se construyen las ficciones sobre la que se asientan las biografías.

Por ello, más que indagar específicamente sobre la *memoria*, se fue volviendo más interesante reflexionar sobre lo *inolvidadizo*:

aquello activo y punzante, performativo, capaz de conformar y subvertir el relato, de aparecer sin ser llamado en una simple conversación, en una actualidad que convive con lo cotidiano (...), formando parte de la historia común y de cada biografía. (Arfuch, 2013, p. 14)

1.1.3 Presentación del corpus

1.1.3.1 Las entrevista(da)s

La primera gran fuente de material de análisis para este trabajo provino de las entrevistas en profundidad a lesbianas activistas. Las entrevistas fueron realizadas entre los años 2019 y 2023, la mayoría en modalidad virtual, en parte porque al ser activistas de diferentes partes del país la videollamada facilitó la concertación de citas y, por otro lado, por los límites a las actividades presenciales impuestas por el aislamiento obligatorio por la pandemia del Covid-19. Las entrevistas se llevaron adelante de la forma más espontánea posible, incorporando los contenidos que a las entrevistadas les parecieron importantes, y tuvieron una duración de entre una hora y media y tres horas. En algunos casos, hacia el final del trabajo de campo –y cuando ya se habían elaborado la mayoría de las categorías de análisis– volví a contactarme con algunas entrevistadas para hacer preguntas más dirigidas, pedir que aclararan el uso de ciertas expresiones usadas en la entrevista realizada anteriormente, o conocer su opinión específica respecto a un tema. Todas

⁵La palabra “recordar” viene del latín, *ricordari*, que significa literalmente “volver a pasar por el corazón”. Es interesante notar la relación de “recordar” con “aprender de memoria” en inglés, *learn by heart*, o en francés, *par coeur*. La memoria está en el corazón. Mientras que cuando pasa a la mente, hay olvido. Por ejemplo, en italiano, *dimenticare* que viene del latín *de-menticare*, que significa “alejar de la mente”. En cambio, *scordare*, que significa “perder el recuerdo” viene de *ex-cordis*, es decir, “sacar del corazón”.

accedieron a que nos encontremos más de una vez si era necesario y generosamente me mandaron bibliografía y notas periodísticas para que consulte, además de ponerme en contacto con otras compañeras lesbianas y activistas. El diálogo con todas ellas ha sido clave en las distintas instancias de la tesis para continuar y profundizar mis reflexiones.

Uno de los puntos clave de las entrevistas consistió en recolectar experiencias de activismo, abarcando tanto el significado político como personal que tuvo en las vidas de las entrevistadas. También investigué las reflexiones teóricas que cada una de ellas fue desarrollando en torno a la temática lésbica a lo largo de su activismo. Es importante destacar que la mayoría de las entrevistadas fueron generadoras de pensamiento lésbico en América Latina, contribuyendo a las “epistemologías lesbianas del sur” como plantea val flores (2016). Han producido textos críticos y reflexiones conceptuales sobre feminismo y lesbianismo, y están familiarizadas con un amplio abanico de textos y autoras como Monique Wittig, Gayle Rubin, Adrienne Rich, Teresa de Lauretis, Judith Butler y Jack Halberstam, que son parte del marco conceptual de mi tesis. En este sentido, puedo afirmar que hubo un consenso entre las entrevistadas en cuanto a que *teoría y práctica* no deben considerarse como compartimentos separados, sino que ambas se complementan para comprender, explicar y cuestionar las opresiones y las dinámicas de poder en la vida cotidiana.

Además, todas coincidieron en la importancia de construir una memoria que resista al borramiento y la invisibilidad de las existencias lesbianas; por ello, el tema del “archivo” tuvo una relevancia activa en el trabajo de campo. Como escribe Virginia Cano:

Inventarnos una memoria ha sido, entonces, una estrategia de resistencia para disputar los modos hegemónicos de circulación de la palabra y las representaciones, una manera de intervenir en aquello que Judith Butler denomina la distribución diferencial de la precariedad. Cortocircuitar las economías de in/visibilidad, i/legibilidad y an/eroticidad cis-hetero-patriarcales es una tarea urgente (y siempre presente) de los distintos movimientos de la disidencia sexual. (Cano, 2017, p. 11)

En este sentido, destaco que gran parte de las entrevistadas realizaron un importante trabajo de generación de archivo. Algunas accedieron a ser entrevistadas porque valoraban esto como una forma de activismo a favor de la memoria de las lesbianas. Otras, se dedicaron a lo largo de su activismo a preservar documentos que consideraban esenciales en la historia del movimiento, confiando en que las futuras generaciones los utilizarían para trazar genealogías,

promover la cultura lésbica, revitalizar tradiciones o realizar investigaciones sociales. De un modo más sentimental, algunas lesbianas también guardaron objetos de su historia como reliquias de una época pasada o como amuletos contra el silencio y el secretismo. Sea cual sea la motivación, la preservación de registros e historias del activismo ha sido crucial para la memoria del colectivo lésbico. Dada su importancia, acuñé la expresión “archivismo” para referirme a aquella actividad conjunta que reúne al activismo político y al trabajo de generar, conservar y difundir archivos y testimonios de las existencias lesbianas, tanto con fines afectivos como para la investigación social. Su relevancia en la práctica activista y en la formulación de teoría ha sido decisiva ya que hasta hace poco no existían registros documentales públicos de esta naturaleza.

El corpus de análisis fue creciendo hasta llegar a un total de veintidós entrevistas, de las cuales dos fueron entrevistas grupales realizadas con la mayoría de las integrantes de los colectivos (Ultravioletas y Malas como las Arañas). Esto último fue posible porque las integrantes de esos dos grupos aún tenían una buena relación. A continuación, presento a las entrevistadas junto a una breve nota biográfica:

1. **Adriana Carrasco**, de CABA. Destaca como una de las pioneras feministas dentro del movimiento de lesbianas en Argentina. Su influencia se hizo patente en diversos colectivos, incluyendo ATEM-25 de Noviembre y el Grupo Feminista de Denuncia en 1986. En colaboración con Ilse Fuskova, Ana Rubiolo y Julián García Acevedo jugaron un papel crucial en la organización del “Taller de Existencia Lesbiana” en 1986, alojado en ATEM. Al año siguiente emprendieron la edición de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* (1987-1996), un proyecto que también contó con la participación de Josefina Quesada. Carrasco, también periodista en Página12, ha sido una voz destacada en la sección SOY del mismo diario, centrando su escritura principalmente en temas feministas y LGBTTTQ. Su dedicación y enfoque le valieron el reconocimiento en 2022 con el Premio Lola Mora otorgado por la Ciudad de Buenos Aires. Este galardón celebra su trayectoria periodística por presentar una imagen libre de estereotipos de la mujer en los medios de comunicación.
2. **Silvia Palumbo**, de la Provincia de Buenos Aires. Su militancia lésbica empezó en CABA y continuó a mediados de los dos mil en la Provincia de Buenos Aires. Perteneció a los grupos Las Lunas y las Otras (1991-2000) y al Frente de Lesbianas de Buenos Aires (1991-1995). Fue

la iniciadora de varias experiencias artístico-musical-políticas: Lila La Tambora (1998-1999), Las Carmelitas en Calzas (2001-2004) y la Lesbianbanda (2004-2008). Además, dirige la banda DesBandadas de la ciudad de Bahía Blanca, perteneciente al proyecto La Banda Lavanda, del cual Palumbo es parte. Todos esos grupos de lesbianas percusionistas fueron acompañando el calendario feminista, haciéndose presentes con su música en los 8M, por ejemplo, y también en algunas Marchas del Orgullo LGBTTTQ. A partir del 2008, Palumbo empezó a dictar el taller “Mujeres en Bandada”, pensado como un espacio pedagógico-político para el empoderamiento de las mujeres a través de la música y de movimientos escénicos callejeros. A partir del armado de bandas de percusión a lo largo de Argentina y también en otros países como México y España, Silvia fue creando un sistema de ritmos “feministas” que constan de fusiones rítmicas y que al oído suenan como preguntas y respuestas, un diálogo feminista que se propone como una contra-voz al patriarcado. Palumbo, a través de su *artivismo* busca el empoderamiento expresivo de las mujeres y lesbianas que se unen a la banda a través de la ejecución en grupo de música con tambores.

3. **Mónica Santino**, de CABA. Su militancia dentro del colectivo LGBTTTQ empezó en 1989 cuando se unió a la Comunidad Homosexual Argentina (1989). En 1992 integró la Comisión Directiva de la CHA y en 1996 abandonó la asociación para dedicarse al fútbol. En 2007 fundó “La Nuestra. Fútbol Feminista”, un equipo de fútbol femenino en la Villa 31 que combina el entrenamiento con un espacio de reflexión grupal. En el 2017 la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires nombró a Santino como “personalidad destacada del deporte” por su trayectoria en el mundo del fútbol femenino.
4. **María Luisa Peralta**, de Rosario. Viajó a Buenos Aires para estudiar biología y actualmente vive en La Matanza. Integró los colectivos: Lesbianas a la Vista (1996-2001), Lesbianas en Lucha (2003-2004), Acción Política GLTTB (2003-2004), Lesmadres (2008-2010), Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2010) y Potencia Tortillera (2011-2015). Fue una de las organizadoras de los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico y también de la 1ra y 2da Celebración de las Amantes. Jornada de orgullo y disidencia lesbiana (en el 2012 y 2014 respectivamente). Participó del Frente Nacional por la lucha a favor de la aprobación de la Ley de Identidad de Género (2010-2012) y estuvo en los inicios del Bachillerato Popular Travesti-Trans Mocha Celis (2011). Actualmente colabora con el CeDInCi (Centro de Documentación e

Investigación de la Cultura de Izquierdas), en el programa digital *Sexo y Revolución*. Además, trabaja en la organización *Akahatá* de activistas en América Latina, que aborda el tema de sexualidades y géneros, haciendo incidencia en espacios internacionales como ONU y OEA. Asimismo, forma parte del Consejo Asesor del Ministerio de Mujeres, Género y Diversidad de la Nación. Finalmente, Peralta a lo largo de su vida ha conservado numerosos documentos del activismo que fueron fundamentales para la creación de archivos públicos lésbicos, como es el blog documental Potencia Tortillera.

5. **María Rachid**, residente de CABA. Ha tenido un destacado compromiso en la defensa de los derechos de la diversidad sexual. Su participación en el grupo Lesbianas a la Vista en 1995 fue el inicio de su trayectoria. En 1996 fue cofundadora de los grupos Musas de Papel y Amenaza Lésbica, los cuales se fusionaron en 1998 para dar vida a La Fulana, una organización activa hasta la fecha. En colaboración con La Fulana, también tuvo un papel esencial en la creación y liderazgo de la Federación Argentina LGBT desde 2005. A lo largo de su carrera ha ocupado cargos significativos en diversas instituciones dedicadas a la protección de los derechos y la prevención de la discriminación. Destacan su mandato como Presidenta del INADI entre 2010 y 2011, su periodo como Legisladora de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires por el Frente para la Victoria entre 2011 y 2015, en el cual encabezó la Comisión de Derechos Humanos, Garantías y Antidiscriminación. En la actualidad desempeña el rol de titular en el Instituto contra la Discriminación de la Defensoría del Pueblo de CABA. Rachid también ha dejado una huella legislativa importante, siendo autora de la Ley Antidiscriminatoria de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Su influencia se extiende a nivel nacional, habiendo participado en la redacción tanto de la Ley de Matrimonio Igualitario como de la Ley de Identidad de Género.
6. **fabi tron**⁶, de Santo Tomé. Oriunda de Santa Fe, vivió muchos años en CABA y también en Córdoba. Actualmente reside en Sauce Viejo (Santa Fe). A finales de los años ochenta,

⁶ El uso del nombre propio en minúsculas proviene del posicionamiento de escritoras y pensadoras feministas (como bell hooks, o mackey corbalán, aquí en Argentina) que contestaron, tanto en su vida como en su obra, las jerarquías sociales, entre ellas, las del lenguaje. Esta premisa es muy importante, porque da cuenta de una concepción del lenguaje como una actividad social –siempre hay un *otro* que aparece, dialoga, intercede, intercepta, discute, (se/me) borra del lenguaje. Esta forma de pensar a la escritura –este deseo– necesita negar el piloto automático del lenguaje para que la singularidad de la experiencia desordene y desborde la ilusión de una denominación transparente. Por lo tanto, re-escribir el nombre propio en minúsculas es un acto subversivo de las normas gramaticales, una inscripción

comenzó a involucrarse en el activismo de manera indirecta. Inicialmente, fue co-pastora en la Iglesia de la Comunidad Metropolitana que abrazaba un credo inclusivo para la comunidad LGTTTQ. Posteriormente, participó durante algunos meses en SIGLA (Sociedad de Integración Gay Lésbica Argentina). A lo largo de los años se unió a diversas iniciativas y grupos activistas. Formó parte de Lesbianas a la Vista (1995-2001), Lesbianas en Lucha (2003-2004), Acción Política GLTTB (2003-2004), Desalambrando (2002-2005), Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (2011) y Potencia Tortillera (2011-2015). Además, contribuyó a la organización de la primera y segunda Celebración de las Amantes (en 2012 y 2014 respectivamente). En 2013, junto a la activista val flores, compiló el libro *Chonguitas. Masculinidades de niñas*. El 7 de marzo de 2014 lanzó una de las primeras editoriales dedicadas al pensamiento lésbico, *bocavulvaria*, de origen autogestivo.

7. **Irene Ocampo**, de Rosario. Junto con su ex pareja Gabby De Cicco, desempeñaron un papel fundamental en la fundación de RIMA Web (Red Informativa de Mujeres de Argentina) en el año 2000, así como en la creación de Safo_piensa, una red de lesbianas feministas, en el año 2001. Irene también formó parte activa del grupo Las Safinas desde 2003 hasta 2007. Además, ejerce como librera y editora para *Hipólita Ediciones*, una editorial con enfoque lesbofeminista. Actualmente, participa de forma intermitente en la Casa LGBT de Rosario – Centro Social y Cultural para Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersexuales– que es co-gestionada por el Área de la Diversidad Sexual del municipio y la Subsecretaría de Políticas de Diversidad Sexual del gobierno de Santa Fe.
8. **Gabriela Adelstein**, de CABA. En el 2004 participó de la Primera Jornada de Reflexión Lésbica llamada “Entre Nosotras” realizada en Rosario. Entre 2004 y 2006 desempeñó un rol activo en la coordinación de la lista de correos de EspArtiLes. Previo a esto, ya había adquirido experiencia en la organización de listas de correos como RIMA Web (2003-2015) y Safo_piensa (2003-2004). También estuvo en el grupo organizador de los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (2011), Potencia Tortillera (2011-2015) y del encuentro de lesbianas llamado

subjetiva de la propia experiencia en el uso carnal de ese lenguaje. Sostiene val flores (2017) que escribir el nombre propio con minúsculas es “una estrategia de minorización del nombre propio (...), una apuesta al texto antes que a la firma de la autora, percibir el propio nombre como un espasmo de la ficción llamada ‘yo’, un yo deslenguado que funciona como eco de muchas otras voces (...), murmullo colectivo, contra la mayúscula como forma de la ley...” (p. 5).

“Celebración de las Amantes” (edición del 2012). Como traductora ha hecho una contribución muy importante al activismo, volviendo accesible la lectura en idioma español de diversos textos sobre feminismo, lesbianismo y teoría queer.

9. **val flores**, de Neuquén. Fue parte del grupo fundador de Fugitivas del Desierto (2004-2008), de los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (2011) y del Archivo Potencia Tortillera (2011-2015). También estuvo en la organización de la Celebración de las Amantes. Junto a macky corbalán editó una boletina lésbica y feminista que se llamó *La sociedad de las extrañas* (2004-2007). Tiene varios libros publicados sobre lesbianismo y activismo lésbico, como: *Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual* (2005), *Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje* (2010), *El sótano de San Telmo* (2015), *interrupciones. Ensayos de poética activista* (2017), *Romper el corazón del mundo* (2021), entre otros. Además, val mantiene activo su blog *Escritos heréticos* desde 2009 hasta la fecha. En este espacio, continúa aportando reflexiones teórico-políticas sobre lesbianismo, activismo y feminismo. Actualmente reside en CABA, pero sigue siendo una figura activa en la ciudad de La Plata donde vivió hasta hace poco.
10. **Natalia Bolcatto**, de Rosario. Participó de un espacio gay-lésbico de Rosario llamado Arco Iris (1995-2001); del grupo lésbico Las Safinas (2003-2008); y de EspArtiLes (2004-2008). En el 2008 creó la Biblioteca y Archivo Lésbico “Ilse Fuskova” que duró hasta el 2010. En el 2009 ayudó a organizar el Encuentro de Lesbianas Disidentes que se realizó en Mendoza.
11. **Iris Ortellao**, de Rosario. Actualmente es docente en CABA. Ha sido parte activa en varios grupos y organizaciones, entre ellos la Asociación Civil VOX (2004-2008) y EspArtiLes (2004-2008). Tuvo un involucramiento destacado en la Comisión Organizadora del Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales en 2008. También formó parte de Con-textuadas (2009-2012). Ha desarrollado experiencia como especialista en Educación Sexual Integral (ESI) y actualmente imparte clases en Villa Lugano, que ella considera como su forma actual de activismo.
12. **Laura Safo**, de CABA. Integró La Fulana durante siete años, desde el 2001. Entre el 2005 y el 2006 participó de Les Arts, grupo de lesbianas y bisexuales artistas que se conocieron en La Fulana. En el 2007 se sumó a EspArtiLes y conformó la Comisión Organizadora para el Primer

Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales. Todo su archivo personal de activismo lésbico lo donó al CeDInCI.

13. **Canela Gravila**, de La Plata. En el 2005 estuvo en la creación de la “Comisión de Género” en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, que en 2008 empezó a llamarse Las Furiosas (2008-2011) y funcionó como un colectivo feminista. También participó como organizadora en los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (2011), en el blog-archivo Potencia Tortillera (2011-2015), y de las dos ediciones del encuentro llamado “Celebración de las Amantes”. No solo contribuyó a la organización de las Primaveras Lésbicas –ferias militantes de temática lesbiana– junto al colectivo Malas como las Arañas, sino que también colaboró en la planificación del Encontrolazo o “Encuentro de disidencias” que sucedió durante el 34° Encuentro Nacional de Mujeres de 2019, en La Plata.
14. **María Eugenia Sarriás**, de Rosario. Forma parte del colectivo Las Safinas (2003-actualidad). Integró EspArtiLes (2004-2008) y estuvo en la Comisión Organizadora del Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales realizado en el 2008. Durante la segunda etapa de la pandemia del Covid-19 organizó junto a otras integrantes de Safinas el “Paseo de los Encantos Diversos”, una feria autogestiva para generar ingresos y acompañar en sus derechos a personas que son parte del colectivo de la disidencia sexual.
15. **María Rocha**, de Santiago del Estero. Fundó y formó parte del colectivo LGBT Cero en Conducta (2003-2015) y también contribuyó al espacio artístico enfocado en la comunidad lésbica conocido como Primorosa Preciosura (2008-2011). Su compromiso con el activismo lésbico se entrelazó estrechamente con su trabajo en el ámbito artístico. Además, formó parte de EspArtiLes (2004-2008) y tuvo participación en la Comisión Organizadora del Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales. Asistió al VII Encuentro de Lesbianas Feministas de América Latina y el Caribe en Guatemala en 2010, y en 2012 contribuyó a la planificación de un contra-encuentro en Asunción denominado “Venir al Sur, Encuentro LesBiTransInter Feminista de Latinoamérica y el Caribe, construyendo Feminismos sin paredes”.
16. **Ana Mines**, de Tucumán. Integró el colectivo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2010). Previo a eso, editó el fanzine *Karma*, que sirvió de inspiración para la revista *Baruyera-Una tromba lesbiana feminista*. Vive en CABA desde los dieciocho años.

17. **Aranzazú Guevara**, de Benito Juárez, Provincia de Buenos Aires. Estudió biología en La Plata, donde militó durante sus años de estudiante en un partido de izquierda. Después de recibirse se fue a estudiar su posgrado a Mendoza, donde vivió nueve años. Durante ese periodo formó parte de la colectiva lésbica Ultravioletas (2007-2013). También estuvo involucrada en el MST y contribuyó a la Asamblea por el Agua. Junto a quien fue su pareja, Andrea Dallosta, crearon un espacio cultural lésbico, *El cuarto propio*. Allí se llevaban a cabo actividades artísticas y se estableció la primera biblioteca lesbofeminista de la provincia, operativa entre 2012 y 2014. Posteriormente, asumió el rol de docente en un Centro Educativo de Nivel Secundario (CENS) en el Aula Satélite “15 de Julio - Transformando la Educación”, destinada exclusivamente a la comunidad LGBTTTQ. Desde el año 2018, reside en Orán, en el norte de Salta, donde es miembro activo del grupo llamado Colectivo de Mujeres de Orán, ahora denominado Panambí. Forma parte de la Asamblea Lésbica de Salta y es una defensora de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto. Además, desempeña el papel de delegada en el gremio docente.
18. **Andrea Dallosta**, de Mendoza. Integró un colectivo lésbico de reflexión, estudio y autoconciencia llamado Las Pájaras (2008-2009), y posteriormente fue parte del colectivo de activismo político Ultravioletas (2009-2012). Junto a quien fue su pareja, Aranzazú Guevara, crearon un espacio cultural lésbico, *El cuarto propio*, donde se realizaban actividades artísticas y funcionó allí la primera biblioteca lesbofeminista de la provincia (2012-2014).
19. Colectivo **Ultravioletas**, de Mendoza. Esta entrevista fue grupal y se realizó con la asistencia de: Gabriela Maure, Sabrina Yáñez, Aranzazú Guevara, Paulina Serú, Naty Prado, Grisel Juri-Ayub y Eugenia Scirpo. El colectivo Ultravioletas nació en el 2007 y estuvo activo hasta el 2013. Fue el único espacio lésbico-feminista que llevó adelante un trabajo de visibilización en Mendoza. En el 2010, año de la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario, las Ultravioletas organizaron –junto a otras organizaciones LGBTTTQ– el Foro LGTTB, y en conjunto con INADI Mendoza realizaron la 1° Marcha del Orgullo LGBTTTQ.
20. Colectivo **Malas como las Arañas**, de La Plata. Esta entrevista fue grupal. Las entrevistadas fueron Larhiza Hatrick y Fer Losso. Este grupo nació en el 2007 y estuvo activo hasta el 2012, con algunas vueltas esporádicas al activismo lésbico en los años posteriores. Fueron las

organizadoras de varios festivales de la disidencia sexual, entre ellos, *Arde el Clóset* y las *Primaveras Lésbicas*.

21. **Paula Torricella**, de CABA. Participó entre 2007 y 2008 en el armado de la revista *Baruyera, una tromba lesbiana feminista*, un destacado proyecto editorial que fue muy consumido por las lesbianas del país. Debido a que una de las creadoras de esta revista falleció en el año 2012, y a que tampoco pude establecer contacto con quien fue su compañera y co-creadora del proyecto, me pareció pertinente entrevistar a Paula Torricella, porque si bien su activismo estuvo más ligado al feminismo y a la bisexualidad, también desempeñó un papel comprometido con el lesbianismo a través de su contribución a este proyecto editorial. En su tesis doctoral, Torricella analizó una serie de revistas feministas impresas que surgieron en Argentina entre 1970 y 2000. Este análisis incluyó una reflexión sobre la importancia de *Baruyera*, una revista que tuvo un impacto significativo en la comunidad lesbiana.
22. **maríam pessah**, de CABA. Participó de los grupos: SIGLA, La urdimbre de Aquehua, el Frente de Lesbianas de Buenos Aires, y Las Lunas y las Otras. También asistió a varios de los Encuentros Lésbicos Feministas Latinoamericano y del Caribe. Se considera “artivista”, porque une arte con activismo. En la actualidad reside en Porto Alegre y continúa su activismo como miembro de Mulheres Rebeldes. Mi interés por entrevistarla radica también en su faceta de fotógrafa. A través de su lente ha documentado numerosos momentos, como las marchas lésbicas, encuentros de EspArtilles y el Primer Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales, entre otros. Su testimonio resultó fundamental para reconstruir información sobre la cantidad de lesbianas que participaron en ciertas reuniones, sus identidades, los lugares de encuentro y las expresiones artísticas que acompañaron ciertas acciones, entre otros detalles.

1.1.3.2 Potencia Tortillera. Algunas consideraciones en torno al “archivo”

Desde hace algunos años, cualquier trabajo que quiera investigar sobre lesbianismo en Argentina cuenta con un archivo sistematizado, producido en el activismo y que está en constante construcción: *Potencia Tortillera. Archivo Documental Digitalizado del Activismo Lésbico* (en adelante, APT). Se trata de un blog que se propone como un archivo online del activismo lésbico, generado por activistas a partir del 2011 y que recoge documentos que datan desde 1970 hasta

la actualidad. Este proyecto promueve formas de construcción histórica fuertemente afectivas y pone a disposición del público registros personales de las colecciones privadas de sus fundadoras y otros colaboradores, que se han convertido en recursos accesibles para toda una comunidad.

La iniciativa para crear el APT nació de la mano de cinco activistas: Gabriela Adelstein (CABA), val flores (Neuquén), Canela Gavrila (La Plata), María Luisa Peralta (La Matanza) y fabi tron (Córdoba). A partir del 2015, el proyecto quedó a cargo de Claudia Contreras (Puerto Madryn), gabi herczeg (Neuquén), Pedro Marín (Bs. As.), Amalia Salum (Rosario), Lu Almada (Córdoba), Ruth Isa (Tucumán), Renata Figueroa (Tucumán) y Gabriela Veleizán (Salta).

Desde el 2020, con el contexto nacional y mundial de la pandemia de Covid-19, el archivo quedó bajo la curaduría de fabi tron y Gabriela Adelstein. Resulta interesante señalar que “Potencia Tortillera” empezó siendo una consigna que el grupo de activismo lésbico Fugitivas del Desierto llevó al Encuentro Nacional de Mujeres de 2007 en Córdoba, para que circulara entre quienes quisieran usarla como expresión de una posición independiente de los intereses del Estado y de organismos económicos internacionales. El blog APT se inscribe, por tanto, en una genealogía lesbiana de tradición “autonomista” que reivindicó para sí el uso de palabras como *torta*, *tortillera* y *marimacho* como “parte de una tradición activista de subversión del sentido de palabras que fueron insultos arrojados contra nosotras y que son reapropiados y resignificados” (Peralta, 2014, p. 1).

Las primeras administradoras del sitio web sostienen que fueron impulsadas a crear el archivo por la invisibilidad que tenían las experiencias de activismo lésbico, lo cual impedía la transmisión intergeneracional de dicha historia política configurada por un acervo de experiencias y producciones teórico-culturales de difícil acceso –debido a la dispersión de los documentos y al carácter privado de los archivos. Esto “empobrecía la memoria colectiva y daba la sensación agobiante de estar partiendo todo el tiempo de cero”⁷, como si el activismo fuera siempre nuevo, sin una historia donde anclarlo⁸.

⁷ Extraído del blog: <http://potenciatortillera.blogspot.com/p/somos-un-punado-de-activistas-lesbianas.html>

⁸ Si bien es cierto que no existía en Argentina ningún archivo de este tipo –trabajado con la asiduidad del APT y con las ventajas del soporte online– sí encontré experiencias archivísticas que funcionan como antecedentes de la recolección histórica de documentos y colecciones privadas del activismo lésbico. Se trata de archivos de tipo local (no federal) y en formato físico, como es el caso de *Escrita en el Cuerpo* de Alejandra Sardá y Chela Amadío (Buenos Aires, 1995-1996) o aquel archivo que se encontraba en la Casa del Encuentro (CABA, 2003-actualidad). También hubo otras experiencias de archivos físicos pero que fueron concebidos más bien como bibliotecas con libros de

Según las fundadoras del APT, les sirvió como inspiración el *Lesbian Herstory*⁹ Archives de Nueva York, fundado en 1974 por la activista lesbiana Joan Nestle, quien ofreció durante años su propio departamento para que este funcionara de puertas abiertas a la comunidad. Se trata de un archivo que conserva los materiales en formato físico: tiene la ventaja de que su consulta implica el acceso directo a los objetos, y la desventaja de limitarlo al lugar y a los horarios institucionales. En contraste, el APT es un archivo digital de acceso público. Esta característica amplía las oportunidades de consulta y permite a las administradoras trabajar de manera descentralizada. Además, evita los costos de alquiler y el mantenimiento especializado necesarios para conservar documentos físicos a lo largo del tiempo, ya que el APT conserva archivos en formato digital.

Con los años, el APT se convirtió en el archivo documental más grande y completo que existe en Argentina sobre activismo y existencias tortilleras/lesbianas. En él encontramos un poco de todo: cartas, fotografías, poemas, publicaciones ocasionales, libros no catalogados, fanzines de tiradas cortas, revistas, historietas de circulación marginal, manifiestos, documentos en formato Word y PDF, flyers. También hay “material efímero” (Cvetkovich, 2018) –que no se hizo con la intención de que perdurara– como programas de radio, videos de eventos, postales, entradas a bares y conciertos, pegatinas, pancartas, panfletos, entre otros. Todos esos documentos fueron digitalizados especialmente para ser incorporados al APT. El blog, además, sostiene una concepción amplia del concepto de *activismo*: desde actividades que son tradicionalmente consideradas como activistas (como la organización de marchas y manifestaciones, campañas de salud o de prevención de la violencia hacia las lesbianas, actividades a favor de la visibilización, entre otras), hasta la “incorporación de materiales que den cuenta de las múltiples y variadas producciones de lesbianas en distintos lenguajes artísticos y en

temática feminista, lésbica y/o queer, como fue la Biblioteca Lésbica Ilse Fuskova creada por la activista Natalia Bolcatto (Rosario, 2008-2010), la Biblioteca Ultravioleta del colectivo Ultravioletas (Mendoza, 2012-2014), la Librería de las Mujeres (CABA, 1995-actualidad), y la Asociación Civil Tierra Violeta (2012-actualidad) que contiene la biblioteca *Feminaria* con las colecciones de libros donados de Diana Maffia, Lea Fletcher y Lily Sosa de Newton, entre otras. Además, hubo publicaciones lésbicas que también funcionaron como un pequeño archivo pues contienen material de registro del activismo y producciones poético-político-culturales, como la publicación *Codo a Codo* (1986-1989), los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* (1987-1996), algunas publicaciones de las revistas *Alfonsina* y *Brujas*, *La sociedad de las extrañas* (2004-2007), la revista *Baruyera* (2007-2009), entre otras.

⁹ “Herstory” es un término que juega con la palabra “historia” para enfocarse en la narrativa desde una perspectiva femenina. Este neologismo fusiona “her” (de ella) con “history” (historia), subrayando la relevancia de relatar los eventos desde el punto de vista de las mujeres.

el ámbito del posporno” (Potencia Tortillera, 2019, p. 6). En él se publican y conservan los ejercicios disidentes que buscan “interrumpir e intervenir en las tecnologías hetero-capitalistas de producción de subjetividad” (Cano, 2015, p. 12); contiene gran parte de las preocupaciones políticas, debates teóricos, memorias activistas, acciones y expresiones artísticas de lesbianas en las distintas provincias de la Argentina.

Las entradas del blog están ordenadas cronológicamente. El título de cada entrada corresponde al colectivo o a la activista que realizó la intervención, pero las búsquedas pueden hacerse también a través de palabras clave o con un criterio geográfico. Las etiquetas son las que mejor responden al criterio temático, permitiendo un acceso rápido a diferentes categorías, como pueden ser: “lesbofobia”, “producción teórica”, “producción artística”, “día de la visibilidad lésbica”, entre otras. Este blog está en constante construcción:

Por un lado, porque el activismo lésbico sigue produciendo acciones, arte, poesía, ponencias, artículos, videos, etc. Por otro lado, porque el nuestro es un pasado muy fragmentado, con grandes espacios aún velados por la acción de la lesbofobia social y sus efectos de miedo que encarna en los cuerpos y los sigue habitando décadas después, a lo que hay que sumarle el efecto negativamente sinérgico de las dificultades tecnológicas de generar registro en décadas anteriores. (Peralta, 2014, p. 5)

Las administradoras del APT realizan un activo trabajo de búsqueda de documentos y referencias –tanto en sus propios archivos personales, como en la web y otros centros de documentación–, pero, además reciben contribuciones voluntarias e invitan a toda la comunidad lésbica a compartir sus intervenciones y memorias para que sean incorporadas al blog. Los dos mayores desafíos que tienen las curadoras son, por un lado, encontrar material proveniente de los años inmediatamente anteriores, posteriores y contemporáneos a la última dictadura cívico-militar porque “el terror se instaló con la fuerza de lo imborrable, al punto de generar hábitos de ocultamiento de datos y destrucción de registros y documentos que hoy hace muy difícil recomponer la urdimbre del tejido lésbico de esa época” (ídem). Por otro lado, con el surgimiento y la multiplicación de las redes sociales y sus usos es cada vez más difícil rastrear y guardar todos los activismos/actividades lésbicas que se realizan, pues una característica de plataformas como Facebook, Instagram o Twitter es lo efímero –aparecen historias que duran sólo 24 hs., posteos que son borrados, o publicaciones que quedan tapadas con nuevos posteos que se hacen a una velocidad inusitada.

El APT, por lo tanto, comparte los beneficios y las problemáticas del blog como soporte de la memoria: la dispersión digital entorpece la reconstrucción de historias, al tiempo que habilita la permanente expansión del archivo. Este crecimiento se logra gracias a su naturaleza colaborativa e interactiva, y también por el objetivo de documentar el presente. Esos límites en constante mutación del blog resaltan la interacción entre la historia y el archivo, abriendo la pregunta acerca de la reconceptualización del pasado¹⁰. El pasado ya no sería una materia inerte que es recogida, sino una *construcción*. La multiplicidad de voces, perspectivas y colaboraciones también permite incorporar historias marginales que antes no se registraban de manera oficial en los archivos tradicionales dominados por las voces de las élites o institucionales. Otro término re-conceptualizado a partir del uso del blog como insumo para el estudio de la historia es la *autoría*, la cual empieza a pensarse como colectiva. El blog sería, en términos bajtinianos, un ejercicio dialógico en el que numerosas voces se cruzan en un tiempo que intercepta presente y pasado, dando voz a sentidos nuevos que suman interpretaciones desde otras temporalidades.

Por otro lado, la existencia del APT da cuenta de una relación ya establecida entre las lesbianas y las *redes* –entendidas en términos amplios– que desde hace muchos años son una herramienta y ámbito del activismo¹¹. Como escribe María Luisa Peralta:

En un sentido más amplio, el archivo puede verse como testimonio de la relación de los movimientos sociales, el de lesbianas entre tantos otros, con las tecnologías y de cómo la tecnología fue cambiando el modo en que el activismo pudo hacer, difundir, reproducir y registrar sus acciones e incluso cómo la tecnología fue cambiando la definición de qué acciones fueron posibles. (2014, p. 2)

Las tecnologías son un espacio de intervención política que, en el caso del APT, defiende el valor de *lo común* –o lo que se pone en comunidad– por sobre lo privado. Como propone el

¹⁰ Estas características del blog han empujado a los historiadores digitales –como se les conoce desde la publicación del famoso artículo *Interchange: The promise of digital history* (2008)– a pensar en una metodología específica para abordar tal soporte. Debido al trabajo que aquí propongo, no ahondaré en dicha propuesta metodológica.

¹¹ Como ejemplo, invito a pensar a la cadena de mails Safo_pienso, que funcionó desde el 2001 como un área subsidiaria de la Red Informativa de Mujeres de Argentina (RIMA), conformada un año antes. Gracias al intercambio, a los debates, contactos y cercanías que posibilitó Safo_pienso es que se empezó a conformar en Argentina una red de lesbianas activistas que se encontraban y proponían, como fue el caso de EspArtiLes (Espacio de Articulación Lésbica de la Argentina). Para dar un ejemplo aún anterior, desde fines de los ochenta y durante casi todos los noventa, los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* sirvieron como una plataforma en formato papel donde intercambiar información, conocer nodos de activismo en diferentes geografías, difundir noticias, establecer contacto, etc. Sus creadoras, no sólo se autofinanciaban para publicar esos cuadernos-revista, sino que aprovechaban los Encuentros Nacionales de Mujeres para llevar los cuadernos y generar, precisamente, *redes*. Todo esto será retomado en los próximos capítulos.

equipo de Potencia Tortillera en un artículo escrito en primera persona del plural, el archivo puede ser pensado a partir de la lectura de *Calibán y la bruja* de Silvia Federici (2004), donde desarrolla una hipótesis acerca de los *bienes comunes*:

Entendemos que lo más interesante del planteo de esta economista marxista feminista es que piensa a los bienes comunes como aquello que es sujeto a cercamientos que lo privatizan en cada ronda de acumulación de capital. Y si bien ella se refiere al capital material, está visto que podemos extrapolarlo al capital cultural y simbólico. La tarea es resistir el cercamiento, la apropiación de los bienes comunes por particulares que excluyen al resto. (2019, p. 4)

Como puede verse, el APT sostiene una postura anti-capitalista pues alza una resistencia contra los intentos de cercar las historias del movimiento. El peligro que señalan las curadoras del APT es el de contar una historia que responde a los intereses del mercado o a los intereses políticos más convenientes para legitimar el presente de sólo algunos sectores, volviendo a silenciar las diferencias dentro del movimiento. Por ello, en el APT:

mostramos lo que hacen nuestras amigas y también aquellas con las que nada compartimos o con las que estamos enemistadas, no porque creamos en la objetividad, sino porque nos interesa la multiplicidad, la divergencia e incluso la dispersión. Nuestra decisión de incluir, en la medida en que llegue a nuestro conocimiento, todo lo hecho por todas las activistas lesbianas no tiene nada que ver con esa vieja exhortación y no pensamos al territorio del archivo como Arcadia, sino que pensándolo como un terreno en y de disputa, es una decisión que socializa documentación y saberes, habilitando a que cada lectorx tome de él lo que necesite, haga su propia historia, construya su propio relato del movimiento, reconstruya las afinidades y desavenencias que le interese encontrar. Se aleja así de la pasteurización de la unidad que torna inocuas las potencias del disenso, los debates ideológicos, las rupturas y se aleja también del gesto tutelar y autoritario de instaurar una historia oficial, predigerida, limitada, sin rispideces y sobre todo sin partes incómodas. (Peralta, 2014, p. 3)

Entiendo al APT como un soporte de gran cantidad de material fundamental para hacer una historia cultural, política, social y afectiva del activismo lésbico en Argentina. Porque no sólo conserva cientos de documentos que pueden ser consultados de forma digital sino que, además, activamente resiste al borramiento de una contracultura lésbica que articula una particular *estructura del sentir* (Williams, 2000). Para concluir, está sostenido por la voluntad política de las administradoras del sitio que hacen el trabajo de mantenimiento, actualización, recepción y revisión de contenido como parte de un activismo que busca sustituir el silencio por las memorias lésbicas en Argentina.

1.2 Estado de la cuestión

Si bien el activismo lésbico en Argentina no ha dejado de crecer y transformarse desde principios de los años ochenta, alimentando al movimiento y al pensamiento feminista y LGBTTTQ, no existen muchos trabajos en Argentina que lo estudien. A diferencia de lo que ocurrió en Estados Unidos a partir de los setenta¹² —cuando una corriente crítica dentro de la academia llamada *Lesbian Studies* tomó como objeto de estudio las existencias lesbianas para practicar, inicialmente, cierto revisionismo en la historia y la literatura— en Argentina no se consolidó un campo de estudios lésbicos legitimados; aunque sí hubo académicas que, insertas en diferentes disciplinas, tomaron el tema del lesbianismo para desarrollar líneas de investigación específicas que, incluso hoy, continúan. Si bien estas investigaciones se centran en problemáticas muy diferentes a las que trabajo en esta tesis, funcionan, en mayor o menor medida según el caso, como antecedente y marco referencial.

Cabe hacer algunas observaciones: por un lado, gran parte de la literatura existente sobre las disidencias sexuales refiere mayormente a los varones homosexuales, sus organizaciones y problemáticas, haciendo sólo algunas menciones marginales a las lesbianas. Florencia Gemetto muestra en un artículo titulado “Lesbianismo, homosexualidad femenina y homosexualidad” que hasta el 2009 “las producciones sobre gays en el país [triplicaban] los trabajos sobre lesbianismo” (2009, p. 9). Por otro lado, en los estudios sobre el movimiento feminista en Argentina se tiende a borrar la presencia de las lesbianas o bien su participación tiende a quedar soslayada a notas marginales, sin profundizar en la pregunta sobre qué especificidad le imprime el *lesbianismo* al

¹² Al respecto, la crítica literaria, Bonnie Zimmerman (1981) cuenta sobre su propia experiencia en la conformación de la crítica literaria lésbica: “Como académicas y como lesbianas, empezamos a unir con cautela los hilos de nuestra existencia: la enseñanza de la literatura lesbiana, el establecimiento de redes y grupos de apoyo y la exploración de los supuestos de la crítica literaria centrada en las lesbianas. Partiendo de la nada, como pensábamos, esta generación empezó rápidamente a ampliar los límites de la erudición literaria señalando lo que durante décadas había sido ‘indecible’ —la existencia lésbica—, expresando así, en palabras de la novelista June Arnold, ‘lo que nunca fue’. (...) exploramos la forma de escribir y leer desde una perspectiva ‘otra’. Como lesbianas en una academia heterosexista, hemos seguido explorando el impacto de la ‘otredad’, sugiriendo dimensiones antes ignoradas y sin embargo necesarias para comprender la condición femenina y el trabajo creativo que nace de ella. Puede que las críticas lesbianas, en la década de 1980, tengan más preguntas que respuestas, pero las preguntas son importantes no sólo para las lesbianas, sino para todas las feministas que enseñan y critican la literatura” (p. 451, trad. propia).

sujeto clásico o hegemónico del feminismo y sin considerar las genealogías diferentes en las que se inscribieron históricamente esos activismos.

Si bien en este apartado comento mayormente diversas reflexiones en torno al lesbianismo o lo que podríamos llamar “lo lesbiano” que provienen de la academia (me refiero a investigaciones inscriptas en universidades y organismos científicos nacionales), me interesa señalar que también hay una gran producción de material que se generó por fuera de esta o en la estrecha relación activismo-academia¹³. Numerosas investigadoras lesbianas, bisexuales y queer han asumido históricamente a la academia como un “territorio de intervención política” (Richard, 2011), entendiendo que la academia refiere a un *topos*, un lugar, pero no necesariamente a una institución, sino que puede ser más bien una toma de posición dentro de la producción de conocimientos.

Dentro de los antecedentes, encuentro una primera línea de investigación importante que estudió las *representaciones* del lesbianismo. Laura Arnés (2016) –reflexionando acerca de la literatura y los afectos en la cultura argentina del siglo XX y XXI– propone el término *ficciones lesbianas* y lleva adelante un trabajo sobre los modos de leer y de ver las representaciones de aquellos elementos y narrativas que tendemos a sentir como despojados de toda historia. Cercana a mi propuesta, pero centrada en otro objeto de estudio –la literatura argentina del siglo XX y XXI–, la autora, sin decirlo de ese modo, produce un archivo, problematiza la categoría de “genealogía” y demuestra que la omisión de lo lésbico no está producida ni legitimada por los textos en sí, sino por las lecturas que en determinados contextos generan ausencias. Es decir, el problema de investigación está atravesado por la pregunta acerca de la *política de la voz*, problema también presente en mi investigación: por un lado, qué se puede decir, en boca de quién y qué legitima. Por el otro lado, qué cosas o qué posiciones subjetivas –aun diciéndose– escapan a la

¹³ Muchas lesbianas y colectivos lésbicos desde principios de la década del ochenta empezaron a traducir y producir teoría feminista y/o lésbica como parte de su activismo; también generaron sus propios circuitos de editoriales independientes y a publicar allí sus trabajos –por ejemplo, en *Hipólita Ediciones*, *Ají de Pollo*, *La Mondonga Dark*, *Bocavulvaria Ediciones*, entre otras– o a compartir las producciones a través de revistas, fanzines y/o en sus blogs. Por otro lado, hay mucho material producido en el periodismo, numerosas notas y entrevistas interesantes publicadas en medios de comunicación; entre ellos, destaca el suplemento *Soy de Página12* –dedicado a la comunidad LGTBTTQ, la cultura, los derechos humanos y la sexualidad–, en donde colaboraron con sus escritos activistas lesbianas como Mónica Santino, Adriana Carrasco, Ilse Fuskova, Paula Jiménez España, Canela Gravila, Noe Gall, Marta Dillon, marian pessah, el Colectivo Cruzadas (Tucumán), el grupo Malas como las Arañas (La Plata), entre tantas otras.

representación, haciendo de la fuga, el secreto, el hiato o la invisibilidad una estrategia privilegiada de aparición¹⁴. Además, es interesante el planteo teórico por el cual Arnés no conceptualiza a la lesbiana como una identidad, sino como un *locus* de significados y sentidos; no se trata de un objeto categorizado ni regulador, sino una *posición* capaz de trastocar lo previsible (que es, en el fondo, estudiar en las ficciones lesbianas su función política). En este momento Arnés continúa pensando junto a otros investigadores los modos en que se configuran los deseos, el conocimiento y la voz disidente o lésbica en autoras de la primera mitad del siglo XX (Arnés y Saxe, 2019; Arnés, De Leone y Punte, 2020).

La tesina de grado de Agustina Noceti (2018, Universidad de Buenos Aires) que estudia la experiencia de auto-representación lesbiana en los quince números de la revista *Fulanas* (2000-2001) –desde la perspectiva de los Estudios Culturales y con perspectiva de género– se acerca a mi investigación en su recorte temporal y también en la búsqueda de ciertas construcciones ideológicas y de sentido propuestas por una corriente del activismo lésbico en Argentina. Sin embargo, los datos se limitan al material hemerográfico producido en el marco del activismo del grupo La Fulana. Si bien yo no analizo detalladamente esta publicación, porque el análisis del discurso no es el objetivo de mi trabajo, el Centro Comunitario que nuclea todavía a La Fulana ha sido coordinado históricamente por Claudia Castro y María Rachid, a quien sí entrevisté para esta tesis.

Otros trabajos sobre lesbianismo y sus representaciones –con algunas referencias a mi periodo de estudio– pueden encontrarse en el libro *Escenas lesbianas. Tiempos, voces y afectos disidentes* (Arnés y Saxe, 2019), que contiene aportes de diferentes autores. Este libro estudia los modos de aparecer en la cultura que tienen las lesbianas, en deuda con la propuesta de Arnés sobre los regímenes de visibilidad y la *falta* como una condición de acceso a la representación. En este libro se hace presente la voz en primera persona de la activista y docente Romina García Hermelo (“Lesbianas como alienígenas de la trama escolar: cuando ciertos silencios alimentan prejuicios”) y de Val Flores, quien en “Vivir en diferido. El fracaso lésbico del tiempo” problematiza cuestiones referidas a las temporalidades, a la inscripción de la primera persona, al silencio como

¹⁴ En este punto, la propuesta de Arnés sigue la hipótesis planteada por Annemarie Jagose acerca de que la invisibilidad es una forma de representación lésbica –extraída de su libro *Inconsequence. Lesbian representation and the logic of sexual sequence* (2002).

una política de (i)representación, y traza también un recorrido político y subjetivo sobre su propia historia.

Otra línea de investigación fundamental es aquella que estudió el cruce entre activismo lésbico y arte que –en algunos casos– se presenta como otra forma de abordar las representaciones. Los trabajos de María Laura Rosa (2014, 2017, 2018), Laura Gutiérrez y val flores (2017) y Laura Gutiérrez (2019, 2021), articulan feminismo y lesbianismo con arte/performance para pensarlos desde sus intersecciones, desbordes y reconfiguraciones mutuas, especialmente en el espacio público. Rosa fue una pionera en Argentina con estos temas; en particular me interesa el estudio que hizo de la fotografía de Alicia D’Amico en el que profundizó sobre la visibilidad lésbica y el papel que cumplió la fotografía en generar auto-representaciones políticas, convertidas –según sostiene la autora– en una especie de práctica de concienciación. Además, su trabajo sobre la figura de Ilse Fuskova –abordada en un capítulo de su libro *Legados de Libertad* (2014)– es clave en tanto toma las particularidades que adquiere la visibilidad del lesbianismo en la incipiente democracia de los ochenta y el papel resubjetivante que ocupó el arte para posicionar en la esfera pública a los cuerpos lésbicos.

Gutiérrez y flores (2017), por otro lado, muestran la alianza particular que se estableció entre lesbianas y movimientos por los Derechos Humanos a partir de la experiencia artística-performativa del grupo Lesbianas en la Resistencia durante los años 1995-1997 (este grupo será visitado en mi tesis). Su trabajo destaca entre otros (Kornblit et al., 1998; Bellucci, 2010; Pecoraro, de Grazia, Maffia et al., 2016) que estudiaron los aportes de los movimientos de DD.HH. a la construcción de una nueva escena política de discusión democrática para el colectivo LGBTTTQ, pero que no atendieron a la especificidad de esa articulación para las lesbianas.

El libro *Imágenes de lo posible. Una genealogía de intervenciones lésbicas y feministas en Argentina (1986-2013)* (2021) de Laura Gutiérrez representa una investigación profunda y exhaustiva acerca de las intervenciones artísticas realizadas por grupos lésbicos y feministas en diversas partes de Argentina. Estos grupos utilizaron el espacio público como un terreno político esencial para desafiar la invisibilidad a la que a menudo se condena a las lesbianas en la sociedad. Gutiérrez explora el concepto de *topofobia* (acuñado por Preciado en 2008), que describe una representación particular de la lesbiana como radicalmente anti-cartográfica. Esta noción se asemeja a la hipótesis propuesta por Arnés (2016) acerca de la invisibilidad como estrategia de

aparición privilegiada de las figuraciones lesbianas. No obstante, mientras que Gutiérrez aboga por interrumpir la topofobia para permitir que la lesbiana sea legible, Arnés enfoca su trabajo en cuestionar los modos de lectura como la raíz del problema de la (in)visibilidad. El libro de Gutiérrez es un antecedente fundamental para mi trabajo pues interpela a algunos colectivos lésbicos desde preguntas que relacionan la estética con la política, trazando una genealogía discontinua o, como también la denomina la autora, *a-crono-lógica*. La insistencia en lo artístico presente en su obra también se refleja en mi tesis, que busca explorar cuestiones culturales de manera más amplia. Además, mi investigación retoma la observación de Gutiérrez acerca de cómo la militancia política tradicional a menudo desestimó el activismo artístico; esto es evidente en el análisis que realiza del colectivo Lesbianas en la Resistencia. En mi trabajo, propongo que esta tendencia reaparece en las dinámicas de activismo en los años dos mil, con grupos como Mujeres Públicas, Fugitivas del Desierto, Cero en Conducta, Ultravioletas y Malas como las Arañas, entre otros. Finalmente, otra conexión importante con la investigación de Gutiérrez radica en la insistencia de esta investigadora en visibilizar la presencia de las lesbianas en el feminismo local. En mi tesis, amplío esta propuesta para resaltar la presencia lésbica dentro del movimiento LGBTTTQ.

Cabe mencionar también los trabajos de Anahí Mallol, Andy Nachón y Paula Jiménez España compilados en el tomo *En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta* (2020, Coord. Arnés, De Leone y Punte) de la *Historia Feminista de la Literatura Argentina*. Estos abordan la literatura no sólo como texto, sino como con-texto, como terreno de sociabilización para lesbianas: se centran en los talleres, ciclos de lectura, festivales y en la experiencia colectiva de publicación de antologías feministas y lésbicas. La primera autora –pensando a los colectivos de arte y poesía “Belleza y Felicidad” y “Zapatos Rojos”, en los que la disidencia sexo-genérica era un factor central de sociabilidad y de creación poética y artística– propone un uso interesante del concepto *performance*, como una obra que toma valor en su construcción, en el proceso y en su carácter efímero, y no necesariamente en su conclusión o terminación. Como ya deslicé, esto es importante para mi trabajo porque el activismo lésbico se nutrió en numerosas ocasiones de esa herramienta de intervención política para poner en relieve al cuerpo sexuado en el hecho artístico. El artículo de Nachón, por otro lado, toma prestado de María Moreno el concepto de *nombraderal* para referirse a cierta genealogía de feministas y disidencias sexuales, y así contar la experiencia concreta de haber participado en una antología feminista y lesbiana titulada: *Agua de beber (una*

extraña antología) (2002). Las alianzas intergeneracionales y la “urdimbre vinculante” y afectiva entre las participantes que aborda Nachón son dos dimensiones de análisis que también abordaré en esta tesis como elementos modeladores y constitutivos de los colectivos lésbicos. Finalmente, Jiménez España busca trazar una suerte de historia de los ciclos literarios feministas porteños, entre los cuales cobran particular importancia los círculos de lectura lésbicos –espacios de sociabilidad, de construcción subjetiva, política y poética. Algunos de ellos fueron: el sótano de Martha Ferro (que también analiza val flores en el libro *El sótano de San Telmo* (2015); los talleres literarios que dictaba la poeta Diana Bellessi en la casa cultural del grupo Las Lunas y las Otras – lesbianas feministas separatistas– (1991), así como el tráfico de textos feministas y lésbicos que propició; el ciclo “Viernes Mágicos”, organizado por Mónica D’Uva en esa misma casa lesbofeminista (1995); el grupo Les Arts (2005-2006) y su proyecto de generar cambios culturales y en los discursos hegemónicos a través de la estética; el ciclo de poesía y performatividad llamado “Cuerpo extraño” (2005), que se realizaba en el espacio Militancia Homo; los ciclos de arte organizados en Casa Brandon, especialmente “La Rueda Lésbica” (2016-actualidad), entre otros. Estas instancias de encuentro entre lesbianas, si bien no son parte de mi tesis, sirven para darle mayor consistencia, para *hojaldrar* al periodo que estoy abordando.

De los trabajos de Mallol, Nachón y Jiménez España me interesa además destacar la idea de que la relación entre activismo lésbico y literatura –entendidos como espacios de sociabilización y de intervención política-cultural– fue y es una relación estrecha, de permeabilidad, superposición y de mutua conformación. A partir de estos trabajos pude recuperar una serie de textos que conformaban las lecturas y eran parte de las experiencias de las lesbianas en el período que estoy trabajando, más allá de la bibliografía teórica traída del exterior (como podrían ser Adrienne Rich, Charlotte Bunch, Audre Lorde, Monique Wittig, Judith Butler, Teresa de Lauretis o Gloria Anzaldúa). Me refiero a textos como: *Monte de Venus* (1976) y *El cielo dividido* (1996) de Reina Roffé; *En breve cárcel* de Sylvia Molloy (1982); *Lo impenetrable* (1984) de Griselda Gambaro; *Eroica* (1988) de Diana Bellessi; *El affair Skeffington* (1992) de María Moreno; *No es amor* (2009) de Patricia Kolesnicov; *La pasajera de arena* (1992), *Inferno* (1999), *Como mil flores* (2007) de Macky Corbalán; *Queerland* (2010) de Gabby de Cicco; *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara, entre otros. Y esto además interesa porque, si bien no es un campo que yo abordaré en la tesis, la producción literaria también fue un terreno de intervención

política y un modelizador subjetivo si se piensa en términos de tecnología de género (de Lauretis, 2000). El activismo lésbico ha dejado mucho material que se encuentra en un cruce entre teoría-activismo-literatura. Como ejemplo de lo anterior puedo mencionar los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* (1987-1996), la revista *Tet-a-tet* (1994), el boletín *La sociedad de las extrañas* (2004-2007), la revista *Baruyera. Una tromba lesbiana feminista* (2007-2009), entre otras publicaciones.

Una tercera línea de investigación, proveniente de las ciencias sociales, ahondó en la correlación entre deseo, sexualidad, identidad y visibilidad –Figari y Ponce (1999), Figari et al. (2005), Meccia (2006), Pecheny et al. (2008), Rapisardi (2008), Moreno (2008). Sin embargo, no son trabajos que estudien específicamente a la población de lesbianas. También varies autores llegaron a interesarse por la cuestión de la *ciudadanía* en el cruce particular entre sexualidad y políticas públicas (Bellucci y Rapisardi, 1999; Pecheny, 2005; Pecheny, Figari y Jones, 2008; Pecheny y de la Dehesa, 2011; Hiller, 2008, 2011, 2012; Barrancos, 2014). Esta línea de investigación no tomó gran relevancia en los estudios sobre homosexualidad y lesbianismo sino hasta fines de los años noventa, y fue creciendo, especialmente, después de los debates sobre la aprobación de la ley 26.618 de Matrimonio Igualitario (2010). Ya para esos años –y sumadas la ley de Identidad de Género (2012) y la ley de Fertilización Asistida (2013)– algunas investigaciones se interesaron por el tema del reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo (Ají de Pollo, 2007; Hiller 2009, 2010, 2017; Tabbush et al., 2016). También entraron en debate las maternidades lésbicas y las formas alternativas de generar vínculos afectivos en las comunidades de lesbianas, como muestran los trabajos de: Lewin (1993), Butler et al. (2007), Bacin y Gemetro (2011), Libson (2012, 2013), Tarducci (2014), Lacombe (2016), Schwarz (2016) y Trupa (2017, 2018). Trabajos provenientes de lo que hoy llamamos norte global, como el de Weston (2003) y Butler (2004), fueron pioneros en el estudio de la amistad como un lazo duradero que en las comunidades LGBTTTQ funciona como una red de parentesco que puede llegar a sustituir a los lazos sanguíneos. En Latinoamérica, investigadoras como Mogrovejo et al. (2009), Cano (2015, 2021, 2022) y Mogrovejo (2017) continuaron esa línea de investigación. En muchos de estos textos, el uso de la primera persona (activista y lesbiana) y la aparición de tópicos y escenas que asomaron también en las entrevistas que realicé, proveen de material con el que mi investigación dialoga, como es el uso del concepto de *sexilio* de Mogrovejo para referirme a la experiencia del exilio por razones de discriminación motivada por la orientación sexual.

En este punto, quiero traer a los antecedentes también textos que pusieron en contacto reflexiones lesbofeministas con el género testimonial y/o autobiográfico: Rais (1984), Fuskova, Schmid y Marek (1994), Mogrovejo (2001), Espinosa Miñoso (2007), flores (2005, 2010a, 2010b, 2017, 2021), Torricella (2012), Mines et al. (2013), Tron y flores (2013), Cano (2015). La mayoría se encuentran en publicaciones lesbofeministas como *Codo a Codo* (1986-1989), *Cuadernos de existencia lesbiana* (1987-1996), *Fulanas* (2000-2001), *La sociedad de las extrañas*, (2004-2007), *Baruyera* (2007-2009), *Tératos* (2006). Sin embargo, no todos los textos mencionados arriba hacen del contacto entre lo testimonial y lo autobiográfico una puesta teórica, tal como procuro hacer en esta tesis.

Pero mucho antes de eso, en Argentina las lesbianas hicieron sus primeras apariciones en los textos académicos introduciendo un conflicto en el campo de la representación –como señala Arnés (2016) refiriéndose al campo literario. La literatura médica y jurídica fue la primera en representar al lesbianismo y a la homosexualidad, homologándolos directamente con la perversión, la desviación y el delito. En este sentido, el cruce entre cuerpo, poder, discursos e instituciones abrió una línea de trabajos que estudiaron la relación erótica entre mujeres como una herida y amenaza a la salud social de la nación, fundada en el lazo familiar¹⁵ (Salessi, 1995; Bazán, 2004; Felitti, 2006; Benavente y Gentile, 2013). El artículo de Ramaccioti y Valobra (2008) es quizás el más completo a la hora rastrear las representaciones provenientes de la institución médica. Allí, las autoras señalan que de la terminología utilizada en la Argentina de los años cuarenta y cincuenta para referirse a las relaciones sexuales y eróticas entre mujeres, las de uso más extendido fueron: *tribadismo*, *safismo* y *homosexualidad femenina*. A partir de la propuesta político-conceptual de Audre Lorde que sugiere pensar a lo *erótico* como una forma de poder, estas autoras mostraron el carácter subversivo del lesbianismo expresado en los actos más cotidianos, como son el rechazo a la maternidad, la cercanía e intimidad que se establece entre

¹⁵ El modelo patologizante e higienista dominaba el campo médico y penal del siglo XX en Argentina. Este modelo respondía al imperativo capitalista de controlar y optimizar el tiempo y los cuerpos de los trabajadores libres, extendiendo el *ethos* capitalista a todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluyendo, por tanto, a la sexualidad, especialmente orientada a la reproducción para la conformación de familias integradas al sistema productivo. A esto se debe sumar, además, el discurso patriótico que proponía a la familia nuclear (heterosexual y reproductiva) como la base de una nación moralmente sana; y la intervención proveniente de la criminalística, que también producía sujetos (i)legítimos y (a)normales.

amigas mujeres y el cuidado mutuo, entre otros. Evidentemente, estos temas reaparecen y son reconceptualizados en la investigación que da cuerpo a esta tesis.

Figari y Gemetro (2009) también profundizaron en esa línea de investigación y mostraron que entre los años 1930 y 1976, a partir de la relación entre el Estado y la medicina, las intervenciones excedían a la clínica, promoviendo sanciones morales y legales que las lesbianas tanto internalizaron como resistieron. Tomando como corpus de análisis algunos testimonios de lesbianas cuyas experiencias transcurrieron entre 1930 y 1976 –período bastante previo al que yo analizo– Figari y Gemetro insisten en que las lesbianas se veían interpeladas por la ley y la medicina de tres modos diferentes: por un lado, estaban aquellas que se reconocían en el síntoma médico y aceptaban hacer tratamientos de conversión y psiquiátricos; había otras que evadían su deseo, conformando relaciones heterosexuales. Finalmente, estaban aquellas que “en la clandestinidad, desarrollaban experiencias colectivas de resistencia y de encuentro común compartiendo vivencias con otras percibidas como iguales (aun cuando no desarrollaran identidades específicas)” (Figari y Gemetro, 2009, p. 39). Es decir que, si bien las políticas represivas no anularon al lesbianismo como una práctica sexual, sí contribuyeron “a la disociación entre sexo y afecto, al aumento de riesgo de enfermedades de transmisión sexual, a la violencia” (Pecheny, 2001, p. 42). Como indica también el trabajo de Sardá y Hernando (2001), esa violencia era distribuida desigualmente entre clases sociales: mientras que a les burgueses se les toleraban ciertos comportamientos vistos como “excentricidades”, las clases bajas sufrían mayor acoso en el espacio público. Estos textos me sirvieron para pensar los períodos previos a mi investigación y para ir configurando genealogías disidentes que, si bien con dificultades, pueden rastrearse desde mediados del siglo XX.

La dificultad de trazar genealogías reaparece en el periodo anterior a la recuperación de la democracia en 1983, como consecuencia de las persecuciones policiales y de las *razzias* llevadas adelante contra la comunidad homosexual y travesti. Esto convierte en una notable excepción al libro de Sardá y Hernando (2020 [2001]), *No soy un bombero, pero tampoco ando con puntillas*, que recoge historias de vida de trece lesbianas de Buenos Aires entre 1930 y 1976¹⁶. En él se

¹⁶ Este libro, junto a otra obra testimonial importante: *Amor de Mujeres. El lesbianismo en la Argentina hoy*, de Fuskova, Schmid y Marek (1994), son dos trabajos muy citados por la literatura de los últimos años que estudia al lesbianismo en el siglo pasado. El libro de Fuskova, Schmid y Marek posee gran valor histórico porque recoge

transmite el temor de quienes se animaron a romper el silencio y contar su historia antes de que existieran siquiera los conceptos de *visibilidad lésbica* y *orgullo* –miedo que quedó manifestado en el uso de pseudónimos¹⁷. Este trabajo es un claro antecedente de la tarea que me propongo, no sólo porque trabaja con entrevistas e historias de vida, sino por algunos temas que aparecen apenas sugeridos pero que considero deben ser retomados, como la cultura de la sociabilización lésbica.

En *No soy un bombero...* se hacen muy presentes las palabras “entendidas” y “better”. Según las autoras eran eufemismos muy usados a mediados del siglo pasado en Argentina, cuando todavía “la palabra ‘lesbiana’ no [aparecía] como término válido” para autoidentificarse (op. cit., p. 150). Además de la expresión “better”, también se usaba “parson” o “affair” (en francés) para referirse a que alguien era gay o lesbiana delante de personas que no eran del círculo (Sardá y Hernando, 2020; flores, 2015). Como explican Sardá y Hernando, el lugar de mayor sociabilización para lesbianas en los cuarenta y cincuenta eran las llamadas *parties*: fiestas cerradas en casas particulares que funcionaban como una especie de “evento iniciático” (Sardá y Hernando, 2020, p. 233). El coqueteo, la seducción, los juegos de roles, así como la amistad eran muy importantes porque derribaban la idea de que eran “únicas en el mundo” o que “estaban solas”, al tiempo que desmontaban la idea de que eran “enfermas” o “perversas”. Frente al rechazo de las lesbianas a usar la palabra *homosexual* –porque remitía directamente al discurso médico y porque no contenía “toda la experiencia que significaba el deseo entre mujeres” (Figari y Gemetro, 2009, p. 41)–, Sardá y Hernando proponen la hipótesis de que el uso de otros idiomas implicaba asumir la extranjería y la otredad impuesta al deseo lésbico, al tiempo que exhibía una “marca posible para denotar la diferencia” (2020, p. 227). Esta hipótesis me sirve para pensar, en esta tesis, en la tradición que tienen también palabras como *lesbiana*, *torta* y *chonga* en la Argentina, y en la

experiencias militantes de las autoras en relación con el lesbianismo y la visibilidad en la época de la recuperación de la democracia; en él ya se observa un salto respecto al otro libro mencionado cuyas protagonistas aún no hablaban de su lesbianismo en términos políticos. Sin embargo, ambos trabajos confirman la historia de patologización que sufrieron las lesbianas en aquellos años, así como la estrategia de la “invisibilidad” que adoptaron para pasar desapercibidas en sus familias, trabajos, y hasta en los divanes de sus analistas.

¹⁷ Este dato no es menor si se lo compara con la situación de mi encuentro como investigadora con las activistas lesbianas entrevistadas, quienes no sólo felizmente aceptaron que se use su nombre verdadero en la tesis, sino que tuvieron una participación muy activa durante todo el proceso, contactándome con otras lesbianas, poniendo generosamente a disposición sus archivos personales, sugiriéndome material para leer y mandándome reflexiones propias escritas en diferentes momentos de su activismo.

reapropiación de la injuria –en términos generales– como una reterritorialización del lenguaje en la experiencia y la auto-representación de cierta posición política y/o identitaria. En este punto, el trabajo de Figari y Gemetro antes mencionado dialoga con el de Sardá y Hernando pues ambos problematizaron el tema de la auto-representación de las lesbianas. Según el primer par de autores, las denominaciones presentadas en el párrafo anterior no constituyeron necesariamente una identidad –como sí ocurrió posteriormente en la década del ochenta–, sino que más bien “situaban las experiencias de estas mujeres en términos de participación en prácticas y estilos concretos y en relación a *status* y roles de género” (2009, p. 43).

Del periodo inmediatamente posterior al que abordan Sardá y Hernando se encarga val flores en el libro que mencioné en párrafos anteriores: *El sótano de San Telmo. Una barricada proletaria para el deseo lésbico en los '70* (2015). La autora rastrea la historia de un sótano en el barrio de San Telmo –perteneciente a la periodista, poeta y titiritera lesbiana Martha Ferro– donde se reunían lesbianas y mujeres militantes del PST entre los años '76 y '80: “El sótano ligó sexualidad y política, sociabilidad y conciencia de clase, lesbianismo y trotskismo” (flores, 2015, p. 58). Se trata de un trabajo bastante excepcional porque se centra en ciertos hechos sucedidos durante la última dictadura cívico-militar en Argentina, en la que el terror instalado había generado “hábitos de ocultamiento de datos y destrucción de registros y documentos” sobre las existencias lesbianas (Peralta, 2014, p. 5). También Ana Solari Paz (2021) en su trabajo *aMorales en dictadura* estudió el periodo de la dictadura militar iniciada en 1976, a través de documentación policial en la que encontró señales de persecución y represión hacia las disidencias sexo-genéricas. Nuevamente, si bien no se centran en el período que yo trabajo ni en mi objeto específico, estos trabajos van pautando el contexto que antecede a los años que me propuse investigar.

De los trabajos anteriores rescato principalmente tres aportes: por un lado, el recordatorio de que aún en momentos de fuerte hostilidad social, represión y violencia estatal, las lesbianas siguieron construyendo y sosteniendo espacios para generar sociabilidad, conciencia política, erotismo y cultura lésbica –lo cual reaparece en muchos momentos de mi periodo de análisis, por ejemplo, al momento de la fuerte crisis política y económica que tuvo lugar en la Argentina de principios del siglo actual. Por otro lado, me interesa destacar la necesidad y el gesto de “recuperar” voces del pasado porque permiten el traspaso intergeneracional de experiencias y

saberes, y –debido a la escasez de documentos tradicionales– aparece en escena el relato oral como una fuente privilegiada de reconstrucción histórica. Finalmente, esos trabajos son fundamentales porque conforman una historia a modo de mosaico que presenta diferentes recorridos y a partir de la lectura de todos ellos se pueden rastrear genealogías, amistades, tradiciones afectivo-políticas, recorridos teóricos y políticos, cruces entre las esferas y personalidades del arte y el activismo, formas de resistencia a la autoridad, entre otras, que impactan sobre mi periodo de estudio.

Según los textos antes citados, para las lesbianas de los sesenta, setenta y ochenta, “guardar las apariencias” respecto a su deseo era una impostación necesaria para lograr cierta supervivencia social. El sociólogo argentino Mario Pecheny (2005) –en coincidencia con lo que sostiene el trabajo del antropólogo Horacio Sívori (2005)– elaboró la categoría de “identidades discretas” después de estudiar las formas que toma la socialidad en homosexuales y mostró que el secreto es fundante de la identidad homosexual¹⁸. Como señaló Leonor Arfuch en el prólogo del libro donde Pecheny propone tal categoría, los lazos sociales homosexuales “se estructuran según mundos definidos en función del mayor o menor conocimiento/desconocimiento de ese secreto, cuyas fronteras son, sin embargo, permeables y flexibles” (Arfuch, 2005, p. 17). Al contrario de lo que podría indicar el sentido común, la discreción –sostiene Pecheny– no se mantendría pasivamente, sino que implicaría un esfuerzo activo pues comprende aquello que se calla, lo que se dice a espaldas de alguien, así como aquello que se sabe que no se debe/puede hablar. Este aporte permite entender la importancia que le asignaron los movimientos LGBTTTQ a la *visibilidad*, que “echa por tierra el lugar de la discreción tradicionalmente atribuido a los homosexuales” (Pecheny, 2001, p. 25). Las Marchas del Orgullo que se realizan en Argentina desde 1992 –en principio, sólo en la Ciudad de Buenos Aires– han tenido un papel central en ese sentido porque son fundamentalmente marchas por la visibilización en las que se puede reconocer, a través de la “presencia de la máscara y la ornamentación en los discursos y acciones de los movimientos GLTTB, las marcas de saberes sociales previos a la constitución de los movimientos

¹⁸ Numerosos trabajos sobre homosexualidad y lesbianismo —no específicamente en Argentina y desde diferentes perspectivas— señalan que las lesbianas y otras identidades sexo-disidentes entablan una relación particular con el secreto, las mentiras y la discreción (Lorde, 1984; Rich, 1985; Pollak, 1993, 2006; Kosofsky Sedgwick, 1998; Mogrovejo, 2000; Lacombe, 2010; Eribon, 2015). En términos generales, además, hay consenso acerca de que las lesbianas tienen una larga tradición con el silencio y parecería que romperlo requiere de cierta conciencia política.

y sentidos del obrar colectivo” (Figari y Ponce, 1999, p. 8). Es decir, según el autor, de trazarse un arco temporal, primero vendría la experiencia de la diferencia, el silencio y el secretismo, y luego la politización de lo que se muestra, de la visibilidad. Aunque este aporte resultó fundamental para abordar el tema de las interrupciones y dis/continuidades en la historia del lesbianismo en nuestro país, planteo la idea de que las lesbianas no experimentaron la “discreción” como un requisito ineludible. Ser lesbiana constituye una identidad que tiende a generar menos suspicacias que la homosexualidad masculina, debido a la marcada negación cultural que impera en este ámbito. Tal como apunté basándome en el trabajo de Arnés, la invisibilidad lésbica surge, principalmente, de una interpretación y no tanto de una actuación “discrecional”.

Con respecto a investigaciones centradas específicamente en el activismo lésbico en Argentina, cabe citar trabajos como las tesinas de Mariana Paterlini, *Entre lo personal y lo político. Análisis del discurso en la construcción de una grupalidad: Cruzadas* (2014, Universidad Nacional de Tucumán) y la de Agustina Sarati, *Gramáticas feministas. Luchas, trayectorias y experiencias en la ciudad de La Plata* (2018, Universidad Nacional de La Plata), que abordaron en sus tesis de grado la historia de un colectivo lésbico local. Mientras que la primera hizo específicamente un estudio de caso del colectivo de lesbianas y bisexuales de Tucumán, Las Cruzadas, la segunda investigó en términos más amplios las trayectorias de cierta gramática feminista en la ciudad de La Plata, dentro de las cuales ahondó en un capítulo sobre el grupo lésbico Malas como las Arañas. Ambos trabajos presentaron un aporte al estudio de los movimientos sociales y la participación de grupos de la sociedad civil en la construcción política de imaginarios específicamente feministas y lesbianos. Dado que estudiaron dos colectivos que entran en mi corpus de análisis me interesó comparar la reconstrucción de algunos eventos que analizo en mi tesis.

También el texto de Mines et al. (2013) aborda el origen de un colectivo que incorporo en mi corpus de análisis: Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto. Como propuesta de estudio, la suya es muy acotada, pues se trata de un artículo, pero me interesa la apuesta por lo testimonial que hacen las autoras, a la vez investigadoras e integrantes fundadoras de dicho grupo. El rescate de los saberes producidos en el activismo, en este caso, es puesto en valor por las propias activistas que profundizaron desde el análisis sociológico su experiencia en el socorrismo lésbico. El libro de Mogrovejo *Un amor que se atrevió a decir su nombre* (2021) hace un cruce similar entre la experiencia de la autora como activista y sus reflexiones teóricas que

proponen un análisis historiográfico del movimiento lésbico latinoamericano en su relación con los movimientos feministas y homosexuales. Si bien en un capítulo aborda algunos colectivos lésbicos en la Argentina de los noventa, sugiero que su análisis de las corrientes institucionalista y autonomista resultan problemáticas por lo que consideré como una generalización excesiva para el caso argentino. Su apuesta autoetnográfica también fue inspiradora para mi tesis, pero de la que cuidadosamente me distancié al apostar por un estudio cualitativo más basado en los aportes de la Historia Oral que de la etnografía.

La antropóloga feminista Mónica Tarducci, en un capítulo del libro *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina* (2014) también reconstruye algunos hitos de la militancia lesbofeminista de Buenos Aires entre 1984 y 1995. Así, recupera a diferentes grupos y espacios que fueron verdaderos semilleros de activistas lesbianas en la Ciudad de Buenos Aires, como el grupo feminista ATEM, Lugar de Mujer, el Frente Sáfico, Las Lunas y las Otras, el grupo de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* o las publicaciones de las revistas *Alfonsina* y *Brujas*. Tarducci también conceptualiza la importación y traducción de textos como actos de activismo, subrayando su función en la promoción del carácter internacionalista del feminismo. Este enfoque se retoma en mi tesis para explorar más ampliamente las genealogías concebidas como intertextualidades. Paula Torricella (2008; 2020) abordó asimismo este tema al analizar el proceso editorial de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana*, resaltando la política de traducción emprendida por dicho proyecto. Esta estrategia permitió la recontextualización de textos extranjeros con el propósito de enriquecer el pensamiento feminista situado y dar forma a narrativas locales de lesbianas. En mi tesis también considero esos tráficos textuales como prácticas constitutivas y generadoras de tradiciones de pensamiento y activismo local. La tesis doctoral de Torricella (2020, UBA), además, presenta otro punto en común con la propuesta de mi tesis que tiene que ver con una reflexión sobre los modos en que la escritura entre pares puede adquirir un carácter militante al aspirar a construir un contrapúblico feminista.

Como se puede observar a partir del recorrido aquí esbozado, existen áreas de vacancia sobre las que avanzo con mi investigación. Por un lado, la mayoría de los trabajos que toman como objeto a las experiencias activistas se centraron en la Provincia y Ciudad de Buenos Aires, dejando sin explorar experiencias de activismo lésbico en otras provincias argentinas. Por otro lado, si bien el año 2001 ha sido muy estudiado por la Historia y las Ciencias Sociales en Argentina debido al

surgimiento, fortalecimiento y confluencia de numerosos movimientos sociales, la atención no ha estado puesta lo suficiente sobre los procesos que abrió para el activismo social y cultural de las lesbianas. Por el contrario, los trabajos que se centran en los años que yo abordo no profundizaron sobre las particularidades del activismo de las lesbianas, ni en la especificidad de los colectivos que estuvieron activos; tampoco estudiaron cómo las células de los activismos en las diferentes provincias fueron trazando redes que conformaron finalmente cierto movimiento nacional. Además, como se vio, gran parte de los trabajos revisados se interesaron por las consecuencias de la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario, dejando al periodo previo al 2010 sin explorar. Finalmente, si bien pueden encontrarse trabajos que analizaron publicaciones realizadas en mi período de interés no ha habido abordajes de la *experiencia* del activismo lésbico contada en primera persona por las protagonistas de manera global y con intención de generar una reflexión crítica acerca de cómo la experiencia personal del activismo genera tramas narrativas y culturales que son sociales y, por lo tanto, devienen en un proceso de colectivización de la historia afectiva. A partir de esas faltas, esta tesis busca, por un lado, construir un *archivo* del activismo lésbico en Argentina y, por el otro, proponer una conceptualización teórica que intervenga en los debates sobre la *experiencia*, las *genealogías* y el activismo de las lesbianas como una propuesta política excéntrica.

1.3 Marco teórico

1.3.1 Consideraciones en torno a la *experiencia*, la *identidad* y la *representación*

(...) la política comienza cuando se hace aparecer como sujeto de debate algo que no está visto, cuando quien lo enuncia es en sí mismo un locutor no reconocido como tal, cuando, en última instancia, se contesta la cuestión misma de saber si dicho sujeto es un ser hablante.

Alejandra Castillo, *Julieta Kirkwood: Políticas del nombre propio*

Con el fin de alcanzar el objetivo de reconstruir algunas narrativas del activismo lésbico en Argentina, resultó imperativo examinar tres categorías interrelacionadas que, a su vez, han experimentado tensiones. Relatar una historia basada en la recuperación de la historia oral y archivos documentales demandó una profunda reflexión sobre las *experiencias*, las *identidades* y las *representaciones* de las lesbianas. Fundamentalmente, la *experiencia* como categoría de análisis se me presentaba como rica por su utilidad para explicar procesos considerados, a la vez,

personales y sociales y por ser, a su vez, el lugar desde donde se genera conocimiento. En las formulaciones de la teoría feminista, además, la *experiencia* como insumo de estudio permitía adoptar y formular teoría con cierto nivel de abstracción sin desvincularla de las particularidades de los sujetos estudiados, sus historias y sus posiciones sociales.

En este sentido, la tesis se piensa dentro del campo de discusiones abiertas por lo que se llamó “Epistemologías Feministas”¹⁹ –desarrolladas mayormente en países de habla inglesa– que marcan una “incómoda alianza entre el feminismo y la filosofía, una alianza que se hace molesta por esta atracción contradictoria entre lo concreto y lo universal” (Alcoff & Potter, 1993, p. 1). Estas epistemologías se vieron nutridas tanto por el activismo feminista como por las teorías feministas y materialistas que desde fines de los sesenta empezaron a preguntarse por las relaciones sociales y materiales que atravesaban a las prácticas de investigación, llegando a cuestionar el concepto de *objetividad* en la ciencia y la distinción entre el llamado “conocimiento científico” vs. el “conocimiento ordinario”. Además, reconocieron que era más importante reflexionar desde qué posición se enunciaba una teoría, en lugar de pretender investigar desde una posición “no-marcada” y supuestamente universal que conoce sin un cuerpo y desde “ninguna parte”.

Con el reconocimiento de la “situacionalidad” y parcialidad del saber, estas epistemologías señalaron el cuerpo (sexuado) como un terreno desde donde generar conocimientos, volviendo significantes –y no neutrales– a las condiciones de producción, al contexto, al posicionamiento político y la subjetividad de quien investiga y de su sujeto de investigación. El concepto de *experiencia*, entonces, cobró gran valor en los estudios feministas y fue muy teorizado desde

¹⁹Algunas autoras fundacionales de esta línea son: Dorothy E. Smith, con el ensayo *La perspectiva de las mujeres como crítica radical de la sociología* (1972), donde propone una sociología no sobre las mujeres, sino para las mujeres; Nancy C. M. Hartsock, quien empieza las teorizaciones sobre “el punto de vista feminista” en *El punto de vista feminista: desarrollando el terreno para un materialismo histórico específicamente feminista* (1983); Catharine A. MacKinnon planteó la necesidad de crear una nueva relación entre el Estado y las políticas sexuales feministas, un texto fundamental es *Feminismo, marxismo, método y el Estado: Hacia una jurisprudencia feminista* (1983); Patricia Hill Collins y su estudio de la “matriz de dominación” como una propuesta epistemológica para pensar al poder, en el ensayo *Learning from the Outsider Within: The sociological significance of black feminist thought* (1986); Sandra Harding, especialmente su texto *Repensar la epistemología del punto de vista: ¿Qué es la ‘objetividad fuerte’?* (1993); bell hooks, pensadora negra pionera en pensar la raza también como un lugar de producción de conocimientos, un texto emblemático es *Elegir el margen como espacio de apertura radical* (1990); Donna Haraway, con su famoso ensayo *Conocimientos situados: La cuestión de la ciencia en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial* (1991); entre otras. Para consultar más autoras y textos leer: *The Feminist Standpoint Theory Reader* (2004), editado por Harding.

diferentes perspectivas. En particular, ocupó un lugar central dentro de lo que se suele llamar como “Teorías del Punto de Vista”. Estas teorías, también llamadas “Epistemologías del Punto de Vista” son la forma en castellano de nombrar a la *Standpoint Theory*. En la traducción de *standpoint* como “punto de vista” se pierde algo de la fuerza original del concepto que alude, principalmente, al posicionamiento situado y localizado de los sujetos que conocen –pues el verbo *stand* significa “estar en un particular lugar o posición” (Cambridge Dictionary, s.f., definición 3). Quizás una mejor traducción sería: “epistemologías del estar en situación”. Estas teorías nacen dentro de las epistemologías feministas en su búsqueda de revalorizar las perspectivas históricamente desacreditadas por la ciencia tradicional. Su premisa fundamental es que la situación social, es decir, el estar en determinados contextos y tramas de la sociedad y el poder, confiere a las personas una comprensión particular del mundo (y un compromiso con este) que permite y, al mismo tiempo, limita lo que se puede conocer (Harding en Alcoff & Potter, 1993, p. 54).

Entre los trabajos fundantes de estas teorías me interesa recuperar el concepto de *política de la posición* (*politics of location*) desarrollado por una pensadora estadounidense, Adrienne Rich (1984). Con este constructo, Rich hace referencia a las relaciones de poder que dan forma a las relaciones sociales y que se imprimen en nuestras múltiples identidades (que heredamos y a las que damos continuidad). Esto implica ubicarse en la trama social mediante el reconocimiento y la denominación de las diferencias, privilegios, jerarquías e historias, no con el propósito de reinstaurar un sujeto cognoscente abstracto (aunque en esta ocasión represente a algún grupo marginado). En el caso de Rich, la finalidad es autorizar la voz de las mujeres y permitirles reclamar sus propios cuerpos, que son tan discutidos por la ciencia y filosofía patriarcal. Lejos de sugerir que el cuerpo “femenino” conlleva una subjetividad femenina o feminista, Rich propone complejizar el concepto de experiencia, negándole su transparencia:

(...) posicionarme en mi cuerpo significa algo más que comprender que ha significado para mí tener vulva y clítoris y útero y pechos. Significa reconocer esta piel blanca, los lugares a los que me ha llevado, los lugares a los que no me ha dejado ir. (1984, p. 255)

La historiadora feminista Joan Scott (2001) hizo un aporte muy significativo en este sentido al reconocer que la *experiencia* no puede ser sólo una evidencia, sino que debe ser interpretada. Como escribe esta autora: “Lo que cuenta como experiencia no es ni evidente ni claro y directo:

está siempre en disputa, y por lo tanto siempre es político. (...) La experiencia es, en este acercamiento, no el origen de nuestra explicación, sino aquello que queremos explicar” (p. 72-73). También la filósofa e historiadora feminista Donna Haraway (1991) advirtió respecto al problema de romantizar la experiencia, especialmente aquella de los grupos oprimidos, como aquel lugar desde donde se puede conocer con menos sesgos y más críticamente. En este sentido, considero fundamental recuperar la *responsabilidad* que le atribuyó Haraway a un proyecto científico feminista construido sobre la base de una objetividad situada y parcial. El conocimiento objetivo, para esta autora, es aquel capaz de dar cuenta de sí y de explicar críticamente de dónde proviene (haciéndose responsable por el conocimiento generado), sin considerar al sujeto de investigación ni a quien investiga como transparentes o inocentes, incluso cuando se sitúan en los márgenes de la sociedad.

Por otro lado, respecto ya no sólo a la experiencia como productora de conocimientos sino también de subjetividad, para mi caso de estudio retomo la definición de *experiencia* que hace Teresa de Lauretis, teórica fundamental para las reflexiones que desarrollaré en esta tesis. En su libro *Alicia ya no* (1992) describe a la experiencia como personal y social, atravesada por discursos que son inherentemente ideológicos. Aunque su definición abarca lo sensorial, también señala una cierta opacidad en las experiencias para quienes las viven, lo que lleva a que perciban como subjetivas relaciones que, de hecho, son sociales. Dicha opacidad puede encontrarse también en dimensiones de la experiencia no articuladas en el lenguaje o que se asientan de forma compleja sobre el lenguaje, lo que Linda Martin Alcoff sostiene como una “superposición desfasada” desde una perspectiva fenomenológica, contribuyendo así a este enfoque. Alcoff sostiene que:

La experiencia a veces excede al lenguaje; es en ocasiones inarticulada. El feminismo no inventó al sexismo de la nada; proporcionó un lenguaje nuevo por medio del cual se puede describir y comprender viejas experiencias que luego modifican la experiencia presente y futura. Ciertamente, el discurso impregna y afecta a la experiencia, pero decir (...) que la experiencia es un hecho lingüístico, o que el discurso es la condición para la inteligibilidad de toda experiencia es borrar todos los conocimientos experimentales no susceptibles a la articulación lingüística. (1999, p. 126-127)

También me interesa recuperar los trabajos de Gloria Anzaldúa (1987) y Monique Wittig (1989), quienes construyeron epistemologías feministas que reconocen al conocimiento como parcial y sexuado, pero además complejizan la idea de *experiencia* al agregar otras

determinaciones fundamentales a las que atender, como la racialización, la disidencia sexual, la pertenencia a una clase social, la extranjería, entre otras. Gloria Anzaldúa (1987) en su libro *Borderlands/La frontera. The new mestiza* problematiza la experiencia a partir de su intento de redefinir la identidad chicana. Sugiere pensar al concepto de *frontera (borderland)* tanto como un espacio geográfico como un lugar de resistencia identitaria y de posicionamiento político, un espacio de negociación de subjetividades y congregación de historias. Se trata de una propuesta epistémica de (des)conocimiento por fuera del paradigma colonial, europeo y patriarcal, pues reconoce que los sujetos se construyen a partir y a pesar de las luchas, del habitar las fronteras, del origen múltiple de las identidades, de los lenguajes e idiomas, de la adscripción y traición a la historia y los orígenes.

Su contribución destaca la importancia del concepto de “territorio” como un lugar concreto, a diferencia de otras autoras que enfocaron en la situación o la posición haciendo referencia a un tejido subjetivo de relaciones. Esta perspectiva es particularmente relevante para mi investigación ya que las experiencias de activismo que estoy examinando tienen lugar en diversas ubicaciones geográficas. Esto adquiere relevancia histórica porque estas ubicaciones o geo-localizaciones fueron significativas para las entrevistadas, sirviendo como fuente de interpretación para dar sentido a sus experiencias de activismo particulares. En otras palabras, la geografía emergió como un factor adicional al que prestarle atención para enriquecer los diferentes puntos y voces de enunciación con los que trabajé.

El otro aporte fundamental para estudiar experiencias lesbianas es el de la filósofa materialista francesa Monique Wittig (1989). Mediante el concepto de *contrato heterosexual* esta autora denunció el acuerdo social, teórico y epistemológico por el que se sostiene la oposición y complementariedad del varón y la mujer como partes necesarias y fundantes de toda cultura. La *lesbiana* lograría escapar a ese binarismo (en sí mismo, “artificial”) pues no respeta la relación social, política, económica, ideológica y afectiva que destina –como si fuera una naturaleza– las mujeres a los varones. Esta pensadora francesa retoma la propuesta de una contemporánea y coterránea, Colette Guillaumin, quien en su libro *La idea de Naturaleza* (1977) plantea que los datos inmediatos de lo sensible no son sino una “construcción sofisticada y mítica de una formación imaginaria” (Wittig, 1992, p. 36). Si ser mujer es sostener esa ficción, entonces, quien niega esa construcción como un orden natural –como es el caso de las lesbianas– es alguien

desertor/a de esa clase. De allí viene la famosa frase de Wittig acerca de que “las lesbianas no son mujeres” (Wittig, 1980, p. 59) –que, como veremos, marcará un devenir posible también para los activismos en Argentina. Por lo tanto, para la pensadora francesa no se pueden estudiar las experiencias de las lesbianas sólo a partir de la relación que entablan con varones y mujeres, sino que tienen que aparecer en sus propios términos. Una *epistemología lésbica* –o del pensamiento lésbico– sería una que niega la naturaleza de la heterosexualidad y, por lo tanto, la existencia de las mujeres y los hombres como grupos naturales; se trataría, en cambio, de estudiarlos como categorías del pensamiento y del lenguaje.

Más o menos en el mismo periodo, Adrienne Rich (1980) escribía acerca de la heterosexualidad como una institución. En su famoso ensayo *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*, Rich concibe a la heterosexualidad como una institución patriarcal que, junto a otras instituciones como la familia nuclear y la maternidad, destinan a las mujeres a los varones, promoviendo una experiencia de invisibilización y silencio para las lesbianas, además de negarles el conocimiento de sus historias y genealogías, y distorsionando asimismo la experiencia de las mujeres heterosexuales. La *heterosexualidad obligatoria* debilita a las mujeres y los lazos de solidaridad que podrían generarse entre ellas. Tanto Wittig como Rich pusieron el acento en las relaciones sociales y políticas que producía el lesbianismo y “demostraron que lo que está en juego tanto en el lesbianismo como en la heterosexualidad no radica tanto en el campo de la sexualidad como en el del poder” (Falquet, 2009, p. 10).

Teresa de Lauretis (1993, 2000), a partir de los aportes anteriores y junto con algunos postulados de la teoría psicoanalítica elaboró la categoría de *sujeto excéntrico*, con la cual analizó de forma privilegiada a la experiencia, el pensamiento y las prácticas feministas y lésbicas. Con la lectura de numerosas autoras feministas negras, chicanas, lesbianas, migrantes, entre otras, de Lauretis comprendió que la experiencia no está unificada. Sin embargo, tampoco está dividida en posiciones sólo de masculinidad y feminidad, “sino que está [organizada] multiplicadamente a lo largo de diversos ejes de diferencia y a lo largo de discursos y prácticas, que pueden ser, y lo son a menudo, mutuamente contradictorias” (de Lauretis, 1993, p. 15).

Con el reconocimiento de la experiencia como múltiple, esta pensadora aboga por la formulación de teoría feminista desde un punto excéntrico que implica el desplazamiento de marcos de comprensión heredados, es decir, la “desidentificación con un grupo, una familia, el

propio yo” (op. cit., p. 16). El objetivo detrás de ese corrimiento es mostrar que la posición/situación social, racial o sexual desde donde se tiene una experiencia –atada al intercambio entre presiones externas y resistencias internas, personales y colectivas– no es siempre impuesta o acatada involuntariamente, sino que puede ser resignificada en una conciencia política que se asume histórica y subjetivamente. En otras palabras, de Lauretis propone que la conciencia excéntrica, mediante un trabajo de reflexividad, debería ser capaz “de moverse y dislocarse de forma autodeterminada, de tomar conciencia política y responsabilidad social, incluso en [la] contradicción y no-coherencia” de las múltiples identificaciones y prácticas que sostiene (de Lauretis, 2000, p. 137). Tal como lo formula la autora:

Pienso que tal punto excéntrico o tal posición discursiva es necesaria para la teoría feminista actual, para sostener la capacidad del sujeto para desarrollar al movimiento y el desplazamiento, para sostener al movimiento feminista mismo. Es una posición de resistencia y de acción, que debe ser aprehendida conceptual y experimentalmente desde afuera o superando al aparato sociocultural de la heterosexualidad, por medio de un proceso de “saber inusual” o de una “práctica cognoscitiva”, que no es solo personal y política sino también textual, una práctica del lenguaje con mayúscula.

Además, siguiendo a Wittig, sugiere que el sujeto “lesbiana”, al haberse fugado de la norma heterosexual, podría hacer teoría desde esa experiencia porque ya atravesó epistemológica y afectivamente la frontera entre los discursos dominantes y los cuerpos legitimados, ya tuvo que reinventarse desde la lucha y la interpretación en un proceso de reescritura del “yo”. Se trataría de un sujeto epistemológico y político que produce conocimientos y prácticas desde el auto-desplazamiento de los aparatos socioculturales de la heterosexualidad.

A partir de las reflexiones aquí consideradas, la categoría de *experiencia* se constituye como un núcleo teórico que tensa, complejiza e incluso reemplaza en algunos casos al concepto *identidad*. Este último, como se sabe, ha sido ampliamente teorizado y criticado también, especialmente, por sus connotaciones esencialistas y homogeneizantes, aunque innegablemente fue fundamental para el desarrollo de un activismo en occidente que, entre las décadas del setenta y la primera del dos mil, fue desarrollando lo que se llamó *políticas de la identidad*²⁰. En algunos pasajes de la tesis he optado por usar esa categoría, decisión que deriva,

²⁰ El concepto de *política de la identidad* (en inglés, *identity politics*) suele referirse a la “experiencia compartida de opresión por parte de determinados grupos subyugados, ya se definan por su género, clase, condición política, sexualidad, etnia, raza o cualquier otra característica”, proporcionando una base de acción política común para un grupo (Ilmonen, 2017, p. 3). Según la Stanford Encyclopedia of Philosophy, la política de la identidad suele tener

en primer lugar, del uso que las entrevistadas hicieron del término. *Identidad*, además, tiene algunos sentidos que comparte con la categoría de *experiencia*, como es la referencia a la identificación que se genera entre las personas sobre la base de algunos rasgos o características compartidas. Identificación que es ante todo discursiva, estratégica y siempre inacabada (Lorde, 1982; Rich, 1984; Anzaldúa, 1987). Tal como sugiere la bibliografía feminista (Combahee River Collective, 1982; Fuss, 1989; Grosz, 1992; Carr, 1993; Hill Collins, 1998), la *identidad* que interesa en términos de activismo feminista es aquella que se construye colectivamente, pues articula diferencias que han sido social y culturalmente distribuidas, como la diferencia sexual.

Es decir, al concepto de identidad voy a recuperarlo por lo que tiene de irreductible en el terreno de la política y de la agencia, como una posición estratégica, histórica, cambiante y posicional (Rich, 1984; Butler, 1990, 1993; Mouffe, 1995; Spivak, 2003). Voy a seguir a Richard en la consideración de que la identidad se constituye en una dinámica tensional que la mantiene en constante desequilibrio, que hace que sea imposible pensarla “como la autoexpresión coherente de un yo unificado”; se trata, más bien, de una adhesión temporaria a posiciones y representaciones que se hacen y se deshacen bajo la presión del dispositivo de la lengua (Richard, 1993, p. 41).

Por otro lado, al momento de reflexionar sobre los activismos lesbianos hay otro concepto que reaparece. Me refiero, como mencioné en los antecedentes, a la idea de *representación* (término también caro a los debates en torno a la democracia, por supuesto) que también cobra una particular importancia en relación a las *experiencias* y las *identidades*, porque estas

tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no “quiénes somos” o “de dónde venimos” sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos. (Hall, 1996, p. 17-18)

La lucha por la representación aparece como un eje central de los movimientos lesbianos y feministas a lo largo de la historia. Estos movimientos han demostrado un compromiso con el

como objetivo garantizar la libertad de un grupo específico marginado o que sufre un tipo particular de injusticia dentro de un contexto más amplio; “los miembros de ese grupo afirman o reclaman formas de entender su carácter distintivo que desafían las caracterizaciones opresivas dominantes, con el objetivo de lograr una mayor autodeterminación” (SEP en línea, traducción propia). Como sostiene Ilmonen, detrás de este concepto está la presunción de “una experiencia subjetiva (...), una esencia de la identidad”, y ha sido rebatido por concepciones más constructivistas de la identidad (2017, p. 3).

cuestionamiento del lenguaje, señalándolo como ideológico y sexuado. En este sentido, han hecho grandes esfuerzos por nombrar y por hacerle decir al lenguaje cosas que no estaban previstas por él, mostrando que sus experiencias como mujeres y lesbianas estaban “condenadas a no existir por representar ‘lo que no se dice’” (Mañeru Méndez, 1991, p. 7). Como bien sintetiza la socióloga argentina Rosana Rodríguez:

[las mujeres] son más bien habladas por los distintos saberes que nominan sus/nuestras experiencias operando, como ha señalado Spivak, una supresión de [sus] palabras en el relato de las experiencias, incluso en aquellas que les son más propias: embarazos, abortos, partos, lactancias. (2013, p. 1149)

Numerosas pensadoras y poetisas feministas han profundizado en las críticas al sexismo inherente al lenguaje, la exclusión de las voces de las mujeres y las disidencias sexuales en los cánones literarios, así como las representaciones estigmatizantes que se construyen en los medios de comunicación (Lorde, 1978; Rich, 1983; Ludmer, 1985; Violi, 1991; Muraro, 1991; Richard, 1993; Braidotti, 1993; Domínguez, 2005; Simonis, 2008; Corbalán, 2011; flores, 2010b, 2017). En este sentido, en mi tesis adopto una concepción amplia del lenguaje, tal como lo propone Williams (1989), considerándolo como una *cultura ordinaria* presente en las prácticas cotidianas, en la vida privada, en las luchas sociales y en las formas de significación. El terreno de las *representaciones*, entendido como un campo cultural en disputa, se alza entonces como un horizonte nominativo capaz de abrir o cercar a las experiencias concretas hacia ciertos significados e ideologías y, por lo tanto, hacia ciertas corporalidades. Es este punto, especialmente, el que retomaré en la tesis a la hora de referirme a las *representaciones*, más que las identidades y las experiencias, como el territorio donde se expresa el conflicto.

La investigadora argentina Leonor Arfuch (2002b) sostiene que en las distintas disciplinas –como la filosofía, la literatura o la historia del arte– conviven diversas formas de abordar el problema de la *representación*. En líneas generales, según la autora habría concepciones *representacionistas* que la abordan como una especie de sustitución, “algo que ocupa el lugar de otra cosa” y que “arrastra, desde sus primeras inscripciones, una suerte de pecado original: la de no ser, justamente, un ‘original’” (p. 206). Para esta corriente, el sentido preexiste al lenguaje, cuya función es solamente representar, por lo que “el valor de verdad como adecuación será determinante” (op. cit., p. 207). Una segunda corriente, la *convencionalista*, sugiere que el sentido se define sólo en situación, en el uso y en contexto. Resulta relevante rescatar esta

perspectiva para mi investigación debido a su enfoque en la teorización sobre la enunciación como un acto (Austin, 1982; Butler, 1990, 1993), que implica reconocer que el lenguaje hace y se hacen cosas con palabras. Esta línea es interesante porque no cierra el problema de las *representaciones* en un dilema acerca del lenguaje, sino que abre la discusión hacia una dimensión social y cultural que incluye la agencia y la política.

En el contexto específico de mi investigación, sostengo que las representaciones de las lesbianas constituyen un ámbito de continua controversia y disputa. Estas no reflejan identidades preexistentes sino que, de hecho, desempeñan un papel activo en la construcción de dichas identidades. En este sentido, me interesa recuperar los aportes de Judith Butler, especialmente su concepto de *performatividad* que definió un programa teórico y político que nutrió al activismo LGBTTTQ en general.

Desde una perspectiva influenciada por el giro lingüístico, la crítica derrideana, el psicoanálisis lacaniano y las concepciones foucaultianas del poder, esta filósofa se preguntó cómo los cuerpos, a partir de una serie de significados atribuidos culturalmente, lograban mediante un *proceso* complejo ser o no viables, inteligibles, legibles; ser o no “cuerpos que importan” (Butler, 2020). El concepto de *performatividad* explica cómo, a través de una práctica reiterativa y referencial, el discurso produce los efectos que nombra, mediante la asunción de los sujetos de normas culturales y corporales con las que se identifica y que, según Butler, “[consolidan] el imperativo heterosexual” (2020, p. 18). El poder y la función reiterativa de los discursos son presentados como regímenes reguladores de las subjetividades y los cuerpos. Sin embargo, esa matriz produce, simultáneamente, seres abyectos que se *desidentifican* de la norma reguladora. Son estos últimos quienes tienen la posibilidad de afirmarse política y públicamente, en cuyo caso, la performatividad funcionaría

como [una] apelación a las citas con el propósito de dar nueva significación a la abyección de la homosexualidad, para transformarla en desafío y legitimidad. (...) se trata de una politización de la abyección, en un esfuerzo por reescribir la historia del término y por impulsar su apremiante resignificación. (Butler, 2020, p. 47)

La performatividad de género no se trata de un acto único, “sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente” (Butler, 2019, p. 17). En dicha actuación reiterada –que Butler llamó *cita*– se producen significados y un cierto “efecto

de naturaleza” de los órdenes dominantes, y en la medida en que la norma adquiere “la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición” (Butler, 2020, p. 34). A partir de esto, en la tesis sugiero que los discursos políticos feministas y las experiencias sexualmente disidentes que insisten en la *desindentificación* de la norma amenazan su legitimidad simbólica, pues exponen su carácter construido y abren paso hacia una multiplicidad de discursos y voces que niegan la existencia de una supuesta identidad ontológica previa a la representación.

Según Butler, los actos, los gestos, las palabras, las formas de nombrarse, las representaciones, las denominaciones identitarias, los rituales “son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son *invenciones* fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos” (Butler, 2019, p. 266). A partir de la imposibilidad de habitar el ideal, a partir de esa diferencia que se introduce en la *cita* o copia, a partir del ponerse en evidencia, a partir “de ese resto, exceso, reborde, surge la resistencia, la transformación, el poder del cuerpo” (Rodríguez, 2013, p. 1156). Y, para esta tesis, aparecen el testimonio y la experiencia.

1.3.2 Archivo de Sentimientos: ¿cómo hacer *experiencia* con el pasado?

(...) a través de la conciencia específica que las mujeres han desarrollado para analizar la relación del sujeto con la realidad histórico-social, el feminismo no sólo ha inventado nuevas estrategias y creado nuevos textos, sino que –y esto es lo más importante– ha concebido un nuevo sujeto social: las mujeres como disertantes, escritoras, lectoras, espectadoras, consumidoras y realizadoras de formas culturales, como modeladoras de procesos culturales.

Teresa de Lauretis, *Volver a pensar el cine de mujeres: estética y teoría feminista*

Otra categoría de análisis sobre la que pivotea la tesis es aquella propuesta por Ann Cvetkovich ([2003] 2018): el *archivo de sentimientos*. Este enfoque resulta altamente relevante para mi investigación debido a su valioso aporte en el análisis de las culturas lésbicas, a las que Cvetkovich se propuso abordar con documentos no convencionales, marginales y emergentes. A través de su trabajo, demostró cómo las culturas lésbicas y queer de Estados Unidos desafiaban las normas historiográficas tradicionales, ya que estas culturas se encontraban excluidas de la memoria institucional debido a la omisión de documentos que tratan la vida íntima de una sexualidad no normativa. Su obra, titulada *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y*

culturas públicas lesbianas, se basa en interrogantes que también han sido fundamentales para mi propio estudio: ¿Cómo es posible otorgar nuevo significado a la práctica de la construcción histórica utilizando documentos fragmentados, dispersos e incompletos, que además son de naturaleza privada? ¿De qué manera se pueden integrar las emociones en una investigación social que se enfoca en estos archivos? ¿Cómo es factible transformar la historia de las emociones en historia cultural?

Cvetkovich, desde una perspectiva lesbiana, tomó la noción de *estructura de sentimientos* o *estructuras del sentir* de Raymond Williams ([1977] 2000) como punto de partida para explorar en profundidad el significado cultural de la experiencia. Su trabajo plantea cuestionamientos acerca de cómo atribuir significado a las diversas manifestaciones de lo vivido, tanto en el ámbito personal como en el social. De manera más implícita, la autora canadiense también incorporó ciertos elementos del enfoque archivístico presentado en la obra de Walter Benjamin (1989a, 1989b, 2009, 2013), especialmente su concepto de “materialismo histórico”. Según este autor, habría una clase dominante que moldea lo que él define como la “cultura/historia de los vencedores”, a lo que se puede oponer una multiplicidad de historias que complejizan el sentido del tiempo y que le corresponde al historiador materialista rescatar, en una suerte de compromiso político con esa temporalidad.

Tanto Williams como Benjamin destacaron la importancia de la tensión como fuerza motriz en el tejido social, que está en constante formación y en cuya interacción se privilegian algunos sentidos y no otros. Williams (2000) llamó a estos “sentidos privilegiados” como dominantes y se contraponen a los “sentidos emergentes” con los que están en disputa. Mientras tanto, en la obra de Benjamin (1989b; 2013) esta dicotomía se manifiesta, principalmente, entre la tradición de los vencedores en la historia y los desposeídos de la historia.

La relectura de autores de la Escuela de Frankfurt o de la Escuela de Birmingham fue parte de una tendencia más grande de los años noventa, en la que una parte de las y los autores del llamado *giro afectivo*²¹ –al cual Cvetkovich pertenece– intentó recuperar la dimensión afectiva del

²¹El llamado *giro afectivo* es un movimiento intelectual que, dentro de los Estudios Culturales, empezó a discutir acerca de la dimensión afectiva de sus objetos de estudio, cuestionando una serie de binarismos como son: razón/emoción, mente/cuerpo, íntimo/público, acción/pasión. Si bien tuvo un inicio más bien marginal en los ‘90, ahora ha ganado mucho terreno en las Ciencias Sociales y en las Humanidades, en general. Algunos autores reconocidos que trabajan esta línea son: Lauren Berlant (1998; 2008; ([2011] 2020), Brian Massumi (1993; 2002),

estudio de la cultura, en especial, las formaciones inesperadas y singulares por encima de lo supuestamente fijo y general. La H/historia²² junto a sus clásicas premisas de investigación fueron cuestionadas —y excedidas— con nuevos interrogantes, métodos, temas y materiales. Los archivos visuales, sonoros, disidentes, privados, comunitarios, o el cuerpo mismo como archivo, aparecieron en la escena de los feminismos y de la teoría *queer* para ser analizados desde una perspectiva académica y política como legitimadores de cierto pasado “desviado” y/o oculto²³.

Por lo tanto, mi enfoque para abordar tres fenómenos que están fuertemente vinculados, como son el archivo, la cultura y la historia, se nutre de algunas categorías heredadas de Raymond Williams, de otras concepciones de Walter Benjamin y, finalmente, de la síntesis original que Ann

Wendy Brown (1995), Eve Kosofsky Sedgwick (1990; 2003), Jack Halberstam (1997; 2011), Elizabeth Freeman (2010), y Sara Ahmed (2006; 2010; 2015). Resumidamente, algunas de sus principales líneas de trabajo son: 1. Una línea materialista, que se concentra, especialmente, en cómo el trabajo afectivo no-remunerado es el “centro oculto de la acumulación capitalista, que, así como es el que otorga el valor cualitativo, también produce conexiones emocionales que amenazan con interrumpir esa acumulación” (Hemmings, 2005, p. 550, trad. propia). 2. La línea filosófica, que discute con autores como Spinoza, Hume, hasta Platón, para pensar la insuficiencia de las categorías de análisis político que no van más allá de la división dicotómica entre público/privado, poder/resistencia. 3. Las críticas al giro lingüístico, que insisten en que el afecto no siempre tiene un significado socialmente articulado y, por lo tanto, deben pensarse nuevos abordajes para ese “resto”, el exceso, lo inarticulado. 4. Los estudios culturales, feministas y poscoloniales, cuya preocupación —entre otras— está en torno a cómo ciertos afectos (como el odio o el asco del racismo) tienen un efecto performativo y producen ciertos cuerpos y discursos. 5. Una línea de investigación más deleuziana (y spinoziana), que describe al afecto como el paso de un estado a otro, como una intensidad caracterizada por un aumento o disminución de la potencia. Esta última línea se ha encargado fuertemente del estudio de los movimientos sociales.

²² Escribo “H/historia” de ese modo para referir tanto a la historia como disciplina, como al concepto de historia.

²³ Las incursiones queer en temas relativos al estudio de la Historia y lo que podríamos llamar el *giro temporal queer* abrió un campo de estudios muy interesante, al que han abonado autores y autoras como Carolyn Dinshaw (1999), Eve Kosofsky Sedgwick (1990, 2003), Jack Halberstam (2008), Heather Love (2009), Esteban Muñoz (2009), Elizabeth Freeman (2010), Carla Freccero (2011), McCallum y Tuhkanen (2011), entre otros. La tesis doctoral de Mariela Solana (2015), *Historia y temporalidad en estudios queer. Implicaciones ontológicas y políticas*, ha categorizado esta forma de investigación en cinco vertientes. En primer lugar, el término “queer” puede hacer referencia a la caracterización de los sujetos históricos que son examinados a partir de “identidades, categorías o prácticas sexuales no normativas” (2015, p. 140). En segundo lugar, “queer” puede aludir al tipo de fuentes utilizadas en la investigación, como se ejemplifica en el enfoque presentado por Cvetkovich (2018), así como a la metodología extraña, irreverente o carroñera empleada para su análisis, conforme sugiere la propuesta de Halberstam (2008). En tercer lugar, Solana identifica la relación “queer” que puede establecerse con la tradición historiográfica, marcando distancia respecto a sus valores dominantes, tales como la linealidad, el progreso o la evolución constante, señalando “los ideales de género y sexualidad que están a la base de la naturalización del tiempo” (Solana, 2015, p. 170). Por otro lado, lo “queer” puede aparecer como una insistencia en el antiesencialismo y en la necesidad de pluralismo histórico, es decir, en el reconocimiento de que existen muchos pasados o que el pasado no es algo fijo. Finalmente, está la relación “queer” entre pasado y presente. Esto incluye las des/identificaciones desde el presente con el pasado; el deseo de encontrar referencias, comunidades y genealogías, y la frustración de ese deseo; las conexiones y desconexiones, las líneas de continuidad y las interrupciones a las historias, entre otras.

Cvetkovich planteó a partir de la interacción de las teorías anteriores con su particular campo de estudios: la cultura lesbiana.

La *estructura de sentimiento*, tal como la presentó Williams en su obra *Marxismo y Literatura* ([1977]2000), se revela como una categoría fundamental para hacer análisis de la cultura centrados no en estructuras consagradas, sino en la emergencia de algo disruptivo que articula cambios en la sociedad. Según Williams, las estructuras de sentimiento se forman inicialmente como una tensión entre algún fenómeno del mundo –y los significados que le fueron tradicionalmente atribuidos– y las nuevas modulaciones de sentido que se empiezan a generar para articular de otro modo lo vivido. En *Politics and Letters*, Williams también las define como “un cambio de relaciones entre significante y significado” que presentan al proceso social como si fuera una estructura vivida con sus contradicciones y conflictos (1979, p. 168). Como sugirió este pensador, sería inadecuado entender a las formas *emergentes* como nuevas; es más preciso referirse a ellas como formas *alternativas* o “de oposición”, para distinguirlas de las nuevas fases de la cultura dominante. A diferencia de los elementos *residuales* que remiten a formas provenientes del pasado pero que aún influyen en el proceso cultural, las formas *emergentes* son formas del presente que comprenden tanto a significados, valores, prácticas, como a tipos de relaciones que se están creando continuamente.

Para mi trabajo, resulta particularmente sugerente aquello que Williams describe como “prácticas excluidas” de lo dominante porque:

lo que excluyen es considerado con frecuencia como lo personal o lo privado, (...) [y] es habitualmente en uno u otro de estos términos donde se expresa el área excluida, ya que lo que efectivamente ha aprehendido lo dominante es de hecho la definición dominante de lo social. Es esta aprehensión la que debe ser especialmente resistida, ya que es siempre la conciencia práctica, aunque en diferentes proporciones, en las relaciones específicas, en las habilidades específicas, en las percepciones específicas, la que resulta incuestionablemente social y la que el orden social específicamente dominante niega, excluye, reprime o simplemente no logra reconocer. (Williams, 2000, p. 147)

En este mismo sentido, la tesis principal que construyó Cvetkovich en su trabajo reconoce que la historia de las lesbianas difícilmente llegue a ser la narrativa dominante de lo social. Por el contrario, su modo de vida queda excluido de la memoria institucional, a lo que Cvetkovich le contrapone otra forma de memoria. Sugiere una práctica diferente para la construcción del

archivo que implica que los estudios culturales dejen de lado la división excesivamente rígida entre lo público y lo privado y, en su lugar, plantea un enfoque que resalta la conexión entre el afecto, la intimidad y la historia. De esta manera, ilustra cómo esferas de la vida humana cargadas de emociones, como el activismo, la expresión artística y la literatura, dan origen a culturas de carácter público.

Las consideraciones que la autora hizo con respecto al archivo y las emociones resultaron fundamentales para pautar mi corpus de trabajo, así como mis primeras perspectivas sobre el Archivo de Potencia Tortillera que, desde la perspectiva de Cvetkovich, tendría un valor intelectual y afectivo porque “[preserva] y [produce] no solo conocimientos sino sentimientos” (Cvetkovich, 2018, p. 320, 321). Por otro lado, el desafío acerca de pensar lo cotidiano, lo personal, lo público y lo privado como formaciones culturales, me permitió abordar las experiencias de las lesbianas activistas y a sus intervenciones políticas como parte de fuerzas emergentes, en tensión con la cultura dominante y en pugna por generar otros sentidos.

El lesbianismo y, al mismo tiempo, las estrategias de las que se vale la cultura dominante para rechazarlo –el tabú, la censura, el silencio, la clandestinidad de los registros de las existencias lesbianas, entre otros– son manifestaciones de un conflicto social latente. Abordar las historias y las intervenciones lésbicas en la cultura implica desenterrar lo que la cultura hegemónica ha ocultado: en algunos casos, por no considerarlo adecuado éticamente y, en otros, por no considerarlo siquiera visible o problemático. Como escribió el investigador y crítico de la obra williamsiana, Daniel Dalmaroni, este “conflicto” sería una prueba de:

(...) los atascos y problemas no resueltos de la sociedad, reacciones y respuestas, presiones y bloqueos con que “lo vivido” se produce en términos de un excedente que siempre deja “constancia de las omisiones” y altera tarde o temprano los límites de una hegemonía que sólo parcialmente puede incorporarlo. Es imposible suprimir esa diferencia, en la medida en que es material e histórica, es decir configurada y relativa a sociedades atravesadas por la dominación. Por más que nos esforcemos en trazar correspondencias entre la totalidad social observable y la obra, entre el texto y la ideología, “algo”, dice Williams, “sobra todavía”. (Dalmaroni, 2004, p. 44)

En segundo lugar, como ya anticipé, la obra de Cvetkovich también recuperó el pensamiento del filósofo alemán Walter Benjamin, en particular, sus ideas sobre la inorganicidad del archivo, la necesidad de abandonar el procedimiento aditivo de la historia y la imagen eterna del pasado. Asimismo, el libro de Cvetkovich y la diversidad de materiales con los que la autora

trabajó –textos literarios, performances y videos– encontraron su justificación en la propuesta benjaminiana del *montaje* (1987) como una teoría del conocimiento. Esta teoría se vale de citas, fragmentos, huellas y vestigios que amplían los límites de nuestra comprensión al mezclar elementos inesperados. En otras palabras, sugiere que para conocer debemos prescindir de las totalidades fijas y del supuesto avance lineal acumulativo. En su lugar, propone que el *collage* se erige como una técnica más idónea para generar el “extrañamiento” que Benjamin considera esencial en relación con la tradición dominante, permitiéndonos así adquirir conocimientos al margen de la tradición legada por los vencedores.

Las concepciones de Walter Benjamin respecto al tiempo y a la historia, que son en los que hago foco en mi tesis, se encuentran diseminadas en muchos de sus trabajos. *Sobre el concepto de historia*, también conocido como *Tesis de filosofía de la historia* de 1940, es quizás donde se sintetiza de modo más claro su abordaje al materialismo histórico, pero también encontramos contribuciones en textos anteriores. Ejemplos de ello son: *La metafísica de la juventud*, que abarca una parte significativa de la producción filosófica de Benjamin durante su propia juventud entre 1912 y 1916, así como *El origen del drama barroco alemán* de 1925, y *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* de 1936.

En *Tesis de filosofía de la historia*, Benjamin sostiene que el trabajo del historiador materialista consiste en recuperar la historia de los y las sin tradición, de los oprimidos, de quienes no tienen voz. Critica a una concepción continuista de la historia que vuelve al tiempo su objeto de estudio usando como método a la adición progresiva de los acontecimientos. En su lugar, señala que el “progreso” no es un hecho verificable en la historia, sino que es el resultado de un discurso dominante que busca justificar su devenir como vencedor bajo una razón teleológica. El materialismo histórico, por el contrario, procede mediante una perspectiva que privilegia lo discontinuo, que se detiene en las grietas que interrumpen la transmisión de la tradición. En este sentido, los nuevos métodos narrativos del arte en la “era de la reproductibilidad técnica”, como el montaje, permiten concebir una forma de interacción que desafía la rigidez y la linealidad (Benjamin, 1989a).

Por otro lado, el *Libro de los pasajes* argumenta que el historiador debe conjurar la historia desde el presente:

El giro copernicano de la visión histórica es éste: se consideró que el punto fijo era lo “sido” y se vio al presente empeñado en dirigir el conocimiento, por tanteos, a esta fijeza. Ahora debe invertirse esta relación, y volverse lo sido inversión (*Umschlag*) dialéctica, ocurrencia invasora (*Einfall*) de la conciencia despertada. La política obtiene el primado por sobre la historia. Los hechos se convierten en algo que acaba de salirnos al paso, establecerlos es el asunto del recuerdo. (Benjamin en Oyarzún, 2009, p. 19)²⁴

Con esto, lo que se está planteando es que un estudio del pasado es más propio de un trabajo de *interpretación* que de *reconstrucción*. Bajo este supuesto, el historiador no construye una teoría lógica, sino una teoría apremiante, una teoría urgente, como sostuvo el traductor de Benjamin y filósofo chileno Pablo Oyarzún (2009). Como observa Oyarzún en *Sobre el concepto de historia*:

El epígrafe de Nietzsche que preside la decimosegunda tesis pone en liza la necesidad del conocimiento histórico, la necesidad radical de la “Historie”. Esta necesidad es decidida por el joven Nietzsche desde el punto de vista de la vida: “...la necesitamos para la vida y para la acción... Solo en tanto que la historiografía sirva a la vida, queremos servirla (...). (2009, p. 27)

También en ese texto Benjamin escribió que el historiador materialista debe hacer una *experiencia* con el pasado. Esto implica, entre otras cosas, estudiar los documentos de la cultura como documentos también de barbarie, criticar las representaciones de la historia que la muestran como retratando un tiempo homogéneo y vacío, “emprender un trabajo sobre lo heredado, una crítica de la tradición, un rescate de lo no representado en la historia y una actualización de las luchas políticas vencidas en el pasado” (Staroselsky, 2019, p. 74). En sintonía con esta idea, y como expresé anteriormente, mi tesis no persigue la meta imposible de hacer una reconstrucción de la Historia tal como ha sido, sino que busca la emergencia de nuevas historias a partir de preguntas que las conjuran desde el presente, en una apropiación de los recuerdos que señala “con exactitud el lugar en que el investigador se apoderó de ellos” (Benjamin, 2013, p. 99).

La propuesta de evitar una separación estricta entre pasado y presente, entre observación y acción, y entre contemplación y agencia se une al planteamiento de Ann Cvetkovich de concebir lo público y lo privado como entrelazados, así como a la superación de la dicotomía entre conocimientos y sentimientos. A partir de estas contribuciones, sugiero que mi trabajo con algunas historias del activismo lésbico en Argentina necesita de una definición de *archivo* capaz

²⁴ Benjamin, Walter, *La Obra de los Pasajes*, Convoluto K1, 2. Tomé la traducción sugerida por Pablo Oyarzún en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia* (2009), p. 19.

de profanar los sentidos establecidos para narrar historias no documentadas y reescribir los relatos que han excluido las emociones y experiencias de las sexualidades no dominantes, así como recuperar saberes que han sido históricamente marginados.

Capítulo 2. De los círculos para “entendidas” a las primeras agrupaciones lésbicas públicas (1969-2000)

En este doble gesto se combinan la aceptación de su lugar subalterno (cerrar el pico las mujeres), y su treta: no decir pero saber, o decir que no sabe y saber, o decir lo contrario de lo que sabe. Esta treta del débil, que aquí separa el campo del decir (la ley del otro) del campo del saber (mi ley) combina, como todas las tácticas de resistencia, sumisión y aceptación del lugar asignado por el otro, con antagonismo y enfrentamiento, retiro de colaboración.

Josefina Ludmer, *Las tretas del débil*

El presente capítulo inicia el *racconto* de algunas historias de lesbianas en Argentina. En él, abordo sus espacios de sociabilización y su producción literaria, las prácticas de traducción y escritura de teoría feminista y lésbica, los primeros encuentros que tuvieron como eje de discusión a la sexualidad lesbiana, los puntos en común y los roces con el movimiento de mujeres y el colectivo LGBTTTQ, entre otras cuestiones. El periodo analizado abarca treinta y un años de historia desde 1969, caracterizados por la transición de una existencia “invisible” de las lesbianas, donde la experiencia lésbica estaba confinada a lo privado e íntimo, hacia una politización progresiva de la sexualidad no heterosexual en el ámbito público.

En el capítulo anterior advertí sobre la biografía como una verdad imposible (Arnés, 2016) y esa misma consideración es pertinente aquí: así como la narración biográfica es el lugar en donde la ficción de la identidad muestra coherencia y unidad, también en la narración de la historia se genera la ilusión de que los acontecimientos relatados siguen un camino lineal, progresivo, homogéneo y coherente. Sin embargo, las experiencias que en esta parte se presentan no son necesariamente una cadena en evolución o la continuidad de los activismos del pasado, ni la causa de los activismos que están aún por venir.

En este contexto, propongo explorar algunas de las problemáticas relacionadas con el lesbianismo que ya fueron parcialmente abordadas en los antecedentes. Sin embargo, en lugar de centrarme en las experiencias de patologización o auto-ocultamiento del lesbianismo como lo hicieron Sará y Hernando (2001), Ramaccioti y Valobra (2008) o Figari y Gemetro (2009), entre otros, mi propósito es examinar ciertos cambios políticos, culturales y contextuales que tuvieron

lugar durante el período comprendido entre 1969-2000 y que llevaron al surgimiento de las primeras manifestaciones de activismo lésbico. Lo anterior no significa que el tema del “secreto” en las experiencias de lesbianismo haya estado ausente del periodo. Por el contrario, lo atravesó de forma conflictiva, modulada y cambiante pues las “identidades discretas”, según la terminología de Pecheny (2001), convivieron con las identidades lésbicas públicas y visibles de esos años. La no revelación del lesbianismo o el “no decir”, como sugiere el epígrafe de Josefina Ludmer (1985), sirvió durante muchos años como una estrategia de resistencia y autopreservación, siendo el silencio y la complicidad un ámbito privilegiado desde el cual podían expresarse entre “entendidas” y vivir su sexualidad con relativa libertad, especialmente en los años previos a los ochenta.

A partir de esta década, el crecimiento de grupos feministas y homosexuales, junto con la mayor apertura política y el reconocimiento de las diferencias en el contexto de la democracia reinstaurada generaron cambios significativos en la vivencia personal del lesbianismo. La aparición de las primeras “lesbianas públicas” y su visibilidad como una propuesta política de romper el clóset de la intimidad para llevar las problemáticas de la discriminación, la represión policial y la salud sexual, entre otras, a la esfera pública, extendió el horizonte hacia nuevas formas de existencia que, con el tiempo, reemplazaron en gran medida esa posición subjetiva y material que previamente había ocupado el ocultamiento, el secreto y la clandestinidad.

La pregunta que atraviesa al capítulo es qué formas tomaron las primeras apariciones públicas lésbicas. Para abordar esta cuestión es necesario introducir brevemente los orígenes del activismo llamado homosexual y feminista en Argentina que, hasta el retorno de la democracia (y aún algunos años después), fueron los espacios predilectos donde se insertaron las lesbianas, aunque no sin conflictos y tensiones. No voy a realizar un examen exhaustivo de las agrupaciones feministas y homosexuales de ese período dado que numerosas investigaciones se han centrado en ellas (Cano, 1982; Rapisardi y Modarelli, 2001; Figari et al., 2005; Gravila, 2007; Masson, 2007; Vespucci, 2011; Maffia et al., 2011; Trebisacce, 2018). En cambio, la atención se centra en la participación de las lesbianas en dichas agrupaciones, los conflictos surgidos en su interior y las diferencias y continuidades que entablaron con estos una vez que las lesbianas establecieron sus primeros grupos separatistas.

Como se verá en el capítulo, la lucha cultural emprendida por las lesbianas, tanto en colectivos mixtos con gays como en espacios feministas y grupos autónomos, halló en las prácticas autogestivas y colaborativas un medio fundamental de expresión. La producción, difusión y circulación de libros, ensayos y manifiestoslésbicos se erigieron como herramientas clave de intervención político-cultural que atravesaron de manera transversal a la mayoría de los grupos existentes en este periodo. Específicamente, las revistas y fanzines emergieron como las primeras y principales fuentes de información y debate, permitiendo tanto la reflexión sobre las vivencias lesbianas como la creación de sus propias narrativas locales. Con el tiempo, esta dinámica por la cual crecieron y se diversificaron las voces disidenteslésbicas, tanto en los círculos para “entendidas” como en los feministas y gays, se expandió también a la ocupación del espacio público, evidenciándose en eventos como marchas y posteriormente incursionando en algunas instituciones y organizaciones no gubernamentales.

Me interesa resaltar del periodo, en particular, cómo la creación de material impreso, la publicación de boletines, informes y cuadernos, así como la posterior fundación de centros culturales y celebración de encuentros para la sociabilizaciónlésbica marcaron el inicio de una matriz de prácticas, valores, afectos, teorías, lenguajes y consumos culturaleslésbicos (fenómeno que experimentó un auge notable a partir del retorno de la democracia en 1983). Aunque gran parte de estas producciones y entramados sociales se basaron en la autogestión, coexistieron con otros proyectos políticos y comunitarios que fueron posibles gracias al respaldo financiero internacional, introduciendo así cambios en las dinámicas del activismo, un aspecto adicional presentado en este capítulo.

Los bareslésbicos, discotecas, cafés literarios, grupos de reflexión feministas y casas culturales, entre otros espacios de sociabilización, proporcionaron a las lesbianas sedes de encuentro muy necesarios para la época, cuando aún era poco común revelarse públicamente como “lesbianas”. Estos lugares considerados “seguros”, al estar alejados de las miradas críticas hacia la sexualidad no normativa, no solo facilitaron la formación de parejas y la exploración del erotismo y la sexualidad, sino que también contribuyeron a la construcción de amistades, alianzas y espacios de reunión. En muchos casos, estos encuentros llevaron a la creación de grupos de estudio y activismo político.

Antes de pasar al desarrollo del periodo y sus nudos problemáticos, es necesaria una advertencia: las narrativas que propongo para este capítulo comprenden, mayormente, la historia del centralismo capitalino reflejado en el incipiente movimiento feminista, lésbico y queer de Buenos Aires. A partir de reflexiones basadas en las entrevistas y de algunas hipótesis sobre aspectos geopolíticos y sociodemográficos, examino las razones por las cuales el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) habría desempeñado un papel destacado en este primer período de activismo.

Por un lado, sugiero que la alta densidad poblacional que existe en el AMBA jugó un papel fundamental al proporcionar un cierto grado de anonimato a las lesbianas que optaron tempranamente por participar en eventos públicos, permitiéndoles involucrarse sin exponerse necesariamente al riesgo de identificación y discriminación²⁵. Además, la proximidad física de figuras políticas, activistas, artistas, referentes sociales, profesionales culturales, pensadores y pensadoras en las grandes ciudades habría fomentado una interacción enriquecedora entre individuos con intereses tanto compartidos como opuestos, dando lugar a movimientos vanguardistas como el movimiento feminista y LGBTTTQ. Esto, a su vez, habría contribuido a introducir debates feministas tempranos, especialmente, en la capital del país, estimulando el pensamiento lésbico arraigado en la realidad local.

²⁵ En 1903, Georg Simmel en su trabajo *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*, analizó las formas de socialización comparando las ciudades grandes con las pequeñas, destacando el “anonimato” como una característica central de la vida urbana. Argumentó que, en las grandes ciudades, las interacciones sociales tienden a ser más impersonales y transitorias debido a la gran cantidad de personas y la diversidad de situaciones que se encuentran a diario, por lo que el anonimato podría proporcionar un sentido de libertad y emancipación, ya que las personas pueden sentirse menos atadas a las expectativas y normas sociales de sus comunidades. Según Simmel, esto también podría llevar a que las personas se traten de manera más neutral. A pesar de la relevancia de este trabajo, me gustaría destacar la contribución de la investigadora brasileña Manuela Blanc (2016). A través de su trabajo de campo, que incluyó historias de vida y análisis situacional, sugiere que los datos recopilados cuestionan la tipicidad de lo urbano, más que confirmarla. En relación con el concepto de “anonimato”, que es el tema de interés aquí, la autora subraya que, aunque es cierto que para los habitantes de la ciudad esta puede representar un exceso de personas que no forman parte de sus relaciones más significativas, las ciudades también construyen un “inventario de posibles vecinos” o de “proximidades” (2016, p. 87, traducción propia). Blanc argumenta que, si la singularidad de las ciudades grandes radica en la diversidad de oportunidades que ofrece, entonces los circuitos que una persona crea basados en el ocio y la sociabilidad fomentan la formación de vínculos por identificación, uniendo a las personas por sus gustos y estilos de vida. Esto genera, en síntesis, relaciones no-anónimas en medio de una multitud anónima (ídem). Como también propone la socióloga argentina Julia Burton a partir de su estudio de caso y de los aportes de Blanc: “es posible pensar que en las grandes ciudades también podría desarrollarse una dinámica similar donde se generan determinados circuitos de personas en las cuales ‘todo el mundo se conoce’ y se activan determinadas cadenas de reputación. Esto podría verse favorecido por el hecho de que las y los sujetos circulan por una diversidad de redes en las que participan (por ejemplo, sindicales, de activismo político, laborales, académicas)” (2018, p. 13).

También advertí que la amplia variedad de grupos, comunidades y creencias que existen en el área metropolitana de Buenos Aires se vio influenciada por la convivencia de actores tanto “locales como globales (movimientos sociales, ciudadanos organizados, organizaciones no gubernamentales, inversores, desarrolladores, agencias profesionales, corporaciones, redes transgubernamentales)” que se disputaron las lógicas de acción y los intereses para las demandas ciudadanas, entre ellas, las feministas y de la diversidad sexual (Ciccolella y Mignaqui, 2008, s/p). Como señala Graciela Di Marco (2010), la mitad de las organizaciones de mujeres que surgieron en los noventa en Argentina se encontraban localizadas en la capital del país. Esto debió colocar a la política institucional en un rol central en el panorama de la ciudad, que concentra funciones de dirección, producción y comunicación a nivel nacional, fomentando un sentido común sobre la importancia de la participación ciudadana en la toma de decisiones y en las disputas de poder. Esta participación, a su vez, habría validado las manifestaciones por la visibilidad como una estrategia política para obtener la representación necesaria y hacer escuchar sus demandas.

Otra hipótesis, destaca el acceso más directo a información y recursos educativos, financieros e institucionales que amplían las oportunidades de involucramiento en vanguardias políticas y de cercanía con innovaciones artísticas y culturales (que, justamente por ser de vanguardia, desafían los cánones y normas establecidas)²⁶. Además, la rápida adopción que tuvo Buenos Aires de nuevas tecnologías de la comunicación habrían facilitado el acceso a la información pública y, por lo tanto, a la formación de redes ciudadanas, impulsando diferentes movimientos y demandas (Ciccolella y Mignaqui, 2008).

Estas hipótesis que me ayudaron a pensar cierto escenario histórico y político de Buenos Aires son sólo interpretaciones posibles. Sin embargo, no deben leerse como *causas*. Planteo, por el contrario, que el hecho de que el activismo sexo-genérico haya crecido más tempranamente en esa ciudad metropolitana es más bien la *consecuencia* de una organización del poder y del saber destinada a producir tal efecto. Como señalan las investigadoras argentinas Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero:

²⁶ Sólo para dar algunos ejemplos de estas innovaciones culturales tempranas en Buenos Aires, destaco la publicación y difusión de la revista *2001. Periodismo de anticipación* (1968-1974) –pionera en introducir debates en torno al sexo–, o la aparición temprana de un arte callejero de la post-dictadura que propuso en el espacio público reflexiones sobre la memoria, la justicia y los derechos humanos (intervenciones artísticas que fueron retomadas posteriormente por el movimiento feminista y lésbico).

Argentina es un país desigual marcado por una historia centralista que ha contribuido a la construcción de ciertos imaginarios que impregnan también las instituciones universitarias y la historia de los estudios de género, de mujeres y feministas. El imaginario porteñocéntrico a menudo hace asumir que la historia de los feminismos allí ubicados es la de los feminismos del país sin matices ni adjetivaciones. (2021, p. 165)

En mi revisión del panorama del activismo lésbico en Argentina, he observado que la literatura existente minimiza las diferencias entre las distintas provincias y no ha explorado adecuadamente los movimientos considerados “locales”. Estos se presentan en contraposición a Buenos Aires que se vincula con lo “nacional”. Como resultado, en la actualidad es complejo determinar si durante el periodo de 1969 a 2000, el activismo lésbico fue exclusivo de Buenos Aires o si la escasez de información y documentos sobre el lesbianismo en otras provincias se debe a una falta de interés. Después de realizar una exhaustiva búsqueda de documentos tiendo a creer que la situación es una combinación de ambos factores.

2.1 Una cronología discreta: panorámica social de los primeros años (1969-1982)

A fines de la década del sesenta en Argentina nacieron varias organizaciones feministas y los primeros grupos de homosexuales varones en los que también participaron lesbianas – aunque, en su mayoría, sin visibilizarse públicamente como tales. Ese despertar político se dio en un contexto de sucesivas interrupciones a la democracia con dictaduras militares, cada vez más cruentas. Entre las diferentes direcciones a las que apuntaba la violencia, una de ellas buscaba adoctrinar en “las buenas costumbres” de una patria moralmente sana a quienes tuvieran expresiones de género que hoy podríamos llamar como “disidentes de la heteronorma” (Salessi, 1995; Figari, 2006; Ramacciotti, Valobra y Riva, 2006; Gemetro, 2009; Benavente y Gentile, 2013; Trebisacce y Mangiantini, 2015). Durante la dictadura del General Juan Carlos Onganía (1966-70) las persecuciones a les homosexuales se multiplicaron en las denominadas “campañas de moralidad”, que se sumaron a la práctica de las *razzias* policiales que se llevaban adelante en cines, hoteles, baños públicos y hasta en el subte para detener, principalmente, a travestis, prostitutas, gays y lesbianas *butch* (Figari y Gemetro, 2009; Insausti, 2015).

Esa violencia, acompañada por la sanción social, fue ejercida más ampliamente en contra de todes aquellos que discutían por diversos motivos el orden impuesto: artistas de vanguardia, obreros sindicalizados, jóvenes, homosexuales, anarquistas, feministas, entre otros –aunque la

violencia fue distribuida desigualmente entre clases sociales, siendo las clases bajas las más acosadas (Sardá y Hernando, 2020; Figari y Gemetro, 2009; Perlongher, 2016). Muchas feministas, lesbianas y gays –o “sexodesobediencias”, como sugiere el historiador Emmanuel Theumer (2017)– empezaron a tener una militancia dentro del amplio arco de las organizaciones de izquierda, en cuyas diversas propuestas afluía con fuerza la idea de acabar con el capitalismo, la sociedad de clases, el autoritarismo y el patriarcado, buscando una mayor distribución de la riqueza, independencia económica y de pensamiento, autodeterminación de los pueblos, fin del imperialismo, crítica a los roles sexuales establecidos, entre otras demandas (Rapisardi, 2008; Vespucci, 2011; Trebisacce, 2013).

Durante los años comprendidos entre 1967 y 1969 se extendió por varios lugares del mundo una intensa agitación política, manifestándose en diversas protestas contra el sistema establecido. En medio de esta efervescencia social a nivel global tuvo lugar la Revuelta de Stonewall a finales de junio de 1969 en un bar ubicado en el corazón de Greenwich Village, en Nueva York. Este establecimiento, conocido como Stonewall Inn, formaba parte de la red de espacios semi-clandestinos de sociabilidad que operaban bajo acuerdos corruptos entre la mafia local y la policía, y eran frecuentados por la comunidad gay, las *drag queens* y personas trans (Gasparri et al., 2021, p. 22). Entre los asistentes también se encontraban lesbianas que provenían de sectores altamente marginados. En consonancia con la dinámica de otros bares similares, el Stonewall Inn enfrentaba redadas policiales periódicas que resultaban en la detención de los presentes, siendo el objetivo principal extorsionar tanto a los dueños del establecimiento como a los visitantes para forzar acuerdos con la mafia.

El 28 de junio, durante un tributo a la recientemente fallecida Judy Garland, icónica figura pre-disco y representativa de la subcultura gay, la policía llevó a cabo una incursión en el Stonewall Inn, una situación que, aunque no era inusual, desencadenó una respuesta inesperada. Los presentes respondieron erigiendo barricadas para resistir el acoso policial, marcando un momento emblemático en la historia del movimiento. La resistencia atrajo a más personas en apoyo a la causa. Unos días después, el 30 de junio se convocó a una reunión en la plaza Washington Square, a unas cuadras del Stonewall Inn, abriendo así un nuevo capítulo en la

visibilidad de la comunidad queer²⁷. A partir de entonces, el 28 de junio se convirtió en la fecha anual de una marcha conmemorativa de la revuelta, y a partir de 1973 esta marcha adoptó el nombre de “Pride” (“orgullo” en inglés). Este evento es significativo debido a su influencia en la Argentina, donde a partir del retorno de la democracia en 1983, los movimientos LGBTTTQ asignaron una importancia crucial a la *visibilidad* que desafiaba el tradicional concepto de “discreción” asociado a las personas homosexuales (Pecheny, 2001). Y antes que eso, según Gasparri et al. (2021) las repercusiones de los sucesos de Greenwich Village llegaron a otras regiones de EEUU, como San Francisco, y a diferentes países, como Francia, Brasil e Italia.

Mientras tanto, en la Argentina de 1969 también se registraron grandes enfrentamientos. Durante ese año se sucedieron el Tucumanazo, el Cordobazo, el Corrientazo, el Rosariazo y el Cipollettazo, a los que les siguieron otras puebladas estudiantiles y de trabajadores, paros activos y conflictos gremiales. De un lado estaba la población civil –movimiento obrero, sindicatos, estudiantes y jóvenes de izquierda que contaron con el apoyo del sector docente, de los curas tercermundistas y vecinos que se solidarizaron con la lucha–, y del otro lado estaba la policía, que accionó junto a los militares.

Como señala el investigador argentino Flavio Rapisardi, es en ese contexto que en el barrio de Gerli de la Provincia de Buenos Aires, cerca de una villa, maricas bonaerenses discutían “cómo organizarse políticamente” dando origen a Nuestro Mundo, “la primera experiencia activista homosexual en América Latina” (2008, p. 978). Héctor Anabitarte, uno de sus fundadores, escribió en su libro *Estrechamente vigilados por la locura* (1982) que el grupo Nuestro Mundo no había recibido influencia del movimiento gay norteamericano, sino que:

²⁷ María Luisa Peralta (activista que fue entrevistada para la tesis) tradujo un texto poco conocido de Hugh Ryan sobre el lugar de las lesbianas en la Revuelta. La autora explica que mientras el levantamiento ocurría en el Stonewall Inn, un grupo de mujeres encarceladas, muchas de ellas mujeres de color, llevaba a cabo su propia protesta en solidaridad con la revuelta adentro y afuera de la Casa de Detención para Mujeres de New York. Estas mujeres detenidas incendiaron sus escasas pertenencias al grito de consignas como “¡Poder gay!”, para mostrar su apoyo. Después de los eventos de Stonewall, la Sociedad Mattachine, una organización homófila, trató de canalizar la energía comunitaria recién descubierta organizando reuniones para personas LGBTTTQ en la municipalidad. Sin embargo, surgieron divisiones dentro del movimiento. Los organizadores de Mattachine rechazaron cualquier acción que pudiera ofender a las autoridades. En contraste, un grupo de jóvenes radicales, algunos de los cuales habían estado presentes en la primera noche de Stonewall, propuso una protesta en apoyo a Afeni Shakur y Joan Bird, detenidas en la Casa de Detención de Mujeres. Ante la oposición de Mattachine, este grupo formó el *Gay Liberation Front*, una influyente organización LGBTTTQ de los años setenta. Extraído de: <https://contrahegemoniaweb.com.ar/2023/06/30/la-historia-queer-de-la-casa-de-detencion-de-mujeres/>

Antes bien, manteníamos correspondencia con los españoles, que vivían atemorizados por la Ley de Peligrosidad Social del franquismo, que incluía a los homosexuales. No éramos intelectuales, la mayoría veníamos del sindicalismo, en mi caso, además, del Partido Comunista, y en cuanto a las reivindicaciones que exigíamos, adscribíamos más a un estilo reformista que revolucionario, creíamos así respetar el sentido de la realidad. (Anabitarte en Rapisardi, 2008, p. 979)

En 1971, Nuestro Mundo se convirtió en el Frente de Liberación Homosexual (FLH), integrado por otros grupos que habían nacido en esos años, como Triángulo Rosa, Alborada, Eros, Profesionales, Bandera Negra (de ideología anarquista) y Católicos Homosexuales Argentinos. También se sostiene que lo conformó el mítico grupo de lesbianas Safo, del cual poco y nada se sabe. Como sostiene la investigadora Laura Gutiérrez:

Al día de hoy existen diferentes controversias sobre su existencia, y sobre las lesbianas o mujeres que lo integraban. Últimamente se han producido versiones sobre que Ruth Mary Kelly –primera trabajadora sexual en reivindicarse como tal en nuestro país– sería la única integrante del espacio (...). Otras, refieren a Perlongher y su alter ego, Rosa, como un gesto de invención distorsionada de la propia narrativa, un desborde marica de su propia creación del Frente. (2017, p. 119)²⁸

Con el grupo Eros en el FLH apareció la figura de Néstor Perlongher, en ese momento, un joven politizado, intelectual y trotskista que impulsó la vanguardia del movimiento. Esa nueva generación sí estaba más influenciada por el Mayo Francés y el *Gay Power* norteamericano, así como por la “nueva izquierda” antijerárquica, antiautoritaria y el movimiento negro, lo que los volvía más radicales que reformistas (Rapisardi, 2008; Gemetro, 2011). Su articulación con organizaciones feministas quedó expresada en la conformación del Grupo Política Sexual (GPS) en 1972, donde participaron integrantes del FLH, de la Unión Feministas Argentinas (UFA) y del Movimiento de Liberación Femenina (MLF) –entre ellas, las lesbianas Hilda Rais y Marta Miguelez. Como señalaron las investigadoras argentinas Mabel Bellucci y Catalina Trebisacce (2020), también participaron Néstor Perlongher, Eduardo Todesca, Osvaldo Baigorria, Mónica Giraldez, Sara Torres y María Elena Oddone.

²⁸ El historiador Emmanuel Theumer (2016) ha profundizado sobre la disidencia de Ruth Mary Kelly en la militancia feminista, lesbiana y punk en los '70 y '80, así como en su lucha por el reconocimiento del trabajo sexual. Esta militante, quizás la primera prostituta en reconocerse como trabajadora sexual (y lesbiana) según las “memorias de los integrantes del FLH -entre ellas, las publicadas por Juan José Sebrelli- aseguran que Ruth Mary impulsó Safo, el primer micro-grupo lesbiano del que tenemos noticias. Otras, sitúan a Kelly más próxima al grupo de estudios Política Sexual (...). Lo cierto es que uno de los fanzines atribuidos a Safo está dedicado –curiosamente- a la prostitución, contiene menciones al libro de Kelly” (Theumer, 2016, s/p).

Quienes integraron el GPS, “ante la orfandad de teorías emancipatorias que acogieran sus existencias” se lanzaron a escribir y reflexionar sobre su propio pensamiento crítico abordando temas que iban desde la antropología hasta el psicoanálisis (Bellucci y Trebisacce, 2020, s/p). A partir de una convocatoria de 1971 para mandar artículos sobre la liberación sexual a la revista *2001. Periodismo de anticipación*, nació el Grupo de Estudio y Práctica Política Sexual (GEPPS), que más tarde pasó a llamarse GPS. Después de numerosas reuniones, el grupo escribió en 1973 un trabajo de investigación titulado *La moral sexual en Argentina* que “circuló de mano en mano en copias mimeografiadas entre sectores universitarios, en especial, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y grupos políticos radicalizados porteños” (ídem). El texto se trataba de un llamamiento al cuestionamiento crítico y la transformación permanente de estructuras e individuos “bajo un único acuerdo básico: tomar conciencia de que la libertad que atañe al sexo sólo tendrá lugar mediante un accionar sobre la realidad social en su conjunto, y viceversa” (ídem).

Su objetivo era resistir la represión y promover la liberación sexual, incluyendo el derecho a decidir sobre el propio cuerpo. A pesar de ser principalmente un grupo de estudio, en 1974 se decidieron a llevar adelante una protesta pública. Esta manifestación estaba dirigida contra el Decreto 659 firmado por el presidente Perón y López Rega (quien estaba a cargo del Ministerio de Bienestar Social) que restringía actividades relacionadas con el control de la natalidad, como la distribución y venta de anticonceptivos. El grupo decidió formar una Comisión contra la Prohibición de los Anticonceptivos que realizó una campaña informativa en las calles de la Ciudad de Buenos Aires. Según un testimonio recopilado por la historiadora Karina Felitti (2005), la presencia de varones del FLH en estas manifestaciones feministas que pedían derechos sexuales y la posibilidad de la planificación familiar, sorprendió a muchas personas. La inquietud acerca de qué tenían que ver los homosexuales con la anticoncepción fue reeditada treinta años después, cuando la sociedad se preguntó qué tenían que ver las lesbianas con el aborto.

En 1973 el Frente de Liberación Homosexual editó la revista *Somos* de difusión clandestina, que buscaba retratar la realidad que vivían los homosexuales poniendo el foco en la persecución y la violencia. En su primer año de funcionamiento publicó varios artículos sobre feminismo internacional, entre ellos, una traducción del manifiesto del grupo estadounidense

Radicalesbians²⁹: “The Woman-Identified Woman” (La mujer que se identifica con la mujer), escrito originalmente en 1970. Este manifiesto empezaba con una interpelación que se hizo muy famosa: “¿Qué es una lesbiana? Una lesbiana es la rabia de todas las mujeres condensada hasta el punto de la explosión”. En sus diez párrafos presentaba algunos principios sobre los cuales volverían posteriormente muchas pensadoras lesbianas, como es el carácter patriarcal de la cultura que busca, entre otras cosas, encasillar tanto a la mujer como a la lesbiana en una cierta esencia femenina, en el primer caso, y anti-femenina, en el segundo. El texto retomaba la idea de *otredad* propuesta por Simone De Beauvoir (1949) con la cual la cultura representa a los hombres como lo “Uno”, mientras que las mujeres estarían definidas por su negatividad. También anticipaba la idea que retomó Adrienne Rich en los ochenta acerca de que los varones interrumpen los lazos afectivos y políticos entre mujeres que podrían ser emancipatorios para ellas. Así lo expresa el manifiesto:

En primer lugar, hay que entender que el lesbianismo, al igual que la homosexualidad masculina, es una categoría de comportamiento posible sólo en una sociedad sexista caracterizada por roles sexuales rígidos y dominada por la supremacía masculina. Esos roles sexuales deshumanizan a las mujeres al definirnos como una casta de apoyo/servicio en relación con la casta dominante de los hombres, y paralizan emocionalmente a los hombres al exigirles que estén alienados de sus propios cuerpos y emociones para poder desempeñar eficazmente sus funciones económicas/políticas/militares. (...) Mientras que lo más importante sea la aceptación por los hombres —sea para las mujeres individuales como para el movimiento como un todo— el término lesbiana será usado de manera eficaz en contra de las mujeres. (Radicalesbians, 1970, s/p, trad. propia).

La inclusión de ese tipo de publicaciones en la revista *Somos* muestra que el FLH buscaba “redefinir el sentido de la homosexualidad, posicionarse ante los dilemas de la institución Familiar y ofrecer su propia versión sobre el significado de la ‘liberación’, en tanto consigna compartida por otros movimientos sociales de la época” (Vespucci, 2011, p. 176). El punto de cruce era la homosexualidad y “la cuestión de la mujer”, pensando sus vasos comunicantes en los que el

²⁹ Este grupo de lesbianas feministas separatistas nació en 1970 con el nombre de *Lavender Menace*, que luego cambiaron por *Lesbian Liberation* y, finalmente, por *Radicalesbians*. Ese primer nombre era una reacción contra un dicho de Betty Friedan —autora del libro *La Mística de la Femenidad* (1936), que en los setenta fue presidenta la Organización Nacional de Mujeres (NOW)— acerca de que las lesbianas constituían una “amenaza lavanda” para el progreso del movimiento por los derechos de la mujer. Algunas de sus integrantes fueron: Rita Mae Brown, Lois Hart, Barbara Love y Ellen Shumsky. Tuvo una corta vida (se separaron en 1971), pero sus intervenciones fueron fundamentales para el movimiento lésbico que empezaba a fortalecerse en EEUU.

lesbianismo ocuparía un lugar protagónico, y responsabilizando al patriarcado y al capitalismo como reproductores de su opresión.

En 1976, último año de publicación de *Somos*, el activismo en las calles había empezado a disminuir notoriamente. Ya en 1975, con el afianzamiento de la ofensiva policial y parapolicial en el gobierno de Isabel Perón, muchos integrantes del Frente se exiliaron y el grupo se desarticuló –especialmente luego de la detención de Néstor Perlongher en la cárcel de Villa Devoto, quien fue puesto en libertad tres meses después, el 27 de abril de 1976. El FLH existió un tiempo más como un grupo de reflexión y, posteriormente, según un documento del Archivo General de Andalucía, el FLH habría continuado “sus actividades en el exilio logrando en el ‘78 apoyo de organizaciones homosexuales españolas” (Potencia Tortillera, 2020, s/p)³⁰.

En paralelo al devenir de esta organización homosexual en Argentina, las feministas también empezaban a nuclearse en grupos políticos autónomos en los que circulaban de forma más o menos “enclosetada” también las lesbianas. A fines de los sesenta se conformaron: la Unión Feministas Argentinas (UFA) que existió hasta 1976; y el Movimiento de Liberación Femenina (MFL) que entre 1973 y 1975 editó la revista *Persona*. En esos años, también funcionaron otras organizaciones feministas, como:

Nueva Mujer, de orientación netamente marxista, el Movimiento Feminista Popular (MOFEP), luego Centro de Estudios Sociales de la Mujer Argentina (CESMA), la Asociación para la Liberación de la Mujer Argentina (ALMA), la Agrupación de Mujeres Socialistas (AMS) y el Frente de Lucha por la Mujer (FLM), que agrupó a varios de estos grupos, y actuó en el contexto del Año Internacional de la Mujer, en 1975. (Felitti, 2006, p. 54)

La antropóloga argentina Catalina Trebisacce señala que en 1975 también

hizo su aparición AMS (Asociación de mujeres socialistas). En 1977 algunas mujeres del FIP y otras independientes constituyeron AMA (Agrupación de Mujeres Argentinas), que después cambió de nombre a AMAS (Asociación de Mujeres Alfonsina Storni). También, con orientación marxista pero que prontamente se integró a UFA, encontramos al grupo que constituyó la editorial ‘Nueva Mujer’ que publicó *Las mujeres dicen basta*, de varias autoras, y *La mitología de la femineidad*, de Jorge Grissi. (2008, p. 15)

Por otro lado, estaban las mujeres del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) que en 1972 lanzaron el boletín *Muchacha* y en 1979 el boletín *Todas*. En ellos se discutían temas como el aborto, la doble jornada laboral, el amor libre y el matrimonio, entre otros (Duffy, 2019). La

³⁰ Extraído de <http://potenciatortillera.blogspot.com/1971/08/frente-de-liberacion-homosexual.html>

directora de *Todas* era Martha Ferro, periodista feminista y lesbiana. Esa revista contó con la colaboración de otras lesbianas célebres como María Elena Walsh, Sara Facio, Alicia D' Amico y Sara Josefina Newbery. Unos años antes, en 1976, Martha Ferro había puesto en funcionamiento un sótano en el barrio de San Telmo donde se reunían lesbianas y mujeres militantes del PST a discutir cuestiones políticas, tanto de izquierda como feministas. Dicho sótano fue un lugar de reunión que duró aproximadamente cuatro años, como ya comenté en los antecedentes (flores, 2015).

En líneas generales, las argentinas se hacían eco de las discusiones internacionales que llegaban de los feminismos de la llamada segunda ola, para los cuales la experiencia, la subjetividad y “lo personal” eran claves de discusión política que sacaban a la intimidad del terreno de lo privado. Con el paso de los años, las feministas empezaron a reunirse en grupos de estudio, lo que pronto devino en *grupos de concienciación*³¹. Los objetivos principales de la práctica de concienciación eran: la formación de pequeños grupos para la discusión de temas relativos a la vida privada, el conocimiento del propio cuerpo, la transformación de la experiencia de la opresión en una fuerza política, y, en algunos casos, la terapia grupal. Las integrantes hablaban de sus vidas y encontraban en sus vivencias puntos en común que tenían una raíz más bien cultural (misógina) que íntima (Trebisacce, 2008). El lesbianismo, sin embargo, era aún tratado como un tema de intimidad. Como muestran las historias de vida recogidas en el libro *No soy bombero...* de Sardá y Hernando (2020), aquellas lesbianas que formaban parte de grupos de autoconciencia feministas no podían hablar abiertamente de su orientación sexual, haciéndolo con cierta dificultad o refiriéndose a sus parejas como “personas” para no especificar el género. Hilda Rais, en referencia a su participación en la UFA, coincidió en que “El lesbianismo no se verbalizaba. (...) El rótulo de feminismo igual lesbianismo tenía un peso negativo tremendo en ese entonces” (entrevista a Rais en LAS12, 2010).

³¹Se trata de un correlato de lo que sucedía también en esos años en Europa y del *consciousness raising* norteamericano. Catalina Trebisacce hace una interesante observación en el uso del término: “La creación de este neologismo persiguió una puntillosa, pero fundamental, diferencia de significación respecto del término concientización. *Concientizar* es la palabra utilizada –por las agrupaciones de izquierda, remarca Leonor Calvera– para designar la actividad de iluminar con una verdad exterior las interioridades de mentes oscurecidas por la ignorancia. Es un movimiento del exterior hacia el interior. *Concienciar*, por el contrario, define la actividad de dar nacimiento a una identidad y se logra hurgando, primero, en la interioridad propia. Es un movimiento que parte del interior para luego alcanzar el exterior” (2008, p. 13).

Con el advenimiento de la última dictadura cívico-militar, muchos grupos se disolvieron o reemplazaron la calle por espacios de formación y estudio adentro de las casas, como ocurrió también con el FLH. La censura no se limitó únicamente a textos de índole política, como manifiestos, sino que también afectó a la literatura. Como señaló Arnés (2016), dos libros fundacionales para las ficciones lesbianas sufrieron consecuencias en su recepción: la novela *Monte de Venus* de Reina Roffé y publicada en 1976 fue declarada de contenido ilícito; y *En breve cárcel* de Sylvia Molloy no pudo ser publicado en Argentina sino hasta 1998.

Por fuera de la experiencia del sótano de San Telmo no encontré otros hitos de la militancia lesbiana-feminista en la época de la dictadura sino hasta 1982, cuando el gobierno de facto empezó a debilitarse. Sí hay antecedentes de la política feminista a nivel regional que impactaron fuertemente sobre el activismo lésbico que vendría unos años después. En 1981, por ejemplo, se realizó el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe (EFLAC) en Bogotá, Colombia. Allí, “el lesbianismo fue un tema de pasillos. Dos años más tarde, en el II Encuentro de Lima, Perú, el lesbianismo pasó a convertirse en el tema de un taller separado que resultó ser multitudinario” (Sardá, Guinea y Villalba, 2014, p. 7). Los EFLAC —y, más tarde, los Encuentros Lésbico Feministas de Latinoamérica y el Caribe— “nutrieron y alentaron la militancia lésbica (y la feminista en general)” (Tarducci, 2014, p. 20), sirviendo de modelo para la realización y el planteo de las dinámicas de los Encuentros Nacionales de Mujeres nacidos en 1986.

2.2 La larga transición democrática para las “minorías sexuales”: la *connivencia* como eje de tensión (1982-2000)

Tras las elecciones de 1983 no surgieron de inmediato nuevas demandas de derechos para las llamadas “minorías sexuales” ya que la prioridad era restaurar las instituciones democráticas. Los grupos de gays y lesbianas que nacieron en esa época retomaron, en cambio, antiguos reclamos en contra de la discriminación, los edictos policiales³² y la Ley de Averiguación de

³²Los edictos policiales eran un “instrumento que [delegaba] en la policía, provincial o federal, la tarea de reprimir actos no previstos por el Código Penal de la Nación; no forman parte del derecho penal sino del derecho administrativo” (Berkins y Fernández, 2005, p. 40). Tres de ellos —proclamados en 1949— permitían detener a las personas que se exhibieran en la vía o lugares públicos vestidos o disfrazados con ropas del sexo contrario (Art.2 Inc.F); a las personas de uno u otro sexo que públicamente incitaran o se ofrecieran al acto carnal (Art.2 Inc.H); y a los sujetos conocidos como pervertidos que se encontraran en la compañía de menores de 18 años cumplidos (Art.2 Inc.I). Es decir, estos edictos convertían a las identidades trans, a la prostitución y a la homosexualidad/lesbianismo en contravenciones en el campo jurídico. Laura Gutiérrez (2017, p. 60) sostiene que los edictos policiales en 1996

Antecedentes. Estos instrumentos de persecución no habían sido utilizados exclusivamente por la última dictadura para perseguir a los “a-morales”, sino que desde 1949 servían para controlar la presencia de homosexuales y prostitutas en el espacio público, y no fueron derogados sino hasta 1998, quince años después de la recuperación de la democracia³³ (Insausti, 2015; Solari Paz, 2021; 2023). Durante más tiempo del esperado la democracia convivió con lógicas de funcionamiento heredadas de años anteriores; bajo la excusa de combatir la droga y la pornografía, por ejemplo, se llevaban a cabo operativos policiales en bares gays.

Los primeros grupos de homosexuales de los ochenta denunciaron públicamente esa connivencia. En 1984, como ejemplo, la agrupación mixta llamada Grupo Federativo Gay (GFG) y nacida en 1982 publicó una nota titulada “¿Y esto era la democracia?”, en la que señalaba que los militares torturadores todavía estaban libres y que el Estado había asumido las deudas de los especuladores económicos, quienes no habían sido ni siquiera identificados. Además, denunciaban que “la censura de ciertas formas de expresión y comportamiento [seguían] en pie. A veces suplantada por la obsecuencia de interventores y propietarios de medios de

todavía producían tasas de detención altas de alrededor de 3.400 detenidos por día. Estos edictos fueron derogados en la Ciudad de Buenos Aires en 1998, después de que fue precisado el régimen de autonomía para esta ciudad según lo establecido por la Reforma constitucional de 1994 (Ley Nacional Nº 24.588). Como señalan Berkins y Fernández, “en el lugar de los edictos se [sancionó] en la Ciudad de Buenos Aires el Código Contravencional de la Ciudad, mediante la ley Nº10” con lo que se eliminó del texto a figuras como la “‘prostitución’ y ‘llevar prendas del sexo contrario y la desaparición de las detenciones preventivas’ (2005, p. 45). Para conocer más sobre la evolución del texto legal sobre cuestiones atinentes a la persecución social enfocada en la normalización de grupos sociales catalogados como desviados por el poder estatal, leer: *La gesta del nombre propio* (Berkins y Fernández, 2005), *La revolución de las mariposas. A diez años de la gesta del nombre propio* (2017, Publicación del Ministerio Público de la Defensa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

³³ Respecto a la situación de lesbianas, homosexuales, travestis y trans en la última dictadura cívico-militar, me interesa destacar un reclamo que continuó la comunidad LGBTTTQ a fines de la década del dos mil sobre la persecución y desaparición de personas por razones fundadas en lo sexo-genérico y que se expresa en la consigna de los “30.400 desaparecidxs”. Como señalan investigadores como Santiago Insausti (2015), Andrés Torres (2017) o Emmanuel Theumer (2020), este colectivo retomó la denuncia inicial realizada por Carlos Jáuregui –fundador de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA)– quien evidenció la omisión de este colectivo en el informe realizado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) en 1984. Sin embargo, existen controversias respecto a este tema. Por ejemplo, se ha cuestionado la existencia de un plan sistemático de desaparición dirigido a *a-morales*, “una categoría utilizada por la dictadura muy laxa, que comprende y excede el acrónimo reciente de LGBT” (Theumer et al., 2020, p. 57). Insausti (2015), habiendo examinado los registros de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) compuesto por más de cuatro millones de folios, encontró que las referencias a *afeminados*, *amanerados*, *desviados*, *invertidos*, *locas*, *lesbianas*, *viciosos* –por mencionar sólo algunas palabras con las que se los mencionaba– aparecía sólo en sesenta expedientes, y que “solamente durante la primera presidencia de Carlos Menem se produjeron más documentos que durante los gobiernos de Onganía, Levingston, Lanusse, Videla, Viola, Galtieri y Bignone juntos” (p. 64). Además, todos los autores citados reconocen que los edictos policiales se han usado tanto antes como después de la dictadura del ’76 para reprimir y controlar a aquellos individuos considerados como “moralmente peligrosos”. Este tema será retomado en el capítulo siete.

comunicación. Otras, directamente ejercida por el poder de policía del Estado” (Revista Sodoma, 1984). Respecto a la represión específica sufrida por homosexuales, señalaban que la policía “[montaba] espectaculares razzas contra ‘infractores’ de la moral, pero los habitantes de las zonas más empobrecidas no se [veían] protegidos de la verdadera ‘delincuencia’, la generada por la misma miseria” (idem).

Como destacó el historiador argentino Guido Vespucci (2015), el escenario de transición democrática vinculó las organizaciones LGTBTTQ al discurso de los derechos humanos, que fue muy representativo del clima de época que se vivía en aquel contexto. El argumento de que todas las personas poseían derechos inherentes que protegían su dignidad, libertad e igualdad sin importar su orientación sexual o expresión de género se convirtió en un escudo contra la persecución y discriminación que habían sufrido durante años, y que seguía retrasando su plena inclusión en la democracia.

La coexistencia entre las renovadas instituciones estatales que buscaban fortalecer la inclusión política, la participación ciudadana y la igualdad social, y las crecientes organizaciones no gubernamentales que también venían a defender la ampliación democrática, se puede entender a través de esta dinámica connivente entre la defensa de los derechos y su vulneración. Como señala la socióloga Elizabeth Jelin (1994), durante la transición democrática, cuando el principal desafío para el Estado era transformarse de un órgano que ejercía el terror a uno responsable de garantizar derechos y poder social, persistían conexiones entre antiguos y nuevos esquemas, lo que generaba posiciones contradictorias. Por ejemplo, seguían en vigor códigos contravencionales que justificaban las intervenciones policiales y las redadas. Esto motivó a los movimientos sociales y a las ONGs a ocupar un “papel central en desafiar las normas existentes y en abrir nuevos espacios institucionales que [promovieran] la ampliación y el fortalecimiento de la ciudadanía” (op. cit., p. 105). Por lo tanto, en esos años de reinstauración democrática en el Estado, las iniciativas para ampliar los derechos de las minorías sexuales y de las mujeres surgieron, paradójicamente, de actores sociales no estatales, quienes lograron poner sus demandas en la agenda de democratización.

Como resultado, se observa un cambio en la orientación de los grupos de homosexuales entre las décadas de los setenta y los ochenta: mientras que en los setenta estos grupos reivindicaban la *transgresión*, en los ochenta se centraron más en el discurso de la *integración*

ciudadana (Figari y Ponce, 1999; Felitti, 2006; Theumer, 2017). Varios autores también coincidieron al señalar que durante los años de post-dictadura las demandas de los grupos LGBTTTQ tomaron el tono más liberal de los DD.HH., tendencia que continuó durante los noventa (Bellucci y Rapisardi, 1999; Rapisardi, 2008; Moreno, 2008). Este cambio llevó a un desplazamiento gradual desde los términos universalistas propuestos por organizaciones de derechos humanos hacia un lenguaje cada vez más centrado en “sujetos”, “individuos” e “identidades”. Dicha transición se profundizó durante los años noventa, donde el reemplazo del concepto de “derechos humanos” por el de “derechos civiles” implicó un cambio en el enfoque de la acción. Ya no se buscaban alianzas exclusivas con los movimientos de izquierda ni se operaba principalmente a través de pequeños grupos de acción política y sexual que actuaban a través del lobby, sino que las demandas de derechos se empezaron a expresar en el ámbito político institucionalizado y a través de procedimientos judiciales. En general, estas acciones legales resultaron favorables para quienes las presentaban, ya que el principio de “no discriminación” se convirtió a fines de los ochenta en una norma de lo políticamente correcto (Pecheny, 2001).

Es importante tener en cuenta que la crisis del VIH/SIDA aceleró el diálogo público en torno a lo que previamente se consideraba un asunto privado en relación a la sexualidad, así como el “debate sobre el estatus legal y la cobertura social de las parejas no casadas y homosexuales” (Pecheny, 2005, p. 150). Los primeros casos del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) se documentaron en Buenos Aires en los años iniciales de la década de 1980. En ese momento, las empresas privadas y las organizaciones no gubernamentales se convirtieron en los principales actores en la atención de esta enfermedad ya que el Estado estaba achicándose, mientras que el sector privado, por el contrario, experimentaba un notable crecimiento en la prestación de servicios de salud y otros servicios considerados lucrativos (Petracci et al., 1998).

Por otro lado, en los ochenta Argentina se unió a cierto proceso de globalización mundial que incluía la incorporación de “nuevos modos de participación de los movimientos de diversidad sexual a escala mundial”, quienes colocaron el debate sobre las *identidades* en el escenario político (Bellucci, 2010, p. 63). Un ejemplo de esto fue la adopción en Argentina de la conmemoración del 28 de junio como el Día Internacional de la Liberación Gay y la celebración de las Marchas del Orgullo Gay Lésbico. Además, ganó relevancia el término “orgullo” (en inglés,

“pride”) que reemplazó al término “dignidad” que se usaba previamente para referirse al día de conmemoración de la revuelta de Stonewall.

En relación al movimiento feminista, también se fueron configurando nuevos espacios de convivencia, espacios nacionales e internacionales “de articulación y enfrentamiento entre movimientos sociales, actores políticos, empresariales, religiosos y el Estado” (Wigdor y König, 2019, p. 62). Como sostuvo la antropóloga argentina Laura Masson (2007), la ampliación del movimiento de mujeres trajo aparejada la inclusión de nuevos temas a su agenda, aunque no necesariamente eran analizados desde perspectivas feministas, como se ve, por ejemplo, con los temas relacionados al liderazgo o la equidad de género que eran muy populares en los temarios propuestos por las financiadoras internacionales. Estas nuevas dinámicas en el movimiento de mujeres y en el movimiento LGBTTTQ intensificaron una controversia que reflejaba perspectivas divergentes, tanto en relación a los actores involucrados como a las prioridades y los significados asociados a conceptos como justicia, ciudadanía y derechos, entre otros. Estos debates pueden resumirse en la coexistencia de dos enfoques que otorgaron caras opuestas a los movimientos sociales de las décadas de los noventa y los dos mil, lo cual ejerció una influencia significativa en el activismo feminista y lésbico.

Estas dos tendencias, que se conocen como *autonomista* e *institucionalista*, tienen genealogías marcadas por diferentes eventos, si bien a su interior fueron heterogéneas y lograron articular también posiciones intermedias. En relación a la corriente institucionalista, Wigdor y König (2019) argumentan que el terrorismo de Estado de las décadas anteriores a los ochenta llevó a los grupos feministas existentes a reestructurarse para poder seguir funcionando. Esto resultó, según los autores, en una orientación menos política, centrándose más en aspectos tecnocráticos y académicos, así como en la colaboración con organizaciones no gubernamentales. Temas como el empoderamiento, el cupo femenino, la equidad de género, la representación equitativa, la salud reproductiva y la pobreza se incorporaron en esta corriente, alineándose con programas internacionales específicos y con los plazos establecidos por las agendas institucionales. La búsqueda “de financiamiento y [la] conquista formal de espacios estatales para políticas de género”, así como la participación en agencias de cooperación internacional marcaron fuertemente la impronta política de la corriente institucionalista, cuya función principal a nivel

internacional fue la de hacer *lobby* y *advocacy* para la ampliación de derechos³⁴ (op. cit., p. 65). Por otro lado, las feministas autónomas luchaban por mantener su independencia frente a los lineamientos decididos por organismos gubernamentales e internacionales que tenían, según ellas, un proyecto capitalista, patriarcal y racista, el cual querían imponer a los movimientos sociales a través de los financiamientos que les otorgaban (Gargallo, 2004; Fischer, 2005; Bedregal, 2011; Falquet, 2014). La corriente autónoma sostenía que el institucionalismo despolitizaba la práctica feminista generando espacios tecnocráticos y verticalistas de deliberación, y encontraron en el reemplazo gradual de la palabra “feminismo” por “género” una muestra de esa despolitización (Falquet, 2014, p. 55). Además, criticaban la insuficiencia de los fondos otorgados a proyectos feministas y a grupos de mujeres para generar transformaciones estructurales, lo que llevaba a la conclusión de que las financiadoras legitimaban el sistema existente.

En Argentina, las tendencias autonomistas e institucionalistas convivieron, articulándose de forma no homogénea en torno a la agenda estatal y a la agenda propuesta por el activismo. Hubo actores que en principio se dirigieron al Estado desde grupos autónomos y luego lo hicieron desde partidos políticos, canales institucionales, organizaciones corporativas u ONGs. Un ejemplo de esto es el movimiento por los Derechos Humanos, cuyo discurso fue “apropiado por vastos sectores de la sociedad y no [quedó] restringido o reducido a grupos de militantes y activistas” (Jelin, 1994, p. 102). En el movimiento de mujeres y feministas, algunas voces denunciaron la transición hacia la institucionalización como una pérdida de la autonomía original del movimiento.

Además, es importante recordar que el regreso a la democracia inauguró un nuevo capítulo para las mujeres ya que el gobierno alfonsinista adhirió a la “Década de la Mujer” proclamada por la ONU en 1975, pero que, debido a la dictadura, no había podido ser (Alma y Lorenzo, 2009). En efecto, el 8 de marzo de 1984 se celebró por primera vez en Buenos Aires el acto público por el Día de la Mujer Trabajadora, y a partir de entonces la celebración se volvió anual. Otros logros del movimiento de mujeres en los ochenta y noventa respecto al

³⁴ Como señala en su trabajo de investigación Graciela Di Marco (2010), más de la mitad de las organizaciones de mujeres registradas surgieron en los noventa y, a su vez, la mitad de éstas se encontraban localizadas en la capital del país y en la provincia de Buenos Aires. En su mayoría, estas organizaciones declaraban abordar temas sobre “las mujeres, la niñez, la juventud y la ancianidad. Muy pocas [declararon] que trabajan por la equidad de género. Estas cifras hablan de una progresiva y tardía *ongeización* de las organizaciones feministas en nuestro país, comparado con Brasil y México, por ejemplo, donde este proceso comenzó en los ochenta” (p. 53-54).

reconocimiento y ampliación de derechos fueron: la aprobación en 1985 de la Convención sobre la Eliminación de todas formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW); la Patria Potestad Compartida (1985) y el Divorcio Vincular (1987); la Ley de Cuota Mínima de Participación de Mujeres o “ley de cupos” (1991) –cuya aplicación en el Senado se retrasó hasta el 2001–; la ley de Protección contra la Violencia Familiar (1994); la incorporación en la Constitución Nacional de 1994 de los tratados y convenciones sobre DD.HH.; la modificación del Código Penal en 1995 (Ley 24.453) que derogó el delito de adulterio; la aprobación en 1998 del Plan para la Igualdad de Oportunidades entre varones y mujeres en el Mundo Laboral, entre otras.

Otro hito importante del periodo (1982-2000) fue el nacimiento de los Estudios de Género en las universidades argentinas que amplió los conocimientos sobre la H/historia de las mujeres y generaron corpus teóricos para reflexionar sobre el propio movimiento³⁵. Los Encuentros Nacionales de Mujeres, que indican como resonadores aquellos temas que son de actualidad, plasmaron este cambio y así vemos, por ejemplo, que en el Encuentro de Mendoza de 1988 se autoconvocó por primera vez a un taller denominado “Red de investigadoras feministas” (Alma y Lorenzo, 2009). La academización, junto a la onegeización e institucionalización de los feminismos lograron “autorizar” a las voces de las mujeres que por entonces empezaron a ocupar importantes cargos de gestión. La convivencia de los discursos feministas más políticos y movilizantes con otros de formato técnico fue una característica de esos años, pero que continua hasta la actualidad (Lozano Rubello, 2019; Ciriza y Rodríguez Agüero, 2021; Vazquez Laba y Perez Tort, 2021).

2.2.1 Los ochenta: ensayos, revistas, talleres, encuentros y espacios de sociabilización para lesbianas

Con la vuelta de la democracia el activismo lésbico apareció tímidamente en escena, mostrando un trazo particular que lo distinguió respecto de la política feminista y gay, imprimiéndole su especificidad a las dinámicas de intervención pública, así como otros matices y tiempos a la visibilidad y a la salida del clóset. Por un lado, la tarea activista de la visibilización presentó dificultades particulares para las lesbianas. Algunas de ellas eran madres y los jueces de familia amenazaban con arrebatarles la custodia de sus hijos debido a su orientación sexual (cabe

³⁵ Para conocer un listado riguroso de las cátedras, programas e Institutos de Género y de Estudios de la Mujer en las universidades argentinas que nacieron en aquella época, consultar el libro *Feministas en todas partes* de Laura Masson (2007).

recordar que la Ley de Patria Potestad compartida no fue promulgada hasta 1985). Además, al ser mujeres, afrontaban trabajos más precarios y temían perderlos por discriminación. Por si fuera poco, no siempre eran incluidas en las actividades de los grupos de varones gays y algunas feministas las acusaban de perjudicar la imagen del movimiento de mujeres (como contaron en la entrevista Adriana Carrasco, Silvia Palumbo y María Luisa Peralta).

Este último punto implicó para los grupos lésbicos que nacieron en este periodo una doble problemática. Por un lado, algunas activistas encontraron tensión en su identidad al ser nombradas como “mujeres homosexuales” dentro de las asociaciones mixtas LGBTTTQ, lo que generó una sensación de exclusión. Por otro lado, también señalaron la falta de visibilidad que enfrentaban en las organizaciones feministas que no reivindicaban sus demandas y que, además, las forzaban a mantenerse en el clóset. Como señala la investigadora Norma Mogrovejo (2021), paradójicamente, las lesbianas que formaban parte de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), cuya identidad primordial no era feminista, no tuvieron conflictos en salir del closet ya que la visibilidad pública era una parte constitutiva de ese activismo. En este mismo sentido, el libro *No soy bombero...* sugiere que en los años setenta, algunas feministas no mostraban simpatía por las lesbianas debido a su apariencia masculina que, supuestamente, reflejaba roles y patrones patriarcales (Sardá y Hernando, 2020, p. 240).

No obstante, basándome en los testimonios y las entrevistas realizadas, sugiero que la reticencia hacia la inclusión de las lesbianas no estaba relacionada con su adopción de una estética masculina o “patriarcal” a ojos de las feministas, sino que rechazaban explícitamente la “estética lesbiana” que no era otra cosa que su identidad. Además, se temía que las lesbianas representaran un riesgo a los objetivos que el movimiento de mujeres se había planteado durante el retorno a la democracia. Estos objetivos se centraban en aumentar la afiliación femenina para lograr una expansión del movimiento y, en este sentido, las lesbianas eran consideradas como “píantavotos”. Delia Agüero, una de las “feministas históricas” que gestaron al Encuentro Nacional de Mujeres, sugirió en una entrevista que uno de los objetivos centrales que tenían las feministas de aquella

época era “desterrar el mito de que ser feminista era ser gay. Había también mujeres lesbianas, pero no eran todas” (Entrevista en Maffia et al., 2011, p. 38)³⁶.

Según Catalina Trebisacce en su estudio sobre el movimiento de mujeres en los setenta, en esa época “el feminismo era concebido como un proyecto total, por oposición a la militancia homosexual que era considerada una reivindicación parcial” (2013, p. 220). Es decir, el objeto de deseo era, a los ojos de las feministas, irrelevante frente a la transformación estructural del sistema que proponían. En contra de esa corriente, durante los ochenta, las lesbianas feministas argumentaron que el lesbianismo debía ser uno de los principales proyectos políticos del feminismo para así desnaturalizar las relaciones de opresión patriarcales y generar alianzas, en primer lugar, entre las mujeres. El lesbianismo era, en este sentido, el proyecto total del feminismo. Esto fue planteado al interior del movimiento como “lesbianismo político”, aunque lo cierto es que la adopción de tal identidad por parte de las feministas heterosexuales fue minoritaria. El concepto de “lesbianismo político” surgió en los años ochenta a partir de la lectura del ensayo *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana* (1980) de Adrienne Rich, con el que se refiere a un posicionamiento político mantenido por mujeres feministas, independientemente de su orientación sexual. Esta posición implicaba la resistencia contra un modo de vida impuesto, la desnaturalización del acceso de los hombres al cuerpo de las mujeres, la desarticulación de tabúes en torno a la sexualidad lésbica y la crítica al patriarcado y la maternidad como instituciones (y no como naturalezas). Esta pelea al interior del feminismo por el reconocimiento de las lesbianas continuó durante muchos años más.

Como señaló la investigadora Mabel Bellucci (2010), hasta ese momento en Argentina las lesbianas habían encontrado cuatro formas diferentes de lucha: “1) El ingreso a los espacios constituidos por gays; 2) la integración a las primeras agrupaciones feministas; 3) la constitución de sus propias agrupaciones, que llevó a una incipiente corriente lésbica; 4) la doble militancia” (p. 136). Al respecto, sugiero que mientras que las dos primeras formas de ingreso de las lesbianas al activismo referirían más bien al periodo previo a los ochenta, las últimas dos son más propias del activismo lésbico de la reinstauración democrática (si bien es importante destacar que estas

³⁶ La tesis doctoral de Catalina Trebisacce (2013) también recogió testimonios como este, a partir de las voces de ex integrantes de la UFA como Rosa Dubois, Carla Costa, Sara Torres o Cecilia Galmarini, quienes refieren al contexto feminista en los setenta y las dificultades que presentaba para las lesbianas.

categorías no son rígidas). Además, en relación con la primera forma de lucha, me gustaría añadir un matiz: el activismo lésbico que surgió en los años ochenta no necesariamente compartió la perspectiva de integración y asimilación de los grupos homosexuales, quienes buscaban principalmente la inclusión ciudadana a través de la obtención de derechos, en lugar de desafiar los modelos patriarcales y heterocéntricos establecidos. En cambio, el activismo lésbico se insertó en una tradición política más afín al Frente de Liberación Homosexual y al feminismo radical. Su enfoque iba más allá de la búsqueda de no discriminación y derechos para las lesbianas; planteaba una visión más amplia que consideraba al lesbianismo como una forma de subjetividad política.

Según lo aportado por el trabajo de Florencia Gemetro (2011), hacia el final de los ochenta el término “lesbiana” comenzó a ganar terreno entre las activistas locales como una estrategia política de autodeterminación, reemplazando a la expresión “mujer gay” o simplemente “feminista”. También algunas de mis entrevistadas, como Adriana Carrasco y mariam pessah, agregaron que identificarse como “lesbiana” implicaba una subjetivación política en la que el afecto desempeñaba un papel central como fundamento de lo político. El deseo no se limitaba únicamente a las relaciones entre mujeres, sino que abarcaba otras formas de construir comunidad y cuestionaba la dicotomía de roles sexuales y estereotipos promovida por la cultura dominante.

En este sentido, es importante destacar que a partir de los ochenta se observó el surgimiento de los primeros grupos lésbicos autónomos. Como lo explicó la activista e investigadora Amalia Fischer (2014), esta noción de “autonomía” se centraba en la necesidad de establecer espacios separados dentro del movimiento feminista, especialmente en lo que respecta a la toma de decisiones relacionadas con los derechos y las demandas de las lesbianas. Esta exigencia planteaba un desafío significativo al feminismo heterosexual, que debía comprometerse de manera efectiva en la lucha contra la lesbofobia latente en el movimiento. La noción de autonomía también se extendía hacia la separación de espacios mixtos compartidos con varones gays, a quienes se acusó, en ocasiones, de tener comportamientos patriarcales y de gozar de más privilegios que las lesbianas. Sin embargo, en esos años convivieron los espacios “separatistas” con otros grupos que abogaban por el reconocimiento y apoyo de sus demandas como lesbianas por parte de otros colectivos, como el de Derechos Humanos, mientras ellas

recíprocamente respaldaban esas otras luchas promoviendo la interseccionalidad, en lugar de la separación.

Otra concepción de la “autonomía” que creció en la región latinoamericana durante los ochenta y noventa fue la relativa al programa internacional de desarrollo propuesto por la agenda neoliberal global. Un tema controversial de este periodo fue la transición y la convivencia de dos corrientes de activismo: una, basada en principios de organización autogestiva y horizontal que fue propia de los años sesenta y setenta; y otra que emergió hacia fines de los ochenta de la mano del financiamiento proveniente de organismos internacionales. Aunque estas corrientes ganaron influencia en el movimiento feminista y lésbico regional, particularmente desde la segunda edición del Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de 1983, la disputa entre ellas no se convirtió en un tema central en los colectivos lésbicos que analizo en el contexto argentino. Entre estos grupos locales, el que quizás adoptó más fielmente el reclamo de la corriente feminista autónoma fue la Asociación de Trabajo y Estudios sobre la Mujer-25 de noviembre, más conocida como ATEM. Esto se debió a que sus integrantes estaban comprometidas en la organización de los encuentros feministas de América Latina y el Caribe donde la financiación desempeñaba un papel central³⁷.

No obstante, es cierto que la cuestión de la financiación de los proyectos colectivos de lesbianas aparece una y otra vez a lo largo de mis años de estudio como un núcleo problemático y una fuente de tensión dentro del activismo. Para comprender completamente este fenómeno en Argentina es crucial distinguir entre los fondos de cooperación internacional de instituciones como el FMI, el Banco Mundial o la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), criticados por la corriente autónoma lésbica en América Latina por intentar imponer condiciones y lineamientos a los movimientos sociales, y los Fondos de Mujeres. Estos últimos, como MamaCash, The Global Fund for Women, Cebemo, Funding Exchange y el Fondo Internacional de Astraea, no son entidades financiadoras convencionales porque surgieron dentro

³⁷ Como relató la activista e investigadora Amalia Fischer (2005), en 1994 el grupo ATEM cumplió un papel fundamental en la organización de lo que se llamó la “Paralela a la Pre-conferencia de Beijing” que se realizó en Mar del Plata. El objetivo de tal encuentro era debatir críticamente sobre las condiciones de participación de los feminismos latinoamericanos que había propuesto la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), y sobre cómo esto afectaba a las mujeres y al movimiento (debido a la burocratización y tecnocracia crecientes).

del propio movimiento feminista en América del Norte, Europa y América Latina, como señala Fischer (2005). En Argentina, estas financiadoras apoyaron proyectos feministas y colectivos lésbicos en los noventa y en los años dos mil. El respaldo económico que daban permitió a muchos grupos (que serán abordados en la tesis) crear sus propios medios de comunicación alternativos, como revistas, volantes y programas de radio. También les brindó la posibilidad de alquilar espacios para organizar encuentros tanto regulares como eventos únicos. Con el tiempo, les facilitó la adquisición de computadoras, el acceso a Internet y fomentó la participación y organización de diversos encuentros feministas a nivel local y regional, entre otras iniciativas. Es decir, la financiación de proyectos activistas no se tradujo en todos los casos en una institucionalización del movimiento lésbico, por lo que me parece importante empezar a distinguir el autonomismo del institucionalismo en términos ideológicos, y analizar el financiamiento como un tercer factor que aportó a ambas corrientes. Estas diferencias irán apareciendo a lo largo del trabajo en casos concretos y a partir de las voces de las activistas entrevistadas.

Volviendo al incipiente activismo lésbico de los ochenta, me interesa destacar que este también se interesó por las dinámicas de dominación en el plano simbólico y cultural. Al movimiento que giraba hacia una cierta conciencia política, colectiva e identitaria contribuyó mucho el trabajo de traducción y circulación de textos provenientes del norte global que abordaban el tema del lesbianismo y de la sexualidad, como: *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista* (1970) de Shulamith Firestone; *La mujer clitorica y la mujer vaginal* (1971) de Carla Lonzi; *Lesbianism and the Women's Movement* (1975) de Charlotte Bunch; *Usos de lo erótico* (1978) de Audre Lorde; *Lesbian Origins* (1978) de Susan Cavin; *El pensamiento heterosexual* (1978) de Monique Wittig; *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana* (1980) de Adrienne Rich; *La herejía lesbiana: Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana* (1993) de Sheila Jeffreys, entre otros. Como sostuvo Trebisacce (2013), los materiales teóricos no tenían el objetivo de revelar una realidad oculta a la conciencia de los sujetos, como proponían las organizaciones de izquierda, sino que la teoría feminista de cierto modo celebraba “la orfandad teórico-programática en pos de la posibilidad de empezar de cero y desde la propia experiencia” (p. 131).

A esta corriente se sumó la producción local de conocimientos, así como la divulgación de discursos no-heteronormativos y la promoción de acciones afirmativamente lesbianas. En

Argentina, Hilda Rais, Adriana Carrasco, Ilse Fuskova, Ana Rubiolo, Josefina Quesada, Safina Newbery, entre muchas otras, empezaron a escribir sobre lesbianismo desde la propia experiencia, al tiempo que tradujeron y divulgaron muchos ensayos y teoría. Además, el regreso de la democracia en 1983, y con esta, de miles de exiliados y exiliadas que traían “lecturas y experiencias nuevas vinculadas a los feminismos, los movimientos de solidaridad y denuncia”, generó un destape político que volvió central la necesidad de recuperar el espacio público, así como de *aggiornar* las agendas culturales que catalizaban las fuertes expectativas sociales por el inicio de una nueva etapa institucional (Alma y Lorenzo, 2009, p. 78). En la literatura, como señaló Laura Arnés (2016), aparecieron expresiones de estos sentidos nuevos que daban cuenta de “un cambio de paradigma en relación con la sexualidad de las mujeres, reformulan lo erótico y los modos de representación del deseo y del cuerpo femenino” (p. 246). Se publicaron libros como *Lo impenetrable* (1984) de Griselda Gambaro, *Pasajes* (1984) y *Madam* (1988) de Mirta Rosenberg, *Canon de Alcoba* (1988) de Tununa Mercado, *En breve cárcel* (1988) de Sylvia Molloy, *Eroica* (1988) de Diana Bellessi, *La prueba* (1992) de César Aira, *El affair Skeffington* (1992) de María Moreno, entre otros, que presentaban narrativas lésbicas con sentidos alternativos y deseantes frente a lo estipulado por la moral de la época.

En los primeros años de los ochenta surgieron una serie de proyectos culturales y editoriales con una impronta antidictatorial y de vanguardia feminista que tuvieron un desarrollo interesante a lo largo de los años. Un claro ejemplo es la revista de la escritora y periodista bisexual María Moreno, *Alfonsina, primer periódico para mujeres*³⁸, nacida en 1983 y que fue capaz de conjugar el feminismo con el espíritu de la transición democrática. Si bien tuvo una corta duración logró instalar sentidos nuevos respecto a “lo femenino”, desafiando las formas estereotipadas de comparecer que tenían las mujeres en los medios de comunicación hasta ese momento. La impronta de María Moreno era clara: la revista prefería el humor y los dobles sentidos a la linealidad, la paradoja a las afirmaciones axiomáticas, los juegos del lenguaje al chato relato

³⁸ El nombre de la revista tenía una doble referencia: por un lado, al recientemente electo presidente Raúl Alfonsín, con lo que las editoras se mostraban cómplices, de cierto modo, con la democracia y el triunfo electoral. Por otro lado, está la figura de la poeta Alfonsina Storni, a quien recogen como “transgresora, apasionada, involucrada en la política de su tiempo a través del periodismo, ubicándola quizá por primera vez en la tradición feminista de nuestro país” (Torricella, 2020, p. 113). Para conocer más en profundidad sobre la revista *Alfonsina*, los CEL y otros proyectos editoriales feministas sugiero leer la tesis doctoral de Paula Torricella (2020): *Feminismos de papel Continuidades y transformaciones en las revistas feministas argentinas posteriores a 1970*.

explicativo. Algunos de sus colaboradores, “aliades” de las lesbianas y del movimiento LGBTTTQ fueron Néstor Perlongher –bajo el seudónimo Rosa L. de Grossman–, Sara Facio y Alicia D’ Amico. En 1984, el tercer número de la revista *Alfonsina* publicó la nota *Amar a otra mujer*, y ese mismo año, en el octavo número salió la nota *Feminismo y Lesbianismo*. Cabe destacar que ambos textos recibieron duras críticas de parte de las feministas que enviaron cartas enojadas a la revista acusándola de perjudicar la cara del movimiento.

Las revistas con temáticas lésbicas y feministas desempeñaron un papel de gran relevancia en el movimiento activista ya que dieron origen a una comunidad de lectoras que, en lugar de mantenerse pasivas, comenzaron a enriquecer el debate público en torno a las “cuestiones de género”. Estas revistas no solo aceptaban, sino que en muchos casos alentaban la contribución de material por parte del público, lo que llevó a que las lectoras se convirtieran en autoras, aumentando así el número de voces feministas y lesbianas que se atrevían a compartir sus experiencias en primera persona. Además, como destacó la investigadora argentina Paula Torricella, las revistas tuvieron una función política para nada despreciable: contribuyeron al trabajo de visibilización de las lesbianas. En palabras de esta autora:

Una revista en papel permite la lectura en ámbitos públicos y funciona como herramienta para la *visibilización*. No sólo revela cierto compromiso político en el momento de ser leída, cuando se la sostiene en un bar o cuando se la guarda en algún lugar dentro de la propia casa. Sino también en el momento de hacerla y ponerla en circulación (pensemos en la cantidad de personas involucradas en el proceso de redacción, edición, impresión, distribución y promoción de la misma). (2020, p. 7-8)

En resumen, las revistas actuaron como herramientas políticas poderosas al fomentar debates sobre temas que pugnaban por salir del plano de la “intimidad” y alentaron la reflexión en ámbitos públicos. Los fanzines, libros y revistas de este tipo, al ser objetos de contenido “controvertido” para la época, enfrentaban a quienes los sostenían en el espacio público a las miradas prejuiciosas de los transeúntes.

a. Asociación de Trabajo y Estudios sobre la Mujer-25 de noviembre

En 1982 se creó en la ciudad de Buenos Aires la Asociación de Trabajo y Estudios sobre la Mujer-25 de noviembre (ATEM), que estuvo integrada en gran parte por “mujeres que en la década anterior se encontraban asociadas a agrupaciones de izquierda” y que por esos años adscribían a la lucha del movimiento de Derechos Humanos (Trebisacce, 2018, p. 80). Su nombre

hacía referencia a un acuerdo tomado en el Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de 1981 acerca de nombrar al 25 de noviembre como el día contra la violencia hacia las mujeres. Algunas de sus fundadoras fueron Adriana Rofman, Nélida Koifman, Hesperia Berenguer, Nélida Luna, Magui Bellotti y Marta Fontenla³⁹ –las últimas dos fueron fundamentales por el apoyo que prestaron a las lesbianas que se sumaron a ATEM.

El grupo ATEM logró “impulsar el movimiento local propiciando la difusión de las distintas corrientes del feminismo internacional” (ídem), especialmente a través de la realización de Jornadas Feministas y de la publicación de la revista *Brujas* (1983-2013). A través de esta publicación se dieron a conocer textos esenciales para las lesbianas porteñas, como *La teoría lesbiana feminista* y *No solamente para lesbianas* de Charlotte Bunch (1972), y *Política sexual* de Kate Millet (1970). Como señala la investigadora Paula Torricella:

El hecho de que *Brujas* se publicara una vez por año señala que el trabajo era concebido a largo plazo. La coyuntura no se definía por la cotidianidad de la política sino por factores bastante más permanentes. No era sencillo encontrar el material adecuado para publicar en la revista, por lo que estas militantes llevaron adelante una estrategia de elaboración textual estrechamente ligada a los encuentros presenciales en los que se discutían los textos antes de su publicación. (Torricella, 2020, p. 124)

De esos encuentros presenciales nació una publicación específicamente lesbiana: los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* (en adelante, CEL), publicados entre 1987 y 1996. La idea para los CEL estuvo influenciada por el encuentro en 1985 entre Ilse Fuskova y una activista lesbiana de Madrid, Empar Pineda, durante el Tercer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Bertioga, Brasil. Según lo compartido por Adriana Carrasco en la entrevista, fue en este encuentro donde Ilse “se volvió lesbiana” y regresó con la traducción del ensayo *Heterosexualidad Obligatoria y Existencia Lesbiana* escrito por Adrienne Rich. Esta traducción había sido realizada por las editoras de la revista *Nosotras que nos queremos tanto* perteneciente al Colectivo de Lesbianas Feministas de Madrid, del cual Pineda era parte. Como escribió Tarducci:

La influencia de Empar Pineda hay que buscarla primeramente en los grupos de estudio de ATEM, que algunas de mis informantes denominan “el semillero” o “la escuelita” donde se la había leído, dentro de la discusión acerca del feminismo de la igualdad y de la diferencia, ya que la militante vascocatalana había escrito varios artículos sobre

³⁹Magui Bellotti y Marta Fontenla son abogadas y pioneras feministas en Argentina. Estuvieron entre las organizadoras del Primer Encuentro Nacional de Mujeres en 1986. Son pareja desde 1978. Actualmente tienen un activismo a favor de la abolición de la prostitución en Argentina (Maffia et al., 2011).

la problemática, uno de los cuales fue publicado de manera fragmentaria en el número 7 de la revista *Brujas* de marzo de 1985. (2014, p. 16)

Después de esa experiencia transformadora de la que Ilse volvió renovada y contagiosa de entusiasmo, junto a Adriana Carrasco y Josefina Quesada organizaron el Grupo Feminista de Denuncia en 1986. Como describió Carrasco en la entrevista:

Íbamos a la calle Lavalle, con carteles, a la salida de los cines. Llevábamos el recuento de las mujeres víctimas de violencia, de femicidios que aparecían en los diarios, por ejemplo. Estuvimos como un año haciendo ese trabajo, con consignas feministas, debatiendo con los tipos, porque ellos nos interpelaban, las mujeres no... Iban del brazo con los maridos, no abrían la boca.

Además, en 1986 convocaron al “Taller de Existencia Lesbiana” en las V Jornadas de ATEM que estuvo coordinado por Ana Rubiolo, Adriana Carrasco, Ilse Fuskova y por quien hoy es Julián García Acevedo. Allí se distribuyó una encuesta sobre atracción erótica entre mujeres, experiencias amorosas lésbicas y autoconocimiento, cuyos resultados se publicaron en el primer número de la revista *Cuadernos de Existencia Lesbiana* en 1987. Así contó Adriana Carrasco la experiencia del armado del primer número:

Hicimos una serie de preguntas y las participantes contestaron. A partir de esos textos elaboramos el primer cuaderno con los testimonios, y los fuimos a vender en plaza Congreso, en la movilización de la Multisectorial de la Mujer⁴⁰ el 8 de marzo del ‘87. Nos juntamos con un grupito, llevábamos una cintita que había hecho Elena Napolitano, que decía *Apasionadamente lesbianas*, éramos como siete...⁴¹

⁴⁰ La Multisectorial de la Mujer nació en 1983 y estuvo conformada por un grupo muy heterogéneo de mujeres: sindicalistas, amas de casa, feministas, políticas, mujeres sin afiliación partidaria, entre otras. Como sostiene el libro *Mujeres pariendo historia...* “una de las luchas que por entonces logró convocar el interés de mujeres tan diversas, fue la lucha por la reforma del régimen de patria potestad” (Maffia et al., 2011, p. 8). Una parte considerable de las integrantes de la Multisectorial se dieron la tarea de organizar en 1986 el Primer Encuentro Nacional de Mujeres, al que asistieron aproximadamente mil mujeres, reunidas en el Centro Cultural San Martín de la Ciudad de Buenos Aires.

⁴¹ Elena Napolitano fue una de las integrantes más activas y visibles del Grupo Federativo Gay (GFG). Napolitano colaboró con ensayos, historietas y poemas en varias revistas LGBTTTQ de la época, como: *Sodoma* (del Grupo de Acción Gay), *Postdata* (del Grupo Federativo Gay), *Alternativa Feminista* y *Dar la cara*. A fines de la última dictadura cívico-militar, esta activista entregó por la calle un volante titulado *Carta de persona a persona* donde hablaba, entre otras cosas, de la necesidad de armar un movimiento de liberación para las personas gays, así como del derecho a vivir libremente sin persecuciones. Era una carta informativa y de denuncia, un texto en el que una lesbiana se dirige a otra mujer. Unos años después, se sumó a los Cuadernos de Existencia Lesbiana.

Ana Rubiolo, por otro lado, era una psicóloga feminista y militante lesbiana. Además de formar parte de los CEL, fue una de las creadoras del Grupo Autogestivo de Lesbianas (GAL) y responsable de la publicación *Codo a Codo. Somos muchas más que dos*. Participó del grupo Lesbianas en Lucha (2003-2004) y de la Lesbianabanda (2004). Además, como escribieron Mabel Bellucci y Juan Queiroz en la presentación a una entrevista que le realizaron en el 2020, Ana Rubiolo había sido militante en los setenta “en la juventud peronista, principalmente en barrios populares del Gran Buenos Aires. Con la dictadura cívico-militar del 76, vivió ‘la segunda resistencia’. Al recibirse de psicóloga, comenzó a

El equipo editorial eligió el Día Internacional de La Mujer para presentar estos *Cuadernos* ante toda la sociedad y, por el contexto inmediato, ante las feministas que habían asistido al Congreso de la Nación para marchar, quienes las recibieron “muy bien y muy mal” (Fuskova, 2001, p. 66). Como explicó Ilse Fuskova:

Para algunas mujeres y varones gay fue “por fin alguien plantea el tema abiertamente”. Otras mujeres feministas nos increparon “ustedes nos van a quemar a todas”. Las integrantes de ATEM nos defendieron argumentando “si Adriana e Ilse apoyan la lucha contra la violencia familiar, se declaran a favor del aborto y los demás temas que conciernen a la mujer heterosexual, tienen derecho a plantear sus temas como lesbianas y esperar la solidaridad de sus compañeras” (...). Creo que las mujeres en general estaban tan sorprendidas por nuestra aparición pública que no encontraban argumentos para oponerse a ese lesbianismo que tenía mucho de combativo. Además, personalmente, creo que un lesbianismo “para todas las mujeres” tocaba una fibra muy sensible en muchas de ellas. (entrevista a Ilse Fuskova en Torricella, 2020 p. 143)

El tono de confrontación dirigido hacia la heterosexualidad y el sistema patriarcal junto con sus estructuras, como señala Vespucci (2015), estableció una conexión intelectual y crítica entre los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* y la postura política presente en la revista *Somos*, perteneciente al Frente de Liberación Homosexual. Los CEL tenían como objetivo presentar “el lesbianismo como una identidad sexual politizada (...), compartir experiencias afectivas y sexuales entre mujeres, fomentar la conciencia propia y lograr visibilidad” (Vespucci, 2015, p. 432). Las autoras promovían la concepción de un “nosotras” desde la perspectiva lesbofeminista, que se oponía a la “alteridad sistémica establecida por el 'patriarcado' y la 'heterosexualidad obligatoria'” (cit. op., p. 436).

Además de Carrasco, Quesada y Fuskova, otras contribuidoras a los CEL incluyeron a Ana Rubiolo, Araceli Bellotta, Julián García Acevedo, Vanessa Ragone, Safina Teresa Ortega (seudónimo de Safina Newbery), Claudina Marek, Isabel Monzón, Noemí Diez, entre otras. Aunque la producción y la difusión principal de los CEL tuvieron lugar en Buenos Aires, Carrasco y Fuskova también los llevaron a los Encuentros Nacionales de Mujeres, lo que les otorgó reconocimiento en Córdoba, Mendoza, Rosario y Mar del Plata, entre otros lugares. No obstante, el logro más destacado de este proyecto editorial fue hacer visibles a las lesbianas porteñas y

participar del movimiento antipsiquiátrico, en particular, en la cooperativa de salud mental que luego pasaría a llamarse El Bancadero, creada en primera instancia para atender de manera solidaria a las víctimas y a los afectados de la Guerra de las Malvinas” (2020b, <https://www.moleculasmalucas.com/post/codo-a-codo>).

presentar una alternativa al enfoque de los feminismos de la época, pues se posicionaron como una corriente de pensamiento renovada. Esto último se debe, además, a que las editoras de los CEL presentaban un

(...) cuidado especial en no publicar autoras que ya fueran conocidas en círculos feministas de nuestro país. Por ejemplo, no se publicaron autoras que estaban siendo difundidas por el proyecto editorial *Brujas*, así como tampoco se insistió en aquellas referencias que habían recorrido los ámbitos militantes de la década del '70 y que habían sido traducidas, por ejemplo, por la revista *Persona*. De esta manera, los Cuadernos renuevan el horizonte feminista de su tiempo, dándole centralidad a los vínculos eróticos, afectivos y políticos entre las mujeres. (Torricella, 2020, p. 145)

Algunas de las pensadoras y poetisas feministas elegidas para poner en sus páginas fueron: Adrienne Rich, Audre Lorde, Kate Millet, Charlotte Bunch, Mary Daly, Susan Cavin, Elinor Gadon, Narija Gimbutas, Monique Wittig y Sheila Collins. De los CEL salieron un total de diecisiete números que contenían –aparte de las traducciones– testimonios, ensayos de producción propia, poemas, fotografías y otras expresiones artísticas como dibujos y collages. Además:

Entre la poesía y los testimonios de las lesbianas anónimas de las calles argentinas estaban también las de escritoras visibles. Como María Moreno, que publicó sus poemas bajo el seudónimo Dolly Skeffington y la cantante Celeste Carballo que les hizo llegar la letra de una nueva canción. (Torricella, 2020, p. 147)

Esto es así porque los CEL brindaban un correo postal para que lesbianas y mujeres de todo el país pudieran contactarse con el equipo editorial, lo que les permitía a las lectoras compartir experiencias, hacer preguntas, ofrecer sugerencias y enviar poemas, en su mayoría manteniendo el anonimato. En 1991, la participación de Ilse Fuskova en el programa de Mirtha Legrand generó tal visibilidad que resultó en la llegada de cientos de cartas al CEL y en numerosos contactos directos a través del teléfono del canal de TV. Debido a esto, surgió a finales de 1991 el grupo Convocatoria Lesbiana, cuya función principal fue ayudar a Ilse a responder a las más de tres mil cartas recibidas. Posteriormente, este grupo evolucionó para convertirse en un espacio de reflexión y apoyo mutuo.

Otro acontecimiento relevante para las lesbianas dentro de las Jornadas de ATEM fue la presentación en 1984 del trabajo *Lesbianismo. Apuntes para una discusión feminista* de Hilda Rais⁴². El objetivo era interpelar al movimiento en su conjunto: a las feministas heterosexuales,

⁴² Rais fue, entre otras cosas, integrante de la UFA, del Grupo Política Sexual y del Frente de Lucha por la Mujer. Además, formó parte de la Comisión Pro Reforma de la Ley de Patria Potestad (1979-1981), fue socia fundadora de

por un lado, para que reflexionen acerca de la lesbofobia y sobre la tarea urgente de desmontar a la heterosexualidad como naturaleza; y también a aquellas “mujeres que piensan que por ser lesbianas, automáticamente son feministas y no revisan sus conductas, se acercan al feminismo como si éste fuera un club social” (Rais, 1984, s/p). En línea con el pensamiento de Monique Wittig, Rais escribió:

Consideremos a una lesbiana arquetípica –no necesariamente representativa de lo real pero sí de lo fantaseado–: es una mujer que, biológicamente capaz de reproducirse, elige no hacerlo; que no depende ni sexual, ni emocional, ni económicamente de un varón, y que tampoco produce para beneficio del mismo. Ya no se trata entonces de una conducta sexual individual perturbadora, sino de la transgresión y el desorden de un sistema. (op. cit., s/p)

El ensayo también denunciaba dos concepciones patriarcales sobre la mujer: una que reducía la sexualidad humana a la genitalidad y al coito heterosexual, y otra que definía a la mujer en su función de madre, como la expresión más esencial de la feminidad. Además, se describían tres posturas sociales ante el lesbianismo (muy conocidas desde la propia experiencia de todas aquellas lesbianas de la época): la negación, la tolerancia (como excepción) y la criminalización/patologización. Los tres casos generaban en las lesbianas sentimientos como vergüenza, temor, desprecio, silencio, desconocimiento y/o aislamiento. Esto, observaba Rais, traía como consecuencia la conformación de ghettos, una

obligada endogamia dentro de la cual, por condensación, se potencian los celos, la rivalidad, la competitividad. Sentimientos que se combinan curiosamente con cierta perdurabilidad de los vínculos: grupos constituidos por ex parejas-ex amantes, rupturas sin separaciones, separaciones con continuidad de trabajo o bienes en común. Hay una profunda escisión entre la vida pública y la privada (...) (ídem)⁴³

Lugar de Mujer (1983) y coordinadora del Grupo de Reflexión sobre Feminismo (1983-1985). Entre 1980 y 1982, junto a otras feministas que habían estado en la UFA como María Inés Aldaburu, Inés Cano y Nené Reynoso escribieron *Diario Colectivo*, un libro escrito a partir de experiencias colectivas que buscaba no individualizar la proveniencia de las diferentes historias pues el énfasis estaba puesto en el hecho de haber escrito un libro en conjunto. Como señala Arnés: “en el *continuum lesbiano* que construyen los fragmentos sin autoría individual se hace presente una voz lesbiana que, en primera persona, complejiza las relaciones entre deseo y lenguaje y pone en evidencia cómo este último significa e interpreta tanto al sexo como al género” (2016, p. 107).

⁴³ Es notoria la actualidad que posee esta observación hacia grupos o espacios de lesbianas aún hoy. Recogí varios testimonios en las entrevistas que hablan de esa endogamia, especialmente de lesbianas que viven en provincias más pequeñas. Esto será retomado en el análisis de las entrevistas del capítulo cinco.

b. Lugar de Mujer

Unos meses antes de la asunción del presidente radical en 1983 nació otro espacio fundamental que nucleó a lesbianas y feministas de la época: Lugar de Mujer. Al igual que el grupo ATEM, este nuevo espacio articuló con las agrupaciones de Derechos Humanos y, de acuerdo a la investigadora María Laura Rosa (2020) también estableció conexiones con las Madres de Plaza de Mayo y las mujeres pertenecientes a la Comunidad Homosexual Argentina (CHA). Entre sus fundadoras se encuentran María Luisa Bemberg, Sara Torres, Graciela Sikos, Inés Herkovich, María Luisa Lerer, Cristina García, Lidia Marticorena, Ana Amado, y las lesbianas Alicia D' Amico, Marta Miguelez y Sara Josefina Teresa Newbery.

Se trató de una organización en donde se llevaban adelante talleres y grupos de lectura, “mesas redondas, proyección de cine con debate y exposiciones artísticas, todas propuestas que [impactaron] sobre la producción creativa feminista” de la época (Rosa, 2020, s/p). El arte constituyó un elemento central en el enfoque de Lugar de Mujer. Según relata María Laura Rosa (2020), sus raíces están vinculadas con la contribución de varias de sus fundadoras en las *Jornadas de la Creatividad Femenina* celebradas en abril de 1983. A partir de este evento, surgió la idea de establecer un espacio dedicado exclusivamente a las mujeres. Y a las lesbianas. En el mismo año de su conformación, Ilse Fuskova hizo una exposición fotográfica titulada *El Zapallo*, que consistía en una serie de fotos de alto contenido poético y contemplativo hacia el cuerpo femenino, su erotismo y fecundidad, entrelazado con la concavidad y redondez de esa verdura carnosa, como señaló María Laura Rosa (2014, p. 52).

En Lugar de Mujer también se desarrollaban actividades recreativas, como bailes y encuentros, por lo que se puede sugerir que fue desde sus inicios un espacio de sociabilización lésbica. Además, sostuvo uno de los primeros grupos de autoconciencia organizado por dos lesbianas: Marta Miguelez e Hilda Rais. En el Cuaderno de Existencia Lesbiana N°5 (1987), Adriana Carrasco expresó en una editorial titulada *El lado oscuro de la luna* la diferencia que ella encontraba entre los grupos de reflexión de mujeres y los de lesbianas: mientras que en el primero las participantes hablaban de “lo natural”, “lo obvio”, “lo cotidiano”, las lesbianas tenían que partir de la base contraria, de “lo inexistente”, “lo negado” y “lo reprimido” (ya que la sociedad no niega que existan las mujeres, pero lo que no concibe es la existencia lesbiana).

Sara Josefina Teresa Newbery, una de las creadoras de Lugar de Mujer, fue una figura importante para el movimiento feminista y lésbico. Considerada una maestra por muchas lesbianas que trabajaron con ella, como coincidieron mariam pessah y Adriana Carrasco en la entrevista, Safina, no obstante, nunca hizo una pública salida del clóset. Su legado también se reconoció años después, como se observa en el grupo lésbico Las Safinas fundado en 2003 en Rosario, que tiene ese nombre en reconocimiento del activismo de Safina Newbery.

Esta feminista publicó como colaboradora en los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* y en *Feminaria* (bajo el seudónimo de Safina Teresa Ortega); algunos de sus artículos fueron: *Lesbianismo: rebelión a la norma opresora* (1989) y *Acerca de las relaciones de poder entre el lesbianismo y el feminismo* (1990). Además, asistió a algunas actividades del Grupo Feminista de Denuncia. Safina Newbery fue, además, la iniciadora de un activismo feminista pro-aborto con una impronta lesbiana que tuvo un papel muy importante en la historia de la legalización de aborto en Argentina. Es en esta genealogía que se inscribió veinte años después el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto⁴⁴, tal como desarrollo en el capítulo siete. En 1988, Safina junto a Dora Coledesky, Alicia Schejter, María José Rouco Pérez y Laura Bonaparte crearon la Comisión por el Derecho al Aborto, a la que al poco tiempo se le sumaron Carmen González, Susana Mayol, Zulema Palma, Silvia Coppola, Nadine Osídala y Rosa Farías, entre otras (Bellucci, 2014). Como señalaron Mines et al. (2013), esta Comisión también desempeñó un papel crucial en años posteriores. Durante la Convención Constituyente de 1994, por ejemplo, tuvieron un papel significativo al detener los esfuerzos de la facción católica que buscaba incorporar en la nueva Constitución la defensa de la vida desde la concepción. Además, en el 2001 fueron pioneras entre los grupos feministas (junto a ciertos colectivos de travestis) en acercarse a los movimientos sociales piqueteros que surgieron en ese momento debido a la crisis estructural que afectó al país (Mines et al., 2013, p. 138). Safina, además, fundó el grupo La urdimbre de Aquehua, que era parte del Movimiento Mujer-Iglesia en Argentina. La urdimbre de Aquehua era:

de orientación ecofeminista, corriente de la cual [Safina] fue una de las impulsoras y difusoras en América Latina. Esta corriente adquirió rasgos particulares en el

⁴⁴ También en España las lesbianas participaron activamente de la lucha por el aborto. Empar Pineda, entre otras, participó en la creación de la Comisión Pro-Derecho al Aborto del Estado Español.

continente basándose fundamentalmente en la revalorización de las cosmologías originarias y el énfasis en la praxis de liberación. (Potencia Tortillera, 2003, s/p)

Volviendo específicamente a Lugar de Mujer, cabe destacar que, en 1985, Adriana Carrasco y Ana Rubiolo crearon a su interior el Grupo de Reflexión de Lesbianas, que luego se llamó Grupo Autogestivo de Lesbianas (GAL) y que estuvo activo hasta 1989. Este grupo generó rechazo en Lugar de Mujer, en cuya grilla de actividades jamás figuraron oficialmente. Las tensiones con el movimiento de mujeres no eran una novedad. Para ciertas feministas, las lesbianas representaban un grupo marginal que debía mantenerse en el clóset para no afectar al movimiento de mujeres que tenía aspiraciones de crecer y fortalecerse. El 8 de marzo de 1988, el Grupo Autogestivo de Lesbianas y las integrantes de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* ingresaron a la plaza de los Dos Congresos para participar de la marcha convocada por las feministas de la Multisectorial de la Mujer, que no las recibieron de buena gana (Mogrovejo, 2021, p. 204). También hizo su aparición en esa marcha otro grupo por entonces marginado, la Comisión por el Derecho al Aborto. Según la activista Magui Bellotti: “durante años tanto el aborto voluntario como el lesbianismo, en simultáneo, fueron omitidos y silenciados de la exhibición pública por parte de las feministas heterocentradas” (Bellotti, 1999, en Bellucci y Queiroz, 2020b).

El GAL editó de forma autogestiva cinco números de la revista *Codo a codo*, y un boletín llamado *Sin candado*. Respecto a la revista, contó Ana Rubiolo que:

(...) la idea surgió de las lesbianas que veníamos de una militancia política de izquierda. Adriana y yo del peronismo de izquierda y otras chicas directamente del Partido Comunista o del troskismo. Habíamos ido a un recital de Sandra Mihanovich y Celeste Carballo con algunas de las chicas del grupo (...). Celeste, en ese momento no ocultaba su vínculo con Sandra y ambas transmitían una potencia política importante de visibilidad que nos empujó a hacer la revista. El nombre claramente lo sacamos del poema “Te quiero”, de Mario Benedetti, que cantaban Sandra y Celeste y que para nosotras remarcaba el sentido político del “codo a codo” por la calle siendo “mucho más que dos”, saliendo a la luz, haciéndonos visibles. Y la revista era nuestra manera de salir a la calle contando lo que sentíamos y lo que pensábamos. No solo queríamos transmitir un mensaje político sino también la alegría de ser libres, dejando atrás la cuestión de tener que escondernos y ocultarnos. Era la libertad y la potencia que nos daba la visibilidad. (Entrevista a Rubiolo en Bellucci y Queiroz, 2020b, s/p)

Como se expresa en este testimonio, uno de los objetivos de la revista fue constituirse en una alternativa respecto a las representaciones que los demás medios de comunicación ofrecían de las lesbianas. A diferencia de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* que, según Rubiolo,

compartían muchas experiencias personales pero no profundizaban en lo político, *Codo a codo* buscó ser un proyecto más imaginativo en este último punto (en Bellucci y Queiroz, 2020b). Ya en su primer número de 1988 incluyó una editorial sobre el tema de VIH/SIDA en la población de lesbianas. Enfocándose en la falta de visibilidad de este grupo en la discusión, la autora Araceli Bellotta denunció la carencia de información preventiva. Además, llevó a cabo una entrevista con la directora del Servicio de Inmunología del Instituto de Investigaciones de la Academia Nacional de Medicina, con el propósito de ofrecer información directa y actualizada:

Estoy harta de que se nos excluya, o más exactamente, de que no se nos tenga en cuenta, nunca, ni siquiera con temas que nos pueden afectar no sólo psicológicamente, sino físicamente. Y estoy hablando de SIDA. Cada vez que veía una nota en el diario o reportajes en televisión, me preguntaba: ¿Será posible que nadie diga nada sobre qué pasa en las relaciones sexuales entre mujeres lesbianas? ¿Corremos riesgos? ¿Podemos cuidarnos de algún modo? Pero no, hablaban de todas las posibilidades respecto de todas las especies –hasta de los monos– menos de nosotras. (Bellotta en *Codo a Codo*, N°1, p. 8)

Las diferencias en intereses políticos entre el Grupo Autogestivo de Lesbianas y el equipo de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* se reflejan también en una intervención artística que algunas integrantes del último grupo llevaron a cabo durante la epidemia del VIH/SIDA en la exposición artística *Mitominas 2: Los Mitos de la Sangre*, pero sin hacer mención a esa problemática. Esta exposición tuvo lugar también en 1988, en el Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires. La muestra, que se relacionaba con temas de violencia de género y el SIDA según la investigación de María Laura Rosa (2014), consistía en

diecinueve mesas redondas y veinticuatro talleres. Entre las primeras, tres se dedicaron a la temática del sida, dos a la violencia, tres a la sexualidad y una a la maternidad. El resto se centró en las interpretaciones míticas y literarias de la sangre. (Rosa, 2014, p. 118)

En otras palabras, la mayoría de los grupos de arte que participaron en *Mitominas 2* no tenían como objetivo abordar el tema del VIH/SIDA, a pesar de que la exposición coincidió con un aumento de casos. En particular, me interesa resaltar la serie fotográfica *S/T*, creada colaborativamente por Adriana Carrasco, Ilse Fuskova, Vanessa Ragone y Marisa Ramos. Inicialmente concebida como una performance, fue fotografiada por la cineasta Vanessa Ragone. Estas imágenes presentaban a mujeres desnudas pintándose con sangre menstrual. Adriana Carrasco, autora del texto que acompañaba la exhibición y una de las modelos en las fotos, explicó

en la entrevista que el propósito de la serie era fusionar el erotismo entre lesbianas con un aspecto menospreciado por la cultura patriarcal: la sangre menstrual. Aunque las autoras eran conscientes de la problemática del VIH/SIDA, este no era el enfoque principal de la serie, ya que en ese momento la financiación internacional en Argentina para proyectos LGBTTTQ estaba mayormente dirigida hacia el VIH/SIDA, especialmente en la comunidad gay. Con el fin de contrarrestar esa tendencia, S/T buscaba destacar el erotismo lésbico y los rituales con connotaciones míticas relacionados con la menstruación.

Lamentablemente, la serie fotográfica S/T nunca se expuso. Según lo compartido por Carrasco, fue el equipo *Mitominas 2* (conformado por mujeres lesbofóbicas y lesbianas “closeteras”) el que se opuso a mostrar esas imágenes, censurando la muestra debido a la presentación de erotismo entre mujeres.

c. Encuentro Nacional de Mujeres

A fines del 1983 se constituyó la Multisectorial de la Mujer, organización que reunió a grupos como

ATEM, Reunión de Mujeres, la Asociación Argentina de Mujeres de Carreras Jurídicas y Amas de Casa del País, entre otras. El espacio se formó como un ámbito para intercambiar ideas y canalizar acciones conjuntas que permitieran expresar las reivindicaciones de género. (Alma y Lorenzo, 2009, p. 81)

Varias de las integrantes de la Multisectorial –entre ellas, Carrasco y Fuskova– organizaron el primer Encuentro Nacional de Mujeres⁴⁵ (ENM) realizado en Buenos Aires en 1986. Un antecedente al ENM sucedió el año anterior cuando se desplegó en Nairobi la *Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer*, que cerraba la Década de la Mujer inaugurada en 1975 en México. Esta conferencia reunió

⁴⁵ Estos encuentros son muy importantes para el movimiento de mujeres y feminista en la Argentina y, desde algunos años, también para las disidencias sexuales que lograron entrar más masivamente con la lucha para renombrar el evento como Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis, Bisexuales y No Binaries. De alcance federal, la convocatoria se realiza todos los años desde 1986, cambiando la sede con el objetivo de reunir a miles de mujeres y disidencias sexuales para compartir y debatir a lo largo de tres días consecutivos sobre ejes abordados en forma de talleres. Algunos de estos talleres son recurrentes de año en año, tales como “Mujer y Trabajo”, “Sexualidad” y “Mujer y Violencias”, mientras que hay otros temas más específicos o de coyuntura que emergen y pueden o no instalarse en encuentros futuros. Como señala Tarducci (2005), las asistentes de los primeros encuentros eran en su mayoría feministas, tendencia que se revirtió notoriamente a partir del 2003 cuando ingresaron masivamente mujeres de los sectores populares, de partidos políticos, universitarias, activistas por los derechos humanos, estudiantes, mujeres de sindicatos y comedores populares, entre otras.

a un gran número de feministas, políticas, periodistas, intelectuales mujeres, militantes y representantes de ONGs. En ese espacio de discusión y deliberación se planteó la necesidad y el deseo de volverse a encontrar, pero esta vez en sus países de origen para así pensar los desafíos que concernían a las mujeres de esos territorios. Otros eventos significativos que influyeron en los ENM incluyeron los Encuentros Feministas de América Latina y el Caribe, que se celebran cada dos años desde 1981. Estos encuentros, autogestionados, autoconvocados y autofinanciados en sus inicios, se destacaron por su participación horizontal y democrática, lo cual sirvió de inspiración para los encuentros en Argentina. Además, los grupos de reflexión y autoconciencia, basados en el principio feminista de “lo personal es político”, habían establecido la práctica de compartir experiencias y expresarse en primera persona, una dinámica que también fue adoptada por los ENM (Bellotti, 2004; Maffia et al., 2011).

Desde sus inicios, los Encuentros Nacionales de Mujeres han servido como una suerte de medidor de los diversos conflictos sociales y políticos que afectan al país en general y especialmente a las mujeres y disidencias sexuales. Además, se fueron convirtiendo en usinas de pensamiento político y de generación de activismos, por lo que la discusión crítica del tema del lesbianismo no tardó en aparecer. En el ENM de 1987 en Córdoba se llevó a cabo por primera vez un taller auto-convocado sobre lesbianismo, dirigido por Ilse Fuskova. En 1988 en Mendoza tuvo lugar otro taller similar titulado “Sexualidad: heterosexualidad y lesbianismo”. Luego, en el ENM de Rosario en 1989 se incluyó un taller sobre “Heterosexualidad, Bisexualidad y Lesbianismo”. Fue recién en el ENM de 1992 en Neuquén que el taller “Mujer y lesbianismo” se estableció como una actividad anual propuesta por la Comisión Organizadora. En el ENM de 1993 en Tucumán se presentó el Frente de Lesbianas de Buenos Aires que coordinó un taller paralelo, no oficial, llamado “Taller de Lesbofobia” al que asistieron alrededor de veinte mujeres, la mayoría de ellas heterosexuales. Según el Periódico semestral N°1 del colectivo lésbico Las Lunas y Las Otras, también se desplegaron otros dos talleres:

“Taller de Sexualidad”. En su mayoría integrado por mujeres heterosexuales. Se generó un clima íntimo, de afecto y solidaridad, y se derribaron prejuicios y mitos con respecto a la sexualidad de las mujeres y de las mujeres lesbianas, que sentimos de parte del grupo, en general, interés por nuestra situación. Algunas conclusiones fueron: libre elección sexual; apropiación del propio cuerpo; cuestionamiento de la heterosexualidad como única opción sexual (...).

“Taller de Lesbianismo”. Asistieron 45 mujeres, la mayoría heterosexuales interesadas en informarse, ya que el desconocimiento de la problemática lesbiana es profundo. Se acordó que el lesbianismo es el amor entre mujeres, una elección que tiende a aceptar y respetar el propio deseo, un movimiento político de reivindicación de los derechos de las mujeres que aman a otras mujeres. En todo momento circuló dignidad, afecto, humor, respeto y emotividad.⁴⁶

Además, el Frente de Lesbianas de Buenos Aires se propuso en ese ENM hacer otras intervenciones, como “pegar stickers en los baños y en los colectivos con frases como ‘yo soy lesbiana porque me gusta y me da la gana’, ‘María ama a Marta’ y firmamos ‘las tortas’” (Entrevista a Elsi San Martín, en Mogrovejo 2021, p. 207).

Según señaló Bellotti (2004), a partir del Encuentro de 1997 en San Juan, la Iglesia Católica comenzó a intervenir en los eventos, introduciendo la defensa de la familia y su “naturaleza” heterosexual, lo que generó tensiones en los discursos relacionados con el placer, la libertad de elección sexual, el lesbianismo, la masturbación y otros temas que desde 1987 habían ganado espacio, principalmente gracias a la participación activa de lesbianas.

d. Comunidad Homosexual Argentina

En abril de 1984 nació una organización que fue fundamental para darle visibilidad al colectivo LGBTTTQ en esos años: la Comunidad Homosexual Argentina (CHA). Se trataba de una institución civil, mixta y pública que se formó a partir de una asamblea abierta convocada por la Coordinadora de Grupos Gays, quienes decidieron organizarse en contra de las numerosas razias y detenciones arbitrarias por parte de la policía que detenían a gays y travestis, especialmente. (En un contexto paralelo, en Córdoba se estableció una rama de la CHA, la cual operó hasta 1989 bajo la dirección de la CHA de Buenos Aires.)

Como sostiene el investigador Flavio Rapisardi, “esta primera CHA [organizó] su agenda bajo el lema ‘El libre ejercicio de la sexualidad es un derecho humano’, al que pretendían articular con un presupuesto: ‘los derechos humanos son indivisibles’” (2008, p. 987). La investigadora Mabel Bellucci coincide en que el enfoque de la CHA tenía un carácter ecuménico, pues “apuntaba a la defensa de los derechos humanos y de las libertades individuales” (2010, p. 51). A diferencia del tono anticapitalista y revolucionario adoptado por el Frente de Liberación Homosexual, el tono

⁴⁶ Extraído de: <http://potenciatortillera.blogspot.com/1993/03/frente-de-lesbianas-de-buenos-aires.html>

que prevalecía en la CHA era más bien reformista, pues se autodefinía como una entidad apartidaria y su financiamiento provenía de las contribuciones de sus adherentes.

Con esta organización emergió la figura central de Carlos Jáuregui, quien se convirtió en uno de los rostros prominentes del movimiento LGBTTTQ en Argentina. Dentro de la CHA, Jáuregui desarrolló una militancia sumamente activa en pro de la visibilidad abarcando todos los segmentos del colectivo, forjando alianzas con lesbianas y posteriormente con personas trans y travestis. Además, dejó una huella significativa en el Departamento de Prensa y Relaciones Institucionales de la CHA, donde implementó una política activa de participación en todos los medios de comunicación masivos. Su objetivo era difundir el discurso de los derechos sexuales en la sociedad. A partir de esto, los integrantes de la CHA participaron en radios independientes y comerciales, entrevistas televisivas, canales de noticias y programas de entretenimiento, aceptando todas las invitaciones. Dada la existencia de prejuicios y desinformación en torno a la “homosexualidad”, las entrevistas solían ser hostiles, lo que requirió el desarrollo de estrategias especiales de intervención. Contó Mónica Santino:

Teníamos algo así como “reuniones de formación internas”. Era muy interesante, nos reuníamos después de cada aparición televisiva o radial y la discutíamos, la criticábamos para adentro, desde el tono con el que se respondía hasta la ropa con la que había ido al programa... Entre todos íbamos armando el discurso, era un armado colectivo, comunitario de esas entrevistas. Como grupo, teníamos la decisión tomada de no contestar preguntas personales, porque los conductores te querían llevar a eso para correrle del eje, entonces te preguntaban si tenías novia o si eras feliz. Nosotros queríamos correrlos de eso para que se entendiera que íbamos a los medios a representar una problemática social y no a hablar de la vida personal, así como tampoco te arrogabas la representación de todos los homosexuales y lesbianas, sino que una iba a representar la opinión de una institución.

El discurso sobre los derechos sexuales promovido por la CHA los definía bajo un paradigma de derechos humanos. Por esto, esta organización entabló vínculos con diferentes organismos de Derechos Humanos con un doble propósito: en primer lugar, incluir en la agenda de ese movimiento las necesidades y demandas de la comunidad LGBTTTQ, y, en segundo lugar, ampliar la concepción misma de los Derechos Humanos para abarcar también la libre expresión de la sexualidad.

Mónica Santino: Desde la CHA, teníamos muy clara la decisión de pelear los derechos sexuales como derechos humanos. Nuestra presencia en la Plaza de Mayo con las madres, y nuestra colaboración para armar en conjunto las Marchas de la Resistencia

eran fundamentales. Cuando la CHA cumplió diez años, Hebe de Bonafini vino al acto con el pañuelo y ese gesto fue muy importante para nosotros, porque cuando empezamos a ir a las marchas por los derechos humanos con la bandera de la CHA se nos armaba un círculo vacío alrededor porque nadie quería quedar pegado con “los homosexuales”.

Si bien la CHA estaba compuesta por una mayoría de varones, en 1985 nació el grupo Mujeres de la CHA. Este grupo abrazaba la idea de unir a mujeres y hombres homosexuales en una misma lucha, evitando así adherirse a la política separatista que rechazaba la militancia mixta (Bellucci y Queiroz, 2020a). Muchas lesbianas no se sintieron representadas, pero alrededor de trece activistas mujeres se mantuvieron unidas a las CHA. Para ellas, resultaba absurdo que el separatismo⁴⁷ defendido por algunas feministas las excluyera de unirse a la lucha LGBTTTQ simplemente por incluir a los gays y a las travestis. Es por ello que, en algunos casos, optaron por autodenominarse “mujeres homosexuales” o “mujeres gays”, resaltando la alianza identitaria entre mujeres y hombres. Como ejemplo de lo anterior, María Felicitas Jaime, integrante de Mujeres de la CHA, bajo el seudónimo de “María No” llevó a cabo una entrevista en 1985 para la revista *Diferentes* con el título “Para un gay nada mejor que otro gay”. También puedo citar el testimonio de la lesbiana Marta Paz quien decía: “Soy homosexual, no nací en la isla de Lesbos” (en Bellucci y Queiroz, 2020a, s/p).

Mónica Santino contó en la entrevista que existía un gran prejuicio de parte de las feministas con respecto a las mujeres de la CHA:

Los espacios feministas decían que las mujeres de la CHA directamente no existíamos porque estábamos bajo el ala de los varones. Hay que admitir que los varones de ese tiempo eran muy machistas, la conducción de la CHA era de varones y la mayoría de las decisiones las tomaban, en ese entonces, los varones, pero pasaron un montón de

⁴⁷ El *separatismo* como práctica y posición política había ya sido materia de reflexión para las feministas norteamericanas como Charlotte Bunch, Marilyn Frye, Sarah Hoagland, Roxane Dunbar, entre otras. Algunos fundamentos políticos de esta práctica defendían la importancia de la auto-organización y el autoconocimiento entre mujeres, la creación de espacios seguros y libres de violencia y discriminación, donde la organización fuese horizontal y excluyera la hegemonía masculina en la expresión. Se argumentaba que el movimiento feminista debía centrarse en las mujeres sin desviarse ni ser interrumpido por las necesidades o problemáticas de los hombres, así como en la separación de instituciones, prácticas y hábitos de raíz patriarcal. Paralelamente al separatismo feminista, las lesbianas también optaron por establecer espacios propios para su auto-organización. Pensadoras lesbianas como Adrienne Rich (1980), Marilyn Frye (1983) y Monique Wittig (1992) exploraron en sus obras ideas relacionadas con el separatismo, aunque no siempre lo respaldaron explícitamente. Rich introdujo el concepto del “continuum lésbico”, Wittig abordó la figura de las “guerrilleras” y las lesbianas como un tercer término más allá de las categorías de género tradicionales, y analizó cómo las instituciones masculinas generan separación entre mujeres, lesbianas y hombres. Frye, además, criticó la doble moral de la sociedad estadounidense, que acusaba a las feministas de separatismo mientras ignoraba la histórica segregación de los varones en clubes, ejército, sindicatos, entre otros.

cosas que estuvieron muy buenas. (..) Por ejemplo, fue muy interesante lo que pasó en la asamblea de la CHA de 1992 para elegir autoridades, porque quedamos ocho mujeres a cargo de la comisión directiva, dos como co-directoras. Los cargos a ocupar eran doce, por lo que quedaron solo cuatro varones, revirtiendo la situación histórica desigual. (...) Por otro lado, la discusión de si éramos “lesbianas” o “mujeres homosexuales” nos cansó, la verdad, porque eran épocas en que se llevaban presa a la gente en los bares y en la calle, o se moría de VIH o la mataba la policía...no daba insistir con esa otra discusión, estábamos para otras cosas.

Entre las “otras cosas” a las que alude Santino, en la entrevista recordó tres campañas centrales que la CHA encaró de forma casi simultánea a fines de los ochenta y principios de los noventa. La primera se enfocó en obtener la personería jurídica para poder funcionar como una asociación. Esta campaña buscaba revertir un primer fallo de 1989 en el que la Inspección General de Justicia consideraba que la CHA “no contribuía al bien común” y a partir de un conjunto de “argumentos que nos describía casi como psiquiátricos, nos prohibía hacer propagandismo de la homosexualidad” (de la entrevista con Santino). La Cámara de Apelaciones avaló esta postura, alegando que “La aceptación pública o promoción legalizada de un tercer género híbrido, contraría no solamente los principios del derecho natural, sino que la moral y la pastoral católica se enfrentan con todas las corrientes que persiguen la glorificación del comportamiento homosexual” (SIGLA, s/p). Quedaba la última instancia que era recurrir al fallo de la Corte Suprema.

Les activistas de la CHA se lanzaron en una campaña para juntar firmas y adhesiones a favor de su causa; entre quienes colaboraron se encontraban las integrantes de la Comisión por el Derecho al Aborto. Además, implementaron una estrategia de lobby interesante para la cual necesitaron de apoyo internacional:

Mónica Santino: El presidente Menem, que en ese momento estaba muy interesado en construir su vínculo con EEUU, hizo varias giras en ese país. Nosotros habíamos pensado una intervención por la cual, cada vez que él daba un discurso, alguien de algún grupo gay de EEUU que estuviera presente levantaba la mano y preguntaba acerca de la personería jurídica de la CHA. Fue tal el apriete en cada lugar al que iba, porque lo hacía quedar muy mal parado, que se hartó y cuando volvió a Argentina en marzo de 1992 dio instrucciones a la Corte Suprema para que nos otorgue la personería jurídica por decreto. Fue la misma semana en que pusieron la bomba en la Embajada de Israel, el 17 de marzo. Me acuerdo que nos hicieron una entrevista en la televisión por la personería jurídica y en el estudio estaban entrevistando también a un rabino que, cuando nos vio, dijo que no podía compartir el estudio con gente como nosotros y se fue corriendo por el pasillo del canal. Ese es el contexto en que estábamos...

Una vez que la CHA consiguió la personería jurídica, según Santino, hubo una “explosión de grupos gays y lésbicos en la ciudad”.

La segunda campaña importante que motorizó la CHA se vinculaba con la problemática del VIH/SIDA. En 1987, bajo la vicepresidencia de la activista lesbiana María Teresa De Rito, la CHA lanzó la campaña “Stop-Sida” con la ayuda económica de la Organización Panamericana de la Salud. Contó Santino que una actividad muy común en la época que llevaban adelante les activistas era:

(...) ir a trabajar directamente con los compañeros internados en el Hospital Muñiz. Lo que hacíamos desde el activismo era, básicamente, poner a funcionar la rueda de la oficina de trabajo social del hospital y conseguir los expedientes de los enfermos para pedir la medicación necesaria, porque en esa época, recibir un análisis de VIH positivo era recibir un certificado de muerte. Había mucho abandono...nosotros bancamos muchas situaciones en esa época.

La lucha por el reconocimiento legal de las parejas de homosexuales y lesbianas en el contexto del aumento de casos de VIH/SIDA fue fundamental. Aunque la movilización fue activa durante varios años, no fue hasta el año 2001 que la Legislatura porteña finalmente aprobó el proyecto de ley presentado por la Comunidad Homosexual Argentina. Este proyecto proponía el reconocimiento del derecho a la unión civil de personas del mismo sexo, equiparándoles así los derechos y beneficios que la Ciudad otorgaba a las parejas casadas, entre ellos: “podrían incorporar a la pareja a la obra social, recibir una pensión, solicitar vacaciones en el mismo período, pedir créditos bancarios conjuntos y obtener el mismo trato que los esposos en caso de enfermedad del concubino/a” (Hiller, 2017, p. 157).

La tercera campaña fue contra los edictos policiales que, como ya describí, funcionaban como un resabio de la dictadura militar.

Mónica Santino: La policía tenía una división que se llamaba “moralidad”, entonces tener los calabozos llenos era una forma que tenía la comisaria de recaudar fondos. Entraban a cualquier boliche de la ciudad, prendían las luces, separaban a mujeres de varones y te llevaban con la excusa de averiguación de antecedentes. Era una especie de caza de brujas para tener presupuesto.

María Teresa de Rito cumplió un papel muy notable en este sentido, pues era a quien llamaban de madrugada las y los detenidos para que fuera a liberarlos.

Respecto al movimiento de mujeres y feministas, la CHA intentó en un principio tejer alianzas, si bien muchos de estos grupos tenían una política separatista por la cual no integraban

a los varones gays ni a las travestis, a las que acusaban de ser “varones disfrazados” (Entrevista con Mónica Santino). En 1990 se realizó en San Bernardo el V Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, a donde asistieron Mónica Santino y Rosa Delgado de las Mujeres de la CHA. Resulta llamativo que, en esa época, muchas mujeres acusaran a las integrantes de la CHA de no ser feministas y de ser más bien machistas debido a su participación en una organización que incluía a varones. Este señalamiento lesbofóbico adquiere mayor gravedad, considerando que durante el V EFLAC no se abordó la temática del lesbianismo y las propias asistentes tuvieron que organizar un taller al respecto en el garaje de un hotel, según lo mencionado por Santino.

Mónica Santino: Había toda una discusión con las feministas más grandes que decían “yo soy feminista, pero no lesbiana, términenla con el prejuicio de que todas las feministas somos lesbianas”. Había una invisibilidad muy grande, porque las lesbianas históricamente habíamos tomado todas las banderas feministas: el aborto, el divorcio, la patria potestad, el voto...pero cuando había que hablar específicamente de lesbianismo estábamos solas.

La anécdota terminó con un poco de color porque cuando regresaron de San Bernardo se convocó a una marcha desde el Congreso. Ahí estaban esperándolas Sandra Mihanovich y Celeste Carballo: “Sandra se quedó un poco más atrás, con unos anteojos negros, pero Celeste se nos acercó y nos pidió llevar ella la bandera de la CHA. Para nosotras fue un gesto inmenso, porque todas las admirábamos, eran por entonces casi la única referencia cultural lésbica” (Mónica Santino).

e. Primer Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe

Como se vio, 1986 fue un año de ebullición para el activismo lésbico en la ciudad de Buenos Aires. Además de los numerosos grupos de reflexión sobre lesbianismo que se formaron y de la salida de publicaciones como los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* y *Codo a Codo*, a nivel internacional sucedía un evento fundamental para la región. Se realizó el Primer Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe (ELFLAC) en México, que desde entonces tuvo una convocatoria fija cada tres años. A ese ELFLAC inaugural asistió Safina Newbery, quien contó su experiencia en el CEL N°5.

De la misma manera en que los Encuentros Feministas de América Latina y el Caribe contribuyeron al avance de los feminismos en la región, siendo pioneros al abordar la cuestión del lesbianismo, los ELFLAC desempeñaron un papel crucial como punto de encuentro y debate para

las lesbianas en Argentina. Estos encuentros fomentaron la creación de nuevos espacios y compromisos militantes. Dado que el feminismo es un movimiento con una perspectiva internacionalista, las influencias externas no ponen en riesgo la autenticidad de los movimientos nacionales o locales, como a veces se les ha acusado, sino que funcionan como una matriz que se nutre del diálogo, el intercambio, las traducciones, las contestaciones, los debates y pastiches⁴⁸. El mismo 1° ELFLAC es el resultado de una iniciativa que tomó el Servicio Internacional de Información Lésbica (*International Lesbian Information Service, ILIS*)⁴⁹ en 1986. Esta entidad convocó a lesbianas de todos los continentes para participar en la VIII Conferencia en Ginebra, con una asistencia aproximada de setecientas mujeres de diferentes partes del mundo. El propósito de la ILIS era establecer una red de comunicación entre activistas lesbianas de diversos países. En este congreso se planteó la idea de organizar el Primer Encuentro Lésbico Feminista de América Latina y el Caribe, al mismo tiempo que se delinearon ciertas condiciones de participación, entre las cuales se estableció que solo podrían asistir lesbianas que fueran miembros de colectivos lésbicos o lesbofeministas, y no podían participar lesbianas pertenecientes a grupos mixtos. Con esta disposición, el gobierno holandés proporcionó financiamiento para consolidar una Red Latinoamericana de activismo, la cual tuvo un impacto significativo en el desarrollo del activismo a nivel local.

⁴⁸ La investigación sobre arte y feminismo de Laura Gutiérrez (2021) también señala los tráficos entre países, especialmente, entre el movimiento lésbico de España y Argentina como fundamentales para el incipiente activismo lésbico de los ochenta. Por ejemplo, reconoció la influencia de Empar Pineda sobre el grupo que armó los *Cuadernos de Existencia lesbiana*, sobre todo su traducción del ensayo de Rich: *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*. La antropóloga argentina Laura Masson (2007) también sostuvo premisas similares sobre la relevancia de la dimensión internacional en el movimiento feminista argentino. En su investigación, el componente “internacional” abarca desde las vivencias de exiliadas hasta la realización de posgrados en el extranjero por parte de las feministas, así como el respaldo financiero proporcionado por agencias internacionales para proyectos centrados en la figura de la “mujer”, entre otros aspectos. A través de su trabajo de campo, Masson desafía la idea de una clara división entre las conexiones nacionales e internacionales que sostenían las feministas. En su lugar, argumenta a favor de considerarlas como escalas interconectadas que influyen de manera conjunta en el campo de lucha feminista en su conjunto.

⁴⁹ ILIS nació en 1980 junto al ILGA (Asociación Internacional de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex), pero ya al año siguiente, las organizaciones lesbianas que eran parte del ILGA decidieron que era necesario formar un organismo exclusivo para lesbianas. El objetivo de dicha práctica separatista era poder apoyarse entre lesbianas de diferentes países, hacer un boletín informativo internacional específicamente lésbico, y sostener conferencias anuales. A nivel de la región latinoamericana, un emprendimiento similar fue la agrupación Espacio Latinoamericano para la Publicación Lésbica, que en 1997 armó una lista de mails con aproximadamente cincuenta participantes de países como Argentina, Colombia, México, Panamá, Puerto Rico, entre otros. Su principal objetivo era generar y difundir material sobre activismo y lesbofeminismo de América Latina.

El separatismo como fundamento de un activismo lésbico que se quería autónomo y auto-organizado empezó como una tradición en la praxis de las activistas y estuvo años en el centro del debate del movimiento, especialmente en su ala feminista, porque otra fue la historia de los colectivos lésbicos nacidos dentro del activismo LGBTTTQ.

2.2.2 Los noventa: centros culturales, grupos lésbicos, revistas comerciales y marchas del orgullo

Los noventa arrancaron con mucha efervescencia: hubo un aumento en la formación de grupos lésbicos, aun mayoritariamente ubicados en la Ciudad de Buenos Aires. Algunos de ellos fueron: la Sociedad de Integración Gay Lésbica Argentina (SIGLA), que en 1992 empezó a publicar la revista *Espejo* dirigida a la comunidad LGBTTTQ; el Grupo de Reflexión Autogestiva de Lesbianas (GRAL) nacido en 1992; el Grupo de Madres Lesbianas de 1994; y el grupo Lesbianas Feministas de Buenos Aires, entre cuyas participantes se incluía Adriana Carrasco. En 1996, este último grupo publicó la revista autofinanciada *Tet-a-tet*, bajo la firma de “Lesbinistas”. Otros dos acontecimientos significativos de la década fue la realización del primer Encuentro Lésbico Feminista de América Latina y el Caribe llevado a cabo en Argentina, y el inicio de las Marchas del Orgullo en Buenos Aires.

En términos más amplios del colectivo LGBTTTQ, durante esta década se reforzó la participación activa en la política institucional, por ejemplo, para lograr la derogación de los edictos policiales, el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo y para ejercer influencia sobre los Convencionales Constituyentes encargados de la reforma constitucional de 1994, entre otras. Hubo un enfoque especial en cambiar la “Ley Electoral de la provincia de Buenos Aires que prohibía el voto a los homosexuales por razones de indignidad” que estuvo acompañado por numerosas marchas y manifestaciones (Bellucci y Rapisardi, 1999, p. 49). También en el plano legislativo, en 1996 se festejó el reconocimiento del “derecho a ser diferente” que quedó expresado en el artículo 11 de la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires, por el que venía pidiendo el colectivo LGBTTTQ desde hacía un tiempo⁵⁰.

⁵⁰ Con la transformación del estatuto de la ciudad de Buenos Aires, que pasó de ser territorio federal a ser una ciudad autónoma, se dieron cambios importantes en términos legislativos. No sólo se derogaron los edictos policiales, con lo que se impedía la detención arbitraria por parte de la policía, sino que ahora les habitantes de la ciudad elegían a jefe de gobierno y a sus legisladores. Esta relación de representación se erigía como una herramienta que acercaba la política a la población, y quienes eran elegidos como representantes tenían una responsabilidad con sus electores.

Sin embargo, a pesar de estos avances, también se encontró una resistencia considerable por parte de los sectores más conservadores en relación con la modificación de ciertas normativas. Para ilustrar esta situación, se puede observar el caso de 1997, cuando se llevó a cabo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires la campaña “Penalizar la discriminación” con el propósito de modificar el Código Penal. Previamente, en 1994, desde el activismo se habían desplegado considerables esfuerzos para que el Congreso enmendara la ley antidiscriminatoria que había estado en vigencia desde 1988. A pesar de que la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados había respaldado la propuesta, las discusiones en la Cámara fueron suspendidas debido a las elecciones nacionales de 1995 (Sardá, 1997). Todos los intentos de modificar la ley en ese año resultaron infructuosos. No fue sino hasta el año 2005 que se presentó otro proyecto, el cual obtuvo la aprobación del Senado en 2006, pero finalmente perdió su estatus parlamentario en la Cámara de Diputados en 2007. A pesar de los reiterados intentos de presentar nuevamente el proyecto con el respaldo de la CHA y la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, estos no tuvieron éxito. Finalmente, en 2015 la Ley 5.261 Antidiscriminatoria fue aprobada en CABA gracias a la iniciativa de la legisladora y activista lesbiana María Rachid.

Durante los noventa también se intensificaron los esfuerzos legislativos para abolir los edictos policiales y las normas discriminatorias. En ese período, una parte significativa del movimiento LGBTTTQ se dedicó principalmente a la lucha contra la represión. Grupos como el Área Queer, Lesbianas a la Vista o La Fulana fueron icónicos en este sentido. María Luisa Peralta, ex integrante de Lesbianas a la Vista, en la entrevista destacó el papel que cumplieron dentro de la militancia anti-represiva activistas como Carlos Jáuregui y Mónica Santino, quienes

(...) estaban siempre presentes recibiendo denuncias de la gente, llamando o yendo a comisarías. Les abogados Marcelo Feldman y Ángela Vanni (...), integrantes del servicio legal de Gays DC, dedicaban mucho de su tiempo y su capacidad profesional a atender llamados de personas LGTB detenidas por la policía, acudiendo a cualquier hora del día y de la noche a sacar gente de las comisarías. (Peralta, 2021, s/p)

A partir de los años noventa, también se observó un cambio en las representaciones de las sexualidades no-heteronormativas en los medios de comunicación. Un ejemplo notable fue la ya mencionada invitación a la activista lesbiana Ilse Fuskova en 1991 al popular programa de televisión *Almorzando con Mirtha Legrand* que se transmitía en el horario de mayor audiencia. El momento en que Fuskova hizo pública su orientación sexual generó tal impacto que el programa

fue retransmitido en respuesta a la demanda del público. La presencia de figuras como Sandra Mihanovich y Celeste Carballo⁵¹ en programas como los de Mirtha Legrand, Susana Giménez y Juan Alberto Badía, así como en entrevistas de radio, también tuvo un significativo peso. Estas apariciones contribuyeron al aumento de la visibilidad lésbica y ofrecieron un modelo positivo para las mujeres lesbianas de esa época. Asimismo, algunas integrantes del colectivo Lesbianas a la Vista participaron en el programa *Hablemos con Lía* (1999), uno de los primeros talk shows de los años noventa. La presencia de Alejandra Sardá, Bibi Lorenzano y Fabi Tron en el programa conducido por Lía Salgado generó un flujo considerable de mensajes en la contestadora de su teléfono, donde la gente buscaba más información o compartía sus experiencias personales como lesbianas que aún no habían salido del armario.

Esa estrategia de visibilidad en los medios de comunicación había sido tomada del activismo que venían llevando adelante grupos como la CHA a partir de un modelo de intervención norteamericano. Carlos Jáuregui desempeñó un papel fundamental en este proceso, como sostuve anteriormente, siendo uno de los representantes prominentes del movimiento. Él articuló dos formas de activismo: una más tradicional, proveniente de los movimientos de derechos humanos que ocupaban la calle para manifestarse, y otra más nueva que consistía en instalar sus discursos en los medios masivos. Como señalan Arnés (2016) y Noceti (2017), si bien la cobertura mediática de gays y lesbianas tenía a favor la afirmación y el arraigo de esas identidades en la construcción de sujetos políticos, también implicaba alimentar el show mediático con la conversión de las personas disidentes en *freaks* o en curiosidades del entretenimiento. Así, la multiplicación de los discursos en torno a la sexualidad no pudo “evitar el modelo de conocimiento basado en lo íntimo mediante diversas formas de autobiografía” (Arnés, 2016, p. 111).

Por último, durante esta década es notable que en el movimiento LGBTTTQ se replicó, con algunas variaciones, una discusión que unos años antes había dividido a los feminismos en dos corrientes: el *feminismo de la igualdad* y el *feminismo de la diferencia*. De manera similar, en el activismo gay y lésbico se dieron discusiones filosóficas sobre la naturaleza del individuo en

⁵¹ En 1987 las artistas Celeste Carballo y Sandra Mihanovich hicieron un dúo musical muy exitoso. Estas cantantes no ocultaron su lesbianismo y en 1990 lanzaron su álbum *Mujer contra mujer*, en cuya tapa estaba la fotografía de ellas besándose en la mejilla, sugiriendo una relación amorosa.

términos de igualdad, diferencia, diversidad y disidencia, entre otros conceptos. El discurso que abogaba por la igualdad, de corte más integracionista, se centraba en eliminar las diferencias entre géneros y orientaciones sexuales, buscando promover un enfoque “desexualizado” respecto al acceso a los derechos, a la política y a la educación, entre otras cuestiones. Por otro lado, el discurso de la *diferencia* denunciaba que el mundo en el que vivimos era masculino y heterosexista y, por lo tanto, ofrecía un modelo parcial de humanidad. Para esta segunda corriente, el feminismo y el activismo LGBTTTQ debía orientarse hacia el reconocimiento de las diferencias para incorporar y descubrir nuevos mundos, tanto materiales como simbólicos. Consideraba, además, que reflexionar sobre el lenguaje era esencial para reconstruir un orden simbólico que incorporara, en lugar de suprimir, las distintas manifestaciones de la diferencia. Dicha “retórica de la diferencia” se ve reflejada claramente en el artículo 11 de la nueva constitución de la Ciudad de Buenos Aires que, como expresé anteriormente, reconocía y garantizaba el derecho a ser diferente.

f. Las Lunas y las Otras

En 1991 nació el grupo lésbico Las Lunas y las Otras. Estaba conformado por un grupo de mujeres jóvenes que traían las preocupaciones y formas de operar de una nueva generación, como eran el separatismo y las premisas del feminismo radical. Algunas de sus integrantes fueron Silvia Palumbo, María Angélica Ciancio, Claudia Csörnyei, Alejandra Sardá, Elsi San Martín y María Pinto. Como contó Silvia Palumbo en la entrevista:

Éramos en principio un grupo de reflexión. Cuando empezamos el grupo, tuvimos la suerte de que llegaran a las Lunas mujeres más grandes que nosotras; una venía del exilio en México y ya era feminista, nos trajo material. Al año llegó otra mujer que hablaba perfecto inglés y nos traducía textos. Diana Bellessi es como la base fundante del grupo porque nosotras estábamos vinculadas con el arte. (...) En esa época no había internet, no había casi libros y eran difíciles de acceder, y Diana nos recomendaba, nos daba para leer poesía, feminismo, teoría. Nos hizo conocer a Adrienne Rich (...). Éramos mega-radicales, porque en esa época había tanta invisibilización que íbamos por todo, y eso nos trajo muchos problemas con las feministas que no querían saber nada... Como en esa época había en Buenos Aires unas ordenanzas por las que te podían meter en cana por tener manifestaciones homosexuales o por no condecir tu ropa con tu género, como se decía en esa época, entonces teníamos que poner atención en cómo nos manifestábamos nosotras, las lesbianas.

El mismo año de su conformación se sumaron a la Multisectorial de la Mujer para organizar el acto del 8 de marzo. Sin embargo, las energías y el trabajo que ellas le dedicaban a los eventos organizados por el movimiento de mujeres no fue recíproco, en parte, debido a la lesbofobia de las feministas. Silvia Palumbo contó en la entrevista la siguiente anécdota:

En los eventos feministas yo solía cantar, era mi forma de activismo. Para el 8M del '92 yo había llevado una canción que se llamaba "Tortas de miel". Cuando estoy por subir al escenario, se me acerca una de las feministas de la Multisectorial... Eran mujeres muy bravas, ásperas, que venían de la dictadura habiéndola atravesado con el cuerpo, mujeres de la izquierda... (...) Pero bueno, de lesbianismo, ni hablar. Entonces me dice: "¿qué vas a cantar?". Una canción, le digo. Y me insiste. Me subí y no le contesté y me puse a cantar. Me acuerdo que las mujeres de ATEM ponían unas caras, como diciendo: "¿por qué tenés que cantar justo esa canción?". Eso fue en el '92 o '93, no estamos hablando de cien años atrás. Y en la Ciudad de Buenos Aires, no en un pueblo perdido... Fue en el Congreso de la Nación.

Las Lunas tuvieron un papel activo en diferentes coaliciones feministas en Argentina. Participaron en el Frente Sáfico (FRESA) dentro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos que, según Tarducci, agrupaba a diversos colectivos como "Lilith, Las Lunas y las Otras, Autogestivo de Lesbianas, Cuadernos de Existencia Lesbiana", así como mujeres independientes (2014, p. 12). Además, fueron parte del Frente de Lesbianas de Buenos Aires constituido en 1993, junto al Grupo de Reflexión y Acción Lésbica (GRAL), Convocatoria Lesbiana, Mujeres de la CHA, Las Buenas Migas, el Colectivo Eros y lesbianas independientes. Este frente tenía como objetivo principal hacer frente a las detenciones y la represión llevadas a cabo en ese momento por la División de Moralidad de la Policía.

En 1992, las Lunas y las Otras organizaron su primera jornada de reflexión que funcionó al modo de un primer encuentro de lesbianas de Buenos Aires. Estas jornadas fueron tan exitosas que se siguieron realizando hasta 1997, con un total de seis encuentros. Según Norma Mogrovejo (2000), a esas jornadas concurrían lesbianas de todo el país, lo cual no se condice con los testimonios que recogí en las entrevistas, donde las activistas afirmaron que las presentes eran mayormente de la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires. Por otro lado, en 1993 las Lunas publicaron dos números de una revista que llevó el mismo nombre del grupo.

En 1995, fundaron la Casa de las Lunas como un Centro Cultural en el barrio de Boedo. Según relató Palumbo en la entrevista, este lugar representó un "espacio de lesbianas feministas, pero abierto a todas las mujeres". En este sitio, se desarrollaron diversas actividades culturales,

talleres y grupos de reflexión, además de la organización de fiestas. “Todo lo que hacíamos era para juntar dinero y autofinanciarnos porque éramos autónomas, no obedecíamos a ningún partido” (de la entrevista con Palumbo). Con los años y gracias a la organización de encuentros literarios y jornadas de reflexión, este grupo fue acumulando una valiosa colección de libros, con alrededor de trescientos ejemplares. Cuando cerraron el centro cultural en el año 2000, donaron esa biblioteca al grupo Lesbianas a la Vista, quienes más tarde lo donaron a la Casa del Encuentro.

Contó Silvia Palumbo respecto a los libros:

Nos los iban donando, muchísimos de feminismo y muy pocos de lesbofeminismo, porque no había muchas traducciones. Por eso teníamos libros en inglés, en francés, en alemán. En el medio, en 1995, las Lunas fuimos a dar unas charlas en Alemania y ahí también nos dieron muchos libros. (...) nos invitaron para hablar de la experiencia de tener una casa de lesbianas y de haber hecho las primeras jornadas de lesbianas en el país. Fuimos a contar todo eso a Hamburgo, Berlín y Bremen.

Las integrantes de las Lunas también participaron de otros encuentros internacionales. En 1992, Alejandra Sardá en representación de las Lunas y las Otras, y Mónica Santino en representación de la CHA, participaron del Primer Encuentro Sudamericano de Reflexión Lésbico-Homosexual realizado en Chile. Durante este evento, muchas lesbianas expresaron su descontento con la organización, ya que se sintieron marginadas y no escuchadas en los talleres por parte de sus compañeros homosexuales, lo cual representó, según Bellucci, una experiencia de ruptura, pero también de aprendizajes y nuevos acercamientos entre grupos (2010, p. 175). Por otro lado, cuando se cumplió el aniversario de los 25 años de Stonewall en 1994, Silvia Palumbo y Mónica Santino fueron a Nueva York a una movida de doce días que organizó la Asociación Internacional de Lesbianas, Gays, Bisexuales, Trans e Intersex (ILGA), de la cual la CHA formaba parte desde el año 1993. En esta ocasión, presentaron al frente que habían formado recientemente: el Frente de Lesbianas de la Ciudad de Buenos Aires.

g. Gays por los Derechos Civiles y las Marchas del Orgullo

En paralelo al surgimiento de las Lunas, en 1991 nació un nuevo grupo que se originó a partir de la CHA: Gays por los Derechos Civiles (Gays DC). En 1996, cambiaron su nombre a Gays & Lesbianas DC. Fue fundado por Carlos Jáuregui, Marcelo Ferreyra y Alejandro Modarelli, y funcionaba bajo una estructura horizontal con influencias del feminismo. Según Bellucci, Carlos

Jáuregui abandonó la CHA debido a su transformación de una agrupación de confederaciones a una estructura “monolítica y piramidal” (2010, p. 65).

El colectivo Gays DC adoptó las estrategias de activismo utilizadas por el movimiento gay en Estados Unidos. Para ganar visibilidad y llamar la atención de los medios, se sumaron a las coloridas y festivas marchas performativas que habían demostrado ser efectivas en ese país durante dos décadas. El 2 de julio de 1992, en colaboración con otros grupos organizaron la Primera Marcha del Orgullo Gay Lésbico en Buenos Aires bajo el lema “Libertad, igualdad, diversidad”. Su objetivo primordial era aumentar la visibilidad de estos colectivos en la sociedad, establecer un diálogo público y presionar a las autoridades para que reformaran las leyes discriminatorias. También buscaban ampliar los derechos civiles, especialmente en el contexto de la epidemia del VIH/SIDA que generaba un fuerte estigma sobre la población afectada, con consecuencias simbólicas, como la discriminación, y materiales, como el riesgo de perder el empleo.

No obstante, hasta ese momento no habían establecido una relación con el colectivo travesti y trans, situación que cambió a partir de la segunda marcha cuando Carlos Jáuregui, César Cigliutti y Marcelo Ferreyra demostraron estar abiertos a su inclusión, una actitud algo excepcional ya que muchas personas se oponían a que participaran. Bellucci señala que la inclusión de las travestis generó tensiones con algunos sectores ya que representaban una clase social más baja y tenían otras urgencias porque la marginalidad a la que la sociedad las condenaba implicaba una discriminación mayor (2010, p. 179-181).

Según el Boletín *La hora*, se contabilizaron en la primera marcha aproximadamente trescientos participantes, la mayoría provenientes del activismo gay y lésbico. Sin embargo, en la segunda, la cifra casi se triplicó con la presencia de ochocientas personas que el año anterior habían visto la cobertura de la marcha por televisión, entre ellas, muchas travestis. Realizada en 1993, la segunda marcha estuvo organizada por un frente más amplio compuesto por: “Gays DC, Eros, ICM, TU, SIGLA, Convocatoria Lesbiana, Convocatoria Gay, Grupos de Reflexión Autogestiva de Lesbianas (GRAL), Fundación Huésped, Las Lunas y las Otras, ISIS, revista *Confidencial Argentina*” (Bellucci, 2010, p. 77). Sin embargo, la “T” en la sigla del colectivo de la diversidad se añadió recién en la cuarta marcha. María Belén Correa, travesti activista y una de las creadoras de la Asociación de Travestis Argentinas (ATA) contó:

Ya teníamos nuestra asociación [ATA] en el '93 y sabíamos que se hacía la Marcha del Orgullo. Se reunían en "Contramano" pero nosotras no podíamos entrar, había un cartel en la puerta que decía "Prohibido la entrada de travestis". Y allí era la reunión de organización de la Marcha, donde asistían las agrupaciones gays y lesbianas de aquella época. Caímos sin ser invitadas, de atrevidas nomás porque todavía nadie todavía nos había invitado (...). Aparecimos en la Marcha con una cartulina que decía "Asociación" y estaba mal escrito: en el lugar de la s pusieron la c y uno de los abogados de la CHA vino a decir "Esto está mal escrito" en vez de decirnos "Qué suerte que están acá". Y fue el mismo abogado éste que se quejó porque nosotras pedíamos que nos nombren en los carteles de las Marchas. (Correa, 2015, s/p)

Durante esos primeros años noventa hubo una explosión de colectivos, como Transexuales por el Derecho a la Vida y a La Identidad (1991), Sociedad de Integración Gay-Lésbica Argentina (1992), Grupo de Investigación en Sexualidad e Interacción Social (1992), Travestis Unidas (1993) y Asociación de Travestis Argentinas (1993), entre otras. En la quinta Marcha del Orgullo (1996), la consigna destacaba las muertes de travestis a manos de la policía: "La discriminación nos condena; la policía nos mata; seguimos de pie". A partir de 1997 la marcha empezó a ser en noviembre, en conmemoración al nacimiento del grupo Nuestro Mundo y para evitar los meses de más frío que perjudicaban la condición de las personas viviendo con VIH/SIDA.

Hasta bien entrados los años dos mil, el contexto en que se realizaban las marchas era de aún mucha preocupación para quienes asistían por el temor a ser reconocidos, por lo que el uso de máscaras era una práctica habitual. Así lo cuenta en primera persona María Luisa Peralta:

Muchísima gente estaba enclosetada en sus trabajos y también en sus familias, por eso iban con máscaras. No era sólo por una cuestión de lesbofobia u homofobia internalizada, sino por cuestiones lisas y llanamente de supervivencia. Por un lado, te podías quedar sin trabajo. También había lesbianas que habían tenido hijos en relaciones heterosexuales que estaban en juicios de divorcio y podían perder los chicos. Eso, hasta fines de los noventa fue una preocupación frecuente para lesbianas con hijos, quienes aceptaban unos divorcios económicamente muy desfavorables porque los tipos las amenazaban con decir en el tribunal de familia que eran lesbianas. Por otro lado, todavía había razzias en los boliches gays, eso venía de los ochenta... Eran detenidas en los boliches y les sacaban fotos, las publicaban en los diarios con sus nombres porque era una cosa de mucho amarillismo y punitivismo mediático. La gente quedaba expuesta y perdía el laburo. Mirá, Carlos Jáuregui murió en 1996. Para su velorio, había una guardia de medios con cámaras intentando captar a quienes se acercaban, haciendo circular el morbo porque todos eran sospechosos en términos sexuales. Algunas activistas visibles, como Marcelo Ferreyra, César Cigliutti y Fabi Tron, fueron a hablar con los medios y a decirles que se corrieran, que la gente necesitaba llegar, que la gente estaba mal porque era una pérdida muy grande, que mucha gente lo conocía a Carlos personalmente y que no podían aparecer en la tele. (...) De hecho,

César empezó a ser visible a partir de la muerte de Carlos. Su familia sabía que era gay y su jefe también, pero él no podía salir en los medios porque era empleado público. Hasta ese momento, César usaba su apellido materno para las cosas del activismo, pero después de la muerte de Carlos empezó a usar su apellido, Cigliutti, y empezó a aparecer a cara descubierta. Te hablo de un tipo grande, militante, que venía de armar la CHA y uno de los organizadores de la marcha del orgullo. ¿Entendes? Y él no podía dar la cara ni el apellido en los medios masivos. Ese es el contexto en el que estábamos. Por eso la gente iba con máscaras. En las marchas pasaba eso, la gente quería ir y visibilizarse porque era una forma de expresar una pertenencia político-social-comunitaria, dado que era una comunidad fuertemente estigmatizada.

Durante la década de los noventa, además de las preocupaciones por el estigma social, el temor a las reacciones de las familias y el riesgo de perder los empleos, persistían los decretos policiales que facultaban detenciones arbitrarias contra aquellos que tenían orientaciones homosexuales o lésbicas, así como contra las travestis. Por este motivo, la jornada de la Marcha del Orgullo representaba un momento especialmente liberador para las travestis ya que les permitía moverse por la ciudad durante el día sin el temor de ser detenidas. María Luisa Peralta añade que lo más complicado era encontrar la forma de llegar y regresar de la marcha, pero una vez que llegaban al punto de encuentro, las travestis se sentían protegidas. De hecho, Peralta menciona que ellas “provocaban mucho a la policía que bloqueaba las calles. Subían a las motos de los agentes, se tomaban fotos, les decían cosas. Las desafiaban porque era su momento de revancha ya que el resto del año lo pasaban muy difícil”.

h. Lesbianas a la Vista

En 1995 nació el colectivo Lesbianas a la Vista (en adelante LV), uno de los pocos grupos del momento que articuló de forma comprometida con el colectivo travesti y trans, con los gays y con las trabajadoras sexuales. Estaba conformado por Laura Eiven, María Luisa Peralta, Fabi Tron, Bibi Lorenzano, Luciana Kerner, Mónica Pavicich, Adriana Stella, Alejandra Sardá, Chela Amadio, Mónica Santino, Sandra Saavedra, Valeria Herrera y Verónica García, entre otras. Se definían como un grupo plural y horizontal de activismo lésbico cuyo objetivo era, como expresa su nombre, hacer visible la existencia de las lesbianas en la sociedad, por lo que desarrollaban muchas actividades en el espacio público. También se involucraban en diversas áreas de lucha como la memoria, la verdad y la justicia en colaboración con organismos de Derechos Humanos. Paralelamente, buscaban incluir los derechos LGBTTTQ en la agenda de aquel movimiento, así

como lograr el reconocimiento de las lesbianas dentro del movimiento de mujeres. Asimismo, abogaban por la salud sexual y la prevención/acompañamiento en relación al VIH y militaban por recuperar la historia del propio colectivo, entre otras iniciativas. Contó Fabi Tron en la entrevista:

Lesbianas a la Vista fue para mí un poco un grupo de acción política, pero también fue una gran escuela de feminismo, de identidad, de política, de todo. (...) El punto era la visibilidad de las lesbianas como un colectivo, haciendo siempre hincapié que la visibilidad personal es otra cosa, es un proceso en el cual cada una llega hasta donde puede.

En 1997, gracias al dinero recibido de una financiadora holandesa, MamaCash, pudieron alquilar una sede y también costear las impresiones de los folletos que repartían por la calle, comprar una computadora para todo el grupo y pagar internet. Ya por esa época existían fuertes debates en torno al financiamiento para los activismos autónomos, sobre todo se criticaba a aquellos activistas que hacían “activismo rentado”. Como contó Luisa Peralta: “Había activistas que tenían un ingreso por lo que hacían, como Alejandra Sardá o Mauro Cabral, y eso estaba mal visto (...). Cobrar invalidaba el activismo, se sospechaba sobre la idoneidad, la capacidad y el resultado del trabajo”.

En la sede de Lesbianas a la Vista se articularon grupos de reflexión, se dictaron talleres, cursos de lectura y formación, pero también se organizaron fiestas, por lo que fue un punto de encuentro y sociabilización lésbico importante. Como contó Luisa Peralta, LV también le prestaba el local a otros grupos, como a la comunidad de la Iglesia Metropolitana, así como hospedaban a un grupo de jóvenes gays y lesbianas. Además, el local fue compartido con la biblioteca-archivo que tenían Alejandra Sardá y Chela Amadío desde 1995, llamada *Escrita en el Cuerpo*⁵². Este archivo fue uno de los acervos de información y teoría que más nutrió a LV en una época donde el uso de internet no estaba masificado, la producción local era poca y aquella de proveniencia internacional llegaba con dificultad y en otros idiomas. Dicho archivo conservó:

(...) historias de las lesbianas y bisexuales, haciendo acopio de materiales personales, registro de reuniones y encuentros, volantes, y también una recopilación muy valiosa de historia oral. (...) Fue también una biblioteca con libros y revistas llegados desde otros países, muchos de ellos en inglés y que fueron traducidos como parte de la tarea militante, facilitando la circulación de ideas y debates a través de fronteras geográficas

⁵² Dentro de la genealogía intertextual lésbica que se teje en este trabajo, encuentro —a modo de hipótesis— que *Escrita en el Cuerpo* podría ser una alusión a la novela de 1992 de la escritora lesbiana inglesa Jeanette Winterson, titulada *Escrito en el cuerpo*, y caracterizada por una voz narradora que entra y sale constantemente de la puerta giratoria del género, pues la autora es ambigua respecto a su identidad: ¿varón?, ¿mujer?, ¿lesbiana?

y lingüísticas. Y fue también un boletín que se nutría de informaciones de todo el mundo, recibidas en las viejas listas de correo electrónico (...) mucho antes de que alguien soñara siquiera con las redes sociales. En esa época donde los movimientos LGTB locales dependían mucho de las alianzas internacionales, donde todavía el papel era el vehículo de difusión masiva, el boletín de *Escrita en el cuerpo* recibía, traducía y difundía informaciones de todo el mundo que llegaban a grupos y publicaciones de toda la región latinoamericana” (CeDinCi, 2018).

El boletín *Escrita en el cuerpo* tuvo once números entre 1995 y 1996. En el N° 3, las directoras del proyecto escribieron: “recibimos todos los aportes que nos quieran acercar: cartas personales, recortes de diarios, literatura, voces grabadas, fotos, artículos y todo lo que se les ocurra que no debe caer en el olvido” (*Escrita en el cuerpo*, 1995, p. 1). Con ese archivo, que tangencialmente se convirtió en un proyecto de LV como colectivo, creció fuertemente el trabajo de generar y conservar historias lésbicas.

Dentro de los temas pioneros que LV incorporó en el movimiento lesbofeminista de esa época se incluyen: la cuestión de la bisexualidad, impulsada por la revelación personal de Sardá sobre la suya propia, lo cual dio origen a un grupo de reflexión destinado a mujeres bisexuales que se inició en 1997 y suscitó considerables críticas; y la colaboración en iniciativas conjuntas con entidades que se ocupaban del VIH/SIDA. Desde sus inicios, LV asistió a las exhibiciones que hacía el “Proyecto Nombres Argentina”⁵³ y ayudaba con la difusión de esa intervención activista por la que se conmemoraba con mantas bordadas a las y los muertos por VIH/SIDA –bordando una propia para rememorar a una asistente de los grupos de reflexión y cuya manta se incorporó al proyecto en 1998. Además, tenían grupos de reflexión específicos para este tema. Como sostiene la historiadora Natalia Cocciarini (2022), el núcleo activista de LV se mantenía informado sobre los debates políticos en torno al VIH/SIDA, los asuntos legislativos, el estado de los tratamientos médicos, así como las conversaciones teóricas dentro del activismo debido a su interacción con otras organizaciones, pero también gracias a sus relaciones personales y afectivas con gays y travestis.

⁵³ El Proyecto original nació en Estados Unidos, en 1988. Jorge Luis Giacosa y Carlos Blanco, miembros de la Fundación SIDA – Visión Alternativa, viajaron a conocer esa experiencia y a encontrarse con organizaciones que abordaran el tema. A su regreso, trajeron “un libro sobre la historia del Proyecto Nombres y el VHS con el registro de esa ceremonia, (...) hablaron del proyecto con Alejandro Salazar, por entonces presidente de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA)” y el 1° de diciembre de 1991 (Día Mundial de la Lucha contra el SIDA establecido por la ONU) llevaron “a cabo la primera exhibición de las mantas del Proyecto Nombres Argentina en Parque Lezama” (Cocciarini, 2022, s/p).

El compromiso de LV con la problemática del VIH/SIDA estuvo acompañado de un activismo por el reconocimiento del derecho a la salud sexual, la difusión de información y la concientización. En 1998 lanzaron la “Campaña de Prevención en Salud para Lesbianas” que constaba de un tríptico donde explicaban qué era y cómo prevenir el cáncer cervical, y dos fanzines sobre Enfermedades de Transmisión Sexual y cáncer de mama. Además, en 1999 María Luisa Peralta publicó un artículo titulado *Lesbianas y VIH/SIDA. Un lugar intermedio entre la indiferencia y la paranoia* en la Revista *NX*⁵⁴, donde denunciaba que había muy pocos estudios realizados sobre el contagio de VIH en lesbianas, retomando aquel reclamo que ya había sido expresado más de diez años atrás en la revista *Codo a Codo*.

El feminismo no acompañó de buena gana la militancia que Lesbianas a la Vista llevaba adelante con varones maricas cis, trans y travestis, resistiéndose, además, a nombrarlas como lesbianas. En el año 2000, LV sacó un comunicado para el Día de la Mujer titulado “8M, poco para festejar”, denunciando la lesbofobia de las feministas y haciendo explícitas las discrepancias que surgieron dentro del grupo organizador del acto. Desde una posición wittigiana, explicaron por qué no se consideraban mujeres y por qué su situación era difícil dentro del movimiento feminista y LGBTTTQ:

El feminismo ha sido sin dudas necesario, indispensable, para las lesbianas. Sin embargo, con la misma certeza podemos decir que no ha sido suficiente para nosotras. Lo mismo podemos decir de los movimientos de liberación de gays, lesbianas, bisexuales, transgéneros y transexuales. Hemos participado de ambos movimientos, hemos tomado ideas, principios y modos de acción de ambos movimientos y también de muchos otros y hemos hecho aportes novedosos, provenientes de la singularidad que encarnamos y vivimos. Lamentablemente, no podemos decir que hayamos tenido

⁵⁴ *NEXO/NX* fue una revista paradigmática del mundo gay publicada entre 1993 y el 2001 bajo la consigna: *Periodismo Gay Para Todos*. Era parte de Nexo, una Asociación Civil sin fines de lucro creada en 1992 y que obtuvo su personería jurídica en 1996. La mayoría de sus tapas eran fotografías hedonistas de hombres musculosos semidesnudos posando para los ojos voyeristas, aunque también hubo algunas tapas más militantes donde aparecían “gays, lesbianas, travestis, transexuales: Carlos Jáuregui, Ilse Fuskova, Lohana Berkins, Kenny de Micheli... Se articulaban y anudaban las luchas, se recuperaba una genealogía cultural y se hacía hablar también a los muertos” (Melo, 2012, s/p). Publicaba notas culturales y otras más frívolas, había reportajes a famosos y una sección de humor. También tenía una agenda “con imágenes de hombres totalmente desnudos, avisos referidos al mundo sexual y avisos de contacto para encuentros sexuales o amorosos entre hombres” (ídem). Desde su primer número incluye el Dossier *NX(+)* –*NX Positivo*– “con información actualizada sobre el VIH, medios de prevención y cuidado, lugares de consulta y atención, entre otras, y con una campaña sostenida en contra de la discriminación y generando lazos de solidaridad entre infectados y entre sanos e infectados. Educación sexual integral avant la lettre. Esta publicación generó un mercado aparte de tanta difusión que llegó a ser requerida y distribuida entre programas provinciales de sida y ONG especializadas en temas de diversidades sexuales y VIH, y en algunos hospitales” (ídem). Extraído de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2334-2012-02-24.html>

en Argentina un movimiento de lesbianas porque no logramos reunirnos, como lesbianas independientes o participantes de grupos, en números importantes y de manera sostenida en el tiempo, para reflexionar sobre temas y realidades exclusivos de las lesbianas, para generar nuestro propio orden de necesidades y prioridades y a partir de esto articular con otros movimientos. Feminismo no es lo mismo que lesbianismo, lesbianismo no es sinónimo de feminismo. (Lesbianas a la Vista)

El grupo se disolvió en el 2001 como consecuencia de la crisis económica y social que afectó al conjunto de la población y que golpeó fuertemente a los activismos. María Luisa Peralta lo contó así en la entrevista:

Lesbianas a la Vista arrancó en agosto del '95. En el camino fuimos viendo cómo cambiaba el posicionamiento de las que pasaban por los grupos de reflexión. En un momento todo funcionaba en un departamento que compartían Alejandra Sardá, Moni Pavichich y Mónica García en el barrio de Once. (...) En un momento conseguimos un local en la calle Perú y Cochabamba de San Telmo. Ahí teníamos las reuniones, muchos grupos de reflexión, grupos de estudio, cine-debates, fiestas. (...) Por ese entonces circulaban como cincuenta o sesenta lesbianas, aunque las activistas fuéramos diez, pero había una cosa más comunitaria lésbica, parecido a lo que yo había visto en las Lunas y las Otras. La gente sostenía los lugares comunitarios: ayudaban a acomodar, a limpiar, daban ayuda económica (...). Pero con el tiempo se fue instalando esa subjetividad neoliberal, empezaron a ser consumidoras, clientas. Fue triste, nos resultó muy duro. (...) En un momento dijimos basta. Nos sosteníamos, además, con dinero de afuera, entonces el uno a uno nos arruinó. (...) Ya habían cerrado las Lunas un poco antes, en San Telmo había un bar de tortas donde cantaban algunas, pero todo fue cerrando. (...) La crisis y la subjetividad neoliberal iban juntas. Era muy difícil sostener todos los espacios, había precarización de la vida, todo se fue haciendo más complicado de sostener. Intentamos seguir juntándonos un tiempito más, a leer y discutir en bares, pero fue difícil porque estábamos en medio de la crisis, de la represión...

i. Lesbianas en la Resistencia

Entre 1995 y 1997 funcionó el grupo Lesbianas en la Resistencia (en adelante, LR), en un escenario en el que la resistencia era necesaria no sólo para enfrentar la complicada coyuntura económica del país, caracterizada por la flexibilización laboral, elevadas tasas de desempleo, congelamiento de salarios y procesos de privatización, entre otros aspectos, sino también para fortalecer a los movimientos sociales que vieron a sus luchas vapuleadas por las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Mientras que las agrupaciones gays se aliaban con organismos de DD.HH. para que estos tomaran sus reclamos y así se ampliara ese frente de lucha, LR hizo propio el reclamo de memoria, verdad y justicia realizando intervenciones político-artísticas en las

Marchas de la Resistencia convocadas por las Madres de Plaza de Mayo en la ciudad de Buenos Aires⁵⁵ (Gutiérrez y flores, 2017). Como sostienen Gutiérrez y flores (2017), el caso de Lesbianas en la Resistencia se sumó a un movimiento más amplio de grupos artísticos “vinculados a los DD.HH. que intervinieron en el espacio público articulando arte y política”, como HIJOS, el Grupo de Arte Callejero y Etcétera (p. 67).

El colectivo estaba conformado por cuatro lesbianas que traían sus luchas unidas a un recorrido de derechos humanos: Claudia Krist, Mónica Pavicich, Mónica Santino y Gabriela Sosti. El nexo entre la visibilidad lésbica y los DD.HH. se hizo cuerpo de forma notoria en Gabriela Sosti, quien muchos años después fue fiscal en los Juicios de lesa humanidad. Por otro lado, Mónica Santino, en calidad de miembro de la CHA había mantenido vínculos con las Madres de Plaza de Mayo y, en años posteriores, desempeñó un papel fundamental al impulsar el fútbol femenino en la Villa 31, contribuyendo así a la construcción de un activismo feminista interseccional. Como sostuvo Mónica Santino: “Teníamos muchas coincidencias en cuál era la forma de visibilizarnos, o dónde nos sentíamos más cómodas. El decir solamente ‘soy lesbiana’ no era suficiente; era muy importante, pero había que agregarle todo ese contexto” (op. cit., p. 68). Gabriela Sosti agrega que el grupo sostuvo muchas charlas políticas “no solamente de lo que significaba ser lesbiana en Buenos Aires en los noventa, sino de lo que significaba ser argentina en esos momentos” (ídem).

El cruce entre sexualidad y DD.HH. quedó bien expresado en un texto que escribieron para la publicación periódica de las Madres de Plaza de Mayo en 1997:

Al igual que las Madres, lesbianas y homosexuales evidenciamos a través de nuestro accionar militante todo aquello que el poder y los gobiernos de turno se empeñan en tapar. Nuestra visibilidad activa, instrumento vital de nuestra lucha, ejercida ocupando el espacio legítimo del pueblo que es la Plaza de Mayo, ha servido para demostrar que la lucha es una sola. La sexualidad, así como la salud y la educación, es un derecho humano que en tantos años de represión ha sido pisoteado y condenado. No es en vano que el derecho al uso del propio cuerpo y el placer de una población sean controlados. Así también es más fácil, silenciar, vigilar y castigar. (Manifiesto citado en Gutiérrez y flores, 2017, p. 64)

⁵⁵Las Marchas de la Resistencia fueron una herramienta de lucha creada por las Madres, que consistía en marchar un día entero en Plaza de Mayo. La primera se realizó en 1981, aún en plena dictadura militar. En el año 2006, ya se habían realizado veinticinco de estas marchas. En ese año se suspendieron al considerar que “el enemigo no estaba más en la Casa Rosada”, en reconocimiento al gobierno de Néstor Kirchner. El 10 de diciembre de 2015, durante el primer día de gobierno de Mauricio Macri, se volvió a convocar a la marcha. Fuente: <https://madres.org/index.php/la-marcha-de-la-resistencia/>

La política de la visibilidad tal como la proponía este grupo buscaba que la presencia de las lesbianas atravesara y fuera atravesada por otros movimientos, y el punto en común para transversalizar esa demanda fue lo artístico, elemento que aparece de forma recurrente en la historia del activismo lésbico en Argentina. Algunas de las intervenciones que realizó Lesbianas en la Resistencia fueron obras plásticas, como “El inodoro. Caguemos a la dictadura” y “El Monstruo. Ridiculizar al fascismo”, todas “instalaciones de gran tamaño realizadas en contextos de manifestaciones que, en particular, criticaban las políticas del gobierno menemista” (Gutiérrez, 2021, p. 106). Una de sus intervenciones más famosas fue “La cárcel”. Contó en la entrevista Mónica Santino que:

hicimos unos muñecos con las caras de los milicos. Nos fuimos entusiasmando, entonces primero fue la cara, después toda la cabeza, después el cuerpo, y terminamos armando una cárcel entera. Arrastramos esa cárcel desde el Congreso a la Casa Rosada con un montón de compañeras más, la mayoría eran lesbianas de Lesbianas a la Vista o de otros colectivos.

24 de marzo de 1976

NI OLVIDO NI PERDON A EVACUAR LA REPRESION

**BAÑO DE LAS FFAA.
SIEMPRE AL FONDO
Y A LA DERECHA
ABIERTO LAS 24 HRS**

**A 20 AÑOS DEL GOLPE
CAGUEMOS A LA DICTADURA**

Lesbianas en la resistencia

16 MARCHA DE LA RESISTENCIA 4 Y 5 DE DICIEMBRE 1996 YA BASTA Si la preferencia sexual fuera una cuestión privada, no tendríamos víctimas

ERICA VIDELA, asesinada (Mendoza - 1993)

MONICA, Muerta a palos (Chile - 1984)

RITA Y MARLY, muertas a golpes por sus familiares
(Brasil - 1983)

GIOVANNA, violada por una patota por "hacerse el
machito" (Ecuador - 1993)

MONICA SALAS, docente dejada cesante (Rosario - 1995)

G., obligada a abandonar la Universidad por maltrato
de sus compañeros (Mendoza - 1992)

SUSANA FERNANDEZ Y MARIANELA ARNAUD, pareja,
detenidas por robo, separadas desde el momento de su
detención y hostigadas específicamente por haber
declarado ser lesbianas (Uruguay - 1994)

T., detenida por la policía por estar en un bar de
lesbianas (Buenos Aires - 1995)

X., X., X., ... que viven mintiendo para no figurar
en esta lista.

El prejuicio nace de la ignorancia.

Y el prejuicio mata.

No queremos seguir siendo víctimas de su ignorancia.

Edúquese y eduque a quienes la/o rodean en el
respeto hacia todas las formas de ser humanas y
humanos.



LESBIANAS A LA VISTA
Te: 307:6656



Archivo y Biblioteca Lésbica
Te: 581-0179
E-Mail: ales@wamani.apc.org

Como advierten Gutiérrez y flores (2017), fue interesante en aquella época la elección de recursos efímeros, desechables y reciclables como vehículos para desplegar intervenciones estéticas en el espacio público, lo cual se halla en sintonía con la práctica autogestiva que caracterizó al activismo lésbico de aquellos años. Encontré que en 1999 otros grupos como Lesbianas a la Vista y La Fulana también convocaron a participar de la 19° Marcha de la Resistencia. No hay que olvidar que el movimiento por los derechos humanos fue una vía de entrada al activismo para muchas lesbianas y la reivindicación del libre ejercicio de la sexualidad como un derecho se convirtió en una causa muy activa para grupos como la CHA o Gays DC.

Las autoras también señalan cierto desinterés de la militancia política clásica hacia el activismo artístico, desestimando su valor político. Esta observación resulta muy interesante, considerando que el activismo lésbico buscó desde sus inicios formas de hacer política que lo diferenciara de las lógicas tradicionales de los partidos políticos –práctica que continuó durante los dos mil con colectivos como Mujeres Públicas, Fugitivas del Desierto, Cero en Conducta, Ultravioletas y Malas como las Arañas, entre otros. El arte, lo teatral y performativo también eran puntos nodales de las Marchas del Orgullo, por lo que sugiero que el aporte cultural y estético de estos grupos a las formas de intervenir públicamente es quizás su mayor apuesta política.

j. Frente de Lesbianas de Buenos Aires

Como sostuve anteriormente, en 1993 nació el Frente de Lesbianas de Buenos Aires, integrado por el Grupo de Reflexión y Acción Lésbica (GRAL), Convocatoria Lesbiana, Mujeres de la CHA, Las Buenas Migas, el Colectivo Eros y otras lesbianas independientes. Este frente tenía como objetivo principal resistir a las detenciones y la represión llevadas a cabo en ese momento por la División de Moralidad de la Policía. Además, se destacaron por elaborar un informe que abordaba la situación del movimiento de mujeres, el feminismo y el lesbianismo en Argentina, titulado *Historia, Situación Socioeconómica, Participación Política*⁵⁶, y por su contribución a la visibilidad lésbica en el Encuentro Nacional de Mujeres de Tucumán en 1993.

⁵⁶ Según Gutiérrez, dicho informe “contenía una breve historia y reseña cronológica del activismo lésbico y LGBTTT y hacía una descripción de las áreas trabajadas y los espacios en los que incidieron las propuestas lésbicas. Se referían a la violencia, la situación socioeconómica, la participación política de las lesbianas y el activismo, destacando la lucha contra los edictos policiales y la persecución policial. Por último, se describían una serie de propuestas para disminuir los efectos de la discriminación contra las mujeres lesbianas (sic), a la vez que diseñar estrategias para combatir la

En 1995, este Frente convocó al IV Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe en Chapadmalal, del 7 al 9 de abril. El evento fue realizado con respaldo financiero de organizaciones como MamaCash, The Global Fund for Women, Cebemo y Funding Exchange. Además, contribuciones personales se sumaron a los fondos recaudados mediante rifas previas al Encuentro. Es interesante señalar que la divulgación y la invitación fueron llevadas a cabo con precaución: carteles con el nombre del evento eran colocados discretamente en baños de bares lésbicos, omitiendo detalles sobre la ubicación y las organizadoras debido a la persistente amenaza de la práctica de averiguación de antecedentes que todavía se usaba para extorsionar y perseguir a la comunidad LGBTTTQ. Contó Natalia Bolcatto en la entrevista:

Yo era parte del colectivo Arco Iris (Rosario), pero estaba justo en Buenos Aires buscando revistas lésbicas en la casa de las Lunas y las Otras, y ahí me enteré que se iba a hacer este encuentro. Era todo de boca en boca, secreto, así nos decían. Es más, nos llevaron en colectivo a Chapadmalal, pero yo creo no sabíamos a dónde íbamos exactamente. En los talleres había de todo, se discutía mucho feminismo, había talleres vivenciales, pero también de discusión política. Me arrepentí de no haber ido a un taller de fotografía que daba Sara Facio, con desnudos, me dio vergüenza y no fui. (...) Hicimos fútbol, hubo espectáculos, actividades recreativas, convivimos varios días.

Asistieron lesbianas independientes y otras que formaban parte de diferentes colectivos como Movilh (Chile), Mujeres Creando (Bolivia), El Closet de Sor Juana (México), Um Outro Olhar (Brasil), Grupo de Madres Lesbianas, Las Lunas y las Otras y ATEM (Argentina), entre otros. Algunos talleres que se hicieron en ese Encuentro fueron: “Visibilidad”, “Enfermedades de transmisión sexual” y “Dar el cuerpo o dar la cara” que consistió en un estudio fotográfico abierto destinado a parejas lesbianas.

Una semana después del ELFLAC, en la ciudad de Buenos Aires –más precisamente el 15 de abril de 1995– se hizo la última razzia policial a un boliche de lesbianas llamado *Boicot*. Como respuesta, el Frente de Lesbianas de Buenos Aires armó un folleto titulado *Qué hacer si te detienen. Hacé valer tus derechos*, donde se explicaba el procedimiento policial, lo que los oficiales no podían hacer y qué derechos tenía le detenide, entre otras cuestiones importantes. Según Peralta (2021), las activistas repartían dicho volante en bares LGBTTTQ. Además, el 12 de octubre de ese año:

lesbofobia, mediante la producción de material educativo básico sobre los mitos y prejuicios acerca del lesbianismo” (2021, p. 103).

Se convocó una marcha contra la violencia policial, y el volante donde se instaba a repudiar las razias, las coimas, la prepotencia, el patoterismo, la tortura física y psicológica y el gatillo fácil estaba firmado por organismos de derechos humanos, organizaciones estudiantiles, sindicales, el Frente de Lesbianas, Gays DC, ATA, la CHA y AMAR. (Peralta, 2021, s/p)

Sucede que la violencia policial afectaba a muchos sectores, por lo que la alianza era fundamental para ampliar la concepción acerca de las formas de habitabilidad del espacio público. María Luisa Peralta, además, contó en la entrevista acerca de un grupo-alianza que se llamaba *Vecinos y vecinas por la convivencia* con el que trabajaron fuertemente en la derogación de los edictos policiales. Dicha alianza estaba compuesta por feministas, por las trabajadoras sexuales nucleadas en AMMAR, les abogades de niños en situación de calle, les activistas de Derechos Humanos, las organizaciones de vendedores ambulantes, estudiantes y algunas lesbianas y bisexuales.

k. Encuentro Nacional LGTTB, el Boletín *La hora* y la revista *Las Iguanas*

En 1995 la revista *NX* convocó a una reunión en el bar Tasmania para gays, lesbianas, transgéneros y travestis, con el objetivo de conocerse. De ese primer intercambio surgió la idea de realizar el Primer Encuentro LGTTB, llevado a cabo en 1996 en la ciudad de Rosario bajo la organización del colectivo Arco Iris. Según el Boletín *La hora*, en vísperas de Semana Santa llegaron a esa ciudad alrededor de ciento cincuenta personas provenientes de “Córdoba, Rio Negro, Neuquén, Salta, Santa Fe, Provincia de Buenos Aires y Capital Federal. También asistieron representantes de los grupos Lambda, Corporación Chilena de Prevención del SIDA y PAFAL (Padres, Familiares y Amigos de Lesbianas y Homosexuales), de Chile” (N°1, p. 2). Algunos de los talleres que se realizaron fueron: “Diversidad genérica dentro de la Comunidad”, “Viviendo con VIH/SIDA”, “Madres Lesbianas y Padres Gays”, “Represión policial contra travestis” y “Erotismo y militancia”, entre otros.

A partir de ese encuentro se empezó a publicar el Boletín *La hora*⁵⁷, que fue una herramienta de difusión de todas las actividades del movimiento LGTTTQ de Argentina. El primer número del boletín expresa que su objetivo era, precisamente, “mejorar los canales de comunicación entre el interior y Buenos Aires” (N°1, p. 2). El segundo boletín profundiza sobre

⁵⁷ Disponibles es: <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/la-hora/>

sus alcances: “Tenemos la esperanza de que nuestros lectores y lectoras, al enterarse de actividades que no aparecen en ningún medio periodístico o que son tratadas desde una óptica heterosexual, participen de una cultura, un movimiento” (N°2, p. 1). Salieron un total de veintitrés números con una tirada de ocho mil ejemplares de distribución gratuita que contaron con la colaboración de Carlos Jáuregui, Lohana Berkins, Karina Urbina, Alejandra Sardá, María Rachid, Diana Mines, así como del grupo Lesbianas a la Vista, Amenaza Lésbica y Revista *NX*, entre otros. Ese proyecto editorial duró hasta 1998.

En 1997 se llevó a cabo el segundo Encuentro Nacional de Lesbianas, Gays, Travestis, Transexuales y Bisexuales en Salta. La elección de este lugar tuvo como objetivo desafiar el silencio que rodeaba el tema de la sexualidad en una provincia conocida por su conservadurismo. Según un editorial del grupo Escrita en el Cuerpo (publicado en su Servicio Electrónico de Noticias):

(...) pocos días antes de nuestra llegada, un periódico conservador de la ciudad publicó un artículo denunciando la supuesta invasión de personas consideradas pervertidas, mientras que grupos pro-familia y cristianos amenazaban con formar una cadena humana para impedirnos entrar al hotel que habíamos reservado. (La hora, 1997, N°10)

Sin embargo, nada de lo anunciado en el periódico llegó a materializarse, aunque sí logró sembrar miedo entre les asistentes. La sociedad salteña demostró respeto hacia aquellos que llegaron de diferentes partes del país, aproximadamente unos cincuenta activistas, según el boletín *La hora*. A medida que transcurría el Encuentro en un ambiente tranquilo, el último día, la presencia de personas de la comunidad LGBTTTQ local duplicó el número de asistentes provenientes de Buenos Aires. Ese año se realizó la primera marcha del orgullo en Salta, con una convocatoria espontánea producto de una revuelta producida en un bar salteño que no dejó entrar a las travestis locales, pero sí a las porteñas. En este segundo encuentro se consensuaron algunos puntos clave para lo que será el devenir del movimiento LGBTTTQ: celebrar el Día del Orgullo en todo el país el primero de noviembre en conmemoración al grupo Nuestro Mundo; festejar el día de las travestis y transexuales en la fecha en la que por primera vez un grupo de personas trans se levantó por sus derechos en época de dictadura; y realizar una campaña nacional por una Ley Antidiscriminatoria (La hora, 1997, N°10).

En 1998 se hizo el tercer Encuentro GLTTB en Córdoba, donde se acordó la rotación anual de las identidades que conforman la sigla y se sacó la palabra “nacional” para eliminar las fronteras de participación. Según una nota de César Cigliutti publicada en el boletín *La hora* (N°20), a este

encuentro asistieron personas de más provincias, como Tucumán, Chaco, La Rioja, Comodoro Rivadavia y Corrientes, así como de los países vecinos Uruguay y Chile. Durante el encuentro se decidió rebautizarlo y esta edición se conoció como “Pocha”, “Marcela” y “Marión”, en homenaje a tres travestis víctimas de la violencia institucional y policial en 1997.

A partir de este último encuentro, nació un grupo de activismo lésbico, bisexual y transgénero en la ciudad de Córdoba, llamado Las Iguanas. Gracias al apoyo financiero de Lesbianas a la Vista, el colectivo cordobés publicó dos números de una revista que llevaba el mismo nombre. La primera editorial de la revista *Las Iguanas* dejaba traslucir el contexto de la época marcado por el silencio, la censura y el ocultamiento. Empezaba con una presentación: “Aquí vamos... Esta es nuestra primera publicación y con un poco de miedo, pero con muchas ganas de conocer a las chicas de Córdoba nos presentamos: LAS IGUANAS” (Revista Las Iguanas, N°1). El primer número también incluía: información sobre VIH/SIDA y uso de preservativos; un relato testimonial de una persona que convivía con el virus y otro testimonio de una persona transgénero; la invitación a una “Gay Pride Night”; un discurso leído en la sexta Marcha del Orgullo LGBTTTQ de Buenos Aires sobre “mujeres bisexuales”; una nota titulada *Todo lo que usted creyó saber sobre las lesbianas...y no era cierto*, elaborado por Alejandra Sardá y Chela Amadío; el anuncio de que Las Iguanas estaban construyendo un archivo-biblioteca con material sobre lesbianismo, salud y DD.HH.; fragmentos de una carta de amor, entre otros.

A lo largo de los años, la revista fue publicando un directorio con los contactos y, en algunos casos, los domicilios de otras organizaciones gay-lésbicas del país, como fueron: el colectivo Rosas del desierto y Asociación-Redes, de Mendoza; Acercándonos, de San Juan; Puente-Asociación por la Defensa de las Personas Discriminadas, de Santa Fe; la Comunidad Homosexual, de Jujuy; Grupo Solidaridad, de la ciudad de Santa Fe; colectivo AMANCAY, de Viedma; el Grupo Bai Ben, de Lobos. Sobre estos espacios no encontré ningún otro dato.

I. Amenaza Lésbica, Musas de Papel y La Fulana

En 1996, en el territorio de lo que era la Capital Federal nacieron dos nuevos grupos: Amenaza Lésbica y Musas de Papel, integrado por las mismas personas, pero cada grupo con objetivos muy diferentes. Respecto al primero, una de sus integrantes, María Rachid, contó en la entrevista:

(...) éramos muy jóvenes y lo que pretendíamos era que otras organizaciones tomaran nuestras demandas. Habíamos comprado redoblantes, bombos, cosas para manifestarnos, habíamos hecho una vaquita y actividades para recaudar fondos, y hacíamos banderas. Por ejemplo, íbamos a la marcha de jubilados (en ese momento se reunían todos los miércoles) e íbamos con un cartel que decía “Jubiladas lesbianas”. Era gracioso porque todas teníamos veintipico de años... Imagínate los noventa, había marchas todo el tiempo; íbamos con nuestros carteles que decían: “Maestras lesbianas”, “Piqueteras lesbianas”, etc. Siempre íbamos con la consigna de esa organización que se reunía, y agregábamos “lesbianas” porque íbamos a visibilizarnos. Eso significó entablar vínculos con muchas organizaciones sociales y marcó mucho a La Fulana [organización que nace poco después]. Como éramos muy jóvenes, las que se acercaban a Amenaza Lésbica eran lesbianas que tenían problemas de discriminación en sus familias que las echaban...tenían problemas habitacionales, digamos.

Según se desprende del relato, Amenaza Lésbica compartía tanto el enfoque interseccional como el propósito de integrar la lucha de las lesbianas de manera transversal, tal como se manifestaba en otros grupos como Lesbianas en la Resistencia, Lesbianas a la Vista y Gays por los Derechos Civiles.

Por otro lado, Musas de Papel tuvo como objetivo principal iniciar un proyecto editorial con un objetivo similar al de los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* o *Codo a Codo*. Dicho enfoque buscaba crear representaciones más positivas del lesbianismo al mismo tiempo que daba visibilidad a diversas experiencias de las lesbianas de Buenos Aires. Contó María Rachid:

Queríamos generar espacios de comunicación donde encontrar referencias de historias parecidas a las nuestras. Poder leer historias que tuvieran relación con la nuestra, poder expresarnos como lesbianas, conocer nuestras ideas, y compartir cosas entre mujeres lesbianas. Teníamos dos proyectos iniciales: hacer una especie de antología –que nunca llegó a publicarse–; y después, otro proyecto que era una revista que queríamos que estuviera en los quioscos de revistas, era un acto de visibilidad.

En 1998, los dos grupos antes mencionados se fusionaron y formaron el Centro Comunitario La Fulana para Lesbianas y Mujeres Bisexuales. María Rachid, una de sus fundadoras, contó que en esa época en Buenos Aires había sólo dos grupos de lesbianas y que ninguno satisfacía las necesidades de las más jóvenes, que lo que buscaban era generar un espacio fuertemente feminista, pero que pudiera articular también con la diversidad:

Por un lado, estaba Lesbianas a la Vista que en ese momento –por las heridas abiertas– renegaban del feminismo porque las habían excluido. Hubo muchas dificultades para articular con las feministas, y las feministas tenían problemas para articular con la diversidad y con cualquier orga donde hubiera hombres. Las más jóvenes queríamos las dos cosas, y además queríamos visibilizarnos más. Esto último, para el otro grupo

que funcionaba en ese momento, Las Lunas y las Otras, era más difícil porque eran mujeres de otra generación, más grandes, que vivieron la dictadura, entonces era muy difícil lo que nosotras proponíamos respecto a la visibilidad. En Las Lunas muchas mujeres no te decían ni el apellido y se cambiaban el nombre, no querían que vos las agendaras por temor a que volviera a pasar todo lo que pasó en dictadura.

La Fulana, por lo tanto, sintetizó el doble objetivo de ser feministas y de tener, a la vez, una militancia a favor del colectivo LGBTTTQ. Este nuevo grupo logró lo que Musas de Papel no: publicar una revista comercial lésbica. Así lo expresó Rachid:

Hicimos la revista *Fulanas* que, hasta donde sé, es la única revista de lesbianas que se vendía en los quioscos en Argentina. Incluso se distribuía, con los problemas que implicó porque tuvimos que discutirlo mucho. Todo el tiempo nos querían poner la revista en una bolsa negra como si fuera una revista porno. La revista estuvo en los quioscos más de un año.

En el año 2000 salió el primer número de la revista *Fulanas* que tuvo un total de quince números hasta el 2002, cuando cerró el proyecto debido a la crisis económica y al aumento del precio del papel ilustración. Estuvieron en sus páginas como colaboradoras/es: Yuderkys Espinosa Miñoso, Lohana Berkins, Mauro Cabral, Paula Jiménez España, María Moreno, Sandra Lustgarten, entre otras. Como analizó en su tesis de grado Agustina Noceti:

Los temas que se abordaban [en la revista] tenían una impronta que daba cuenta de su interés para la comunidad y de su inscripción en el movimiento de la “diversidad sexual”: cuidados sexuales y de salud orientados específicamente a lesbianas, historia del colectivo y de las Marchas del Orgullo, avances y retrocesos en el reconocimiento de derechos, entre otros. A su vez, se publicaron otra serie de contenidos que respondían más a los parámetros de las revistas de corte comercial, como reseñas culturales, entrevistas a personajes de la cultura o columnas del tipo “hágalo usted mismo”. Sin embargo, a este tipo de materiales se les aplicaba un “filtro lesbiano”, es decir, una reformulación de los aspectos más tradicionales para darles una perspectiva novedosa y ajustada a la propuesta de la revista. Por ejemplo, *Niño envuelto. Receta para un bebé* relataba los pasos para realizar una inseminación artificial casera, en lugar de la clásica receta de cocina (...), o la biografía publicada con el título *Lesbianas famosas: Ellen DeGeneres* reemplazaba la tradicional semblanza del actor de Hollywood de moda. (2017, p. 38)

Retomaré el activismo y acciones del grupo La Fulana en el capítulo cuatro.

m. Activismo LGBTTTQ en Rosario

La ciudad de Rosario también apareció por esos años en el mapa fuertemente como un foco de activismo LGBTTTQ. Ya en 1984 Juan Espina fundó en dicha ciudad el Movimiento de

Liberación Homosexual que se disolvió en 1988 y que continuó una tradición de desobediencia sexogenérica proveniente del Frente del Liberación Homosexual (Theumer, 2017). En 1992 nació la organización Voluntarios contra el Sida, la cual brindaba apoyo a personas afectadas y coordinaba conferencias acerca de los avances médicos que pudieran beneficiar a la comunidad homosexual (Barranco, 2019). Posteriormente, un 8 de marzo de 1994, Pedro Paradiso y Guillermo Lovagnini, dos integrantes de Voluntarios Contra el SIDA, fundaron el colectivo de derechos humanos Arco Iris (Redacción Rosario, 2018).

El colectivo Arco Iris trabajó arduamente por la ampliación de los derechos del colectivo LGBTTTQ y fue la primera organización a nivel nacional reconocida con personería jurídica. Gracias a su activismo, en 1996 Rosario se convirtió en la primera ciudad del país con una ordenanza que reconoció el derecho de las minorías sexuales, la libertad sexual, la orientación sexual y la identidad de género. También en 1996 impulsaron el Primer Encuentro Nacional de Personas con Sexualidades Diferentes y en 1997 organizaron en Salta el II Encuentro Nacional de Minorías Sexuales –que en las convocatorias también lo encontré nombrado como “Encuentro Nacional de Lesbianas, Gays, Travestis, Transexuales y Bisexuales”– con el espíritu de llevar las discusiones sobre políticas identitarias a otros puntos del país. Actualmente este colectivo sigue existiendo bajo la forma de una ONG.

Por otro lado, en 1999 empezó a publicarse la revista autogestiva *VOX* destinada a la comunidad LGBTTTQ. Entre sus primeros artículos destacaron aquellos que tenían información de prevención y tratamientos para atender la pandemia del VIH/SIDA. A través de un convenio con el Programa Municipal de Sida (PROMUSIDA) los editores de la revista lograron que esta llegara a barrios periféricos de Rosario y en sus centros de salud barriales (Barranco, 2019). En el 2001, la revista mutó y se conformó Vox Asociación Civil, integrada por ex miembros del Colectivo Arco Iris y nuevos militantes que decidieron incorporarse.

Capítulo 3. *Redes* para el encuentro: caminar el territorio y navegar la web

Y ahí María Pía, que hace de la escritura una acción, largó un verbo estratégico, “conventillear”: Escuchar a las amigas, a las vecinas, a las mujeres de la familia. Escuchar incluso sus silencios, ofrecer la mano, cuidar, acompañar a denunciar, hacer hueco en la casa propia. Fundar red.

María Moreno, *Panfleto, erótica y feminismo*

Este capítulo abarca el periodo comprendido entre el 2001 y el 2008. En él, abordo tres redes federales de activismo lésbico por las que se fue generando un tejido entre activistas de diferentes localidades del país, lo cual cambió significativamente las tramas del activismo y su distribución territorial de influencias (y de poder) en Argentina. Estas redes son: 1. La lista de correos electrónicos “Safo_piensa”, que desempeñó un papel significativo entre 2001 y 2004. 2. El taller de “Activismo lésbico” que operó como un nodo de autoconvocatoria para las lesbianas dentro de los Encuentros Nacionales de Mujeres a partir del 2004. 3. El Espacio de Articulación Lésbica (EspArtiLes) que funcionó entre 2004 y 2008.

Estas tres experiencias activistas fueron fuertemente influenciadas por espacios preexistentes que convocaban a un público más amplio de “mujeres”, especialmente el Encuentro Nacional de Mujeres y la Red Informativa de Mujeres Argentina (RIMA). Las lesbianas adoptaron dinámicas, estrategias y herramientas provenientes de estos espacios, adaptándolas a sus propias necesidades organizativas. Sin embargo, también se manifestaron disidencias que distinguieron a las lesbianas dentro del amplio espectro de las “mujeres”, una tendencia que también se observó en otros grupos dentro de los Encuentros Nacionales de Mujeres cuya convocatoria se diversificó notablemente en este tiempo. Particularmente, surgieron desacuerdos en relación con la política del feminismo heterocentrado, lo que llevó a que las lesbianas propusieran no solo una agenda más específica que abordara sus intereses, sino también otras narrativas y prácticas, así como revalorizaron sus experiencias. Estas diferencias dieron lugar al desarrollo de propuestas teóricas y activistas distintivas, marcando un cambio significativo en la forma en que las lesbianas se posicionaban frente a las corrientes dominantes del feminismo.

La tendencia hacia la autoorganización de las lesbianas en sus espacios separatistas, que venía desde fines de los ochenta, se intensificó en estos años cuando quedó evidente que las

agendas del movimiento de mujeres y de homosexuales no siempre incluían las demandas de las lesbianas ni representaban los mismos intereses. Frente a la omisión, así como a la falta de representación y reconocimiento, las activistas se volcaron hacia la construcción de redes exclusivamente lésbicas y hacia la visibilización de este colectivo. Simultáneamente, buscaron construir una identidad y una voz propias en el ámbito político, acompañadas del desarrollo de pensamiento lésbico situado. La confianza en que la experiencia compartida del lesbianismo serviría como base común para hacer reclamos políticos fue crucial para articular estas redes autoorganizadas. Sin embargo, la “política de la identidad” que respaldaba dicha confianza se reveló insuficiente y ciertos aspectos esencialistas de esta política, manifestados en prácticas separatistas que obstaculizaban las alianzas con varones gays o mujeres travestis y trans, produjeron un quiebre en estos intentos a nivel nacional de federalizar el activismo.

Como expliqué anteriormente, la llamada “política de la identidad”, también conocida como “identity politics” en Estados Unidos, donde surgió el término, implicaba que los grupos marginados comprendían la naturaleza de sus opresiones debido a su experiencia común de subalternidad. Según comentaron varias entrevistadas, un texto que fue ampliamente leído por diversas activistas y colectivos lésbicos del país fue el manifiesto del Colectivo del Río Combahee titulado “Una declaración feminista negra” de 1977. Este colectivo, compuesto por feministas negras y lesbianas de Boston, definió a la política de la identidad desde una perspectiva feminista, antirracista y anticapitalista. Se trataba de una posición que reconocía la necesidad de tomar conciencia y encontrar el componente político en las experiencias que a menudo se consideraban personales. Sin embargo, iba más allá del apoyo emocional o de la práctica de la autoconciencia, porque la propuesta era convertirse en un grupo que llevara a cabo “acciones políticas”. Si bien este posicionamiento tuvo la virtud de abrir la inquietud en algunos grupos argentinos acerca de la interseccionalidad entre la opresión sexual, racial y de clase social, considero que hubo colectivos que articularon de forma más profunda esas diferencias, mientras que otros tuvieron más dificultades para reconocer el cruce entre las opresiones. En este punto, considero que el separatismo lésbico en Argentina fue un indicador de ese conflicto para articular con otros grupos, a pesar de que era un asunto que el Colectivo del Río Combahee criticó desde sus inicios al cuestionar ciertas premisas del feminismo blanco, burgués y académico. El manifiesto lo expresaba así:

Como ya hemos dicho, rechazamos la posición del separatismo lésbico porque no es una estrategia ni un análisis viable de la política para nosotras. Excluye demasiados y a demasiada gente, en particular los hombres, mujeres y niños Negros. (...) no tenemos la noción descabellada que esto sucede por ser hombre en sí, es decir que la anatomía masculina los hace como son. Como Negras encontramos que cualquier tipo de determinismo biológico es una base peligrosa y reaccionaria para construir una política. (Combahee River Collective, 1988, p. 177)

A pesar de sus limitaciones, la política de la identidad desempeñó un papel crucial en esta etapa inicial del activismo interprovincial en Argentina, donde las diferencias entre contextos locales exigían algunos acuerdos compartidos básicos, entre ellos, el reconocimiento de que las lesbianas compartían la opresión de ser doblemente discriminadas por ser mujeres y por no ser heterosexuales. La identidad aparentemente común del lesbianismo, que inicialmente no consideraba factores como la clase social o la raza, permitió la autoorganización de las primeras redes de activismo. Asimismo, lo orientó hacia la construcción de una historia del lesbianismo en Argentina. Este reconocimiento de la importancia de recuperar ciertas narrativas propias puso énfasis en la necesidad de publicaciones que presentaran textos de pensadoras lesbianas, reflejando la opresión específica que enfrentaban como colectivo y proponiendo nuevas narrativas de lucha y autoafirmación. En consecuencia, a partir del 2001 observé un aumento significativo en las voces identificadas con el feminismo en Argentina, pero que destacaban la pluralidad y la diferencia dentro del movimiento, con particular exaltación del lesbianismo como un punto de vista excéntrico o como una posición marginal no naturalizada, sino asumida políticamente, según los términos de de Lauretis (1993).

Si prestamos atención a los Encuentros Nacionales de Mujeres, que funcionan como cajas de resonancia de los problemas más acuciantes de la actualidad, vemos que en los dos mil surgieron espacios de reflexión que retomaron el tema de la visibilidad de las lesbianas como un punto de tensión en los espacios de mujeres. Aunque desde 1987 los ENM incluyeron talleres que abordaban el lesbianismo –no siempre explícito en el nombre de la propuesta y a veces solo insinuado, como en el caso del taller “Mujeres y sexualidad”– continuaba una rigidez latente en su estructura organizativa. El temario general del encuentro seguía siendo heterocentrado y presentaba sesgos lesbofóbicos. Por ejemplo, a principios de los dos mil, después de más de una década de existencia del taller vivencial de “Mujer y lesbianismo” aún no se había logrado eliminar la palabra “mujer” del nombre de dicho taller, una lucha crucial para quienes sostenían que las

lesbianas no eran mujeres. Además, este taller no fomentaba el encuentro político entre las lesbianas activistas ya que su dinámica se asemejaba más a la de los grupos de autoconciencia. Esta carencia fue el puntapié inicial para la autoorganización de las lesbianas en un taller específico llamado “Taller de Activismo Lésbico”, surgido en 2004.

Sin embargo, las tensiones internas en la organización entre feministas y lesbianas no constituían el principal problema. A partir del Encuentro Nacional de Mujeres de 1997, la Iglesia Católica comenzó a ejercer influencia en estos ámbitos, posicionándose como defensora de la familia tradicional y los valores cristianos basados en la concepción de la “naturaleza humana” y su dimensión espiritual. En este contexto, la Iglesia Católica dirigía sus críticas hacia la noción de “género”, el lesbianismo, la anticoncepción y el aborto (Vasallo, 2002, s/p). Como se evidenciará en el capítulo, la influencia de la iglesia y sus seguidores superó en ocasiones la mera crítica, manifestando actitudes y reacciones violentas, especialmente hacia las lesbianas y las “aborteras”. (Curiosamente, en la historia de los activismos feministas en Argentina, lesbianas y aborteras fueron muchas veces el mismo sujeto político.)

La diversificación de voces dentro de los ENM se profundizó cuando apareció bajo la forma de talleres el tema de la crisis económica a fines de los noventa, dando cuerpo a experiencias hasta entonces poco escuchadas, lo que contribuyó a ampliar y validar otras perspectivas en el movimiento de mujeres (Di Marco, 2010). Por ejemplo, en el encuentro de Paraná en octubre del 2000 se evidenció la problemática económica a través de iniciativas como el taller autogestionado “Mujer y desocupación” (Alma y Lorenzo, 2009, p. 137). La inclusión masiva de mujeres provenientes de sectores populares cambió significativamente la dinámica de participación en los encuentros. Anteriormente, este evento contaba con una participación mayoritaria de feministas de larga trayectoria, intelectuales de izquierda, integrantes de ONGs y mujeres universitarias de clase media. Sin embargo, a partir de los años dos mil se sumaron en grandes cantidades grupos de diversas procedencias, como las piqueteras, las indígenas, las desocupadas, las trabajadoras, las maestras, las campesinas, las cooperativistas, las jubiladas, las travestis y también las lesbianas desclosetadas (Di Marco, 2003; Masson, 2007; Alma y Lorenzo, 2009; Viano, 2014)⁵⁸.

⁵⁸ La diversificación de participantes y reclamos que aparecieron en los ENM se condice con un fenómeno más grande que ocurrió en el cambio de década, especialmente en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Diferentes autores señalaron estas transformaciones en la dinámica de la conflictividad social, caracterizadas por la heterogeneización de los actores reclamantes (no articulados necesariamente bajo una identidad de clase) y de sus demandas, y la

El punto de inflexión ocurrió en el Encuentro Nacional de Mujeres de 2003 en Rosario. Tanto el trabajo de investigación de Alma y Lorenzo (2009) así como mis propias entrevistadas coinciden en que fue allí donde se abrió paso definitivamente a la diversidad, la popularidad y la masividad que siguen caracterizando a estos encuentros en la actualidad. Por ejemplo, María Luisa Peralta en su entrevista destacó que el encuentro del 2003 marcó un “antes y un después” para la historia de los ENM, no sólo por la masividad de participantes y por el ingreso de temas que hacía tiempo pujaban por aparecer, sino porque también adquirió visibilidad la diversidad que integraba al amplio grupo de “mujeres”. Así lo expresaron algunas activistas cuya militancia se había iniciado en los noventa:

Natalia Bolcatto: En el 2003 pasó que veníamos del 2001, aunque parezca obvio. Ahí se empiezan a incorporar [al activismo LGBTTTQ] otro tipo de agrupaciones que no tenían que ver con el feminismo más tradicional, sino que estábamos las lesbianas, por un lado, y otras chicas que venían de los sindicatos, que venían de otras militancias, de la política... Pero no eran feministas de instituciones u ONG.

María Luisa Peralta: El ENM de Rosario fue lo que fue porque se llenó de piqueteras. Y por eso también entraron masivamente las travestis, porque no entraron con las feministas de clase media que seguían diciendo que eran hombres, entraron con las piqueteras que se pararon frente a las esencialistas y les dijeron: “La compañera está conmigo en un corte de ruta, entonces la compañera está conmigo en el encuentro”. Después del 2001 hubo mucho de todo eso, con las asambleas, era un momento en el que la gente quería hablar y escuchar.

En el libro *Mujeres que se encuentran* también figura el testimonio de Fabi Tron, sosteniendo algo similar a los dichos anteriores:

Fabi Tron: Rosario fue un encuentro donde se vio un cambio dentro de los Encuentros Nacionales en relación a las mujeres lesbianas y me parece que se debe a la persistencia que tuvimos (...) de visibilizarnos y en ir tejiendo por fuera de los encuentros también otras alianzas estratégicas con grupos feministas y demás. (...) siempre estábamos las lesbianas y las mujeres de los pueblos originarios al final de la marcha. Pero en el Encuentro de Rosario, por primera vez, las lesbianas marchamos junto con otras mujeres feministas y marchamos todas juntas cantando consignas a favor de los derechos de las diversidades sexuales y también por el tema del aborto. Creo que esos fueron los temas que unificaron y que en definitiva tienen que ver con lo mismo, que

inserción mayoritaria de las manifestaciones en el espacio público (Schuster, 2006; Romá, 2011; Piva, 2016). Además, se observa una disminución en la dependencia de partidos políticos o sindicatos para la acción colectiva, que por entonces empezó a incluir a estudiantes, organizaciones de derechos humanos y sectores medios en general. Estos factores tuvieron un impacto significativo en la configuración del panorama de la lucha feminista, tal como apuntó la investigadora Juliana Esquivel (2022). Específicamente, la movilización ciudadana en torno al tema de la inseguridad en ese periodo revela una sensibilidad particular hacia la cuestión de la violencia. Este contexto sirve como telón de fondo sobre el cual el activismo feminista trabajará para distinguir las violencias de género de otros tipos de agresiones.

es el derecho de las mujeres a decidir sobre nuestro cuerpo y nuestra sexualidad...
(Alma y Lorenzo, 2009, p. 164)

Como sostiene este último testimonio, también en el 2003 el tema del aborto comenzó a debatirse de un modo diferente, a partir de los aprendizajes que traían muchas mujeres y feministas de participar en asambleas, en particular, de la Asamblea por el Derecho al Aborto surgida tras los sucesos de diciembre de 2001 y motorizada por la Comisión por el Derecho al Aborto. En esta asamblea surgió la idea de llevar al Encuentro Nacional de Mujeres de Rosario un taller sobre “Estrategias para el Derecho al Aborto”, marcando un avance significativo en la discusión del tema (Di Marco, 2010, p. 58). En el primer día del Encuentro se distribuyó un folleto que invitaba a participar en dicha asamblea inaugural, evento que se tiñó de verde con los pañuelos que luego se convertirían en el emblema de la Campaña por el Derecho al Aborto. Este folleto fue difundido por el grupo La Fulana, el cual también cuestionaba la influencia de la Iglesia Católica en la política de un país laico. Además, el volante respaldaba la movilización social que había logrado la recuperación de varias fábricas y celebraba la aprobación de leyes fundamentales gracias a la lucha activista: la Ley de Anticoncepción a nivel nacional, la legislación sobre ligadura tubaria y vasectomía en varias provincias, y la Ley de Unión Civil de 2002, aprobada en la Ciudad de Buenos Aires y aplicable a parejas del mismo sexo (Amanda y Lorenzo, 2009).

Por otro lado, como mencioné previamente, el activismo lésbico de las décadas del ochenta y noventa encontró un canal privilegiado de acción en las revistas y en la difusión de material impreso que funcionaban como vaso comunicante entre los diferentes circuitos lésbicos. Las publicaciones, fanzines, revistas y manifiestos, entre otros, funcionaban como canales de comunicación e intercambio de información entre lesbianas, facilitando la difusión de convocatorias para participar en espacios de activismo. Además, servían como semillero para la generación de teoría y la traducción de textos, y permitían la inclusión de expresiones artísticas como collages, fotografías o poemas. En lugar de reemplazar a los medios impresos, en los años dos mil se sumaron a ellos las listas de correo electrónico, los foros de debate en línea, los blogs y, unos años más tarde, también las redes sociales como Facebook. Este cambio condujo a una reconfiguración de los territorios de influencia del activismo, multiplicando las prácticas de comunicación. Un ejemplo destacado es la iniciativa de Gabriela De Cicco e Irene Ocampo, quienes tras fundar las listas de correo RIMA (2000) y Safo_Piensa (2001) profundizaron su objetivo de

generar redes informativas y afectivas lesbofeministas, y en el 2005 fundaron el sello editorial Hipólita Ediciones⁵⁹.

El tema del derecho de las mujeres a la comunicación y al acceso a las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) comenzó a ser objeto de discusión en los ámbitos públicos y en foros internacionales. Ya en la Conferencia Regional de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de 1994, por ejemplo, se alentó a los gobiernos y a la sociedad en general a utilizar las tecnologías de la información y la comunicación como herramientas para promover el desarrollo económico y social, con especial atención en la equidad de género. Esto implicaba la “reformulación de patrones culturales y de la forma de representación de las mujeres en el material didáctico y en los medios de comunicación (CEPAL, 1994, p. 10). Asimismo, durante la Conferencia de la Mujer de Beijing (1995) se llegó a varias conclusiones relacionadas con la importancia de la comunicación y el uso estratégico de la tecnología para el empoderamiento de las mujeres (Departamento de Asuntos Económicos y Sociales División para el Adelanto de la Mujer, 2010). Se reconoció que la comunicación desempeña una función fundamental en la promoción de la igualdad de género, subrayando la importancia de la alfabetización digital y la formación tecnológica para las mujeres, incluyendo el acceso y la instrucción en el uso de herramientas digitales y tecnológicas. Se hizo hincapié en la necesidad de asegurar un acceso equitativo de las mujeres a las tecnologías de la información y la comunicación, así como en aumentar su presencia y participación en los medios de comunicación y la industria de las TIC, entre otros aspectos. Por otro lado, en el “Llamado a la Acción del Caucus de Género ante la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información” celebrada en Ginebra en 2003, se subrayó de manera más general la importancia de promover y respaldar la creación de contenidos digitales que reflejen y respeten la diversidad de género⁶⁰.

En líneas generales, esas conferencias posicionaban a las mujeres como agentes de desarrollo y, como tales, las consideraban activas en la definición y liderazgo del progreso de la sociedad de la información. Esto resultó en la asignación de fondos internacionales a

⁵⁹ Hipólita Ediciones recibió el apoyo financiero de Astraea y del Fondo Global para la Mujer. El primer libro publicado fue *Notas lesbianas, reflexiones desde la disidencia sexual* (2005) de Val Flores –lesbiana activista a quien De Cicco y Ocampo conocieron a través de la lista de correos feminista que coordinaban. También editaron *Los cuadernos del cáncer* de Audre Lorde, y un libro de poesía de Irene Ocampo, *Autoficciones*.

⁶⁰ Extraído de: https://www.apc.org/sites/default/files/wsis_process_ES.pdf

organizaciones de mujeres y feministas para que pudieran adquirir computadoras y acceder a Internet. Superando ampliamente los objetivos propuestos por las financiadoras internacionales, muchos colectivos se apropiaron de las TIC desde posicionamientos feministas. Surgieron diversas iniciativas en todo el mundo dentro del ámbito del activismo que se pueden incluir en lo que se conoce como “ciberfeminismo”, como la comunidad de Cybergrrls⁶¹, el grupo australiano VNS Matrix o Indymedia Género⁶². Los diferentes grupos, a través de prácticas como listas de correo, experimentación artística antisistema y apropiación del software de código abierto, entre otras, propusieron diferentes formas de utilizar la web para abordar temas relacionados con las mujeres en la cultura tecnológica (Binder, 2017).

Como señaló la investigadora Claudia Laudano (2018), en Argentina existieron diversas y ricas experiencias colectivas de ciberactivismo feminista. Laudano registró en el país una primera etapa en la apropiación de las TIC en los noventa, caracterizada por cierta incursión:

en el uso del correo electrónico y el acceso a las primeras conferencias electrónicas y listas de distribución de información por parte de un número acotado de activistas, grupos y ONGs feministas, por ejemplo, ante el Foro de ONGs de América Latina y el Caribe en Mar del Plata en 1994, preparatorio para la IV Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing '95. Por entonces, la brecha digital de género y clase en el país se evidenciaba en el número reducido de mujeres con acceso a computadoras, con servicios de conexión a internet costosos y deficientes, más cierta suspicacia hacia el escenario tecnológico que se presentaba. (p. 140)

⁶¹ Faith Wilding señala en su investigación que “una de las rebeliones populares feministas practicadas en [los dos mil] por las mujeres en la Red es el *cybergrrl_ism* en todas sus variaciones: *webgrrls*, *riot grrls*, *guerrilla grrls*, *bad grrls*, etc. (...) Al omitir la i y agregar una r a girl y convertirla en grrl, el término juega con la onomatopeya del gruñido, grr, dándole así una connotación de enfado o enojo, de agresividad” (2004, p. 143). Para esta pensadora, la corriente que llama “*cybergrrl_ism*” se suscribe, en términos generales, a cierto “utopismo cibernético” un tanto superficial, que resulta en que “la mayoría de cybergrrls no parecen estar interesadas en involucrarse en una crítica política de la postura de las mujeres en la Red” (op. cit., p. 144).

⁶² Indymedia, abreviatura de Independent Media Center (Centro de Medios Independientes), es una red descentralizada de medios de comunicación alternativos y participativos. Nació en 1999 como respuesta a la falta de representación de los movimientos sociales en los medios tradicionales; el primer Indymedia fue creado durante las protestas contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle. Indymedia permite a las personas publicar y compartir noticias, fotos, videos y otros contenidos de manera colaborativa y no jerárquica. Además, busca fomentar la diversidad de voces, la transparencia y la democratización de la información. A través de su plataforma en línea, Indymedia ha sido utilizada por activistas y ciudadanos para informar sobre eventos y perspectivas que a menudo son ignorados por los medios convencionales. A su vez, Indymedia Género surgió al interior de este proyecto con el objetivo de abordar cuestiones de género, promoviendo la participación activa de mujeres y personas de diversas identidades de género en la producción de contenido mediático para fomentar una perspectiva más inclusiva y representativa en la cobertura de eventos y problemáticas sociales y políticas.

En una segunda etapa, que comenzó en los años dos mil, Laudano señala que en la web 1.0 aparecieron portales informativos de organizaciones no gubernamentales y de grupos de mujeres, los cuales representaron formas actualizadas de difusión. También destaca la creación de listas de correo electrónico utilizadas para el debate y el intercambio. A esto se añadió el hecho de que los costos de acceso a la red disminuyeron, lo que permitió a un mayor número de activistas apropiarse de estas tecnologías para participar “en acciones en favor de sus derechos y la visibilidad de perspectivas feministas, con tácticas combinadas entre el ciberespacio y el espacio público tradicional” (idem). La inmediatez, la simultaneidad y la falta de fronteras que ofrecían las TIC fueron muy bien vistos por los activismos. Además, al no depender necesariamente de procesos de edición, publicación, distribución o impresión, se evadieron los problemas generados por la crisis económica que encareció significativamente el papel prensa.

Esta transformación en el activismo que se nutrió de las TIC fue la que posibilitó que lesbianas de diferentes partes del país se conocieran. Si bien su importancia para la coordinación de redes de activistas a través de Internet fue fundamental para el crecimiento del movimiento a nivel nacional, es igualmente relevante resaltar el papel de las plataformas en su función sociabilizadora que permitió, en principio, romper el aislamiento que a menudo define las experiencias de lesbianismo. Por ejemplo, en el 2002 nació el blog *Dale en el ARCO Juana*, uno de los pocos espacios destinados a conocer lesbianas y bisexuales fuera de los circuitos habituales que hasta entonces se limitaban principalmente a la Ciudad de Buenos Aires, como bares o discotecas con un enfoque más orientado al “levante”. A diferencia de estos, el objetivo de *Dale en el ARCO Juana* era crear un espacio con información local para lesbianas en la ciudad porteña. Contaba con un foro que permitía conocerse virtualmente para luego encontrarse personalmente, no necesariamente para formar pareja, sino “compartir salidas, gustos, afinidades, generando una nueva movida que resultara de la onda compartida entre todas, y que recibiera con brazos abiertos a quien quisiera sumarse” (Calista, 2002). Como se observa, el tema del aislamiento y el “secreto” en las experiencias de lesbianismo, como abordé en el capítulo anterior, no fue exclusivo del periodo previo a los dos mil. Al igual que *Dale en el ARCO Juana*, surgieron otras páginas web a lo largo del tiempo con el mismo propósito, como *Pseudoghetto* (2010) y *Tresjolie* (2012), así como blogs con un enfoque más literario o vinculados a compartir experiencias en primera persona, como *Tortas de mi vida* (2005), *La lesbiana argentina* (2005), *escritos heréticos* (2009) y

Ser torta apesta (2009). Estos foros y blogs desempeñaron un papel crucial y necesario para las lesbianas de diferentes partes del país, brindándoles información y textos críticos para reflexionar sobre el lesbianismo, la certeza de que eran muchas, la posibilidad de conversar sobre su intimidad y la sensación de no estar “solas”. Además, en muchos casos, sirvieron como el impulso inicial para iniciar procesos de organización política dentro de la comunidad.

3.1 Un antecedente del activismo feminista y lésbico en red: *Rimeras*

Las ciberfeministas latinoamericanas entienden que su activismo es una manera de ver la vida, un posicionamiento político desde el cual pensar y actuar. (...) Algunas lo entienden como red, otras como comunidad de pertenencia, una escena, una sensación, un reconocimiento.

Inés Binder, *Identidad y agencia colectiva del movimiento ciberfeminista en América Latina*

En 1998 en la ciudad de Rosario, Gabby De Cicco e Irene Ocampo, dos lesbianas activistas en el terreno de la comunicación alternativa, conducían un programa radial con enfoque feminista que abordaba diversas problemáticas de las mujeres. La producción del programa las enfrentó con un dato hasta entonces poco problematizado dentro de las lógicas de los medios de comunicación masiva: la marcada escasez de información sobre el movimiento feminista local y nacional, lo cual también evidenciaba la gran desconexión existente entre los grupos de mujeres y los medios de comunicación. Como contaron Ocampo y De Cicco: “Nos sucedió que, a raíz de la lectura de los servicios informativos producidos por ejemplo en Ecuador, Guatemala o Bolivia, nos enterábamos de lo que sucedía en la Patagonia argentina o incluso, en nuestra ciudad” (2003, p. 38).

Esta situación informativa las impulsó, por un lado, a buscar estrategias para remediar la falta de contenidos producidos localmente y, por el otro, a estimular la apropiación de las mujeres de las tecnologías de la información y la comunicación para que fueran ellas quienes hablaran de sí y dejaran de ser habladas por los medios. Según Gabby e Irene, “la primera idea fue usar una herramienta comunicacional rápida y barata. Como desde 1997 teníamos acceso al uso de Internet en la universidad, teníamos conocimiento de la existencia de las listas de distribución gratuitas” (ídem). Su idea era crear una lista de correo electrónico dirigida a mujeres y lesbianas no solo de Santa Fe, sino también de diferentes localidades argentinas. En julio del 2000 asistieron a un seminario titulado “Género y Comunicación” en la sede de la radio comunitaria FM La Tribu en la Ciudad de Buenos Aires. Allí, propusieron a las cuarenta y cinco mujeres asistentes la

creación de una red informativa feminista. Poco tiempo después, nació oficialmente la Red Informativa de Mujeres de Argentina (RIMA).

La lista de distribución de correos RIMA fue un hito muy importante en el terreno de la comunicación y fue un antecedente a la creación de comunidades virtuales que se propuso unos años después con redes sociales como Facebook. Estaba dedicada a la información y al intercambio entre feministas, periodistas, organizaciones del movimiento de mujeres, investigadoras, estudiantes, activistas del país y también de otros países de Latinoamérica. Los objetivos de RIMA eran promover el uso de las mujeres de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, incluir sus problemáticas en las agendas de los medios de comunicación masiva y de los medios alternativos, difundir textos de leyes o declaraciones de ONGs que fuera de interés, entre otros (RIMAWeb, s/f). La difusión de datos obtenidos de servicios informativos internacionales, con el tiempo, fue dando paso a la producción propia de información y a la generación de otro tipo de contenidos. Esto incluía testimonios en primera persona cargados de una impronta reflexiva y crítica importante, lo que pronto llevó a la producción de teoría feminista y lésbica local. En cierto sentido, RIMA actuaba como un archivo en constante construcción, una bitácora abierta de los eventos que ocurrían en ese momento.

Desde sus inicios, se concibió como una red exclusivamente para mujeres, en lo que se reconoce la influencia fundamental de los Encuentros Nacionales de Mujeres y, como ocurrió de forma recurrente en los ENM, también en RIMA la decisión de no aceptar la participación de varones trans provocó rupturas internas. Irene Ocampo y Gabby De Cicco se encargaron de coordinar la lista de correos y de establecer algunas reglas de convivencia “feministas”, como la horizontalidad y la toma de la palabra sin censura. Con el tiempo, se unieron a la coordinación Gabriela Adelstein de CABA y Claudia Anzorena de Mendoza. Las coordinadoras enviaban diferente tipo de material en la lista de difusión, como ensayos, artículos breves, noticias, entrevistas, textos de ordenanzas, informes de actividades y reflexiones, aunque también recibían colaboraciones voluntarias y se encargaban de promocionarlas.

La cadena de distribución de correos buscaba operar como una *red*: descentralizada, amplia, con intenciones de reciprocidad y horizontalidad. Sin embargo, a pesar de estas pretensiones, las coordinadoras, las traductoras y las “inquietas colaboradoras” que [enviaban] sistemáticamente materiales para la difusión” ejercían mayor influencia que las demás

integrantes de la lista en las acciones colectivas, lo que generó tensiones y divisiones en la red (Causa, 2006, p. 159-160).

Durante su primer año, tuvo alrededor de ciento cincuenta participantes, pero con el tiempo este número creció hasta llegar a mil quinientas suscriptoras, formando lo que la investigadora estadounidense Elisabeth Friedman (2017) caracterizó como un *contrapúblico*. Esta red se sumó a otros espacios que generaban contrapúblicos feministas, como la Librería de las Mujeres de Buenos Aires, fundada en 1995 como un lugar donde se reunían textos que abordaban temas relacionados con las mujeres y la igualdad de género, la educación sexual, los derechos reproductivos, la diversidad sexual, el arte y la cultura femenina, entre otros. También se sumaba a las lectoras del suplemento LAS12 surgido en 1998 como parte del diario Página12, que buscaba transformar la cultura política al abrir nuevos espacios para la participación de las mujeres, dar visibilidad a sus acciones, incluir voces diversas en el canon literario y construir una agenda feminista en los medios, entre otras iniciativas.

La lista de correos RIMA llegaba a mujeres y lesbianas muy diversas, con trayectorias militantes de larga data o sin experiencia previa en el activismo, que residían en distintas partes de Argentina y también incluía a participantes de Uruguay, Guatemala, Brasil, Costa Rica, México, entre otros (Causa, 2006). RIMA reunía a feministas con posicionamientos ideológicos muy diferentes: las había autónomas, institucionalistas, peronistas, “troskas”, anarquistas, queer, lo que hoy llamaríamos “TERF”, entre otras. Es decir, participaban mujeres “enfrentadas en sus posiciones políticas que difícilmente aceptarían compartir ámbitos ‘presenciales’ y, sin embargo, el diálogo mediado a través de las TICs [permitía] algunos niveles de interacción” (op. cit., p. 166). Por lo tanto, se puede afirmar que en RIMA había identidades feministas en plural.

Los Encuentros Nacionales de Mujeres, a los que asistían miles de mujeres del país, tuvieron una función central en impulsar la participación en la red propiciada por RIMA. En el Encuentro del 2002, por ejemplo, hubo un “aumento abrupto en los pedidos de suscripción (...)”, cuando una política reclamó que se estableciera una lista de distribución nacional para activistas, sólo para ser inmediatamente respondida por otras feministas reconocidas que ya tenían una, ¡RIMA!” (Friedman, 2017, p. 9). Además, los ENM proporcionaban a las integrantes de RIMA la oportunidad de conocerse en persona. La virtualidad y la presencialidad se entrelazaban en la trama de un mismo activismo.

Si bien la lista de difusión de RIMA tenía el objetivo principal de informar, su devenir concreto en la práctica fue virando el eje hacia la “interacción”. El aporte fundamental que hicieron las participantes de la red a este proyecto comunicacional fue que lograron llevar:

el significado de la lista y su propósito más allá de la intención inicial de las fundadoras, ya que las mujeres a través del país y sus aliadas fuera de él cambiaron el foco desde el informar hacia la interacción, incluyendo el debate. Juntas, estas mujeres construyeron sobre bases feministas nacionales y regionales de formas que tanto reflejaban como expandían sus conexiones establecidas. Como resultado de su interpretación de la internet, sus mundos en línea y fuera de ella [se volvieron] profundamente enredados. (Friedman, 2017, p. 3)

RIMA se consolidó, así, como un espacio diverso y multifacético. No solo servía como plataforma para intercambiar, debatir y difundir información, sino también como un lugar para la formación teórica, la traducción de textos feministas, la coordinación de grupos activistas, el fortalecimiento de vínculos afectivos, la socialización, la resolución de conflictos, el asesoramiento legal, la generación de conocimiento desde la experiencia, la promoción de proyectos artísticos individuales y la redacción de artículos periodísticos, entre otros. Todo esto se entrelazaba sin establecer una distinción clara entre lo que se consideraba activismo y lo que no, manteniendo como premisa fundamental el concepto feminista de “lo personal es político”. Resulta curioso que una de las pocas interacciones que quedaron excluidas fue la referente a la política partidaria. La investigadora Elisabeth Friedman, en su estudio sobre RIMA señaló que “aunque no estaba explícitamente establecido en las reglas originales, con el tiempo surgió la norma de evitar discusiones políticas partidarias con el objetivo de fomentar la 'sororidad' entre las integrantes de RIMA” (2017, p. 21).

El 8 de marzo de 2001 se creó la página web de RIMA, “sitio que encaramos como un archivo esencial para nuestra historia, para que sea la memoria del movimiento de mujeres de Argentina” (Ocampo y De Cicco, 2003, p. 40). Es necesario señalar que tanto la lista de correos como la página RIMA-Web no recibieron financiamiento externo, sino que se sostuvieron con los “aportes económicos de las coordinadoras, con la colaboración económica solidaria de un grupo de co-listeras y el trabajo voluntario y ad honorem de algunas co-listeras” (op. cit., p. 41).

3.2 Safo_piensa: “somos sus vecinas, maestras, somos sus enfermeras”

Con el antecedente de la página web y la lista de correos de RIMA se delinearon algunos rasgos del embrionario ciberactivismo feminista que, a fines del 2001 se extendió al activismo lésbico con *Safo_piensa. Lesbianas feministas en red*. Se trató de un área subsidiaria de RIMA con la que se inauguró la primera red federal informativa de lesbianas. Detrás de este nuevo proyecto estuvieron nuevamente Irene Ocampo y Gabby De Cicco. Como recuerda Irene en la entrevista, la lista de correos Safo_piensa llegó a tener alrededor de ciento cuarenta suscritas y el intercambio –como en RIMA– conoció distintas intensidades: desde conversaciones más bien esporádicas hasta acalorados debates a propósito de temas puntuales. La activista lesbiana mariam pessah agrega que:

Era una lista muy importante, ahí es donde nos conocimos con Macky Corbalán, val flores, Gaby De Cicco, Irene Ocampo, Gabriela Adelstein, fabi tron, Gabriela Robledo... Estábamos todas en esa lista. Era otra época, por entonces no existía *Messenger*, pero le dábamos ese uso al email. En Safo_piensa había desde noticias que nos mandábamos, hasta intimidades que nos contábamos. Ponele, me acuerdo cuando val flores nos contó acerca de la primera vez que ella dijo que era una maestra lesbiana en su grado en la escuela y que fue re lindo. También había grupos de organización, por ejemplo, iban al Encuentro Nacional de Mujeres y decidían a qué talleres ir, o salían propuestas de encuentros, talleres de lesbianas y así.

Después de su primer año de existencia, el 8 de marzo de 2002 Safo_piensa difundió por su red un manifiesto donde explicitaban algunos reclamos que hacían como lesbianas a la sociedad. Algunos de ellos incluían: concientizar acerca de la homofobia y la violencia que esta implica; acceder a información sobre enfermedades de transmisión sexual; exigir políticas públicas orientadas al adecuado tratamiento ginecológico; reclamar la adopción de hijos e hijas sin trabas y la posibilidad de procrear por inseminación artificial. Firmaron el documento visibilizándose como mujeres y lesbianas, adentro y afuera del closet: “somos sus vecinas, maestras, somos sus enfermeras, médicas, las estudiantes de cualquier facultad (...). Somos madres e hijas, hermanas y abuelas, pero por sobre todo mujeres que queremos crear la posibilidad de cambios reales en nuestra sociedad” (Safo piensa, 2002, s/p).

Después de muchos meses de interacción en línea, las integrantes de Safo_piensa que estaban en Argentina propusieron encontrarse en persona durante el ENM de Rosario, en el 2003. Como contó Natalia Bolcatto en la entrevista:

A este encuentro llegamos con algo previo que para mí fue muy importante a nivel nacional, que es Safo_piensa (...). Ahí empieza esta sensación, esta posibilidad de articular algo más allá del “bueno, te visito yo”, así individual. Porque yo conocía a algunas militantes de otras agrupaciones del país a través del Colectivo Arcoíris, del cual fui parte, y por viajar y querer encontrarme con otras agrupaciones. Ponele, cuando yo visité Buenos Aires en un viaje, no sólo la conocí a Ilse Fuskova, sino que también conocí a las Lesbianas a la Vista, y así. Pero te lo tenías que gestionar vos, no estaba articulada una red, era más circunstancial. (...) Así como RIMA permitió articular a las feministas, Safo_piensa permitió que lesbianas militantes de diferentes lugares del país se encontraran.

Este primer encuentro en persona resultó ser tan significativo para muchas de las asistentes (algunas de la cuales por primera vez experimentaban la sensación de estar rodeadas de tantas lesbianas provenientes de diversos lugares) que decidieron repetir la experiencia, esta vez en un evento exclusivamente dedicado a la comunidad lesbiana. El grupo de Safo_piensa y RIMA organizaron de forma conjunta la Primera Jornada de Reflexión Lésbica llamada *Entre Nosotras*, el 26 de junio de 2004 en Rosario. Se trató de un espacio para sociabilizar entre lesbianas, reflexionar sobre lo que las convocaba a reunirse, poner en común experiencias y preguntas y construir un vínculo político que las uniese en el activismo. Gracias a un subsidio otorgado por el Fondo Global para las Mujeres publicaron un cuadernillo que sintetizó el espíritu de esas jornadas. En la presentación, a cargo de las rosarinas Gabby De Cicco e Irene Ocampo, se lee:

Este cuadernillo es la concreción de un sueño activista, inicia una colección de documentos que esperamos puedan alimentar a otras compañeras, que puedan acompañar el accionar, y que a la vez vayan fundando un espacio propio de voces propias: (...) entre nosotras producimos teoría, entre nosotras discutimos y debatimos, entre nosotras y con las diferencias, enriquecemos nuestro mundo cada vez más visible, más posible en sus diversidades. (*Entre Nosotras*, 2004, p. 3)

El cuadernillo está compuesto por una selección de poemas de las neuquinas Macky Corbalán, val flores y la cordobesa Gabriela Robledo. También contiene varios artículos, como *El salto del Yo al Nosotras, entre los grandes pájaros oscuros de la historia*, de Corbalán; *La relación feminismo-lesbianismo en América Latina: una vinculación necesaria*, de Yuderkys Espinosa-Miñoso⁶³; *Violencia entre lesbianas, una realidad invisible*, de fabi tron; y de flores, “*Fugitivas en*

⁶³ Yuderkys Espinosa Miñoso es una activista lesbiana y feminista dominicana, que por ese entonces vivía en Argentina. En 2007 publicó un libro muy influyente para el activismo lésbico del país, titulado *Escritos de una lesbiana oscura. Reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. Este libro recopila una serie de artículos que abarcan nueve años de reflexiones de esta pensadora feminista. En ellos, Espinosa Miñoso teoriza

el desierto”: voces lesbianas en un paisaje heterosexual. Otras asistentes a esa Jornada, además de las autoras mencionadas anteriormente, fueron Liliana Daunes, Gabriela Adelstein, Vivi Portillo y Cris García Acevedo, de Buenos Aires.

3.3 Lesbianas que se encuentran: Taller de Activismo Lésbico

En el 2004 se realizó un nuevo Encuentro Nacional de Mujeres, esta vez en Mendoza. Este acontecimiento se convirtió en un hito de gran relevancia para las activistas lesbianas que previamente habían estado conectadas a través de la lista de correos Safo_Piensa. No solo permitió que muchas más participantes de la lista de correos se conocieran en persona, sino que también dio origen a dos espacios fundamentales. Uno de ellos, el Taller de “Activismo Lésbico” dentro del ENM que continúa hasta el presente; el otro, que mantuvo una intensa actividad durante cuatro años fue el Espacio de Articulación Lésbica.

Se trató de un encuentro muy particular, marcado por la resistencia que presentaron los grupos conservadores a que miles de mujeres y lesbianas se encontrasen en esa provincia de fuerte tradición católica. Durante los tres días que duró el ENM ocurrieron distintos incidentes. Hubo grupos reaccionarios que incendiaron volantes, aparecieron pintadas en las escuelas con inscripciones del tipo “‘No al aborto’, ‘No a la anticoncepción’, ‘No a la unión gay’, ‘No a la educación sexual en las escuelas’, ‘No al zurdaje’”, y hasta hicieron explotar una bengala contra un colectivo de mujeres y una molotov casera en el acto de cierre (Alma y Lorenzo, 2009, p. 73).

Sin embargo, el XIX ENM se realizó con mucha alegría y entusiasmo general, en especial, de las lesbianas que empezaban a organizarse federalmente. En la apertura participó el grupo Mujeres Públicas⁶⁴ con una intervención llamada “La mancha lesbiana”. Este grupo de activistas

sobre el activismo lésbico, basándose en su propia experiencia como feminista dentro del extenso movimiento de lesbianas en Latinoamérica y el Caribe. Su contribución al activismo lésbico en Argentina desempeñó un rol fundamental al conectar este movimiento con los grupos y el pensamiento lesbofeminista de otros países de la región. En la mitad del año 2007, Yuderkys impulsó el proyecto GLEFAS (Grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista) y extendió la invitación a otras compañeras como Ochy Curiel y Ana Milena González (Colombia), Laura Montes (Guatemala), Breny Mendoza (EEUU-Honduras) y Ana Reis (Brasil). Este proyecto nació de la necesidad “de articular teoría y práctica feminista, academia y movimiento social, aportando a visibilizar las tensiones teorico-políticas que han atravesado la historia del feminismo latinoamericano y que tienden a quedar ocultas por las narraciones del feminismo hegemónico. Particularmente nos interesa aportar a la difusión de las voces críticas, subalternizadas y minoritarias del feminismo de la región” (extraído de <http://glefas.org/nosotras/historia/>).

⁶⁴*Mujeres Públicas.* Grupo feminista del activismo visual, fue un grupo conformado en el 2003 por Lorena Bossi, Fernanda Carrizo, Magdalena Pagano, Verónica Fulco y Pedro Marín. Como su nombre lo indica, este grupo de

visuales hizo unas pelotas inflables naranjas muy llamativas con una leyenda en negro que decía “la mancha lesbiana” y que iba acompañada de la siguiente consigna: “Las lesbianas ya no jugamos a las escondidas, ahora jugamos a la mancha” –apelando al sentido político de la visibilidad y la salida del clóset. Esas pelotas circulaban entre miles de mujeres, lesbianas, travestis y trans convocados en la Plaza Independencia, buscando recrear el juego de la mancha: si te toca, sos lesbiana. La intervención también contenía una crítica al “clóset” o a la “escondida interna”, como una actitud que prevalecía aún en muchas lesbianas que formaban parte de diferentes grupos de mujeres y feministas.

También la recién conformada Lesbianbanda estuvo haciendo música y generando espacios recreativos y de resistencia. Se trataba de “un grupo de lesbianas feministas activistas que a través de la expresión artística (¿musical?) [trabajaban] por la visibilidad de la existencia lesbiana y la eliminación de la opresión ejercida contra las mujeres” (Lesbianbanda, en Potencia Tortillera, s/p)⁶⁵. Silvia Palumbo –creadora de este grupo y co-fundadora del grupo Las Lunas y las Otras en 1991– contó en la entrevista:

Estábamos recién empezando en el 2004, éramos ocho. (...) En un momento de mi vida no quise hacer más el activismo tradicional, así que estuvimos un rato en el taller de “Activismo Lésbico” y después nos fuimos a hacer visibilidad. Estuvimos tocando el tambor y cantando como lesbianas en Mendoza durante tres días. Impresionante lo

intervención visual feminista reconoce su “inscripción como mujeres feministas, pero también como artistas y activistas que se proponen desbordar las figuraciones del espacio artístico para activarlas en el murmullo de la calle” (Gutiérrez, 2021, p. 37). Su primera salida pública fue en el 2003 con: *Proyecto heteronorma* y *Las ventajas de ser lesbiana*. Me interesa destacar que la encuesta/afichada *Proyecto heteronorma* ha sido replicado en muchos lugares del mundo, pero no es una idea original de este grupo, sino que se trató de una traducción de *The heterosexual Questionnaire*, realizado por Martin Rochlin en 1987 con preguntas como: “What do you think caused your heterosexuality? When and how did you first decide you were a heterosexual? Is it possible that your heterosexuality is just a phase you may grow out of if? Do your parents know that you are straight?” [¿Cuál crees que fue la causa de tu heterosexualidad? ¿Cuándo y cómo decidiste por primera vez que eras heterosexual? ¿Es posible que tu heterosexualidad sea sólo una fase que puedas superar si creces? ¿Saben tus padres que eres heterosexual?]. El segundo proyecto *Las ventajas de ser lesbiana*, como resalta Gutiérrez, también fue parte de un diálogo intertextual: en 1988 el grupo de artistas estadounidenses *Guerrilla Girls* publicaron el texto *The advantages of being a woman artist*, que fue una inspiración para el texto de las Mujeres Públicas, quienes resignificaron irónicamente ciertos lugares comunes del lesbianismo desde una mirada heterosexual. Además, en el 2006, y “sin saber nada de esta experiencia, el grupo Ridykelous (...) construye otra versión del primer texto a partir de Las ventajas de ser una artista lesbiana” (Gutiérrez, 2021, p. 190). Estos intercambios, intertextualidades y genealogías me interesan para darle espesor a la práctica del *tráfico* tan propia de los activismos lésbicos, que será retomada más adelante.

⁶⁵ Como antecedente a esta experiencia artística-musical-política se encuentra otro grupo formado por Silvia Palumbo, llamado Las Carmelitas en Calzas (nombre que hace referencia satírica a la Orden de los Carmelitas Descalzos pertenecientes a la Iglesia Católica -nacidos en España en el siglo XVI- cuyas monjas tienen una misión contemplativa). Como cuenta Palumbo en la entrevista, las Carmelitas nacieron a fines de los '90 y duraron en actividad tres años, “éramos cinco mujeres vestidas de monja, de color violeta, que cantábamos canciones irreverentes con tambores, canciones feministas y de lesbianas”.

que le pasaba a la gente. Lo que más nos gusta es tocar frente a las catedrales. Estuvimos metiendo la púa ahí delante de la Iglesia, estuvimos activando en paralelo a los talleres.

En medio de un ambiente festivo, pero también de resistencia contra los ataques misóginos y lesbofóbicos, algunas integrantes de Safo_piensa comenzaron a discutir la idea de crear un taller específico sobre activismo lésbico. La iniciativa de armar un nuevo taller surgió después de conversaciones previas en la plataforma Safo_piensa y reflejaba el deseo de superar el encuentro inicial entre lesbianas que sólo se presentan y comparten sus vivencias. El objetivo era reunir a lesbianas activistas de todo el país con el fin de organizarse políticamente. Entre las participantes se encontraban María Rachid, Claudia Castro, Fabiana Tuñez, Magui Bellotti, Verónica Marzano, María Rocha, Natalia Bolcatto, val flores y Macky Corbalán.

Hasta ese momento, los talleres de “Sexualidad” y “Mujeres y lesbianismo” eran los que mayor convocatoria tenían entre las lesbianas y bisexuales en los ENM. En estos, resultaba complicado abordar temáticas ligadas al activismo en sí ya que predominaban las narraciones personales, como anécdotas sobre el proceso de “salir del clóset” o sobre las dificultades cotidianas para encontrar pareja. La propuesta de crear un taller específico suponía un cambio sustancial hacia la formación de un colectivo organizado capaz de politizar sus experiencias. No obstante, es importante resaltar la relevancia política de estos talleres denominados “vivenciales”, ya que varias activistas entrevistadas compartieron que fue en ese contexto donde se enunciaron públicamente como lesbianas por primera vez.

María Rachid: (...) se propuso desdoblar el taller de “Mujer y lesbianismo” y hacer uno específico de activismo. Lo que se discutía era la necesidad de tener un espacio donde se reúnan las organizaciones a debatir respecto de la agenda del movimiento lésbico.

Natalia Bolcatto: Mendoza fue, para mí, un mojón, un hito en el activismo lésbico, porque por primera vez se hizo el taller de “Activismo lésbico” que dio inicio a una articulación a nivel nacional, con objetivos claros. De ahí nace el Espacio de Articulación Lésbica llamado EspArtiles, y todo lo demás. (...) Entre las lesbianas que militaban en ese momento, el planteo era “nosotras tenemos que articular y si seguimos discutiendo por qué me hice lesbiana o por qué me gusta tal chica, no avanzamos”. Queríamos discutir cosas más políticas, de la organización, del armado, de la militancia a nivel nacional y no tanto de lo vivencial, como en el otro taller que existía.

María Rocha: En el Taller de Activismo se planteó de armar un Encuentro Nacional de Lesbianas porque se quería federalizar el activismo. Me acuerdo que Claudia Castro tomaba nota de quiénes estábamos y de qué provincias. ¿Viste que los ENM tienen siempre encuentros paralelos? Bueno, Claudia me avisa que se iban a juntar las lesbianas en una plaza y ahí es donde empieza el tema de armar una lista de mails, que fue EspArtiles. (...) no éramos más de cuarenta. Me acuerdo que había chicas que

proponían que se trate el tema del matrimonio igualitario, y otras compañeras decían: “¿cómo vamos a tratar el matrimonio si estamos todavía tratando de sacar el “mujeres” del nombre del taller para que sea sólo sobre lesbianismo?”. Ya se discutía que las lesbianas no éramos mujeres, a partir de las lecturas de Monique Wittig, y había una cuestión teórica fuertísima.

Como recordó en la entrevista Gabriela Adelstein, no todas las lesbianas que asistieron a este taller eran activistas, pero todas querían serlo. Se decidió de forma conjunta crear un espacio federal de activismo, que fue el Espacio de Articulación Lésbica que tenía un objetivo final ambicioso: planificar un encuentro nacional de lesbianas. Sin embargo, para lograrlo, era necesario primero reunir a activistas de diferentes provincias, debatir sobre la agenda política, hacer redes y establecer conexiones y, sobre todo, conocerse. Hasta ese momento, la comunicación interprovincial se basaba en una lista de correos de Yahoo (que era la única plataforma que ofrecía esa opción para los grupos), pero desde entonces los encuentros presenciales y las asambleas empezaron a ser el espacio consensuado de toma de decisiones. La lista de correos de EspArtiles se convirtió sólo en un medio de comunicación y su coordinación quedó a cargo de Gabriela Adelstein, quien aportó su experiencia como colaboradora en RIMA Web.

3.4 Espacio de Articulación Lésbica (2004-2008)

Como sostuve anteriormente, en el Taller de “Activismo Lésbico” se acordó la creación del Espacio de Articulación Lésbica, abreviado como EspArtiles, con el propósito de organizar y coordinar el activismo en diferentes regiones del país. Se trató de un grupo amplio y heterogéneo, conformado por colectivos lésbicos y lesbianas “sueltas” de diferentes partes de la Argentina, todas con variadas trayectorias en el ámbito del activismo. EspArtiles se erigió como el primer y último espacio federal en la historia del activismo lésbico en el país que logró sostener una regularidad en sus reuniones presenciales a lo largo de los años, además de proponer desde distintos colectivos la organización conjunta de eventos de impacto a nivel nacional para el movimiento en su totalidad⁶⁶. La composición del grupo experimentó cambios con el tiempo, ya

⁶⁶Recién en el 2012 y 2014 se llevaron adelante otros encuentros lésbicos que se pensaron de forma federal: la Celebración de las Amantes (esto será retomado en el capítulo siete). También en el 2021, un colectivo cordobés llamado Alerta Torta convocó a un encuentro nacional de identidades lésbicxs, el “Tortazo”, del cual ya se realizaron dos ediciones. Sin embargo, los objetivos y dinámicas de estos dos encuentros fueron muy diferentes a los de EspArtiles.

que fueron pocas las activistas que permanecieron desde su creación hasta su disolución. Como se detallará a lo largo de este apartado, hubo numerosas disputas internas que fracturaron al grupo original. Incluso la premisa inicial de crear un espacio exclusivo para lesbianas fue discutida.

A lo largo de mi investigación, a partir de las entrevistas en profundidad y de la lectura de las minutas de cada encuentro presencial de EspArtiLes, identifiqué algunos temas controversiales que marcaron el curso de este grupo desde sus inicios. El primer debate se adentró en la cuestión de quiénes debían ser incluidas en la participación, debatiendo si esta debería limitarse a lesbianas o si también podían incluirse mujeres bisexuales y mujeres trans lesbianas, haciéndose eco de un debate que en el mismo periodo conmovió a los feminismos de toda la región⁶⁷. En segundo lugar, hubo opiniones encontradas en cuanto al financiamiento: algunos grupos abogaban por la autogestión como garantía de la autonomía del movimiento lesbofeminista, mientras que otros consideraban que aprovechar el interés de algunas instituciones en el activismo lésbico, expresado a través de apoyo económico, podría fortalecer y hacer más sostenible la lucha a largo plazo. Por último, apareció una tensión entre quienes argumentaban a favor de la centralización del activismo en la Ciudad de Buenos Aires (sosteniendo que, al ser la capital, tendría mayor visibilidad y participación) y aquellas que sostenían que una red realmente federal y multifocal solo podría lograrse mediante encuentros de lesbianas en diferentes provincias. (Como se verá a lo largo de la historia de EspArtiLes, no hubo consenso respecto a ninguna de estas cuestiones.)

Respecto al último punto de discusión y, como mencioné previamente, el activismo lésbico en la Ciudad de Buenos Aires tenía una trayectoria de al menos quince años cuando comenzaron a surgir grupos organizados de lesbianas en provincias como Neuquén, Mendoza, Tucumán y Santiago del Estero. Debido a esta disparidad, las lesbianas de Buenos Aires se habían estado organizando de forma autónoma, a menudo con la participación de activistas que venían de otros países de la región como interlocutoras. En este sentido, el planteo hecho por algunas integrantes

⁶⁷Durante esos años, en toda la región se debatía intensamente sobre la inclusión de personas trans, especialmente mujeres trans, en espacios que hasta entonces habían sido separatistas. Un ejemplo de esto ocurrió en el VI Encuentro Lésbico de América Latina y el Caribe, que se llevó a cabo en México en 2004. En ese evento, la corriente autónoma del lesbianismo acusó a los organismos de cooperación internacional de presionar para que las mujeres trans fueran admitidas en el encuentro. Estas mujeres trans también participaron en ediciones posteriores, pero no hubo un claro consenso al respecto. Fue recién en el XI Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, que tuvo lugar en 2009, cuando se tomó la decisión por consenso de permitir la participación de las mujeres trans.

de EspArtiles de intentar coordinar acciones de activismo lésbico entre provincias que tenían escenarios desiguales y contextos diferentes, generó resistencia de parte de algunos grupos capitalinos. Sin embargo, durante sus cuatro años de actividad, Espartiles logró coordinar varios encuentros presenciales que se realizaron en Córdoba, Rosario, Mar del Plata y en la Ciudad de Buenos Aires. La idea de ir cambiando la sede del encuentro, como en los ENM, era dar a los grupos locales la oportunidad de organizar y conocer las diferentes situaciones en las que les tocaba ser activistas a las lesbianas de diversas partes del país. Además, se intentó construir una red federal capaz de descentralizar el activismo porteño cuya presencia, hasta ese momento, hegemonizaba tanto los temas de interés como las experiencias.

El 1° Encuentro presencial del Espacio de Articulación se realizó entre el 18 y 20 de febrero de 2005 en Córdoba, en la casa de fabi tron. Allí se definieron los principales lineamientos del grupo que, no obstante, fueron rediscutidos y debatidos en numerosas oportunidades. Participaron: Tamara Derderian de AcoDHo (Córdoba); fabi tron del grupo Desalambrando (Buenos Aires-Córdoba); Claudia Castro y María Rachid del colectivo La Fulana (Buenos Aires); Macky Corbalán, Pehuén Bruno Viera y val flores de las Fugitivas del Desierto (Neuquén); Gabby De Cicco e Irene Ocampo de Safo_piensa (Rosario); Gabriela Robledo y Diana Esper (Córdoba); Natalia Bolcatto y Verónica Bonilla de Las Saffinas (Rosario); Gabriela Adelstein y Mariel Simonini (Buenos Aires). De las cuarenta y tres lesbianas que estaban anotadas originalmente para participar, asistieron menos de la mitad. La activista neuquina val flores responsabilizó de dicha “baja” a la dinámica “porteñocéntrica”:

Nosotras desde Neuquén poníamos mucha energía en juntar el dinero para ir a los encuentros presenciales, y unos días antes del primer encuentro en Córdoba todo el grupo de lesbianas de la Casa del Encuentro y sus aliadas –que en ese momento eran Yuderkys [Espinosa Miñoso] y las Mujeres Públicas, entre otras– se bajaron del encuentro. (...) Había sido consensuado, unas detrás de la otra dijeron que no iban. Finalmente, del encuentro participaron la gente de Rosario, fabi tron, nosotras de Fugitivas del Desierto, y de CABA vinieron las Fulanas (...). Como Fugitivas insistimos siempre mucho con lo que hoy puedo llamar *colonialismo interno*, ese eje de la diferencia que se arma entre Capital y Provincia, o entre Capital e “interior”, como algo que sigue cruzando al activismo. No nos parecía menor que todas las que no iban eran de Capital. No sé, de algún modo desconociendo nuestra necesidad o deseo de juntarnos con otras, que veníamos de lugares donde no había otras interlocutoras.

Sin embargo, la presencia de algunas activistas de CABA muestra que el desacuerdo principal no era territorial. Así lo recuerda Gabriela Adelstein:

El 8 de marzo de 2005 manda un mail todo el grupete TERF⁶⁸ diciendo que no asistirían porque teníamos una compañera que era trans lesbiana y no estaban de acuerdo... Era una cuestión TERF, para decirlo rápidamente. Magui Bellotti, Fabiana Tuñez, Marta Fontenla, Silvia Palumbo, y la arrastraron a Ilse Fuskova...armaron toda una rosca y el 8 de marzo mandaron un mail saliéndose de EspArtiles. Bueno, ¿qué hacemos? Decidimos seguir.

El primer encuentro presencial logró alcanzar varios consensos más allá del conflicto inicial. En primer lugar, se acordó que las participantes podrían ser lesbianas o mujeres bisexuales, tanto activistas como no activistas, siempre que se comprometieran a contribuir al trabajo y tuvieran residencia en Argentina o que fueran argentinas. En segundo lugar, se estableció que el espacio se autofinanciaría, excepto por posibles subvenciones provenientes de organizaciones de cooperación internacional o entidades estatales aliadas, siempre y cuando dichos financiamientos no impusieran condiciones ni requirieran publicidad. Como tercer punto, se definieron como temas prioritarios: impulsar la agenda y la política lésbica, coordinar acciones conjuntas para promover los derechos y la visibilidad de las lesbianas a nivel nacional, desarrollar estrategias comunes, generar contenido político y teórico, ofrecer apoyo a las organizaciones que lo necesitaran y compartir experiencias e información sobre las actividades de cada grupo en sus respectivas ciudades. Además, se acordó la formación de una comisión dedicada específicamente a la organización del Primer Encuentro Nacional de Lesbianas, que era el mayor objetivo de EspArtiles. Finalmente, las asistentes se comprometieron a reunirse presencialmente tres veces al año, a pesar de los desafíos surgidos debido a crecientes discrepancias internas en el grupo.

En el documento con las conclusiones del primer encuentro, la visibilidad lésbica destaca como uno de los temas más debatidos. Las participantes estuvieron de acuerdo en que las lesbianas “estamos invisibilizadas; nos han silenciado y borrado de la historia social, política y cultural; estamos tomando la palabra y (re)construyendo nuestra historia (...); no somos sujetas de derecho” (*Conclusiones*, 2005, p. 6). En consecuencia, se propuso establecer el Día de la Visibilidad Lésbica en torno a la genealogía lésbica argentina⁶⁹, con la posibilidad de investigar

⁶⁸TERF es un acrónimo de origen en la lengua inglesa, significa: *Trans-Exclusionary Radical Feminist*; se traduce como Feminista Radical Trans-Excluyente. Esta palabra no se usaba en el 2004, pero Gabriela Adelstein sintetiza esa experiencia del pasado con dicho acrónimo que, en el 2021, año en que se realizó la entrevista, era de uso extendido en los feminismos.

⁶⁹ El Día de la Visibilidad Lésbica no fue elegido en esta oportunidad y lo que definió años más tarde la fecha fue un triste evento. El 7 de marzo de 2010, en un barrio periférico de la provincia de Córdoba, Daniel Torres cometió un crimen de lesbo-odio –que desde el activismo se nombró como *lesbicidio*– asesinando a Natalia “Pepa” Gaitán. Así

más sobre el grupo Safo que formaba parte del Frente de Liberación Homosexual para determinar la fecha adecuada. Otros temas significativos discutidos incluyeron el contexto político y social que imponía la heterosexualidad como norma, los intentos de fundamentalismos religiosos de influir en las políticas estatales y la discriminación que las lesbianas enfrentaban en el sistema de atención sanitaria.

La cuestión de la violencia médica se volvió cada vez más relevante y se identificaron varios problemas que requerían la atención de las activistas, como la educación sexual, los dictados patriarcales sobre el cuerpo, la violencia médica institucional y la imposición de la maternidad. Como respuesta, se acordó llevar a cabo una Campaña Nacional de Concientización sobre la Violencia hacia las Lesbianas, que un año después se formalizó en un proyecto ligeramente distinto, denominado “Cambiamos las preguntas. Campaña Nacional por una atención digna de las lesbianas y mujeres bisexuales en los sistemas de salud”.

El 2° Encuentro presencial de EspArtiles se realizó el 16 y 17 de julio de 2005 en la ciudad de Rosario. Durante este evento se observó un significativo aumento en la cantidad de participantes, lo que a su vez conllevó un incremento en las discrepancias de opiniones o, al menos, una puesta sobre la mesa de las diferencias. Participaron: Mariel Simonini, Gabriela Adelstein, Julián García Acevedo, María Elena Yamin y Patricia Gajate (Buenos Aires); Mónica Longo, Gabriela Robledo y Diana Esper (Córdoba); Natalia Bolcatto, Verónica Bonilla, Andrea Fernández, María Eugenia Sarriás, Alejandra D. Carasa y Marli Piedrabuena de Las Saffinas (Rosario); val flores, Macky Corbalán y Pehuén Bruno Viera del grupo Fugitivas Del Desierto (Neuquén); Juana Toledo, Marcela Loyarte, Fernanda Torres, Claudia Cándido, María Rachid, Claudia Castro y Laura Arnés de La Fulana (Buenos Aires); Iris Ortellao y Paula Martínez del grupo VOX (Rosario); Sol Aguilar, Flavia González, Aurora de las Nieves Le Rose, María Inés Pérez y Analía Rodríguez de la CHA (CABA); Irene Ocampo y Gabby De Cicco de RIMA-Safo_piensa (Rosario); fabi tron de Desalambrando (Córdoba); Graciela Balestra y Silvina Tealdi de Puerta Abierta (CABA).

El debate se centró en la estrategia de participación que EspArtiles debería adoptar en el Encuentro Nacional de Mujeres que se celebraría ese año en Mar del Plata. Se planteaban cuestiones como la elección de talleres a los que asistir, la posibilidad de presentarse juntas, la

nació el 7M, *Día de la Visibilidad Lésbica*, que se celebra todos los años en distintas ciudades del país. Este tema que será retomado en el capítulo siete.

idea de organizar un encuentro paralelo y la decisión de si deberían o no dejar su firma como “EspArtiLes” en algunas intervenciones callejeras. La votación resultó a favor de desdoblar el taller de “Activismo Lésbico” y llevar volantes para informar sobre su espacio de articulación y la importancia de celebrar un Encuentro Nacional de Lesbianas. También se retomó el tema de si las personas del colectivo trans que se identificaban como lesbianas o mujeres bisexuales podrían o no participar en el evento, sin que se llegara a una resolución definitiva al respecto. Además, se presentó un marcado desacuerdo en relación al nombre que debería adoptar el futuro encuentro para lesbianas. En particular, el grupo La Fulana contaba con la presencia de dos activistas bisexuales que expresaron su preocupación por no sentirse incluidas y solicitaron que el nombre del encuentro nacional abarcara tanto a lesbianas como a bisexuales. Este tema resultó muy conflictivo y tampoco encontró una solución definitiva.

El 3° Encuentro presencial se realizó unos meses después, durante el ENM en Mar del Plata. Duró sólo un día y tuvo un ímpetu más resolutivo. El énfasis estuvo puesto en definir la fecha para el encuentro nacional de lesbianas y se discutió si se aceptaría o no financiamiento para el mismo.

El 4° Encuentro fue celebrado en febrero del 2006 en la sede del Centro Comunitario La Fulana en la Ciudad de Buenos Aires. La concurrencia disminuyó notablemente, sobre todo de las activistas que viajaban desde otras provincias. Asistieron Sol Aguilar, del Espacio de Género de la CHA, y su pareja, Claudia Rozic, que participaba en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (Buenos Aires); Macky Corbalán y Val Flores de las Fugitivas del Desierto (Neuquén); Laura Arnés, Claudia Castro, Romina Ianni Lucio, Amanda Rosenfeldt y María Rachid de La Fulana (CABA); Laura Safo y Clara Gualano de Les Arts (CABA); Gabriela Adelstein de RIMA/Safo_pienSA (CABA). También participaron lesbianas independientes de Buenos Aires, como Lucrecia Carril, Julián García Acevedo, Gabriela Grenni, Mariel Simonini y Leticia Wainschenker. De este encuentro salió finalmente la campaña de concientización sobre la atención ginecológica a lesbianas y mujeres bisexuales, que recibió financiamiento del Programa Nacional de SIDA y Astraea⁷⁰.

⁷⁰El Fondo Internacional de Astraea –Fundación Lésbica por la Justicia– es una organización que promueve la justicia económica, social y racial en los Estados Unidos y en otros países a nivel internacional. Sus programas de financiamientos y de educación con otros donantes tienen el objetivo de apoyar a grupos de lesbianas, personas transgénero y comunidades aliadas a combatir la opresión y exigir la protección de sus derechos humanos. Desde los noventa y durante toda la década del dos mil fue la principal financiadora a proyectos LGBTTTQ de Argentina,

3.4.1 Cambiemos las preguntas

El 28 de mayo de 2006, con motivo del Día Internacional de Acción por la Salud de la Mujer, se llevó a cabo el lanzamiento de la “Campaña Nacional por una atención digna de las lesbianas y mujeres bisexuales en los sistemas de salud”. Esta campaña se destacó como una de las intervenciones más significativas realizadas por EspArtiLes, ya que abordó algunas de las preocupaciones más apremiantes compartidas por las activistas de la época, como la escasa información sobre el lesbianismo y la falta de interés institucional en la salud sexual de las lesbianas. Este enfoque continuó la iniciativa empezada años atrás por grupos como Lesbianas a la Vista, quienes en los noventa habían iniciado una campaña de salud sexual repartiendo unos folletos informativos; y encontró continuidad, a su vez, en colectivos posteriores como las Ultravioletas que en 2007 empezaron a abordar activamente este tema en Mendoza.

El siguiente testimonio muestra cómo el tema de la salud sexual de las lesbianas no era visible en la sociedad o peor, no era considerado ni siquiera problemático:

María Rachid: En ese momento, pero también un poco hoy, las organizaciones de diversidad dependíamos de la financiación por VIH. Cuando nació La Fulana en 1998, el eje principal del movimiento de la diversidad sexual era el VIH y nosotras tuvimos un proyecto del Banco Mundial para trabajar VIH. Pensamos, en ese momento, cómo hacer para que ese financiamiento no nos condicionara, porque VIH es un tema importante, pero había otras cosas que nos pasaban a las lesbianas. Entonces dijimos: digámosle al Banco Mundial que vamos a imprimir doscientos mil folletos de VIH para lesbianas y bisexuales, pero imprimamos sólo cincuenta y con el resto hacemos folletos de cáncer de mama, de útero, de ITS, etc.

Diez años después, el problema seguía presente y eran las propias lesbianas quienes dedicaban los mayores esfuerzos a contrarrestar la falta de información desde el activismo:

Ultravioletas: Estábamos muy preocupadas por el tema de las Infecciones por Transmisión Sexual, era un tema candente en ese momento [2007]. Enarbolamos la bandera de la salud sexual porque es como que englobaba más el tema de que no existiéramos, ese silencio en la medicina sobre la salud sexual de las mujeres y las lesbianas. Empezamos a usar material de la campaña “Cambiemos las preguntas” que hizo EspArtiLes (...) y después nuestra militancia tuvo que ver con eso: la visibilidad con el foco en cuáles eran los temas postergados para las lesbianas.

Incluso al momento de realizar las entrevistas para mi tesis, entre el 2019 y 2023, las activistas lesbianas denunciaron que aún sentían que el tema del lesbianismo relacionado con la

brindando asistencia económica prioritaria a los colectivos de lesbianas. Extraído de: <https://www.astraeaoundation.org/apply/international-fund/fondo-internacional-de-astraea/>

salud y la violencia no recibía el tratamiento adecuado. La persistencia de esta problemática a lo largo de los años refleja las resistencias que han ofrecido las instituciones para reconocer plenamente los derechos de las lesbianas y mujeres bisexuales.

María Eugenia Sarriás: Para nosotras [Las Safinas] sigue siendo importante en el 2022 insistir sobre la inexistencia del campo de látex y de los protocolos de prevención para las personas que tienen sexo con personas con vulva, y las lesbianas, específicamente. Además, nos parece que es fundamental hablar de la violencia entre lesbianas y hacia lesbianas. No hay estadísticas de las violencias hacia nosotres, no existen, están totalmente invisibilizadas, no tenemos leyes. En el momento en que nos pasa algo, no tenemos legalidad. Es un problema muy grande porque en muchos lugares recurrimos a la justicia y rebotamos. Cuando suceden situaciones así, las familias niegan que sean lesbicidios porque niegan nuestra orientación sexual. Sólo sabemos de Natalia Gaitán porque su mamá salió a decirlo, pero el resto de los casos se desconoce.

Como muestran los testimonios, había acuerdo acerca de la importancia, la necesidad y la urgencia de lanzar una campaña de salud orientada a las lesbianas. Sin embargo, en EspArtiLes su concreción tuvo que sortear algunas diferencias ideológicas internas, principalmente, respecto al financiamiento y a la participación del Estado en la producción, difusión y distribución del documento que elaboraron las activistas. Había existido un consenso inicial por el cual se establecía que el documento tendría por destino ser distribuido:

en los servicios de ginecología de diferentes clínicas, en hospitales públicos, facultades de medicina, secretarías y ministerios de salud y demás reparticiones públicas a fin de informar y concientizar a los profesionales de salud acerca de la realidad lésbica específicamente en el ámbito de la ginecología. (EspArtiLes, 2006, s/p)

Sin embargo, se manifestaron dos posiciones antagónicas. Por un lado, estaba la postura más fuertemente representada por La Fulana que sostenía que:

las organizaciones sociales suplen el lugar del Estado cuando el Estado no está, pero cuando el Estado tiene voluntad de estar tenemos que hacer todo lo posible para que el Estado responda como tiene que responder. Eso es lo que intentamos hacer con *Cambiamos las preguntas...* (De la entrevista con María Rachid)

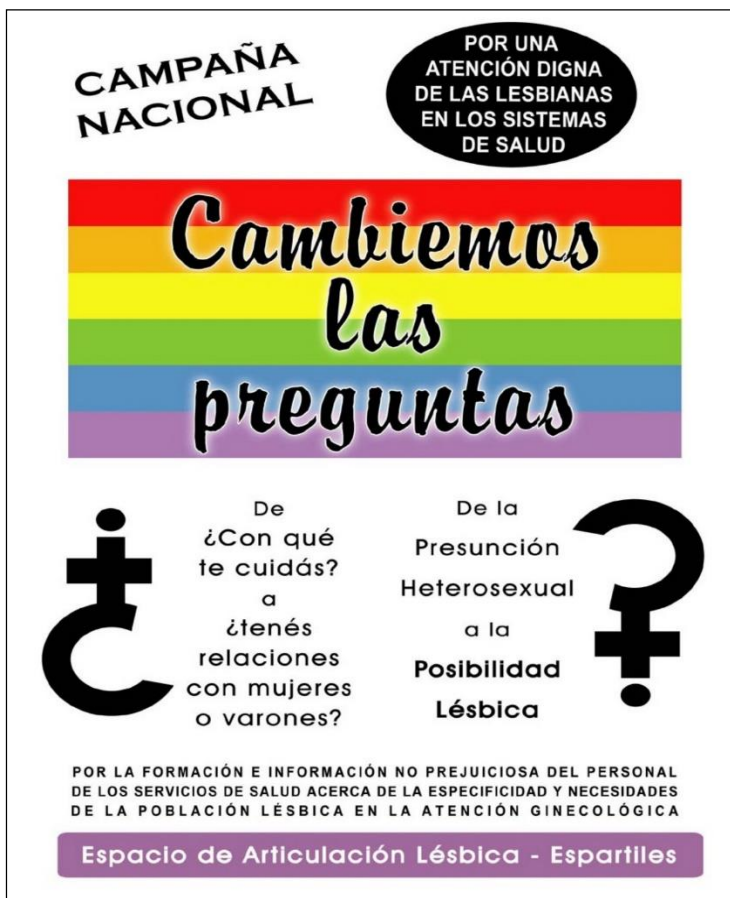
Por el otro lado, estaba la posición de las lesbianas llamadas “autónomas”, que a esa altura la sostenía casi exclusivamente el grupo Fugitivas del Desierto, ya que Fabi Tron, Irene Ocampo y Gabby De Cicco se habían ido de EspArtiLes. Esta segunda postura sostenía que la campaña de salud expresaba un reclamo al Estado, por lo tanto, entregar a las instituciones el documento elaborado desde el activismo significaba ir en contra de ese objetivo.

Val Flores: Para la Campaña de atención ginecológica armamos el documento, después un afiche, y me acuerdo que se planteó toda una discusión. Hubo un encuentro

presencial en Buenos Aires y ya quedamos muy en desigualdad de condiciones para discutir. Nosotras teníamos una posición más...no sé si autonomista, pero sí considerábamos que era nuestro trabajo, una elaboración desde nuestras propias vidas como lesbianas reclamándole al Estado. Del otro lado estaba la posición de La Fulana de entregarle la Campaña al Estado. Finalmente, cada una en su lugar fue presentando la Campaña con las alianzas que cada cual podía tener en su ciudad. Pero pasó después que mucho de ese trabajo y de ese documento que hicimos en EspArtiles se tomó para cuestiones que hizo el Ministerio de Salud con respecto a la salud de las lesbianas. Nosotras no le queríamos entregar la Campaña al Estado. El argumento de La Fulana era que en ciertas provincias el único modo de entrar era si el documento estaba firmado por el Ministerio de Salud, que eso le iba a dar cierta legitimidad para que estuviera en algunas instituciones. Para nosotras, eso era entregarle todo nuestro trabajo a una institución que no tenía ninguna reflexión sobre la atención [ginecológica] a lesbianas...⁷¹

La Campaña fue de una importancia absoluta para el activismo lésbico porque no sólo ofrecía información allí donde hasta entonces sólo había habido silencio, prejuicios, tabúes y malas prácticas, sino porque colocaba a las lesbianas y mujeres bisexuales como sujetas productoras de conocimiento. Fueron ellas –las que no venían siendo consultadas– quienes tomaron la voz y explicaron aspectos clave de la atención médica. Por ejemplo, expresaron cómo deseaban ser tratadas en las consultas ginecológicas y por qué el enfoque tradicional de los médicos no era inclusivo ni profesional. Destacaron cómo la discriminación y la falta de

⁷¹ La campaña “Cambiemos las preguntas” fue la última actividad de la que participaron las Fugitivas del Desierto, quienes decidieron irse del grupo “porque veíamos que no había mucho margen de acción, ni para plantear ciertas discusiones porque había sido copado por el sector más institucional del activismo” (de la entrevista a Val Flores). A pesar de sus críticas al “ala institucionalista” de Espartiles, las fugitivas presentaron el documento de la campaña de atención ginecológica al Programa Provincial de Salud Sexual y Reproductiva de Neuquén –programa que nació en el 2003 en el ámbito del Ministerio de Salud. En la entrevista, Val Flores justifica dicha decisión argumentando que ellas tenían “cierta alianza con la [persona] que dirigía el programa de salud sexual y reproductiva. (...) Incluso nos invitaron a una jornada que había de personal de salud, en Plottier”.



información iban en contra de la definición de salud de la OMS, que la considera como el “completo bienestar físico, mental y social, y no simplemente la ausencia de enfermedad”. Abordaron temas como la prevención de enfermedades a través del control ginecológico y la promoción de prácticas de cuidado. También señalaron la falta de políticas públicas relacionadas con la fertilización asistida, lo que obstaculizaba el pleno acceso a los derechos sexuales y reproductivos. Además, la campaña ayudó a visibilizar las prácticas eróticas y afectivas de las lesbianas, desafiando el estereotipo histórico que afirmaba que las relaciones sexuales solo implicaban penetración del pene.

El documento final de la campaña constaba de

nueve páginas. En él se presentaba un análisis del estado de la atención ginecológica en general, destacando que detrás de las preguntas habituales que hacen los profesionales de la salud a las pacientes se ocultaba una presunción de heterosexualidad, prejuicios y falta de información que a menudo resultaban en actitudes discriminatorias. Esto llevaba a que muchas lesbianas sintieran la necesidad de ocultar su orientación sexual ante los médicos. Además, los prejuicios y la falta de información por parte de los profesionales llevaban a que no se indagara sobre abortos o prácticas seguras para prevenir infecciones de transmisión sexual en aquellas pacientes que sí revelaban ser lesbianas o bisexuales.

El informe también revelaba la escasez de estadísticas de salud relacionadas con lesbianas y mujeres bisexuales. Además, se incluía información sobre derechos reproductivos y temas como Infecciones de Transmisión Sexual, VIH/Sida, cáncer de mama y cáncer cérvico-uterino. El documento abogaba por varios derechos y legislaciones, incluyendo el derecho a la dignidad personal, el derecho a la salud y los derechos reproductivos, con énfasis en la Ley 25.673 que estableció el Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, y la Ley de Educación

Sexual Integral. También se hacía un llamado a favor del derecho al aborto. Hacia el final del documento se enumeraban siete reclamos:

1. Una transformación del protocolo de atención ginecológica, que contemple la inclusión de las diversas identidades sexuales (...).
2. Un trato no sexista ni lesbofóbico en todos los servicios de salud, que considere nuestra sexualidad como parte integrante de nuestra humanidad.
3. La realización de relevamientos, estudios y/o investigaciones sobre la salud de lesbianas y mujeres bisexuales, con el fin de producir conocimientos sobre el tema que mejoren nuestro acceso a los servicios de salud, contemplando la participación de las propias lesbianas u organizaciones vinculadas a la especialidad.
4. El acceso a los servicios de fertilización asistida sin discriminación alguna.
5. La modificación del protocolo de donación de sangre, que excluya toda consideración discriminatoria en lo concerniente a: identidad sexual, prácticas sexuales, nacionalidad.
6. Capacitación de los profesionales de la salud acerca de las medidas de protección posibles para evitar el contagio de infecciones de transmisión sexual en las relaciones entre mujeres.
7. Una educación sexual sin discriminación que contemple las distintas sexualidades. (*Cambiamos las preguntas*, 2006, p. 6)

Considero que estos siete reclamos al Estado eran de avanzada para su época ya que muchos de ellos tuvieron que esperar hasta quince años para obtener una legislación adecuada. En este contexto, es importante recordar que la Ley 26.150 de Educación Sexual Integral fue aprobada en Argentina en octubre de 2006, cinco meses después de la campaña de EspArtilles (en algunas regiones del país su implementación se retrasó durante varios años). Por otro lado, la Ley 26.862 de Fertilización Asistida se promulgó a nivel nacional recién en 2013, siendo la única referencia previa una ley similar en la Provincia de Buenos Aires, aprobada tres años antes. Esta ley provincial tenía un enfoque heterosexista, como se refleja en el Artículo 1, que consideraba la infertilidad humana como una enfermedad, y en el Artículo 2, que definía la infertilidad como la incapacidad de una pareja para concebir un niño de manera natural o llevar a cabo un embarazo después de un año de actividad sexual activa (Ley N° 14.208). En contraste, la legislación nacional adoptó un enfoque inclusivo, permitiendo que cualquier persona mayor de edad, independientemente de su orientación sexual o estado civil, acceda de manera gratuita y equitativa a las técnicas y procedimientos de fertilización asistida (Ley 26.862). En cuanto a la donación de sangre, recién en el 2015 se eliminó la prohibición a las personas homosexuales para donar sangre, gracias al trabajo conjunto entre el INADI, el Ministerio de Salud y organizaciones

sociales como la CHA y 100% Diversidad y Derechos⁷². Como figura en la página del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, la decisión de las resoluciones 1507, 1508 y 1509 /2015 vinculadas a la donación de sangre estuvieron atravesadas:

por un cambio de paradigma en el criterio sanitario que sustituye al viejo concepto de 'grupos de riesgo' por la consideración de 'situaciones o prácticas de riesgo incrementado'. Una medida que fue reparatoria en pos de problematizar el estigma construido en torno a la población LGTB como 'grupo de riesgo'. (INADI, 2020, s/p)

La Ley 22.990 que regula actividades relacionadas con la sangre humana se modificó por última vez en abril de 2023 y junto con la Ley Nacional 27.675 de Respuesta Integral al VIH, hepatitis virales, otras infecciones de transmisión sexual (ITS) y tuberculosis, promueven un enfoque integral y no discriminatorio para los pacientes. Finalmente, la Ley 27.610 de Interrupción Voluntaria del Embarazo entró en vigor en enero de 2021, marcando un hito importante en el acceso de las personas a la interrupción voluntaria del embarazo.

Las consecuencias e implicaciones de la campaña realizada por EspArtiLes se manifestaron de diversas maneras en varias regiones de Argentina a lo largo de los años. En Buenos Aires, el colectivo La Fulana dio una serie de talleres en hospitales públicos y universidades, como la UTN, usando como material de base el cuadernillo elaborado por EspArtiLes. En junio de 2006, el Concejo Municipal de Rosario, a través de la concejala socialista María Cristina Fregoni, aprobó un proyecto que comprometía a la Secretaría de Salud Pública a promover “espacios de debate entre los médicos y las organizaciones defensoras de los derechos de la mujer, especialmente de las lesbianas, para optimizar la asistencia médica que reciben” (Página12, 2006, s/p). Por otro lado, en Neuquén, el grupo Fugitivas del Desierto presentó en 2006 su reclamo por una atención digna para las lesbianas en el sistema público de salud. La intervención incluyó la distribución del documento de la Campaña en el Programa Provincial de Salud Sexual y Reproductiva de la subsecretaría de Salud, así como en los hospitales Castro Rendón, Heller, Bouquet Roldán e incluso la Escuela de Medicina (Diario Rio Negro, 2006, s/p). En Córdoba, la campaña fue promovida por una coordinadora GLTTBI, mientras que, en Bahía Blanca, la ONG “Entramadas” se encargó de difundir el trabajo de EspArtiLes. A Mendoza la Campaña llegó en 2007 de la mano del colectivo

⁷² Un poco antes, en julio de 2013, después de varias presentaciones realizadas por la CHA y la FALGBT, la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires aprobó una modificación que permitía la donación de sangre sin tener en cuenta la identidad u orientación sexual del donante (Asociación por los Derechos Civiles, 2017).

lésbico Ultravioletas, que utilizó el documento para proporcionar información sobre la atención ginecológica en su provincia y para visibilizarse como lesbianas y bisexuales con sus demandas específicas.

Por otro lado, en 2012 se publicó el documento “Mujeres organizadas por el derecho a la salud. Diagnóstico participativo nacional sobre salud sexual y prevención de cáncer de cuello de útero”, elaborado conjuntamente por los programas nacionales de Prevención de Cáncer Cervicouterino y de Salud Sexual y Procreación Responsable del Ministerio de Salud de la Nación, en colaboración con el Consejo Nacional de las Mujeres. Este documento se basó en la Campaña desarrollada por EspArtiles y propuso la creación de protocolos de atención ginecológica no heterosexistas, tomando como base el documento “Cambiemos las preguntas”. En 2014, el manual de trabajo propuesto por las Consejerías en salud sexual y salud reproductiva, publicado por el Ministerio de Salud y avalado por Presidencia de la Nación durante el mandato de Cristina Fernández de Kirchner, tituló su segundo capítulo como “Cambiemos las preguntas” y reconoció al colectivo EspArtiles como autoras⁷³. Por último, en mayo del 2017, la Asamblea Lésbica Permanente de la Ciudad de Buenos Aires lanzó una campaña en contra de las violencias ginecológicas, titulada “Relatos reales de TORTAS y BI sobre VIOLENCIA GINECOLÓGICA”. Así, se continuó una genealogía inaugurada más de diez años antes por EspArtiles, en la que las lesbianas y mujeres bisexuales se erigieron como las voces autorizadas para generar testimonios e información que devinieran en datos capaces de suplir el silencio de los organismos especializados en la materia.

A pesar de los logros obtenidos, el hecho de que en el año 2017 el activismo lésbico haya sido nuevamente el encargado de llevar a cabo una investigación sobre la calidad de la atención ginecológica para lesbianas indica que los organismos estatales aún no han reconocido completamente este problema ni han adoptado políticas públicas para enfrentarlo. Por otro lado, la reticencia de muchas activistas a participar en consultorías estatales o a involucrarse en

⁷³El documento *Mujeres organizadas por el derecho a la salud...* está disponible en: <https://www.msal.gob.ar/images/stories/ryc/graficos/0000000393cnt-06-Mujeres%20Organizadas%20po%20el%20derecho%20a%20la%20salud.pdf>

Por otro lado, el manual de la Consejería en salud sexual y salud reproductiva se encuentra en: <https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/consejeriasensaludsexualyreproductiva.pdf>

programas institucionales, aunque sean limitados, ha dejado importantes vacíos de conocimiento en áreas específicas y mantiene a las activistas como las principales expertas en varias materias, pero quedan aisladas de los circuitos institucionales. En simultáneo, las instituciones públicas tampoco han realizado esfuerzos significativos para incorporar a las lesbianas en el diseño de políticas. No obstante, la compleja relación entre el activismo autonomista y el Estado presenta otros desafíos que requieren de una atención que quedará para futuros trabajos.

3.4.2 Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales

En el 2006 la campaña de salud para lesbianas tuvo muy buenas repercusiones, incluso hubo medios de comunicación como Página12 y Diario Río Negro que levantaron la noticia. Sin embargo, el Espacio de Articulación Lésbica estaba cada vez más dividido. Aún faltaba organizar el encuentro nacional de lesbianas que había sido la principal meta planteada en el taller de “Activismo Lésbico” en 2004 y uno de los motivos del nacimiento de EspArtiles.

El conflicto que en esta oportunidad dividió las aguas en el grupo refería a la elección del nombre que debía adoptar el encuentro y a una cuestión estrechamente relacionada: ¿a quiénes se dirigía dicho encuentro? ¿Sólo a lesbianas? ¿A lesbianas y mujeres bisexuales? ¿A mujeres trans lesbianas? ¿A lesbianas y bisexuales feministas? En ese momento, muchas activistas y colectivos compartían la perspectiva teórica y política propuesta por Monique Wittig, que planteaba que las lesbianas no son mujeres. Debido a esta razón, desde el año 2004 las activistas habían estado luchando intensamente para eliminar la palabra “mujeres” del taller titulado “Mujeres y Lesbianismo” en el Encuentro Nacional de Mujeres. Sin embargo, de manera contradictoria y quizás provocativa, el nombre finalmente elegido fue “Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales”. Esto no solo mantuvo la palabra “mujeres” en el nombre, sino que la colocó antes que “lesbianas y bisexuales”. Según una de las entrevistadas, fue María Eugenia Sarrías del colectivo Las Saffinas quien propuso esta versión, argumentando que era importante reivindicar el término “mujer”. Esta perspectiva generó un intenso debate dentro de la Comisión Organizadora y atrajo numerosas críticas que acusaron al encuentro de promover el “esencialismo biológico” y el “determinismo”.

El otro eje de tensión ya conocido refería a cómo se financiaría el evento. Ganó la postura que sostenía que había que aceptar fondos externos para lograr así darle al evento la masividad

deseada (siempre y cuando no se exigieran contraprestaciones o se impusieran lineamientos contrarios a los sostenidos por el grupo). Según las *Memorias* que fueron publicadas por la Comisión Organizadora al finalizar el Encuentro, el financiamiento provino del Global Fund for Women (monto: U\$D 9.000) y del INADI (monto: \$8.000). En la entrevista, María Rachid destacó que el INADI también les ofrecía usar su teléfono y les prestaba la oficina para hacer reuniones, imprimir volantes o sacar fotocopias. Esto significaba que el INADI:

(...) nos ofrecía toda la ayuda que necesitáramos para hacer el Encuentro. Ya sólo prestarnos el teléfono para hablar con todas las provincias era un montón de plata para nosotras, porque llamar por teléfono era inaccesible. Nos llegaron más de seiscientos pedidos para ir al Encuentro y finalmente cuatrocientas mujeres vinieron de todo el país. Pero hubo todo un debate porque algunas no querían saber nada con articular con el Estado... Nosotras decíamos en las discusiones: “no importa si este Estado es el que queremos, aprovechemos los recursos que nos dan y hagamos lo que queramos, si total no nos ponen condiciones. Mientras que no haya condiciones, tomemos lo que nos ofrecen. (María Rachid)

A pesar de las diferencias internas, el encuentro nacional se hizo después de mucho trabajo y de cuatro años de asambleas presenciales en EspAartiLes. Al igual que la campaña de salud marcó un antecedente muy valioso para el activismo lésbico federal porque representó la primera experiencia de encuentro exclusivo de lesbianas y mujeres bisexuales de todo el país.

En la Comisión Organizadora había menos de veinte activistas que resistieron los diferentes quiebres al interior del espacio: Martina Rivetti, Iris Ortellao y María Eugenia Sarrias (Rosario); Jorgelina González y María Rocha (Santiago del Estero); Gabriela Robledo (Córdoba); María Rachid, Claudia Castro, Sol Aguilar, Laura Arnés, Claudia Rozic, Laura González y Leticia Wainschenker (Buenos Aires). Así lo recuerda María Eugenia Sarrias:

Éramos tres activistas de Rosario y nos encargamos de buscar diferentes recursos. No sólo logramos que se declarara al encuentro de interés municipal, sino que se consiguiera alojamiento y comida para todas las compañeras. O sea, dimos becas para que pudieran participar. Y, por su puesto, logramos que la Universidad Nacional de Rosario nos diera el lugar para el evento, en el politécnico. Con EspAartiLes habíamos ganado un proyecto de MamaCash y con eso financiamos bastante a los colectivos de les compañeres que vinieron. Llevó cinco años organizarlo porque queríamos que el Encuentro no fuera sólo para las lesbianas de Buenos Aires y de las activistas que podían pagarse los pasajes, sino que queríamos que fuera realmente nacional y popular, que realmente pudieran venir todes.

Finalmente, el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (en adelante ENMLB)⁷⁴ se celebró los días 3 y 4 de mayo de 2008 en Rosario. Contó con la participación de cuatrocientas mujeres provenientes de diversas provincias, a quienes se les proporcionó apoyo financiero para cubrir gastos de transporte, alojamiento y comida. Además, se hicieron presentes integrantes de colectivos que, si bien asistieron, optaron por no ingresar a las instalaciones donde se llevaban a cabo los talleres y actividades. En su lugar, se mantuvieron en la vereda expresando su disconformidad ante la Comisión Organizadora. Entre estos colectivos se encontraban las editoras de la revista *Baruyera*, Malas como las Arañas y las Fugitivas del Desierto. Sin embargo, todas las participaciones contribuyeron a la construcción del evento, tal como destacó Iris Ortellao: “Un Encuentro es un proyecto colectivo. Al igual que cuando se llevaban a cabo la marcha y la contramarcha del orgullo, al final, todo era bienvenido porque todo contribuía a la visibilidad y a la cultura política LGBT”. Natalia Bolcatto, rosarina, contó acerca de su participación:

Me sorprendió y me gustó la masividad, éramos un montón y se notaba que era muy necesario que existiera ese espacio. Había lesbianas de distintas provincias y muchas no eran activistas, se les notaba la necesidad de participar y de encontrarse con otras lesbianas. Así como los Encuentros Nacionales de Mujeres son la puerta de entrada para mujeres que no tienen otra militancia o que tienen una militancia muy incipiente, me parece que pasó eso mismo cuando se encontraron tantas lesbianas, tantos temas, tantas preguntas...

Durante los dos días del ENMLB se pudieron compartir numerosos talleres y actividades artísticas que incluyeron una muestra cinematográfica, una velada poética estilo “varieté” y una actividad cultural de tambores y visibilidad que culminó con una marcha de aproximadamente trescientas personas que se dirigieron hacia el Monumento a la Bandera. También se realizaron cenas, partidos de fútbol, bailes y se instalaron stands donde se ofrecían artesanías, remeras y libros, además del “pasilleo” característico de los encuentros nacionales de mujeres. Las EspArtilles, además, contemplaron un espacio destinado para las infancias:

⁷⁴ Trece años antes, la convocatoria al Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe, que se llevó a cabo en Chapadmalal en 1995, presentaba material promocional y folletería que carecía de información de contacto, como nombres y números de teléfono, e incluso no mencionaba a los colectivos lésbicos que estaban a cargo de la organización del evento. Esto se debió a que la amenaza de la averiguación de antecedentes todavía se usaba para extorsionar y perseguir a la comunidad LGBTTTQ. En contraste, el encuentro organizado por EspArtilles en 2008 refleja una serie de cambios significativos en la sociedad y la cultura. Estos cambios permitieron no solo la celebración de un evento que se llevó a cabo de manera abierta y visible (“afuera del clóset”), sino que su difusión fue tan efectiva que atrajo la participación de cuatrocientas mujeres bisexuales y lesbianas.

Laura Safo: Había un espacio para les niños y había adultos que les cuidaban para que sus mamás pudieran estar en los talleres. En ese momento nadie pensaba en eso, fue de avanzada. Lo mismo con las viandas, ya en ese momento teníamos opción *veggie*... Queríamos que fuera lo más inclusivo posible.

El número artístico de apertura estuvo a cargo de la Lesbianbanda y de un grupo de teatro espontáneo llamado Diversión Temática. También hubo una apertura más protocolar que incluyó un homenaje a Ilse Fuskova, un reconocimiento muy importante porque recuperar esa tradición de activismo fue un gesto hacia la construcción de una genealogía.

mariam pessah: Tengo una foto muy linda de Ilse de cuando estaba hablando. Fue “homenajeada”, lo digo haciendo comillas porque no me gusta la palabra que empieza con “hombre”, “home-najeada”. Yo digo, en cambio, “mujeragiada”. Fue un reconocimiento muy importante porque implicó reconocer a quien estuvo antes. Siempre hubo críticas a Ilse porque era de clase alta, entonces se decía: “ella puede ser lesbiana”. Yo no sé si es que ella puede ser lesbiana porque es de clase alta, porque si no todas las lesbianas de clase alta se hubieran asumido afuera del clóset. Creo que Ilse hubo sólo una y cada una aprovecha lo que puede.



1Apertura del ENMLB, 2008. Foto del archivo personal de mariam pessah

Se recibieron propuestas para la organización de mesas de debate hasta un mes previo al Encuentro, con el objetivo de brindar a todas aquellas interesadas la oportunidad de coordinar un taller. En total, se llevaron a cabo veinte talleres, abarcando diversas temáticas y enfoques. Algunos de estos adoptaron un enfoque vivencial, siguiendo el estilo de los grupos de

autoconciencia, como los talleres de “Lesbianismo” y “Mujeres bisexuales”, así como los dedicados a las personas trans lesbianas y trans bisexuales. Otros, se desarrollaron en formato de ronda de debate, tales como el taller de “Juguetes y Fantasías Sexuales”, el taller de “Mujeres Lesbianas y Bisexuales del Mercosur e Iberoamérica” y el taller sobre “Violencia entre Mujeres”, entre otros.

En cuanto al acto de cierre del encuentro, se hizo hincapié en la importancia de incorporar los temas relacionados con el lesbianismo en la agenda del Movimiento LGTBTTQ a nivel nacional, así como en la necesidad de abogar por el acceso a derechos y la promulgación de nuevas legislaciones. El documento con las conclusiones y propuestas resaltó varios puntos clave en este sentido, como la colaboración entre organizaciones de todas las provincias argentinas y de países latinoamericanos para promover derechos civiles y mejorar el acceso a la información basada en una agenda de noticias elaboradas por lesbianas y bisexuales. También se propuso la creación de grupos de reflexión en todas las provincias con el objetivo de compartir experiencias y estrategias relacionadas con la salida del clóset, así como la generación de espacios para la visibilización lésbica. Otras demandas importantes incluyeron la urgencia de garantizar el acceso al matrimonio igualitario, el reconocimiento de la tenencia compartida de hijos e hijas y la posibilidad de adoptar. Asimismo, se abogó por la obtención de cobertura de obra social para las parejas del mismo sexo y la garantía de la patria potestad para la madre “no gestante” (EspArtiLes, 2008, p. 26-31).

Dada la magnitud y relevancia del evento, resultó llamativo que no se haya mencionado al ENMLB en todas las entrevistas que realicé, a pesar de que la mayoría de mis entrevistadas habían asistido. Por otro lado, aquellas que sí lo nombraron hicieron hincapié en las diferencias internas presentes en EspArtiLes, mientras también reivindicaban la posición “autonomista”, en contraste con el criticado “institucionalismo” atribuido a la Comisión Organizadora. Sin embargo, esta crítica pasa por alto el hecho de que la realización de este encuentro fue posible gracias al financiamiento externo y al apoyo de instituciones como el INADI, siendo este encuentro el primero y último de su tipo. También se cuestionó a las organizadoras por priorizar la cantidad de participantes, permitiendo el acceso a la mayor cantidad posible de lesbianas y bisexuales del país, a expensas de la calidad. En este contexto, subrayo que las conclusiones surgidas de los talleres resultan esclarecedoras al destacar, entre sus puntos fundamentales, la necesidad expresada por las participantes de visibilizarse y de contar con un espacio como el brindado por EspArtiLes, lo cual

se tradujo en la promesa de futuros encuentros. La preservación de espacios para el diálogo y la colaboración entre lesbianas, a pesar de las diferencias, también se destaca en las conclusiones del documento. Por lo tanto, sostengo que la calidad del encuentro quedó asegurada al lograr el objetivo inicial de proporcionar a un gran número de lesbianas y bisexuales, que previamente carecían de un espacio grupal y/o de activismo, la posibilidad de unas jornadas dedicadas exclusivamente al encuentro, la reflexión, el debate, la sociabilización, la puesta en circulación de material informativo y el apoyo mutuo.

Iris Ortellao, ex integrante del grupo VOX y una de las pocas rosarinas activistas que quedaron en la Comisión Organizadora de EspArtiLes, comentó en la entrevista:

Siento que el Encuentro está muy subestimado en el activismo, porque fue enorme. Estuvimos años para prepararlo y, si bien no podemos decir que fue autogestivo porque recibimos fondos internacionales y también del Estado, sí fue un encuentro que logró realizarse por la tracción de muy pocas activistas... Porque nosotras trabajamos para que asistieran personas que no tenían ningún interés en que ese encuentro sucediera. Fue lanzar una gesta... (...) creo que el Encuentro fue uno de los primeros eventos populistas y eso no les pareció atractivo a algunas. Era todo gratis y festivo, para mí eso fue una fiesta porque veníamos también de muchas carencias. Y no, no se citó a Judith Butler, pero las pibas la pasaron bien⁷⁵.

A partir de lo expresado en el testimonio, destaco otra virtud de este encuentro: logró reunir a lesbianas de diversas regiones del país que no se identificaban como activistas. Es decir, hubo de parte de la Comisión Organizadora un interés por fomentar la diversidad y la exogamia, lo cual permitió la participación de personas que se sumaban por primera vez a un evento de esta naturaleza. Aunque se llevaron a cabo talleres más orientados a la vivencia personal, no exclusivamente centrados en el activismo lésbico, al provenir de una organización concebida por activistas lesbianas y bisexuales, esa puesta en común de experiencias tenía una intención política: hallar raíces comunes en vivencias aparentemente individuales. En el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales, algunas participantes nunca habían escuchado hablar de conceptos como “lesbofobia internalizada”, “masturbación” o ni siquiera habían considerado la posibilidad de que las lesbianas también pueden embarazarse y tener hijos. Por ello, la promoción

⁷⁵ La referencia a Judith Butler que hace Iris Ortellao tiene que ver con que en aquel momento en Argentina había una fuerte presencia de algunas lesbianas activistas intelectuales que orientaban las discusiones del activismo hacia terrenos más propios de la academia que de la política. Sin embargo, esto no es negativo en sí mismo, de hecho, fue un periodo de mucha reflexión y debate en torno a la futilidad de la separación dicotómica entre activismo y academia, como mencioné anteriormente. No obstante, con ese comentario, Iris Ortellao le responde de cierto modo a aquellas críticas que refirieron a la “falta de calidad” del ENMLB por no haberse abordado cuestiones teóricas.

de talleres donde se pudieran abordar estas cuestiones para quienes recién se estaban incorporando al movimiento lésbico fue fundamental. En contraste, los encuentros entre lesbianas y disidencias sexuales que tuvieron lugar en años posteriores, promovidos por otros colectivos con diferentes objetivos, se enfocaron principalmente en lesbianas activistas o en lesbianas ya familiarizadas con ciertas teorías políticas lésbicas, feministas y queer. Fueron encuentros “para entendidas”, para un grupo afín ideológicamente (esto será retomado en el capítulo siete). Como expresó Natalia Bolcatto en la entrevista:

Hubo encuentros posteriores de lesbianas, pero ya estaban enfocados en la militancia. Ahí no hubo tan amplia difusión, porque te invitaba alguien que ya conocías, pero si no tenías una referencia ahí adentro del círculo o no eras activista, no te enterabas. En cambio, en el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales hubo una amplia difusión, no hacía falta que conocieras a alguien que te invitara ni que fueras activista de entrada. (...) Algunas decían “no me importa la cantidad, sino la calidad”. A mí, en lo personal, me parece que esa postura hace que una se cierre mucho, es muy endogámica. Es válido que sólo quieras juntarte con gente afín ideológicamente, pero si hay personas que no tienen otro ámbito de inserción política quizás está bien discutir política otra vez de cero...

Después del ENMLB, EspArtiles volvió a encontrarse por última vez en abril de 2009 en Río Ceballos, Córdoba. Se decidió por mayoría disolver el espacio porque las críticas internas y las divisiones fueron muy desgastantes, como sugirieron varias entrevistadas. Para poner a disposición de la sociedad los materiales que habían sido adquiridos por el espacio, los mismos se donaron a Diversum, el Museo Nacional de la Diversidad que tiene sede en la Ciudad de Buenos Aires y que depende del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos.

María Eugenia Sarrías: EspArtiles se disolvió porque habíamos logrado el objetivo, que era que se hiciera el Encuentro. Después, cada una se volvió a militar a sus espacios. Nos había costado muchísimo hacerlo, no fue fácil y encima después tuvimos que bancarnos toda la crítica... Eso nos dejó destruidas. Yo creo que hay que hacer una lectura interna del movimiento de lesbianas porque muchas veces somos feroces con nosotras mismas.

El mensaje final de EspArtiles, publicado a modo de comunicado, agradecía “las manifestaciones de apoyo recibidas, celebramos las repercusiones del histórico Primer Encuentro y alentamos la multiplicación de acciones políticas lésbicas y bisexuales en nuestro país y en la región” (EspArtiles, 2009, s/p).

Capítulo 4. Colectivos lésbicos en el cambio de siglo

En décadas pasadas, para las vanguardias políticas el conflicto se definía en las fábricas, universidades, sindicatos, partidos, entre otras tantas organizaciones. En el presente, por el contrario, el estallido multitudinario de colectivos de experimentación social irrumpió en el escenario político. De esta manera, lograron reapropiarse de espacios públicos que no siempre fueron vistos como propios, con una combinación de dinámicas novedosas junto con prácticas más tradicionales.

Mabel Bellucci y Gabriela Mitidieri, *¡Participe! Venga a Luchar*

Y fuimos muchas las compañeras travestis que nos encontramos en la Plaza de Mayo, con valor y decisión salimos a defender una democracia de la que poca parte nos toca.

Lohana Berkins, *Un itinerario político del travestismo*

En este capítulo se exploran tres grupos activistas: La Fulana (1998-actualidad), Lesbianas en Lucha (2003-2004) y Desalambrando (2004-2011)⁷⁶. En mi análisis, los he identificado como colectivos “de la transición” debido a que sus integrantes tuvieron una participación política importante en los procesos contra la discriminación y la ampliación de derechos de los años noventa, y estas experiencias militantes resurgieron como aprendizajes significativos durante el activismo que renovaron en la década del dos mil. La mayoría de las participantes de estos tres colectivos ya habían formado parte de espacios como Lesbianas a la Vista, Las Lunas y las Otras, el Frente de Lesbianas de Buenos Aires o Madres Lesbianas Feministas Autónomas. Como se desprende de lo anterior, La Fulana, Lesbianas en Lucha y Desalambrando son colectivos que

⁷⁶En este período también emergieron dos grupos significativos en la escena porteña, pero que no serán analizados en la tesis. Estos son: Puerta Abierta a la Diversidad (1999-actualidad) y La Casa del Encuentro (2003-actualidad). Puerta Abierta a la Diversidad se destacó por sus grupos de reflexión dirigidos a lesbianas y madres lesbianas, así como por ofrecer atención psicológica sin prejuicios hacia la orientación sexual. Este espacio fue fundamentalmente un lugar de sociabilización, promoviendo cursos, talleres y cinedebates. Sus activistas participaron activamente en debates televisivos para desmitificar concepciones erróneas sobre la homosexualidad y el lesbianismo. Además, brindaron apoyo a discusiones legislativas sobre el matrimonio igualitario y la identidad de género. En 2009, fundaron el primer Centro para Jubilados LGBTTTQ. Por otro lado, La Casa del Encuentro estuvo más vinculada al activismo feminista, consolidándose como un espacio de apoyo a víctimas de violencia de género. En 2009, establecieron el Observatorio de Femicidios en Argentina “Adriana Marisel Zambrano”, y en 2010, el Centro de Asistencia, Orientación y Prevención Integral de la Violencia Sexista (CAOPI). A partir de 2004, lanzaron la publicación mensual “Encontradas. Revista lésbico feminista para todas las mujeres”, que exploraba el pensamiento de diversas autoras lesbianas, presentaba análisis de la situación del lesbianismo en diferentes ciudades del país, publicaba poemas y cartas, y se constituía como un medio para acceder a una agenda cultural lésbica. Incluía eventos como milongas lesbianas, presentaciones de libros y noches de juegos para lesbianas, entre otros. Su biblioteca, que recibió libros donados de Las Lunas y las Otras y Lesbianas a la Vista en su momento, cuenta con un importante acervo de lecturas lésbicas, queer y feministas. El recorte necesario de toda tesis me llevó a dejar afuera del análisis a estos dos grupos.

continuaron una tradición de activismo originaria del Área Metropolitana de Buenos Aires, especialmente, de la Ciudad de Buenos Aires. Esto contrasta con los colectivos que se presentarán en el capítulo siguiente, los cuales fueron pioneros en introducir el activismo sexo-genérico en sus respectivas provincias.

La transición que quiero destacar en este periodo no se enfoca tanto en reemplazar una práctica activista por otra, sino más bien en la coexistencia de elementos de las décadas de los ochenta y noventa, junto con modalidades introducidas en los años dos mil que se adaptaron al contexto en transformación. Estas coexistencias se refieren, en primer lugar, al discurso social predominante sobre el movimiento LGBTTTQ. En los noventa, se basaba en la retórica de la “diferencia sexual”, mientras que en el nuevo milenio encontró más resonancia en expresiones como “diversidad sexual” y “disidencia sexual”, manifestando genealogías diferentes dentro del movimiento pero que convivieron durante muchos años.

En segundo lugar, durante este periodo convergieron dos prácticas llevadas a cabo por el sector público de índole casi opuesta: por un lado, un Estado que ejercía control y represión contra las “minorías sexuales” y, en contraposición, un Estado que gradualmente amplió los derechos del colectivo LGBTTTQ y mostró receptividad a los reclamos de este sector. Esto tuvo un impacto en las corrientes del institucionalismo y el autonomismo que venían articulándose en torno a agendas diferentes desde la década anterior. Mientras que en los noventa se debatía sobre el papel de las financiadoras y su influencia en el desarrollo del activismo, a partir del año 2000 se agregó al debate el papel del Estado y su disposición para contribuir económicamente y respaldar políticamente las actividades organizadas por los colectivos de la diversidad sexual.

Finalmente, en este periodo coexistieron dos grandes formas de entender la acción política. Por un lado, se observó una vinculada a las lógicas partidarias tradicionales que empezaron a incorporar un ala LGBTTTQ a esa estructura. Por otro lado, surgió una forma de reclamo social que había aprendido mucho de los procesos asamblearios surgidos en el 2001, caracterizándose por una estructura más horizontal y deliberante.

A continuación, profundizo sobre cada una de ellas, de modo que estas convivencias sean un marco para leer las experiencias concretas de los tres colectivos que presento en el capítulo.

Como mencioné anteriormente, las activistas de los grupos que se presentan aquí fueron testigos y participantes activas en los procesos sociales y políticos ocurridos durante la transición

de los años noventa al nuevo milenio. Muchas de ellas desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del debate que giraba en torno a la narrativa de la “diferencia sexual”, la cual había prevalecido en la década de los noventa para referirse al colectivo LGBTTTQ, pero que gradualmente comenzó a ser reemplazada por el discurso de la “diversidad sexual”. Hablar en términos de “diferencia” había sido un logro importante para el colectivo pues representaba una expresión no discriminatoria; recordemos que, en el plano legislativo, en 1996 se festejó el reconocimiento del “derecho a ser diferente” expresado en el artículo 11 de la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, como señaló María Luisa Peralta en la entrevista, el principal problema que las activistas identificaron en la expresión “diferencia sexual” radicaba en su refuerzo del binarismo y la jerarquía en las posiciones de género: ¿diferente en relación a qué? ¿Diferente de la norma? ¿Por qué se consideraría que la heterosexualidad es lo “natural” y las identidades LGBTTTQ son lo “otro”? En contraste, hablar de diversidad sexual implicaba el reconocimiento de una multiplicidad de posiciones con respecto a la expresión de género y la orientación sexual incluyendo, entre ellas, la heterosexualidad, sin establecer jerarquías entre ellas.

Debido a lo anterior, a principios de los dos mil, dentro del movimiento LGBTTTQ comenzó a difundirse el empleo del término “diversidad sexual” para enfatizar que la igualdad debe ser un principio universal, aun reconociendo que las personas y los grupos sociales no se caracterizan por la homogeneidad y la uniformidad. Esta transformación no se limitó al ámbito del activismo sino que también se extendió a la academia, específicamente en el campo de los estudios sociales sobre diversidad genérica y sexual. Adicionalmente, tanto las instituciones públicas como el mercado adoptaron esta expresión. No obstante, no tardó en surgir una corriente crítica desde ciertos sectores del activismo hacia la retórica de la diversidad sexual. Esta crítica planteaba que el término-paraguas “diversidad”, que supuestamente abarcaba todas las manifestaciones de género y orientación sexual, obviaba las relaciones de poder y las jerarquías existentes entre las distintas posiciones. Con ello, se denunciaba que la heterosexualidad no constituía una mera posición más sino una institución, un sistema político que generaba una forma de subjetividad dominante. Asimismo, se cuestionaba el enfoque integracionista subyacente en la retórica de la

diversidad así como la normalización de las sexualidades no heterosexuales, conocida como “homonormatividad”⁷⁷.

Por lo tanto, durante la primera década de los años dos mil se produjo un segundo giro discursivo por el que algunas activistas adoptaron la expresión “disidencia sexual” como una posición crítica que promovía un discurso más combativo y menos asimilacionista que el anterior. Este enfoque recuperaba parte de la herencia teórica e ideológica del activismo de la década de los setenta: se inspiraba en autores como Néstor Perlongher y en la producción teórica y política de espacios como el Frente de Liberación Homosexual. El énfasis del discurso de la disidencia sexual estaba puesto en las relaciones de poder y, por lo tanto, como señaló el investigador argentino Atilio Rubino:

no remite a un estado de cosas en sentido estático (como ocurre con “diversidad”) sino que se centra en lo dinámico y relacional; el término permite visualizar que las sexualidades no son privadas y estables, sino que están entramadas en complejos sistemas de poder. (2019, p. 63)

Este último quiebre discursivo no reemplazó una expresión por otra, sino que las narrativas de la diversidad y la disidencia sexual entraron en convivencia, articulando diferentes posturas políticas respecto a la sexualidad y a la llamada “ciudadanía sexual”⁷⁸, donde el concepto tradicional de ciudadanía quedó estrechamente ligado con una noción corporizada de los sujetos “cuya identidad de sexo/género afecta fundamentalmente su pertenencia y participación en la

⁷⁷ La *homonormatividad* es un concepto que fue desarrollado por Lisa Duggan en el 2002 para explicar por qué les activistas LGBTTTQ en la década del 2000 se mostraban menos motivados a trazar límites contra los miembros del grupo dominante y, en cambio buscaban construir puentes hacia ellos. Esta autora sostiene que el neoliberalismo influyó en las agendas contemporáneas de los derechos LGBTTTQ al desplazar el foco de atención de las acciones políticas colectivas a los llamados a la asimilación y a los derechos y libertades individuales. El neoliberalismo es acusado de construir un discurso que busca alejar a las personas de las construcciones colectivas de la identidad para proponer, en su lugar, identidades sexuales individualizadas, apolíticas y “privadas”. Duggan lo describe como un paradigma en el que gays y lesbianas privilegiadas (blancos, urbanos, de clase media, cisgénero y monógames) se posicionan como “ciudadanos normales y corrientes” que “no se oponen a los supuestos e instituciones heteronormativos dominantes, sino que los mantienen mientras prometen la posibilidad de una circunscripción gay desmovilizada y una cultura gay privatizada, despolitizada, anclada en la domesticidad y el consumo” (2002, p. 179, traducción propia).

⁷⁸ Como se presentó anteriormente, desde los ochenta el activismo LGBTTTQ y feminista empezó a hacer fuertes reclamos a la democracia recientemente restaurada, vinculando ciudadanía y sexualidad para imaginar una sociedad más justa que reconociera la igualdad en el ejercicio de derechos sin discriminar a las mujeres ni a las “minorías sexuales”, llamadas así en la época. El derecho al reconocimiento de la identidad de género, el derecho al matrimonio igualitario, el derecho al aborto, son algunos ejemplos de una concepción de la ciudadanía sexual que sostiene “el ejercicio en plenitud de los derechos sexuales y reproductivos como derechos humanos” (Pagura et al., 2013, p. 96).

vida pública” (Di Marco, 2013, p. 214). La activista val flores, por ejemplo, en el 2008 definió a la “disidencia sexual” como una expresión del rechazo a la ciudadanía liberal:

El término disidencia sexual alude a pensar acerca de la diferencia sexual no en términos de identidades naturalizadas sino como una forma de disenso, entendido no simplemente como habla, sino como una constelación de prácticas, expresiones y creencias no conformistas. Al nombrarnos disidentes sexuales se destaca la existencia de una norma de la cual nos desplazamos o alejamos. Los conceptos que, desde una política liberal, se ponen en juego en el escenario político como diversidad sexual y/o minorías sexuales ocultan que las identidades sexuales y de género son los efectos de una norma que establece los modos adecuados y legítimos de vivir los cuerpos, los placeres y afectos. Tanto diversidad como minorías (...) suelen despolitizar los procesos de normalización de los cuerpos que se efectúan a través de las tecnologías del género. (flores, 2008, s/p)

Con el paso de los años, las tensiones entre los defensores de la “diversidad sexual” y aquellos que abogan por la “disidencia sexual” se intensificaron, avivando el conflicto entre enfoques institucionales y autonomistas que adoptaron cada una de estas perspectivas de manera opuesta. Un ejemplo claro de este contraste se evidenció en 2010 durante las deliberaciones dentro del activismo sobre la aprobación del matrimonio igualitario, donde la corriente lésbica “autonomista” se identificó más con la disidencia sexual, mientras que la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FALGBT) que impulsó el debate parlamentario se identificó con la “diversidad sexual”. Sin embargo, es importante destacar que la génesis de la expresión “disidencia sexual” precede a este debate legislativo. Durante mi análisis del período, identifiqué que el colectivo mendocino Ultravioletas ya utilizaba este término en 2007, como se refleja en su lema: “Existimos y disentimos”, aunque la primera mención de “disidencia sexual” proviene del colectivo neuquino Fugitivas del Desierto, cuya base teórica se inspiró en autoras como Audre Lorde, Cherrie Moraga y Gloria Anzaldúa, incluyendo así voces negras y chicanas. Esta inclusión les permitió ahondar y complejizar en el concepto de “identidad”, según lo destacó val flores en la entrevista. Además, esta integrante del colectivo también contó:

Mi libro *Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual* es del 2005, o sea que “disidencia” era un término que ya usábamos en los dos mil. Por ahí lo que aparece más fuerte en ese momento es cómo se van articulando las políticas de diversidad sexual a nivel estatal y frente a esa diversidad sexual aparece desde la disidencia sexual la posibilidad de interpelar esas leyes. También hay que ver cómo se mueven los términos en torno a las coyunturas, porque la disidencia sexual para nosotras nunca fue un término identitario sino una perspectiva política de anti-normalización o, por lo menos, lo que te permitía ver y analizar cómo se movían las políticas sexuales y cómo las normas se iban modificando pero seguían controlando nuestros cuerpos, como en

un entre-tejido de políticas, como formas de regulación de nuestra sexualidad y nuestros deseos. Para nosotras, disidencia sexual era eso: un modo de hacer, una óptica y un tacto para la acción política. Hoy, la disidencia sexual pasó a ser un término identitario. Cuando dicen “mujeres y disidencias” están diciendo “mujeres y personas LGBTTTQ”. Pero se perdió algo, se fijó en una identidad, cuando, para mí, disidencia tiene algo mucho más móvil y situado.

Estrechamente relacionado con lo anterior, es importante destacar otra transformación significativa que experimentaron los grupos que expongo en este capítulo. Me refiero al cambio en el papel del Estado. Durante los años ochenta y noventa, desde los movimientos activistas se percibía al Estado como una institución que perpetuaba la discriminación y la persecución hacia personas homosexuales y travestis, en particular. Sin embargo, en los años dos mil, el Estado comenzó a ser visto como un interlocutor dispuesto a escuchar las demandas del colectivo LGBTTTQ, como vemos en medidas como la Ley de Unión Civil en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la integración de temas sobre diversidad sexual en el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) o la creación en distintos municipios de secretarías y áreas especializadas en temas de género y diversidad sexual. Hasta ese momento, existían leyes que saldaban algunas desigualdades históricas con el colectivo LGBTTTQ, pero eran pocas. La ley 23.592 de 1988 penalizaba actos discriminatorios, incluyendo la discriminación por motivo de sexo. En 1990, se promulgó la ley 23.798, declarando de interés nacional la lucha contra el SIDA y asegurando que ninguna disposición legal favoreciera la marginación o humillación de las personas, además de garantizar asistencia a quienes padecieran esta enfermedad. En 1995 se estableció el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) a través de la Ley 24.515, con el fin de elaborar políticas y medidas para combatir la discriminación, xenofobia y racismo.

Sin embargo, con el cambio de siglo la normativa existente vio un crecimiento importante. Durante el periodo transicional entre un Estado ausente en materia de derechos LGBTTTQ (y cómplice con la persecución y represión de la diversidad sexual y la prostitución) y un Estado presente y promotor de la inclusión social, destaco que en el 2003 se sancionó la Ley 25.673, a través de la cual se creó el Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. Este programa buscaba contribuir a la prevención y detección temprana de enfermedades de transmisión sexual, VIH/SIDA y patologías genitales (art. 2, inciso “e”). Además, garantizaba el acceso a información relacionada con la salud sexual (art. 2, inciso “f”) y proporcionaba

capacitación en temas de salud sexual tanto a los proveedores de salud como a la comunidad educativa (art. 5). En el 2005, salió la Ley 26.061 de protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes, que en su artículo 28 establecía que no podían ser motivos de discriminación “la raza, el sexo, color, edad, idioma, religión, creencias, opinión política, cultura, posición económica, origen social o étnico, capacidades especiales, salud, apariencia física o impedimento físico, de salud, el nacimiento o cualquier otra condición del niño o de sus padres o de sus representantes legales” (Infoleg, 2005). La mención a los padres o representantes legales también implicaba que aquellos niños nacidos en familias homoparentales o comaternales tampoco debían ser discriminados. En el 2006 se sancionó la ley 26.150 que establecía que todos los educandos tienen derecho a recibir educación sexual integral en establecimientos educativos públicos y privados, creándose el Programa Nacional de Educación Sexual Integral. En el 2008 se sancionó la Ley 26.364 de Prevención y sanción de la trata de personas y asistencia a sus víctimas, que reconocía a las víctimas de trata sin distinción de género. También se deben incluir tratados y pactos internacionales a los que Argentina suscribió, como La Declaración de Montréal (2006), los Principios de Yogyakarta (2006) y la normativa circumscripita tanto en el Sistema Internacional de Derechos Humanos cuanto en el Sistema Interamericano, que “demuestran la sensibilización sobre los derechos de lesbianas, gays, bisexuales y transgénero (LGBT) en el mundo” (Asociación por los Derechos Civiles, 2017, p. 9)⁷⁹.

La adopción de una normativa contraria a la discriminación y proclive al respeto de los derechos empezó a generar la imagen de un Estado poroso, con las primeras incorporaciones de activistas en las estructuras institucionales (Hiller, 2013). En este sentido, mi análisis de las entrevistas realizadas coincide con una observación que hizo la investigadora argentina Renata Hiller, acerca de que el año 2001 representó un clivaje en los modos de intervención política de los activismos sexo-genéricos:

El nuevo siglo se inició en la Argentina con la crisis económica y política de 2001, que culminó con el estruendo de las cacerolas y el ‘que se vayan todos’. Ese contexto de

⁷⁹No se incluyen aquí la Ley de Matrimonio Igualitario (2010) ni la Ley de Identidad de Género (2012) ya que serán tratadas en el capítulo siete, donde propongo que el periodo de “Estado de transición” ha concluido, dando paso a un “Estado inclusivo”. Esto no implica que el Estado haya reemplazado a los movimientos sociales LGBTTTQ ni que haya sido el impulsor principal de las transformaciones legislativas. Fue el amplio y diverso movimiento LGBTTTQ el que continuó liderando estas conquistas. No obstante, el cambio en el papel desempeñado por el Estado ha resultado en avances históricos para la comunidad LGBTTTQ en términos de derechos y transformaciones culturales.

descrédito de las instituciones llevó a los movimientos sociales a incorporarse de varias maneras a la vida política formal, algo en que también participó el activismo de la diversidad sexual. Lo hizo articulándose con actores sociales como las asambleas barriales y los movimientos territoriales, así como estableciendo vínculos con partidos políticos, los cuales comenzaron a incluir estas nuevas temáticas en sus programas, hasta entonces ajenos a ellas. (...) algunos partidos se propusieron abordar en forma explícita y separada las cuestiones de diversidad sexual. Así aparecieron un grupo LGBT en el Partido Socialista, Jóvenes por la Igualdad en el ARI-Coalición Cívica y La Cámpora Diversa, entre otros. La conformación de estos grupos indica también que se han hecho visibles las identidades gays y lesbianas dentro de los partidos, igual que en organizaciones como sindicatos, centros de estudiantes y otras. (2013, p. 24-25)

Aunque mi análisis sugiere que la apreciación de Hiller sobre el año 2001 está más centrada en el Área Metropolitana de Buenos Aires que en toda Argentina, la transformación que describe es significativa porque con el paso de los años su impacto en el movimiento LGBTTTQ se extendió a otras provincias. Esto me lleva a la tercera “transición” o convivencia a destacar en este capítulo, la cual involucra una praxis política más tradicional vinculada a la lógica partidaria, y una praxis más novedosa, influenciada por la toma de las calles y el devenir social que tuvo como organización ejemplar a las asambleas, caracterizadas por su estructura horizontal.

En la entrevista con la activista María Luisa Peralta respecto a la efervescencia social entre los años 2001 y 2003 (generada por la gran participación civil en el giro político que estaba tomando el modelo-país de la Argentina) ella destacó el papel importante que desempeñaron los movimientos sociales en la renovación de las formas de acción política. Lo sintetizó así:

El movimiento piquetero fue súper vital, creativo, hizo a la renovación política de las masas, generó una participación que no había habido antes. Hubo muchas asambleas, era un momento en el que la gente quería hablar y escuchar porque lo que se vivía era un estado de devastación, pero que convivía con muchas otras cosas: asambleas, piquetes, juntadas, marchas... En esos años el movimiento LGBT terminó de instalarse como voz social y política válida. Lo que hizo el kirchnerismo años después, lo pudo hacer, en parte, porque estaba el sustento generado de esos años anteriores, de ese momento de efervescencia donde todos querían escuchar a los jubilados, a los estudiantes, a las fábricas recuperadas, a los LGBT.

En los años siguientes, los activismos generaron una lectura sobre la relación entre los movimientos sociales y el Estado que coincidió en gran medida con las posturas desde las cuales se analizaba el proyecto político kirchnerista en la academia⁸⁰. Esta interpretación fue

⁸⁰ Varios estudios contemporáneos sobre teoría social y nuevos movimientos sociales han examinado los diferentes niveles de participación e institucionalización de los movimientos sociales en el Estado. Según Longa (2019), se pueden resumir en dos posiciones opuestas. Por un lado, está la perspectiva de la sobredeterminación, defendida

profundizando la posición dicotómica expresada por el ala autonomista e institucionalista del activismo y sus diferencias se expresaron con claridad años después en la discusión sobre el matrimonio igualitario. Como expresó el politólogo argentino Francisco Longa:

El debate intelectual y político que hegemonizó el campo de la academia se centró por esos años en la cuestión de la autonomía o la cooptación que los movimientos experimentaban respecto del Estado. Quienes fueron críticos de la incorporación de los movimientos al gobierno kirchnerista sostuvieron que los movimientos estaban siendo cooptados, lo que implicaba que perderían autonomía y terminarían envueltos en dinámicas heterónomas. Pasar a ser parte de una gestión gubernamental alejaba a las organizaciones de la posibilidad de ‘crear sus propias reglas’, pasando a ser movimientos fuertemente dependientes del gobierno. Pero quienes defendieron la necesidad de los movimientos de disputar el gobierno desde dentro, sostuvieron que los anteriores realizaban una opción consciente y pragmática en función de acrecentar su poder. (2019, p. 262)

En coincidencia con esta lectura, a través de las entrevistas recopilé testimonios que también expresaban dos posturas divergentes. Por un lado, existía inquietud ante la posibilidad de que el Estado pudiera ejercer influencia y control sobre el activismo lésbico mediante financiamientos y la imposición de condiciones difíciles de eludir. Adicionalmente, se manifestaba una profunda desconfianza hacia la institución estatal, la cual, especialmente en años anteriores, pero aún en ese momento, había reprimido a las sexualidades no normativas mediante el uso de la fuerza policial, encarcelando a personas trans, travestis y trabajadoras sexuales, en particular. Esta perspectiva, vinculada al autonomismo, contrastaba con otra visión que, aunque no se autodenominaba como institucionalista, era etiquetada de esta manera por aquellas que se identificaban como autonomistas. Entre los relatos de aquellas activistas dispuestas a colaborar con instituciones estatales se sostuvo un argumento común en diversas entrevistas: se consideraba que, siempre y cuando las instituciones colaboraran sin imponer condiciones, era responsabilidad del Estado asegurar ciertos derechos que hasta entonces habían sido defendidos

por autores como Touraine (1985) y Holloway (2002). Para ellos, la autonomía es un valor central de los movimientos sociales. Argumentan que cuando estos se integran “a las estructuras estatales a partir de la adhesión a un gobierno [se] diluye la capacidad de la organización de definir su política”, perdiendo su poder transformador (Longa, 2019, p. 263). Por otro lado, se encuentra la perspectiva de la autodeterminación, desarrollada en el contexto argentino por autores como Gómez (2007, 2010), Natalucci (2008), Massetti (2009), Retamozo y D’Amico (2013). Esta perspectiva desplaza los conceptos de “manipulación” y “cooptación” del centro de la relación entre movimientos sociales y Estado, ya que estos términos sugieren inicialmente pasividad o al menos cierta ingenuidad por parte de los movimientos sociales. En cambio, esta perspectiva busca analizar el componente activo, consciente y negociador en las relaciones políticas que un movimiento social establece con el Estado, incluyendo transformaciones que ocurren en ambas direcciones.

y protegidos por el activismo. Esta perspectiva representaba un enfoque más pragmático que se podría resumir como: “cuando el Estado no estaba presente, éramos las organizaciones sociales las que interveníamos, pero ahora que lo está, debemos aprovecharlo”.

En última instancia, más allá del miedo a la cooptación o el interminable debate sobre la autenticidad de una demanda política en el ámbito del activismo, el verdadero dilema radicaba en qué define a un movimiento social y qué determina su éxito o fracaso. Dado que mi tesis no se enmarca en una teoría específica de movimientos sociales ni abraza de manera absoluta las categorías de “autonomismo” e “institucionalismo”, encuentro que es más valioso reflexionar sobre la discusión relacionada con la redistribución y el reconocimiento.

A principios del año dos mil, Nancy Fraser y Judith Butler, dos importantes teóricas feministas, abordaron desde perspectivas diferentes algunas cuestiones que surgieron en el ámbito de los feminismos del nuevo siglo. Entre ellas, como destaca Monserrat Galceran Huguet, se encuentran las “cuestiones simbólicas y de construcción de la subjetividad, la producción de representaciones adecuadas a los múltiples sujetos involucrados, los temas de comunicación y la interrelación entre arte y política” (2000, p. 7). Nancy Fraser, en su ensayo “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era 'postsocialista'” (2000) argumenta que la redistribución se enfoca en la distribución de recursos y oportunidades económicas, mientras que el reconocimiento se refiere a la valoración y validación cultural de las identidades y experiencias de los individuos y grupos marginados. Por otro lado, Judith Butler en su texto “El marxismo y lo meramente cultural” (2000) critica el enfoque de Fraser al argumentar que la distinción entre redistribución y reconocimiento no es tan clara y que a menudo se entrelazan. Butler enfatiza la importancia de la performatividad y la construcción social de la identidad, sosteniendo que las normas culturales desempeñan un papel fundamental en la perpetuación de la opresión, que es impensable sin la marca material sobre los cuerpos. Es decir, el reconocimiento cultural hace a la redistribución.

Desde mi perspectiva, el activismo lésbico en Argentina en los dos mil adoptó posturas híbridas al respecto, que fueron articulándose de modo más dicotómico con el paso de los años y a partir del rol del Estado propuesto por la corriente kirchnerista en el gobierno. En este sentido hubo, por un lado, colectivos y activistas que rechazaron el financiamiento estatal, considerándolo más como una extorsión económica que un apoyo genuino, sin pensarlo en términos de

redistribución. También se expresaron críticas al reconocimiento por parte del Estado. Algunas sostenían que el Estado era la institución represiva y reproductora de las desigualdades sociales por lo que su reconocimiento carecía de valor para los movimientos sociales. Otras activistas argumentaron que las políticas de reconocimiento tendían a favorecer a ciertos grupos sobre otros, como los gays sobre las lesbianas, y ambos sobre las identidades trans y travestis.

Por otro lado, diversos colectivos y activistas demandaron el reconocimiento por parte del Estado, lo cual, en la mayoría de los casos se tradujo en la reivindicación de derechos y transformaciones culturales que pudieran reflejar un trato más equitativo y el acceso a los mismos recursos que las personas heterosexuales disfrutaban. Como sostuvo Butler (2000), la solicitud de reconocimiento conlleva inherentemente una política de redistribución al permitir la inclusión en la esfera de la ciudadanía a una porción de la sociedad que previamente estaba excluida. Medidas como la unión civil, el matrimonio igualitario o el reconocimiento de la identidad de género implican aspectos redistributivos, como el acceso a servicios de salud para la pareja, la posibilidad de heredar y la apertura de oportunidades laborales para las personas pertenecientes al colectivo trans, entre otros. El reconocimiento institucional al activismo lésbico también ha significado en la historia de este colectivo el aporte de recursos para visibilizar actividades, alquilar locales y llevar a cabo campañas, así como medios para promocionar acciones o imprimir material informativo y disponer de espacios durante las marchas feministas o del orgullo, entre otras acciones.

4.1 La Fulana (1998-actualidad)

La Fulana fue uno de los colectivos que participó activamente en EspArtiLes desde su formación hasta su disolución. No obstante, es importante destacar que este colectivo tiene una trayectoria previa. Concretamente, La Fulana (en adelante, LF o fulanas) surgió en 1998 en la Ciudad de Buenos Aires. Como ya señalé, coincidió brevemente en el tiempo con dos grupos lésbicos pioneros en Argentina: Las Lunas y las Otras, y Lesbianas a la Vista. Compartió con estos la organización de grupos de reflexión abiertos a la comunidad, aunque mientras Las Lunas y las Otras solo admitían a mujeres cis y Lesbianas a la Vista se encontraban distanciadas de las feministas, LF se estableció como un Centro Comunitario Feminista para mujeres lesbianas y bisexuales, tanto cis como trans. Su objetivo era unir fuerzas tanto con el movimiento feminista

como con el de la diversidad sexual. Desde sus primeros años, LF participó en convocatorias feministas y marchas del 8 de marzo, donde llevaban actividades para visibilizar a las lesbianas. También se sumó a las demandas del colectivo LGBTTTQ. Sus integrantes respaldaron, por ejemplo, el proyecto de la CHA para modificar la Ley 1.004 de Unión Civil en la Ciudad de Buenos Aires, permitiendo la unión libre de dos personas sin importar su sexo u orientación sexual (aprobada en el 2002). Además, mantuvieron una estrecha relación con el Área Queer de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA⁸¹, donde compartieron la lucha contra los edictos policiales, códigos de faltas o contravencionales y la Ley de Averiguación de Antecedentes.

Tomando la experiencia previa del grupo Las Lunas y las Otras que habían gestionado un centro cultural en el barrio de Boedo, las fulanas alquilaron un espacio físico e inauguraron el “Centro Comunitario para mujeres que aman a otras mujeres”. Cuenta María Rachid:

Abrimos en el '98, en el peor momento del mundo. Al principio fue muy difícil sostener el espacio porque no teníamos ningún apoyo del Estado; se conseguía algún finamiento del exterior que con el uno a uno era plata que nos permitía abrir la casa, pero no comprar muebles, por ejemplo. Este centro comunitario daba asistencia psicológica y jurídica a las lesbianas. Lo organizamos con muchísima dificultad porque imagínate que hasta teníamos mujeres viviendo ahí y había que garantizarles la comida, el abrigo, la toallita si estaban indispuestas, etc. La mayoría eran mujeres que se quedaron sin casa por discriminación o por cuestiones económicas (...). Nosotras abrimos la casa ya articulando con muchos movimientos sociales, como con el movimiento feminista; participábamos en la organización de la marcha del orgullo y también articulábamos con sindicatos; hablábamos con algunos movimientos piqueteros, lo cual nos hizo participar, por ejemplo, en manifestaciones por bolsones de comida. (...) Pero era lo único a lo que accedíamos del Estado, a fuerza de movilización. Hacíamos actividades los fines de semana que nos generaron conflicto con los vecinos, ¡que hasta nos llevaron a juicio! Venían a tocar músicas como Celeste Carballo, hacíamos cosas chiquitas, pero una vecina hacía denuncias...

El lugar presentaba dos características distintivas: funcionaba como un espacio de encuentro para mujeres bisexuales y lesbianas, y era frecuentado por personas de diferentes barrios populares, en particular de San Cristóbal, Balvanera, Once, Congreso y Monserrat. La pertenencia a una misma clase social, compartida por una mayoría de sus integrantes, fue un

⁸¹Este espacio nació en 1994. Los integrantes del Área Queer eran Silvia Delfino, Flavio Rapisardi, Fabricio Forastelli y Juan Pablo Parchuc. Su objetivo era articular el activismo con las prácticas docentes/académicas para generar proyectos políticos que contribuyeran a la construcción de pensamiento crítico sobre las diferencias sociales, culturales, sexuales, etarias, entre otras, en el territorio argentino. Desde el 2006, el Área Queer integra la Federación Argentina LGBT. Extraído de: <http://seube.filo.uba.ar/programa-queer>

elemento común que otorgó una identidad distintiva a su activismo. En los primeros años del 2000, por ejemplo, abrieron las puertas a un grupo de mujeres trans y travestis que estaban estudiando peluquería, brindándoles un lugar donde practicar y ganar algo de dinero en un momento en el que ninguna peluquería las contrataba debido a su identidad de género, agravado por la crisis económica. Cabe destacar, además, que en La Fulana existía un equipo de abogadas-activistas que solían acudir a las comisarías de CABA, especialmente en las horas de la madrugada, para solicitar la liberación de travestis detenidas. Una de sus integrantes, Laura Safo, contó en la entrevista:

Estaba fusionado lo social con lo político y lo recreativo. La mayoría de las mujeres se enganchaban desde lo social y quizás después se sumaban a una militancia más política, tipo ir a una marcha. Pero había otras que venían sólo a la mateada, los picnics, los partidos de fútbol. La Fulana siempre tuvo una cuestión bastante popular en el recorte de clases, no sé si por la sede en el barrio de San Cristóbal o por ser mujeres, la brecha salarial y eso, (...) lo cual hacía que fuera muy interesante el intercambio, porque había algunas que habían accedido a ciertas lecturas y otras que eran estrictamente de clase trabajadora, que por ahí ni habían terminado el secundario, y el intercambio estaba buenísimo. De hecho, mi primer contacto con la Teoría Queer fue de ese modo, charlando con las pibas y tomando mates... No fue en la universidad, fue en La Fulana.

Los objetivos del centro comunitario eran generar espacios de encuentro entre pares, producir y poner a circular información relacionada con las lesbianas y las mujeres bisexuales, buscar referencias culturales lésbicas y socializarlas, generar lazos que sirvan de sostén en situaciones de injusticia, violencia o invisibilidad, entre otros. Para ello, desde sus inicios LF organizó grupos de reflexión de realización semanal, una especie de talleres vivenciales de autoconciencia, entre los cuales destaca el taller de reflexión de madres lesbianas.

Laura Safo: El eje social más importante por el que llegaba gente a La Fulana eran los grupos de reflexión. Ahí se iban tocando distintos temas que los proponían quienes coordinaban, o a veces salían de alguna inquietud que podía ser de orden político, respecto a la visibilidad en el laburo, en la familia o en el barrio, o cualquier otra cosa, temas de pareja, de amores o de sexualidad. Venían como veinte o treinta mujeres, se llenaba. Llegaban muchas que acababan de salir del closet o que estaban por salir del closet, iban a buscar algún tipo de contención.

A finales del año 2000 editaron la revista *Fulanas* a cargo de la Asociación Civil Labrys, que coincidió con el año en que consiguieron personería jurídica. Como señaló el trabajo de investigación de Agustina Noceti, el comité editorial estaba integrado por María Rachid y Claudia Castro –que eran las presidentas de la asociación–, Verónica Fulco, Florencia Miero, Yanika Bollo, María Elena Hernández, Silvia Rivero, Paula Meizoso y Valeria Picaso; a quienes se le sumaban:

las columnistas Lilith y Cielito Rivarola, junto con algunas colaboradoras estables como Paula Jiménez España (bajo el seudónimo Lola Moon), María Moreno, Moira Soto y Sandra Lustgarten. También se convocaba regularmente a militantes feministas y LGBT a escribir en la revista, tales como Yuderkys Espinosa, Lohana Berkins y Mauro Cabral. (2018, p. 36)

Como señaló Noceti (2018), el objetivo de la revista era construir una voz propia que habilitara otras experiencias de lesbianismo, asociadas más a lo colectivo y a la lucha que a las representaciones maniqueas ofrecidas por los medios de comunicación hegemónicos. El deseo narrado en primera persona fue fundamental para esa reapropiación: se trataba del placer erótico entre y para mujeres, a diferencia de las representaciones lésbicas de las revistas porno que destinaban la fantasía del lesbianismo a los varones. A la reivindicación del deseo se le sumó la valoración de la maternidad y el casamiento, y el auto-reconocimiento de una identidad social “capaz de interpelar a un Estado percibido como interlocutor y garante de derechos” (Noceti, 2018, p. 81-82). Estas características distinguieron a LF de otros grupos contemporáneos, algunos de los cuales la criticaron por considerarla “institucionalista”.

El diseño de la revista, semejante a las publicaciones de tirada comercial, “la acercaba a un público que pretendía ser más amplio que el de los círculos militantes” (op. cit., p. 80). A pesar de esto, el contenido político de las propuestas editoriales era



evidente, enfatizando en la idea de que “lo personal es político”. Se abordaban temas muy vanguardistas para la época, tales como las maternidades lesbianas, el acceso a tratamientos de fertilidad complejos y la realización de inseminaciones caseras, además de cuestiones legales relevantes. También se exploraba la invisibilidad de los hombres trans y desmentía mitos sobre la hormonización. Se presentaba el travestismo como una postura política frente a la transexualidad, destacando su posición dentro de los estratos populares, marginados y vulnerables en su lucha conjunta por el reconocimiento de derechos, entre otros temas.

Hasta el 2001 salieron un total de quince números que lograron tener un circuito bastante amplio de circulación y recepción. Sin embargo, el proyecto debió cerrarse por el brutal encarecimiento del papel ilustración.

Por otro lado, el colectivo La Fulana se mostró poroso a las transformaciones que empezaron a darse en el marco institucional. Si entre el año 1998 y el 2003 eran prácticamente inexistentes las políticas del Estado en relación al colectivo LGBTTTQ, eso empezó a cambiar con la asunción del presidente Néstor Kirchner.

María Rachid: Las respuestas que estábamos dando con los movimientos sociales a un problema social tendría que darlas el Estado. Llegamos a esa conclusión con el grupo, y pasamos de ser anti-estatales, o sea, de pensar que el Estado era un espacio de violencia y represión, a pensar que lo que necesitábamos, lo necesitábamos garantizado por el Estado. Con el Estado anterior al 2003 era impensable, no teníamos lugar las disidencias, pero, a partir del 2003, sí. De a poco, empezamos a reunirnos con los ministerios y a generar más un trabajo de incidencia política.

En el 2004, por ejemplo, LF fue convocada por el INADI junto al Área Queer de la UBA para la consulta y redacción del Plan Nacional Contra la Discriminación.

María Rachid: Por primera vez un Estado Nacional nos llamaba a una reunión y nos preguntaba cuál era el diagnóstico y qué había que hacer respecto de la situación de las personas del colectivo LGBTTTQ. Fuimos con mucha desconfianza, hicimos nuestro diagnóstico, dijimos qué nos parecía que había que hacer, pensando que eso iba a quedar en el cajón de un legislador olvidado. Al poco tiempo nos llaman, nos dicen que tienen algo redactado y que quieren que lo leamos antes de que salga. Lo leímos buscando qué habían borrado, pero nos dimos cuenta que estaba todo.

Por otro lado, después de que la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires aprobara la ley de Unión Civil en el 2002, La Fulana entendió que el reclamo podía ir aún más allá. Empezó a trabajar fuertemente para que se discutiera el Matrimonio Igualitario a nivel nacional, tanto al interior del activismo como en la agenda gubernamental. En el 2007, este grupo escribió un

artículo titulado “Sí, ¿acepto?” con autoría de María Rachid y Laura Arnés, que fue publicado en el libro *Conversaciones Feministas: Parentesco* de las Ediciones Ají de Pollo⁸². Este libro recopilaba diversas respuestas de activistas y colectivos latinoamericanos a un planteamiento presentado por Judith Butler en un ensayo titulado “¿El parentesco es siempre de antemano heterosexual?”, el cual abordaba el tema del reconocimiento estatal de las parejas del mismo sexo y su impacto en la formación de familias heteronormativas. En este texto, La Fulana presentó una perspectiva que se posicionaba en un punto intermedio entre las dos posturas más debatidas en relación al matrimonio igualitario: una que sostenía que abogar por el matrimonio implicaba aceptar una base institucional en el activismo, lo cual llevaba a rechazarlo en pos de preservar la autonomía del movimiento LGTBTTQ respecto de la agenda estatal y de su enfoque limitado en términos de derechos. Por otro lado, estaba la postura que sostenía que el Estado era la única entidad con la capacidad de otorgar reconocimiento al colectivo de la diversidad sexual y, como tal, era el principal interlocutor.

El texto de Rachid y Arnés (2007) propone una tercera posición: se manifestaba a favor del reconocimiento por parte del Estado de las uniones entre personas del mismo sexo, justificado en lo que llamaron una “política de la subsistencia”, que permitía un doble movimiento. Por un lado, reconocían las demandas de las posturas autónomas que sostenían que el matrimonio igualitario otorgaba al Estado la facultad de regular las familias y matrimonios no heterosexuales. Sin embargo, al mismo tiempo, argumentaban que dicha ley tenía el potencial de cuestionar la naturaleza heterosexual de esas instituciones, así como los fundamentos doctrinales de la Iglesia Católica y su influencia en un Estado laico. En resumen, la posición de este grupo abogaba por el reconocimiento de un “mal necesario”. Además, criticaban la idealización en torno al concepto de “transgresión”, enfatizando que la transgresión no puede ser un objetivo en sí mismo, sino que debe tener como meta la transformación social. Como expresaron ellas mismas:

Es verdad que al legalizar una situación que hasta el momento se hallaba contenida en el territorio de la ilegalidad se acaba con la transgresión (...), y, sin embargo: ¿Hacia

⁸² *Ají de pollo* se presenta a sí mismo como un grupo interesado en promover y difundir debates que se dan en Argentina al interior del movimiento feminista, de mujeres y socio-sexual local, sin distinguir a priori entre autonomismo e institucionalismo. Nació en el 2003, a partir del “Foro Cuerpos Ineludibles: un diálogo a partir de las sexualidades en América Latina” que las interpeló fuertemente. El equipo editor estaba compuesto por Mónica D’Uva, Josefina Fernández y Paula Viturro. Con financiamientos obtenidos del Global Fund for Women lograron publicar varios libros donde se presenta una temática feminista y se convoca a la mayor cantidad de voces a involucrarse en la escritura de un texto que exprese una postura política al respecto.

qué se desencadena la transgresión sino hacia lo que la encadena, hacia el límite y lo que dentro de él se encuentra clausurado?”. (...) Somos conscientes de que al legitimarse una práctica se crean nuevas áreas de ilegalidad y discriminación, por eso creemos que, en la actualidad, el activismo por los derechos de “la diversidad” debe tener cuidado en no anquilosarse cuando una meta es lograda. Es necesario mantenerse en constante movimiento, minando al sistema, encontrando los diferentes nodos sociales que contienen prejuicios, ideologías y saberes que necesitan ser revertidos o deconstruidos. (Rachid y Arnés, 2007, p. 123)

Por otro lado, en el plano del activismo territorial La Fulana entendió que si iban a trabajar por una ley que debía ser aprobada en el Congreso de la Nación entonces era necesario que esa demanda interpelara a los colectivos de la diversidad sexual de todas las provincias del país. La Fulana se contactó con el colectivo VOX de Rosario y, en septiembre del 2005 lanzaron el Primer Encuentro de Organizaciones LGBT del Mercosur. Allí, la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina (ATTTA), La Fulana, la Asociación Civil Nexo, Fundación Buenos Aires SIDA y la Asociación Civil VOX “decidieron comenzar a trabajar conjuntamente a fin de dar un impulso decisivo a la agenda de la igualdad en Argentina” (FALGBT, 2010, s/p). Estos grupos, junto al diputado Eduardo Di Pollina del Partido Socialista presentaron a finales de ese año “la primera iniciativa parlamentaria para modificar el Código Civil argentino y permitir el Matrimonio a todas las parejas, incluyendo a las conformadas por personas del mismo sexo” (ídem). Así nació la organización nacional para trabajar en pos de la aprobación de esa ley: la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FALGBT).

María Rachid: Para armar la Federación tuvimos en cuenta dos cosas: primero, que había habido un cambio de paradigma en Argentina respecto de los Derechos Humanos, lo cual fue una señal para nosotros para pensar en la posibilidad del matrimonio igualitario. Recordemos que el gobierno nacional nos había convocado para el Plan Nacional contra la Discriminación, y que habían sucedido antecedentes como la derogación de las leyes de la impunidad en Argentina, la aprobación de la Ley de Inmigraciones, que era de vanguardia en el mundo, y así. Segundo, en el 2005 se aprobó en España la ley de matrimonio igualitario, que fue el tercer país del mundo con esta legislación, después de Holanda y Bélgica. Cuando España lo aprobó, y teniendo en cuenta que es un país parecido al nuestro porque tiene una fuerte presencia de la Iglesia Católica, ahí decidimos salir con la Federación con un primer folleto que mostraba una nota del diario *El País* donde se hablaba de esa aprobación. La consigna del primer flyer que hicimos en la FALGBT era *Nosotros también podemos*. En el dorso tenía cinco objetivos: el matrimonio igualitario con adopción (porque Holanda y Bélgica habían tenido que negociar eso en la primera aprobación); ley de identidad de género; la derogación de los artículos que criminalizaban la homosexualidad y el travestismo en los códigos contravencionales y de faltas de todo

el país (había diecisiete provincias que criminalizaban a nuestras identidades expresamente); la inclusión de la diversidad en la ESI; y la nueva ley antidiscriminatoria.

En el 2010, después de un extenso activismo, se logró la aprobación de esta ley (este tema será retomado en el séptimo capítulo).

Durante todos sus años de funcionamiento, La Fulana sostuvo su activismo territorial, así como la organización de grupos vivenciales para la reflexión y discusión de temas de interés y otras actividades de socialización. A partir del 2005, LF alquiló un local más grande en Sánchez de Bustamante y Av. Rivadavia que le permitió empezar a funcionar como un Centro Cultural LGBTTTQ donde se hacían performances, se leía poesía, se dictaban talleres, había exposición de fotos, entre otras actividades. En esta etapa, se sumaron muchas lesbianas y mujeres bisexuales jóvenes, nacidas en los ochenta, que armaron un nuevo grupo: Les Arts (2005-2006). Este, estaba conformado por Roma Cantuarias, Astrid Belén, Carolina Crespo, Luciana R., Clara Gualano, Laura Safo y Laura Arnés, quienes buscaban “generar un cambio cultural a través de la estética” (Jiménez España, 2020, p. 414). Contó Laura Safo en la entrevista:

Queríamos hacer un espacio de lesbianas artistas. El nombre era un juego de palabras entre “las artes” y “lesbianas artistas”. (...) Fue un antecedente de Con-textuadas⁸³, en el sentido de que éramos un grupo de amigas lesbianas haciendo cosas artísticas juntas, relacionadas con la poesía, la fotografía y la performance...

⁸³ Con-textuadas fue un grupo de activismo artístico feminista de lesbianas y bisexuales de la Ciudad de Buenos Aires. Hicieron su presentación formal en el ENM de Tucumán, en el 2009, y se disolvieron en el 2012. Estaba integrado por Iris Ortellao, Dafna Alfie, Paz Davico, Charlotte Jenkins, Hanaly Gerosa, Natali Veler y Laura Arnés. Sus intervenciones buscaban ser poético-artístico-políticas. En el 2011, en el ENM de Bariloche, este colectivo convocó a la apertura de un taller sobre *Bisexualidades* que continúa en la grilla hasta la actualidad. Su texto de presentación sostiene: “Actuamos situadas, con la experiencia como impulso, con la teoría como herramienta. Pensamos en contexto, desde un cuerpo generizado y una lengua sexuada. La denuncia (creativa) de lo que se enuncia (texto que nos contextúa) como punto de partida; el trabajo colectivo como espacio de exploración desde el que construir nuevos conocimientos sobre nosotras mismas y sobre el mundo. A través de intervenciones artístico-políticas, buscamos abrir grietas en los silencios que lastiman, las palabras que ofenden y las imágenes que (des)figuran, denunciando la condición textual de los cuerpos, los pactos que existen entre palabras y miradas. Pero para develar es necesario desnaturalizar. Nos proponemos, entonces, una crítica constante a los mecanismos políticos y culturales sobre los que se asienta la opresión de género” (<http://con-textuadas.blogspot.com/>). Otro antecedente a esta forma de acción po(lí)ético-artística —que comparte a una integrante, Laura Arnés— fue el ciclo de poesía “Cuerpo extraño”. El mismo fue mentado en el 2005 por Laura Arnés, María Muro y Germán Weissi; se trataba de encuentros poético-performáticos que se realizaban en un espacio palermitano de nombre provocador para la época: Militancia homo” (Jiménez España, 2020, p. 414).

La Fulana existe hasta el día de hoy. Actualmente tiene un convenio con la Ciudad de Buenos Aires por el cual recibe financiamiento para gestionar un Centro Integral de la Mujer en el que trabajan psicólogas, abogadas y trabajadoras sociales.

4.2 Lesbianas en Lucha (2003-2004)

El grupo Lesbianas en Lucha (en adelante LL) surgió en el año 2003, formado por activistas con una trayectoria política sostenida desde años anteriores. Fue un grupo de acción directa cuya singularidad radicó en su capacidad para unir las demandas del colectivo LGBTTTQ con las luchas principalmente centradas en reclamos de clase social, en un panorama nacional signado por la exclusión a partir de procesos globales tendientes al neoliberalismo. Lograron cierta interseccionalidad a partir de acciones coyunturales que exigían una fuerte presencia callejera y que buscaban hacer frente a los avances del neoliberalismo y sus desafíos cambiantes. En este sentido, su apoyo a las luchas de las travestis y trabajadoras sexuales, quienes eran las más marginadas y vulnerables dentro del movimiento de mujeres y LGBTTTQ, fue fundamental.

Sus integrantes incluyeron a dos ex miembros del grupo Lesbianas a la Vista: María Luisa Peralta y Fabi Tron. También formaron parte Alejandra Ferradás, quien anteriormente trabajaba como periodista en el diario *NX* (en ese momento usaba el apellido Brassó), y Diana Azcárate, una lesbiana trans “que había sido militante trotskista en los setenta (...). Transicionó de grande, y su presencia [en el activismo] hizo que se pusieran muy furiosas algunas tortas grandes, como Ilse Fuskova y Elsa San Martín, y otras no tan grandes. Nada nuevo” (Entrevista con María Luisa Peralta). Estas activistas se encontraron ya organizadas cuando la crisis política y económica sacudió a Argentina en los años noventa. Fueron precisamente estas crisis las que marcaron el fin de sus plataformas de activismo a principios de los años 2000, como ocurrió con Lesbianas a la Vista o la revista *NX* que dejó de publicarse. Según señaló María Luisa Peralta en la entrevista, lo que realmente influyó en el nuevo grupo fue la observación que cada una de ellas hizo sobre cómo una “subjetividad neoliberal” estaba arraigándose en la sociedad, desplazando el apoyo comunitario de los espacios de reflexión, acción y socialización de las lesbianas.

Lo anterior llevó a que Lesbianas en Lucha pusiera especial énfasis en establecer alianzas con otros movimientos sociales. Adoptaron las reivindicaciones de la izquierda política partidaria y no partidaria, así como del movimiento de desempleados y piqueteros. Al mismo tiempo,

lograron que estos movimientos también incluyeran sus demandas como parte del grupo LGTTTTQ. Es decir, su objetivo era evitar la fragmentación y no reducir su activismo a la lucha por “la identidad” que en ese momento estaba cobrando fuerza en el movimiento de la diversidad sexual. En cambio, buscaban articular de manera transversal con otros grupos con los que compartían, de cierta manera, la lucha de clases.

En el año 2001, quienes serían integrantes de LL ya habían tomado parte en la consulta popular del Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO) que abordó temas como el pago de la deuda, la militarización y la instauración de un salario de ciudadanía. Esta iniciativa, organizada por la CTA como punto central, logró la convergencia de diversos colectivos y movimientos sociales, incluyendo sindicatos, asambleas universitarias, organizaciones de derechos humanos, centros culturales y partidos políticos, entre otros. Es relevante mencionar que en la Provincia de Santa Cruz, la iniciativa contó con el respaldo del entonces Gobernador Néstor Kirchner (Verbitsky, 2009).

Efectivamente, en el momento de conformación de Lesbianas en Lucha, el contexto a nivel nacional —pero muy especialmente de Buenos Aires— estaba aún movilizado por los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001, la Masacre de Avellaneda ocurrida en el 2002, y por la consigna “que se vayan todos” que resonaba mucho en el 2003.

María Luisa Peralta: Antes de que naciera EspArtiles hubo una actividad en Rosario que cayó para el 26 de junio, que se llamó *Entre Nosotras*. Yo no fui porque mi lugar era en el puente Pueyrredón, no podía estar en una juntada identitaria. Era el aniversario del asesinato de los compañeros Darío Santillán y Maximiliano Kosteki⁸⁴ y mi organización LGBT estaba arriba del puente porque éramos parte de las asambleas, piquetes, Foro Social Mundial... Yo estaba en *Indymedia Género* en esos años. Era fundamental, entrabas a un cyber y publicabas en *Indymedia* porque no existían las redes sociales. Era wiki, era publicación abierta, a través de eso te enterabas dónde había represión, era la manera de informarse. (...) éramos parte de toda esa circulación, por eso no fui a las jornadas lésbicas del 2004. En esos años, con otra gente habíamos hecho un frente de izquierda LGBT y nos invitaron dos veces a la Asamblea de Trabajadores Ocupados y Desocupados, que era la asamblea del bloque piquetero nacional. ¿Sabés lo que era ser parte de la plenaria del bloque piquetero nacional

⁸⁴El 26 de junio de 2002, debido a la situación política y económica del país, muchas organizaciones convocaron a una movilización para pedir un aumento general del salario, más subsidios para les desocupades, alimentos para los comedores y merenderos populares que crecían, etc. En el Puente Avellaneda se desempeñaba un fuerte operativo policial para impedir que los manifestantes logren cortar ese puente —que es el acceso desde la Provincia de Buenos Aires a la CABA—; los desalojaron y reprimieron brutalmente. El evento, conocido como Masacre de Avellaneda, dejó como saldo a más de treinta heridos y heridas, y la muerte de dos jóvenes que estaban agrupados en la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón: Maximiliano Kosteki (22 años) y Darío Santillán (21 años).

cuando el movimiento piquetero todavía era grande, y estar en ese escenario, hablando de reivindicaciones y necesidades LGBT y que toda una masa piquetera aplaudiera? (...) Y cuando nació EspArtiLes me pasó lo mismo: no iba a estar en un lugar que convocaba desde algo identitario, sin posicionamiento político. Yo vengo de la lucha antiglobalización, foro social, anti-guerra... Entonces, EspArtiLes no me convocaba.

En el 2003, Lesbianas en Lucha viajó a Porto Alegre al tercer Foro Social Mundial, donde levantó consignas en contra de la guerra de Irak y contra el ALCA, junto al Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y al movimiento anti-globalización. Habían sido invitadas a un panel sobre visibilidad lésbica en un espacio llamado Planeta Arco-Iris conformado por diversas organizaciones, entre ellas, *Nuances*, donde por ese entonces participaba la activista argentina mariam pessah que había sido parte de Las Lunas y las Otras pero que desde el 2001 vivía en Brasil. Allí, junto a otros grupos de lesbianas de distintos países organizaron un taller auto-convocado que tuvo como resultado la confección de una larga bandera del orgullo que se usó para visibilizarse en la marcha que convocaba a todos los movimientos sociales.

En el Foro Social Mundial de Porto Alegre se juntaron los feminismos de diferentes países del mundo. Como señalaron las investigadoras Silvia Chejter y Claudia Laudano (2003), ese foro fue el punto de encuentro de numerosos y diversos movimientos sociales que acordaban en la necesidad de oponerse al movimiento hegemónico neoliberal global que generaba “grietas cada vez más profundas en el tejido social en todo el planeta, con discriminaciones, exclusiones y marginaciones que aparecen como irreversibles” (p. 576). Allí se discutió como un eje central la pobreza a la que el capitalismo patriarcal condenaba a las mujeres, poniéndolas en condiciones de desigualdad para competir en el mercado laboral debido a la reprivatización de la familia y precarizándolas laboralmente. También se habló de la necesidad de entablar más relaciones feministas Sur-Sur y se acusó a las financiadoras del norte global de no preocuparse verdaderamente por la inserción de las mujeres en la agenda del desarrollo. Como señalan Chejter y Laudano, para las feministas que asistieron a Porto Alegre:

luego del proceso “desgastante” de preparación para la conferencia de Beijing, que produjo en la región latinoamericana la escisión entre feministas “institucionales”, “autónomas” y “ni las unas ni las otras”, la Marcha Mundial de Mujeres [del FSM] resultó, según Nalu Faria (SOF, Brasil), “estimuladora del movimiento de mujeres” al pronunciarse contra los efectos de las políticas neoliberales, a favor del aborto y por la organización autónoma de las mujeres. (2003, p. 579)

La argentina Alejandra Sardá, quien fue parte de Lesbianas a la Vista, pero que a finales de los noventa empezó a tener una participación en el activismo más institucional en la ONG neerlandesa Comisión Internacional Gay y Lesbiana de Derechos Humanos (IGLHRC), señaló que en el Foro Social Mundial ya se criticaba el concepto de “diversidad” y sus usos políticos. Sostuvo que:

Hubo consenso en cuanto a que es un concepto tramposo, que enmascara las desigualdades objetivas (y también las subjetivas). Los discursos acerca de la “diversidad” que eluden la propuesta de acciones concretas para erradicar la discriminación y actuar sobre sus consecuencias, que son principalmente de exclusión y violencia económicas y simbólicas, son no sólo ineficaces sino perjudiciales para los movimientos sociales”. También se coincidió en que algunas medidas paliativas sobre las que había consenso, como las acciones afirmativas, sólo sirven si van acompañadas de medidas macro que permitan a todo el colectivo afectado ir superando su situación de exclusión; aisladas, pueden redundar en ventajas sólo para una parte del grupo excluido, aquella parte que ha internalizado mejor las normas del grupo dominante. (Testimonio de Alejandra Sardá en Chejter y Laudano, 2003, p. 984)

Lesbianas en Lucha viajaron a Brasil con otro grupo de activismo de Buenos Aires, llamado Convocatoria LGBT. Durante su participación en el Foro, entablaron una estrecha relación que perduró al regresar a Argentina, culminando en la fusión de ambos grupos para crear el colectivo de Acción Política LGTTTB. En la entrevista, María Luisa Peralta lo describió como un colectivo mixto de orientación izquierdista, con el cual llevaron a cabo numerosas actividades en consonancia con las consignas del FSM, particularmente las de índole anticapitalista y anticlerical. Entre sus logros destacó la convocatoria de la primera Contra-marcha del Orgullo en 2003, en colaboración con el movimiento piquetero y diversos partidos de izquierda, una marcha que abogaba contra el sistema capitalista y el patriarcado.

El siguiente año, llevaron a cabo nuevamente la Contra-Marcha, que expresaba su respaldo a las trabajadoras sexuales cis y trans, así como a personas LGBTTTQ, vendedores ambulantes, entre otros. Según lo narró Peralta, la marcha de 2004 también abogaba por la libertad de los detenidos que habían protestado a favor de la reforma del Código Contravencional junto a H.I.J.O.S. y la izquierda tradicional⁸⁵. La convocatoria se realizó frente a la Catedral de la Ciudad de

⁸⁵ El 16 de julio de 2004, una manifestación contra la reforma del Código Contravencional de Buenos Aires terminó en incidentes que dañaron la Legislatura. Posteriormente, policías de civil detuvieron a veinticuatro personas. Sin pruebas, la jueza Silvia Ramond procesó y encarceló a quince de ellos, acusándoles de “delitos de coacción agravada, privación ilegítima de la libertad agravada, daño calificado y resistencia a la autoridad” (CELS, 2017, p. 65). Los

Buenos Aires, que en esa jornada se encontraba cercada por la policía y protegida por un “gran despliegue católico, personas haciendo como una guardia pretoriana por la marcha del orgullo, y ahí estaba también [Emilio] Nani, este tipo que fue coronel de la dictadura” (Entrevista a María Luisa). Entre los puntos más destacados del manifiesto que redactaron en relación a la contra-marcha se encontraba la oposición a la equiparación que la Iglesia hacía entre la sexualidad y la reproducción; la indignación ante la teología medieval que pretendía seguir controlando las vidas y los cuerpos de las personas del colectivo LGTTTB, además de oponerse a la distribución de anticonceptivos y a la educación sexual en las escuelas; la acusación de complicidad en

diversos crímenes de lesa humanidad, incluida la última dictadura cívico-militar en Argentina; la denuncia de casos de pedofilia por parte de sacerdotes y curas; y la reivindicación del derecho a decidir sobre el propio cuerpo, entre otros. El manifiesto terminaba con las siguientes consignas, que aún están presentes en las marchas feministas:

¡Separación absoluta de la Iglesia y el Estado!
 ¡Basta de teología medieval! Que la Iglesia desista de intentar imponernos su hipocresía como moral.
 ¡Basta ya de represión de la Santa Inquisición!
 No a la presencia de la Iglesia en la educación pública.
 Juicio y castigo para todos los curas abusadores.

camaristas confirmaron las detenciones, que se extendieron “por 14 meses y [funcionaron] como una pena anticipada. Luego, ante el pedido del fiscal y los querellantes, el Tribunal modificó la calificación de los hechos como ‘perturbación de los poderes públicos’ y concedió la excarcelación a todos los detenidos” (ídem). En el 2006 se dictó la sentencia, mediante la que absolvieron a doce personas, y los dos restantes fueron acusados de penas leves por daños por daño agravado. Como explicó el Centro de Estudios Legales y Sociales: “Por la gran cantidad de ilegalidades comprobadas en el proceso judicial, como la utilización abusiva y desproporcionada de figuras penales, el uso del encarcelamiento preventivo, la ausencia de pruebas y el seguimiento acríptico de los falaces testimonios de los policías implicados es considerado un caso extremo de criminalización de la protesta social” (ídem). Extraído de <https://www.cels.org.ar/protestasocial/>

**XIII Marcha del Orgullo GLTTTB
 gay- lésbico- travesti- transexual- transgénero-
 bisexual- intersex**

Nuestra marcha se ha mercantilizado. No nos interesa ser parte de un mercado-gueto, ni de una falsa aceptación pseudo-progresista, ni que nos quieran identificar con los estereotipos funcionales al sistema capitalista-consumista difundidos desde la TV.

Por eso te convocamos a marchar con nosotr@s este **SABADO 20 de NOVIEMBRE** levantando las siguientes consignas:

- NO al Código Contravencional y legislaciones represivas
- Libertad a nuestr@s compañer@s:
 Diana Sacayán, Jorge Nuevas, Marcela Sanagua, Carmen Infran y demás pres@s polític@s
- ¿Unión Civil en el país de la represión?

15 hs: FERIA de la DIVERSIDAD (Pirámide de Pza. de Mayo)

18 hs: concentramos frente al Cabildo para marchar al Congreso

CONVOCAN: AP LGTTTB- ALITT- Carne Clasista- Centro Cristiano de la Comunidad GLTTTB- Etcétera- Futuro Transgénero- Gays DC- HIJOS- Izquierda GLTTTB- Lesbianas en Lucha- MTL- Pan y Rosa- RedTrans- feministas y activistas GLTTTBs independientes.

¡Basta de impunidad para los violadores!
¡Juicio y castigo a todos los cómplices del genocidio de la dictadura!⁸⁶

Posteriormente, Lesbianas en Lucha no se disolvió, sino que más bien se fue fundiendo en otros espacios transversales de lucha.

4.3 Desalambrando (2002-2011)

Desalambrando surgió por iniciativa de la activista fabi tron, ex integrante de Lesbianas a la Vista. Nació en mayo del 2002 en Buenos Aires como un programa de prevención de la violencia entre lesbianas, y estuvo integrado por Laura Eiven, Alejandra Ferradás, Bibi Lorenzano y Mercedes “Mechi” Momjaime Aguiar. Fue el primer programa en Argentina dedicado a la prevención, asistencia e investigación de la violencia doméstica entre lesbianas, encontrando sus fundamentos de acción en la desnaturalización de todas las formas de violencia patriarcales y cis-hétero-normativas. En este sentido, el acompañamiento de casos de lesbofobia internalizada también se ganó su lugar en el programa, pues demostró tener un efecto muy dañino y agresivo en la vida de las personas. Contó fabi tron en la entrevista:

En principio, el proyecto Desalambrando, el nombre y el pedido de financiamiento, lo armé sola. Luego, cuando me salió el financiamiento convoqué a otras compañeras para trabajar y conformar el equipo. Como era un trabajo que necesitaba de un compromiso permanente, hasta no estar segura de tener el financiamiento no quería convocar a nadie. Igualmente, cuando estaba buscando el edificio de la sede, una psicóloga que había participado de los talleres de Lesbianas a la Vista, Mechi, me acompañó y asesoró muchísimo. Ella tenía una discapacidad motriz, entonces entre las dos buscamos la sede, que tenía que ser un lugar adecuado para personas con discapacidad motriz, entre otras cosas.

El financiamiento provenía de MamaCash y Global Fund for Women, con el que pudieron alquilar un local y ofrecer diferentes actividades. Estas incluían talleres, consejerías individuales, grupos de reflexión y charlas informativas coordinadas por lesbianas profesionales capacitadas, así como por sobrevivientes de maltrato ejercido por mujeres. Es importante recordar que durante los noventa y buena parte de los dos mil el Estado no tenía casi políticas a favor del colectivo LGBTTTQ y tampoco ofrecía financiamiento para ese tipo de organizaciones, por lo que durante esos años no era inusual ni estaba mal visto recibir patrocinio del exterior.

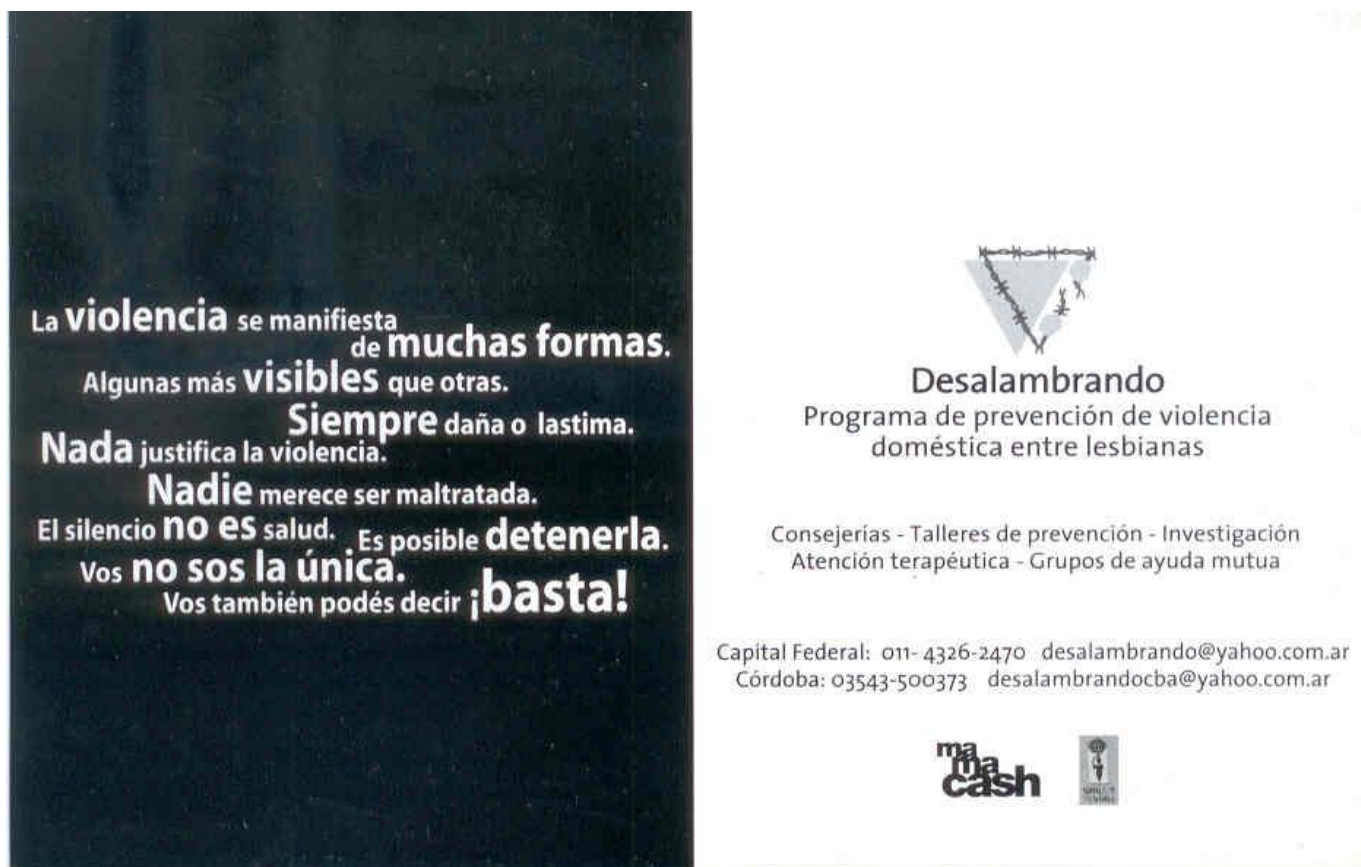
⁸⁶El texto completo del manifiesto se puede consultar en: https://docs.google.com/document/d/1B-Hsku7nn-rtPGznl_w-7aP7kgLOMct_eoXS_3iYJ6w/edit?hl=en_US#

fabi tron: En ese momento no me parecía mal pedir financiamiento a grupos de pares: eran compañeras feministas, lesbianas del hemisferio norte, ellas tenían la plata y nosotras no. Yo lo veía desde un punto de vista de la equidad, teniendo en cuenta que el norte es rico en parte por lo que se llevan del sur, me parecía un acto de justicia militante, digamos. Y pedírselo a compañeras pares desde el punto de vista ideológico, feminista, era aceptable. (...) el Estado ejerce más presión para que sucedan ciertas cosas, impone más reglas, normas, límites; con el tiempo, igual, he ido cambiando de posición, ahora soy más autónoma.

La iniciativa de Desalambrando tuvo sus raíces en la labor activista de Lesbianas a la Vista, quienes abordaban en sus talleres y grupos de reflexión asuntos relacionados con la salud sexual y reproductiva, así como también temas de maltrato. En 1995, Alejandra Sardá y Silvana Hernando coordinaron un taller sobre violencia en parejas de mujeres, el cual continuó después de la formación del grupo de Lesbianas a la Vista. A finales de ese mismo año, organizaron el primer “Encuentro de Sensibilización sobre la violencia en relaciones íntimas”. En los años siguientes, llevaron a cabo una labor de visibilización, prevención y concienciación en escuelas de nivel primario, secundario y terciario, a través de la organización de talleres y la distribución de material informativo. Según cuenta fabi tron, cuando se disolvió el grupo Lesbianas a la Vista, “uno de los motivos era que quedábamos cuatro y todas queríamos hacer cosas distintas. Yo quería seguir trabajando con violencia”.

El equipo de profesionales de Desalambrando, además de brindar asistencia y dictar talleres de concientización y prevención, recopilaba información para producir informes capaces de medir y representar la incidencia del maltrato entre lesbianas. También difundía información para que el tema “saliera del clóset”, tanto dentro de ámbitoslésbicos y feministas como en la sociedad en general. Adicionalmente, contaban con una biblioteca especializada.

Desalambrando tuvo desde el inicio un ímpetu federalizador, dado que entendía que la violencia ejercida y sufrida por lesbianas era una problemática presente en todo el país. Por esta razón, llevaron su programa a distintas provincias para colaborar con otros colectivos de lesbianas. En el año 2011, por ejemplo, visitaron Mendoza a partir de la invitación de la colectiva Ultravioletas. Asimismo, se trasladaron a Santa Fe para coordinar talleres convocados por el grupo Safinas y a Tucumán para participar en una actividad organizada por las Cruzadas.



Afiche con información acerca del espacio.

Patricia Claudia Rossi, psicóloga que fue parte del grupo entre el 2004 y 2012, contó en una entrevista que:

al espacio de asistencia llegaron mayoritariamente lesbianas víctimas/sobrevivientes de maltrato y –en menor proporción– consultaron lesbianas que reconocían estar ejerciendo violencia y solicitaban tratamiento al respecto. Funcionaron grupos de ayuda mutua a la par que dispositivos de asistencia individual. (...) Para empezar, algunas consecuencias del patriarcado, la heteronormatividad y la cisonormatividad, son/han sido: en primer lugar, la internalización de la lesbofobia social. Y, con variaciones según la época y el lugar geográfico, han implicado: pérdida de amor y/o apoyo de la familia de origen y otros seres queridos, aislamiento, pérdida de trabajo, consecuente pobreza, desprecio, insultos (“tortillera”, “marimacho”), humillación, omisión, invisibilidad, tratamientos psiquiátricos compulsivos, cárcel, campos de exterminio, pena de muerte, acoso, agresiones físicas, tortura, violación “correctiva”, muerte por suicidio o bien por asesinato (crimen de odio). (2018, s/p)

En marzo del 2004 también abrió una rama de Desalambrando en Córdoba que funcionó poco tiempo, porque a finales del 2005 se quedaron sin financiamiento para esa sede. Cuenta fabi tron que:

(...) en la última etapa de Desalambrando de Córdoba yo ya venía haciendo una crítica al tema de los financiamientos, básicamente, porque me parecía que las tortas eran poco colaboradoras, que no apoyaban, digamos, que exigen mucho de las organizaciones, pero que aportan bastante poco a las organizaciones, tanto de recursos económicos como de otra índole. Siendo Desalambrando un proyecto de salud, me parecía importante que el proyecto se pudiera empezar a autofinanciar, para evitar asistencialismos. Cuando perdí el financiamiento para Córdoba intenté por un tiempito que eso sucediera, pero no pasó, entonces se terminó de cerrar.

La última actividad que hicieron fue presentar una denuncia por discriminación hacia el cura Gustavo Piva, debido a sus declaraciones homofóbicas publicadas en el diario La Voz del Interior. La denuncia se hizo ante el Honorable Colegio Público de Abogados –ente designado por el INADI para recibir ese tipo de denuncias, dado que en Córdoba no había una delegación oficial⁸⁷.

⁸⁷Extraído de: <http://potenciatortillera.blogspot.com/search?q=desalambrando>

Capítulo 5. Otros espacios, otros tiempos. El equívoco “interior” y algunas consideraciones sobre la intimidad en el activismo lésbico

Nata se había comprometido a enseñarles a las niñas salvajes cómo vivir en la Ciudad, y lo hizo con honesto cuidado y atención. Les enseñó las normas. Les enseñó lo que creía la gente. Las normas no incluían la justicia, así que eso no se lo enseñó. Quizás ella no creyese en lo que creía la gente, pero de igual modo les enseñó cómo vivir con quienes sí.

Ursula K. Le Guin, *Las niñas salvajes*

En este capítulo expongo diversas experiencias de colectivos que iniciaron el activismo lésbico y/o lesbofeminista en sus respectivas ciudades, específicamente en lugares donde no encontré registros previos de esta modalidad de organización. Estos grupos son: Las Safinas de Rosario (Santa Fe), Cero en Conducta de La Banda (Santiago del Estero), Fugitivas del Desierto de la Ciudad de Neuquén, Ultravioletas de la Ciudad de Mendoza y Malas como las Arañas de La Plata (Buenos Aires). Es importante destacar, además, que Fugitivas del Desierto inauguró el activismo lésbico en la Patagonia, al igual que el colectivo Cero en Conducta lo hizo en Noroeste argentino y Ultravioletas en la región de Cuyo.

Las Safinas, Cero en Conducta y Fugitivas del Desierto surgieron en el año 2003, a partir de la necesidad de reunirse entre lesbianas para compartir experiencias, reflexionar y leer autoras lesbianas y feministas para articular esos aportes con sus propias vivencias. Aunque la autoconciencia estuvo presente en la práctica, no se enunció como tal, sino más bien se vinculó a la idea de los “grupos de reflexión”. Además, se vieron influenciadas por los Encuentros Nacionales de Mujeres y la lista de correos Safo_piensa. Por otro lado, Ultravioletas y Malas como las Arañas se formaron en 2007 y a lo largo de su activismo fueron mostrando una afinidad ideológica y afectiva con el grupo Fugitivas del Desierto, si bien su nacimiento responde a otras influencias. El colectivo mendocino se inició como un grupo de reflexión, o más propiamente como un grupo de estudio, y con el tiempo adoptó prácticas de visibilización que lo posicionaron como el grupo feminista más disidente de la provincia. En contraste, Malas como las Arañas se formó en la calle, convocadas de manera autónoma en respuesta a un femicidio. A lo largo de sus

años de existencia, su principal enfoque de acción continuó siendo la desafiante ruptura del heteropatriarcado en el espacio público.

Como desarrollé anteriormente, el *territorio* es una variable que hojaldra las experiencias y los conocimientos situados que pueden emerger en un tiempo determinado. La ubicación geográfica, que implica un proceso complejo de apropiación e identificación y, en el caso particular de las lesbianas también de *desidentificación*, abarca aspectos tanto afectivos como simbólicos que se forman en las vivencias prácticas de quienes residen en esos espacios (López y Michelli, 2016). Siguiendo la argumentación de estos autores, el territorio conlleva una experiencia espacial, un “saber habitar” que recupera lo cotidiano. En un momento anterior, mencioné algunas características específicas de la Ciudad de Buenos Aires para describir un entramado de relaciones políticas, económicas y sociales que se manifiestan allí y que, junto con la interacción compleja entre distintos actores habrían ejercido cierta influencia sobre el activismo lésbico temprano en esa ciudad. Ahora, en cambio, voy a detenerme en ciertos atributos compartidos por ciudades no metropolitanas y que incidieron en los movimientos de la disidencia sexual. Habiendo reconocido que cualquier contraste entre las ciudades metropolitanas y las no metropolitanas no puede ser universalizado ni considerado como absoluto, utilizo para este capítulo las propias observaciones proporcionadas por las entrevistadas sobre sus respectivas ciudades.

En primer lugar, varias de las entrevistadas compartieron la experiencia de sentir cierta ambigüedad al iniciar un activismo lésbico en sus ciudades. Esto se debió al deseo de hacer pública su orientación sexual como un gesto político, lo cual venía acompañado del temor a estar siendo observadas por personas que las conocían en contextos como el trabajo, la universidad, el barrio o los lugares de ocio. Esto indica que las lesbianas de esas provincias no disfrutaban del anonimato al participar en el espacio público, sino que experimentaban una sensación de exposición más intensa. Según las entrevistadas, esto también supuso una limitación para que se unieran nuevas personas al activismo lésbico, lo que fomentó la formación de redes más cerradas y “endogámicas”. También mencionaron cómo la “intimidad” o aspectos considerados como personales se convirtieron en parte de la cultura pública, especialmente a través del chisme. En comparación con el Área Metropolitana de Buenos Aires, donde la diversidad de personas y espacios sociales puede generar un sentido de pertenencia a una comunidad amplia, en ciudades

más pequeñas, la cercanía entre las personas y la alta probabilidad de conocerse entre sí pueden crear una sensación de comunidad más íntima, lo que implica un mayor nivel de reconocimiento, visibilidad y, en ocasiones, una mayor presión social.

La vigilancia por parte de sus comunidades locales hizo que fuera más fácil prever los riesgos que corrían al expresar abiertamente su lesbianismo en el espacio público, que en ocasiones operó desalentado una participación más amplia en los grupos para lesbianas. Estos riesgos fueron descritos de diversas maneras, incluyendo el miedo a enfrentar insultos lesbofóbicos en la vía pública, ataques o vandalización de sus locales o lugares de encuentro, discriminación en el trabajo e incluso la posibilidad de ser excluidas de sus propias familias. En este sentido, la investigadora brasileña Manuela Blanc (2013), en un estudio sobre ambientes pequeño-urbanos plantea como eje de estudio a la pregunta “¿A qué familia perteneces?”, sugiriendo que en urbes pequeñas es más probable que la reputación de una persona se vea directamente influenciada por la red de parentesco a la que pertenece y viceversa. Efectivamente, en varios de los relatos sobre la “salida del armario” que recolecté en las entrevistas, los familiares fueron quienes presentaron la mayor resistencia, interpretando la revelación del lesbianismo como un ataque personal. Expresiones como “¿por qué me haces esto a mí?” o “está bien que seas lesbiana, pero ¿por qué tenés que decírselo a todo el mundo?” reflejan el rechazo que sienten los familiares, quienes ven acercarse inexorablemente el espectro de la discriminación dirigida hacia ellos mismos.

Debido a estas circunstancias, muchas de las entrevistadas experimentaron un estilo de vida itinerante, residiendo en diversas ciudades tanto dentro del país como en el extranjero. Fue en lugares distintos a sus ciudades de origen donde algunas pudieron auto-reconocerse como lesbianas, en algunos casos, por primera vez.

Aranzazú Guevara: Desde el momento en que yo asumo que me gusta una mujer a mis quince años, hasta que yo me asumo como lesbiana, pasaron varios años. Yo nací en un pueblo y los pueblos son pueblos, tienen todos los problemas de los pueblos: que la gente habla, que vos sos “hija de”. Además, en los noventa no había modelos positivos de lesbianas, en realidad, no había modelos en general de lesbianas. LA lesbiana del pueblo, la única, era muy estigmatizada. Para mí no era fácil asumirme, lo oculté durante mucho tiempo. Hice una operación mental en la que pensé: “quizás a mí no me gustan los varones en este pueblo porque acá son todos pelotudos, pero tal vez, cuando me vaya a estudiar, me van a gustar”. (...) Pero la historia salió al revés. Me fui a estudiar a La Plata en el año 2000 y en el 2001 fue el primer Encuentro de Mujeres

al que yo voy en esa ciudad. Ahí me topé con la revista del grupo La Fulana y, por primera vez pensé la posibilidad del lesbianismo.

Norma Mogrovejo, investigadora feminista peruano-mexicana, llama “sexilio” a “las migraciones y exilios que las mujeres lesbianas emprenden para escapar de la persecución comunitaria, la discriminación social y la vigilancia de familias que procuran controlar, negar o ‘curar’ su sexualidad” (2017, p. 5). A pesar de que el sexilio puede implicar experiencias dolorosas, las entrevistadas también describieron esta situación en términos de oportunidades de movilidad, como un nomadismo hacia una subjetividad política disidente en cuestiones de género y como una forma de libertad que se manifestaba en el ámbito de la sexualidad. No obstante, las experiencias recogidas no pueden describirse completamente bajo el concepto de “sexilio” ya que algunas de las entrevistadas argumentaron razones aparentemente tangenciales para dejar sus ciudades natales, como la búsqueda de empleo o estudios universitarios. El hecho de que no mencionen explícitamente la presión social como motivo de su partida no descarta la posibilidad de que haya sido un factor determinante en su elección, dado que el estigma y la discriminación a menudo operan a niveles inconscientes. Es plausible que, incluso de manera tácita, estas lesbianas hayan optado por emigrar en busca de un entorno más propicio para vivir de acuerdo a sus preferencias sexuales. Sin embargo, en este capítulo, pongo menos énfasis en los desplazamientos motivados por la orientación sexual y más en la resistencia que implicó quedarse en localidades pequeñas o medianas para llevar a cabo un activismo lésbico.

En las entrevistas, no todos los aspectos de vivir en una ciudad mediana o pequeña fueron expresados negativamente. La fuerza del encuentro, la potencia de visibilizarse en las calles, el deseo que de muchas más lesbianas “de pueblo” pudieran vivir su sexualidad libremente fueron elementos que le otorgaron a su gesta una excitación que lejos de ser personal, era política.

Nos nos bastaba con ser “las lesbianas” del Alto Valle, que firman cartas en el correo de lectores del diario o que participan de programas radiales o televisivos; eso fue un inicio. Comenzamos entonces por una idea que, a la manera de la piedra plana que se arroja en el espejo imperdurable del lago, genera círculos concéntricos que cada vez son más amplios (...). (Macky Corbalán, 2004, p. 17)

El contexto del activismo en la ciudad de La Plata presentó algunas diferencias con los casos previos. Las entrevistadas no hicieron demasiado énfasis en las dificultades asociadas al entorno cercano o endogámico de la “ciudad pequeña” al describir su visibilidad lésbica.

Argumentaron que, al tratarse de una ciudad universitaria que atrae a jóvenes de diversas regiones del país, la diversidad de procedencias contrarrestó las dinámicas ligadas a la “familiaridad” previamente mencionadas. En cambio, se observó una fuente de conflicto en la cercanía con la Ciudad de Buenos Aires, lo cual implicó durante muchos años una participación en las manifestaciones y marchas feministas allí realizadas, a expensas de la organización activista local, a pesar de que ya existían organizaciones feministas en La Plata, como la Casa de la Mujer Azucena Villaflor (conocida como “Las Azucenas”) que empezó a operar en 1986. Asimismo, las lesbianas de La Plata consideraron una carencia la ausencia de un activismo LGBTTTQ, motivo por el cual decidieron adentrarse en este ámbito.

Las entrevistadas de Santiago del Estero, Rosario, Mendoza, La Plata y Neuquén compartieron la observación de que en los primeros años del nuevo milenio no existía un movimiento activista específicamente dirigido a la comunidad lésbica en sus ciudades. Aunque reconocieron la presencia de organizaciones feministas, señalaron que las actividades que llevaban adelante no tenían gran visibilidad ni contaban con una audiencia masiva en ese momento. Por el contrario, los espacios feministas solían formar una comunidad de “conocidas” que se reunían en ambientes considerados “aliados” o “amigables”, como la universidad pública u organizaciones no gubernamentales y de derechos humanos, y no ocupaban masivamente el espacio público como sí ocurrió posteriormente con la llamada “marea feminista” más propia de la segunda década del dos mil.

Aunque endogámicos y poco numerosos, los espacios feministas sirvieron de punto de encuentro para las lesbianas, quienes ayudaron a conformar recíprocamente esos espacios. Con el tiempo, las lesbianas lograron generar referencias de un activismo callejero propio que interrumpía y desafiaba la trama heterosexual, tanto patriarcal como feminista. Esto contrasta con otras experiencias de activismo en Buenos Aires, como ya se ha abordado, donde hubo colectivos lésbicos que surgieron directamente dentro del movimiento LGBTTTQ, y en oposición a un feminismo excluyente y separatista.

Una primera observación de mi análisis relativa a lo desarrollado arriba es que las ciudades que aquí analizo presentaron un contexto adverso en términos de reconocimiento de la diversidad sexual y de la autonomía de los cuerpos de las mujeres. Esta inclinación conservadora generó momentos de gran exposición para las activistas, quienes se encontraron con una barrera cultural

notablemente resistente a los discursos lesbofeministas que cuestionaban las formas tradicionales de entender el amor, la sexualidad, los lazos afectivos y hasta el parentesco. Como detallo en las siguientes secciones, el activismo lésbico en estas localidades prosperó mediante la redefinición de la noción de “comunidad local” y la formación de otras comunidades de reconocimiento. Estas últimas no surgieron de los círculos convencionales basados en el linaje o los lazos de sangre, sino que podrían describirse como “círculos de amistad”. Esta inicial red de apoyo representó una trinchera de resistencia frente a la discriminación impuesta por los valores arraigados en estos lugares, así como ante la marginación experimentada por parte de sus propias familias.

Es importante subrayar, además, que el vínculo amoroso entre las activistas fue concebido como una forma de militancia en sí misma. La desarticulación de la jerarquía entre el parentesco biológico y el elegido mostró cómo la solidaridad entre amigas-activistas podía generar un nuevo circuito afectivo de validación, donde destacaba como una política feminista la experimentación de formas de vinculación no patriarcales. Es decir, la “comunidad feminista” fortaleció la validación entre lesbianas, reduciendo en cierta medida la necesidad de validación patriarcal y familiar de la “comunidad cerrada” local. Este gesto político de alianza hacia todas las lesbianas y bisexuales que residían en dichas localidades se extendió hacia aquellas mujeres heterosexuales que deseaban resignificar su feminismo desde una perspectiva lesbiana.

Lo anterior, fue solo uno de los modos en que los activismos lésbicos desafiaron tradiciones de sus ciudades que incluían valores sobre la pareja y la familia heterosexual. Las lesbianas también retomaron el tema del aborto, involucrándose en un activismo que situaba el cuerpo y el deseo como ámbitos de intervención política. Además, este movimiento introdujo nuevos discursos que cuestionaron tanto la monosexualidad como la monogamia, a veces chocando con otra forma de activismo contemporáneo a favor del matrimonio igualitario. Este último, en cierta medida, delineaba el marco discursivo de lo “aceptable” o “tolerable” para el resto de la sociedad dentro de los límites legales. Mientras tanto, el ala más autónoma del activismo lésbico buscaba transformar también los ámbitos sociales, políticos, educativos, culturales y familiares. Por lo tanto, en líneas generales el discurso que promovieron los colectivos aquí estudiados no era el de la “buena lesbiana” que aspiraba a ser aceptada en su diferencia,

sino que se presentaron como lesbianas aborteras, lesbianas bisexuales, lesbianas poliamorosas y lesbianas desobedientes.

Sin embargo, lo anterior no fue posible sin negociación. Cada grupo fue analizando en sus territorios cuáles eran las estrategias más adecuadas para su participación y resistencia en las comunidades locales respectivas. De este modo, algunos colectivos surgieron como grupos de estudio, mayormente vinculados a la educación universitaria o relacionados con la academia. Otros se asociaron con organizaciones no gubernamentales e incluso transicionaron hacia una estructura institucional. También hubo quienes optaron por mantener un activismo más autónomo o “de los márgenes”, si bien algunos solicitaron un apoyo económico proveniente de financiadoras feministas, por lo que sugiero que el autonomismo responde a un posicionamiento ideológico y no sólo a la ausencia de apoyos institucionales o financieros.

Las reflexiones sobre el territorio estarían incompletas si no abordaran lo que en ese momento acontecía en el espacio virtual, es decir, la utilización de redes y plataformas para desafiar los límites fronterizos del activismo. Todos los grupos analizados aquí emplearon el blog, el fotolog o el Facebook como herramientas para difundir sus actividades y publicar de manera gratuita los contenidos que producían. Fue el blog, en particular, la plataforma que les permitió a los colectivos conocerse entre sí y expandir la “comunidad cercana” que tenían en sus respectivas ciudades, generando un público transprovincial para sus acciones. Sin embargo, esta comunidad, aunque abierta a todas las personas, se formó nuevamente siguiendo parámetros similares a los de la vida no-virtual, es decir, en una red más bien restringida de amigos o conocidos afines ideológicamente. Al analizar los blogs de cada colectivo, me topé con los enlaces que los conectaban a otros sitios, principalmente de orientación lésbica y feminista, detallados en la página bajo las etiquetas de “vínculos”, “cómplices” o “link amigas”, entre otras. Así, la polifonía destacó como una característica distintiva de estos territorios virtuales, aunque la endogamia (quizás, ampliada) continuó siendo un rasgo arraigado en el enclave feminista.

El hecho de que estos blogs fueran pertenecientes a colectivos es un fenómeno importante a destacar. La semióloga feminista italiana Patrizia Violi escribió en un estudio del año 2008, momento en el que muchos de los colectivos aquí estudiados estaban activos, que de los setenta millones de blogs estimados que existían en el mundo, el 60% eran personales. En este sentido, sugiero que dentro de las sociedades contemporáneas que tienden a favorecer la autoría

individual, los blogs gestionados por grupos logran desafiar esta noción al centrarse en la construcción *colectiva* de conocimiento, dejando de lado la figura “intimista” de quien usa el blog como un diario personal e insinuando que la intimidad puede ser un asunto colectivo y político. Al borrar la autoría individual en favor de una voz colectiva, cada uno de los grupos lésbicos construyó su identidad a partir de la colaboración y el diálogo entre las diferentes experiencias.

El auge del uso de los blogs no reemplazó los materiales en formato papel producidos por el activismo, aunque la convivencia entre las diferentes tendencias de lectura, escritura e intercambio marcaron un periodo de transición hacia un crecimiento del espacio virtual. Para ilustrar este punto, quiero mencionar el caso de la “Biblioteca Lésbica Ilse Fuskova” de Rosario, que existió durante dos años desde 2008. Natalia Bolcatto, miembro del grupo Safinas, fundó este proyecto con el propósito de reunir y poner a disposición en una ciudad no metropolitana libros y revistas con temática feminista, lesbiana y queer, tanto de carácter teórico como literario. En la entrevista, esta activista relató que la idea para la biblioteca surgió mucho antes, en 2003, cuando sintió entusiasmo por la posibilidad de crear una suerte de “archivo lésbico” similar a los que existían en Buenos Aires, como el proyecto *Escrita en el cuerpo* o la biblioteca feminista de la Casa del Encuentro. De hecho, los casi cien títulos con los que contó la biblioteca lésbica rosarina, recopilados a lo largo de los años por Bolcatto, provenían de la ciudad porteña, mayoritariamente de la Librería de las Mujeres de Buenos Aires.

La Biblioteca “Ilse Fuskova”⁸⁸ tenía dos objetivos. En primer lugar, facilitar el acceso a material lésbico que resultaba difícil de encontrar en su ciudad. En segundo lugar, crear un espacio físico de socialización a través de la lectura para propiciar el encuentro entre lesbianas, la producción de conocimientos, la articulación entre activistas, entre otras. Natalia Bolcatto agregó: “para que cualquier lesbiana que esté haciendo un trabajo de investigación, que quiera buscar teoría lesbofeminista o una lesbiana que esté ‘recién saliendo del armario’ tenga un espacio para poder encontrar lo que busca” (Bolcatto, 2008, p. 21). No obstante, Bolcatto se topó rápidamente con el desafío de mantener este proyecto en un momento en el que el uso de internet estaba en crecimiento en su ciudad, brindando acceso inmediato a una gran cantidad de

⁸⁸ La biblioteca se sostuvo a través de un sistema de socias que aportaban una cuota, con la cual se adquirían más libros. Además, feministas y amigas lesbianas donaban material, destacando especialmente el colectivo que publicaba la revista *Baruyera*, que donó todos sus números a la biblioteca.

materiales que anteriormente solo se conseguían en algunos establecimientos de la ciudad de Buenos Aires. A esto se sumaba el costo del alquiler del espacio, un gasto que no existía en el ámbito digital. Ambas situaciones fueron determinantes para que el proyecto de una biblioteca en formato físico durara tan sólo dos años.

No obstante, al examinar detalladamente cada grupo, se evidencia que la transición del uso de material en formato físico al virtual permitió híbridos muy interesantes. En este proceso, los blogs coexistieron con la publicación de fanzines, la difusión de revistas, el funcionamiento de bibliotecas y el intercambio de libros. Todos esos elementos constituyeron una parte fundamental del consumo cultural entre las lesbianas.

5.1 Las Safinas (2003-actualidad)

El grupo Las Safinas (en adelante LS) nació en el 2003, tras el Encuentro Nacional de Mujeres celebrado en Rosario. Una parte de las integrantes se conocieron en el taller de “Mujeres y lesbianismo”, donde hubo algunas que se identificaron como lesbianas por primera vez en sus vidas. En esa ronda donde el ejercicio de “toma de la palabra” resonaba de los grupos de autoconciencia feminista, quienes conformaron Las Safinas adoptaron algunas premisas que allí se discutieron, como el “derecho a decidir en todos los espacios de la vida, la necesidad del acceso a los derechos sexuales y reproductivos, la importancia del derecho a vivir libres de violencias” (de la entrevista con María Eugenia Sarrías). Si bien los ENM no son *per se* feministas, las integrantes de este colectivo se vieron influenciadas por esta corriente, por lo que su origen como grupo estuvo profundamente arraigado en esa filosofía, a la cual añadieron un componente disidente para autodenominarse “lesbofeministas”.

María Eugenia Sarrías: Safinas surgió como una necesidad de tener un *cuarto propio* porque si bien había organizaciones LGTTTQ en la ciudad, nos costaba tener voz a las mujeres y a las lesbo-identidades feminizadas. Las voces eran masculinas y también las agendas. Hasta el día de hoy nunca somos prioridad las lesbianas y el colectivo de mujeres. Nosotras participamos en distintos movimientos sociales llevando las banderas de todes, pero sin lograr que lleven nuestras banderas. Desde LS sentimos esa necesidad de detenernos y hacernos lugar para escucharnos, pensar y construir acciones según nuestras necesidades.

El grupo inicial estaba compuesto por María Eugenia Sarrías, Natalia Bolcatto, Irene Ocampo, Gabby De Cicco, Carlieta Lorenzo, Val Echevarría, Andrea Fernández y Ana Romero, pero con el paso del tiempo la composición del grupo cambió.

En sus primeros años, este grupo se reunía en casas particulares sin definir aún si serían un grupo abierto para otras personas de la comunidad o sólo un grupo de reflexión entre amigas. El cambio constante de sede concluyó cuando la ONG donde colaboraba María Eugenia Sarriás como trabajadora social, Indeso-Mujer, les ofreció un espacio para reunirse. Empezaron a construir un espacio mensual de encuentro, recreación y sociabilización con los que se alimentaba el colectivo hacia el interior, a lo que se le sumaban las acciones para generar un impacto social a nivel más macro para lo cual usaban herramientas provenientes de los feminismos, de la educación popular, del teatro de las oprimidas, pero también herramientas provenientes de las instituciones.

Este colectivo se destacó por su arduo trabajo territorial a nivel local, por su colaboración con diversos grupos lésbicos a nivel nacional y con la comunidad cercana en la ciudad de Rosario. Además, apostó por interpelar al Estado como organización independiente para asegurar que los derechos adquiridos lleguen al mayor número posible de personas. La “doble pertenencia”, autónoma e institucional se puede ver, por ejemplo, en su participación dentro de EspArtiLes, espacio al que ingresaron siendo un colectivo autogestivo que ni siquiera tenía fondos para asegurar un contacto regular a través de la lista de correo electrónico.

María Eugenia Sarriás: Cuando empezamos con EspArtiLes, a nosotras nos costaba muchísimo comunicarnos porque Internet hasta el día de hoy es muy malo en la zona, y en esa época peor. Yo no tenía en mi casa Internet. Accedía yendo a un cyber y era difícil participar a través de los correos y todo lo demás, no era tan rápida la conectividad. Como yo no tenía computadora y necesitábamos comunicarnos, con un financiamiento que consiguió EspArtiLes de MamaCash nos compraron una compu para las Safinas. O sea, nuestra primera computadora fue comprada por EspArtiLes.

Durante sus años de participación en el espacio de articulación lésbica y, especialmente cuando conformaron la Comisión Organizadora para el armado del Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales, LS promovió la búsqueda de recursos que garantizaran la participación de un número amplio de personas, no limitándola únicamente a aquellas que pudiesen costearse el acceso. El objetivo de buscar financiamiento era ampliar las redes de difusión del material elaborado por grupos pequeños, marginales o disidentes que no tenían un gran alcance. Por ejemplo, después de la Campaña de EspArtiLes “Cambiemos las Preguntas”, el grupo Las Safinas continuó trabajando con el tema de la salud sexual durante muchos años y en

el 2017 logró lanzar un material audiovisual titulado *A la salud de las tortas*⁸⁹, elaborado junto con AHF (*Aids Healthcare Foundation*) y la Subsecretaría de Políticas de Diversidad Sexual.

Las Saffinas
Espacio de acción reflexión lésbica
invita:

Encuentro y búsqueda de la identidad lésbica

CRONOGRAMA DE TALLERES:

1er Encuentro 14 de noviembre
**VISIBILIDAD- IDENTIDAD-
SEXUALIDAD DE LAS LESBIANAS**
Coordinan: María Eugenia Sarrías Irene Ocampo, Gabriela Lorenzo

2do Encuentro 22 de noviembre
**VIOLENCIA A LAS LESBIANAS
Y EN VÍNCULOS LÉSBICOS**
Coordina: Fabiana Tron.

3er Encuentro 12 de diciembre
ACTIVISMO Y SALUD DE LAS LESBIANAS
Coordinan: María Eugenia Sarrías, Irene Ocampo, Gabriela Lorenzo

**Plaza Cívica, Salón Corner
San Lorenzo al 1900 de 15 A 19HS.**

Inscripciones: lassaffinas@yahoo.com.ar
Te: 0341-155 998 414 / 0341-153 087 418

Financia
Fondo de
Mujeres
del SUR

Colaboran:
GOBIERNO DE SANTA FE
Dirección Provincial
de la Mujer

Área Mujer
Área Diversidad Sexual

Indeso - mujer

La mixtura del trabajo territorial con las manifestaciones callejeras y con prácticas institucionales también estuvieron presentes en su activismo por la visibilidad lésbica. Además de unirse como lesbianas a las marchas feministas del 8 de marzo y a las celebraciones del orgullo, de participar desde sus inicios en la Campaña Nacional por el Aborto Legal, así como de organizar talleres abiertos para concienciar sobre la violencia contra este colectivo y crear espacios de interacción social, a lo largo de los años, también llevaron a cabo numerosas acciones para influir en el ámbito estatal. Contribuyeron, por ejemplo, a diversos órganos consultivos, como el Consejo Consultivo Asesor del Área de la Diversidad Sexual y del Instituto de la mujer, el Consejo del Programa de Salud sexual y reproductiva, y la Mesa de diálogo LGBTI de la provincia de Santa Fe. También colaboraron en la redacción de ordenanzas municipales y en la formulación de políticas y leyes provinciales relacionadas con la diversidad sexual. Además, realizaron varios materiales de difusión multimedial “que recogen vivencias, relevan la historia del movimiento lésbico y recuperan voces de activistas Latinoamericanas”, entre ellos: *El movimiento se muestra andando*,

⁸⁹ Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=eGP4ETFps3Y&pp=ygUYYSBsYSBzYWx1ZCBkZSBsYXNMgdG9ydGFz>

Decir lesbianas, Reporte sobre violencia a lesbianas en Latino América y el Caribe, y Desde lejos no se ve.

En el 2010, Safinas acompañó el proyecto de aprobación de la ley de matrimonio igualitario, si bien tuvo una participación menor a la de La Fulana, la FALGBT o la CHA,

María Eugenia Sarrías: (...) en el momento en que se debatió la ley salimos a luchar a nivel público: había que hablar en los canales de comunicación, había que organizar la presencia en las plazas, había que ponerle voz y cuerpo a la contienda contra los sectores anti-derechos, los credos que no apoyaban el matrimonio o sectores conservadores dentro de los partidos políticos. Había que salir a dar la disputa discursiva y también organizar acciones, y nosotras lo hicimos. (...) Pero no éramos parte de la Federación LGBT (...). Sí participábamos de la Campaña Interamericana por una Convención de Derechos Sexuales y Reproductivos, estuvimos en ese espacio desde el 2006 hasta el 2018, aproximadamente; ahí activamos para incidir en la OEA para que existiera una convención de derechos sexuales y reproductivos, la ley de identidad de género, el aborto, trabajo sexual, todo. (...) Las Safinas somos autónomas, pero yo soy trabajadora social y sí creo en la articulación con el Estado... Ahí está la diferencia, capaz, con otros grupos que se fueron por ese motivo de EspArtiLes. Una de las cosas más importantes que tiene el activismo para mí es la incidencia en el Estado, lograr que los derechos sean para todes, no para una parte.

También en el año 2010 se sumaron a un reclamo urgente que no provenía de la “agenda institucional”: el asesinato de Natalia “Pepa” Gaitán por ser una lesbiana chonga y pobre. En su conmemoración, organizaron en el Paseo de la Diversidad de Rosario charlas abiertas y pintaron en el puente Arturo Illia un mural que se llamó *Rosario libre de lesbofobia*. Este mural fue despintado en varias oportunidades en expresiones lesbofóbicas, pero fue reparado por este colectivo que contó con el apoyo de la Municipalidad. Cuenta Sarrías en la entrevista que “era muy urgente empezar a construir símbolos dentro de la ciudad, tener referencias visibles de esa noticia [del lesbicidio]”.

En el 2014, Las Safinas se convirtió en una ONG y en el 2019 inauguró un espacio físico con el objetivo de que pudiera convertirse en una referencia para las lesbianas del lugar. Este espacio, llamado *La Vulvería, espacio de tortas irreverentes* es el verdadero “cuarto propio” por el que estuvieron trabajando desde el 2003. Se trata de la primera casa lésbica-feminista de Rosario. Allí se realizan actividades culturales, funciona la biblioteca Mirta Rosenberg⁹⁰, hay una radio de

⁹⁰ Mirta Rosenberg fue una escritora y traductora lesbiana argentina, nacida en Rosario en 1951. Falleció en 2019. Si bien ella nunca se identificó en público como lesbiana, su literatura fue tejiendo trazos que hoy podemos pensar que la unían con las causas LGBTTTQ. En un artículo de Ayelén Pampín García de 2022, la investigadora propone leer a la obra poética de Rosenberg —especialmente, los poemarios *Pasajes* (1984) y *Madam* (1988)—, para señalar la

transmisión online –Frida– y un proyecto de investigación sobre vínculos sexo-afectivos. Además, desde el 2019, durante la pandemia del Covid-19 organizaron una feria autogestiva llamada *El paseo de los encantos diversos* para resistir colectivamente a esa crisis. Como cuenta Sarrias en la entrevista:

Los sectores conservadores nunca dejan de tener acceso al dinero, en cambio, los sectores de diversidad sexual, feministas, movimientos sociales, en las épocas de crisis como las que tenemos no accedemos a recursos, y eso nos quita el acceso a la participación también, a la participación democrática...

Actualmente son un grupo que se referencia como lesbo-trans-feminista y debido a su actual conformación se renombró como “Lxs Safinas”.



5.2 Cero en Conducta (2004-2015)

A comienzos del nuevo milenio, en La Banda, una ciudad en Santiago del Estero, cinco amigos artistas se empezaron a reunir para organizar algo novedoso en comparación con las formas tradicionales de socialización existentes en esa provincia: un espacio de encuentro para la comunidad LGBTTTQ. Este conjunto estaba compuesto por lesbianas y gays cuyas familias y empleadores desconocían su orientación sexual. Mantener este secreto era una medida de autodefensa y un ejercicio de supervivencia. No se sentían identificadas con el feminismo

presencia de inflexiones lesbianas en su escritura poética irreverente. Para leer más: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-46692022000100141

hegemónico, al cual describían como el movimiento de mujeres de Buenos Aires, mientras el activismo por la diversidad sexual era prácticamente inexistente en Santiago del Estero.

Empezaron a organizar encuentros informales donde se unía el festejo y la resistencia a las violencias hétero-cis-patriarcales, así como sociabilización disidente y el arte. La difusión se limitó, en principio, al “boca-en-boca”. María Rocha, una de ellas, contó:

Nos reuníamos a pensar, reflexionar y hacer fiestas totalmente artísticas: había performances, amigos que exponían sus obras, poníamos música, bailábamos, vendíamos cerveza... Las típicas cosas que se hacen en entornos alternativos. En esa época se usaba mucho hablar de la “alternancia”, fiestas periféricas que no se hacían en lugares céntricos, sino más bien en barrios. Había clandestinidad hasta en términos geográficos. Hacíamos las fiestas para ponernos en línea de cierta referencialidad, necesitábamos poder reconocernos entre pares y era una forma de organizarnos.

En las primeras ediciones de estos encuentros fueron desarrollando un protocolo de seguridad por el que sólo se podía invitar a gente conocida para evitar la violencia o el estigma relacionados a la sexualidad gay y lésbica. Cuenta Rocha que “así aprendimos a organizarnos. Aprendimos los ‘atajos’, en el sentido de ‘atajar’ nuestros activismos, aunque en ese momento no éramos conscientes de que eso era lo que estábamos haciendo”. En el 2003 ya tenían nombre: Cero en Conducta (en adelante CC). En el 2004, empezaron a presentarse públicamente como un grupo mixto LGBTTTQ.

Poco a poco fueron reemplazando las fiestas clandestinas en casas particulares por una galería de arte llamada *Open House* que duró algo más de un año. En ella, se proponían conjugar arte y diversidad sexual, con una cartelera de actividades contra-hegemónicas y contra-culturales, tanto respecto al arte como al hétero-patriarcado. En ese entonces, todavía no se definían como un espacio feminista, pero pronto entraron en contacto con ese movimiento.

Después de ganar visibilidad gracias a la galería, algunos meses más tarde de la inauguración fueron convocados para llevar a cabo una intervención artística en el pabellón de la Universidad Nacional de Santiago del Estero, en el contexto de unas Jornadas sobre Derechos Sexuales y Reproductivos. En ese espacio conocieron al grupo Católicas por el Derecho a Decidir y, tras el evento, se unieron a la Campaña por el Derecho al Aborto Legal. También se encontraron con el movimiento de mujeres santiagueñas, a partir de lo cual resignificaron al feminismo, no ya como un movimiento exclusivo de Buenos Aires, sino que entendieron la especificidad de ese colectivo en su provincia que estaba compuesto en gran medida por organizaciones rurales. María

Rocha relata: “Comenzamos a conectar el arte con estas comunidades y sus procesos. Comprendimos que ahí residía la verdadera esencia. En ese momento, ya ni siquiera lo llamábamos arte, sino 'artivaciones', activaciones”.

En 2004 también conocieron la especificidad del lesbofeminismo cuando una de sus integrantes, María Rocha, asistió al Encuentro Nacional de Mujeres en Mendoza. Allí, participó del taller paralelo de lesbianas en el que algunas activistas sugirieron la idea de armar un movimiento nacional y federal que tomó el nombre de EspArtiLes. Como ya mencioné, a este proyecto se sumaron mujeres como María Rocha, que todavía no se denominaban lesbianas, y en simultáneo, había activistas de distintas partes de Argentina que ya no se consideraban mujeres.

María Rocha: Fue ahí que entendí la importancia de nombrarnos. (...) Cuando me volví a mi provincia, volví pensando que teníamos que activar para hacer algo parecido a lo que escuché que estaba pasando en otras provincias. Volví con esa energía y esa motivación. Aunque claro, los procesos eran distintos, no podíamos estar sincronizadas con lo que pasaba en Buenos Aires porque eran sociedades distintas. Pero fue tan fuerte el sentimiento de autodeterminación con el que volví que di la primera batalla en mi casa. Fue difícilísimo. Al día de hoy, todos saben que soy lesbiana, pero no le quieren poner palabras. Me decían las cosas típicas: que tenían miedo, que les preocupaba mi felicidad...

En el año 2005, Cero en Conducta se convirtió en una ONG con el propósito de promover y proteger los derechos sexuales y reproductivos desde una perspectiva de género. A medida que la organización crecía, las integrantes lesbianas se involucraron más en el activismo lésbico, especialmente a través de su colaboración con EspArtiLes, incorporándose en la Comisión Organizadora del Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales. Tras la finalización del primer encuentro nacional de lesbianas en 2008, que resultó particularmente inspirador para aquellas en cuyas provincias el activismo lésbico no era visible, surgió dentro de CC un espacio exclusivamente lésbico, denominado Primorosa Preciosura. Sus integrantes, Jorgelina González Russo, Belén Guiguet, Lucía Morales y María Rocha solicitaron financiamiento al Fondo de Mujeres del Sur y utilizaron esos recursos para alquilar una casa en el centro de Santiago del Estero, iniciando así un trabajo más enfocado en la visibilización.

El local de Primorosa Preciosura convocaba a la comunidad desde el lema “Arte, Casa y Diversidad”. Durante tres años organizaron talleres y encuentros, exposiciones de arte, recitales

de música, ciclos teatrales y relacionados con lo performático, invitaron a otras activistas a proponer seminarios, entre otras actividades.

María Rocha: Todo el tiempo había algo, la casa estaba abierta casi todo el día. Entendimos que la oferta tenía que ser amplia porque pensamos: “no vaya a ser que nosotras estemos proponiendo este espacio, pero, a la vez estemos haciendo un gran closet, un gran gueto”. Seguimos trabajando fuertemente con el arte, pero más vinculado con la diversidad. Proponíamos trabajar con disidencias sexuales con las orgas de las compañeras de los barrios y proponíamos abordar talleres despatriarcalizantes desde la perspectiva de las disidencias, de la diversidad sexual.

Mantuvieron el contacto con otras activistas del país que conocieron a través de EspArTiles. Esto incluyó una estrecha relación con el grupo Las Saffinas de Rosario, a quienes consideraban una “colectiva hermana” al haber nacido en el mismo periodo. También se conectaron con las Fugitivas del Desierto de Neuquén y las editoras de la revista *Baruyera* de CABA. María Rocha compartió que, debido a las distintas formas de “ganarse la calle” que hay entre el activismo de Santiago del Estero y CABA, no establecieron una relación política y afectiva tan cercana con los grupos de allí, pero sí con colectivos del noroeste argentino, como el grupo Cruzadas (originado en Tucumán en 2009) y Las Arpías (formadas en Salta en 2012)⁹¹. Incluso hubo intercambios significativos con el grupo Aireanas de Paraguay y Ovejas Negras de Uruguay.

Su relación con las integrantes de *Baruyera*, provenientes de CABA, fue diferente, quizás por el trabajo federalizador con el que se comprometieron al llevar la revista a diferentes partes del país. Este grupo, que en 2009 formó junto a otras activistas el colectivo Lesbianas y Feministas

⁹¹ En el 2009 se conformó en Tucumán un grupo de mujeres lesbianas y bisexuales, llamado Cruzadas (como expliqué en la introducción, no pude contactarme con ninguna de sus integrantes para entrevistarlas y por ello quedó por fuera del análisis de la tesis). En el origen, un grupo de amigas sintió la necesidad de juntarse a reflexionar sobre la situación de las lesbianas en su provincia e hicieron una invitación, a través del correo electrónico, para que las “tortas nos uniéramos por un mundo más dulce” (Cruzadas en flores, 2011, s/p). Durante los tres años que estuvieron en actividad mantuvieron como ejes de activismo: la visibilidad lésbica; la elaboración y difusión de información que no sea discriminatoria sobre la sexualidad de las lesbianas y mujeres bisexuales; la lucha en pos de la diversidad sexual y en contra de los prejuicios de su sociedad. Como ellas mismas cuentan: “Nosotras hemos tomado la visibilización del ser lesbiana como una acción política en nuestro contexto. Para eso, apostamos a la acción colectiva y organizamos Festivales de Diversidad Sexual, ciclos de cine temáticos, talleres de lesbofobia entre y hacia lesbianas con la colaboración de Desalambrando Bs. As.; sostenemos nuestra participación en una feria de publicaciones independientes en un bar de San Miguel de Tucumán, y proponemos mateadas en plazas y parques como espacios de encuentro y contención para quienes quieran acercarse” (ídem). Por otro lado, el grupo Arpías nació en Salta en el 2012, como un espacio contra-hegemónico de lectura y reflexión en torno a las prácticas diarias de las lesbianas, al “desafío de producir saberes propios relacionados con nuestras identidades lésbicas/torteriles” (Arpías, 2012). El grupo se formó a partir de la experiencia colectiva de compartir algunas jornadas enteras de debate y reflexión entre lesbianas en el Encuentro que se llamó *Celebración de las amantes*, realizado durante el mes de abril de ese mismo año, en Córdoba. Allí surge: “la necesidad de reconocernos, nombrarnos, de situarnos en el espacio, de auto-imaginarnos, de pasar de yo al nosotras” (ídem).

por la Descriminalización del Aborto, fue muy importante para resignificar la lucha de Cero en Conducta por el aborto legal, a la que se habían sumado con el nacimiento de la Campaña por el Aborto en el 2005. María Rocha compartió en la entrevista que Verónica Marzano, una de las fundadoras de *Baruyera*, jugó un papel fundamental para el grupo santiagueño, como una especie de “madre conceptual”. Les hizo comprender que las disidencias sexuales que abogaban por el aborto no estaban simplemente mostrando “solidaridad” con las mujeres heterosexuales, sino que eran agentes activas en un proceso que también era su propio reclamo. “Debíamos luchar por el aborto porque nuestro cuerpo era nuestro territorio” (entrevista con María Rocha).

En el 2010, Primorosa Preciosura participó del VIII Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe, realizado en Guatemala. Allí se produjo un fuerte debate acerca de la inclusión de las personas trans, replicando una discusión que años atrás había dividido a EspArtilles, por lo que las santiagueñas ya tenían una postura al respecto. En el 2012, se sumaron a organizar lo que sería un contra-encuentro que se llamó “Venir al Sur, Encuentro LesBiTransInter Feminista de Latinoamérica y el Caribe, construyendo Feminismos sin paredes”, realizado en Asunción.

En 2011, Primorosa Preciosura perdió su financiamiento del Fondo de Mujeres del Sur ya que el programa que se centraba en la diversidad sexual fue cerrado porque se consideró que el país ya había avanzado significativamente en este ámbito (según lo mencionado en la entrevista con María Rocha). Esto ocurrió después de la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario y cuando ya se sabía que se aprobaría la Ley de Identidad de Género en Argentina, en cuyos procesos de discusión y legislación el grupo santiagueño estuvo muy presente. El espacio, a pesar de la falta de financiamiento siguió funcionando hasta el 2015 “sin espacio físico, pero aún provocando encuentros, fiestas relacionadas al arte, a nuestras fechas patrias lésbicas, buscando efemérides para hacer alguna actividad” (entrevista a María Rocha).

5.3 Fugitivas del desierto (2004-2008)

El colectivo Fugitivas del Desierto se originó en Neuquén en el año 2004. Según lo destaca Julia Burton en su estudio sobre el movimiento a favor del aborto en esa provincia, “no es una cosa rara ser militante acá”, considerando la historia neuquina de “luchas sindicales y acciones colectivas de resistencia a las políticas antipopulares y, específicamente desde la década de 1990,

neoliberales” (2018, p. 54). Además de la tradición de protestas, que incluye el reclamo de tierras mapuches, las puebladas en áreas petroleras, la ocupación y recuperación de la fábrica Zanon, el movimiento por los derechos humanos, los paros docentes, las huelgas y piquetes, se sumó a partir de 2001 la Colectiva Feminista La Revuelta. Esta última adoptó un activismo callejero que tenía una fuerte “relación entre lo artístico, lo estético y lo político en sus intervenciones, aspectos que, hasta ese momento, no habían sido explorados en la ciudad” (op. cit., 61).

Dentro de este colectivo se encontraba val flores, quien junto a Macky Corbalán, Bruno Viera y Cristina Martínez fundaron poco tiempo después el grupo Fugitivas del Desierto (en adelante, FD o fugitivas). Se conocieron en el Encuentro Nacional de Mujeres de Rosario en 2003, específicamente, durante el taller vivencial de “Lesbianismo”. Esto implica que establecieron conexiones con lesbianas y feministas de otras regiones del país desde muy temprano, también a través de la lista de correos Safo_piensa. A su regreso a Neuquén “comenzaron a articular pequeños espacios de discusión, circulación de saberes, gráficas y encuentros entre lesbianas y mujeres bisexuales como *Grupo de Reflexión Lésbica*” (Gutiérrez, 2021, p. 87).

Uno de los rasgos más destacados de este colectivo fue la mixtura de expresiones que tomó su activismo: grafitis, panfletos, performances, instalaciones artísticas, acciones callejeras, muestras de fotografía, escritura de teoría y ensayos, recitado de poemas, entre otras. Para ellas no había abismo entre escritura, teoría y política; había, más bien, transgresión entre esos ámbitos. Por ello, la difusión, producción, intervención, reflexión, circulación e intercambio de textos que abordaban el pensamiento lésbico y feminista fueron ejes troncales de su activismo. Con el tiempo, la línea divisoria entre el activismo y la academia se difuminó en la experiencia concreta de este colectivo. Numerosos ensayos escritos por val flores o por las FD como colectivo fueron objeto de estudio en los círculos feministas de la universidad argentina, así como en otros países como México o España. A su vez, ellas también contribuyeron con artículos dentro del contexto académico, como en el caso de “Poéticas de la subjetividad. Nuestros cuerpos como itinerarios del activismo lésbico-feminista”, publicado por el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad Nacional del Comahue en 2010, o “Prácticas ficcionales para una política bastarda. La tecno-lesbiana”, divulgado en la serie *Conversaciones Feministas* de la editorial Ají de Pollo en 2009.

Durante sus cuatro intensos años de existencia también hicieron numerosas performances e intervenciones activistas/artivistas. Una de ellas fue la instalación “Objetos que (h)a(r)tan”, realizada el 8 de marzo del 2005, y consistió en una invitación a lesbianas y mujeres a llevar un objeto que les signifique atadura y hartazgo. Dichos elementos fueron colocados en el monumento a San Martín emplazado en el centro de la ciudad. Otra intervención notable fue la instalación con escobas titulada “Las ESCOBAtientes”, realizada el 25 de noviembre de 2006 con motivo del Día Internacional por la No Violencia contra las Mujeres. Estaba acompañada por un texto redactado por las FD que decía: “únete a las ESCOBAtientes, hinca tus dientes en la carne del patriarca, para reconocer su sangre y dar alarma a las demás, infunde fuerza, hagamos del dolor nuestra furia”⁹². También en ese año hicieron una muestra fotográfica denominada “Contra/bando. deseo & insumisión”, con motivo de la celebración del 28 de junio y el homenaje a los disturbios de Stonewall. Esta muestra “se convirtió en una de las primeras experiencias de este tipo en el sur del país” porque las fotos mostraban “besos, manos, rostros, cuellos, espaldas, desnudos, pero también ‘pequeños gestos’ de la vida cotidiana”, mezclando lo íntimo con lo público, y lo erótico explicitado con lo tácito (Gutiérrez, 2021, p. 150-151).

El 8 de marzo de 2007, durante la Manifestación por el Día Internacional de la Mujer Trabajadora llevaron a cabo la acción “Obreras del placer” en la plaza central de Neuquén. Dentro de cajas de cartón, que simbolizaban la serialización de la producción capitalista, dejaron fotografías de diferentes lenguas (op. cit., p. 152). También distribuyeron un texto-manifiesto en el que la lengua, según lo analizado por Gutiérrez, tenía un doble sentido: por un lado, era una provocación erótico-sexual y, por otro, expresaba un lenguaje desafiante, pendenciero. En un contexto de acalorada discusión entre el “abolicionismo” y el “regulacionismo” dentro de los feminismos, la alusión simbólica al trabajo sexual era evidente y políticamente provocadora. Gutiérrez recuerda que pocos meses antes se había llevado a cabo una “discusión pública entre trabajadoras sexuales y abolicionistas, mujeres, travestis y trans, respecto a los presupuestos políticos de las nociones de ‘trabajo’, ‘dignidad’ y ‘emancipación’” (op. cit., p. 155-156). Por otro lado, durante el 2007 también llevaron la consigna “Potencia Tortillera” en el Encuentro Nacional de Mujeres de Córdoba, a la que se sumaron los grupos Baruyera (CABA) y Malas como las Arañas

⁹² Extraído de: <http://lesbianasfugitivas.blogspot.com/2006/>

(La Plata). Marcharon con camisetas y carteles que destacaban la fuerte presencia disidente y rebelde de las lesbianas, que se mezclaron provocativamente entre las feministas “paki”⁹³ y las lesbianas “institucionales”.

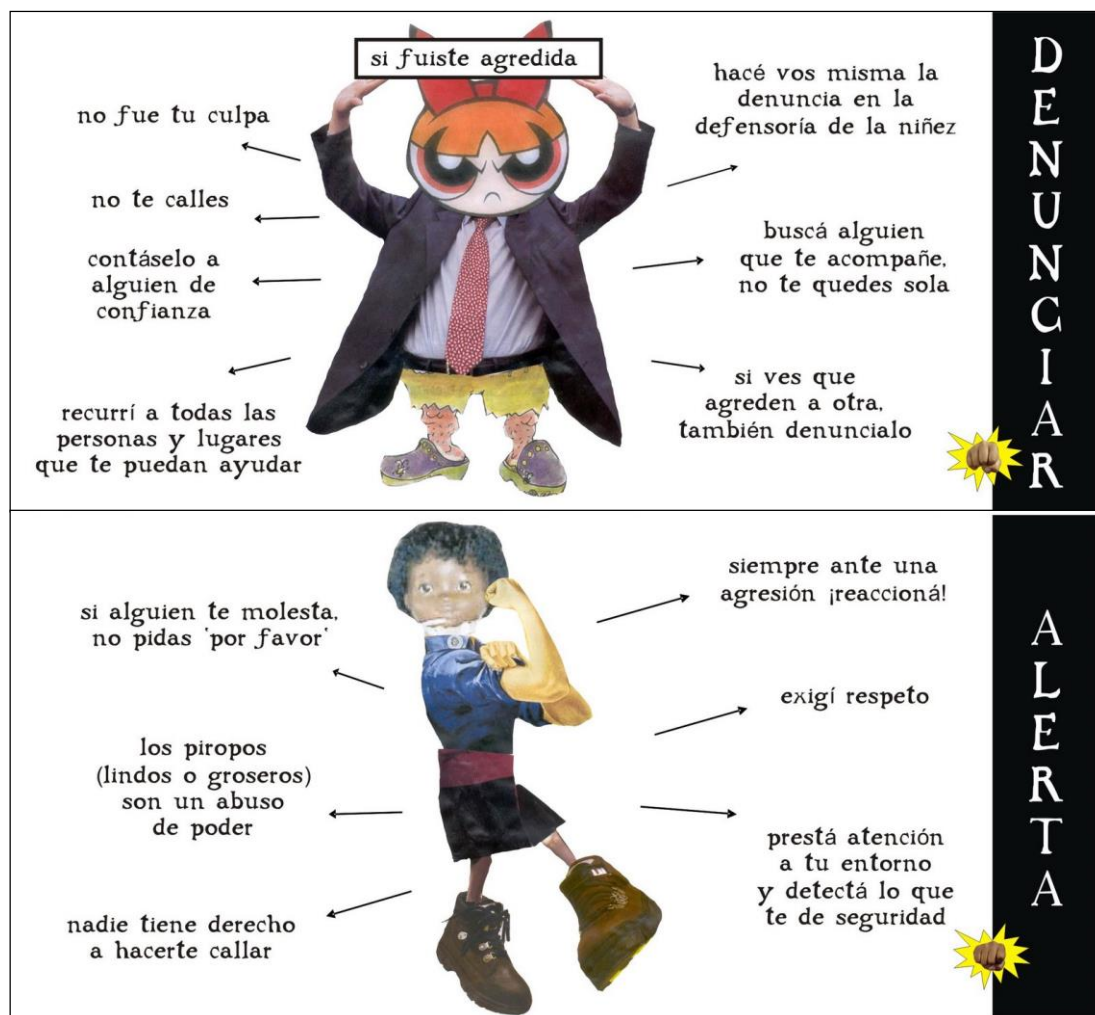
En el año 2008, llevaron a cabo la acción conocida como “La (h)onda lesbiana” durante la XVII Marcha del Orgullo en Buenos Aires. Esta iniciativa tenía como objetivo principal cuestionar la comercialización de la estética gay, el lavado rosa (*pink-washing*), y el cambio en el movimiento LGBTTTQ de la subversión hacia la asimilación, entre otros temas. El nombre de esta intervención hacía alusión al método de protesta tipo piquetero y consistía en lanzar pequeñas pelotas de telgopor con una honda, portando consignas como “no a la falocracia gay”, “mi cuerpo es mi política” y “soy pobre y torta”. Ese mismo año, para el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales crearon el afiche “AXN Lésbica 1.0 - Kit autoinstalable para boicotear el régimen político de la heterosexualidad”, una producción gráfica en la que se burlaban de manera satírica de algunas formas de resistir, específicamente, a la heterosexualidad. Estas se presentaban metafóricamente como herramientas de trabajo manual, incluyendo la visibilidad, la experimentación guerrillera, el disfrute del sexo y la intervención callejera, entre otras⁹⁴. El nombre AXN “retomaba el nombre de un canal de televisión que en aquellos años transmitía sólo películas de aventuras y ‘acción extrema’ –un género que podríamos identificar con la masculinidad hegemónica” (op. cit., p. 156).

Muchas de sus intervenciones estuvieron firmadas como “Trolas del Desierto”, “Trolitas”, “Lesbianas fugitivas”, “lesbianas pendencieras”, “obreras del placer”, apodos que contenían cierta experimentación con el nombre propio en el borde del insulto con que la sociedad señalaba a las lesbianas. La investigadora Laura Gutiérrez, al respecto, afirma que esos juegos nominales de las FD referían, por un lado, a “ficciones que [volatilizaban] la autoría y que se [constituían] en

⁹³ “Paki” –también puede aparecer como “paqui”– es un término usado principalmente por personas del colectivo LGBTTTQ para denominar a las personas heterosexuales, sus vínculos, sus consumos culturales, sus formas de hablar, sus comportamientos estereotipados “hétero”. Se cree que la palabra es una apócope de “paquidermo” y se usa metafóricamente para referirse despectiva o irónicamente a “lo heterosexual” porque los animales paquidermos son antiguos mamíferos de gran tamaño y peso, con piel muy gruesa, dura, impenetrable, impermeable. Esta hipótesis aparece confirmada en el libro de Sardá y Hernando (2020) con el testimonio de una lesbiana que vivió durante el siglo pasado en Buenos Aires y explicó el uso que se hacía en el círculo de gays y lesbianas de la palabra “paqui” (p. 226).

⁹⁴ Para leer más sobre las intervenciones artístico-políticas de FD, consultar el libro *Imágenes de lo posible* de Laura Gutiérrez (2021). Para buscar otras intervenciones, visitar la página de FD: <http://lesbianasfugitivas.blogspot.com/>

escenarios de fuga de la propia identidad que, si bien nunca [dejaban] de reivindicar políticamente, [trataban] de hacerla transitoria, múltiple, compleja y potencialmente contradictoria” (2021, p. 92). Esta fuga podemos verla también en el uso de las minúsculas en el nombre, que contestaba las jerarquías sociales y del lenguaje sacando del eje lo que era in/correcto en lo relativo a los nombres im/propios y haciendo entrar en la experiencia subjetiva nominal al individuo y también al colectivo, de forma difusa. Por otro lado, esos usos múltiples y no carcelarios del nombre “habilitaron espacios para otros devenires identitarios. [Reivindicaban] la injuria como estrategia, apropiándose de los insultos que atraviesan la existencia lésbica” (op. cit., p. 93). Gutiérrez destaca especialmente el “alter-ego ‘niña tortillera’ de las fugitivas: las Trolitas del desierto”, con el que apuntaron a señalar las infancias lesbianas y las violencias heteropatriarcales que sufren en instituciones como la escuela (op. cit., p. 199); este proyecto fue retomado en el 2013 por val flores y fabi tron, quienes publicaron el libro *Chonguitas. Masculinidades de niñas*, con relatos de infancias lésbicas.



212Muestrario de autodefensa para niñas, 25 de noviembre (Día internacional de lucha contra la violencia hacia las mujeres) del 2008.

Las fugitivas emplearon la performance como un medio para desafiar la representación, algo tan caro para las lesbianas, quienes a lo largo de la historia han padecido representaciones discriminatorias o incluso una completa invisibilización. Ante esta distorsión y/o ausencia, el mismo cuerpo, al ocupar una escena “produce fuera de sí y se produce a sí mismo” (Garbayo Maeztu, 2016, p. 133). Como sostiene la investigadora española Maite Garbayo Maeztu, la performance:

por su condición de acontecimiento, genera un presente particular en el que la idea tradicional de representación no tiene cabida. En su lugar se impone la presentación: la aparición hace de la obra de arte, de la intervención, algo idéntico a sí mismo. (2016, p. 132)

Por otro lado, quiero destacar el valor intrínseco que posee la creación *in situ* de espectadores de la performance entendida como “cuerpo-obra”, que no son otra cosa que transeúntes de la ciudad. Como sostuve anteriormente, la visibilidad lésbica es difícil de lograr porque implica un “modo de ver” que tradicionalmente no reconoce a la identidad lesbiana o ni siquiera la interpreta como problemática (a menos que esta agregue una performance de género masculina). Por eso, el hecho de que “lo lésbico” aparezca en escena señalándose como relevante, ocupando explícitamente un espacio y generando sentidos disruptivos a la vista de todos logra romper con ese modo tradicional de observar en el espacio público que busca borrar las marcas de una sexualidad “desviada” que amenaza el orden convencional. Como afirmó el investigador argentino Rodrigo Alonso (2000), la entrada de la obra en el espacio público apela de manera insistente a las miradas casuales de quienes rodean la obra, situada en un contexto móvil y fugaz, cuyo significado final depende de la interacción entre los participantes como artistas y espectadores. Como sostiene este autor:

Por su misma naturaleza, la intervención urbana es netamente política, en tanto se perpetra en el seno de la vida ciudadana, sin anuncios ni señales. La mera ocupación o actuación en el espacio público, establece una tensión entre éste y quienes, conmoviendo los órdenes implícitos de la estructura social –su “habitualidad”– se apropian de la ciudad, transformándola en el escenario de sus proposiciones particulares. Este conflicto suele proyectarse hacia una reflexión sobre los lábiles límites entre lo público y lo privado, uno de los ejes semánticos más comunes en este tipo de intervención. (2000, p. 4)

También las experimentaciones en el terreno del lenguaje fueron disruptivas. Las FD se dedicaron a torcerlo, otorgándole nuevos significados y dinamitando el silencio, como parte de

un ensayo abierto sobre cómo llevar a cabo activismo lésbico en el ámbito cultural y simbólico. Fue una estrategia que llevaron adelante ante toda la sociedad y que llamaba la atención por su densidad conceptual. Ese rasgo característico de las obras de las fugitivas también era una forma de mostrar desacuerdo con los enfoques más asimilacionistas de los movimientos por la diversidad sexual y con el “colonialismo interno” que se practicaba desde Buenos Aires. Esto llevaba a marginar cualquier expresión política que no surgiera de allí o que no se ajustara a sus lógicas (según menciona en la entrevista val flores). Las fronteras del lenguaje claro, sencillo y directo de las consignas de cierto activismo institucional fueron desbordadas por el uso verborrágico, excesivo, opaco y exuberante de las palabras que hacían las FD. Esto a menudo convertía las consignas en auténticos acertijos.



36 Instalación ¿Cuál es tu rollo?, por el Día Internacional del Orgullo LGBTTTQ, 28 de junio de 2008.

Además —y para resaltar otro uso intensivo y experimental de la palabra—, entre 2004 y 2007, val flores y Macky Corbalán publicaron *La sociedad de las extrañas*, una revista-fanzine con una edición artesanal de tirada limitada que se reproducía mediante fotocopias. Estas activistas llevaban dicho boletín a los Encuentros Nacionales de Mujeres, a talleres y jornadas a las que asistían, permitiendo que esta revista se difundiera en varios lugares del país. El nombre hacía alusión a un escrito de Virginia Woolf donde la autora británica expresaba que las mujeres se encontraban al margen de la sociedad, eran consideradas extrañas y, por tanto, tenían la libertad

de “experimentar” sin las restricciones impuestas por las normas sociales. En los más de treinta y nueve números publicados, también trazaron un linaje lésbico con referencias a poetas y escritoras argentinas, como Reina Roffé con la novela *Monte de Venus* (1976), Sylvia Molloy con un fragmento de *En breve cárcel* (1982), Diana Bellessi con su libro *Buena travesía, buena ventura pequeña Uli* (1991), y Alejandra Sardá y Chela Amadío con los *Mitos acerca de las lesbianas* (1998), entre otras. Este rastreo genealógico no se limitó al pasado, ya que también se extendió hacia el presente, incluyendo textos de numerosas lesbianas contemporáneas y activistas de espacios feministas en los que también participaban las editoras del fanzine, como Gabriela Robledo, Irene Ocampo y Laura Eiven, así como de colectivos como Las Safinas y la Lesbianbanda.

Cada número contenía fotografías, poemas, collages, notas sobre temas de actualidad que interpelaban a las lesbianas, fragmentos de ensayos, recomendaciones de películas y libros, noticias, entre otros contenidos. Asimismo, *La sociedad de las extrañas* difundía anuncios sobre diferentes eventos que organizaban; por ejemplo, el N°20 extendió una invitación a las lesbianas y mujeres bisexuales para participar en el encuentro auspiciado por EspArtiles.

Su activismo dentro del Espacio de Articulación Lésbica, al que se sumaron desde el principio, se enmarcó dentro de una corriente más autonomista y fue uno de los puntos de desacuerdo por el que salieron de dicho espacio en el 2006.

val flores: Cuando la Federación LGBT empezó a construir la agenda del matrimonio igualitario, dijimos: “nosotras con esto no tenemos nada que ver”. Porque Fugitivas del Desierto, en realidad, no tenía un activismo pensado en términos de derechos ni pensábamos al Estado como único interlocutor. Éramos más autonomistas en ese sentido, (...) éramos muy críticas de la institucionalización del movimiento y eso no significaba dejar de hacer micro-acciones donde sí pudiera tener cierta incidencia, no sé si la adquisición de derechos, pero sí des-heterosexualizar las prácticas institucionales. Y eso en el área de salud lo hacíamos bastante, porque teníamos relación con la referente del Programa de Salud Sexual y Reproductiva; también lo hacíamos en nuestras prácticas docentes, donde teníamos incidencia.

De su participación en EspArtiles destacó su defensa al federalismo, que iba de la mano de la reivindicación de la autonomía de la que se jactó este grupo en contraposición al institucionalismo del que acusaron a quienes fueron quedando dentro del espacio. Aunque esta postura fue apoyada también por otros colectivos, no fue defendida con tanta fuerza como por las fugitivas. A la visión federal hacia movimiento lésbico nacional las neuquinas le sumaron, además, la sospecha del “porteñismo”. Esta desconfianza no fue simplemente una intuición, sino

que se fundamentó en el hecho de que algunos colectivos lésbicos de la Ciudad de Buenos Aires menospreciaron en varias ocasiones las demandas de otros grupos ubicados en diversas localidades, lo cual, en cierta medida, contribuyó a silenciar sus voces.

Fugitivas del Desierto se disolvió a fines del 2008 cuando se dieron cuenta de que “no había más deseo de grupo. Lo charlamos y estuvo muy bueno como experiencia política, el poder reconocer cuando no hay más deseo de acción colectiva” (de la entrevista a Val Flores).

5.4 Malas como las Arañas (2007-2021)

En los primeros meses del año 2007 surgió en La Plata un colectivo lésbico-feminista llamado Malas como las Arañas (en adelante, Malas). Sus integrantes, Fer Passa, Larhiza Hatrick, Ileana Dell’Unti, Fer Losso y Ayelén Guezamburu, se unieron a partir de un evento doloroso para la ciudad: el asesinato de Sandra Ayala Gamboa en febrero de ese año⁹⁵, quien fue encontrada en el edificio perteneciente al Archivo de Rentas de Buenos Aires (ARBA). A raíz de dicho evento, grupos de izquierda, agrupaciones de Derechos Humanos, colectivos feministas como Las Azucenas y Mariposas Mirabal, así como las Malas se unieron en distintas acciones y movilizaciones callejeras en contra de la impunidad. La respuesta coordinada por estos diversos grupos formó una coalición de acción en La Plata que, aunque con el tiempo no continuaron colaborando de manera conjunta, se estableció de manera implícita como una alianza.

Dentro de este contexto, Malas se integró en una red de colectivos y agrupaciones en La Plata con las que compartió afinidades, pero también destacó por sus diferencias. Las fundadoras desde el principio debatieron sobre la creación de un grupo con estructura horizontal, alejado de las jerarquías comunes en la militancia partidaria, especialmente en la izquierda, de la cual habían formado parte. Uno de sus propósitos fundamentales fue erigirse como una alternativa al feminismo establecido en su localidad, además de constituir un espacio lésbico arraigado en la idiosincrasia propia de su ciudad. En una entrevista que dieron al diario Página12, contaron:

Nosotras no tenemos ese centralismo de ir a militar a Capital, buscamos hacer cosas paralelas con la idea de que la militancia se reproduzca en todos lados. (...) Si el Día del Orgullo nos vamos a Buenos Aires, en La Plata no queda casi nadie porque estamos

⁹⁵ En 2012, el Código Penal experimentó una modificación significativa gracias a las persistentes demandas del movimiento feminista. Como resultado, se introdujo un enfoque de género en el ámbito de la criminología. Fue en este momento cuando la legislación incluyó la consideración de la violencia de género como un agravante, e introdujo el término “femicidio”.

sólo nosotras, Las Furiosas y algunas colectivas más. Por eso decidimos generar espacio de disputa acá. Decidimos trabajar desde el lesbofeminismo. Nos parecía importante generar una colectiva lésbica porque no había hasta entonces, y menos lésbico-feminista. Si bien tenemos relación con el colectivo LGBTTTQ, nos sentimos más integradas al movimiento de mujeres, esa es la diferencia. (Malas como las Arañas, 2010, s/p)

Jamás tuvieron la intención de iniciar un movimiento lesbiano en La Plata ni de erigirse como las voceras del lesbianismo en esa localidad. Por el contrario, Malas aportaba una perspectiva distinta y “molecular” a las consignas habituales tanto del feminismo platense como del movimiento LGBTTTQ porteño. Lo que realmente consideraban importante era no ceder en la singularidad de su identidad colectiva, que se caracterizaba por el deseo de generar incomodidad y disentir. Sus consignas eran anti-asimilacionistas porque no buscaban la integración de la disidencia en la sociedad patriarcal y capitalista, sino más bien provocar malestar, interrupción y actuar como agentes de cambio disruptivo. Por esto, empezaron a utilizar fuertemente la expresión “disidencia sexual” para mostrar su disconformidad con el régimen político de la heterosexualidad, que atravesaba también a las prácticas feministas.

En este sentido, sugiero que el grupo Malas estuvo fuertemente influenciado por el activismo autónomo, auto-gestivo y performático de las Fugitivas del Desierto. Las similitudes pueden apreciarse en un texto escrito por Malas como las Arañas, llevado a un encuentro de lesbianas llamado “Celebración de las Amantes”. En este espacio, anclaron su presentación a un imaginario del activismo lésbico ligado al boicot, la transgresión, la reapropiación del insulto y la desvinculación con toda forma de convención:

Las Malas como las Arañas somos una colectiva de lesbianas feministas muy malas y muy lesbianas que agitamos en La Plata el arte callejero, molestando e irrumpiendo en el espacio público, cuestionando la heterosexualidad y su estandarte de normalidad, el patriarcado, la lesbofobia que nos excluye y violenta. Practicamos el terrorismo lésbico, la construcción colectiva, el estrangulamiento simbólico-social de una sociedad que queremos cambiar y la creación de muchas distintas formas de sociedad con las que soñamos, junto a otras personas con las que compartimos el placer disidente y el placer de molestar. (Malas como las Arañas, 2014)

Como ya sugerí, uno de sus mayores objetivos era el de generar más espacios de visibilidad lésbica. Como contaron Larhiza Hatrick y Fer Losso en la entrevista, cuando el grupo se formó primaba en La Plata un feminismo muy “mujeril” y “paki” que tenía cierto espíritu separatista respecto a los gays, las trans y las travestis. Malas como las Arañas, por el contrario, surgió a partir

del cuestionamiento del separatismo y del reconocimiento de que era necesario construir alianzas políticas y también afectivas con el movimiento LGTTTQ. De acuerdo a lo señalado en su “declaración de principios anti-asimilacionista”, y según contaron en la entrevista, las Malas empezaron por participar en los Encuentros Nacionales de Mujeres y en marchas feministas con consignas que incomodaban a las asistentes. Hacían carteles, pintadas, grafitis y stencils, con textos del tipo: “Lesbianas en todas partes”, “No es mito, las feministas somos todas tortilleras”, “Las lesbianas resistimos al régimen político de la heterosexualidad”, “Lesbianas por el derecho al aborto”, “Ni mujer ni varón, lesbiana”. Además, hicieron intervenciones callejeras en los paredones de las escuelas de La Plata que decían: “Soy lesbiana, tu directora” o “Si Evita viviera sería tortillera”. También pegaban “stickers arañosos”, como los llamaban ellas, del tipo: “Ser lesbiana es saludable” o “Lesbianismo o barbarie”; e hicieron pintadas con los reclamos del colectivo LGTTTQ, del tipo: “En esta esquina bailaremos hasta derribar la transfobia”, “La Heterosexualidad no es una práctica sexual es un régimen político”, “Trava porque me la banco”, “Basta de asesinatos a travestis”.

Según contaron las entrevistadas, decidieron hacer acciones poético-artísticas y políticas que estuvieran “atravesadas por el placer” para desplazar de los discursos feministas el eje moralizante que giraba en torno a lo mortífero y disciplinador que podía ser el hétero-patriarcado. Con esa consigna organizaron festivales, varietés lésbicas, grupos de lectura colectiva, ferias, actividades lúdicas y recreativas, publicaron fanzines y escribieron poemas, hicieron stencils y pintadas callejeras, y hasta tuvieron una banda de lesbianas llamada *Nunca Pausa*. También dibujaron su propia caricatura, la Súper Torta, la “heroína sin antifaz ni identidad secreta”. Según lo que comentó en la entrevista Larhiza Hatrick:

Hasta ese momento, todas las representaciones lésbicas eran victimistas, del tipo: “la sociedad no me acepta” o “las lesbianas no tenemos nada de malo”. También circulaban muchas representaciones negativas, como “las lesbianas son perversas”. Nuestro activismo por la visibilidad, en cambio, iba por lo positivo, tipo: “es hermoso ser lesbiana, es placentero” o “soy torta porque me gusta”.



Uno de sus festivales más exitosos del que hicieron diez ediciones, una por año, se llamó *Primavera Lésbica*. Consistía en todo un mes de encuentro festivo, en el que cada sábado se llevaban a cabo actividades como lecturas de poesía, performances, proyecciones de cine lésbico y tango queer. Dada la magnitud del evento, y de su carácter auto-gestivo, se lanzaba una convocatoria para que otras personas se sumaran y colaboraran en su organización. Cuenta Fer Losso:

No teníamos ningún tipo de financiamiento, no lo pedíamos porque éramos muy radicales, muy del “do it yourself”. (...) En las movidas que hacíamos vendíamos algunas películas lésbicas que descargábamos o vendíamos fanzines, pero recuperábamos muy poca plata de la que habíamos puesto de nuestro bolsillo. Teníamos una frase que era: “lo hacemos por placer”. Parece una pavada, pero no. (...) Para las organizaciones de izquierda era provocador, porque nos decían: “¿cómo pueden hacerlo por placer en el sistema alienante capitalista?”. Pero nosotras dábamos vuelta la cosa, porque no era el placer del consumo, sino el placer de poner el cuerpo, de hacerlo colectivo. (...) Y eso te daba la posibilidad de poder articularte, por eso fue expandiéndose el grupo y las actividades, por eso aparecieron las maricas y las travestis, casi al mismo tiempo. (...) El subtítulo de las *Primaveras Lésbicas* era “lo hacemos por placer”, y cada año iba cambiando: “jugamos por placer”, “marchamos por placer”, “deshacemos por placer”, y así.

Además, trabajaban sobre el concepto de “efemérides” para buscar fechas significativas para las lesbianas que, si no las encontraban, las inventaban. Así recuperaron una fecha muy

significativa para todo el colectivo de la disidencia sexual, el 28 de junio, y con eso organizaron un segundo festival muy importante para el activismo LGBTTTQ de la ciudad de La Plata. Cuenta Larhiza Hatrick:

Acá en Argentina se celebraba la marcha del orgullo a fin de año. Nosotras, en cambio, retomamos algo que en ese momento nadie hacía, que era la fecha del Stonewall. (...) lo tomamos como día de resistencia a la autoridad y al racismo. Hicimos un evento en la plaza San Martín muy chiquito, pero al segundo año ya lo pasamos a la zona roja y se llamó *Arde closet*, que todavía se hace en esa fecha hasta el día de hoy.

El evento conocido como *Arde Closet*, aludido por la activista platense, tuvo su debut en 2008 y fue convocado por las Malas en conjunto con la Comisión de Género de Humanidades, la Comisión de Género de Periodismos, el Espacio Qu, Mariposas Mirabal y Hacerlo Visible. Surgió como una manifestación artística y política en las calles, conmemorando la resistencia de la comunidad LGBTTTQ frente a la opresión y represión policial el 28 de junio de 1969 en Nueva York. Adoptó la forma de un festival cuir de ambiente festivo y lúdico, no solo para recordar un día de lucha, sino también para celebrar la alegría y el placer. En él participaron músicas, performers, bailarines, comediantes, entre otros, y acudieron cientos de personas de la comunidad de la disidencia sexual. Desde entonces y hasta la fecha actual, se ha llevado a cabo una nueva edición de este festival por cada año. Durante el evento, se presentan reclamos específicos del colectivo LGBTTTQ expresados como denuncias que esperan algún tipo de reparación (ya sea legal, simbólica o económica). Asimismo, cada año se elige una temática distinta que sirva de eje central del evento. Por ejemplo, en 2011 el festival llevaba el subtítulo: “El bosque de la heterosexualidad obligatoria. ¡Cuidado, que la heterosexualidad es puro... cuento!”. Aunque en sus inicios fue una actividad de militancia que se realizaba en la plazoleta La Noche de los Lápices, con el tiempo, en muestra de solidaridad hacia las compañeras travestis y trans que enfrentaban la represión policial y la discriminación de sus vecinos, el festival se trasladó a la zona roja de la ciudad. En la actualidad, diversas organizaciones y colectivos se encargan de su organización.

Durante todos sus años de actividad, este colectivo operó sin recibir financiamiento, un detalle que no debe pasarse por alto. Fue un grupo con una notable influencia en el ámbito cultural, como lo evidencian eventos como el festival *Arde closet* y las *Primaveras Lésbicas*. Además de estos, organizaron diversos talleres, siendo el de autodefensa para mujeres uno de los más destacados. También llevaron a cabo una variedad de actividades que se caracterizaron por

la importante presencia de la performance como forma de ocupación del espacio público. Un hito destacado en este sentido fue la *Gran kermesse de los placeres desatados*, una festividad popular y vecinal organizada en el 2010 que incluyó juegos como “tiro al obispo”, “rayuela feminista”, “chongómetro” y “pinchele las bolas al cerdo patriarcal”. También en 2011, con motivo del 1° de mayo dieron vida a la “CGTorta”, durante la cual plasmaron consignas diversas en la ciudad mediante estenciles: “Día de la bombera”, “Feliz día, camionera”, “Día de la trabajadora tortona” y “El trabajo y la familia heterosexual patriarcal no dignifican, alienan”. Por otro lado, el 8 de marzo de 2012 llevaron a cabo el evento denominado *Gran quema pública de barbies*, que llevaba el subtítulo: “Andá preparando todas tus opresiones para quemarlas. Trae tu Barbie o símil tercermundista”.



Como se puede observar, el empleo de la ironía y el humor desempeñó un papel fundamental en su activismo. Esto, combinado con la reivindicación de la autonomía, la práctica auto-gestiva, la elección de fechas significativas como el 28 de junio o la defensa del trabajo sexual, coloca a Las Malas como las Arañas en una conversación directa con el grupo que las precedió en el tiempo, las Fugitivas del Desierto, y otro contemporáneo, las Baruyeras (como se verá más adelante). Al analizar sus métodos de intervención, se pueden identificar tanto ecos como referencias directas e indirectas, lo que revela una afinidad política y emocional que se hizo evidente cuando estos grupos participaron en la actividad “Potencia Tortillera” durante el

Encuentro Nacional de Mujeres de Córdoba en 2007, siendo este el único año en que los tres colectivos coexistieron antes de la disolución del grupo neuquino. En estos grupos, además, el uso del espacio público para emplazar sus obras, intervenciones y performances, mostraba su posición autónoma respecto de las instituciones.

En el 2008 también tuvieron afinidad con el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (que devino de Baruyeras), a partir de lo que resignificaron su activismo a favor del aborto desde una perspectiva lesbiana y no victimista. Ese año, junto al colectivo antes mencionado y las Fugitivas del Desierto, hicieron una gran intervención en el Encuentro Nacional de Mujeres de Neuquén.

Larhiza Hatrick: Marchamos en ese encuentro con una torta gigante de tres metros de diámetro, hecha con tela de friselina naranja e hicimos un folleto en tono gracioso, como si fuera de la internacional socialista, pero de lesbianas. Lo llamamos “la torta-marcha”. Nos pasaba que ni las mujeres que marchaban adelante nuestro ni las de atrás querían quedar “pegadas” a la torta-marcha, entonces se alejaban. Era gracioso que en la marcha iban todas amontonadas, menos nosotras que íbamos solas en el medio, porque nadie quería estar en la torta-marcha.

En el 2009 se sumaron a la campaña que inició el grupo Apostasía Colectiva⁹⁶ para desvincular de la Iglesia Católica a aquellas personas que habían sido bautizadas. Ese año emitieron un comunicado que expresaba: “¿Estás de acuerdo con que la Iglesia Católica intervenga en la redacción y la aplicación de leyes sobre el aborto, educación sexual, unión civil, salud reproductiva, que rigen a católicos y no católicos por igual?”. A través de una serie de preguntas que interpelaban a le lectore acerca de los poderes e injerencias de la Iglesia Católica en las decisiones del Estado, las Malas invitaban a la gente a sumarse al grupo Apostasía Colectiva. Además, organizaron varias “besadas” frente a la famosa catedral en el centro de la ciudad de La Plata, en protesta por las expresiones homofóbicas del Monseñor Héctor Aguer, arzobispo de La Plata, sobre la enseñanza de la ESI en las escuelas y para demandar la separación de la Iglesia y el

⁹⁶ Este grupo promovía la práctica de la apostasía para desvincular a quienes, habiendo sido bautizados, no profesaban la fe católica y, por lo tanto, no se sentían representados por los dichos de esta institución en uno o en todos de los siguientes temas: divorcio, métodos anticonceptivos, aborto, educación sexual integral, homosexualidad, eutanasia. La apostasía como práctica desvincular era fundamental para disminuir la población católica en Argentina y así poder debatir el apoyo económico que recibía esta institución del Estado, así como sus privilegios. Muchos colectivos lésbicos, LGBTTTQ y feministas se sumaron a esta causa, como: Malas como las Arañas, Campaña Feminista por el Estado Laico, Mesa por la Igualdad, Católicas por el Derecho a Decidir, Federación Argentina LGBT, entre otros.

Estado. También participaron en la X Exposición del Libro Católico en 2008, ingresando de la mano mujeres con banderas del orgullo y carteles que proclamaban “Soy lesbiana”.

En el 2010, con el asesinato de Natalia “Pepa” Gaitan, intervinieron ampliamente la ciudad con grafitis que decían “La heterosexualidad mata”, “Viva la Pepa”, “Natalia Pepa Gaitán, fusilada por lesbiana”, “Basta de lesbofobia, vos también gatillás un poco”, “Justicia por Natalia Pepa Gaitán”, entre otros. Además, hicieron una convocatoria en la que invitaron a otros colectivos y a feministas de la ciudad a sumarse a una “stenciliada” por la ciudad de La Plata con la frase: “Si juntas gritamos TORTILLERA se acaban el miedo, la muerte y el silencio”.

Malas como las Arañas dejó de activar como colectiva hace ya algunos años, pero a sus integrantes les cuesta ubicar el cuándo. Su blog permanece bastante activo hasta el 2012, y luego hay un intervalo de silencio hasta el 2015, cuando retomaron los posteos que continuaron hasta el 2021. Como expresó en la entrevista Fer Losso:

Nunca dijimos “se acabó”, pero tampoco seguimos activando. En el colectivo hay toda una parte del activismo que es “para afuera”, pero también hay un “para adentro” del grupo, en el que también somos compañeras, amigas, hay historias personales porque el activismo y el lesbianismo te tocan un montón de cosas íntimas (...) Y nos quedó de esos años un entendimiento, un código común. Por ejemplo, antes de la pandemia, cuando fue el Encuentro Nacional de Mujeres en La Plata, nosotras hicimos el “Encontrolazo”⁹⁷, y si bien lo hicimos entre muchas, en las primeras reuniones estábamos Larhiza y yo solas.

Durante sus años de activismo, las Malas mostraron cómo el cuerpo lesbiano era una presencia que incomodaba al discurso hétero-patriarcal y también al paki-feminismo, pues irrumpía e interrumpía el espacio de (in)visibilidad e inteligibilidad normativa en una insistencia de las identidades fisuradas y múltiples por aparecer como una fuga a los mandatos sobre el cuerpo. Con sus efemérides y los ciclos anuales de encuentro establecieron una tradición LGBTTTQ en La Plata, insistiendo en la “necesidad de genealogías, de buscarse lesbianas en otras

⁹⁷ El “Encontrolazo” se organizó desde los márgenes del 34° Encuentro Nacional de Mujeres celebrado en La Plata en 2019. Se trató de un llamado desde las disidencias sexuales a todes aquellas que se identificaran por fuera de la cis-heteronorma. Contó Larhiza Hatrick en una entrevista que dio al medio 0221: “Se venía el Encuentro Nacional de Mujeres en La Plata y muchas personas que ya participamos durante años estábamos al tanto de las discusiones internas que se dieron en la Comisión Organizadora, donde hay cierta mirada vagino-portante para con las personas que deben concurrir, y también cierta mirada nacionalista. Nosotras acá en La Plata venimos activando la disidencia sexual con críticas a las cis-heteronorma hace bastante, y pensamos: ¿vamos a ir a la Comisión Organizadora a que nos maltraten, nos invisibilicen, como históricamente hacen, queriendo que un Encuentro que históricamente no es nacional y no es solo de mujeres sea 'Nacional y de Mujeres', con argumentos para nosotras fascistas, diciendo que es necesaria la frontera (...)? No. Entonces decidimos armar el Encontrolazo” (en Sidoti y Tróccoli, 2019, s/p).

lesbianas, de pensarse colectivamente con encuentros y desencuentros” (Malas como las Arañas, 2014, p. 1).

5.5 Ultravioletas (2007-2013)

En mayo de 2007, un grupo de feministas mendocinas invitó a la pensadora lesbiana Yuderkys Espinosa Miñoso para dictar un taller de lectura en la Casa de la Memoria de Mendoza, centrado en la teoría y política lésbica, al que asistieron algunas de quienes conformarían poco tiempo después el colectivo Ultravioletas. Según relató Sabrina Yañez, una de las entrevistadas, este fue un encuentro muy íntimo e informal organizado de manera autogestiva y al margen del ámbito académico, en un espacio más ligado a la militancia de derechos humanos. Yuderkys Espinosa Miñoso, quien se describe a sí misma como una lesbiana oscura caribeña, abordó a autoras como Teresa de Lauretis, Judith Butler, Monique Wittig, Adrienne Rich, Val Flores, Norma Mogrovejo y Gloria Anzaldúa durante estos encuentros. Es importante destacar el tráfico de conocimientos (geográficos, teóricos y afectivos) que esta pensadora, entonces residente en Buenos Aires, llevó a la provincia de Mendoza porque vuelve a hacer presente un aspecto que resalté en múltiples ocasiones, relacionado con los intercambios transfronterizos en el activismo lésbico. Parece como si hubiera en ellos un cierto espíritu internacionalista que se esfuerza por encontrar banderas comunes del lesbianismo en diferentes partes del mundo, aunque arraigados en luchas situadas y contextos locales contra la opresión de género y sexual, propiciados por experiencias que hallan en su singularidad el fundamento central para el activismo.

Ese taller fue muy importante porque fue un espacio “amigable” donde algunas mujeres se animaron a decir por primera vez en público que eran lesbianas. También facilitó que las asistentes lesbianas y bisexuales pudieran conocerse entre sí, dando origen a una red de apoyo. Por esta razón, al finalizar el taller, algunas participantes sintieron la necesidad de continuar reuniéndose. Además, quedaba pendiente explorar más a fondo temas relacionados con el lesbianismo, el feminismo y la teoría queer. Así, Ultravioletas se identificó inicialmente como un grupo de estudio y discusión teórica, con la conciencia de que la disidencia sexual conlleva una postura política.

Dentro de las autoras estudiadas, una de las que causó una impresión especialmente profunda fue la poeta y ensayista estadounidense Adrienne Rich. Uno de sus argumentos más

destacados giraba en torno a la noción de “lesbianismo”, considerado como una relación primordial entre mujeres que trascendía o no necesariamente incluía el aspecto sexual o erótico. En cambio, abarcaba vínculos, alianzas y complicidades entre mujeres en un sentido amplio, que escapaban a las convenciones de las relaciones heterosexuales que solo concebían relaciones entre hombres y mujeres.

A partir de la lectura de Rich, el lesbianismo se les presentó a las UV como una crítica a la cultura misma y a sus “modos de ver” por los cuales se invisibilizan las relaciones que no son heterosexuales, especialmente, negando el carácter político y potencialmente transgresor de las relaciones entre mujeres. A raíz de esta premisa, el grupo que se consolidó estaba compuesto por lesbianas, pero también por bisexuales y mujeres heterosexuales que se autodenominaron como “lesbianas políticas” porque reconocían esa intensidad primaria afectiva entre mujeres y lesbianas como una relación política a indagar. En sus declaraciones durante la entrevista, enfatizaron que la disidencia sexual no debía limitarse a una etiqueta identitaria, sino que se trataba de una búsqueda que profundizaba en el conjunto de prácticas amorosas entre mujeres y lesbianas, que podía devenir en una praxis política. Esta alianza se traducía en las calles como un ejercicio de visibilidad y solidaridad con las diversas expresiones corporales de la performatividad lésbica.

El grupo más estable estuvo conformado por Gaby Maure, Sabrina Yañez, Aranzazú Guevara, Naty Prado, Grisel Juri-Ayub, Eugenia Scirpo, Azahar Lu, Agustina Portaluppi, Cecilia Mercado, Andrea Dallosta y Paulina Serú. No todas se identificaban en ese momento con el feminismo y algunas venían con una trayectoria previa de militancia universitaria dentro de agrupaciones de izquierda. Sin embargo, para poderse conformar como un grupo de activismo lésbico horizontal, el modelo de la militancia partidaria debió ser cuestionado y algunas premisas feministas fueron abrazadas para defender el carácter político de experiencias hasta entonces consideradas privadas. Una de las entrevistadas, que en ese momento se identificaba como heterosexual, contó la siguiente anécdota:

Eugenia Scirpo: Yo venía de una militancia más de izquierda china, si se quiere, y las chicas de Ultravioletas me invitaban a estas juntadas más recreativas. Entonces yo, que traía esa otra experiencia de militancia, hinchaba con el tema de puntualidad, de la responsabilidad, de la acción... Pero ellas se juntaban, bailaban, tomaban alcohol y miraban películas porque también estaban en una búsqueda de un grupo afectivo, de un espacio donde vivir esa disidencia... De hecho, algunas de ellas tuvieron relaciones entre sí y a mí me enfurecía porque pensaba: “habiendo tantas lesbianas, no pueden

juntarse entre ellas”. Éramos pocas en la organización y sentía que teníamos que cuidar la estructura. (...) En principio, éramos compañeras de militancia y para mí eso no era amigas...

Poco a poco se empezó a conformar como una agrupación feminista lesbiana que luchaba “por la visibilidad lesbiana, por los derechos de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos y por una sexualidad autónoma y plena”⁹⁸. La primera causa que el grupo adoptó fue el activismo para difundir información y proporcionar recursos de salud sexual dirigidos a lesbianas y bisexuales, reconociendo que este era un tema postergado debido a la invisibilización de las problemáticas específicas de estos grupos. En este sentido, colaboraron en la difusión de la campaña impulsada por EspArtiLes: “Cambiemos las preguntas. Campaña Nacional por una atención digna a las mujeres lesbianas y bisexuales en los sistemas de salud”. Fue la primera vez que hicieron circular públicamente en Mendoza información sobre el uso del campo de látex y sobre las enfermedades e infecciones de transmisión

sexual que podían afectar a lesbianas y bisexuales, además de sacar del clóset el tema del aborto.

En ese momento en Mendoza ya existían algunas feministas que formaban parte de la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, al que las Ultravioletas se sumaron. Cuentan las entrevistadas:

Eugenia Scirpo: En las reuniones de la Campaña (...) nos costaba mucho poner la palabra “lesbiana”. Nosotras teníamos el concepto de la *lesbiandad política*. No éramos movimiento feminista, sino movimiento lésbico. Decíamos que todas las feministas debíamos ser lesbianas políticas, queríamos que hubiera esa práctica.

Grisel Juri-Ayub: Al aborto lo militábamos por razones propias, no por razones exclusivamente feministas, sino por razones feministas-lésbicas. Es decir, cosas que tenían que ver con la disidencia sexual y con la posibilidad de decidir sobre el propio cuerpo. Queríamos discutir una mirada lesbofóbica que había dentro, incluso, de la campaña nacional por el aborto. (...) me acuerdo de una vez en que el periodista de un

25 DE NOVIEMBRE
DÍA INTERNACIONAL DE LA NO
VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

¡LA INVISIBILIZACIÓN TAMBIÉN ES VIOLENCIA!

ULTRAVIOLETAS

EXISTIMOS Y DISENTIMOS

Colectiva de mujeres convocadas con el objetivo de crear y sostener un espacio de reflexión e intervención en torno a la crítica de la heterosexualidad obligatoria. Nuestro eje de unión es la reconstrucción de lazos de compañerismo entre mujeres (continuum lésbico) para la lucha contra la naturalización y obligatoriedad de la institución heterosexual.

www.mendozamujeresgenero.blogspot.com
mendoza.genero@gmail.com

⁹⁸ Extraído de su página de Facebook y del blog <http://mendozamujeresgenero.blogspot.com/>

canal alternativo les preguntó a unas compañeras de la Campaña: “¿ustedes son las lesbianas?” –como si fuera una noticia–, y ellas dijeron rápidamente que no para no quedar involucradas, como si fuera algo que no estaba bien.

Naty Prado: Eran otras épocas. En ese momento, lo más feminista que podías hacer era militar el aborto... Era más delicado hablar de lesbianas y de gays a público abierto que de aborto. Por eso, estas reuniones sobre aborto eran más del circuito interno del feminismo de Mendoza, de la gente que ya conocíamos de las marchas...

Según relatan las entrevistadas, las Ultravioletas se posicionaron como la “disidencia dentro de la disidencia del feminismo” cuyano. Su activismo en este sentido coincidió ideológicamente con el del grupo que editaba la revista *Baruyera* en Buenos Aires –revista que las UV conseguían en consignación y vendían en Mendoza como una forma de darle visibilidad al lesbianismo. En el 2009 dicha revista publicó una nota sobre lesbianas y aborto de Vero Marzano (co-fundadora de *Baruyera* e impulsora del colectivo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto), texto que las UV hicieron propio. Un fragmento del mismo sostenía:

Como lesbianas pensamos el derecho al aborto como un movimiento estratégico para desandar el camino patriarcal de la sexualidad, desbaratar la impostada unión entre reproducción sexual y reproducción, y comenzar a recorrer el de decidir cómo, cuándo, para qué y con quién disfrutar de nuestra sexualidad. (*Baruyera*, N°6, p. 6)

En el 2009, Baruyeras y Ultravioletas se encontraron en el Encuentro Nacional de Mujeres de Tucumán. Allí las porteñas les comentaron sobre su proyecto de armar una línea telefónica para dar información sobre aborto (experiencia que será retomada en el próximo capítulo) e invitaron a las UV a ser parte del lanzamiento de la misma.

Aranzazú Guevara: En el 2010, cuando se lanzó la línea, yo participé del panel de lanzamiento contando cómo era la situación del aborto en Mendoza. A partir de entonces empezamos a difundir la existencia de la línea telefónica en Mendoza con stickers y en las actividades que hacíamos. Empezamos de a poquito a hacer algunos acompañamientos de aborto de manera individual. Cuando Baruyeras, que en ese momento ya habían conformado el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, publicaron el manual *Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas*, nosotras lo empezamos a repartir y vender en Mendoza. (...) El manual fue para nosotras una herramienta muy impotante. En el 2011 empezamos a juntarnos quienes veníamos haciendo acompañamientos de forma individual y conformamos la Comisión Salud de la Campaña por el Aborto. Esta comisión estaba integrada por las UV, por compañeras de La Otredad (una organización feminista mixta de San Martín) y otras compañeras independientes de la campaña. La Comisión Salud se dedicaba exclusivamente a acompañar abortos y lo hacíamos de manera telefónica (...). Con esa gente formamos el colectivo La Malona en el 2012, ya saliendo de la clandestinidad y basándonos en lo que planteaban las fundadoras de la

línea de que dar información era legal. Tomándonos de ese ejercicio que ellas ya habían hecho y de esa puerta que nos estaban abriendo nosotras decidimos que, si dar información era legal, entonces lo podíamos hacer a la luz del día, en una plaza, sin ningún problema. Ahí empezamos como La Malona a hacer encuentros presenciales, lo que después nos llevó a unirnos a Socorristas en Red, aunque tuvimos siempre nuestras diferencias.

Por otro lado, la colectiva Ultravioletas incorporó desde el inicio el cruce entre el activismo político a favor de la visibilización lésbica (con un estilo bien callejero y provocativo con la sociedad mendocina) con un activismo cultural, en el marco del cual realizaron numerosos eventos. De hecho, la primera actividad que organizaron un 12 de abril de 2008, una vez conformado el grupo, fue una muestra artística en la que hubo poesía, danza y música en el bar cultural *Ficciones*, fundado y dirigido por una pareja de lesbianas en el centro de Mendoza.

En el 2009 publicaron la revista *Boletina Ultravioleta* de la que sólo salió un número. Contenía poemas, una editorial sobre la heterosexualidad obligatoria, una nota histórica del 28 de junio, la reseña del libro *Escritos de una lesbiana oscura* de Yuderkys Espinosa Miñoso e información sobre Infecciones de Transmisión Sexual. Contó Gaby Maure en la entrevista que a la *Boletina* la repartían en las plazas porque no entraba en su imaginación política de esa época la posibilidad de que alguien quisiera comprarla en una ciudad tan conservadora como Mendoza.

En el año 2010 iniciaron una serie de talleres gratuitos bajo el provocador título de “¿Civilización Barbie o barbarie?”. Estos recibieron apoyo financiero del Fondo de Mujeres del Sur, el cual cubrió los honorarios de las facilitadoras, el alquiler del espacio y la provisión de materiales para les participantes, entre otros recursos. También les permitió adquirir una impresora para publicar los resultados de los talleres y adquirir libros sobre lesbianismo, política lésbica, temas LGBTTTQ y feminismo, que posteriormente se integraron en la “Biblioteca Ultravioleta” creada dos años después. Adicionalmente, obtuvieron un proyector que les permitió organizar veladas de cine.

El ciclo “¿Civilización Barbie o barbarie?” estuvo compuesto por tres partes distintas. La primera tuvo como objetivo cuestionar la normatividad heterosexual presente en las instituciones educativas y para ello contaron con la coordinación de Val Flores. La segunda parte, enfocada en la prevención de la violencia dirigida hacia y entre mujeres lesbianas, estuvo a cargo del colectivo Desalambrando. El último encuentro fue organizado en colaboración con el grupo Pañuelos en Rebeldía, y consistió en una formación centrada en la educación popular y los feminismos.



Con el tiempo, las Ultravioletas comenzaron a organizar actividades que no estaban dirigidas exclusivamente al público feminista, sino que se orientaban hacia la sociedad en general, saliendo del círculo cerrado de “conocidas”. Para lograrlo, adoptaron formatos más populares, como la radio. En el 2011 tuvieron una columna en el programa semanal *El otro soy yo*, llamada “Un amor lésbico en la confitería”, en la que unían visibilidad con humor explotando el uso del significante “torta” para referirse a su identidad lesbiana con una connotación más popular. Allí las UV usaban seudónimos provenientes del mundo de la pastelería, tales como “Maicenita”, “Cañoncito de

dulce de leche” y “Combinada de membrillo y pastelera” para caracterizar a la bisexual, y a través de esos personajes recomendaban “recetas” lesbianas en clave lúdica y narraban historias, usando la parodia como una estrategia literaria privilegiada de representación y contestación a los estereotipos vigentes.

En el 2012, dos ultravioletas que en ese momento eran pareja inauguraron un bar cultural que se llamó *El Cuarto propio*, haciendo un claro homenaje al ensayo “A Room of One's Own” de Virginia Woolf. Dentro de este espacio, dedicaron una habitación específica para crear una biblioteca con todos los libros que tenían las UV hasta el momento, que habían sido comprados con el financiamiento del Fondo de Mujeres del Sur, pero también había libros que provenían de donaciones particulares de integrantes del grupo, así como de otros aportes activistas personales, que incluían boletines, folletos, fanzines y revistas. Conocida como la “Biblioteca Ultravioleta”, esta iniciativa estuvo abierta al público y contó con un sistema de préstamo de libros que funcionó durante un tiempo.

Además de las actividades de acceso libre para la comunidad, como charlas, lecturas enfocadas en lesbianismo y proyecciones de cine, las UV también organizaban en este bar reuniones internas de formación, creciendo en su proyecto de ser un grupo de estudio, una usina

de pensamiento lesbofeminista y queer que no existía hasta entonces en Mendoza. En estos encuentros, se dedicaban a la lectura y discusión de temas relacionados con la política feminista y lésbica, planificaban sus participaciones en eventos públicos y se reunían con el propósito de recreación y socialización.

El establecimiento de vínculos entre las activistas de Mendoza y las provenientes de otras provincias fue esencial para mantener los talleres de capacitación, enriquecer el intercambio de experiencias y continuar obteniendo material teórico y político generado por el movimiento de lesbianas en Argentina. En 2008, por ejemplo, participaron en el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales en Rosario, donde por primera vez “vieron a tantas lesbianas juntas circulando abiertamente en una ciudad” (de la entrevista con las UV). Fue allí donde conocieron al grupo responsable de la revista *Baruyera* (que será tratada en el próximo capítulo), cuyos ejemplares las UV adquirieron para luego distribuir en Mendoza. De esta manera, se inició una tradición de asistencia conjunta a los Encuentros de Mujeres, la cual se consolidó en 2009 cuando viajaron al ENM en Tucumán.

Aranzazú Guevara: No sólo íbamos juntas a los Encuentros, sino que organizábamos colectivos para llegar, lo que llamamos “tortabús”, un micro donde varias organizaciones feministas, organizaciones sociales y nosotras viajábamos juntas. Era todo autogestivo, hacíamos pre-encuentros, actividades para juntar guita, y después post-encuentros donde poníamos en común los talleres a los que había ido cada una.

En el 2009, las Ultravioletas junto a otro grupo que se estaba conformando en Mendoza, Vanguardia Queer, pusieron la sede de encuentro para un evento llamado “Juntada de Lesbianas Disidentes” que se proponía como un contra-encuentro autónomo respecto al ENMLB, el cual había sido acusado de ser demasiado institucionalizado. Más allá de los detalles sobre el evento en sí, que se abordarán en el capítulo siete, me gustaría compartir una anécdota. Durante esta reunión, lesbianas provenientes de diferentes regiones del país decidieron marchar por las calles de Mendoza. Esto generó cierto temor entre las activistas locales, quienes, desde hacía más de un año se habían presentado en público en la sociedad mendocina, aunque no sin enfrentar conflictos internos.

Aranzazú Guevara: En esa Juntada de Lesbianas Disidentes marchamos con una bandera que habíamos hecho y que nos tapaba totalmente las caras, ni se veían nuestras siluetas, porque la visibilidad fue un proceso...

Gaby Maure: Me acuerdo que estábamos totalmente atemorizadas porque marchamos por la calle San Martín. Yo pasé delante de mi trabajo con la bandera y

había una enfermera en ese momento en la calle, y pensé: “me muero, hasta acá llega mi visibilidad”. Además, ¿cuántas éramos...? Quince, veinticinco... Muy pocas. Era por la calle San Martín y la peatonal, calles muy importantes de Mendoza. Fue un shock de visibilidad. Las otras activistas venían de otros lados, de Buenos Aires, ¡qué les importaba!

En el 2010, ya un poco más empapadas de la política LGBTTTQ nacional, las UV participaron de la organización de la primera Marcha del Orgullo en Mendoza, que coincidió con las movilizaciones que durante ese año se replicaron en diferentes ciudades del país con motivo de la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario. Para ello, conformaron un año y medio antes al Foro LGBT, integrado por otras organizaciones como Vanguardia Queer, la organización 15 de julio y Amotinadas.

En el 2012 el colectivo atravesó un periodo de repliegue motivado por las profundas transformaciones que estaban ocurriendo dentro del ala autonomista del activismo lésbico a raíz de la legalización del matrimonio igualitario. También se había producido una transformación en Mendoza respecto a quiénes eran los y las agentes del movimiento LGBTTTQ: a finales de la primera década del dos mil, el Estado empezó a ocupar las calles a través de instituciones como el INADI, al mismo tiempo que lesbianas activistas que habían sido formadas en las calles por el movimiento social empezaron a trabajar en instituciones. Durante la entrevista, las UV expresaron que esto conllevó a una disminución de la movilización en los grupos más autonomistas, agravada por una dificultad histórica del movimiento en definir una agenda política exclusivamente centrada en cuestiones lesbianas. De esta manera, gradualmente, en el año 2013 las UV comenzaron a disolverse. Aunque quizás no se trató del fin de su activismo, sino de un tipo de activismo.

Eugenia Scirpo: Nosotras en la actualidad nos seguimos encontrando desde lo afectivo, con la otra militancia que sostuvimos, o sea, la amistad que construimos por fuera del espacio político... Ultravioletas tenía esto de que, mientras se construía un espacio político hacia afuera, por dentro se construía también un espacio vincular...

La historia de las UV, como la de los otros colectivos estudiados en este capítulo, fue una experiencia tanto política como afectiva. Ese “adentro y por fuera” del espacio colectivo que señaló Eugenia Scirpo es precisamente un lugar difícil de nombrar. Los partidos políticos convencionales han sido acusados por las feministas de querer separar lo íntimo de lo político, a lo que se les respondió con la conocida expresión “lo personal es político” que ha sido en gran

parte el motor de los activismos de la disidencia sexual. En el activismo, las relaciones personales fueron fundamentales para comprender y abordar las estructuras de poder y las desigualdades de género, a partir de compartir experiencias como la discriminación en el hogar, la dificultad para encontrar pareja o el maltrato ginecológico en el consultorio una vez revelada la orientación sexual. La importancia de construir red, alianzas y conexiones entre lesbianas, pero también entre los diferentes colectivos del país, radicó en la amplificación de sus voces lo cual aumentó la eficacia de sus acciones.

Al igual que la importancia de la intimidad se manifestó en la duración de grupos inicialmente unidos por objetivos políticos debido a relaciones afectivas o de amistad, las diferencias y conflictos personales también pueden traducirse en asuntos políticos de considerable relevancia. Esas tensiones mantuvieron al movimiento en movimiento y a las fuerzas entre el “adentro y por afuera” en una regeneración constante de las grupalidades que llegaron hasta nuestro presente transformadas, dando cuenta de que la experiencia efectivamente es un sitio donde generar conocimientos y aprendizajes.

Capítulo 6. Lesbianas aborteras y lesbianas madres

—¿Un hijo? ¿¿Un hijo de Dios?? ¡Ni loca! Hacedme un favor, Arcángel mío —dije y tomeme el pecho que reventábame de disgusto—, en mi nombre vais a decirle que no. Que así estoy bien.

Paula Jiménez España, *Pollera Pantalón*

Hasta aquí he presentado numerosos colectivos lésbicos que en distintas ciudades y épocas —y con estilos de activismo muy diferentes— en su mayoría compartieron una lucha común: la del derecho al aborto. Además del activismo socorrista que adoptaron algunos grupos, también destaqué el respaldo que varios grupos LGBTTTQ brindaron a esta causa ya en los años noventa y a principios de los dos mil. Entre ellos se encuentran el grupo de lesbianas de la Casa del Encuentro, Gays por los Derechos Civiles, La Fulana, la banda lésbica Carmelitas en Calzas, el Área de Estudios Queer y Multiculturalismo en el Centro Cultural Rojas de la UBA, entre otros. Figuras destacadas como la activista lesbiana María Rachid, la activista travesti Lohana Berkins y Flavio Rapisardi, miembro de la CHA, se involucraron desde temprano en eventos públicos en apoyo al aborto, y fueron muchas más las que en distintas ocasiones estableciendo un paralelo entre la clandestinidad del aborto y la de la disidencia sexual, subrayando así la carencia de derechos sexuales o de su total reconocimiento.

Debido a lo anterior, noté con sorpresa en la revisión del estado de la cuestión sobre el activismo pro-aborto en Argentina que existe una notable omisión en la bibliografía del activismo lésbico en esta causa (Zurbriggen y Anzorena, 2013; Peralta y Burton, 2016; Santarelli y Anzorena, 2017; Santarelli, 2017; Zurbriggen, Vacarezza, Alonso, Grosso y Trpin, 2018). Incluso en el extenso libro de investigación sobre la historia de la lucha por el aborto en Argentina, *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo* (Bellucci, 2014) que cuenta con más de quinientas páginas, no se dedica ningún apartado específico a las contribuciones lésbicas en este campo de lucha. Sugiero que esta omisión refuerza un prejuicio que asume que las feministas (entendidas como cis heterosexuales) y el colectivo LGBTTTQ tendrían intereses diferentes: mientras que las primeras se ocupan de temas como el aborto y los femicidios, el segundo grupo se aboca a temas como el matrimonio igualitario y los travesticidios, como si no hubiera una solidaridad entre los reclamos o como si cada movimiento sólo tuviera legitimidad en los reclamos sobre los que tiene

protagonismo “exclusivo”. En un artículo de Tabbush et al. (2016), por ejemplo, las autoras sostienen que lo distintivo de la política sexual de la Argentina entre 2003 y 2015 es la tensión entre el avance de la agenda de derechos de la diversidad sexual (con leyes como la de matrimonio igualitario e identidad de género) y los esfuerzos frustrados del feminismo por legalizar el derecho al aborto, división que legitimaría una separación artificial entre los movimientos, ignorando las experiencias de lesbianas, bisexuales y varones trans que se ven afectadas por la falta de acceso al aborto, así como de feministas que se benefician de los derechos conquistados por la comunidad LGBTTTQ.

Pero esto no es todo. Al explorar las páginas web de los distintos colectivos feministas socorristas en Argentina, observé que la referencia a las lesbianas se limita a considerarlas como “aliadas” en el activismo feminista a favor del aborto. Se plantea la idea de que “las feministas” (entendidas mayormente como feministas heterosexuales) lideraban la lucha, mientras que el colectivo lésbico y LGBTTTQ “acompañaba” este reclamo. Con esto, se silencia en la genealogía del socorrismo y de las líneas telefónicas de información sobre aborto en Argentina un antecedente fundamental: el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2018). Este colectivo fue el responsable de lanzar la línea telefónica “Aborto: más información, menos riesgos” y compilar el manual *Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas*, el cual fue ampliamente utilizado por los colectivos dedicados al socorrismo que nacieron en la segunda década de los dos mil. Además, fueron quienes llevaron adelante con su activismo la consigna de “despenalizar socialmente al aborto”, que tanto resonó en el Congreso de la Nación años después cuando se discutía su legalización. Como escribió Verónica Marzano, una de las fundadoras del colectivo, lo anterior implicaba, si no legalizarlo penalmente, al menos: “Desestigmatizar a las mujeres que deciden sobre sus cuerpos, sacarlas del lugar de víctimas y legitimarlas como sujetas que de forma madura deciden sobre sus vidas” (Baruyera, N°6, p. 6).

Ante esta ausencia, mi propósito para este capítulo es destacar la especificidad del grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto y sus aportes fundamentales en el avance de la discusión sobre aborto en Argentina, gracias a los cuales crearon un nuevo marco de acción que transformó las bases para el socorrismo. Este grupo precedió al movimiento nacional de activistas y colectivos feministas que proporcionaban información y apoyo en casos de aborto

con un marco legal y un protocolo de atención meticulosamente planificado –grupos que, mayoritariamente, en el 2012 se unieron en la red conocida como Socorristas en red (Feministas que abortamos)⁹⁹. También es relevante subrayar cómo este grupo compuesto por lesbianas y feministas desafió el discurso predominante promovido por la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito, sacando este tema de clóset en diversos ámbitos sociales, incluyendo hospitales, escuelas, estudios jurídicos, espacios públicos y hasta dentro de las familias más tradicionales, pues lograron instalar el debate en diferentes medios de comunicación masivos.

Para los sectores más conservadores de la sociedad, las lesbianas ya eran percibidas como una amenaza a los valores familiares “convencionales” al interpretar su estilo de vida como una negación de la voluntad de tener hijos, entre otras razones. En este contexto, la aparición de “lesbianas aborteras” afirmaba ese prejuicio fantasmal y multiplicaba el impacto disruptivo e incómodo del lesbianismo. Sin embargo, en mi investigación encontré que las lesbianas que sí querían tener hijos eran casi tan amenazantes para la sociedad como aquellas que no lo deseaban. Según la antropóloga estadounidense Ellen Lewin (1994), la maternidad lesbiana ha sido considerada durante mucho tiempo, y hasta cierto punto sigue siéndolo, como un oxímoron, una contradicción entre los términos “lesbiana” y “madre”, percibidos como irreconciliables. Por un lado, el lesbianismo se interpreta como una renuncia a la maternidad al no involucrar relaciones sexuales con hombres. Por otro lado, Lewin explica que ambos términos representan supuestamente identidades opuestas: la lesbiana se asocia a una sexualidad hedonista e inmadura, mientras que la figura de la madre es vinculada al compromiso, la responsabilidad y el altruismo.

⁹⁹ En el 2012 se formó Socorristas en Red, una articulación de feministas y colectivos en diferentes partes de Argentina que brindaban información sobre aborto con pastillas, acompañaban el proceso y recogían y sistematizaban la información que se juntaba caso a caso a nivel nacional. En esta red se promueve el uso de una “línea telefónica para establecer contacto con las mujeres que quieren abortar usando misoprostol, pero la consejería y acompañamiento se brinda en persona hasta que se complete el proceso” (Drovetta, 2015, p. 131). Como señaló la investigadora Raquel Drovetta, existen antecedentes históricos de grupos feministas que se involucraron en ayudar a las mujeres a acceder a abortos seguros, como ocurrió durante la segunda ola del feminismo. Un ejemplo de esto fue en Italia, donde un grupo de mujeres feministas de izquierda creó el “Soccorso Rosa” en Roma, una organización que “estableció una cadena de apoyo mutuo para realizar abortos quirúrgicos, facilitados por doctores en ubicaciones clandestinas, y la experiencia más tarde se repitió en otras ciudades italianas. En Francia, el *Mouvement pour la Liberté de l’Abortement et de la Contraception* (MLAC) estaba conformado por feministas que en los años setenta crearon redes por todo el país que también incluían a doctores comprometidos y le facilitaban abortos seguros a las mujeres. También aprendieron a realizar abortos ellas mismas” (op. cit., p. 126-127).

Por ello, presento en una segunda instancia en este capítulo a otro grupo que, aunque con objetivos muy diferentes a los de Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, también cuestionó la noción convencional de familia y, al igual que el anterior, presentó sus reclamos aunando el pedido de reconocimiento y redistribución. Me refiero a Lesmadres (2008-2013), grupo que exploró el deseo de la maternidad en el contexto de la sexualidad lesbiana, indagando, además, sobre las oportunidades que se abrían en una era de progresos en tecnologías reproductivas, así como los obstáculos impuestos por las leyes para el reconocimiento pleno de los hijos e hijas nacidos en familias lesbianas y homoparentales. Es importante señalar que Lesmadres también tiene algunos precursores directos, como el grupo de Madres Lesbianas de Buenos Aires nacido en los noventa y conformado por lesbianas que, en su mayoría, habían sido madres en el contexto de relaciones heterosexuales. La investigadora Micaela Libson, en un estudio sobre parentalidades gays y lésbicas, también señala que:

En los años dos mil surgieron agrupaciones de madres lesbianas y padres gays, como Madres Lesbianas Feministas Autónomas, que tuvo sus primeras congregaciones en la organización y asociación civil feminista La Casa del Encuentro, destinadas a ofrecer talleres sobre madres lesbianas desde un relato experiencial y con contenido político. Por su parte, emergieron grupos de reflexión para madres lesbianas y padres gays en la Comunidad Homosexual Argentina y en Puerta Abierta coordinados por especialistas del campo psi. También para los años dos mil, surgieron los grupos Familias Homoparentales Argentinas (FHOA), posteriormente denominada Familias Homoparentales Integradas Argentinas (FHOIAR). (2013, p. 114).

Al analizar estos dos grupos que exploraron la dicotomía entre la “maternidad impuesta” y la “maternidad deseada” desde una perspectiva lesbiana quiero resaltar, en particular, dos cuestiones. En primer lugar, vuelvo a poner de manifiesto la invisibilidad de los movimientos lésbicos dentro de ciertas genealogías feministas “hegemónicas”. Con el fin de contrarrestar esta tendencia, me propongo situarlos en su contexto histórico y local, haciendo una breve referencia al marco legal vigente en ese momento. Esto permitirá entender cómo estos colectivos activistas surgieron, adoptando una posición de exigencia para la expansión de derechos, al mismo tiempo que identificaban lagunas legales donde llevar a cabo sus acciones. Sin embargo, mientras unas luchaban por el reconocimiento del derecho al aborto y otras por el reconocimiento de las maternidades lesbianas y los derechos de los niños nacidos en comaternidad, su impacto no residió en las confrontaciones legales. Lo verdaderamente inquietante para el orden social

establecido era que denunciaban que tanto los abortos como las maternidades lesbianas eran realidades que no necesitaban, como condición de existencia, el amparo de una ley. Su activismo no solicitaba permiso, sino que mostraba sin ambages una situación ya existente que exigía el respaldo legal que asegurara derechos para numerosos sectores: clases populares, varones trans, niñas y adolescentes, entre otros. El derecho a la información y al asesoramiento fueron aspectos centrales en este sentido.

En segundo lugar, reflexiono a partir de los testimonios de las activistas pertenecientes a estos dos grupos sobre una supuesta dicotomía entre el activismo a favor del aborto y el activismo en pro del derecho de las lesbianas a acceder a tecnologías reproductivas. En mi estudio histórico encontré que el movimiento de mujeres y feministas en Argentina ha enfrentado más dificultades para abordar la maternidad que la no-maternidad, que podría relacionarse con su lucha histórica contra la imposición patriarcal del destino biológico reproductivo para las mujeres o con la urgencia de despenalizar el aborto desde una perspectiva de salud pública. Sin embargo, sugiero que abordar los temas del “aborto” y la “maternidad” no se oponen en sus objetivos. Por el contrario, ambos abogan por la autonomía de los cuerpos (de las mujeres, en principio, pero posteriormente también de otras identidades, como lesbianas, varones trans, personas no-binarias, entre otras), así como la desbinarización y desheterosexualización del parentesco. Dicha dicotomía, aunque falsa, ocupó cierto lugar preponderante dentro de una parte del discurso feminista que llegó a acusar a las lesbianas por “querer embarazarse” en lugar de adoptar. Esto, según lo expresado por las entrevistadas, encontró su coherencia dentro de un discurso feminista hegemónico, descrito por ellas mismas como “moralista”, “lesbofóbico”, “victimizante”, “mujerista” y “filo-católico”.

6.1 ¿Desde cuándo las lesbianas tienen algo que ver con el aborto?

No tengo la intención de trazar una cronología detallada de la lucha por el derecho al aborto en Argentina con el breve repaso que propongo a continuación¹⁰⁰. En su lugar, mi objetivo es resaltar ciertas características de un grupo que considero fundamental en la genealogía de Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto: la Comisión por el Derecho al Aborto

¹⁰⁰ Para ver una historia del activismo pro-aborto en Argentina, consultar: *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*, de Mabel Bellucci (2014).

(CDA). También busco poner de relieve la presencia generalmente silenciada de las lesbianas en dicha Comisión. Además, sugiero que quienes conformaron Lesbianas y Feministas... (en adelante, LyF) contaron con una base de experiencia colectiva fundamental que venía consolidándose desde finales de los ochenta, ligada a “sacar del closet” temas controvertidos para la sociedad y llevada adelante por gays y lesbianas, principalmente, en los medios de comunicación. A partir de que LyF recogió la memoria de ese antecedente, ubico a dicho grupo en el cruce entre la historia feminista y la historia del movimiento LGBTTTQ.

La lucha a favor de la legalización del aborto en Argentina se remonta, por lo menos, a los años setenta. Como sostuve en el capítulo dos, algunos boletines y revistas de la época que abordaron de forma favorable este tema fueron *Muchacha* y *Todas* (del Partido Socialista de los Trabajadores), la revista *Sur* (editada por Victoria Ocampo) y *Persona* (perteneciente al Movimiento de Liberación Femenina). Con el retorno de la democracia, otras revistas feministas que expresaron mucho interés en esta cuestión fueron: *Brujas* (editada por el grupo ATEM) y *Alfonsina*, así como revistas nuevas que empezaban a surgir en contextos universitarios y académicos, como *Feminaria*, *Hiparquía* y *Mora* (Torricella, 2018)¹⁰¹.

Como señaló Catalina Trebisacce en su tesis doctoral, la Unión Feministas Argentinas y el Movimiento de Liberación Femenina, además de sostener grupos de autoconciencia en los que aparecían relatadas experiencias de abortos, realizaban actividades especiales por el día de la madre donde discutían los roles sexuales y pedían el acceso a la anticoncepción, aunque sin “[atacar] de fondo el problema de la sexualidad” (2013, p. 177). Este punto fue criticado en su momento por algunas feministas y lesbianas, como Marta Miguelez, Leonor Calvera y Sara Torres, quienes también “se refirieron a la [posterior] Campaña por la Legalización del Aborto como una militancia que no [ponía] en cuestión la sexualidad que generaba la necesidad de abortos” (idem) que, en cambio, es algo que sí se propuso hacer el grupo LyF.

Con el inicio de la dictadura cívico-ecclesiástica-militar en 1976, el activismo feminista experimentó un declive. Sin embargo, en 1977 la antropóloga lesbiana Safina Newbery comenzó a difundir materiales provenientes de Estados Unidos pertenecientes a un grupo que se había formado apenas tres años antes: Católicas por el Derecho a Decidir (Bellucci, 2014). Según la

¹⁰¹ Para consultar las publicaciones y los títulos de cada ensayo con esta temática, consultar Trebisacce (2013) y Torricella (2018).

investigadora Mabel Bellucci, no sorprende el enfoque vanguardista de esta figura tan importante desde el momento en que lideró los primeros esfuerzos de la histórica Comisión por el Derecho al Aborto, manteniendo su identidad católica (2014, p. 298). Bellucci trazó la genealogía del grupo Católicas por el Derecho a Decidir en América Latina, que surgió en 1987 a partir del V Encuentro Internacional de Mujer y Salud celebrado en Costa Rica, logrando establecer su propia sede física en Buenos Aires en 1995. Esta organización retomó a fines de los ochenta la labor iniciada por Safina Newbery al desafiar las interpretaciones más conservadoras y patriarcales de la biblia, por ejemplo, proponiendo una lectura que enfatizaba el encuentro entre el arcángel Gabriel y María, donde éste le solicitaba su consentimiento para llevar al hijo de Dios, en lugar de imponérselo por la fuerza.

Poco tiempo después de que el grupo Católicas por el Derecho a Decidir se hiciera conocer en Argentina, en 1988 nació la Comisión por el Derecho al Aborto (CDA) en Buenos Aires. El año anterior, coincidiendo con la salida del clóset de algunas lesbianas porteñas con la presentación de sus *Cuadernos de Existencia Lesbiana* frente al Congreso de la Nación, se llevó a cabo una mesa sobre aborto en las jornadas de ATEM. Se tituló “Vida cotidiana y hacer político de las mujeres” y estuvo integrada por Dora Coledesky, Susana Sommer, Safina Newbery, Laura Klein y Érica Dummontel (Bellucci, 2014). Unos meses más tarde, en el Encuentro Nacional de Mujeres de Mendoza, estas feministas junto con otras que se unieron, como Laura Bonaparte, Alicia Schejter y María José Rouco Pérez, convocaron al primer taller sobre aborto (en simultáneo, también se organizó el primer taller auto-convocado de lesbianismo). En dicho espacio se difundió una estadística elaborada por médicos y enfermeras del Hospital Muñiz sobre los abortos allí realizados. Según Bellucci, la participación de la Comisión por el Derecho al Aborto a lo largo de los años en los ENM fue crucial para incorporar nuevas integrantes, incluyendo a muchas médicas y trabajadoras de la salud.

La participación activa en espacios de mujeres para unir fuerzas y promover las actividades y la información generada por la CDA se extendió a otros ámbitos, como organizaciones no gubernamentales, foros sociales e incluso a entornos universitarios. Durante los noventa, este colectivo siguió fortaleciendo respaldos y estableciendo alianzas políticas, asumiendo un rol crucial en el ámbito legislativo. Por un lado, a principios de esta década elevaron un proyecto de ley para despenalizar el aborto, el cual fue presentado por mesa de entradas de la Cámara de

Diputados de la Nación en 1990. Por otro lado, llevaron a cabo actividades de cabildeo con el fin de evitar que la nueva constitución que se estaba redactando incluyera la propuesta del entonces Ministro de Justicia de la Nación, Rodolfo Barra, que establecía “el derecho a la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural” (Bellucci, 2014, p. 349).

Posteriormente, el escenario social resultante de los eventos del 2001 fue propiciando nuevas dinámicas para discutir la legalidad del aborto, no ya en los clásicos talleres en ONGs o en instituciones universitarias, sino en la calle (especialmente para aquellas feministas que habían vivido el 19 y 20 de diciembre en algún lugar del Área Metropolitana de Buenos Aires). En ese contexto de principios de los dos mil, “entre el ejercicio de la democracia directa y el rechazo a delegar poderes, se configuraron las relaciones óptimas para armar una gran asamblea que sintetizaba el reconocimiento de experiencias anteriores y preparaba las condiciones hacia un salto cualitativo” (Bellucci, 2014, p. 384). Las integrantes de la CDA, especialmente Dora Coledesky, tuvieron un rol central en lo que fue la creación de la Asamblea por el Derecho al Aborto (ADA) surgida tras los sucesos de diciembre de 2001 en CABA. Esta asamblea fue llevada como dinámica a los encuentros de mujeres, donde encontró gran eco por parte de las participantes. Como señalé en el capítulo tres, el ENM del 2003 en Rosario fue un parteaguas en este sentido, no sólo por la participación en sí misma en lo que fue el encuentro de concurrencia más masiva hasta entonces, sino por los aprendizajes que traían las mujeres y disidencias sexuales del contexto inmediatamente anterior, por el que habían tenido la experiencia de participar en redes horizontales haciendo alianzas con sectores previamente desconectados entre sí.

Después de este encuentro, la Asamblea por el Derecho al Aborto se dividió en dos facciones: una que abogaba por la inclusión de los varones en la lucha por el aborto y otra que se oponía a ello. Entre estas últimas se encontraban los grupos ATEM, El Espejo y Mujeres Libres, (Bellucci, 2014). Estas mujeres y lesbianas se identificaron como el “Grupo Estrategias por el Derecho al Aborto” (GEDA) y fueron las encargadas de organizar un taller sobre “Estrategias para el Derecho al Aborto” en los ENM de 2004 en Mendoza y de 2005 en Mar del Plata. En este taller se logró establecer una red a nivel nacional que incluía a diversas activistas y colectivos con un objetivo común: la legalización del aborto en Argentina. Así, en el 2005 nació oficialmente la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito (en adelante, Campaña) que gracias al

apoyo financiero de Católicas por el Derecho a Decidir contó con la participación de activistas de numerosas provincias (idem).

Entiendo que puede ser un desafío comprender las similitudes entre la Comisión por el Derecho al Aborto y el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, el cual aún no he introducido. No obstante, la razón de incluir esta genealogía aquí es brindar un contexto de lectura que les será útil cuando lleguen al apartado sobre Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto. Entre los aspectos que sugiero que fueron retomados por LyF de este grupo antecesor se encuentra, en primer lugar, la multiplicidad y diversidad de espacios a los que las integrantes de la Comisión por el Derecho al Aborto llevaron la discusión, abarcando áreas legislativas, sanitarias, educativas y culturales. Mabel Bellucci (2014) señaló, por ejemplo, cómo a partir de 1989 la Comisión empezó a participar en la convocatoria feminista del 8 de marzo, llevando consigo sus revistas para vender. También subrayó las charlas que promovían en barrios marginados y en centros culturales, la recolección de firmas para su anteproyecto de ley, así como su participación en eventos organizados por la Facultad de Medicina o el Colegio de Abogados. Además, a finales de la década del ochenta iniciaron un programa de radio abierta para abordar con el público-transeúnte el debate por el aborto, ubicándose generalmente frente al Teatro General San Martín, según constata la investigación de Bellucci (2014). Esta autora indicó asimismo la existencia de una publicación periódica desde el año 1989, denominada “Nuevos aportes sobre aborto”, la cual adoptó la forma de un fanzine fotocopiado con una periodicidad bastante irregular, evolucionando a un formato de revista a partir de 1994 hasta su última edición en el 2007.

El segundo punto compartido por LyF, según sostengo, fue su arduo trabajo militante por desarrollar argumentos especializados a favor del aborto que sirvieran en el terreno legal y médico, aunque posteriormente la creciente presencia del tema en medios de difusión otorgó a dichos argumentos una capacidad de interlocución extendida, propiciando su utilización en conversaciones con la ciudadanía en general. Estos argumentos, además, contaban con estadísticas elaboradas en conjunto con organismos de salud, ayudando a generar datos sobre las prácticas de aborto en hospitales. Es decir, hubo un desarrollo significativo de material especializado, así como también de divulgación y periodístico, enfocado en el aborto. Este esfuerzo por generar información precisa y accesible fue crucial para educar y concientizar a la

población sobre los derechos reproductivos y no-reproductivos, y fue una de las tareas principales que se dio LyF.

Finalmente, destaco su labor en el terreno legislativo, por el que no sólo redactaron un proyecto de ley, sino que en 1994 ejercieron lobby con los constituyentes que modificarían la Constitución Nacional (en alianza con distintos partidos políticos, como la UCR y el Movimiento al Socialismo). En este último caso, el objetivo era ejercer presión en sentido contrario a la que también estaban ejerciendo los grupos católicos, con lo cual adquirieron notoriedad pública en los medios masivos hegemónicos por primera vez (Bellucci, 2014). Además, en el ámbito legal es relevante mencionar que la CDA debatió si su lucha era por la “legalización” o la “despenalización”, prevaleciendo la última postura. Mabel Bellucci, en este punto argumenta que “legalizar encarnaba el rol clásico del Estado, de la corporación médica y judicial como claros dispositivos reguladores de los cuerpos” (2014, p. 327). “Despenalizar”, en cambio, apuntaba a apartar a estas instituciones de poder de las decisiones tomadas autónomamente por las mujeres. En el 2008, el grupo LyF también adoptó esta consigna de la “despenalización” y trabajó arduamente en la redacción de un proyecto de ley que compitió en el congreso nacional con el otro proyecto por entonces presentado por la Campaña Nacional por el Aborto.

Por otro lado, como ya anticipé, destaco la inscripción del grupo LyF en una tradición diferente a la feminista, específicamente, dentro del movimiento LGBTTTQ tal como comenzó a tomar forma en los años noventa. Este movimiento, como se explicó en el capítulo dos, inicialmente unió la lucha activista de la comunidad gay y lesbiana (que posteriormente integró al colectivo travesti y trans) para plantear demandas de inclusión en el ámbito cultural y social, así como de derechos. Estas reivindicaciones se entrelazaron con aquellas provenientes de otros sectores, como los defensores de los derechos humanos, el movimiento de desempleados, el movimiento de mujeres y las trabajadoras sexuales. Este punto es de vital importancia ya que detrás de las peticiones de justicia social, de una mayor redistribución y de la modificación del código civil, así como la eliminación de los edictos policiales, entre otros, no se encontraba el sujeto abstracto del liberalismo solicitando una expansión de derechos para incrementar su libertad. Más bien, eran personas concretas exigiendo acciones políticas desde una identidad sexual disidente, la cual era simultáneamente reivindicada. Esto abarcaba, entre otras iniciativas: la erradicación de la discriminación hacia los miembros de la comunidad LGBTTTQ en ámbitos

como los centros de salud y el trabajo (que tenía repercusiones económicas concretas en la vida de las personas); la rectificación de las desigualdades existentes entre las personas heterosexuales y las homosexuales y travestis en lo que respecta a la libertad de movimiento en el espacio público; la modificación del código civil para que se reconociera la unión legal entre personas del mismo sexo, permitiéndoles disfrutar de los mismos beneficios que las parejas heterosexuales, entre otros. De manera análoga, observé este mismo enfoque en la demanda de Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, que no sólo abogaba por el derecho al aborto en sí, sino que constituía una solicitud explícita y específicamente lésbica para la ampliación de los derechos sexuales.

Debido a esta herencia del movimiento LGBTTTQ, que históricamente puso el acento en la visibilidad, las demandas de LyF nunca fueron sólo amparos judiciales, solicitadas o lobbies en oficinas privadas. Los reclamos tomaban la forma de protestas en las calles y de la difusión de sus discursos en los medios de comunicación de masas. Así como Carlos Jáuregui o Ilse Fuskova se mostraban en la televisión en los noventa resistiendo a las preguntas de los periodistas que buscaban incomodarles, a partir del 2008 las lesbianas fueron a los medios masivos a hablar de aborto, por primera vez con esa franqueza y con una experiencia concreta de activismo para compartir.

Este último punto en común que destaco entre el movimiento LGBTTTQ de los noventa y LyF incluye otro elemento central, que es el papel de la información. Los activistas del movimiento LGBTTTQ han empleado a lo largo de la historia diversas estrategias para difundir sus discursos en la sociedad en general, siempre basadas en la generación y difusión de información. Estas estrategias han abarcado desde el trabajo de cabildeo con políticos, hasta la participación en programas de televisión y radio (tanto independientes como comerciales), pasando por la recopilación de estadísticas en ocasiones en colaboración con organizaciones no gubernamentales, la elaboración de material académico para su presentación en congresos y eventos universitarios, así como la traducción de textos internacionales procedentes de contextos más favorables para la diversidad sexual, o la creación de obras de ficción y su distribución a través de editoriales autogestivas. Estas prácticas fueron retomadas por LyF en el 2008 para asegurarse de contar con una red de aliadas en diferentes sectores que respaldaran su lucha por el aborto,

presentándola en aquel entonces con un enfoque pionero. Respecto a esta actuación en frentes simultáneos para aprovechar todas las ventanas de visibilización, María Luisa Peralta agregó:

Con el aborto se ve la transversalidad de los escenarios de lucha, pero el matrimonio igualitario también es un claro ejemplo de eso. Estaba, por un lado, el proceso legislativo, pero, al mismo tiempo, había gente que movía amparos judiciales para poder casarse o abortar y, además, estaba la cosa mediática y la cosa educativa con les aliades en la Facultad de Sociales, el testimonio de los niños, el testimonio de los familiares, etc. La estrategia [del activismo] de muchos frentes simultáneos en el movimiento LGBT lo hemos hecho siempre, para todo.

6.1.1 Periplo lésbico por la legitimación social del aborto: el activismo cultural de la revista *Baruyera* (2007-2009)

En diciembre del 2004, Rebecca Gomperts, fundadora de la asociación holandesa *Women on Waves* (conocida como WOW por su sigla en inglés), llegó a la Argentina junto a un grupo de activistas que recorrían el mundo en barco para promover la despenalización del aborto. Esta organización había nacido en 1989 y era conocida por las campañas que organizaban a bordo de su buque-clínica en aguas internacionales, en el límite con países donde la práctica del aborto era ilegal. En el buque había un “equipo médico que [asistía] a las comunidades locales con charlas y la distribución de una pastilla de Misoprostol”¹⁰², droga fabricada en origen para tratamientos de úlcera, pero que servía también para interrumpir un embarazo. Verónica Marzano, activista lesbiana argentina, asistió a una de esas charlas y quedó muy entusiasmada con lo que esta asociación proponía en términos de la acción directa y la militancia territorial a favor del aborto, aún en contextos adversos.

Desde el descubrimiento que hizo Verónica Marzano de WOW en 2004, hasta que efectivamente se logró crear Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto en el 2008, lo que ocurrió fue la búsqueda de financiamiento. Aunque Verónica Marzano y su compañera Coco Gonorazky, inicialmente no lograron conseguir fondos para un proyecto activista a favor del aborto, sí obtuvieron respaldo para una iniciativa diferente con un enfoque cultural, arraigada en la larga tradición del activismo lésbico: una revista. Este medio de comunicación desempeñó un papel central al establecer una red de alianzas en torno al tema del aborto, difundir información y compartir diversas experiencias personales y de activismo. Además, la revista

¹⁰² Extraído de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-44690-2004-12-10.html>

permitió darse a conocer en un entorno lésbico y feminista más amplio, trascendiendo el círculo activista.

En el 2007 salió el primer número de la revista *Baruyera –Una tromba lesbiana feminista*¹⁰³. Si bien su inicio estaba marcado por la consecución de un objetivo no revelado a las financiadoras (frente a quienes se postularon con la revista en mano para obtener fondos), *Baruyera* pronto adquirió autonomía del proyecto por el aborto y se convirtió en un importante medio de promoción y generación de contenido cultural lésbico que circuló en diferentes provincias argentinas, así como en varios países de la región. Verónica Marzano y Coco Gonorazky formaron inicialmente un equipo con personas que, en su mayoría, se dedicaban de manera amateur a escribir, ilustrar, traducir y crear historietas, aunque también contaban con algunas profesionales. Participaron de forma más o menos estable: Paula Torricella, Gabi Díaz Villa, Charo Márquez Ramos y Amalia Hidalgo.

Baruyera se proponía intervenir desde la perspectiva del activismo lésbico-trans-feminista en la política y en el imaginario predominante de la época. Abordaba temas como el sexo, el deseo, el cuerpo, las comunidades y los afectos, ofreciendo un pensamiento disruptivo y “disidente a aquel producido en la academia o en otros centros legitimadores del saber”¹⁰⁴. La producción y divulgación de pensamiento lésbico se hizo desde un proyecto editorial caracterizado por el federalismo de las voces incluidas en cada número y por “la proliferación de modos de contactos entre la escritura, la teoría y la organización en el espacio público” (ídem).

La revista era pensada como un particular artificio de visibilidad lésbica. Como escribieron sus editoras en el N° 4, *Baruyera* no entraba ni en la web ni en el closet porque le devolvía a la lesbiana algo mucho más grande: su presencia en la calle y la visibilidad en su accionar cotidiano, que la desenmascaraba en el momento en que las lectoras debían salir a buscar la revista a un quiosco o una marcha, cuando la leían en el colectivo o la dejaban apoyada en la mesa del trabajo.

El primer número fue armado de forma autogestiva. Constaba de dieciséis páginas en blanco y negro, fotocopias en papel, con escasas imágenes y un estilo sobrio en comparación

¹⁰³ Todos los números de esta revista se encuentran preservados y disponibles en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI/UNSAM), dentro del Programa de Memorias Políticas Feministas y Sexogenéricas, *Sexo y Revolución*.

¹⁰⁴ Extraído de su blog, al se puede acceder en el siguiente link: <http://baruyoaldia.blogspot.com/>

con los números posteriores. Incluía entrevistas, ensayos teóricos, una historieta, narraciones en primera persona, una agenda cultural lésbica y recomendaciones de obras de teatro y libros. Los artículos presentados en ese número inicial adoptaron una postura crítica hacia el papel del Estado en relación a las demandas del movimiento feminista y la disidencia sexual. Se sugería que enfocarse en una “agenda de derechos” resultaba contradictorio con la historia del movimiento feminista (Baruyera, N°1, p. 8). Sin embargo, a partir del número cinco se produjo un cambio radical en el enfoque, sosteniendo que era crucial llevar a cabo activismo a través de la legislación y reconociendo conquistas históricas del movimiento gay-lésbico en los noventa en lo relativo a los derechos sexuales (Baruyera, N°5, p. 13). También comenzaron a incluir publicidad del INADI.

A partir del segundo número, *Baruyera* ya contaba con el apoyo económico de Global Fund for Women y del Fondo de Mujeres del Sur. Esto implicó dinero para poder imprimir a color, hacer tiradas más largas, incluir el trabajo de ilustradoras y diseñadoras profesionales, y distribuir los ejemplares en Argentina, así como en Uruguay, México, Chile, Costa Rica y España.

Si bien todos los números fueron escritos desde una postura que reivindicaba la autodeterminación de las mujeres y disidencias sexuales sobre su propio cuerpo, fue a partir del quinto número cuando apareció enunciada específicamente la problemática del aborto. Se incluyó un apartado en la revista llamado “Historias inauditas” con testimonios en primera persona de abortos en Argentina. Este contenido trazaba un eco intertextual con las numerosas campañas del “Yo aborté” que se realizaron en nuestro país desde los



noventa¹⁰⁵ y también durante los dos mil (de hecho, una campaña famosa del “Yo aborté” estuvo motorizada en Argentina por RIMA Web).

De esta revista se publicaron un total de siete números, cada uno de ellos presentando contenidos muy diversos. Algunos ejemplares incluían varias historietas, mientras que otros no lo hacían. El diseño de la portada variaba de uno a otro y en algunos números el índice se ubicaba al principio, mientras que en otros se encontraba al final. Además, los números también defendían posturas políticas contradictorias, pues las editoras invitaban a personalidades de procedencias muy diversas a contribuir con sus escritos. En este sentido, Paula Torricella en la entrevista describió a *Baruyera* como una entidad de identidad “mutante”, ya que cada número se distinguía estéticamente del anterior.

Paula Torricella: El proceso era re lúdico, un juego total. Eran muy divertidas las reuniones. Cada una de quienes formábamos parte de la revista llevábamos la propuesta que queríamos, aunque fueran disparatadas. Por ejemplo, hacíamos juegos en Parque Centenario...una vez a una se le ocurrió hacer un “dado” de la vida lesbiana y así. Después otra propuso alguna vez viajar a Ushuaia, entonces en las reuniones veíamos quién nos podía invitar para que nos pagaran el pasaje y así llevábamos la revista, cosas así. Estaba muy guiada por lo placentero, por las ganas. Además, se trataba de traer la cosa humorística, se hacían viñetas, ilustraciones, se contaban historias.



En *Baruyera* se discutían diversos temas, algunos clásicos debates del feminismo y otros tópicos disruptivos para la época (pero ya abordados por otros colectivos lésbicos, los cuales, en este sentido, fueron pioneros). Entre ellos se incluyeron: el trabajo sexual y las redes de trata, los roles de género y la performatividad, los femicidios (aunque aún no se les reconociera bajo ese nombre) y las mujeres desaparecidas durante la democracia, la promoción de la educación sexual en las escuelas, las maternidades lesbianas, entre otros temas. Además de las publicaciones editoriales y las columnas de opinión redactadas por las propias editoras o por feministas invitadas, cada número de la revista incluía una sección dedicada a las cartas de las lectoras y un espacio abierto para que estas pudieran enviar sus crónicas, cuentos, relatos y poemas.

Baruyera tuvo más de treinta colaboradoras. Algunas de ellas fueron: Adriana Carrasco, Canela Gavrilá, Ana Mines, Silvia Palumbo, Macky Corbalán, val flores, Roxana Longo, Viviana Beker, Gabriela Waisman, Diana Maffía, Mabel Bellucci, Aluminé Moreno, Luciana “Luli” Sánchez, Yuderkys Espinosa Miñoso, Las Pájaras (colectivo lésbico de Mendoza) y el Equipo Desalambrando (Buenos Aires). Aunque inicialmente *Baruyera* no se definió estrictamente como un grupo lésbico, sino más bien como un equipo editorial, rápidamente comenzaron a operar como un colectivo que promovía el lesbofeminismo en las calles. Participaban en las marchas del orgullo y del 8M, así como asistían a los Encuentros Nacionales de Mujeres para repartir la revista y proponer debates incómodos sobre el aborto, al tiempo que organizaban dentro de los ENM actividades específicamente lésbicas (igualmente incómodas).

En colaboración con los colectivos Fugitivas del Desierto y Malas como las Arañas, estos tres grupos fueron los principales impulsores de las convocatorias lésbicas masivas en los ENM, que incluso a mediados de la década del dos mil generaban rechazo entre muchas mujeres. Por ejemplo, se sumaron a la consigna propuesta por el colectivo neuquino de llevar al ENM del 2007 en Córdoba la remera con la inscripción “Potencia Tortillera”. También organizaron para el ENM de Neuquén en el 2008 la llamada “torta-marcha”, una columna dentro de la tradicional marcha que se realiza



anualmente recorriendo la ciudad que le tocó ser sede del encuentro. Esta columna lesbiana contaba con una torta de tres pisos y dos metros y medio de diámetro, hecha con tela naranja muy llamativa, y que un diario neuquino describió como a un “grupo de ‘jóvenes feministas’ llevando el ‘estigma’” (Baruyera, N°5, p. 4)¹⁰⁶. En el 2010, en el ENM de Paraná también organizaron la fiesta “tortiyera” llamada *Pachanga pa'chongas*.

A través de la inclusión, difusión y circulación de la revista *Baruyera* en los encuentros de mujeres, las editoras fueron conociendo a otras activistas y colectivos lésbicos de distintas provincias. A partir de las relaciones que establecieron en esos encuentros, se embarcaron en viajes por todo el país para entregar las revistas, al tiempo que organizaban actividades lúdicas en espacios públicos e intervenían en eventos culturales, ofreciendo nuevas perspectivas para abordar la política feminista a nivel local. Cuenta Paula Torricella en la entrevista:

(...) Vero y Sonia hicieron la revista como una forma de visibilizarse y de sostenerse en la militancia feminista y de diversidad. Yo creo que fue un instrumento, en realidad, para conseguir el financiamiento para Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, que terminó siendo un instrumento muy federal, porque con esa revista iban por todo el país. Sonia era de Salta, así que viajaban mucho ahí y también a Jujuy, iban a los ENM y armaban toda esa red a través de la revista. Tenían la intención de darle la revista a los grupos del interior para que sirviera como una herramienta de activismo. Es como que llegaban a un lugar con una chapa, servía para introducirse, presentarse.

La publicación, que perduró hasta 2009, tuvo un impacto significativo en el activismo y en la vida cotidiana de las lesbianas y disidencias sexuales. La revista se distribuía a nivel nacional, creando una red. Al igual que Safo_piensa años atrás había ayudado a definir la agenda del movimiento, la llegada en formato impreso de *Baruyera* tuvo un efecto similar. Funcionaba como un puente entre el activismo y la vida cotidiana, abordando temas controvertidos y presentando a los lectores diversas voces que no eran representadas en los medios convencionales. También

¹⁰⁶ En el blog Potencia Tortillera se puede leer el manifiesto que escribieron en conjunto quienes participaron de la “torta-marcha”: <https://potenciatortillera.blogspot.com/search?q=torta-marcha>

Este Manifiesto tenía duras críticas al gobierno de la por entonces presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner, así como a eventos lesbofóbicos que estaban ocurriendo a nivel global, como la tentativa de cambiarle el nombre a la isla griega “Lesbos”. Efectivamente, las acciones que unieron a estos tres colectivos, en principio, giraban en torno a la crítica feroz al “gobierno K”. La bandera detrás de la torta-marcha, por ejemplo, rezaba: “Cristina y la iglesia son responsables de la violencia y las muertes por abortos clandestinos”. La ruptura de la alianza afectiva y política establecida entre ellos se produjo cuando *Baruyera* (que, más precisamente, ya había pasado a ser Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto) empezó a incluirse dentro del proyecto político nacional y popular kirchnerista, pidiendo el derecho al aborto como parte de su programa de justicia social.

construía y promovía referencias simbólicas lésbicas importantes, además de representar una parte significativa del consumo cultural de las lesbianas.

La revista editó su último número en julio del 2009, cuando ya estaba iniciado el otro proyecto que les demandaba mucho tiempo: el activismo por el aborto legal y el sostén de la línea telefónica de acompañamiento a mujeres que abortaban.

6.1.2 Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (2008-2018)

Durante el primer año de existencia de *Baruyera*, Verónica Marzano aprovechó para buscar financiamiento y convocar a un grupo de activistas comprometidos con abordar el tema del aborto desde un enfoque innovador en Argentina. Este equipo incluyó a Coco Gonorazky, Ana Mines, Gabi Díaz Villa, María Luisa Peralta, Luciana “Luli” Sánchez, Verónica Macek y Zulema Palma, entre otras. Estas activistas venían con una trayectoria de pertenencia “a espacios autónomos y relacionados con las prácticas populares (...), con una clara posición no institucional y no transfóbica” (Mines et al., 2013, p. 140).

En el período comprendido en ese primer año de la revista también se llevó a cabo la recopilación de información sobre aborto, centrándose especialmente en las experiencias de activismo implementadas en otros países. En este sentido, las capacitaciones brindadas en Argentina por la asociación holandesa *Women on Waves* resultaron fundamentales, así como la formación interna que el grupo mantuvo desde el 2007, basada en una exitosa experiencia de activismo en Ecuador: la “Línea de Información Telefónica sobre sexualidad y aborto seguro, Salud de la Mujer”. Esta última representó la primera instancia en la región latinoamericana de lo que se conocería como “Líneas de Información sobre Aborto Seguro”, que consistió en un activismo situado en países donde el aborto estaba prohibido por ley, donde se implementaron líneas telefónicas a través de las que ofrecían información “sobre cómo interrumpir un embarazo utilizando el misoprostol, un medicamento prostaglandino abortivo que viene en píldoras y que se encuentra en la lista de Medicamentos Esenciales de la Organización Mundial de la Salud” (Drovetta, 2015, p. 124).

Según relató Ana Mines en la entrevista, hasta ese momento la difusión del uso del misoprostol se llevaba a cabo de manera clandestina a través de una guía informativa que circulaba en formato papel. Las activistas argentinas sabían que esta guía había sido elaborada

por la Campaña por el Aborto Legal, pero no llevaba su firma debido a la preocupación sobre las posibles implicaciones legales de divulgar información sobre cómo abortar. También existía otro grupo feminista en el barrio La Boca llamado “De boca en boca”, que difundía información sobre este medicamento y sus propiedades abortivas. En este sentido, el nacimiento de Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto significó un cambio rotundo en términos de la visibilidad que ganó el tema a los ojos de la sociedad: sacaron el aborto del clóset con estrategias que ya habían sido bien probadas en las décadas anteriores por el movimiento LGBTTTQ, las cuales implicaban llevar el debate a la calle y a los medios de comunicación como una forma de llegar a la sociedad en su conjunto. Esta acción las colocó en una posición de vanguardia que implicaba gran exposición en un momento en el que, efectivamente, aún se desconocían los posibles riesgos legales que este trabajo podía conllevar.

Debido a lo expuesto, LyF dedicó un año completo a la preparación del terreno para su lanzamiento público. Esto involucró la realización de una serie de capacitaciones formativas, así como el establecimiento de alianzas estratégicas con médicos, médicas, periodistas, estudiantes de atención primaria, organizaciones sociales, abogados y abogadas, entre otros, creando de esta manera una red que respaldó el proyecto a lo largo de los años. Dicha red colaboró, junto con LyF, en proporcionar información, servicios de atención y asesoramiento legal, así como en visibilizar la línea telefónica de abortos seguros, entre otras formas de apoyo. En la entrevista, María Luisa Peralta agregó:

Hicimos una reunión enorme con gente de la Facultad de Filosofía de la UBA y de distintos movimientos sociales: de piqueteros, estudiantes, de izquierda, etc. Avisamos lo que íbamos a hacer para que hubiera gente que supiera y si pasaba algo, que se movieran. La radio La Tribu también nos respaldó, nos prestó su auditorio e hicimos una reunión con periodistas afines, aliades, antes de presentar la línea para explicarles qué íbamos a hacer, cómo funcionaba el misoprostol, y les dimos material de comunicación e información, tipo: “no es correcto decir esto, digan esto otro”. (...) Después, ya con la línea funcionando, La Tribu prestó las instalaciones y Liliana Daunes con su voz maravillosa hizo unos pequeños spots de radio pasando el número de teléfono.

A finales de 2008 se lanzó oficialmente el grupo Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto que llevó adelante el proyecto “Aborto: más información, menos riesgos”, una iniciativa que revolucionó el activismo al proporcionar información a través de un

medio sencillo que no requería infraestructura, como un teléfono celular, para que las mujeres pudieran interrumpir sus embarazos de manera segura en sus casas.

María Luisa Peralta: Tuvimos que hacer una cosa muy refinada en los asuntos legales para poder posicionarnos. A diferencia de la Campaña que venía con el tema del derecho a la salud, nosotras veníamos con el derecho a la información. Apelamos a un repertorio distinto a lo que era tradicional en aborto. Era un filo delgado. Teníamos las llamadas guionadas para no confundirnos, porque si le decíamos a una mujer que llamaba “hacé esto” te podía caer una denuncia de ejercicio ilegal de la medicina. Entonces nosotras decíamos: “la OMS dice que...”. Nosotras sólo repetíamos lo que decía gente que sí era médica. (...) Por otro lado, había una diferencia muy grande con el feminismo que ha tenido siempre una cosa de mucho rechazo y desconfianza con las cuestiones tecnológicas, en general, y con las cuestiones biotecnológicas, en particular. Las feministas tenían mucha desconfianza de que las mujeres pudieran abortar en sus casas, que con buena información y con buen apoyo lo podían hacer, así como podés embarazarte en tu casa –también si sos lesbiana– y que con muchos más riesgos hay gente que tiene los partos en su casa. La Campaña tenía un discurso más del martirio (...), nos dijeron: “a nosotras ni nos nombren, porque hoy salen con esto y mañana van a estar presas”. Mala onda.

El trabajo de visibilización mediática que llevó adelante Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto requirió de un entrenamiento especial, similar al ensayado en los noventa por organizaciones como la CHA o Gays DC que tenían estudiados los guiones sobre qué decir en los medios. Como en ese entonces, los conductores de TV y radio armaban mesas especiales donde juntaban a alguna integrante de LyF con personalidades religiosas, o enfocaban la conversación en preguntas sobre sus vidas personales, como por ejemplo si tenían o no hijos, en lugar de abordar el tema desde el marco de una problemática social. Contó Ana Mines en la entrevista:

No podíamos no atender a los medios, porque la visibilidad era lo que hacía al proyecto. Pero tuvimos que ir reflexionando en la práctica qué mensaje transmitir y cómo, porque siempre nos querían sentar a que hablemos con gente de la Iglesia, pero ellos no eran nuestros interlocutores. Nosotras queríamos hablar con gente del campo de la salud y de la educación.

La información, en este sentido, ocupó un lugar clave. Además de las formaciones especiales que recibieron de organizaciones internacionales abocadas al tema, debido a su trabajo cotidiano con la línea telefónica, los integrantes de LyF empezaron a volverse especialistas en la temática. A partir del 2010, por ejemplo, este grupo de lesbianas y feministas escribieron artículos académicos junto a un médico tucumano, que fue uno de los redactores del manual de aborto de

la Federación Latinoamericana de Sociedades de Ginecología y Obstetricia (de la entrevista con Ana Mines). Respecto a este último punto, Mines resaltó que el proyecto empezó a:

tener una vida propia, con aristas que no estaban previstas, como el seminario que nos pidieron desde el Centro Cultural de la Cooperación. También nos llamaban de las residencias de la carrera de Trabajo Social y Medicina para que les estudiantes hicieran pasantías con nosotras. Además, trabajábamos con la Asociación De Médicos Generalistas. Ahí fue que decidimos tener también una pata de formación.

Por otro lado, para darle visibilidad al proyecto, LyF se apropió de otros medios de difusión, más vinculados a la micro-política:

María Luisa Peralta: Hicimos estickers de colores con el número de la línea y con eso se enganchó todo el mundo. Lo de los estickers ya lo habíamos probado con Lesbianas a la Vista y funcionaba. Sucede que hay muchas cosas que la gente no se anima a hacer porque le representa mucha exposición, pero pegar un sticker lleva un instante, entonces la gente siente que puede hacer algo activamente y que las expone muy poco. Se engancharon muchas compañeras jóvenes con eso, y también porque nosotras teníamos un discurso mucho más vital, comparado con el discurso de la Campaña más vinculado al martirio: “nadie quiere abortar, todas sufren”. Nuestro mensaje apuntaba a que abortar quizás te permitía tener un proyecto de vida, que podía ser un alivio y no siempre un drama. Es lo que salía muchas veces en el teléfono, las minas te decían “¡qué suerte!”.

Como vengo anticipando, hubo muchas rispideces entre Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto y quienes integraban la Campaña Nacional por la Legalización del Aborto (especialmente de CABA, que es con quienes tenían más altercados porque se cruzaban en actividades presenciales). Luciana Sánchez, abogada integrante de LyF, escribió en una nota periodística que:

Muchas militantes feministas se [aferraban] al aborto como si fuera el último bastión de la heterosexualidad dentro del movimiento de mujeres. Y asimismo exclaman, cuando nos ven llegar: ¡Pero CÓMO! ¿Aquí TAMBIÉN? (...) las lesbianas somos borradas de las campañas y acciones feministas contra el acoso callejero, por la equidad salarial, la inclusión laboral, la violencia institucional, los derechos sexuales y reproductivos. Se nos exige militar en el feminismo pidiendo permiso, perdón y gracias. En 8 años de militancia lesbiana y feminista por la descriminalización del aborto, he escuchado distintos pretextos para esta exclusión: “¿Qué tienen que ver las lesbianas con el aborto?”, “Lesbianas a favor del aborto es una obviedad, nos parece mucho más radical las católicas por el aborto”, “Aborto, lesbianas y descriminalización, todas palabras feas en una misma frase, no van a llegar a ningún lado”. (2017, s/p)

María Luisa Peralta coincide con esta versión:

Si hay algo que me resulta muy problemático es cómo socorristas, en particular, y la Campaña Nacional por la Legalización del Aborto, en general, borran a la línea de LyF de la historia de lucha por el aborto, porque el problema para ellas básicamente es que

éramos un grupo de tortas, porque son heterosexistas (...). El núcleo de pensamiento de la línea era lésbico, pusimos mucha energía en la visibilidad. Nosotras dábamos un número de teléfono, pero, además, íbamos a entrevistas en la radio, en la tele, dábamos nuestros nombres, decíamos qué hacíamos. Y éramos “lesbianas y feministas”, en ese orden. Pero nos dimos cuenta que había un tema con la visibilidad lésbica, porque, de hecho, tenías a una masa enorme de lesbianas trabajando para el paki-feminismo, poniendo tiempo, ideas, contactos, todo, pero la agenda era súper heterosexista. Entonces dijimos: “no, acá estamos en un grupo de lesbianas”. Y eso es lo que les causó tanto rechazo. Nosotras pusimos mucho énfasis en la visibilidad y en la acción directa, al contrario de la Campaña que tenía unos folletitos que daban información del misoprotol, pero ni siquiera tenían firma, no decían “Campaña”. Nosotras, en cambio, teníamos acción directa, salimos con un telefonito a dar otra información.

Pero el hecho de que fueran mayoritariamente lesbianas quienes se visibilizaban en los medios masivos en la lucha por el aborto no era lo único que traía disgusto. El espíritu “desmedicalizador”, autogestivo, popular, “orgullosa” y “visibilizante” que tenía el discurso de LyF acerca de la interrupción voluntaria del embarazo (como describió María Luisa Peralta), difería notablemente de la consigna oficial de la Campaña. Esta última rezaba “Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar y aborto legal para no morir” —que, según LyF promovía un imaginario culposos, mujerista, closetero, clasista y lesbotransfóbico. Desde LyF observaron, a partir de las numerosas llamadas que recibían semanalmente, que las personas que buscaban abortar no eran exclusivamente mujeres, ni todas eran de escasos recursos, ni todas carecían de conocimiento sobre el uso de anticonceptivos, ni todas eran adolescentes, ni todas se sentían culpables por buscar ayuda, y así sucesivamente. Comprendieron que la experiencia de abortar era mucho más diversa y compleja: “escuchábamos todo tipo de historias: había mujeres a las que sus parejas las habían engañado, otras que habían parido hacía muy poco, mujeres casi menopáusicas, de todo” (entrevista con Ana Mines). Otro problema del lema de la Campaña por el Aborto Legal era que:

[Instalaba] en el imaginario que los más de 500.000 abortos que se [practicaban] anualmente en nuestro país [eran] producto de la ignorancia, la pobreza, o la falta de responsabilidad, abrevando de un ideario racista y paternalista-católico, produciendo el borramiento de los deseos, experiencias, aprendizajes, y trayectorias de las mujeres que abortan todos los días. (Mines et al., 2013, p. 140)

Además, abonaba a la idea de que abortar era peligroso, alimentando un fantasma basado en desinformación. Según los datos recabados por el trabajo de LyF, la experiencia de abortos exitosos era la más frecuente, ya que por año sólo el 16% de las mujeres que abortaban

terminaban en el hospital. El reclamo de “aborto legal en el hospital” instalado desde la Campaña desconocía y menospreciaba un saber obtenido por las mujeres de clases populares, quienes desde hacía más de treinta años habían descubierto que el misoprostol era una medicación abortiva eficiente. El pedido de intervención médica desconfiaba de cierto modo de las prácticas reales de las mujeres que efectivamente abortaban en sus casas y que tenían el conocimiento suficiente para proceder sin necesidad de hospitalización.

Por otro lado, el discurso de que “ninguna mujer quiere abortar” agregaba a la problemática social y sanitaria del aborto un drama personal y lo convertía en un tema tabú. Por el contrario, lo que mostraban desde LyF era que el aborto podía ser liberador o una forma de planificación familiar:

“Nadie quiere abortar” se parece más a una amenaza hacia las propias mujeres que un argumento político. Lo que se oculta detrás de la sentencia es el deseo de abortar. Se oculta porque parece resultar imposible hacerse cargo de que en la experiencia del aborto hay agencia. (Mines et al., 2013, p. 157)

Y aquí aparece nuevamente la conexión con un activismo que no tiene su origen en el feminismo, sino más específicamente en el movimiento LGBTTTQ: el “orgullo de abortar” vinculado con la visibilización. Verónica Macek explicó en una entrevista que al difundir información sobre el aborto de boca en boca o de mano en mano, se saca este tema del ámbito del “secreto” en el que suele ocultarse. Esto anima a las personas a compartir que han abortado o que forman parte de grupos socorristas sin temor; “podés visibilizar que abortaste y nosotros podemos visibilizar que somos lesbianas: politizar el cuerpo para poder expandir esa decisión y esa información” (Sánchez y Macek, 2013, s/p).

Finalmente, otro punto de diferencia que trajo mutua hostilidad entre LyF y la Campaña fue el sesgo lesbo-transfóbico de la última. El derecho al aborto era presentado por el feminismo heterosexual como “LA decisión sobre el propio cuerpo por antonomasia dentro de las luchas feministas”, olvidándose de otras intervenciones sobre el propio cuerpo como las llevadas adelante por trans y travestis (Mines et al., 2013, p. 157).

6.1.2.1 Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas

Como ya sugerí, el trabajo de atención de las llamadas telefónicas y acompañamiento de abortos seguía un protocolo muy exhaustivo de preguntas, y esto les permitió a las activistas recolectar mucha información. Así, el 21 de septiembre de 2009 presentaron en la legislatura de

CABA el primer informe realizado después de todo un mes de atención de la línea, titulado “Detrás de la Pastilla. Hallazgos y reflexiones a un mes de atención de la línea Aborto: Más información, menos riesgos”. Estuvieron acompañadas por la legisladora Diana Maffia (Coalición Cívica/ARI) y les diputades Rafael Gentili (Izquierda Democrática), María Elena Naddeo (partido Diálogo por la Ciudad) y Francisco “Tito” Nenna (Frente para la Victoria). Verónica Marzano hizo uso de la palabra para:

demandar un mayor compromiso de los legisladores locales, sobre todo, para ampliación, visibilización y respaldo de los servicios de salud sexual y reproductiva; la aplicación de la Ley de Educación Sexual Integral; la prevención y la reducción de daños en materia de aborto; la capacitación de efectores de salud y difusión de información tendiente a disminuir abortos inseguros; la producción pública de misoprostol, entre otros.¹⁰⁷

Se sucedieron otros informes. Dos de ellos fueron presentados en el Senado de la Nación. Uno de ellos llevaba por título “1700 llamadas. 1700 historias. 1700 mujeres... la prohibición como violencia política contra las mujeres”, y al año siguiente se presentó otro titulado “Cómo abortan las mujeres en Argentina. Entre la autonomía y la falta de poder”. En el año 2011 llevaron un documento a la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires titulado “¿Cómo abortamos en la Ciudad de Buenos Aires?”, y en el 2012 presentaron en el Centro de Estudios Legales y Sociales el informe “Las mujeres ya decidieron que el aborto es legal”. Por último, en el 2013 expusieron nuevamente en la legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires el trabajo “En la cama con Macri. Aborto en CABA”. El esfuerzo de recopilación, sistematización y análisis de los datos fue considerable. Fue a partir de este trabajo que se obtuvo, entre otros datos, la información de que el 97% de las mujeres que habían abortado llamando a la línea lo habían hecho antes de la semana catorce del embarazo. En ese momento, la Campaña estaba interviniendo en el Congreso de la Nación para promover la discusión de una ley que permitiera el aborto hasta la semana doce. Por lo tanto, LyF decidió participar en el debate legislativo, aunque no fueron recibidas con agrado:

Nuestra primera sorpresa fue la reticencia de los grupos que realizaban el lobby parlamentario por esta ley para incluirnos en las mesas de discusión y participación dentro del Congreso, luego vendría la decisión por parte de aquel espacio de no oír

¹⁰⁷Extraído de: <http://dianamaffia.com.ar/mas-compromiso-con-los-derechos-de-las-mujeres-menos-muerte-por-abortos-inseguros/>

El informe puede consultarse en: <http://dianamaffia.com.ar/archivos/informe-final-pdf.pdf>

nuestros argumentos basados en la experiencia de 10.000 mujeres. Única experiencia de su tipo. (Mines et al., 2013, p. 151)

Decidieron, entonces, trabajar en un nuevo proyecto que establecía el tiempo gestacional de catorce semanas como el límite para realizarse un aborto voluntario, y fue presentado en el 2010 en conjunto con el diputado Martín Sabbatella del partido Nuevo Encuentro. LyF discutía con las feministas de la Campaña asunciones que eran estigmatizantes para las mujeres y que se veían reflejadas en su proyecto de ley moderado:

Argentina es un raro país donde el feminismo sostiene una ley de abortos más conservadora que un partido político de centro izquierda, democrático y liberal. La imposibilidad de pensar el aborto en el segundo trimestre, creemos, sobreviene a la idea de que no existen mujeres que deseen abortar embarazos avanzados. Esa ficción sostenida desde la imagen machista de la mujer-madre como una mujer vinculada a su hijo inequívocamente desde el amor es fundamental para poder establecer, sin ninguna aparente contradicción, un plazo dentro del cual la mujer pudiera ser “dueña de su cuerpo” y un plazo donde ya pierde esa potestad. (op. cit., p. 152)

Ese mismo año, LyF publicó un manual titulado *Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas*, editado por El Colectivo¹⁰⁸, que tuvo una reedición que salió por Ediciones Madres de Plaza de Mayo en el 2012. Este manual circuló mucho entre colectivos lésbicos y feministas que empezaban a acompañar abortos:

El libro está dirigido a lxs que quieren saber cómo hacerse un aborto con pastillas, y no a lxs que quieren discutir si abortar está bien o mal. Será por eso que se distribuyeron 3.000 en los 2 días del ENM de Paraná, en un año se distribuyeron los 10.000 ejemplares impresos, es el best seller en la historia de las editoriales independientes. Lleva más de 200.000 descargas de Internet, contando sólo las 4 webs que lo colgaron originalmente. En 2012 salió la segunda edición, se lanzó también su versión chilena, y se preparan versiones similares en Perú, Ecuador y Venezuela. Por ser un libro tiene un mayor efecto clandestinizador que la Línea, a saber: la posibilidad de leerlo en grupo, de llevarlo



¹⁰⁸Disponible en:

<https://clacaidigital.info/bitstream/handle/123456789/40/abortoconpastillas.pdf?sequence=5&isAllowed=y>

a sus casas, discutirlo con sus médicxs, mostrarlo en sus clases, etc., facilitando la continuidad de un proceso que des clandestiniza y empodera. (op. cit., p. 153)

En el 2010, Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto se alineó políticamente dentro del amplio campo nacional y popular kirchnerista. Esto trajo rupturas al interior del grupo, donde había integrantes más cercanas a la izquierda partidaria y no partidaria, o al anarquismo. Además, a partir de ese año, por primera vez en su historia se destinó parte del financiamiento para remunerar el trabajo de algunas activistas que, hasta entonces, habían dedicado sus horas de trabajo de manera voluntaria. Sin embargo, conforme el proyecto comenzó a crecer y diversificarse (por ejemplo, con los cursos de formación sobre aborto), la demanda de horas de presencia diaria aumentó debido a la delicadeza y urgencia del tema. Por ello, el grupo decidió incorporar algunos cargos remunerados.

En el 2018 decidieron dejar de atender la línea¹⁰⁹. Sus diez años de activismo fueron sumamente ricos, no sólo por las conquistas a favor de la despenalización del aborto, sino porque ayudaron a construir una praxis feminista situada en la frontera, un activismo que fusionaba la acción directa con la teoría y la información; que forjó alianzas entre movimientos sociales, ONGs y partidos políticos; que hizo hincapié en la diferencia entre la aprobación de una ley y la aprobación social, poniendo un énfasis especial en las transformaciones culturales como el núcleo impulsor de otros cambios; que tenía una base de pensamiento lésbico y trans, sin renunciar a su contribución al movimiento feminista. Como sostienen Mines et al. (2013), LyF sacó el tema del aborto de la clandestinidad porque hablaban de cómo y dónde conseguir las pastillas, sumándose a la militancia testimonial del “yo aborté”, con lo que el aborto quedó afuera “del closet (...) como acto performativo de autonomía: el aborto que no es un drama, (...) no pide permiso ni perdón” (op. cit., p. 146).

6.2 Madre, ¿hay una sola?

Aunque es poco común encontrar relatos de madres lesbianas y padres gays en historias de siglos pasados, esto se debe al ocultamiento forzado de la “condición homosexual” que de forma explícita en el siglo XIX en Argentina fue patologizada (Ramacciotti, Valobra y Riva, 2006;

¹⁰⁹ Luli Sánchez, abogada feminista y referente de LyF, publicó el artículo: *10 años de Lesbianas y feministas por la descriminalización del aborto*, disponible en: https://www.academia.edu/36230358/presentacion_lesbianas_y_feministas_2018.pdf

Figari y Gemetro, 2009). Ya en algunos testimonios de lesbianas nacidas a partir de 1914, recogidos en el libro *No soy bombero...* de Sardá y Hernando (2001), se narran experiencias de mujeres que se enamoraron de otras mujeres que, estando casadas tuvieron hijos y luego iniciaron una relación lésbica. También en las entrevistas que realicé a activistas de décadas posteriores surgió la problemática de aquellas madres que en los ochenta y noventa debían ocultar su lesbianismo en los juicios de divorcio para no ser apartadas de sus hijos e hijas. Asimismo, en las experiencias que recogí de las activistas en la primera década del dos mil, el tema del lesbianismo no apareció como una amenaza para la maternidad, aunque sí se denunciaba el vacío legal en que entraban aquellos niños nacidos dentro de las llamadas “familias diversas”¹¹⁰. Como he afirmado previamente, los derechos no son simplemente textos neutrales y sin ideología, sino que articulan “las concepciones de ciudadano con las creencias acerca de la existencia biológica de los seres humanos en cuanto individuos, hombres y mujeres, familias y linajes, poblaciones, razas y especies” (Trupa, 2018, p. 22).

En Argentina, a finales de los años ochenta y principios de los noventa se manifestaron los primeros pedidos de reconocimiento legal de las parentalidades gays y lésbicas. Estos reclamos surgieron a raíz de la judicialización de casos específicos y del activismo iniciado por la comunidad LGBTTTQ. Dicho activismo estaba particularmente vinculado a la problemática del VIH/SIDA, y también abogaba por el reconocimiento legal de las uniones conyugales en este contexto (Pecheny y De La Dehesa, 2010; Libson, 2013; Hiller, 2017). A principios de la década del dos mil, se sancionó la Ley de Unión Civil en varias jurisdicciones, como la Ciudad de Buenos Aires y ciudad de Río Negro en el 2002, y unos años después aparecieron leyes similares en Villa Carlos Paz, Villa María y Río Cuarto (Libson, 2013). Esta ley reconocía derechos sociales tanto para las parejas heterosexuales como para las parejas gays y lésbicas, entre ellos:

la extensión de la cobertura de obra social o prepaga para la pareja, licencia por enfermedad de la pareja, vacaciones o licencias durante el mismo período, derecho a pensión por fallecimiento del otro/a, acceso a subsidios o pensiones otorgadas por la Ciudad, inscripción en planes oficiales de vivienda y la gestión de créditos en forma conjunta). (Dirección General de Estadísticas y Censos, 2022, p. 2)

¹¹⁰ En este apartado, usaré con el mismo sentido diferentes expresiones para referirme a las maternidades lesbianas, como son comaternidad, familias lesboparentales, familias diversas, parentalidad lesbiana, entre otras.

Sin embargo, no incluía los derechos de herencia y la adopción. En este contexto, la Ley de Matrimonio Igualitario (N° 26.618/2010), junto con la Ley de Identidad de Género (N° 26.743/2012), la Ley Nacional de Fertilización Asistida (N° 26.862/2013) y la reforma del Código Civil y Comercial de la Nación (2015) introdujeron un cambio de paradigma notable al disociar el sexo del género y la concepción de la filiación, así como la procedencia biológica y los vínculos afectivos¹¹¹ (Weston 2003; Trupa, 2018). No obstante, la equiparación de las desigualdades que afectaban a la comunidad LGBTTTQ no se logró de inmediato; por ejemplo, el matrimonio se convirtió en un requisito casi obligatorio para el reconocimiento de los hijos nacidos en maternidad, situación que no aplicaba a las parejas heterosexuales. También hay que destacar que las tecnologías reproductivas utilizadas en Argentina mayormente por parejas heterosexuales y lesbianas, y en menor medida por parejas gays, hasta la sanción de la ley N° 26.862 mencionada arriba no contemplaban el acceso igualitario a las mismas.

Esos recientes cambios en la legislación brindaron la oportunidad de reconsiderar las dinámicas familiares y la noción tradicional de parentesco, especialmente para las lesbianas, entre quienes impactó fuertemente el incremento en el acceso a Tratamientos de Reproducción Asistida. En este contexto, quiero resaltar la diversidad de posibilidades que las tecnologías reproductivas ofrecen a las parejas de lesbianas, creando un entrelazamiento entre lo “artificial” y lo “biológico” que, en lugar de reafirmar este dualismo, lo trasciende. Noelia Trupa escribió en su tesis doctoral que:

Si bien algunas parejas realizan intervenciones sencillas de inseminación artificial con donación de gametas (anónimas o de donante conocido), otras se someten a tratamientos más complejos como el método ROPA (Recepción de Óvulos de la Pareja) que les permite lograr que una de las mujeres de la pareja se embarace a partir de un óvulo provisto por su pareja y fecundado con semen anónimo. En el caso de la inseminación con donante anónimo, si bien sólo una de las mujeres lleva el embarazo, todo el proceso de tratamiento es vivido en pareja, desde los controles y consultas médicas hasta el parto. (2018, p. 60)

¹¹¹ Para leer más sobre las disputas del movimiento LGBTTTQ sobre las llamadas “ciudadanías sexuales” y las “ciudadanías biológicas”, consultar las siguientes tesis doctorales: *Conyugalidad y ciudadanía. Disputas en torno a la regulación estatal de las parejas gay lésbicas en la Argentina contemporánea* (Hiller, 2017), y *Experiencia(s) y Comaternidad(es). Un estudio de caso(s) sobre parejas lesbianas usuarias de Tecnologías de Reproducción Asistida del Área Metropolitana de Buenos Aires durante el período 2010-2015* (Trupa, 2018).

La adopción de las tecnologías reproductivas por parte de las lesbianas generó un replanteamiento, iniciado por las activistas, de las figuras tradicionales de la maternidad, así como una desnaturalización del parentesco. Surgieron términos como “madre biológica”, “madre genética”, “madre adoptiva”, “madre gestante”, “co-madre”, “ovo-madre”, entre otros. Aunque esta diversidad de opciones desafiaba las normas binarias y heterosexuales respecto a los roles, resultaba especialmente difícil desplazar estas nuevas discusiones sobre la “familia elegida” fuera del ámbito biológico al cual médicos, juristas y la sociedad en general tendían a relegarlo (Weston, 2003; Peralta, 2011; Donoso, 2012). La incorporación del concepto de “voluntad procreacional” en la reforma del Código Civil y Comercial fue crucial para subrayar que la maternidad debería ser, en principio, una cuestión de deseo y no de biología¹¹². Esto implicó un salto respecto a épocas anteriores, pues muchas lesbianas, “en lugar de mantener una apariencia heterosexual o sacrificar sus relaciones lésbicas para acceder a la maternidad”, se apropiaron de las tecnologías reproductivas y de las posibilidades legales de la adopción (Donoso, 2012, p. 144).

Anteriormente mencioné que la investigadora norteamericana Ellen Lewis (1994), dedicada al estudio de las maternidades lesbianas desde los setenta, fue pionera al sostener que las nociones de “ser lesbiana” y “ser madre” se percibían como experiencias opuestas a los ojos de la sociedad, observación que ha sido ratificada por numerosas investigaciones posteriores (Pecheny, 2002; Schwarz, 2008; Donoso, 2012; Libson, 2012, 2013; Falguera Ríos, 2018). Lewis destacó la imaginaria contradicción entre la supuesta sexualidad hedonista y promiscua atribuida a las lesbianas, en contraste con la idea de una sexualidad planificada y responsable para aquellas mujeres que eligen la maternidad. Además de esta dualidad, la autora identificó otros elementos que aparentemente contraponen estas dos experiencias. Por un lado, se encuentra la cuestión del “secreto” como un componente fundamental de la identidad lesbiana, el cual choca con la decisión de tener hijos que implica una salida del clóset pública y obligada. Por otro lado, Lewis señala la crítica histórica realizada por el movimiento lésbico y feminista hacia la heterosexualidad, que incluye la deconstrucción de la familia tradicional y del supuesto “instinto maternal”. Este enfoque crítico considera a la maternidad como un obstáculo ideológico impuesto

¹¹² El artículo 562 del nuevo Código Civil y Comercial define el concepto *de voluntad procreacional*, donde se establece que “sólo basta con la voluntad de conformar una familia sin necesidad de que los datos genéticos y biológicos coincidan con los miembros de la familia, es decir, estén presentes en la descendencia” (Trupa, 2018, p. 34).

por el patriarcado, lo que aparentemente genera una contradicción entre ser “lesbiana feminista” y “lesbiana madre”, ya que la sociedad vincula el lesbianismo con la transgresión, la no conformidad y la fluctuación del deseo, mientras que la maternidad se asocia con la tradición, el destino, la incondicionalidad y la biología.

Un trabajo de gran importancia que aborda los lazos familiares contruidos dentro de la comunidad LGBTTTQ es *Las familias que elegimos* de Kath Weston (2003). En relación con la supuesta “incondicionalidad” y solidaridad que se atribuyen a los lazos de parentesco sanguíneo (descritos por la autora como “a-temporales”), su estudio de casos con personas homosexuales y lesbianas mostró cómo muchas experiencias de revelar la orientación sexual en la familia biológica resultaron en rupturas temporales o incluso definitivas de esos vínculos. En consecuencia, Weston concluye que es común escuchar relatos en esta comunidad que describen a sus familias biológicas en términos de “incertidumbre”, “tensión” y “ruptura”, destacando así la naturaleza elegida de estas relaciones y desromantizando su supuesta incondicionalidad y atemporalidad.

En este sentido, resulta interesante cómo la maternidad lesbiana cuestiona las dicotomías de “parentesco sanguíneo” y “parentesco elegido”, “madre” y “lesbiana”, “deseo” y “naturaleza”, revelando sus conexiones y continuidades. Fue el activismolésbico, en particular, el que ha subrayado estos aspectos resaltando la naturaleza reflexiva, táctica, no hegemónica ni esencialista que implica la maternidad en el contexto de una pareja lesbiana (Donoso, 2012; Trupa, 2018). Esto puede ser menos evidente en las parejas heterosexuales, donde aún persisten relatos que relacionan el parentesco con la naturaleza o el “devenir natural” de la pareja, por lo que, en apariencia, hay menos interrogantes en escena.

Con lo anterior, no busco romantizar la comaternidad, sino que considero importante señalar que en una sociedad donde la heterosexualidad sigue siendo compulsiva, la experiencia de una maternidad reflexiva y táctica, como describió Trupa a las maternidadeslésbicas, se vincula más con un acto de supervivencia que con una afirmación de superioridad moral. Como escribió al respecto:

(...) en el contexto heteronormativo en que llevan a cabo su proyecto parental, estas mujeres enuncian la maternidad como un *derecho*, una *elección*, que se conquista y se lleva a cabo cuando tienen resueltas otras prioridades para conformar su familia. Ante un contexto muchas veces de incertidumbre, estigmatización de estas prácticas parentales y obstáculos legales, en muchos casos aparecen ciertos asuntos que estas

parejas se proponen resolver antes de tener hijos/as, como la prioridad de terminar los estudios o tener una cierta estabilidad económica, siendo fundamental también la estabilidad y/o equilibrio emocional. (Trupa, 2018, p. 103)

A continuación, presento el trabajo que realizó el colectivo Lesmadres en Argentina, que tuvo que enfrentarse con varias de estas dificultades relativas a los sentidos dominantes existentes sobre la familia, así como a las disparidades materiales a las que las lesbianas estaban expuestas antes de la modificación del paradigma legal introducida por algunas de las normativas previamente mencionadas.

6.2.1 Lesmadres (2008-2013)

Lesmadres fue un colectivo necesario dentro del activismo lésbico pues retomó una problemática poco abordada desde otros espacios: las maternidades lesbianas. Este colectivo revitalizó la conversación sobre la visibilidad lésbica al centrarse en la familia y los lazos afectivos, ofreciendo una perspectiva que denunciaba cómo instituciones como las educativas, sanitarias y legislativas, que históricamente discriminaban a las lesbianas, también marginaban a sus hijas e hijos, sumiéndolos en la invisibilidad y la falta de reconocimiento. A través de sus acciones y reclamos, Lesmadres desafió y cuestionó la visión predominante que consideraba a la heterosexualidad como la única forma legítima de construir una familia.

Este grupo de acción política, que nació en el 2008, estaba compuesto por madres lesbianas, muchas de las cuales eran activistas junto a sus parejas. Entre las integrantes se encontraban: María Luisa Peralta y Romina Pereyra Silvia, Florencia Gemetro y Gabriela Bacin, Mercedes Momjaime Aguiar y Silvina Massa, Eliana Della Maggiora, Gabriela Campos, Luciana da Silva, Natalia Rodríguez, Paula Llewellyn y Silvia Quintero. Su objetivo principal era lograr una serie de conquistas simbólicas y culturales para el pleno reconocimiento de aquellos hijos nacidos en comaternidad. Como contó María Luisa Peralta en la entrevista, no buscaban derechos para la pareja ni una ley que les permitiera concebir, sino garantizar los derechos y la protección legal de sus hijos ya existentes o por venir. Esto incluía que ambas madres pudieran realizar trámites cotidianos como retirarlos de la escuela, internarlos en el hospital si estaban enfermos y, en casos extremos, asegurar que le niño pudiera heredar en caso de fallecimiento de una de las madres.

María Luisa Peralta: Nuestra agenda fundamental era el reconocimiento legal de las comaternidades. En ese sentido, estudiábamos la situación para saber si lo que había

que modificar era la ley o el nombre de la ley, si era en el Congreso de la Nación o bastaba con un fallo judicial. Nos juntábamos en el INADI, donde trabajaba Mechi [Mercedes]. Por un lado, intentábamos la cuestión legal y, por otro lado, nos dimos cuenta de lo difícil que era conseguir información sobre maternidades lesbianas, así que preparamos un cuadernillo que se llamó “Algunas preguntas que nos hacemos”. Lo imprimimos y lo llevamos a varios lugares, como a la Segunda Marcha del Orgullo en La Plata. Después hicimos otro cuadernillo sobre cuestiones legales, pero lo hicimos circular poco porque a las dos semanas salió la ley de Matrimonio Igualitario y eso cambió algunas cosas. Además, hacíamos talleres de información para tortas sobre cuestiones legales, técnicas, médicas, entre otras. También hacíamos talleres con aliados: pediatras, abogados, docentes, psiquiatras... Te la pasás educando, viste cómo es esto del activismo.

FAMILIAS COMATERNALES



Declarada de Interés Educativo por el Ministerio de Educación de la Nación
Argentina Resolución Nº 307 SE - 18 de mayo de 2011
Primera Edición. Argentina. Mayo de 2011

lesmadres

lesmadres

¿VUELVEN LOS TALLERES DE ACCESO A LAS MATERNIDADES LÉSBICAS?
Compartimos información, experiencias y recursos sobre tecnologías reproductivas, adopción, comaternidad, visibilidad y legislación.

20 de Octubre de 2012 a las 16,30hs.
UTE, Bartolomé Mitre 1984 CABA

Será un espacio exclusivo para lesbianas madres y futuras madres y otros miembros de la comunidad LGTB que quieran compartir información, inquietudes o experiencias. No será un espacio para profesionales, investigadores ni periodistas.

Para más información escribinos a lesmadres@gmail.com
www.lesmadres.com.ar

<http://twitter.com/Lesmadres>
www.lesmadres.blogspot.com
www.facebook.com/lesmadresargentina



A lo largo de su tiempo de actividad, Lesmadres llevó a cabo talleres y charlas destinados a explorar diversos aspectos relacionados con las maternidades lesbianas. Durante estos eventos se compartían experiencias y datos relevantes de lesbianas que se encontraban en situaciones similares, así como la información de contactos de abogados o personal de salud “aliades”, tal como señaló Peralta en la entrevista. Estas actividades abordaron temáticas como las diferencias entre el reconocimiento legal de una hija ya nacida y el proceso de adopción, los derechos existentes que protegían a estas familias, así como los recursos legales disponibles y las tecnologías reproductivas, entre otros temas.

También asistían a los Encuentros Nacionales de Mujeres para visibilizarse como madres lesbianas y participar en el debate sobre diversos problemas surgidos en la intersección entre la legalidad, la discriminación, el acceso a las tecnologías reproductivas y la resistencia conservadora de algunas instituciones como la médica o la educativa a recibir a familias comaternales, entre

otros temas. Sin embargo, según lo expresado por Peralta en la entrevista, se enfrentaron a fuertes manifestaciones de lesbofobia y resistencia por parte de algunas feministas que se oponían a permitirles la entrada a estos encuentros si llevaban consigo a sus hijos varones, aún niños. El tema de la maternidad generaba tensiones ya que, para algunas feministas, la aspiración de ser madre era considerada una construcción patriarcal que convertía la biología en un destino. En contraposición, las integrantes de Lesmadres ponían en primer plano la maternidad abordada en términos de deseo, libertad, proyecto feminista y familia elegida, abriendo nuevos diálogos dentro del feminismo.

En términos generales, durante ese periodo, el debate sobre la maternidad estaba siendo abordado por los feminismos desde la óptica del trabajo de cuidados. Se abogaba por conceptualizar la maternidad como un trabajo no remunerado y estrechamente ligada a la noción de un mandato patriarcal y capitalista (pues la familia así concebida garantizaba la transmisión hereditaria de la propiedad y mantenía las relaciones de producción existentes). Los esfuerzos feministas se dirigían en gran parte a desmitificar y desromantizar la maternidad, reemplazando la palabra “amor” por “trabajo”. Este planteamiento se presentaba como valioso en el contexto de la demanda social de una redistribución más equitativa, definiendo la maternidad como parte de un “contrato laboral” en lugar de considerarla exclusivamente como un deseo o afecto. También se proponía la revisión de los términos utilizados para describirla, abordando aspectos tabúes en lo que respecta a la maternidad, como el aburrimiento, la insatisfacción, el enojo o el resentimiento hacia los propios hijos o la pareja. Sin embargo, la limitación de esta perspectiva radicaba en que aún se conceptualizaba la maternidad desde el cisexismo, la heterosexualidad, la consanguinidad y la monogamia. La maternidad como un vínculo elegido entre personas que no comparten la sangre –como una *afección*, en términos spinozianos– estaba fuera de discusión, al menos, en ciertos circuitos más “mujeristas” y “paki-feministas”, que terminaban siendo hegemónicos.

Por otra parte, surgía la cuestión de las tecnologías reproductivas empleadas por las lesbianas para concebir, lo cual generaba cierta resistencia. En un contexto en el que muchas mujeres comenzaban a cuestionar y/o a prescindir de la institución hospitalaria para dar a luz, sustituyendo la camilla por la piletta en casa, la epidural por la partera, y buscando la mínima

intervención médica posible, la elección de las lesbianas de concebir a través de médicos y medicamentos era percibida como un claro retroceso.

María Luisa Peralta: Yo vengo militando desde hace mucho tiempo el tema de las tecnologías reproductivas y tengo el registro de que las feministas siempre han tenido una mirada sobre eso asociándolo al “encarnizamiento terapéutico”, como que embarazarte es “hacer cualquier cosa para cumplir un mandato patriarcal”. Parten de ideas muy lineales, como si a todas nos cayeran los mismos mandatos, súper heterocentrado ese pensamiento. Las personas LGBT y las comunidades LGBT, vienen de otra tradición, han tenido una relación de más apropiación tecnológica. Por ejemplo, cuando pegó fuerte el VIH, los gays intervinieron en la discusión sobre los medicamentos, fueron interlocutores pares. Se enrolaron en los protocolos de investigación para ver qué cosas eran aceptables y qué cosas no, y para probar la medicación. Era otra actitud, de crítica y de discusión, pero también de apropiación. Lo mismo con las personas trans, quienes a veces mantuvieron una relación con la tecnología muy buena, como viajar a otro país para que te intervenga un médico, y otras veces muy mala, como inyectarse aceite. Pero como sea, hay una decisión de intervenir sobre el cuerpo. Y nosotras como lesbianas también lo tenemos, porque con las tecnologías reproductivas fue lo mismo: tomamos una tecnología que no era para nosotras, no se hizo para nosotras. Primero se hizo veterinariamente y después se adaptó para gente heterosexual con problemas de fertilidad. Nunca pensaron en las lesbianas. Nosotras nos apropiamos y seguimos peleando para que no nos metan en los protocolos de infertilidad. Es una actitud más activa: ver qué sirve y tomarlo. Y también confiar en que podemos hacerlo y que, por otro lado, nunca nadie nos va a tomar en cuenta, y si no lo hacemos nosotres, no lo va a hacer nadie.

Cuando Lesmadres inició su activismo en 2008, las tecnologías reproductivas ya estaban siendo empleadas por parejas de lesbianas, algunas desde finales de los noventa, acudiendo a centros privados que ofrecían tratamientos de fertilización. El trato médico no era homogéneo, por lo que entre ellas se pasaban el dato de qué clínicas eran más “amigables” con la comunidad LGTBTTQ. En ese momento, no existía ningún respaldo legal para las maternidades lesbianas, excepto aquellas obtenidas a través de recursos judiciales. Como resultado, la lesbo-maternidad se desarrolló de manera práctica en experiencias concretas, mediante estrategias de resistencia y redes de contención en entornos adversos, forzando el reconocimiento social a medida que estas familias ganaban visibilidad.

Cuando se debatió la Ley de Matrimonio Igualitario en 2010, a pesar de los beneficios que ofrecía a las familias lesbo y homoparentales, el grupo Lesmadres no llegó a un consenso unánime para respaldar el proyecto. Surgieron dos posturas opuestas: por un lado, algunas integrantes abogaban por la aprobación de la ley, considerando que esto incluiría a les hijes de esas parejas casadas. Por otro lado, estaban aquellas que mantenían una postura crítica desde el feminismo

hacia el matrimonio, cuestionando su origen burgués y la monogamia. Estas últimas argumentaban que el matrimonio no debería ser la única forma de reconocimiento legal para les niñes nacides en comaternidad, al igual que las parejas heterosexuales no necesitan estar casadas para obtener dicho reconocimiento.

Por supuesto, la discusión abarcaba en realidad un espectro más amplio, ya que no se limitaba únicamente al reconocimiento, sino que también incluía aspectos de redistribución.

María Luisa Peralta: Con Lesbianas a la Vista en los noventa tampoco queríamos el matrimonio, sino que queríamos otra figura, la unión civil o los pactos de convivencia, por ejemplo, que era lo había en México, Holanda y Francia. Pero sí queríamos reconocimientos y había una urgencia con esto porque los gays estaban siendo arrasados con el SIDA. Los tipos se morían y sus parejas de hacía veinte años no podían ir a verlos al hospital, no podían tomar las decisiones médicas o se quedaban en la calle porque su pareja propietaria se moría y la familia homofóbica venía a reclamar el departamento. Veníamos pensando mucho el tema de la no-monogamia, queríamos establecer otras tramas vinculares y otras formas de cuidado, apoyo mutuo, sostén que diera cuenta del desarraigo, de que no contábamos con los recursos con los que cuentan los pakis, porque a la mayoría sus familias de origen los habían expulsado. Pero hay una perspectiva de clase que te hace necesitar de esa figura legal, porque en los hogares de lesbianas hay dos sueldos de mujeres –mucho más bajos–, precarización, trabajo informal, etc. Imagínate en los noventa, querías tener obra social o al menos poder tomar las decisiones médicas, y teníamos eso muy presente por el VIH.

El 15 de julio de 2010, durante la votación de la ley las integrantes de Lesmadres permanecieron frente al Congreso de la Nación hasta las cuatro de la madrugada junto a sus hijos e hijas pequeños, aguardando la aprobación. Con la implementación de la Ley 26.618 de Matrimonio Igualitario, las parejas formadas por mujeres que contraían matrimonio obtuvieron la posibilidad de registrar a sus descendientes con ambas como progenitoras, lo que representó un avance significativo en el reconocimiento y protección de los derechos de esas infancias. Dos años después, la Presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner emitió un Decreto de Necesidad y Urgencia (1.006/2012) que posibilitaba el registro como hijos propios de aquellos niños y niñas nacidos antes de la aprobación del matrimonio igualitario. En el 2013, con la promulgación de la Ley 26.862 de Fertilización Asistida, se fortalecieron las redes de familias lesbo y homoparentales, así como el reconocimiento de los derechos reproductivos no-heterosexuales. Finalmente, con la reforma de 2015 al Código Civil y Comercial se subsanaron algunas lagunas legales relacionadas con la parentalidad en el contexto del uso de tecnologías reproductivas, a través de la introducción del concepto de “voluntad procreacional”.

Esos hitos, especialmente las dos leyes promulgadas, tuvieron un impacto más allá del ámbito legal porque lo que lograron fue instalar el debate en la sociedad en general, por lo que hubo personas que por primera vez escucharon hablar de las familias homoparentales, de madres lesbianas solteras o del método ROPA por el que una de las integrantes de la pareja se embaraza con un óvulo de su compañera. Así, otras formas de imaginar el parentesco, la comunidad y las maternidades irrumpieron con más fuerza en el discurso social hegemónico. Sin embargo, como sostuve anteriormente, las maternidades lesbianas no nacieron con esas leyes.

Otro ámbito que trascendió el marco estrictamente legal estuvo relacionado con la recopilación de información y datos estadísticos sobre la población LGBTTTQ. Por ejemplo, en el año 2010, no se contaba con registros de familias comaternales ni homoparentales. Por esta razón, diversos grupos LGBTTTQ, como Lesmadres, buscaron influir en el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) para incluir esta información en el censo nacional programado para octubre de ese año. El objetivo era formular preguntas que abordaran estos datos, considerando las variadas posturas sociales sobre la homosexualidad, el lesbianismo, las identidades trans y sus formas de parentalidad en diferentes provincias de Argentina. Antes del censo, se difundió material específico dirigido al colectivo LGBTTTQ, informando sobre la confidencialidad de las respuestas, la obligación del censista de registrar a las personas travestis y trans con la identidad de género que expresaran, así como el registro de matrimonios entre personas del mismo sexo, entre otros aspectos. Contó al respecto María Luisa Peralta:

Estimábamos que en ese momento había unas trescientas parejas de lesbianas que ya tenían hijos o que estaban con embarazos en curso, o intentado embarazarse. Teníamos cierto trato con el colectivo 100% Diversidad y Derechos, que también era nuevo en ese momento. Carlos Álvarez¹¹³ había comenzado a trabajar en INDEC y había logrado que se incluyera en el censo la pregunta por la afrodescendencia. Entonces charlamos con ellos y les preguntamos si había alguna posibilidad de registrar a las familias homoparentales y comaternales. La interventora del INDEC convocó a una reunión con muchas organizaciones LGBT, a Lesmadres también. Me acuerdo que César Cigliutti¹¹⁴ insistía en que se le preguntara a la gente si era gay, lesbiana, heterosexual, y nosotras sosteníamos que eso estaba mal por todos lados porque se reifican identidades. Ante esas preguntas, la gente se conflictúa. Además, no se usan las mismas palabras en todos los lugares o en todos los estratos sociales, y tampoco en todos los grupos etarios, entonces no es lo mismo preguntar si sos “gay” o “marica”. Aparte, él lo pensaba desde Buenos Aires, donde hay mucho anonimato, pero en un pueblo chico

¹¹³Carlos Álvarez es uruguayo, Secretario General de la Asociación África y su Diáspora.

¹¹⁴Presidió la CHA desde marzo de 1996 hasta su fallecimiento en agosto de 2020. También fue el Secretario General de la Asociación de Personal de la Seguridad Social (APERSES) y estuvo unido civilmente con Marcelo Suntheim.

quizás te censa la vecina, entonces nadie va a decir si es o no gay (...). En esa reunión con el INDEC nos dijeron que en el censo del 2001 nosotres, como movimiento LGBT, habíamos intentado hacer alguna cosita similar a esta, pero al procesar los datos, cuando había dos nombres de mujeres o dos varones viviendo en la misma casa, el algoritmo consideraba que uno era un error y lo cambiaba. ¡Negamiento simbólico, el algoritmo te suprime! Entonces, lo que logramos para el 2011 fue que al menos no se cambiaran los nombres, sin especificar si eran gays, lesbianas, etc. Y, además, si había chicos en común logramos que figuraran...



En el 2013, después de cuatro años de activismo y en un marco de transformaciones legislativas y culturales favorables para las lesbianas y el colectivo LGBTTTQ, Lesmadres como grupo se disolvió.

Capítulo 7. El reconocimiento y la redistribución en disputa

Eso es algo muy bueno que hayamos logrado subir nuestros pisos sociales como para poder permitirnos tener diferencias entre l@s Glttbi. No es malo que haya un movimiento con tendencias muy distintas, con sectores más radicalizados y otros más asimilacionistas. Si podemos permitirnos esas diferencias y los debates que implican, es porque ya no estamos en la situación de parias totales y teniendo que conformarnos con lo mínimo.

María Luisa Peralta, Entrevista “Para verte mejor”

Este capítulo aborda el último período de mi investigación sobre el activismo lésbico en Argentina. En él, presento experiencias vinculadas con el ala más autónoma del movimiento, destacando los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico de 2011, cuyo grupo organizador lanzó ese mismo año el blog *Archivo Potencia Tortillera*, fundamental para esta tesis, y tiempo después organizó dos encuentros llamados “Celebración de las Amantes”. Los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico consistieron en cinco encuentros que buscaron reunir a activistas lesbianas con diferentes trayectorias para reabrir debates similares a los que se habían dado tiempo atrás en Safo_piensa o EspArtiLes respecto a la praxis política lésbica y la producción de saberes feministas, pero, especialmente, fue una instancia para interpelarse como activistas en un contexto socio-político cambiante para el colectivo LGBTTTQ en Argentina.

En cierto sentido, los Diálogos Críticos surgieron como un espacio que planteaba una oposición a lo que había sido la Comisión Organizadora del Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales (ENMLB) de EspArtiLes, que en el 2008 fue criticada por su supuesta orientación “institucionalista”. Al explorar su origen, descubrí un evento precursor: la Juntada de Lesbianas Disidentes realizada al año siguiente del ENMLB, es decir, en 2009 en la provincia cuyana de Mendoza. Se optó por el término “juntada” para evitar la connotación institucional que podría tener un “encuentro”, buscando que fuera algo más informal para reflejar la naturaleza autogestiva y horizontal de la organización. Los colectivos mendocinos Ultravioletas y Vanguardia Queer fueron los anfitriones de la reunión, de la que participaron representantes de diversas provincias, como Las Araucarias (Santa Cruz), Baruyera (CABA), Las Safinas (Rosario) y Malas como las Arañas (La Plata), además de lesbianas activistas independientes, entre las que se encontraban Ana Rubiolo, fabi tron y Canela Gravila, entre otras.

De esta juntada surgió un fanzine llamado *Cuadernos de Disidencia Lésbica* en el que se publicaron textos de las participantes, funcionando como una especie de manifiesto que se continuó durante los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico:

Andarnos por los márgenes nos reunió. Tirar piedras a las instituciones y quejarnos comenzó a ser poco y la necesidad de encontrarnos resultó evidente. (...) Somos lesbianas y disidentes, porque no queremos normar nuestro deseo, nuestro transitar por este mundo a través de las formas políticas institucionales que el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo nos impusieron (...), no creemos en la política gltttbi que pretende darnos unos pesos para que sigamos en las sombras coloridas de la diversidad, mientras hablan de nosotras sin nosotras. (...) No sólo nos nombramos **disidentes** frente a la Unión Civil y la imposición de una agenda de reivindicaciones que corresponden a un asimilacionismo al sistema patriarcal, sino que también **somos disidentes** porque sostenemos la autogestión y porque queremos hilar más fino en lo ideológico y metodológico. Hablamos sobre nombrarnos No institucionalizadas o algo así... (Cuadernos de Disidencia Lésbica, p. 1, 5, resaltado del texto)

Este fanzine fue publicado junto a la reedición del *Cuaderno de Existencia Lesbiana* N°6 (CEL) editado en 1988, inscribiéndose en esa genealogía que retomaba el hilo político lésbico iniciado por Adriana Carrasco, Josefina Quesada e Ilse Fuskova en 1987. A diferencia de los CEL, donde las lesbianas porteñas propusieron un temario del activismo lésbico para todo el país, en el *Cuaderno de Disidencia Lésbica* (CDL) participaron lesbianas de muchas provincias. La elección de incluir el CEL de 1988 se debió a que este cuaderno quedó excluido de la reedición realizada por la Librería de Mujeres en 2008. Además, fue el último cuaderno publicado por el equipo editorial compuesto por Ana Rubiolo, Adriana Carrasco, Julián García e Ilse Fuskova, antes de su disolución. Este cuaderno se gestó a fines de los ochenta, en un momento en el que el activismo lésbico experimentaba una mayor apertura a la visibilidad pública y tenía un programa político de intervención más definido, un “plan de acción”, como lo describió Ana Rubiolo (CDL, 2009, p. 6). Esta activista rememora que el 8 de marzo de 1988 fue un parteaguas porque las activistas lesbianas sintieron que finalmente se había roto el aislamiento de la lesbofobia, tanto interna como social. Redactaron ese número desde la conciencia y la experiencia propia de reconocer cómo cada vez más lesbianas se unían a la lucha y eran parte activa de la marcha del Día de la Mujer. La sensación era que comenzaban a ser reconocidas dentro del movimiento feminista que previamente las excluía. Sin embargo, el crecimiento del movimiento, en lugar de generar una mayor unidad en el grupo editorial, llevó a su ruptura.

En este sentido, sugiero que quienes editaron el fanzine en el 2009 (veintiún años después de la experiencia que relata Rubiolo) intentaron destacar la complejidad de alcanzar consensos en un movimiento en expansión, donde el diálogo y los acuerdos comunes se vuelven difíciles, al igual que las renuncias que a veces son imprescindibles para lograr inclusión. En efecto, la coyuntura política que vivía el colectivo lésbico en 2009 era simultáneamente de apertura y tensión. Aunque hubo un cierto destape en la sociedad en general para discutir la diversidad sexual a raíz del debate sobre el matrimonio igualitario, dentro del movimiento se discutía sobre qué tipo de contrahegemonía se quería construir, cómo abordar la relación con el Estado y cuál era la agenda política más allá de la legislativa. Para muchas, fue un período de definiciones.

Dos años después, quienes organizaron los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico profundizaron esta línea política no-asimilacionista que se identificó como la “disidencia lésbica”. Esta postura expresaba desacuerdo con las políticas llevadas a cabo por el Estado y buscaba reivindicar la autonomía dentro del movimiento LGBTTTQ, que de forma masiva salió a la calle a respaldar la política institucional con el matrimonio igualitario como un punto de inflexión. Los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico explicitaron una postura presente también en otros espacios de la diversidad sexual que se manifestaban en contra de la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (FALGBT). Esta entidad se presentó en el 2005 como una organización no gubernamental y sin fines de lucro que congregaba a distintos colectivos de la diversidad sexual a nivel nacional; fue la que inicialmente orientó sus esfuerzos hacia la legalización del matrimonio igualitario, pero que perseguía también otros objetivos, como la aprobación de una ley de identidad de género, una ley de reproducción médicamente asistida sin discriminación, la implementación efectiva de la educación sexual para la diversidad sexual, la revocación de los Códigos de Faltas que penalizaban la diversidad sexual y la promoción de la inclusión laboral para el colectivo trans.

La Federación LGBT se convirtió en el blanco de críticas por parte del activismo lésbico disidente pues, efectivamente, su agenda estaba predominantemente enfocada en cuestiones institucionales. Si bien la exploración del ámbito legislativo fue, en términos más amplios, una estrategia para cuestionar el amplio campo cultural donde se manifestaban expresiones conservadoras profundamente arraigadas en lo social, los activismos identificados con la “disidencia sexual” no lo vieron así. El pedido de la FALGBT de intervención del Estado y de

organismos públicos en asuntos vinculados a la diversidad sexual afectó a aquellos sectores del activismo que históricamente habían mantenido una impronta más autogestiva y autónoma, forzándolos a preguntarse acerca del papel de su activismo en esta Argentina en transformación.

En los últimos años de mi período de análisis, como mencioné previamente, el activismo experimentó un cambio significativo en un contexto donde los reclamos que antes eran característicos del activismo callejero comenzaron a institucionalizarse progresivamente. Este proceso estuvo notablemente influenciado por la tendencia hacia la construcción de un Estado más inclusivo. No solo había miembros del movimiento LGBTTTQ trabajando en políticas públicas como funcionarios y funcionarias del gobierno de Néstor Kirchner y posteriormente de Cristina Fernández de Kirchner, sino que también existían demandas de derechos que directamente interpelaban al Estado, que dio señales de porosidad.

Además de las leyes ya abordadas en capítulos anteriores, como la Ley 25.673 de Salud Sexual y Procreación Responsable (2002) o la Ley 26.150 de Educación Sexual Integral (2006), se promulgaron otras. En 2008, la Resolución 671/08 de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) reconocía el derecho a la pensión por fallecimiento de una jubilada a quien fuera su conviviente, sin exclusión por motivo de sexo u orientación sexual. En 2009, la Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual incluía entre sus objetivos: “promover la protección y salvaguarda de la igualdad entre hombres y mujeres, y el tratamiento plural, igualitario y no estereotipado, evitando toda discriminación por género u orientación sexual” (Infoleg, 2009). También en ese año se sancionó la Ley 26.485 de Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres, y se aprobó por decreto la Asignación Universal por Hijo para Protección Social. (Es interesante observar cómo estas últimas dos normativas suelen ser interpretadas principalmente como beneficios para las mujeres cis heterosexuales, lo cual no tiene en cuenta que también son derechos conquistados para el colectivo LGBTTTQ. Es importante recordar que en el marco de la Ley 26.485 se prevé la implementación de una línea telefónica de alcance nacional que brinda orientación, contención, derivación y seguimiento ante situaciones de violencia de género, recurso que también utilizan miembros del colectivo de la diversidad sexual. En cuanto a la Asignación Universal por Hijo, como mencioné en el capítulo anterior, sus beneficios también alcanzan a los niños y niñas nacidos en familias no heteronormativas.)

En el 2010 salió la Ley 26.618 de Matrimonio Igualitario, que será especialmente abordada en este capítulo. Ese mismo año, la Ley 26.657 de Salud Mental promovía la “despatologización de la orientación e identidad sexual puesto que prohíbe realizar un diagnóstico médico sobre estas bases” (Asociación por los Derechos Civiles, 2017, p. 92). En 2012, la Ley 26.743 de Identidad de Género estableció el derecho de las personas a ser reconocidas conforme a su identidad de género y a “ser identificadas de ese modo en los instrumentos que acreditan su identidad respecto de el/los nombre/s de pila, imagen y sexo con los que allí es registrada” (Infoleg, 2012). También ese año se hizo una modificación del Código Penal (Ley 26.791) cuyo artículo 80, inciso 4, agregó entre los homicidios agravados a aquel cometido por motivos de género o de orientación sexual, identidad de género o su expresión. La FALGBT “dio su apoyo para la ley, aludiendo al asesinato de Natalia ‘Pepa’ Gaitán en Córdoba en 2010” (Asociación por los Derechos Civiles, 2017, p. 102).

Por otro lado, fuera ya de mi periodo de análisis, pero relevante debido a su conexión con los activismos abordados en la tesis, cabe destacar la promulgación en 2013 de la Ley 26.862 de Reproducción Médicamente Asistida. Esta ley tiene como objetivo asegurar el acceso integral a los procedimientos y técnicas de reproducción asistida para todas las personas mayores de edad, sin importar su estado civil u orientación sexual (Infoleg, 2013). Posteriormente, con la reforma del Código Civil y Comercial en 2014, el artículo 558 incorporó la “voluntad procreacional” como una tercera forma de filiación, además de la relación biológica o de adopción ya existentes, que amplió la noción de parentesco (INADI, 2019, p. 46). Adicionalmente, en los documentos de identidad para recién nacidos se modificó la información del dorso del DNI, sustituyendo los nombres de la madre y el padre por la expresión “hijo/a de”, lo cual permitía incluir de manera indistinta a una madre, un padre, dos madres o dos padres. En el 2016, la Defensoría del Público presentó la “Guía para el tratamiento periodístico responsable de identidades de géneros, orientación sexual e intersexualidad”, proporcionando herramientas para un tratamiento informativo inclusivo de las diversas identidades de género. Esto contribuyó a ampliar el marco de las representaciones que, históricamente, ha sido un campo de disputa para el movimiento LGTTTQ. Finalmente, en enero de 2021 entró en vigencia en todo el territorio nacional la Ley N° 27.610 de Acceso a la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE).

Con la enumeración de esas leyes, mi interés no es destacar la normativa en sí ni los objetivos a los que apuntaban. Más bien, busco enfocarme en lo que las leyes no anticiparon y

que, en términos generales, sugiero que promovieron por primera vez un diálogo más inclusivo con la sociedad hacia el movimiento LGBTTTQ. Como expresó Bruno Bimbi, quien fue secretario de Prensa y Relaciones Institucionales de la FALGBT, no se trató solo de las leyes, sino de un proceso “que consiguió que la discriminación por razones de orientación sexual se volviera políticamente incorrecta” (2014, p. 113). Además, sostengo que los avances en visibilidad y derechos alcanzados por numerosos miembros del colectivo LGBTTTQ, que establecieron un nivel básico de seguridad social, propiciaron la emergencia pública de los diálogos internos que se producían en el movimiento, así como sus divergencias y posiciones encontradas. Estas diferencias ya no necesitaban ser disimuladas para mantener la fachada de un colectivo unificado; por el contrario, fortalecieron al movimiento al dar consistencia a diversas demandas mediante la pluralidad de voces.

Pero no fue solo eso. Después de años de tensiones, demandas y, posteriormente, de esfuerzos conjuntos entre el colectivo LGBTTTQ y las iniciativas estatales (que asumieron al Estado como responsable de garantizar un tejido social con inclusión de las sexualidades disidentes) también afloraron experiencias que reconfiguraron la posición social del colectivo LGBTTTQ en la narrativa histórica. Como apuntó el filósofo francés Michael Pollak (2006), existen *memorias subterráneas* que resisten en silencio al exceso de los discursos oficiales o hegemónicos hasta que, en algún momento, esos recuerdos traumáticos encuentran el momento propicio para ser expresados. Además del blog-archivo Potencia Tortillera nacido en 2011, en el 2012 se creó el Archivo de la Memoria Trans, resultado de un trabajo de recopilación y preservación de material que recorre casi todo el siglo XX. Otra experiencia que resurgió como una memoria subterránea e inscripta en un relato colectivo es el caso de la travesti Valeria del Mar, quien estuvo secuestrada en el centro clandestino Pozo de Banfield y, a partir de 2013 fue la primera querellante en la causa por delitos de lesa humanidad cometidos en ese centro entre 1976 y 1977 (Bulletini, 2023, s/p). Diez años después, en el 2023 en una audiencia histórica “para el proceso de juzgamiento de los represores de la última dictadura (...) cinco integrantes del colectivo travesti trans, sobrevivientes de secuestros, torturas y violaciones en el Pozo de Banfield, dieron testimonio ante el Tribunal Oral Federal 1 de La Plata” (ídem). Su denuncia tuvo un valor crucial, no solo porque visibilizó hechos aberrantes en pos del debido enjuiciamiento, sino porque al narrar su vivencia personal

contribuyó a la construcción de una memoria social que complejizaba los relatos sobre las desapariciones forzadas durante la dictadura.

En este sentido, es necesario subrayar el impacto que tuvo el discurso de derechos humanos promovido durante el kirchnerismo y las políticas de ese gobierno a favor de la diversidad sexual sobre un reclamo que no era novedoso pero que vio aumentar su visibilidad pública en los últimos años: la memoria del colectivo LGBTTTQ y sus “400 desaparecidxs” (Theumer, Trujillo y Quintero, 2020). Como escribió el sociólogo Santiago Insausti sobre la presentación del libro donde él aportó un capítulo sobre los cuatrocientos homosexuales desaparecidos:

Mi texto vio la luz en un libro publicado en mayo del 2015, en un contexto complejo e impredecible un año antes: en las vísperas de las elecciones presidenciales que inaugurarían un retroceso en las políticas de memoria que había habilitado el kirchnerismo y la re-emergencia de posiciones negacionistas encarnadas en diferentes funcionarios del gobierno de Mauricio Macri. (...) En este marco, el haber sido víctima de la persecución durante la última dictadura otorgaba al colectivo LGTB legitimidad a sus demandas y argumentos para exigir diferentes —y merecidas—reparaciones. Ahora agregaría otra cosa. Luego de la promulgación de las leyes de Matrimonio Igualitario en el año 2010 y de Identidad de Género en el 2012, invadió al movimiento una justificada sensación de victoria junto a una urgente necesidad de recordar. (2021, s/p)

Se retomó, así, una línea de lucha inaugurada por Carlos Jáuregui en su libro *La homosexualidad en Argentina* (1987), donde por primera vez se cruzó el tema de la diversidad sexual con los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura cívico-militar. Allí escribió:

Es muy difícil precisar si alguna persona desapareció a causa de ser homosexual. No hay información ni —desgraciadamente— la habrá nunca. Como sabemos, los asesinos se cuidaron de borrar el mayor número de huellas posible. Pero el convencimiento íntimo nos llevaba a creer que entre los miles de compañeros desaparecidos, víctimas del terrorismo de Estado, debía haber, cuando menos, algunos centenares que fuesen homosexuales. El dato estadístico no es oficial, no figura en el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas Nunca Más, pero uno de los integrantes responsables de la CONADEP afirma la existencia de, por lo menos, 400 homosexuales integrando la lista del horror (Jáuregui citado en Insausti, 2015, p. 13).

Esta línea de investigación y de reconstrucción histórica fue tanto bienvenida como resistida al interior del movimiento LGBTTTQ. Adriana Carrasco (quien en su entrevista me encomendó que no la describiera como “activista lesbiana” sino como “militante peronista”)

expresó su desacuerdo con esta postura, porque para ella es un grave error mezclar la represión policial que hubo antes y también después de la dictadura hacia las travestis, gays y lesbianas, con el Plan Cóndor y la persecución a militantes revolucionarios.

Adriana Carrasco: Es cierto que la policía bajo jurisdicción del Ejército convirtió algunas comisarías en centros clandestinos de detención y ahí mezclaron detenidos. Eso fue por desprolijidad de la policía y por sus propios métodos para infundir terror a la población. En el caso de quienes hoy llamamos LGBT, el tema era sacar a esa gente del espacio público para liberar las calles de elementos indeseables a la vista de las familias y para sostener la doble moral, que era la moral que pretendía establecer la dictadura para toda la población. En el caso de las travestis, la persecución fue despiadada porque al sobrevivir, la mayoría, de la prostitución, no podían salirse del espacio público y sufrieron la represión policial bajo las formas de la dictadura. (...) La policía siempre nos persiguió porque es su función proteger el catolicismo, la propiedad privada y la transmisión de la herencia, pero el Plan Cóndor era otra cosa (...). Hay que reflexionar, separar los tantos, pensar qué queremos militar y defender. Podemos defender las dos causas, no es necesario sacrificar una de las dos. Parecería que mezclando defendemos las dos. Pero no, es al revés. Mezclando sacrificamos la causa peronista revolucionaria.

Este posicionamiento es interesante porque supone una doble conciencia de lucha, de clase, por un lado, y de identidad sexual, por otro, asumiendo que no por ser dos formas de subalternización comparten una historia común de opresión. Sin embargo, no es mi objetivo adentrarme en esta postura que fue compartida por muchos más activistas, sino que considero que la reivindicación de les 400 desaparecidas es de gran importancia porque “debe ser [considerada] como [un instrumento] de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales” (Pollak, 2006, p. 30). El pasado traumático de las desapariciones forzadas con el que se identificaron en el último tiempo personas del colectivo LGBTTTQ abrió nuevas preguntas que funcionan como posibles hipótesis hacia “nuevos regímenes de historicidad” (Rousso, 2015, como se citó en Theumer et al.). Como escribieron al respecto les investigadores Theumer, Trujillo y Quintero:

[la] cifra icónica, la de lxs “400 desaparecidxs LGBT” o la de “¡30.400 presentes!”, no persigue un sentido meramente aditivo, involucra más bien un movimiento de doble hélice: desmonta los presupuestos heterosexuales que anidaron buena parte de las memorias colectivas así como los cortes periodizantes con los que la historiografía del pasado reciente interceptó la “recuperación” democrática. (2020, p. 56)

Por otro lado, también la historia de las Marchas del Orgullo (que se celebran en la Ciudad de Buenos Aires desde 1992) experimentó transformaciones significativas en la década del dos

mil a partir del nuevo entramado entre activismo-instituciones. Atribuyo este cambio, en parte, al respaldo público que las instituciones estatales dieron a dicho evento y a legislaciones que ampliaron el diálogo hacia sectores antes asociados con posturas más conservadoras. La expansión geográfica fue el primer indicio de cambio, evidenciado por las marchas del orgullo que se inauguraron en diferentes provincias y ciudades: Salta (2003), Rosario (2006), Córdoba (2009), Mendoza y Neuquén (2010), Tucumán (2011), Entre Ríos (2016), Formosa (2017) y La Pampa (2019). Un segundo impacto fue el aumento considerable de participantes. La marcha inaugural en 1992 congregó cerca de trescientos asistentes de la comunidad LGBTTTQ en el Congreso de la Nación, mientras que en 2023 se informó de casi un millón de personas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Agencia Presentes, 2023). Además, en 2019 se generó una discusión pública acerca de la asistencia de personas heterosexuales en la marcha (Carrasco, 2019, s/p). Lo novedoso no fue tanto su presencia ya que, según resaltó María Luisa Peralta en la entrevista, les heterosexuales venían participando desde hacía años en la marcha del orgullo. Lo destacable fue la necesidad de resaltar que diversos sectores respaldaban los derechos LGBTTTQ, hecho que adquirió importancia considerando que dos años antes, el entonces presidente Mauricio Macri había impedido la instalación del emblemático escenario frente al Congreso. Un fenómeno similar ya se había observado en 2010 durante el debate sobre la modificación del matrimonio civil. En esta ocasión, no solo el movimiento de la diversidad sexual abanderó la causa de la ampliación de derechos, sino que, quizás por primera vez en diferentes provincias, personas fuera del movimiento hicieron público su apoyo como heterosexuales al colectivo LGBTTTQ.

7.1 Bicentenario con igualdad: el debate por el matrimonio y algo más

Hoy somos una sociedad un poco más igualitaria que la semana pasada... Yo estaba con los mismos derechos y había cientos de miles que habían conquistado los mismos derechos que yo tenía. Nadie me había quitado nada y yo no le había sacado nada a nadie. Al contrario, le habíamos dado a otros cosas que les faltaban y que nosotros teníamos.

Cristina Fernández de Kirchner, *Sinceramente*

La lucha por la reforma del matrimonio civil ya estaba en marcha muchos años antes de que la ley fuera finalmente promulgada en 2010. Incluso durante la crisis del VIH/SIDA en los años noventa se debatió sobre el “estatus legal y la cobertura social de las parejas no casadas y homosexuales” (Pecheny, 2005, p. 150). A principios de la década del 2000 también se realizó

mucho activismo a favor de este tema, pues se implementaron diversas estrategias para abordar legalmente esta cuestión, mayormente centradas en hacer visible la demanda en toda la sociedad a través de los medios de comunicación masiva, tal como lo había hecho históricamente el movimiento LGBTTTQ. Además, se probaron diferentes vías institucionales.

En el 2005, el diputado Eduardo Di Pollina del partido socialista presentó un primer proyecto de modificación del Matrimonio Civil, con apoyo de otros espacios políticos como Afirmación para una República Igualitaria-ARI, Partido Encuentro y la Izquierda Unida. Este proyecto perdió estado parlamentario, por lo que en 2007 volvió a presentarse “ya con la firma de veinte legisladores y contemplando un espectro político más amplio, con la inclusión de integrantes del partido gobernante, el Frente para la Victoria” (Hiller, 2017, p. 160). Ese mismo año, Vilma Ibarra, quien era candidata a senadora por el partido Encuentro Popular y Social presentó un proyecto similar, que al año siguiente fue presentado en la Cámara de Diputados por Ariel Basteiro. También en 2008, el INADI presentó una propuesta que tuvo mucha visibilidad porque sucedió “en uno de los salones de la Cámara de Senadores con la participación de activistas españoles, legisladores y la presidenta del INADI” (ídem)¹¹⁵. Finalmente, el proyecto que fue aprobado es aquel presentado en 2009 por la diputada Silvia Augsburger, del bloque socialista.

En simultáneo, existieron iniciativas que proponían alternativas al concepto tradicional del matrimonio, tales como el concubinato, el partenariado o incluso la Unión Civil, pero con la intención de que fueran reconocidas a nivel nacional (Hiller, 2017). A esto se añadió la presentación de recursos legales por parte de parejas que buscaban contraer matrimonio ante el Registro Civil y enfrentaban negativas, respaldadas por el apoyo legal e institucional de la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans. Este enfoque estratégico en el

¹¹⁵ Les activistas españoles que presenciaron la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario en su país en 2005, durante el mandato de José Luis Rodríguez Zapatero del Partido Socialista Obrero Español, desempeñaron un papel activo en la campaña para la legalización en Argentina. Compartieron estrategias de acción y realizaron actividades de lobby. Pedro Zerolo, activista del PSOE, también contribuyó como experto en la redacción de la legislación en Argentina. Por otro lado, les activistas argentines sintieron que tenían oportunidades reales de lograr la aprobación de la ley después de que un país de tradición católica como España, similar a Argentina en este aspecto, promulgara la legislación, como contó en la entrevista María Rachid. En Argentina, la Iglesia Católica fue una de las voces más prominentes en contra de la legalización. No obstante, adoptaron un discurso “políticamente correcto”, expresando que no se oponían a los nuevos derechos adquiridos por la comunidad LGBTTTQ, sino que resistían que fueran equiparadas jurídicamente con las familias heterosexuales (Hiller, 2010).

ámbito judicial tenía como objetivo destacar la demanda y generar visibilidad en los medios de comunicación. Como sostuvo Bruno Bimbi:

En ese sentido, el debate de la ley fue inclusive más importante que la ley. Y la estrategia política y comunicacional de la Federación LGBT sirvió para que fuese así. Desde el primer día, cuando fuimos con María [Rachid] y Claudia [Castro] al Registro Civil de la calle Montevideo, en la ciudad de Buenos Aires, para que les dijeran que no, que no se podían casar, y poder llevar el reclamo a los tribunales para, con un recurso de amparo, llegar un día a la Corte Suprema, todo fue pensado para instalar el debate en la sociedad. Elegimos el día (14 de febrero [de 2007], Día de los Enamorados), la forma de hacerlo (teatralizando en el propio Registro Civil una escena nunca antes pensada en Argentina, que mostraba la posibilidad del casamiento entre dos mujeres), las protagonistas (no fue casual que las primeras fueran dos mujeres y no dos hombres, y que fueran ellas, porque hacía falta que se tratara de activistas con formación, bien preparadas para representarnos en los medios, como no fue casual tampoco la elección de las siguientes parejas que presentaron sus amparos). Elegimos también ir simultáneamente a la justicia, al Congreso y al Poder Ejecutivo, presionando a la vez a los tres poderes del Estado, aprovechando el contexto político que el kirchnerismo había instalado y buscando siempre a los medios de comunicación y a los referentes públicos, sobre todo del arte y la cultura, como aliado. (2014, p. 118-119)

Por otro lado, en los medios de comunicación se difundían experiencias de activistas que contrajeron matrimonio en España y posteriormente llevaban su demanda de reconocimiento a Argentina, como fue el caso de César Cigliutti, ex presidente de la CHA, quien se casó con su pareja Marcelo Sutheim (Hiller, 2017). Además, las consignas a favor del matrimonio igualitario eran visibles en la televisión ya que se incorporaban a las marchas del orgullo y, durante las elecciones, los candidatos y candidatas eran entrevistados por miembros de FALGBT para conocer su posición al respecto. Bruno Bimbi comentó al respecto:

cuando la Federación Argentina LGBT decidió lanzar, en 2007, una campaña nacional por el matrimonio igualitario, lo hizo no solo por la importancia de los derechos materiales concretos que el matrimonio reconoce (herencia, pensión por viudez, patria potestad compartida de los hijos, adopción conjunta, seguridad social, derechos migratorios, beneficios impositivos, etc.) que, sin duda eran importantes para la vida de miles de personas, sino fundamentalmente porque estábamos convencidos de que el debate social que la posibilidad de ruptura de la exclusividad heterosexual traería era fundamental para derrotar la hegemonía del discurso homofóbico. Lo que se puso sobre la mesa no era, apenas, una disputa por el derecho a casarnos, sino la oportunidad de producir un cambio radical en la percepción social sobre la homosexualidad y otras diversidades de índole sexual; un cambio cultural que también transformaría, como consecuencia, las relaciones sociales (Bimbi, 2014, p. 118)

Como anticipé, el proyecto de ley que modificaría los artículos del Código Civil que especificaban que el matrimonio se consumaba exclusivamente entre un varón y una mujer fue impulsado en el 2009 por la diputada Vilma Ibarra del partido Nuevo Encuentro, y Silvia Augsburger del bloque Socialista. La Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans fue la vocera oficial del reclamo que pondría en igualdad de condiciones ante la ley a las parejas de personas del mismo sexo con las heterosexuales. En todo el país hubo colectivos que apoyaron y acompañaron el proceso con diferentes grados de involucramiento: desde la afiliación a la FALGBT, la participación en mesas de debate televisadas, actos de visibilidad en la esfera pública, organización de jornadas de concientización y marchas, la junta de firmas, hasta la concentración en diferentes plazas del país hasta las primeras horas de la madrugada el 15 de julio de 2010, día en que la ley se aprobó.

La extensa sesión en el Congreso Nacional fue transmitida en vivo por los medios de comunicación, que cumplieron un papel muy importante durante todo el proceso respecto a la visibilización del tema, tanto porque reforzaron los valores tradicionales de la familia nuclear –alineándose con el discurso de la Iglesia Católica– como por la audibilidad que les dieron a los discursos que abogaban por la ampliación de derechos¹¹⁶. El territorio de disputa entre ambas posiciones era el imaginario cultural de lo que era posible a nivel vincular, evidenciando que aún existían desigualdades en el reconocimiento pleno de la ciudadanía de aquellos que no se atenían a las normas sexuales tradicionales o a los vínculos afectivos y familiares socialmente aceptados como convencionales. Con el debate sobre el matrimonio no sólo se habló de parejas gays o lésbicas (y la inclusión de la figura no binaria “contrayentes”), sino de configuraciones maternas de más de dos personas, de homoparentalidad, de trias, de las redes afectivas de la comunidad travesti, entre otras.

María Luisa Peralta: Lo que logró el debate fue masificar la presencia LGBT, masificar su visibilidad y también la visibilidad de las personas cis-heterosexuales que nos apoyaban. El paradigma fue el diputado que dijo que tenía un hijo gay, porque él representó a toda una cantidad de gente que llamaba a las radios, incluso gente de los medios, que se visibilizaban como heterosexuales-cis que apoyaban las demandas del movimiento LGBT.

¹¹⁶ Para profundizar en el debate legislativo sobre la ley de matrimonio igualitario, leer tesis doctoral de Renata Hiller (2017): *Conyugalidad y Ciudadanía. Disputas en torno a la regulación estatal de las parejas gay lésbicas en la Argentina contemporánea*.

Esos apoyos también fueron expresados por profesionales convocados a las reuniones de Comisión en el Congreso de la Nación, donde médicos, científicos sociales, abogados, especialistas en derecho de familia y constitucional, docentes, psicólogos y antropólogos, entre otros, manifestaron argumentos científicos y técnicos a favor (y también en contra). Mónica Santino contó en la entrevista que los argumentos en contra de la ley no eran nuevos, por el contrario, eran muy parecidos a los que se sostuvieron a fines de los ochenta para negarle la personería jurídica a la CHA. Según la investigación de Renata Hiller (2017), las universidades privadas como la Universidad Austral o la Universidad Católica Argentina presentaron informes donde se sugería la inviabilidad de la modificación de la ley, mientras que universidades públicas como la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de La Pampa, y una mayoría de investigadores e investigadoras del CONICET defendieron la iniciativa. Por supuesto, los argumentos no provinieron solamente de la academia o de campos especializados, sino que el activismo cumplió un rol destacado.

La iniciativa de la ley contó con el apoyo del Frente para la Victoria, partido oficialista, si bien a su interior hubo legisladores que votaron en contra del proyecto. Los números estuvieron peleados: en la Cámara de Diputados, el proyecto obtuvo 126 votos a favor, 110 en contra y algunas abstenciones; y en la Cámara de Senadores el texto adquirió estatuto de ley el 15 de julio de ese mismo año, con 33 votos a favor, 27 en contra y 3 abstenciones. La estrategia de la FALGBT de iniciar el camino institucional con esta ley tan discutida dio sus resultados positivos, pues la sociedad en general dio muestras de cierta receptividad hacia la temática LGBTTTQ. Así, dos años después se aprobó la ley número 26.743 de Identidad de Género¹¹⁷, que en la votación en la Cámara de Senadores consiguió respaldo de todos los bloques, siendo aprobado con 55 votos a favor y una sola abstención.

¹¹⁷ La ley de Identidad de Género fue promulgada el 12 de mayo de 2012. La FALGBT tuvo una participación importante a favor de la promoción de esta ley, junto al Frente Nacional por la Ley de Identidad de Género. Dicho frente estuvo conformado por: ALITT (Asociación de Lucha por la Identidad Travesti-Transsexual), la Cooperativa “Nadia Echazú”, Hombres Trans Argentinos, Movimiento Antidiscriminatorio de Liberación (MAL), Futuro Trans, Encuentro por la Diversidad (Córdoba), MISER, Antroposex, Viudas de Perlongher, Jóvenes por la Diversidad, Escénika Arte y Diversidad, Cero en Conducta (Santiago del Estero), ADISTAR-Salta, Comunidad Homosexual Argentina, Apid, Crisálida (Tucumán), Ave Fénix, AMMAR Córdoba, y otros activistas independientes. Extraído de: <http://frentenacionaleydeidentidad.blogspot.com/>

7.2 La “disidencia”: la base de la agenda autonomista

Tener interlocutores es más importante que tener derechos.

Libreria delle donne di Milano, *Non credere di avere dei diritti*

El debate sobre el matrimonio igualitario y la identidad de género fueron instalados en la agenda pública y legislativa gracias al activismo que el movimiento LGBTTTQ consolidó en la década del dos mil, pero que venía apostando por transformaciones institucionales y adquisición de derechos desde los ochenta. Sin embargo, como ya mencioné, el colectivo LGBTTTQ no es homogéneo, por lo que hubo experiencias concretas de activistas que vieron como una amenaza esos cambios institucionales que tuvieron efectos inesperados sobre algunas dinámicas del activismo llamado “autónomo” o “disidente”, que hasta entonces sólo reconocía una relación de reclamos y enfrentamiento con el Estado.

En gran parte de las entrevistas realizadas, surgió una fuerte crítica hacia cómo la agenda estatal prevaleció sobre la agenda propuesta por el propio movimiento social. Además, observé una tendencia a explicar la disolución o dispersión del movimiento LGBTTTQ, posterior a la aprobación de las leyes del 2010 y 2012, como resultado de la nueva presencia de las instituciones públicas en un ámbito que antes era exclusivo de los activismos. Sin embargo, se hace necesario distinguir entre dos agendas que convivieron. No se trató simplemente de una agenda estatal frente a una del movimiento social, sino más bien de una agenda co-construida entre algunos sectores del activismo y organismos del Estado, y otra planteada desde el ala más autónoma del movimiento LGBTTTQ, la cual buscó asumir la representatividad del “activismo en la calle” en contraposición al activismo institucional. Es en el contexto de esta tensión que surgieron los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico (en adelante, DCAL) que buscaron retomar los ejes de (des)articulación del activismo y reflexionar sobre el movimiento desde su interior.

La crítica que motivó estos encuentros fue descrita en cierta medida como una forma de “disidencia lésbica”. Aunque se dirigía principalmente contra el matrimonio igualitario, su enfoque no era uniforme. Algunas participantes criticaron la homogenización que experimentaba el colectivo LGBTTTQ a partir del tratamiento de la ley, mientras que otras dirigieron sus críticas hacia el asimilacionismo que sacrificaba el espíritu combativo, provocador y subversivo que

históricamente caracterizó al movimiento LGBTTTQ. En este mismo sentido, hubo críticas hacia el discurso que sostenía que la justificación moral del matrimonio entre personas del mismo sexo se basaba en el “amor”, expresado en el lema de la campaña de la FALBGT: “El mismo amor, los mismos derechos, con el mismo nombre”.

Otra crítica frecuente se centraba en la creciente institucionalización del movimiento de lesbianas. Esto se debía tanto a la intervención de actores externos, como el INADI, en cuestiones de la agenda lésbica, como a la participación de las propias activistas en organismos estatales. Se cuestionó la reducción del discurso activista a un lenguaje legislativo, expresando así la resistencia a que la agenda del colectivo LGBTTTQ fuera determinada “desde arriba” por el Estado. También hubo críticas a la deshistorización del movimiento, donde algunos sectores institucionales atribuyeron el éxito de la ley exclusivamente a la militancia kirchnerista, obviando la larga tradición de lucha de la diversidad sexual por la ampliación de derechos en Argentina. Además, se acusaba al gobierno de turno de llevar a cabo “pinkwashing”¹¹⁸, estrategia mediante la cual buscaba obtener una imagen positiva en la opinión pública sin respaldar verdaderamente los derechos y la igualdad de la comunidad lesbiana y de otros grupos subalternos. Se le reprochaba al Estado la adopción superficial de la bandera LGBTTTQ que funcionaba como un mero “lavado de cara”, al tiempo que las instituciones continuaban persiguiendo a otras comunidades no legitimadas, ya fuera por razones raciales, religiosas, clasistas o sexuales.

Asimismo, el matrimonio igualitario era objeto de críticas al ser considerado una institución patriarcal. Se argumentaba que el activismo a favor de esta causa no podía ser catalogado como feminista. Esta línea de argumentación se sumaba a las críticas al capitalismo y a su modelo de producción basado en la familia nuclear reproductiva y en la homonormatividad neoliberal. También se señalaron las nuevas jerarquías creadas por la ley 26.618 dentro del colectivo LGBTTTQ, al otorgar derechos exclusivamente a parejas monogámicas lésbicas y homosexuales, dejando de lado a personas poliamorosas, no binaries y a las travestis.

A pesar de las diferencias, un punto ampliamente compartido entre les participantes en los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico fue que el debate legislativo eclipsó otras cuestiones

¹¹⁸ El *pinkwashing* es una expresión en inglés que podría traducirse como: “encubrimiento rosa” o “lavado rosa”. Refiere a las estrategias que provienen tanto del mundo político como del mercado a través de las cuales se asocia a una persona o un producto con la bandera y valores que enarbola el colectivo LGBTTTQ, para que sea percibido como progresista, inclusivo o moderno.

cruciales en la agenda activista. Temas como la violencia que enfrentaban las lesbianas en entornos institucionales como la escuela o los consultorios médicos, así como la urgencia de desarrollar paradigmas amorios distintos, desvinculados de la propiedad y la exclusividad, quedaron en segundo plano. La crítica principal se centró en el hecho de que durante el mismo período en que se discutía la ley de matrimonio, ocurrió el asesinato de Natalia “Pepa” Gaitán por motivo de su lesbianismo, destacando su condición específica de torta masculina y pobre. El hecho ocurrió un 7 de marzo de 2010 en un barrio periférico de la provincia de Córdoba, cuando Daniel Torres (el padrastro de la novia de “Pepa” Gaitán) cometió un crimen de lesbo-odio que desde el activismo se nombró como “lesbicidio”. María Luisa Peralta describió este acontecimiento como un punto de inflexión en el activismo del momento, pues generó gran conmoción:

Las lesbianas no estamos habituadas a ser asesinadas por lo que somos. Las travestis sí. Los gays también, aunque en menor medida. Las mujeres sí, de manera espeluznante. Las lesbianas no. Soportamos diariamente todo tipo de violencias, pero muy ocasionalmente nos asesinan por ser lesbianas. Es más frecuente que nos violen, que nos peguen, que nos insulten, que nos patologicen, que nos nieguen, que nos invisibilicen o que el machito de turno pretenda usarnos como medio para demostrar su grandísima hombría “convirtiéndonos”. (2011, p. 7)

Varios colectivos lésbicos del país se unieron para expresar su repudio, entre ellos Ultravioletas, Baruyeras, Lxs Safinas, Primorosa Preciosura, Malas como las Arañas y Cruzadas, así como numerosas lesbianas independientes. Los reclamos y manifestaciones dieron origen al *7M, Día de la Visibilidad Lésbica*, celebrado anualmente en cada vez más ciudades del país¹¹⁹. En 2013, la Federación Argentina LGBT, con la colaboración de La Fulana y les activistas de la Mesa Nacional por la Igualdad, desarrollaron un proyecto de ley para presentar en la legislatura porteña. En este proyecto se estableció que el 7 de marzo sería oficialmente el Día de la Visibilidad Lésbica, incorporándose esta fecha al calendario escolar. La ley también compromete al poder ejecutivo de la Ciudad de Buenos Aires a llevar a cabo actividades de visibilización y prevención de los

¹¹⁹ Según el registro que aparece en el blog Potencia Tortillera, en el 2021 se hicieron actos por el 7 de marzo en las siguientes ciudades: Bahía Blanca, Junín, Tandil, La Plata, Virrey del Pino, Ramos Mejía, Lomas de Zamora, San Isidro (Provincia de Buenos Aires); San Martín (Mendoza); Trelew, Puerto Madryn (Chubut); El Bolsón, Allen, Bariloche (Río Negro); Santa Rosa (La Pampa); Tucumán; Sáenz Peña, Resistencia (Chaco); CABA; Posadas (Misiones); Río Cuarto (Córdoba).

crímenes de odio contra lesbianas y bisexuales durante esa semana. La ley fue aprobada con el número 4.577¹²⁰.

A pesar de esto, la tragedia del 2010 no recibió una gran cobertura mediática y el movimiento feminista no se organizó ese año para respaldar a la comunidad lésbica. Actualmente, persiste una mayor participación de lesbianas en el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo, en comparación con la asistencia de feministas heterosexuales en el Día de la Visibilidad Lésbica. La pregunta que lanzó un ala del movimiento lésbico al resto de la comunidad LGBTTTQ fue: ¿Cómo nos beneficia el matrimonio si seguimos enfrentando la posibilidad de ser víctimas de violencia debido a nuestra orientación sexual?

7.2.1 Diálogos críticos del Activismo Lésbico

Los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico fueron organizados en el 2011 por las activistas María Luisa Peralta (Provincia de Buenos Aires), Canela Gravila (La Plata), Gabriela Adelstein (CABA), val flores (Neuquén) y fabi tron (Córdoba), quienes se conocían de experiencias colectivas previas, como los Encuentros Nacionales de Mujeres, el Encuentro Nacional de Mujeres Lesbianas y Bisexuales, RIMA Web y Safo_piensa.

El deseo de convocar nuevamente a un espacio de diálogo político entre lesbianas surgió a principios de 2011 durante un debate en la Librería de las Mujeres de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con motivo de la presentación del libro sobre Carlos Jáuregui de Mabel Bellucci (*Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política*, 2010). Durante este encuentro, varias participantes se entusiasmaron al discutir la situación actual del movimiento lésbico en Argentina. Entre las presentes se encontraban exintegrantes de la lista de correos Safo_piensa, así como activistas que habían participado en intentos anteriores de articular el movimiento de lesbianas, como EspArtiLes. Sin embargo, estas experiencias anteriores habían concluido porque, según algunas entrevistadas, estos espacios eran caóticos al intentar abordar la diversidad bajo la supuesta “identidad lesbiana”, construida como un amplio paraguas que no lograba contener las diferencias ideológicas.

¹²⁰ Para ver el proyecto completo: <https://falgbt.org/efemeridesloc/>

Aprendiendo de esas experiencias pasadas, las organizadoras de los Diálogos Críticos decidieron aportar un nuevo criterio para la convocatoria. Esta vez, buscaron reunir a lesbianas y bisexuales con afinidades políticas específicas, es decir, personas que se sintieran interpeladas por el discurso de la llamada “disidencia sexual”.

Gabriela Adelstein: Mabel Bellucci organizó la presentación de su libro e invitó a todas las activistas lesbianas que se le pasaron por la mente, de cualquier extracción y militancia. Se dio todo un intercambio entre activistas, había algunas que hacía muchísimo que no nos veíamos. Había gente a la que yo odio, gente a quien adoro... Cuando salimos de la presentación, Ilse Fuskova me agarra y me dice: “esto ha sido maravilloso, encontrarme con todas estas compañeras que no veo hace años, y gente tan valiosa, tan querida, lo tenemos que hacer de nuevo y vos lo tenés que organizar”. Yo me quedé pensando. Entonces, le escribí a gente que había ido y con quien yo sentía más afinidad: María Luisa Peralta, fabi tron, val flores, Irene Ocampo y Pauline, las últimas dos al final no quedaron. Empezamos a mandarnos mails y a organizar un conversatorio que finalmente llamamos como Diálogos Críticos del Activismo Lésbico. Nos definimos así, como una “afinidad política y afectiva”, no es que conformamos un grupo. El objetivo era tener un espacio de activismo e intercambio, preguntarnos como activistas qué estábamos haciendo, qué queríamos hacer, para dónde... Y vino todo el mundo, parece que era necesario el encuentro.

En la entrevista, María Luisa Peralta describió a esa “afinidad política y afectiva” como un grupo muy queer en sus lecturas, compuesto por lesbianas que venían de un:

activismo más revulsivo y disidente, que retomaba una genealogía que venía de los ochenta, noventa, cuando éramos un movimiento de liberación sexual. Pero después pasamos a ser un movimiento de derechos civiles... Bueno, hasta ahí, ponele. Pero pasamos de eso a ser el movimiento del amor de San Valentín. En los noventa estábamos con el tema de los edictos policiales, nuestro reclamo era que se clausuraban los saunas y los cines porno gay. Esa era nuestra agenda: sexo en público, liberación sexual, BDSM. Por eso, las políticas de liberación sexual del movimiento LGBT siempre fue uno de los puntos de choque con el feminismo y su “moralina”, y más desde el 2015 para acá, cuando empezó a operar una descalificación de la historia política del movimiento LGBT porque se lo mezcló con el movimiento feminista. Dicen “mujeres y disidencia”, ¿pero cuál disidencia? ¡Cómo les cuesta nombrar lo sexual! Nosotras [con los Diálogos Críticos] retomamos esa tradición más revulsiva y crítica.

Su testimonio concuerda con lo manifestado por Gabriela Adelstein, quien señaló que la razón detrás de la convocatoria no era la identidad, sino las *prácticas*. Por lo tanto, la afinidad afectiva y política que se buscaba con los DCAL surgía de la disidencia sexual, del desacuerdo con la discusión meramente legislativa del activismo y de la crítica hacia feminismo hegemónico, así como hacia el discurso de la FALGBT y otros sectores LGBTTTQ más institucionales. El objetivo era

desafiar y oponerse a la “normalidad” en todas sus formas, por lo que también se propusieron abrir espacios en el debate generado por la demanda del matrimonio igualitario y fomentar diálogos entre lesbianas de diferentes regiones de Argentina, reconociéndose mutuamente como interlocutoras legítimas con perspectivas diferentes. Además, se propusieron la construcción de conocimientos y memorias a partir del activismo¹²¹, así como la experimentación de formas de pensamiento colectivo que trascendieran los límites del propio grupo. También se planteó la reflexión sobre el uso estratégico de las identidades y sobre cómo manejar las “tensiones y disputas al interior del activismo lésbico sin que implique una jerarquización y legitimación de ciertas voces, cuerpos y grupos, en desmedro o invalidación de otros” (Potencia Tortillera, 2011).

La convocatoria que hicieron desde el grupo organizador invitaba a lesbianas, lesbianas feministas, lesbianas trans, lesbianas queer y bisexuales, con lo que las discusiones que años atrás se habían dado en EspArtiles o Safo_piensa respecto al esencialismo estaban parcialmente resueltas. Los primeros cuatro encuentros se realizaron en Casa Brandon, un centro cultural queer, y el último, en el Centro Cultural Tierra Violeta. En estos diálogos participaron diversos colectivos de Buenos Aires, como Desalambrando, Con-textuadas, Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, La Fulana y Mujeres Públicas. También se sumaron representantes de Córdoba, con el colectivo Bricolaje Sexual; de Tucumán, con Cruzadas; de La Plata, con Malas como las Arañas, y de Rosario, con el grupo Las Safinas. Además, hubo la participación de activistas independientes que no representaban a un grupo en particular, entre ellas Ilse Fuskova, Anita Ro, Lisa Kerner, Vir Cano, Susana Guzner, Leticia Wainschenker, Paula Torricella, Pao Lin, Elsa San Martín, Mariel Simonini, Iris Ortellao, Luciana Guerra y María Gold, entre otras, que residían tanto en la ciudad como en la provincia de Buenos Aires. De manera minoritaria, también se

¹²¹ A partir de este objetivo, y de la necesidad insistente expresada por diversas participantes de los Diálogos Críticos, surgió la propuesta de crear un archivo que pudiera servir como referencia histórica del activismo lésbico en Argentina. Este propósito condujo al grupo organizador a crear el blog-archivo Potencia Tortillera a finales de 2011. La ausencia de un archivo unificado que recopilara información sobre la historia del activismo lésbico se percibía como una urgencia para construir una memoria colectiva. El formato de blog se eligió estratégicamente, permitiendo que todas las personas presentes en los Diálogos Críticos, incluso aquellas que asistieron desde otras provincias, pudieran acceder al archivo desde la comodidad de sus hogares y participar de manera colaborativa al compartir sus propios registros del activismo. Lo único necesario era contar con conexión a Internet. Además, este formato facilitó la rápida creación de un acervo de documentos sin depender de un presupuesto elevado. Dado que la historia del blog fue detallada en el capítulo uno, no se harán más referencias a este asunto en este capítulo.

unieron activistas de otras provincias, como Grisel Juri-Ayub de Mendoza y Natalia Bolcatto de Rosario. Se estima que en cada fecha participaron entre sesenta y ochenta personas.

A diferencia de otros encuentros que describí en capítulos anteriores, aquí hubo una participación mayoritaria de lesbianas que no pertenecían a ningún colectivo y que no necesariamente se identificaban como “activistas”. Este fenómeno sugiere un cambio en la configuración del movimiento de lesbianas, evidenciando una cierta dispersión de lo colectivo y, en su lugar, un mayor énfasis en la narrativa individual de la identidad sexual. Esta tendencia fue objeto de discusión durante los Diálogos Críticos, pero al no tener como objetivo la consolidación de un movimiento de lesbianas, tampoco se estableció una agenda lésbica ni se llevaron a cabo acciones colectivas para abordar problemáticas específicas, como la carencia de espacios grupales para el activismo.

Aunque la “crítica” en sentido destructivo o negativo no fue el común denominador en los Diálogos Críticos, durante estas reuniones resurgieron antiguos resentimientos, especialmente vinculados a la experiencia pasada de EspArtiles. También volvió a surgir el tema del “colonialismo interno” que acusaba a las residentes de la Ciudad de Buenos Aires de monopolizar los temas de la agenda para todo el movimiento. Se puso de manifiesto la persistente disparidad entre los activismos lésbicos de la ciudad capital y los de otras provincias, que carecían de los mismos recursos y visibilidad. En este punto, los Diálogos Críticos se presentaron como una solución potencial a la antigua necesidad de las activistas que no residían en la ciudad capital de reunirse, encontrar interlocutoras y discutir sus experiencias, tal como lo había sido en su momento EspArtiles. Este sentimiento fue expresado por una de las asistentes:

Laura Gutiérrez: Yo soy de Paraná. Allá somos diez en toda la ciudad las que estamos dispuestas a ser visibles, ni digamos militantes. Felicito a las compañeras del grupo Cruzadas de Tucumán por su trabajo, me identifico con ellas desde el silencio que guardan provincias tan conservadoras. Está lleno de tortas allá, pero no se animan a ser visibles. Necesitamos hacer más acciones visibles callejeras. Necesitamos hacer redes para contarnos experiencias, pasarnos recursos. Al menos una vez al año, itinerante, para compartir, está bueno poder tener estas reuniones o un encuentro de todo el país. (Minuta del II Diálogo Crítico¹²²)

¹²²

Disponibile en: <https://drive.google.com/file/d/0BwhIfQse-ZpXZWY0MGQ1MTMTyJNjZC00ZDNkLWlyZmYtYTU1ZTkyMTVjZDZj/view?resourcekey=0-R-FZvzGcU41EOKXVxn> 30Q

A partir de que se expresaron otras experiencias como la del testimonio, afloró la idea de realizar un nuevo encuentro nacional de lesbianas. Este evento llamado “Celebración de las Amantes” se llevó a cabo en el 2012 en Córdoba, eligiendo este lugar como un tributo a la memoria de Natalia “Pepa” Gaitán. Dos años después, se celebró una segunda edición en Rosario. Dada la naturaleza “autónoma”, contrahegemónica y disidente de las organizadoras, se financió a través de recursos propios, de modo auto-gestivo. Además, a diferencia del Encuentro Nacional de Mujeres Lesbiana y Bisexuales organizado en el 2008 por EspArtilles, este encuentro no buscó ser federal, ni nacional y popular, sino “apenas el estímulo para el despliegue de un pensamiento situacional sobre diversos núcleos temáticos que atraviesan la capilaridad de nuestras vidas” (Texto de apertura de la Celebración de las Amantes, s/p) ¹²³. Las organizadoras agregaron que el encuentro se proponía como un espacio impulsado por:

tres entusiasmos: un modo de la política que nos centra como protagonistas, a través de la autogestión económica e intelectual; un modo de pensar lo lésbico que está latente pero opacado por la hipervisibilidad de las políticas de representación institucional y asimilacionista; y un modo del activismo que articula la reflexión con el placer, el deseo y la afectividad como dinamizadores de la praxis política. (idem)

Para subrayar la convocatoria basada en una afinidad afectiva y política, el encuentro se denominó “Celebración de las Amantes. Jornada de orgullo y disidencia lesbiana”, insertándolo en la tradición del pensamiento de Monique Wittig y Sande Zeig, autoras de *Borrador para un Diccionario de las Amantes* (1975), al cual el encuentro rindió homenaje. En este libro, el lenguaje y la experimentación discursiva emergen como herramientas esenciales para concebir nuevos horizontes políticos, aspecto que las organizadoras quisieron destacar:

(...) estamos convencidas de que el lenguaje es una herramienta de conocimiento y de sensibilidad. El lenguaje ordena el mundo conocido y también lo ignorado, delimitando o expandiendo nuestra imaginación. Por eso nos resistimos a entregarle nuestras palabras a la retórica estatal que aplana y despolitiza nuestras existencias y creaciones. Nos rehusamos a diluirnos en las políticas de la diversidad con su lengua despoblada de tensiones y poderes, como así también en aquellos discursos neoliberales que postulan el fin de las identidades al mismo tiempo que siguen usufructuando sus privilegios normativos. (Texto de apertura de la Celebración de las Amantes, s/p)

¹²³ Disponible en: https://drive.google.com/file/d/0BwhlfQse-ZpXMU51LWhiNGtBRmc/view?resourcekey=0-n7i31orwl_fRQs0QOYkAXQ

A partir de las definiciones contenidas en el libro de las autoras francesas, se decidieron tres problemáticas para trabajar: 1. Cartografías del cuerpo lesbiano: narrativas, mapas e itinerarios identitarios; 2. Política lésbica: afinidades, articulaciones, rupturas y formatos del activismo; y 3. Relaciones sexo-afectivas: sensibilidades desheterosexualizadas, placeres abyectos, des-moralización del deseo. En cada eje se invitó a lesbianas y colectivos lésbicos específicos para que discutieran y articularan el debate, invitaciones “tan argumentadas y arbitrarias como en cualquier otro evento” (Texto de apertura de la Celebración de las Amantes, s/p). Además, hubo plenarios, fiestas, movidas callejeras por la visibilidad, muestras artísticas y feria de publicaciones lesbianas, cuir y feministas.

Después de analizar las contribuciones de las diversas participantes que presentaron sus exposiciones en la Celebración de las Amantes, pude notar que la *crítica* era un elemento común en todas ellas. Se criticaba al oficialismo en el gobierno, a la política institucional, a la deshistorización del movimiento por parte del ala institucional del activismo, al matrimonio igualitario percibido como una herramienta de control, a la desmovilización del activismo debido a la permeabilidad estatal a las demandas del colectivo LGBTTTQ, al “personalismo” dentro del movimiento, entre otras cuestiones. La crítica al “institucionalismo” estuvo presente en prácticamente todas las contribuciones a esta Celebración.

En este contexto, llamó mi atención la semejanza entre las críticas surgidas en los eventos de 2012 y 2014, y aquellas que en el pasado dividieron a EspArtiles, acusando de “institucionalistas” y “centralistas” principalmente a las activistas porteñas. Durante la Celebración de las Amantes, las opiniones expresadas por activistas de diferentes provincias respecto al “institucionalismo” mostraban sorprendentes similitudes, a pesar de provenir de contextos políticos locales muy diversos. Esto me llevó a reflexionar que la uniformidad en ese discurso no se originó exclusivamente en experiencias personales compartidas, sino en la adopción de un discurso colectivo centrado, paradójicamente, en la experiencia del activismo en la Ciudad de Buenos Aires. En este sentido, sugiero que las críticas en la Celebración de las Amantes se dirigieron principalmente hacia los cambios en la dinámica del activismo ocurridos en dicha ciudad capital. (Difícilmente una activista de Salta, por ejemplo, podría cuestionar la institucionalización del activismo en su provincia, donde no existían marchas del orgullo ni colectivos autogestivos antes de la legalización del matrimonio igualitario. De manera similar, una

activista santiagueña no podría criticar que las lesbianas ahora ocupen cargos públicos, ya que en su provincia no existían secretarías de diversidad sexual.) Es la Ciudad Autónoma de Buenos Aires la que cuenta con la mayor cantidad de ONGs dedicadas a la diversidad sexual y al feminismo (que compiten discursivamente con los colectivos autogestivos, así como por los recursos), la que tiene la figura legal de la Unión Civil para reconocer a las parejas homosexuales y lesbianas desde el 2002, y la que impulsó con mayor fuerza el debate por la ley de matrimonio igualitario. También fue esta ciudad la que vio transformadas las marchas del orgullo cuya tradición histórica era de convocatoria autogestiva, y la que, en mayor medida, vio a muchas lesbianas utilizar su capital político (forjado en el activismo) desempeñándose como funcionarias públicas. Por tanto, sugiero que esta ciudad y lo que allí ocurría fueron el epicentro de los debates y reflexiones, si bien también se incluyó en el temario otras cuestiones relativas a la visibilidad, las memorias, el erotismo y las comunidades afectivas lésbicas.

Por supuesto, así como ocurrió en otros eventos que congregaron a lesbianas y activistas con diversos orígenes y trayectorias, las críticas también se dirigieron a la misma organización de la Celebración de las Amantes. Entre las principales objeciones que recibió se encontraba el carácter casi académico del formato de presentación elegido por las organizadoras, una dinámica notablemente diferente a la tradicional de los Encuentros Nacionales de Mujeres o al evento de lesbianas y bisexuales organizado por EspArtiLes. También se cuestionó el lenguaje utilizado para nombrar los talleres y en la convocatoria en general, percibiéndolo como “difícil”, “snob” y “elitista”, según describieron varias entrevistadas. Gabriela Adelstein contó en la entrevista que dicha acusación ya estaba presente cuando organizaron los Diálogos Críticos del Activismo Lésbico:

Ya en los Diálogos Críticos había como una división de clases, para abreviar, entre las académicas... Como que había algunas que tenían un lenguaje más difícil y había otras que reclamaban algo más simple, más sencillo, porque no entendían. Había distintos niveles de formación y distintas herramientas intelectuales para enfocar las cosas, y estas divisiones se notaban. Una vez nos dijeron que hablábamos en lenguaje críptico, entonces, nosotras mismas en lo interno nos llamábamos “Diálogos Crípticos del Archivismo Lésbico”.

También se señaló la falta de una libre circulación de la palabra, ya que se establecía una distinción entre “expositoras” y “oyentes”. Las críticas apuntaban a que esta división legitimaba la experiencia de las expositoras, sin permitir la posibilidad de un intercambio que no estuviera

inevitablemente marcado por la verticalidad y jerarquías impuestas por la organización entre las diferentes partes. En la entrevista, María Luisa Peralta (quien fue una de las organizadoras de la Celebración de las Amantes) sugirió que la crítica es frecuente en los espacios feministas, lésbicos y autogestivos. En estos contextos, destacó que existe una percepción de igualdad entre todas las participantes, considerando que todas poseen experiencias igualmente relevantes para compartir, adoptando así un enfoque de relativismo de estilo “new age”. Este fenómeno se ve acentuado por la creciente inclinación narcisista alimentada por las narrativas centradas en el yo propiciadas por las redes sociales. Y agregó:

El objetivo era hacer teoría de la propia praxis y de la propia vivencia, como un punto de partida que también tiene el feminismo. La idea era tener un día y medio de esas tres mesas, escucharnos, y luego dedicar un día a la producción colectiva sobre esos mismos ejes que funcionaban también como introducción de las cosas que se habían leído. Pero hubo muchas críticas, de por qué no nos sentamos en ronda o en el piso, o por qué no circulaba la palabra, nos acusaron de patriarcales... Y yo pensaba: “¿no somos capaces de escuchar a la otra durante veinte minutos? ¿No tenemos nada para aprender de la otra, nada para pensar a partir de su experiencia de vida o militancia? (...) A mí me parecía bien escucharnos, y no que tengamos cada una tres minutos para decir algo y que no se pueda profundizar en nada...

La activista val flores coincidió con lo dicho por Perlata, y agregó:

La idea [con ese formato de exposición] era recuperar las voces y saberes que nosotras [las organizadoras] sabíamos que estaban construyendo lesbianas en algunos lugares. Por eso fue la propuesta de, por un lado, invitarlas a exponer, pero que también esa producción quedara tangible, pensando en cómo los saberes se van transmitiendo (...). No descartábamos la dinámica “taller”, pero queríamos poder reconocer la producción de otras compañeras y que quedara registrado eso. Abrimos la celebración con un documento que tenía un posicionamiento político al respecto. Por eso digo que, para mí, [la base de la Celebración] podría ser pensada como política identitaria, pero había otras cosas que nos articulaban, no era sólo ser lesbianas.

A pesar de las críticas que recibió la Celebración de las Amantes, fue recordada por la mayoría de las entrevistadas con más cariño que el encuentro para lesbianas y bisexuales que organizó EspArtiLes en 2008, si bien la participación no fue tan heterogénea, diversa y federal como sí lo fue en este otro encuentro. Sugiero que la valoración de un encuentro “para entendidas” se debió a que gran parte de mis entrevistadas se identificó más con el activismo autónomo, orientado a profundizar en los debates políticos que traían algunos años de trayectoria dentro del movimiento, en lugar de centrarse en la masividad y la dispersión de reclamos característicos de otros procesos más participativos donde la búsqueda de posiciones

comunes o la integración entre corrientes diferentes le resta, en potencia, rebeldía al movimiento. Esta ala autónoma mostró afinidad ideológica con el discurso promovido por la izquierda partidaria y no-partidaria en Argentina, al cual muchas activistas pertenecieron, caracterizado por cierta búsqueda de “calidad” en la acción, en contraste con la priorización de la “cantidad” (términos que, igualmente, fueron puestos en tensión por las mismas participantes).

Cierro este capítulo con una anécdota memorable: durante la Celebración de las Amantes realizada en 2014 en Rosario participó de forma inesperada Teresa de Lauretis, una teórica lesbiana muy admirada por quienes estuvieron presentes en ese encuentro.

María Luisa Peralta: Estábamos en reunión en una de las mesas temáticas y cae Teresa de Lauretis. (...) Emmanuel Theumer, que es un historiador re cuir, tenía cierto intercambio con ella, que estaba en Argentina... Ahora no me acuerdo si estaba en Santa Fe o Buenos Aires, pero el tema es que no estaba en Rosario. Había venido por un seminario, algo así. (...) Le contaron que estaba la Celebración de las Amantes en Rosario y ella pidió que la lleven. Efectivamente, la traen. Nosotras estábamos en una de estas mesas discutiendo. Ella llegó, se sentó super discreta, como una más, escuchó, y cuando estábamos en la conversación se presentó, super modesta. Pidió la palabra como todas, habló. Le preguntamos cosas, comentamos, y ella estuvo un rato y después se fue. Increíble. Ella estaba muy feliz de que la dejáramos participar, muy par nuestra.

Capítulo 8. *Perelinajes* y el nombre como una práctica de auto-representación

La tremenda producción de las lectoras, que contribuye a la progresiva construcción de la autora y también de sus textos, retorna especularmente. Las unas y las otras. Todas desarman el modelo, generan nuevas identificaciones o las cancelan apuntando a otro modelo, en la lectura o a veces como proceso de autorización de la propia escritura. (...) Hay sucesión, herencia y futuro. Lo han construido juntas, la autora y su comunidad de lectoras (...). Sin dudas yo es también otras.

Diana Bellessi, *La construcción de la autora: una poeta lesbiana*

Como desarrollé a lo largo de la tesis, el activismo lésbico ha hecho un trabajo importante de recuperación, búsqueda y creación de referencias históricas y culturales positivas para las lesbianas, además de alimentar una vasta producción literaria y teórica con narrativas hospitalarias con lo lésbico. También señalé anteriormente, siguiendo a Laura Arnés, que a pesar del profundo desconocimiento que sigue imperando en las narrativas hegemónicas de la historiografía feminista en Argentina, la supuesta invisibilidad de lo lesbiano no es una ausencia en los textos o en la historia, sino que se produce en los “modos de ver y de leer contextuales” (2016, p. 11). A partir de esas observaciones, este capítulo final recupera aquella inquietud respecto a la *representación* presentada como un conflicto, tal como fue apareciendo en las diferentes experiencias de activismo que abordé en la tesis. El objetivo es estudiar las prácticas de nominación de las que se valieron las lesbianas en Argentina para contrarrestar el silencio que impera en torno a su historia y activismo, para lo cual planteo un itinerario con el cruce entre las prácticas discursivas y textuales de los colectivos, y sus genealogías.

El punto de partida para reflexionar sobre las representaciones se encuentra en los *nombres* elegidos por los colectivos para autoidentificarse. Esta elección constituye una puesta en escena en la que lo propio y lo ajeno se entrelazan, pues si bien hubo una cuota alta de creatividad e innovación, también hubo adopción de tradiciones lésbicas existentes. Esas tradiciones, que en el activismo feminista se denominan *genealogías*, aparecen en los nombres bajo la figura de la intertextualidad, la referencia, la alusión y la metáfora. El concepto de

intertextualidad tal como lo adoptaron las investigadoras Yañez y Grasselli para aludir a esa invocación del pasado significativa para el presente que “[produce] palabra colectiva”, es útil para pensar en aquella trama de continuidades entre las activistas del presente y quienes las precedieron, que se convirtieron –en la política feminista– en referencias simbólicas (2018, p. 269). Según estas autoras, la *genealogía intertextual* remite, precisamente, a esa invocación de “las voces de las ancestras en la búsqueda del lenguaje propio” (Yañez y Grasselli, 2018, p. 274) que traza continuidades políticas, teóricas y afectivas.

El flujo y la difusión de teoría, literatura y símbolos lésbicos, facilitados por el trabajo de las activistas, sostuvo a la *intertextualidad* como un acervo de nombres, categorías, conceptos y experiencias, a veces traducidos, a veces reescritos, a veces reapropiados, a veces resignificados. Si el peregrinaje es un viaje significativo y transformador para una comunidad, propongo pensar en las tramas compartidas que presento en este capítulo bajo la forma de la genealogía en términos de *perelinajes*. Además, sugiero pensar a esas experiencias de recuperar otras voces bajo la idea de la *importación* en su doble significación. Importar, como verbo transitivo e intransitivo implica introducir algo que viene de afuera, pero también “convenir, interesar, afectar profundamente, ser de mucha entidad o consecuencia”, o lo que es igual: tener valor o importancia (del diccionario de la Real Academia Española). Sostengo que fue a través de esos *discursos importados/importantes* –y de la activa escritura y re-escritura de la experiencia colectiva– que las activistas se convirtieron en más que meras traficantes de teoría o traductoras: fueron *articuladoras* de experiencias políticas. Su apuesta dio lugar a una polifonía creativa que se nutrió tanto de las especificidades culturales como de las aspiraciones comunes, amalgamando lo local y lo global, lo propio y lo ajeno, lo singular y lo colectivo en las experiencias de lesbianismo.

8.1 ¿Qué quiso el activismo que diga *lesbiana*?

En Argentina no hubo una decisión unívoca con respecto al uso de la expresión “lesbiana”. El libro de Sardá y Hernando *No soy bombero pero tampoco ando con puntillas* (2001) muestra que las lesbianas que vivieron en los años previos a la dictadura cívico-militar del '76 no acogieron favorablemente esta expresión, principalmente debido a que la misma conllevaba connotaciones médicas por las que se las refería como pervertidas o enfermas, además de su origen vulgar. Estas

mujeres usaron otras expresiones, como *better*, *parson* o *affair*¹²⁴ para referirse a su lesbianismo de modo sutil e inentendible para quienes no eran “entendidas” como ellas. Las diferentes denominaciones que aludían al lesbianismo en aquella época variaban especialmente entre grupos de pertenencia y clases sociales: mientras que *better* identificaba a las lesbianas de los sectores altos de la sociedad, el término *tortillera* circulaba más en los usos populares. Por otro lado, también estaban las referencias a lo que hoy llamamos “expresiones de género”: se llamaban *rosas* a aquellas lesbianas que tenían una performatividad más femenina, mientras que las *celestes*, *camioneros*, *bomberos* o *gardelitos* eran aquellas que usaban vestimenta y adoptaban conductas socialmente consideradas masculinas (Sardá y Hernando, 2020; Figari y Gemetro, 2009).

Hacia final de los ochenta las denominaciones proliferaban y sus sentidos políticos también: *torta*, *lesbinista*¹²⁵, *marimacha*, *bombero*, *invertida*, *camionera*, *butch*, *femme*, *bollera*, *pájara*. Debido a un rasgo característico de los círculos de sociabilidad lésbicos, donde conviven varias generaciones, hubo además una coexistencia entre los términos que habían sido muy usados en los sesenta y setenta, como *better* y *entendida*, con otros que empezaron a usarse más a fines de los noventa, como *chonga*.

Por otra parte, en los dos mil algunas activistas criticaron las raíces europeas del término “lesbiana”, lo que generó cierta distancia ideológica y las llevó a buscar otras formas de nombrar(se) que incluyeran a la dimensión sudaca, popular, contestataria o inasimilable de la

¹²⁴ En 1992 María Moreno publicó *El affair Skeffington*, un libro de género híbrido –una mezcla de poesía, novela, ensayo y biografía ficcional– que en su forma representa también “la carencia de identidades fijas –los nomadismos de clase, género y sexualidades” que aparecen en la trama (Arnés, 2016, p. 245). El libro recupera poemas de la norteamericana Dolly Skeffington (autora ficcional que vivió en el “París lésbico” entre 1920 y 1940) que supuestamente Moreno encontró en forma de manuscritos. Es una novela donde aparecen traducciones, anacronismos, seudónimos, manuscritos perdidos, archivos olvidados, intertextualidades, mamushkas de identidades, una madeja enrevesada de temas y tiempos; todos elementos que aparecen una y otra vez como desafío, condición y posibilidad para escribir cierta historia sobre las sexualidades disidentes de las mujeres. El libro es una especie de alucinación que abre lugar a la duda sobre su origen, autoría y gesta, una excusa para que la autora Moreno-Skeffington invente un mundo para sus poemas. La palabra *affair* del título me hace pensar nuevamente en las referencias que usaban las lesbianas para nombrarse en la Argentina de mediados del siglo pasado, referencia que quizás Moreno disfrazó e intencionadamente usó para generar más inquietudes sobre el cruce entre biografía y ficción y para hacer un señalamiento “para entendidas” sobre la trama del libro.

¹²⁵ La expresión “lesbinista” fue propuesta por Adriana Carrasco al interior del grupo Lesbianas Feministas de Buenos Aires, para sugerir una síntesis entre la posición de lesbiana y feminista. La revista autofinanciada *Tet-a-tet*, editada por este grupo, firmó dicha publicación como “lesbinistas”. Sin embargo, no tuvo una adopción mayoritaria en el periodo.

experiencia situada del lesbianismo en Argentina. El uso de *torta* o *chonga* vino a llenar esa vacante, tomando aquellas expresiones de origen vulgar, más cercanas al insulto que a la definición de diccionario. “Lesbiana” quedó asociado, hasta cierto punto, a una clase social media y universitaria, primando en los usos académicos¹²⁶. Sin embargo, también hubo activistas que revitalizaron su uso dando nacimiento a formas nuevas de ordenar y pensar lo existente, proponiendo hablar, por ejemplo, de *lesbianas disidentes* o *lesbianas bisexuales*, donde reaparece la dimensión no asimilable y fluctuante del deseo en una nueva ruta discursiva de la significación.

Como pude observar en el trabajo, el uso de cualquiera de las expresiones sugeridas para nombrar lo “lésbico” no buscaba imitar o describir, y menos aún confirmar la existencia de una identidad al modo de un original. Como propone la antropóloga argentina Andrea Lacombe, sostengo que en esos distintos usos lingüísticos hay un ensayo de señalar las prácticas y formas en que ser lesbiana *modaliza* la vida –como un adjetivo– y no como una *esencia* (Lacombe en Cano, 2015). También le filósofo Vir Cano señala en su libro, *Ética tortillera*, la existencia de un ethos tortillero como un “modo de ser en común” en tanto comunidad de pertenencia y “mirada del mundo colectiva a partir de la cual narrarnos, pensarnos”, que se define también sobre un modo de denominarse: tortillera (2015, p. 82).

A partir de las entrevistas realizadas, noté que a las activistas les preocupó reflexionar sobre dos dificultades entabladas entre lesbianismo, experiencia y representación: *¿qué es lesbiana?* y *¿cómo se ve lesbiana?* A lo que se le sumó, en tensión, una inquietud por hacer estallar al sistema de representación, no sólo para discutir connotaciones negativas que pudieran impregnarse en el significante *lesbiana*, sino para diversificar las imágenes que esta podía contener.

Adriana Carrasco: No sé, *lesbiana* se dice de muchas maneras... Esa es una respuesta filosófica. ¡Qué sé yo qué es una lesbiana! “¿Cómo se vive como lesbiana?”, sería la pregunta.

fabi tron: En Lesbianas a la Vista ya habíamos llegado a un consenso en el cual la *lesbiana* no se podía definir, sino que hay tantas formas de ser lesbiana como lesbianas hay en el planeta.

¹²⁶ A partir de la revisión del estado de la cuestión, constaté que los trabajos que abordaron la cuestión del lesbianismo en Argentina, en su mayoría, adoptaron la palabra “lesbiana” –y no chonga ni torta– para referirse al sujeto de estudio.

mariam pessah: Si “ser lesbiana” es amar a otra mujer, entonces, si dejo de amarla, ¿vuelvo a mi condición heterosexual? Hay lesbianas que lo consideran sólo una orientación sexual, otras que lo ven como un modo de vida... Para mí es una postura política, feminista.

Aranzazú Guevara: Ser lesbiana es jugarse ciertos límites, ciertos parámetros que te impone la heterosexualidad obligatoria como sistema, como sistema que condiciona las relaciones interpersonales y también los modos de vida. Tiene que ver con esa crítica a la heterosexualidad obligatoria a partir de un deseo de construir una sexualidad hacia otras lesbianas, pero también, en términos de Adrienne Rich, del *continuum lésbico*: poder construir lazos con otras lesbianas u otras mujeres, que van más allá de lo erótico o lo sexo-afectivo, y que tienen que ver con cosas que no están permitidas dentro de las lógicas del heteropatriarcado; y que nos permiten pensar otras formas de relacionarnos...

Estos fragmentos de entrevista sugieren que no hay un significante unívoco para lesbiana. *Lesbiana* es lo indefinible, lo que se dice es una posibilidad y un deseo. A través de su testimonio, mariam pessah denuncia que lo que define a una lesbiana no es simplemente una relación, aunque al igual que Aranzazú Guevara sugiere que puede ser una *forma de relacionarse* en términos más amplios. También Carrasco propone que se puede pensar en una identidad lésbica desde los hábitos, las prácticas y la crítica, pero aparece una dificultad: ¿qué prácticas/hábitos/corporalidades dejan ver “lo lésbico” como signo?, o bien, ¿cómo son los gestos, corporalidades y estéticas capaces de interferir críticamente en las formas dominantes del “ver”?

Canela Gravila: Yo laburaba en un montón de escuelas secundarias, pero me re costaba decir que era lesbiana (...). Entonces le pedí a una amiga que era un chongón que me llevara a la escuela de la mano, para que me lean como una lesbiana. (...) Para muchas la visibilidad será de hecho; una chonga no necesita decir “soy lesbiana”, o quizás ahora sí porque podría ser leída como un pibe trans (...). Para mí, había que encontrar un posicionamiento político para darle nombre no sólo a la visibilidad –porque a la vista, digamos, no parecía lesbiana– sino a la *enunciación*.

Irene Ocampo: En el 2015 me anoté en la Escuela Municipal de Arte (...). Tenía una compañera de clase que en una de esas me mira y me dice: “te vi en una foto”. Yo me quedé helada, así como: “¿qué hice?”. Me puse de todos los colores; empecé a averiguar qué había pasado y ahí me di cuenta de que la foto de la Marcha del Orgullo había estado circulando. Eso me sirvió de salida de closet en ese lugar, donde yo no planeaba contarle nada a nadie. (...) No me criticaron nada, no me preguntaron nada, pero me dijeron “te vi”.

val flores: Hay algo que se juega en lo lésbico que tiene cierta fragilidad y no me parece un dato menor en este contexto. Por un lado, gente más joven que dice: “*lesbiana* ya no se usa más”, como si fuera una categoría anacrónica, cierto fósil identitario. Y, por otro lado, a las lesbianas masculinas que nos preguntan: “¿cuándo te vas a hacer trans?”, como si hubiera una evolución hacia algún lugar al que habría que llegar.

De la entrevista con Canela Gravila se desprende que la “lesbiana visible” es aquella que queda por fuera de los rebordes de la feminidad, lo cual, paradójicamente, es también lo que la expulsa –en la actualidad, no era así en décadas pasadas– hacia el significante *trans*, como vemos con el testimonio de val. El género, que es pensado como el efecto de la representación (y de la autorrepresentación) o de la función reiterativa del discurso (Butler, 1993) se muestra en los fragmentos anteriores como lo que escapa a la representación. Lo lésbico aparece, así, como un exceso o “lo que permanece fuera del discurso, un trauma potencial que puede desestabilizar, si no se contiene, cualquier representación” (de Lauretis, 2000, p. 36). La figura de la *interpelación*, tal como la describió Louis Althusser¹²⁷ –y que será retomada por Butler–, también aparece en las entrevistas, pero inmediatamente aparece la resistencia de las lesbianas a constituirse en el sujeto de ciertas representaciones sociales. En el testimonio de Irene Ocampo, la mirada/interpelación del Otro que sugiere que su presencia en una marcha del orgullo la convierte en “algo diferente” o “algo más” que una mujer, vuelve a la pregunta sobre lo que se muestra tan importante como la pregunta sobre lo que se nombra. (Sin embargo, este último punto no será abordado con profundidad en este capítulo y quedará pendiente para futuras investigaciones.)

El trabajo que ahora propongo busca, precisamente, los sentidos citados o intertextuales y aquellos sentidos novedosos que se agregaron a la expresión “lesbiana” desde diferentes partes de Argentina, contribuyendo a hojaldrar esa experiencia. Pondré el foco, especialmente, en las narrativas propuestas por algunos colectivos de activismo, tratando de responder a la pregunta sobre el significante “lesbiana”.

a. Nominación descriptiva

(...) crear mundo desde la intersección yo-ellas. Esta condición de producción de sentido hace la diferencia a la hora de adueñarse de esa plusvalía que genera el lenguaje. Hay una trayectoria

¹²⁷ El concepto de "interpelación" de Louis Althusser aparece en su libro *Ideología y aparatos ideológicos del Estado (La filosofía materialista de Marx)* de 1970. Este proceso implica que las instituciones ideológicas, como la familia, la escuela, la religión o los medios de comunicación, llaman o convocan a los individuos para que asuman y reconozcan determinadas identidades y roles sociales predefinidos. Esta sutil pero efectiva llamada ideológica moldea la conciencia del sujeto, llevándolo a identificarse con los valores y normas impuestos por el sistema dominante. En consecuencia, la interpelación juega un papel crucial en la reproducción de las estructuras de poder y las relaciones sociales presentes en la sociedad. Esta teoría ha sido criticada desde los feminismos, entre otras corrientes teóricas, por su visión determinista y la omisión de la agencia de los sujetos.

*que no puede ser desoída, hay palabras que resuenan a lo lejos: brujas, pendencieras,
machonas, componen el nutricio foro donde se alimenta el idioma de la proletaria.*

La lengua sin orillas, Mónica D'Uva

Hubo colectivos que eligieron un nombre que contuviera algún valor descriptivo para que los representara. Un ejemplo de ello es Lesbianas en Lucha, cuyo nombre manifiesta una clara expresión de disidencia y resistencia, especialmente frente a los convulsos sucesos que marcaron la Argentina en el año 2001, caracterizados por los ajustes neoliberales, la represión y la angustiante oleada de desempleo. Otro caso interesante es Lesmadres, en el que se revela una doble posición de agencia para sus integrantes: ser tanto lesbianas como madres, un acto de afirmación de identidades que históricamente se pensaron como contradictorias y hasta impensables. Con Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto sucede lo mismo, así como con los colectivos que lo precedieron temporalmente: Lesbianas en la Resistencia y Lesbianas a la Vista. Si bien parece redundante aclarar a qué se refiere el nombre de estos colectivos –porque el mismo ya se ocupa de describirlos– lo que no es evidente es la postura política que hubo detrás de esa estrategia nominativa.

En una primera lectura, podría parecer que los nombres adoptados por estos grupos reflejan una posición de acuerdo con las “políticas de la identidad”. Según esta perspectiva, ser parte de un grupo subalterno, como el de las lesbianas, podría generar acuerdos políticos más amplios. Sin embargo, según mi interpretación basada en las entrevistas, sostengo que en todos los casos mencionados se puede deducir la aceptación de un cierto fracaso en las políticas de identidad que asumían que “una identidad debe primero ocupar su lugar para que se definan intereses políticos, y a continuación se inicie la acción política” (Butler, 2019, p. 277). En estos colectivos se produce una inversión de esa relación causal, porque primero estuvieron los intereses y la afinidad política en términos amplios –no partidarios– y, luego, en su función performativa el “nombre [produjo] la identidad que supuestamente '[describía]’” (Moreno Sainz-Ezquerro, 2015, p. 542). En otras palabras, si el “nosotras” del movimiento lésbico fuera transparente y se colocara por delante de las prácticas políticas específicas, no sería necesario agregar predicados que describan la identidad que están reclamando políticamente: *lesbianas en resistencia, en lucha, visibles, aborteras, feministas, madres*. En este contexto, la identidad “lesbiana” resulta insuficiente para generar una afinidad política; es el sustantivo adjetivado, o

dicho de otra manera, el sujeto modalizado, lo que produce esa afinidad. Quizás se entienda de manera más clara al invertir los términos: debemos considerar “lesbiana” no como un sustantivo o una identidad, sino como un adjetivo, ya que la lucha, la resistencia, la visibilidad, el aborto, el feminismo y la maternidad se describen como elementos relacionados con lo lésbico, y eso es lo que les da una especificidad en la lucha más amplia de los feminismos.

Como señaló Butler (1990), el procedimiento ilimitado de la significación exige considerar que la identidad como punto de partida sólo puede ser situada y móvil, por lo tanto, infinita. El querer nombrar una identidad que se excede a sí misma constantemente puede ser un “fracaso instructivo”:

a lo largo de ese camino horizontal de adjetivos, estas posiciones pugnan por incorporar un sujeto situado, pero permanentemente quedan incompletas. (...) No obstante, este “etcétera” ilimitado se presenta como un nuevo punto de partida para las teorías políticas feministas. (Butler 2019, p. 279)

El “fracaso instructivo” encuentra para mí su potencia analítica en tanto afirma la contingencia de la identidad y, por lo tanto, traza un nexo con el contexto cambiante en el que los nombres y categorías acentúan algunas características y no otras. Dime *cómo* te nombras, y te diré *cuándo* eres: el adjetivo sitúa a esa identidad más general, actúa sobre el nombre para quebrar el imaginario de lo posible para las lesbianas en el presente. Si bien los nombres adquieren significado en el contexto cultural en el que operan, y adoptan nuevas capas de significado a medida que se integran en diferentes contextos sociales y temporales, son también una propuesta para el futuro. Los nombres no son meras etiquetas, sino manifestaciones simbólicas del entorno sociopolítico y cultural en el que se desarrollaron, revelando los desafíos y logros de la comunidad lésbica en diferentes épocas.

Lesbianas a la vista (LV) y Lesbianas en la Resistencia (LR) nacieron en 1995 y fueron pioneros en poner como primer término de su nombre a la palabra “lesbiana”, que para la época era disruptivo porque muchos grupos habían optado por nombres con referencias metafóricas e indirectas a lo lésbico –como Las Lunas y las Otras, o Buenas Migas. Así, convivieron elementos residuales de la cultura con otros emergentes, que ponían el acento en lo explícito, en lo que debía ser dicho sin rodeos ni desplazamientos de sentido, valiéndose de un lenguaje llano (aunque, como vimos, lo lésbico nunca es planicie, sino espesor). En los ochenta y noventa, muchas lesbianas se referían a sí mismas como “homosexuales” o “gays”, como contó Patricia

Parodi, ex integrante de Mujeres de la CHA (Bellucci y Queiroz, 2020, s/p). Las feministas también contribuyeron a cierta invisibilidad en la nominación, negando, por ejemplo, a las lesbianas la posibilidad de suscribir las consignas del 8M con su propia identidad, como acordaron varias de mis entrevistadas en sus relatos. Hasta entonces, las lesbianas mantenían una compleja relación de inclusión/exclusión con el movimiento homosexual y feminista. Sin embargo, cuando LV y LR tomaron la osada decisión de nombrarse públicamente a través de cierta *desidentificación* con estos movimientos, produjeron como efecto a la identidad que supuestamente señalaban como un *a priori*: la lesbiana como agente de un movimiento político.

Podríamos decir que Lesbianas en la Resistencia y Lesbianas a la Vista inauguraron una tradición nominativa donde *lesbiana* es sustantivo, adjetivo y verbo. Hay un sentido performativo por el cual *lesbiana* es un decirse/hacerse que señala a una identidad y una experiencia, un proceso, un movimiento, un desplazamiento. Este proceso también implica una diferenciación que delimita los sentidos que podrían expandirse infinitamente. Estas no eran lesbianas y punto (ni lesbianas sin punto y al infinito): eran lesbianas que resistían y lesbianas que se visibilizaban en los noventa en las calles de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

En los primeros años de la década del dos mil, algunas ex integrantes de Lesbianas a la Vista formaron un nuevo grupo llamado Lesbianas en Lucha. El nombre de este colectivo actualizó el término “lesbiana” para destacar su identificación con otros grupos que expresaban en esa misma época el descontento social, así como su participación en las revueltas populares. Durante este tiempo, diversos sectores, incluidos sindicatos, trabajadores de fábricas, jubilados, desempleados, estudiantes y feministas estaban luchando por distintas causas sociales. Las lesbianas de este grupo, en particular, se unieron bajo la bandera de la lucha contra el neoliberalismo heteropatriarcal, respaldando, por ejemplo, la resistencia de las obreras de Brukman para evitar su desalojo, así como organizando dos contra-marchas del Orgullo en 2003 y 2004 con la consigna “Contra el Kapitalismo y el Patriarkado. Por un mundo sin opresión sexual, de género o de clase”.

La fuerza de este colectivo se reflejó en sus demandas, las cuales adoptaron una perspectiva interseccional al considerar la clase, la raza y el género como factores que afectaban la lucha anticapitalista. Esto resultó en una postura desafiante hacia el orden establecido, basada en la creencia de que los movimientos sociales –y las lesbianas mismas– tenían el poder de

intervenir en la gobernabilidad. Un ejemplo de su poder de intervención fue la marcha que organizaron junto con otros grupos, como la izquierda partidaria e H.I.J.O.S, en contra de los presos de la legislatura y su reclamo por el asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. En este contexto, Lesbianas en Lucha se consideraba a sí mismo como parte activa de un movimiento social con la capacidad de influir en el panorama político del país.

En el caso de Lesmadres y Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto, lo que se enuncia en el nombre es el planteo –por oposición– de un conflicto altamente amenazador para los valores más conservadores y tradicionales de la familia. Si ya era difícil reconocerles a las lesbianas su deseo, sexualidad y erotismo, ahora el problema se redobla con el tema del aborto y la maternidad, dos caras de la misma moneda que señalaba la potencia reproductiva de las lesbianas. En los dos casos, las prácticas de intervención sobre el propio cuerpo mostraron a la lesbiana como una sujeta activa, desplazando la “pasividad” con la que el poder patriarcal representó históricamente a la sexualidad lesbiana. La amenaza para el orden familiar tradicional apareció en los nombres sin metáforas: las lesbianas decidían sobre el aborto y la maternidad, optaban por la inseminación y también por su reverso. Pero era más que eso: las lesbianas también buscaban y deseaban asistir a las mujeres heterosexuales que no encontraban respaldo en sus círculos, brindando apoyo para abortar y estableciendo redes de rescate que, simultáneamente, visibilizaban la posibilidad de que los varones también pudieran enfrentar el dilema del aborto.

Estos colectivos evocaban la disidencia sexual y aludían a un feminismo lésbico que, en múltiples aspectos, emergió como vanguardista dentro del propio movimiento de mujeres. Su empeño por visibilizar las condiciones en que mujeres, lesbianas y trans llevaban a cabo abortos y maternidades comenzó con la estrategia del nombre, que explícitamente hacía referencia a estas acciones que incomodaban porque no enunciaban un proyecto, sino una realidad que ocurría sin pedir permiso: las lesbianas maternan y abortan.

b. Homenaje referencial

Como si la mujer debiera destruir su cuerpo como el de la cultura y refundarlo a partir de otra mujer mientras va sacando de sí misma (o de la otra) las palabras para decirlo.

María Moreno, *El libro rojo de Lesbos*

Hubo otros colectivos que eligieron la referencia directa o metafórica a nombres propios como la estrategia privilegiada para auto-denominarse, señalando cierta pertenencia intelectual y afectiva, quizás en el sentido que sostiene Arnés en su trabajo sobre las ficciones lesbianas: descubrir una voz implica, generalmente, descubrir una tradición (2016, p. 17).

De acuerdo a lo sostenido por el colectivo de la Librería de Mujeres de Milán en el marco de un feminismo de la diferencia, la falta de una legitimación simbólica del universo femenino dentro de la ideología y el lenguaje patriarcal dejaba a las mujeres afuera de la cultura, por lo tanto, sin tradición. Para compensar esa exclusión, propusieron pensar la práctica de las mujeres de “poner en palabras” sus emociones y experiencias como un acto político que originaba un universo simbólico propio. Esta práctica requería de algo similar al *cuarto propio* de Virginia Woolf, es decir, “un lugar simbólico, un espacio-tiempo amueblado con referencias de género femenino” a partir de las que se pudiera trazar una línea de continuidad, una historia significativa para las mujeres (Librería de Mujeres de Milán, 1991, p. 11). Esa relación de cuidado entre mujeres que se encomiendan unas a otras fue descrita por el colectivo italiano como *affidamento*¹²⁸, concepto que vendría a ser la práctica que pone en acto a la construcción de *genealogías*, es decir, “una venida al mundo de las mujeres legitimada por referencia a su origen femenino” (op. cit., p. 9).

Si bien el *affidamento* implica cierto biologicismo que en la Argentina de los primeros años del 2000 se encontraba, por lo menos, en debate, sugiero que los colectivos que analizo a través de esta estrategia nominativa buscaron promover relaciones de *affidamento* entre lesbianas. Esta práctica revitaliza cierta red entre activistas y pensadoras de diferentes períodos, una confluencia de saberes previamente deslegitimados. Estas relaciones de continuidad permitieron apropiaciones simbólicas de referencias literarias y teóricas lesbianas, lo que permitió que los colectivos lésbicos se identificaran como herederos del legado de Diana Bellessi, Cristina Peri

¹²⁸ Según el Colectivo de Mujeres de Milán, el *affidamento* es una forma de relación entre mujeres adultas que idealmente no está mediada por el lenguaje patriarcal y por su forma de someter a las mujeres a la carencia total de referencias simbólicas y culturales femeninas. A través de dicho concepto, las feministas italianas buscaban construir una tradición entre mujeres capaces de valorarse entre sí, reconociéndose como autoridad y afiliándose afectiva y políticamente a una *genealogía* de mujeres. En otro contexto, en los Estados Unidos, Adrienne Rich ha denominado a esta práctica de confianza y amorosidad entre mujeres como el “continuum lesbiano” como un espacio donde las mujeres aprenden a generar un lazo entre ellas por fuera de la heterosexualidad. Es decir, siguiendo un análisis similar al de las italianas, Rich propone una interpretación del lesbianismo como una forma de relación entre mujeres que prescinde de la intervención masculina y excede la llamada “ley del padre”, patriarcal y misógina.

Rossi, Alejandra Pizarnik, Jeanette Winterson, Virginia Woolf, Gloria Anzaldúa o Sheila Jeffreys, por mencionar solo algunas.

En el caso del colectivo Las Safinas, la relación con una “ancestra” lesbiana y feminista es clara porque el nombre es un homenaje directo a la activista Sara Josefina Teresa Newbery – apodada “Safina”–, pionera del activismo a favor de la legalización del aborto y una gran estudiosa en Argentina de teología feminista. Si bien Safina era conocida por su concurrencia a espacios lésbicos de Buenos Aires –como Lugar de Mujer y la casa de Las Lunas y las Otras–, nunca hizo una salida del clóset pública, según Adriana Carrasco, debido a su “pertenencia generacional y de clase”, aunque: “sí lo hizo siempre dentro de los grupos feministas. Fue una de las pocas feministas no desclosetadas públicamente que apoyó a las que decidieron salir del armario y mostrar que en el feminismo había lesbianas” (Carrasco, 2021, s/p). Carrasco, quien conoció a Safina, comentó en la entrevista que ese apodo le habría sido dado de niña por su familia. Sin embargo, casualmente, ese sobrenombre remite también –en una alusión imaginaria– a la poeta griega Safo de Lesbos. El colectivo rosarino, entonces, hace una doble referencia: a Safina Newbery y la otra, para nada menor, a la figura fundante del término *lesbiana*.

Si bien en este primer caso el homenaje resulta más que evidente y directo, en el caso de las Fugitivas del Desierto (FD) la referencia se produce bajo una torsión: se presenta con la forma de *metáfora*. El origen del nombre Fugitivas del Desierto tiene, también, al menos, una doble referencia. La primera, sitúa la proveniencia de sus integrantes en la Patagonia, que en el imaginario social argentino se erige como un desierto que debió ser conquistado y llenado de los valores épicos de la patria civilizatoria y moderna masculina. La llamada “Conquista del Desierto” (1878-1885) fue una campaña donde se construyó una alteridad radical que el poder hegemónico neutralizó perpetrando un genocidio. Sin embargo, como establecen Briones y Delrio (2007), la “des-indianización” y la “des-tribalización” no concluyó con el ataque militar, sino que posteriormente se construyó conceptual y políticamente la idea de que la región pampeana y de la patagonia era un desierto que necesitaba de pioneros europeos para llevarle orden y progreso. Como sugirió la investigadora argentina Maristella Svampa (1994), el lema sarmientino de “civilización y barbarie” se siguió actualizando a lo largo de los años en Argentina y fue cristalizando la ideología oligarca que tendió a remplazar la “y” por la “o”, oponiendo los dos términos en una convivencia imposible.

Frente a ese imaginario, las FD contrapusieron una narrativa donde el protagonista era el deseo antipatriarcal, disidente, apátrida, polimorfo, tribal, anti-capitalista y anti-imperialista, resistente a la domesticación de la sexualidad bajo los imperativos heterosexuales y de la razón colonial y patriarcal. Como escribió val flores en el cuaderno del encuentro *Entre Nosotras*:

El desierto como manifestación extrema de lo natural produjo dos tipos de representaciones (...). Por un lado, la representación de la patagonia como límite absoluto de la razón y de lo humano, de la barbarie extrema, de la frontera entre lo humano y lo infrahumano o abyecto. Y por otro, el desierto como vacío, como espacio desmesuradamente abierto. El desierto, así como la heterosexualidad, marcan la frontera, una línea divisoria que someterá a algunos sujetos al más severo de los castigos como es la supresión de la existencia (...). La heterosexualidad, que aparece como paisaje neutro, dado por la naturaleza, invisibiliza y silencia la diferencia. Desierto y heterosexualidad son construcciones sociales que nos imponen la naturaleza como principio normativo y sobredeterminado (...). Por eso propongo pensarnos como fugitivas en el desierto, lesbianas que huyen de esa construcción mental del desierto como naturaleza, de la heterosexualidad como destino biológico. (p. 23-24)

La segunda referencia es a la obra de Monique Wittig, quien propuso la figura de la lesbiana como prófuga de su clase de “mujer”, es decir, una desertora o una *fugitiva*. Además, en el *Borrador para un diccionario de las amantes*¹²⁹ (1981), del que Wittig es co-autora junto a Sande Zeig, se define al “desierto” como cualquier lugar no habitado por lesbianas, y a “lesbiana” como:

Aquella que vive en un pueblo de amantes, aquella cuyo interés se dirige en primer término a sus amantes, aquella que siente un deseo violento por sus amantes, aquella que “no vive en el desierto”, que no está “perdida”.

En la propuesta de las FD, el desierto¹³⁰ se percibe como un terreno de resistencia al reconocer la contradicción inherente de ocupar una posición que, según el imaginario colonial,

¹²⁹Este libro fue traducido del francés por Cristina Peri Rossi, poeta lesbiana contemporánea y uruguaya. Para continuar con mi objetivo de espesar al concepto de *intertextualidades lesbianas*, me interesa destacar que en la obra poética de Peri Rossi también hay un navegar atrevido entre las dificultades de nombrar el lenguaje del silencio, y un vaivén de pasiones lesbianas que explicitan de alguna manera un segundo lenguaje, otras formas de nombrar, un gemido social orgiástico y político, parecido al ímpetu poético de las Fugitivas del Desierto. Esta relación ficcional o diálogo entre imaginarios que propuse estaría habilitada por la tesis que sostiene Elaine Marks (1979) en su texto *Lesbian Intertextuality*, donde sugiere que hay escenarios, roles, dinámicas, personajes que aparecen repetidamente en las ficciones lesbianas, entrelazando, precisamente, una intertextualidad de la disidencia sexual. Así, también encontramos que el libro de Wittig y Zeig fue la inspiración para nombrar a los encuentros de lesbianas, realizados en el 2012 y 2014, como la *Celebración de las Amantes*. Por otro lado, Vir Cano –filósofe, docente e investigadore lesbiana de la Universidad de Buenos Aires– escribió el libro *Borrador para un abecedario del desacato* (2021), inscribiéndose de igual modo en la genealogía abierta por estas dos autoras.

¹³⁰ *El desierto* es también el nombre de una revista de difusión literaria que funcionó desde los noventa hasta los dos mil en Argentina. Como señala la investigadora Paula Jiménez España, la revista *El desierto* era un proyecto hermano de la editorial Nusud que funcionó “con una mayoría de integrantes mujeres, reunidas, casi inéditamente para los estándares de la época, en un catálogo” (2020, p. 404). Como señala la autora: “La gran extensión vacía que este

expulsa e invisibiliza al afirmar que en el desierto “no hay nada”. Al mismo tiempo, las FD invitan a reconsiderar el retorno y la re-vuelta hacia ese desierto del cual las lesbianas no se han ido realmente; este retorno no se plantea como mujeres, sino como sujetos excéntricos, utilizando la terminología de Teresa de Lauretis (1993). Lo que las FD proponen es, en esencia, escapar del imaginario que retrata al desierto como una extensión vacía. En cambio, sugieren concebirlo como una geografía rica en densidad, diversidad, conflicto, apropiación territorial e identidades en disputa, entre otros elementos.

Por otro lado, según comentó val flores en la entrevista, Wittig dejó otra importante herencia para las Fugitivas del Desierto: la escritura y la experimentación con el lenguaje. Esta filósofa francesa entendió que la teoría y la poética eran dos dispositivos fundamentales para generar nuevas conciencias y dedicó muchos ensayos y textos literarios a la cuestión del lesbianismo, expresando la convicción y el deseo de que el discurso —en su capacidad productiva— podía generar mundos más amorosos y vivibles¹³¹. Con años de distancia, las dos integrantes fundadoras de FD, val flores y Macky Corbalán, también sostuvieron que la escritura era una forma de activismo, una intervención política, como puede verse en los ensayos de flores *Deslenguada* (2010), *Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política* (2010) e *Interrupciones. Ensayos de poética activista* (2013). También en una entrevista que le hicieron a Corbalán en la revista *Tinta China*, expresó que:

La primera militancia es en el lenguaje. No hay diferencia entre la vida y la escritura: poesía es vida en abundancia (...) el lenguaje es un constructor por excelencia de un estado de las cosas, atacarlo, deconstruirlo es hacer centro en los procesos de subjetivación política de un universo simbólico (Corbalán, 2011, p. 3).

nombre trae simbolizaba un decir históricamente ausentado: no solo era el título de una revista, sino una condición concreta y dominante. Poco de poesía sobre el manto de arena, y de feminismo, nada de nada” (ídem).

¹³¹ Como en una *mamushka*, la genealogía del colectivo Fugitivas del Desierto es también una línea de fuga abierta al futuro para que otras poetas lesbianas se posicionen en ese pueblo de amantes insurrectas. Pienso, por ejemplo, en la refundación y re-simbolización del desierto que hizo Gabriela Cabezón Cámara (escritora y periodista lesbiana argentina) en su novela *Las aventuras de la China Iron* (2017) y en lo que podría ser la inscripción en el desierto —quizás forzada y aberrante— que contra-proponen las protagonistas *fugitivas* Liz y la “China”; (refundación también de los géneros: sexual y gauchesco). Esas ramificaciones o *intertextualidades lesbianas*, que funcionan como genealogías, se pueden pensar en la poesía argentina como una tradición de poéticas del (s)exilio, iniciada, tal vez, con Diana Bellessi con *Crucero Ecuatorial* (1981), *Tributo de mudo* (1982) y *Eroica* (1988); a nivel latinoamericano, esta tradición involucra a autoras como la uruguaya Cristina Peri Rossi con su libro *Indicios Pánicos* (1970), *Y este Poema-río* (1988) de la nicaragüense Claribel Alegría, y a las chilenas Maha Vial con *SEXILIO (poema en un acto)* (1994), y Carmen Berenguer con *Naciste pintada* (1999).

El tercer grupo analizado bajo esta estrategia referencial es la colectiva Ultravioletas (UV). Se bautizó así debido al color que suele asociarse con las luchas feministas: el violeta. El homenaje referencial, entonces, es en primera medida hacia el feminismo. Sin embargo, decidieron proclamarse *ultra*-violetas para expresar su deseo de llevar la crítica a un nivel más profundo y amplio a partir de la inscripción de la disidencia sexual. En la entrevista, Gaby Maure agrega:

También estábamos enroscadas con las características físicas de los rayos ultravioletas. Esos rayos que, aunque no se ven, están, existen. Porque no teníamos como lesbianas la visibilidad suficiente, pero estábamos entrando en ebullición. Y mientras tanto, éramos esos rayos.

Se hace evidente, en segundo lugar, el deseo de establecer linaje con la ensayista y poeta estadounidense Adrienne Rich. La conexión se explicita en algunos planteamientos de las Ultravioletas quienes retomaron especialmente tres conceptos centrales de esta pensadora: la invisibilidad de las existencias lesbianas (como aparece en el testimonio anterior); la heterosexualidad planteada como una institución; y el continuum lesbiano. El ensayo *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana* (1980), como se sabe, invitaba a todas las mujeres a repensar la crítica a la heterosexualidad como una institución impuesta y a reconocer la vinculación entre mujeres –sus recíprocas identificaciones– como un tema continuo. El concepto de *continuum lesbiano*, acuñado por Rich, abarcaba un amplio espectro de experiencias femeninas no solo a lo largo de sus vidas, sino también a lo largo de la historia. Este espacio de relaciones entre mujeres iba más allá de lo meramente erótico o sexoafectivo, abarcando “formas de intensidad primaria entre dos o más mujeres, incluido el compartir una vida interior más rica, la solidaridad contra la tiranía masculina, el dar y el recibir apoyo práctico y político” (Rich, 1980, p. 13).

Siguiendo esta línea de pensamiento, el activismo de las Ultravioletas sostenía que la crítica a la heterosexualidad no debía ser solo tarea de las lesbianas, sino que debía impregnar todas las prácticas feministas. Como señalaron en la entrevista, las UV se autodenominaban como “lesbianas políticas”: concepto surgido en los años ochenta a partir de la herencia de Rich que refiere a un posicionamiento político mantenido por mujeres feministas, independientemente de su orientación sexual. Esta posición implicaba la resistencia a un modo de vida impuesto, la desnaturalización del acceso de los hombres al cuerpo de las mujeres, la desarticulación de tabúes en torno a la sexualidad lésbica y la crítica al patriarcado y la maternidad como instituciones (y no

como naturalezas). Si bien en Argentina ya se había utilizado la expresión “lesbianismo político” en algunos sectores del feminismo, su adopción en primera persona no fue mayoritaria debido, en principio, a la lesbofobia y al predominio del pensamiento heterocentrado en el movimiento de mujeres. No obstante, las activistas lesbianas también cuestionaron el uso del término por parte de mujeres que tenían prácticas erótico afectivas heterosexuales ya que esto borraba la dimensión sexual, el deseo y el erotismo del vínculo entre mujeres y reinscribía lo lesbiano en el espacio amistoso y “asexual” del que tanto costó salir.

En el caso de las Ultravioletas, el lesbianismo político tuvo otras implicaciones. Si bien es cierto que varias de sus integrantes eran heterosexuales, su enunciación pública como lesbianas fue una puerta de ingreso a la exploración de una sexualidad disidente. Muchas de ellas, con el paso de los años, empezaron a tener una enunciación bisexual y pansexual, y uno de ellas incluso se identificó como trans lesbiana. Según relataron las propias UV en la entrevista, el lesbianismo político era parte de una praxis de visibilización de cara a la sociedad, considerando que las lesbianas eran quizás las más invisibilizadas dentro del movimiento feminista y del colectivo LGBTTTQ. No obstante, al interior del grupo sostuvieron una dura crítica al monosexismo y, por lo tanto, también al lesbianismo. En este contexto, la bisexualidad como identidad política cobró una potencia desestabilizadora de ese presupuesto por el cual se consideraba que las personas solo podían sentir atracción sexual o afectiva hacia individuos de un solo género.

En sus declaraciones también enfatizaron que la disidencia sexual iba más allá de la mera etiqueta del lesbianismo político; era más bien un conjunto de prácticas amorosas y un ejercicio de visibilidad y solidaridad con las diversas inscripciones corporales de la performatividad lésbica. En efecto, la disidencia constituía una crítica a la forma en que la cultura misma era concebida y se manifestaba como una forma de vida que expresaba de manera contundente el rechazo al heteropatriarcado.

Por otro lado —y siguiendo la herencia richeana—, como miembros del grupo socorrista La Malona, al que ayudaron a conformar, las UV llevaron a cabo una práctica abortera con una marcada impronta del *continuum lésbico*. Como señaló Paulina Serú, esto se debía a que el socorrismo “no era sólo difundir información de cómo abortar. Al fin y al cabo, estaba la *relación*, la forma en que acompañábamos” [énfasis de la entrevistada]. Esa forma de relación tenía que ver con que eran un grupo de lesbianas con la convicción de que las mujeres debían recuperar la

relación de solidaridad que la institución de la heterosexualidad había interrumpido entre ellas, para poder así apropiarse de su tiempo y energía.

Para terminar con el itinerario intertextual del homenaje referencial¹³², en los tres colectivos analizados bajo esta estrategia encontré una evocación a Virginia Woolf, escritora británica que fue ampliamente revalorizada desde los feminismos en el siglo pasado. Las referencias se encuentran en: la revista-fanzine *La sociedad de las extrañas* de las Fugitivas del Desierto; *El Cuarto propio*, que fue el espacio de reunión de las Ultravioletas; y *La Vulvería*, centro cultural inaugurado por Las Safinas que fue descrito por una de sus integrantes como “el cuarto propio” del grupo. La defensa del cuarto propio –físico, emocional y escritural– aparece como un lugar desde donde producir una literatura significativa y un pensamiento político genuinamente lésbico; y estas matrices confluyen, en su praxis, en una crítica hacia las estructuras socio-culturales que han restringido y silenciado la voz y las experiencias de las mujeres a lo largo del tiempo.

c. Indiferenciación y parodia

Liz me dijo que ahí donde yo vivía toda hembra era una china pero además tenía un nombre. Yo no. No entendí en ese momento su emoción, por qué se le mojaron los ojitos casi blancos, me dijo eso podemos arreglarlo, en qué lengua me lo habrá dicho que la entendí. (...) volvió a mirarme a la cara: “¿Vos querías llamarte Josefina?”

Gabriela Cabezón Cámara, *Las aventuras de la China Iron*

Así como aparecen nombres propios y referencias textuales, también encontramos el *anonimato* como una forma de aparición. Esta estrategia pone en escena el conflicto social por la representación y se expresa en la invisibilidad o el borramiento de aquella identidad incómoda e innombrable, como puede ser el lesbianismo. Es el caso, por ejemplo, de La Fulana (LF)¹³³. Contó en la entrevista María Rachid que la inspiración para el nombre salió de un boletín titulado *Fulanas*

¹³²El homenaje referencial, con su intertextualidad genealógica, continúa con otros espacios y colectivos que no fueron analizados en este apartado porque no aludían directamente al nombre de un grupo ni sumaron, necesariamente, capas al hojaldre simbólico “lésbico”. Pienso, por ejemplo, en la biblioteca-archivo *Escrita en el cuerpo* de Alejandra Sardá y Chela Amadio, cuya referencia señala a la escritora lesbiana Jeanette Winterson; o a la biblioteca de Las Safinas, llamada Mirta Rosenberg en homenaje a la escritora rosarina cuya obra poética contiene claves lesbianas.

¹³³ Para profundizar en las estrategias discursivas de enunciación que utilizó este grupo, especialmente a través de la revista *Fulanas*, ver tesina de Noceti (2017).

que publicó el Encuentro Lésbico Feminista de Latinoamérica y el Caribe realizado en República Dominicana en 1999.

María Rachid: Buscamos la definición del diccionario para “fulana”, que era: “dícese de una persona indeterminada”. Y nos encantó esto del *indeterminada*, queríamos ser no-determinables. Y armamos el centro comunitario, nos definimos desde el principio como mujeres feministas y socialistas –no desde el punto de vista partidario, sino ideológico¹³⁴.

La indeterminación o ininteligibilidad es lo que predomina en el caso del lesbianismo. Por ejemplo, no se reconoce la relación sexual entre mujeres porque se pone al pene y a la penetración como únicas condiciones de posibilidad del sexo. Pero, además, la lesbiana también tiende a desaparecer del campo de visión bajo el significante “mujer”, o cuando se le atribuye solamente una performance de género estereotipada, generalmente, masculina. Sin embargo, en este caso, propongo pensar la *indeterminación* como una resistencia a la interpelación del afuera, una negación a la clasificación asignada por otros –y no como un nuevo borramiento o invisibilización.

A esta primera intención de no ser clasificadas, el Centro Comunitario La Fulana le contrapuso una segunda intención nominativa, en apariencia, opuesta a la anterior. El subtítulo de este centro comunitario rezaba: “para *mujeres* lesbianas y bisexuales” (el resaltado es mío). La categoría “mujer” reapareció en la revista *Fulanas*, que indicaba el público al que se dirigía: “Para mujeres que aman a mujeres”. Parecería que LF encasilló a las disidencias sexuales dentro de una categoría que había sido criticada desde el activismo lésbico; recordemos que en los ochenta un gran número de lesbianas en Argentina, a partir de los aportes de Monique Wittig, no se reconocían como mujeres. Sin embargo, considero que la estrategia discursiva de LF se acerca más de lo que parece a la propuesta de esta filósofa francesa en su denuncia a la construcción del binario varón-mujer como intrínseca o constitutivamente heterosexual. La Fulana, en vez de proponer una fuga a la clase de las “mujeres”, hizo estallar dicha categoría negando su naturaleza

¹³⁴ La “fulana”, en español, es también la prostituta, que vista desde marcos teóricos feministas opuestos puede ser tanto una de las mayores expresiones de la esclavitud de las mujeres dentro del patriarcado capitalista (Millet, 1973; Barry, 1979; Lagarde, 1990; MacKinnon, 1993), o bien una figura subalterna que logra apropiarse de su deseo teniendo agencia sobre su cuerpo, y alejándose de una práctica heterosexual, monogámica y reproductiva (Willis, 1981; Rubin, 1982; Preciado, 2009). En las dos corrientes, sin embargo, la trabajadora sexual aparece como una expresión de lo *inapresable*: es a la vez la abyección in/deseada y el deseo des/preciable –que tiene un precio–; una conjugación entre lo público y lo íntimo, lo trabajoso y lo placentero, la sumisión y la dominación.

heterosexual. Así entendida, una mujer podía ser aquella definida por su relación afectiva, política y comunitaria con otras lesbianas, trans, travestis y bisexuales. También es importante resaltar que no fue “mujer” la expresión adoptada, sino “mujeres” en plural, escapando de la trampa esencialista que asume a dicha categoría como uniforme y estática.

El carácter relacional de la identidad, tal como fue propuesta desde este colectivo, es clara, especialmente si analizamos un segundo término que destaca de su lema: el amor. “Mujeres que *aman* a mujeres”. Esta referencia también ancló a La Fulana en una tradición richeana, pero, a diferencia del *continuum lesbiano* que contenía a toda una amplia gama de formas de afectarse y vincularse entre mujeres, el amor como lo planteó este grupo no excluía al erotismo ni al sexo, al contrario, lo señalaba directamente. Pensemos sólo en el fuerte involucramiento de LF en el activismo a favor del matrimonio igualitario. Reconociendo esa lucha también se comprende mejor el uso estratégico del significante “mujeres”:

(...) la voluntad política de adquirir derechos y reconocimiento legal y social en la Argentina de principios del siglo XXI requería de una integración identitaria que resaltase los aspectos más ajustados a la ideología dominante, una especie de anclaje significativo en el flujo de lo “válido” y lo “permitido”: una lesbiana *debe* ser también una mujer, pasible de ser leída como tal e integrada al ámbito de lo público. (Noceti, 2019, p. 49)

Hablar del amor –al contrario de lo que sostuvieron quienes acusaron a LF de romantizar a la monogamia– fue un gesto osado porque con él se apropiaron de un término hasta entonces sólo reivindicado por la institución de la heterosexualidad (ya sea dentro de las parejas normativas como en el amor filial)¹³⁵. Al igual que hicieron con la categoría “mujeres”, el amor como espacio

¹³⁵ El problema del amor y el nombre tiene una larga tradición dentro del colectivo LGBTTTQ. Aparece, por ejemplo, explicitado en el título del libro de Norma Mogrovejo sobre la historia del activismo lésbico latinoamericano: *Un amor que se atrevió a decir su nombre* (2001). Con él se alude al poema *Dos amores* (también conocido como *El Bosque del Pecado*) de Lord Alfred Douglas, publicado en 1894. Este poema fue usado en contra de Oscar Wilde en su proceso de enjuiciamiento por “indecencia grave”, como prueba de su homosexualidad. Uno de los fragmentos más famosos del poema dice: (...) *¿cuál es tu nombre? Él respondió: “Mi nombre es Amor.” /Inmediatamente, el primero se dio la vuelta hacia mí/y grito: “Está mintiendo, ya que su nombre es Vergüenza, /pero yo soy Amor, y yo estaba/acostumbrado a estar/solo en este bello jardín, hasta que él vino/sin ser llamado durante la noche; yo soy el verdadero Amor, /yo lleno los corazones de ella y de él con fuego mutuo.” /Después suspirando, dijo el otro: “Entonces permíteme que me presente, /yo soy el Amor que no se atreve a pronunciar su nombre.”* Nombrar al amor y a le amade, aparece aquí como un acto que contrarresta la vergüenza, como una forma de empoderamiento y de legitimación de aquello que no es norma(l)tivo.

discursivo se amplió para incluir la diversidad y otras formas de relacionarse, como podían ser el poliamor, las comunidades de cuidado LGBTTTQ o las maternidades lesbianas. Como sostiene Arnés (2016), esa *indefinición* que sobrevuela a los sentidos de “mujer” o “amor” —y que podría pensarse como un riesgo que atenta contra la visibilidad lésbica— es justo “la condición de entrada de lo lesbiano en el campo cultural, se convierte en una ‘paradoja estructurante’ pasible de ser leída como estrategia misma de representación” (como se citó en Noceti, 2019, p. 107).

El “amor” reapareció años después en el eslogan que adoptó la Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, a la cual La Fulana se encontraba afiliada y ayudó a conformar. Durante la campaña por la legalización del matrimonio igualitario, la FALGTB sostenía: “El mismo amor, los mismos derechos, con el mismo nombre”. Una vez más, se llevaba a cabo una reconfiguración de esos términos que previamente se habían restringido a las relaciones heterosexuales. En el transcurso de esta campaña, también el concepto de familia se amplió, abarcando a las familias sin hijos, a las comaternidades y a los lazos familiares no consanguíneos, pero también incluyó a los lazos afectivos elegidos. La Iglesia y los sectores más conservadores de la sociedad pedían que el colectivo LGBTTTQ encontrara otras expresiones para nombrar tanto al lazo matrimonial como al familiar, argumentando que no se podía deformar el significado que tradicionalmente habían tenido ambas instituciones. Nuevamente, el lenguaje emergía como un terreno político y una arena de disputa cuya configuración no se mantenía inmóvil, sino que se forjaba como resultado de las luchas entre los sectores dominantes y conservadores, por un lado, y los grupos oprimidos o minoritarios, por el otro.

A partir de la extracción de clase de quienes integraron La Fulana —mayormente provenientes de los sectores populares— propongo una forma más de pensar esta estrategia de la *indiferenciación nominal*. Sugiero que en la apropiación de la expresión *fulana* habría también una evocación a la tradición del mundo clásico por la que “sólo los nobles tenían un nombre propio (...). El resto eran los ‘proletarios’, una vasta masa de ‘sujetos innominados’ (Amaro 2010, p. 232). Como bien indica Amaro, el *nombre propio* se convierte en una herencia que no solo refleja el patrimonio material, sino también lo patronímico, es decir, el nombre del padre y los linajes que trascienden en la genealogía. Ahora bien, si las fulanas son desheredadas, entonces se desvinculan de cualquier relación de subordinación y legalidad con “el padre”, permitiéndose una amplia libertad de acción, expresión y pensamiento —al carecer de la imposición de tradiciones a

seguir. En esta ruptura entre propietario y propiedad, entre linaje y herencia, e incluso entre autor y obra, ¿acaso no estaban las fulanas destruyendo la relación lineal entre significante y significado, haciendo un gesto, en cambio, hacia todas las posibilidades del “decir”? Más que una noción de propiedad, en este contexto, surge la idea de *apropiación* y transgresión, que desafía los límites establecidos y abre paso a nuevas perspectivas y horizontes de significación.

También en el grupo de la revista *Baruyera. Una tromba lesbiana feminista* encontramos la adopción de la *indiferenciación* como estrategia nominal¹³⁶. “Baruyera”: ¿dícese de...quien hace “barullo”? Como señalé anteriormente, el principal objetivo de la revista era intervenir en los discursos hegemónicos a través de la divulgación de pensamiento disruptivo y disidente. En este sentido, sugiero que el grupo, al apropiarse “incorrectamente” de la expresión *barullo*, se embarcó en un debate en torno a la lengua como campo de disputa, cuestionando a la institución encargada de salvaguardar la integridad del español como idioma: la Real Academia Española (RAE). Al acuñar la palabra “baruyo”, que se consideraría “mal escrita” según las normas establecidas, surge una clara intención de resistir la ortodoxia normativa del lenguaje, al mismo tiempo que se acepta la distinción lingüística entre *lengua*, entendida como el sistema de signos, y *habla*, la manifestación concreta de esa lengua, o el uso individual y situado del sistema. El lenguaje como un terreno de disputa reaparece en la estrategia concreta que adoptó *Baruyera* para mal-nombrarse, o, mejor dicho, nombrarse de forma paródica o burlesca por fuera del sistema institucionalizado de la lengua.

El nombre de la revista alude a significantes como el ruido, la agitación, el alboroto y el caos generados por una “tromba lesbiana feminista” que, por cómo se enuncia, describe a un

¹³⁶ La única persona que fue parte del grupo editorial de esta revista y a quien pude contactar es Paula Torricella. Al consultarle sobre el nombre de la revista y el uso “incorrecto” de la palabra “barullo”, admitió que nunca había notado ese error ortográfico. Dado que ella no formaba parte del grupo fundador, no pudo justificar esa elección. Por lo tanto, mi análisis de esta estrategia nominal se basa en la asociación libre que hice como lectora de la revista, a partir del sugerente nombre que eligieron para bautizarla. El enfoque que adopté fue la *yuxtaposición*, es decir, la combinación elementos o ideas heterogéneas de manera inesperada o no convencional para generar nuevos conocimientos. Para ilustrar este enfoque, puedo mencionar cómo Donna Haraway combinó elementos de la ciencia ficción, la teoría feminista y la teoría de la ciencia para reflexionar sobre la identidad y la tecnología, o cómo Walter Benjamin en su ensayo *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica* yuxtapuso el arte tradicional con la nueva realidad tecnológica de la reproducción mecánica para explorar cómo cambia nuestra percepción de la cultura. Siguiendo esta línea, propongo analizar la revista *Baruyera* en yuxtaposición con la obra de la poeta Susana Thénon. Es importante destacar que esto no implica que haya alguna conexión entre las editoras de la revista y la poeta argentina, ni tampoco una inscripción explícita o implícita en aquella genealogía. Mi objetivo es explorar nuevas perspectivas y posibles asociaciones que enriquezcan el análisis de la revista, sin sugerir relaciones que no existen.

grupo tumultuoso. Aunque el término “baruyera” no refiere directamente a “lesbiana” en español, el análisis de la propuesta política y cultural de la revista derivó en que, si una lesbiana es aquella que carece de voz y visibilidad en el sistema hetero-cis-patriarcal, entonces, su posibilidad de aparición está relacionada con su capacidad de ser estridente, experimental, marginal y desafiante del canon establecido, explorando los límites de la subjetividad y lo que se considera como ordenado y normal. La idea del grito y el caos que conjuga la palabra “barullo” me conduce directamente en la literatura argentina a la obra de la poeta argentina y lesbiana Susana Thénon. En particular, al poema que abre el libro *Ova Completa* (1987): “¿Por qué grita esa mujer?”.

El barullo como el grito tienen un efecto desautorizante de las voces de las mujeres en la cultura patriarcal, y esa desautorización está directamente relacionada con la locura, el silencio y el olvido: “(...) ¿por qué grita?/*que no estorban*/la mujer/y esa mujer/¿y estaba loca esa mujer?/Ya no grita/ (¿te acordás de esa mujer?)” (Thénon, 1987). Podríamos decir que en el poema no es la mujer quien eleva el grito, sino que es cierta voz de la cultura la que escucha y enuncia lo que oye, la que duda, la que censura. Las mujeres y las lesbianas alzan la voz y crean un “baruyo” como una forma de resistencia. Por otro lado, las lecturas de este poema que asocian a la “mujer loca que grita” con las madres de Plaza de Mayo, restituyen la problemática de la des/aparición, esta vez en relación al lesbianismo y su aparente ausencia en los archivos, la historia y la literatura.

El poemario *Ova completa* está lleno de sarcasmo, humorismo, intertextualidades, ambivalencias en la enunciación y transgresión de los géneros, todos componentes que armaron como en un *montaje* a este libro. Del mismo modo, la revista *Baruyera* exhibió una diversidad de expresiones literarias, desde historietas hasta ensayos teóricos, anécdotas personales y reflexiones paródicas sobre el lesbianismo y el feminismo. Además, al igual que la obra de Thénon, esta revista lúdica y mutante mostró una apertura hacia una pluralidad de voces, a veces, también contradictorias. Por ejemplo, en sus diferentes números no hay una línea editorial coherente con respecto al trabajo sexual, la maternidad lesbiana o el papel del Estado en las políticas feministas, sino que existen opiniones cambiantes. La indeterminación alude significativamente a la recopilación y a la multiplicidad de voces de autores y autoras. Encuentro a este uso ventrílocuo como un rasgo constitutivo del staff baruyero, como sugiere la presentación de la revista:

Las Editoras de Baruyera no se responsabilizan por las opiniones expresadas en la revista por lxs autorxs. De hecho, nadie nos pidió que fuéramos “sus responsables”, y, como resulta evidente tras la lectura atenta, se las arreglan solitxs para hacer lío.

Finalmente, rezan los versos del poema “Antología” de Susana Thénon: “¿Tú eres/la gran poetisa/Susana Etcétera?”. “Susana Etcétera” es alguien cuyo apellido ha sido omitido, resultando en su falta de identificación. Me interesa enfatizar que el término *etcétera* refiere no sólo a una indiferenciación, sino que contiene “al mismo tiempo la proyección de un nosotras que se hace colectivo en dicha fórmula al expresar continuidad o potencialidad de ser” (Hernández, 2014, p. 81). Al igual que en *Baruyera*, la posibilidad de hacerse ruidosa, disidente, contestataria, gritona, incómoda y revoltosa está abierta hacia el *nosotras*: sólo hace falta tomar el lenguaje y hacerle decir disparates –tales como que las lesbianas existen– dentro de la coherencia coercitiva del discurso dominante.

d. Injuria nominal y nomadismo identitario

El lenguaje que hablás está hecho de palabras que te matan.
Les Guérillères, Monique Wittig

Desde un marco político y teórico diferente, Malas como las Arañas (MCA) también eligió nombrar a su colectivo sin hacer alusión directa o indirecta a la influencia de una persona específica en su genealogía. Muy por el contrario, retomó uno de los conflictos que están en el corazón de la representación –a través del cual el grupo opresor nombra a les subalternes– e hizo de la “reivindicación de la injuria” una puerta hacia la visibilidad (Gutiérrez, 2021). El nombre del colectivo es la reapropiación de un insulto con el que la abuela de una de las integrantes molestaba a su nieta por ser torta, diciéndole “sos mala como las arañas”. En ese uso del insulto aparece claramente el lenguaje como un territorio de disputa y es, de todas las anteriores, la estrategia que deja más en claro la “extranjería” de los nombres al señalar que el origen de la expresión viene de un afuera constitutivo, pero cuyo poder se pone en discusión.

Esta forma de elegir el nombre encuentra su genealogía en una tradición ya histórica por la cual diferentes grupos de oprimidos se han apropiado de términos peyorativos con distintos fines, como pueden ser: desafiar la narrativa dominante; reclamar una identidad o reinterpretarla, dándole al insulto un nuevo sentido que refleje la lucha; desactivar el poder difamatorio de la

injuria al quitarle su impacto negativo y afirmando la agencia de los grupos subalternos, entre otras. El uso de palabras como “tortillera”, “marica” o “puto” por personas de la comunidad LGBTTTQ es parte de esta genealogía, así como lo es el mismo concepto *queer*, el cual dejó de ser un insulto para nombrar a un amplio movimiento post-identitario. El término *queer* históricamente ha sido una de las expresiones de lo invivible, lo inhabitable o lo abyecto. Significa literalmente “la acción de arrojar fuera, desechar, excluir, y, por lo tanto, supone y produce un terreno de acción desde el cual se genera la diferencia” (Butler, 2020, p. 19). Al ser un término relacional que marca un borde adentro-afuera, una vez resignificado cambia también el sentido de aquello a lo que definía por exclusión: la normalidad.

En el caso de Malas como las Arañas, la resignificación del insulto no propuso nuevos bordes, pero sí cierto terror discursivo que señalaba que nadie está a salvo de las palabras. En lugar de dejarse hablar por el lenguaje:

(...) este lesbianismo habla su (im)propia lengua, la tortilengua, en la cual es posible ensayar una narración diferente en la que esa misma palabra utilizada para disciplinar y estigmatizar se presenta como la ocasión de señalar un *êthos* o modo de ser en común, la pertenencia a una comunidad, los balbuceos de un modo de resistir y residir en el mundo. (Cano, 2016, p. 329)

No cediéndole ninguna palabra al opresor, desafiaban a les odiantes para que sean ellos quienes tuvieran que salir a buscar nuevas expresiones porque las que venían usando ya no eran eficaces ni como ofensa, ni como estigma o amedrentamiento.

En una entrevista que dieron al diario Página12 en el 2010, MCA se describieron como “anormales, terroristas y tortilleras” porque su objetivo era incomodar apropiándose de los insultos y así develar las opresiones sexo-genéricas que sostenían los roles de género. La idea del *terrorismo lésbico* fue sostenida por las Malas, en principio, como respuesta lúdica a las acusaciones que recibían de sus compañeras y compañeros de militancia en partidos de izquierda que las llamaban “terroristas” y, luego, como una forma de reivindicar el insulto y la calle como un espacio a ser intervenido. Además, representaba el objetivo de atentar contra los valores morales conservadores. Era una interrupción simbólica, cultural y política al orden establecido que buscaba ser destruido para instalar, en cambio, el terror del fin de la heterosexualidad obligatoria.

Este colectivo, como ya argumenté, tuvo una afinidad política y afectiva con el grupo Fugitivas del Desierto, con quienes compartieron elaboraciones poé(lí)ticas sobre el placer, la rabia, el terror y el nomadismo. En este sentido, una muestra fotográfica elaborada por el colectivo neuquino, titulada *Contra/bando*, también aludía de cierto modo al terrorismo como una forma de instalar el conflicto en donde la amenaza a la heterosexualidad generaba cierto pánico conservador. El texto que acompañaba la muestra decía:

es la fractura en la economía de los deseos introducida, sin permiso, por el deseo lésbico/ es el disturbio que altera la tranquilidad heteropública/ es la zona de fricción donde el deseo no es dócil/ es política sin fronteras, contra la policía del género, contra la coerción de la soberanía corporal/es celebrar los modos en que hacemos vivibles nuestras vidas/ es hablar desde la impugnación de nuestra palabra por la ley heteronormativa/ es instalar el conflicto en la geografía urbana, para que emerja el mapa de la jerarquía del deseo, el valorado y legitimado, y el nuestro, el deseo tortilla, estigmatizado e ilícito/ es amenaza desde el lugar de la degradación, del que hicimos una posición habitable y de contestación (...).¹³⁷

La intertextualidad-genealogía con *Les Guérillères* (1969) de Wittig aparece con fuerza; “su saber rivalizó con éxito con los saberes oficiales a los que no tenían acceso, los desafió, los atrapó, los hizo parecer ineficaces” (Wittig, 2019, p. 134). Como se ve a partir de ese fragmento, la figura de las guerrilleras, que son lesbianas que se rebelan contra el patriarcado en búsqueda de liberación y autodeterminación, establece similitudes con las narrativas presentes en el activismo de Malas como las Arañas y las Fugitivas del Desierto.

El erotismo lésbico, celebrado por los personajes de ficción de Wittig, también resuena en la expresión “lo hacemos por placer” de las MCA, encontrando eco en el texto *Obreras del placer*, que fue parte de una performance de las fugitivas donde se exaltaba al placer como una forma de rebeldía. La voz narradora de las guerrilleras recita: “ellas dicen que aprehenden sus cuerpos en su totalidad. Dicen que no privilegian alguna de sus partes con el pretexto de que alguna vez fue objeto de una prohibición” (Wittig, 2019, p. 86). Asimismo, esto entra en conversación con el famoso ensayo de Audre Lorde, poeta y activista feminista afroamericana, “Usos de lo erótico: lo erótico como poder”. Allí, esta pensadora define a lo *erótico* como una fuerza vital y creativa que existe dentro de todas las personas y que va más allá de lo puramente sexual; su poder proviene de la capacidad de conectar a las personas con su pasión, sensibilidad y autoconocimiento, pues

¹³⁷ Extraído de: <http://potenciatortillera.blogspot.com/search?q=contra%2Fbando>

implica desconocer la alienación patriarcal y capitalista que promueve la desconexión de las personas con su cuerpo para perpetuar su opresión. Tanto en Fugitivas del Desierto como en Malas como las Arañas, la conexión entre el trabajo, la política y el placer presentaron una fuerza innovadora y una creatividad que le reclamaba a lo erótico su poder desestabilizador de los roles sexuales.

Por otro lado, el grupo MCA firmó muchas de sus intervenciones como “Lesbianas rabiosas”, “Tortas en primavera”, “Lesbiana rábica y disidente”, “Arpías que fuman telaraña” o “Lesbianas perras rabiosas feministas”. De manera similar, las Fugitivas del Desierto se valieron de nombres como “Trolas del Desierto”, “Trolitas”, “Lesbianas fugitivas” o “lesbianas pendencieras” para suscribir sus acciones, lo cual sigue siendo parte de un tejido político-afectivo entre estos dos grupos. La profusión de nombres en constante mutación evoca el concepto de *nomadismo*¹³⁸ desarrollado por Rosi Braidotti (1993). Esta filósofa argumenta que las identidades no están arraigadas en una esencia fija, sino que se encuentran en un continuo devenir, moldeadas por una multiplicidad de relaciones y experiencias. El *nombre* se convierte entonces en un espacio hospitalario pero errante, manifestando el perpetuo devenir colectivo de la identidad concebida, más bien, como una subjetividad en un “proceso socialmente mediado de atribuciones y negociaciones con las relaciones de poder” (Braidotti, 2014, p. 168), aunque enmarcada en una *duración* específica. El lenguaje, así, es a la vez externo –“una precondition ontológica para la constitución del sujeto”– e interno, porque “es constitutivo del sujeto” (Braidotti, 2014, p. 165). Por ello es tan interesante la estrategia nominal nómade que adoptaron las FD y MCA, porque convierten al lenguaje en una micro-política desde donde resistir al discurso en tanto sitio de producción de subjetividad. Como sostiene de Lauretis al comentar la obra *Les Guérillères*, la lesbiana aparece como quien tiene una “conciencia de la contradicción (‘el lenguaje que hablas está hecho de palabras que te están matando’); una conciencia de escribir, vivir, sentir y desear en la no-coincidencia de experiencia y lenguaje, en los intersticios de la representación” (2014, p. 23).

Si las palabras pugnan por sostener dentro de sí determinados significados fijos, entonces, el cambio de una identidad pero manteniendo el mismo nombre, o viceversa, el cambio de

¹³⁸ Es interesante señalar que, en la obra *Les Guérillères*, las protagonistas son llamadas también como “nómades”.

nombre para referirse a la misma identidad, desestabiliza el poder coercitivo del lenguaje que limita la capacidad de acción de los sujetos para producir sentidos nuevos. El uso concreto y situado del lenguaje es una forma de crear *mater-realidad* (Braidotti, 2014). Así, sugiero que las Malas como las Arañas y las Fugitivas del Desierto sostuvieron en su práctica nominativa un ensayo concreto del *darse-hacerse-nombre*.

Consideraciones finales

A despecho de variaciones importantes, se encuentra un núcleo resistente, un hilo conductor, una especie de leitmotiv en cada historia de vida. Esas características de todas las historias de vida sugieren que estas últimas deben ser consideradas como instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales.

Michael Pollak, *Memoria, olvido y silencio*

En este trabajo me propuse presentar narrativas del activismo lésbico en Argentina que trazaran continuidades entre el testimonio personal y el relato colectivo. Más allá de contribuir a la reconstrucción de esas historias, mi enfoque se centró en resaltar las diversas perspectivas que se fueron consolidando dentro del activismo, así como las contribuciones teóricas que aportaron las lesbianas y las prácticas políticas con las que nutrieron al movimiento LGBTTTQ y a los feminismos. Abordé cuestiones como los significados y desafíos de ser lesbiana en diferentes contextos del país, la exploración colectiva sobre la autonomía que un grupo puede construir en relación con las instituciones, las mutuas influencias entre la identidad sexual y la pertenencia político-afectiva a un movimiento más grande, entre otras cuestiones relevantes. Los proyectos artísticos, literarios y performáticos de las lesbianas, junto con las campañas informativas y los lobbies legislativos también ocuparon un lugar importante en el desarrollo de cada capítulo.

Sin embargo, diversas cuestiones quedaron fuera del alcance de la tesis. Mi interés inicial por comprender cómo el activismo resignificaba las experiencias personales del lesbianismo y, a su vez, cómo el lesbianismo reinterpretaba al feminismo, no pudieron ser analizadas con profundidad. Estas ideas se quedaron más bien expresadas como hipótesis, a través de las que sugerí claves de lectura para las narrativas presentadas en este trabajo, arraigadas (y justificadas) en los testimonios de las activistas con sus procesos subjetivos y políticos en relación a los grupos a los que pertenecían. Por otro lado, un tema que cobró relevancia durante el trabajo de campo del último tiempo fueron las redes afectivas y amorosas entre lesbianas, quizás, como el principal sostén del activismo político o, al menos, como un componente fundamental del mismo. Muchos de los testimonios citados a lo largo del texto dan cuenta (y dan vida) de esas *afecciones* que se

develaron como profundamente políticas, es decir, esas “pasiones alegres” en términos spinozianos, que aumentaron la potencia y el caudal de acciones que las activistas llevaron adelante. En relación con lo anterior, tampoco pude profundizar demasiado en la amistad como el pilar de las grupalidades y también como la causa de su disolución.

Las genealogías de los colectivos lésbicos, aunque se presentaron en el último capítulo, requieren un estudio más detallado. Esto se debe a que la teoría lésbica y feminista fue un motor importante de los activismos locales, pero la literatura también aportó un caudal igualmente significativo en términos de referencias simbólicas a la tradición del lesbianismo en Argentina. Un análisis de las obras producidas por las activistas y los colectivos habría sido de gran utilidad en este punto, pero excedía los objetivos planteados inicialmente para mi trabajo. Además, las corrientes “autonomista” e “institucionalista” deberían haber sido desarrolladas más a fondo. Aunque, como sostuve en la tesis, no se trataba de dos movimientos puros basados en premisas ideológicas opuestas. Cuando comencé a distinguir sus objetivos y apuestas, me propuse delinear esas diferencias en los capítulos, pero queda pendiente para futuras investigaciones dedicar un análisis más detallado a sus aspiraciones y a cómo contextos concretos exigieron al ala autonomista y al ala institucional del movimiento generar alianzas específicas con actores como el Estado u ONGs, lo que finalmente resultó en experiencias híbridas de autonomía y cooperación.

El tema de investigación, concebido desde el cruce entre los Estudios Feministas y la Sociología, resultó en un trabajo mayormente histórico, quizás más descriptivo que analítico. Lo que inicialmente constituía un único capítulo histórico, abordando antecedentes importantes del activismo lésbico en Argentina, se convirtió, a través de un proceso de profundización, en el enfoque principal de la tesis. Esto se debió a la necesidad de establecer un contexto comprensible para analizar las experiencias de lesbianismo en un país donde los recursos económicos y culturales, así como la información, se distribuyen y consumen desigualmente y, por tanto, el esfuerzo activista por revertir esa situación implicó trabajos muy distintos. Aún así, considero que mi tesis constituye una contribución fundamental al estudio del lesbianismo en Argentina, en particular, por tratarse de una investigación empírica que nutre los relatos de experiencias lésbicas mediante la construcción de voces colectivas.

La sexualidad y la intimidad sacadas del clóset estuvieron en la base de las intervenciones culturales y políticas abordadas en los capítulos, y su exposición pública fue lo que convirtió al

activismo lésbico en un agente provocador que suscitó la resistencia, inclusive, de muchas feministas. En el recorrido histórico que tracé, fui señalando encuentros nacionales de lesbianas, jornadas de reflexión, lobbies para la aprobación de leyes, manifiestos políticos, marchas, manifestaciones y publicaciones de libros, entre otras actividades. Estas iniciativas, en más de una ocasión alcanzaron una difusión a nivel nacional a través de los medios de comunicación masiva y resonaron en el Congreso de la Nación, llevando la discusión inicialmente planteada en un grupo de amigas o en un colectivo cerrado de activismo a toda la sociedad y su cultura. Por tanto, considero que mi trabajo trata sobre la historia tanto política como afectiva lésbica.

Las entrevistas, fotografías prestadas, testimonios y experiencias compartidas ayudaron a sacar los recuerdos de su carácter personal, e incluso los secretos pasaron a tener en mi trabajo una tenencia compartida. Los archivos y fuentes generados por el activismo sugieren que la memoria es un patrimonio de los movimientos sociales. Al poner en común estos testimonios, se previene el riesgo de considerar la intimidad como un asunto meramente privado, lo cual podría despojarnos de la potencia política que tiene lo personal.

Con la propuesta de un abordaje histórico al activismo lésbico logré contrarrestar dos tendencias presentes en los estudios académicos. Una de ellas es la que ha relegado la presencia de las lesbianas dentro de los movimientos feministas o del movimiento LGBTTTQ, sin considerar la especificidad aportada por el activismo sostenido desde una experiencia de doble exilio: tanto de la categoría “mujer” como de la heterosexualidad como institución. Por otro lado, el mapa de narrativas conformado por entramados de activismos a nivel federal desmanteló la noción de que Buenos Aires fue (y es) el epicentro del activismo lésbico. Esto se evidenció, por ejemplo, al señalar cómo en la década del dos mil el activismo lésbico floreció en ciudades y provincias antes ignoradas por la academia, no como resultado de un desborde del activismo porteño, sino influido por el activismo lesbofeminista en la región latinoamericana y gracias al trabajo informativo impulsado por las lesbianas rosarinas a través de la lista de correos Safo_piensa.

Sin embargo, la invisibilidad que acusaron parte las activistas lesbianas a lo largo de su historia política sigue estando latente. La relevancia de mi tesis en este contexto radica en la recuperación de una amplia gama de testimonios y experiencias mediante el uso de la historia oral y de la sistematización de archivos existentes. En este sentido, destaco la tenacidad con la que estas memorias pugnan por emerger en una cultura que constantemente las relega al olvido.

Además, es importante señalar cómo los archivos documentales y orales desarrollados en la tesis cuestionaron una premisa muy difundida en la actualidad que asume una historia “común” entre el movimiento de mujeres, el movimiento LGBTTTQ y los activismoslésbicos. Como se detalla en los diferentes capítulos, las tensiones entre estos grupos fueron constantes, incluso al interior del movimiento de lesbianas que no adoptó una única postura respecto a esas alianzas. Por el contrario, se observó una multiplicidad de perspectivas sostenidas por las activistas lesbianas con respecto al discurso feminista, queer y de la diversidad sexual, que si bien no fueron necesariamente contradictorias, sí mostraron matices significativos.

En este sentido, la cartografía que me propuse trazar cuestionó la homogeneización de los activismos al explorar activamente las diferencias y las presuntas discontinuidades entre tradiciones, así como la contemporaneidad de corrientes teóricas y políticas en apariencia asincrónicas. Las posturas consideradas “disidentes”, “asimilacionistas”, “separatistas”, “transgresoras”, “institucionalistas” y “autónomas”, entre otras, convivieron al menos desde el retorno de la democracia en 1983, y lo que significaron para cada grupo que se identificó bajo alguna de esas categorías fue bastante disímil, como quedó en evidencia en el desarrollo de la tesis. Por ejemplo, la filosofía lesbofeminista sostenida en los noventa por el grupo Las Lunas y las Otras tuvo grandes diferencias con el lesbofeminismo de las Ultravioletas en los dos mil, e incluso con un colectivo contemporáneo como Lesbianas a la Vista, quienes finalmente se alinearon más cómodamente con el movimiento LGBTTTQ y presentaron más diferencias con el feminismo “mujerista” de su época. Del mismo modo, el activismo de La Fulana que intentó reunir las luchas feministas y de la diversidad sexual, con intervenciones que pueden incluso ser consideradas queer, fue un posicionamiento muy distinto al pensamiento queer desarrollado por el grupo neuquino Fugitivas del Desierto. Mientras que las primeras defendieron la lucha por el matrimonio igualitario como una conquista de los sujetos “abyectos”, en términos de Judith Butler, las segundas discutieron la institución matrimonial como una institución opresora y patriarcal, además de dirigirse hacia interlocutores muy diferentes.

Después de explorar diversas experiencias, destaco principalmente la riqueza de historias disponibles para narrar. Voces y perspectivas vinculadas a diferentes trayectorias políticas fueron entrelazadas, generando pluralidad en los testimonios sobre lo que la praxis políticalésbica representaba para las entrevistadas. Tras los análisis presentados, propongo que desde las

nacientes apariciones del activismo lésbico en la década de los setenta han emergido tres enfoques principales sobre el activismo, impulsando actividades dirigidas hacia distintos objetivos. Así, las activistas conceptualizaron el activismo, en primer lugar, como una *actividad* política; en segundo lugar, como una *actitud* hacia la esfera pública y privada, estrechamente vinculada a conceptos como visibilidad o la transformación de lo personal en una cuestión política; y, en tercer lugar, como la *activación* de nuevos sentidos o la búsqueda de una experiencia con el lenguaje propiamente lésbico. Propongo especialmente que este último sentido puede entenderse como una modalidad no convencional de activismo, estrechamente relacionada con la práctica de la escritura. Esta práctica emergió en las etapas iniciales del movimiento con el propósito de crear narrativas lésbicas locales, reflexionar sobre vivencias personales y generar teoría a partir de la experiencia, promover perspectivas positivas sobre el lesbianismo y armar redes entre lesbianas para facilitar el contacto y la mutua identificación, mediadas por el consumo compartido de cultura.

El surgimiento y la proliferación de proyectos editoriales de orientación lésbica o lesbofeminista, algunos de ellos de carácter semiclandestino, cubrió tanto el área literaria y ficcional, como política y teórica, adoptando un estilo mayormente experimental. Revistas y fanzines como los *Cuadernos de Existencia Lesbiana* del grupo lésbico compuesto por Ilse Fuskova, Adriana Carrasco y Josefina Quesada, *Codo a Codo* del Grupo Autogestivo de Lesbianas, *La sociedad de las extrañas* del grupo neuquino Fugitivas del Desierto o la revista de tirada larga *Baruyera*, lograron en diferentes momentos difundir narrativas lésbicas que se distinguieron del discurso promovido por el movimiento feminista y LGBTTTQ. Dichas narrativas incluían historias contadas en primera persona, poemas, ensayos teóricos, manifiestos políticos, solicitudes, información de carácter legal o médico, entre otras cuestiones relevantes. Además de la escritura, se sumaron prácticas como la traducción y difusión de textos –mayormente provenientes del norte global–, las performances, lecturas de poesía como expresiones corporales y políticas, y la creación de archivos como formas de compromiso integral activista.

La intersección entre arte y política se propuso desde temprano problematizar las representaciones del lesbianismo, una tendencia que fue creciendo a lo largo de los años y que se fue diversificando gracias al intercambio entre localidades. La progresiva federalización del movimiento lésbico y LGBTTTQ se materializó a través de la realización de encuentros nacionales,

cuya naturaleza evolucionó desde el Primer Encuentro Nacional de Personas con Sexualidades Diferentes en 1996 hasta la Celebración de las Amantes en 2012, que constituye el último evento examinado en la tesis. Los Encuentros Nacionales de Mujeres también sirvieron como espacios de encuentro, debate y diálogo para las lesbianas. Este fue un terreno inicialmente disputado y, posteriormente, afirmado. Algunas activistas lo mantuvieron como un espacio de intervención central, mientras que otras migraron a redes específicamente lésbicas, aunque sin renunciar por completo a los circuitos feministas. En todos estos encuentros, la distribución de revistas y fanzines, así como la presentación de performances pensadas específicamente para ser compartidas con lesbianas de circuitos diferentes a los habituales, y la organización de eventos musicales como los llevados a cabo por la Lesbianbanda o la Banda Lavanda, jugaron un papel fundamental. Estas actividades se convirtieron en matrices esenciales de un folklore lésbico que estableció una tradición de encuentros políticos permeados por prácticas artísticas y culturales.

En relación con lo anterior, también me interesa señalar esa “gramática activista” que promovieron las lesbianas con fuertes consignas ligadas al placer, a la amistad, a lo festivo y a lo lúdico. Esto resulta significativo, especialmente en contraste con los discursos más mortíferos y victimistas promovidos por ciertas corrientes feministas en la misma época. Las Baruyeras, abogando alegremente por el aborto; el lema “lo hacemos por placer” de las Malas como las Arañas; las performances y escritos satíricos de las Fugitivas del Desierto; el vínculo afectivo de las Ultravioletas; las reuniones artísticas de Cero en Conducta y, anterior a todo esto, la participación de activistas lesbianas en programas televisivos durante los años noventa, desviando las preguntas de los conductores sobre su felicidad hacia lugares más políticos, o el ingenio con el que las lesbianas perturbaban a las feministas en el 8M con su persistencia y rebeldía. Tal vez “pícaro” sea una palabra adecuada para describir el activismo lésbico. Queda pendiente para futuros trabajos explorar el uso intensivo de la ironía y la sátira en los textos, eslóganes y discursos promovidos por las lesbianas.

La utilización del espacio público como un lugar destacado para expresar demandas políticas es otro aspecto crucial. En contraste con el secretismo que caracterizó los encuentros entre lesbianas en las décadas del sesenta y setenta, la politización de la identidad y la visibilización en entornos públicos surgieron como manifestaciones legítimas para afirmar la “diferencia” a partir de los ochenta. Este enfoque se alineó con el principio de que “lo personal

es político”, una consigna proclamada por el feminismo de la segunda ola. Este movimiento encontró en la autoconciencia una dinámica esencial para facilitar encuentros horizontales entre mujeres, donde se discutían de manera íntima las raíces culturales de la opresión. A pesar de ello, como revelan los testimonios presentados en mi tesis, el lesbianismo no pudo ser abordado dentro de esos primeros grupos feministas porque el tema pecaba por ser “demasiado íntimo”. Fueron las pioneras activistas lesbianas quienes desafiaron esa tradición de silencio y la lesbofobia (tanto externa como internalizada) destacando el componente político de la experiencia lesbiana y cuestionando al heterosexismo como una institución opresora para todas las mujeres.

Sugiero que en mi periodo de estudio, decir “soy lesbiana” en los grupos de concienciación, en las marchas feministas, en el trabajo, en la familia, en la escuela, en el club, en la calle y, posteriormente, también en el registro civil, tuvo una doble intención. Por un lado, buscaba desafiar la concepción convencional del sexo como un binario exclusivamente heterosexual y, por otro, pretendía resaltar una afiliación política con el feminismo o el lesbofeminismo. En otras palabras, el lesbianismo no solo representaba una identidad sexual, sino también una pertenencia ideológica y algún nivel de compromiso con el activismo (ya sea feminista, lésbico, homosexual o LGBTTTQ), especialmente porque en algunas ciudades asumir esta identidad conllevaba riesgos potenciales, como la posibilidad de despido, el rechazo familiar e incluso la violencia callejera. Hacia el nuevo milenio, gracias a la creciente diversificación del movimiento y la proliferación de narrativas lésbicas locales, hacer pública la identidad como lesbiana ya no implicaba necesariamente ser activista o feminista. Aunque no examiné en detalle el periodo posterior a mi recorte temporal, sospecho que después de avances culturales significativos como la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario que evidenció la masividad de la demanda, la resubjetivación política asociada con asumirse como lesbiana experimentó cambios importantes.

El activismo como una actividad política en términos más tradicionales, no por conocido fue un espacio carente de originalidad. La relación de las activistas y los colectivos con las instituciones requirió de varios ensayos internos y se nutrió ampliamente de la crítica externa. Algunos grupos distinguieron entre autonomía ideológica y financiera, mientras que para otros ambas estaban estrechamente vinculadas. A pesar de las acusaciones mutuas entre grupos, como ya sostuve, mi análisis no identificó expresiones activistas de institucionalismo puro, pero sí, en

cambio, de un autonomismo más reforzado. Quienes formaron parte de esta última corriente sostuvieron principalmente actividades autogestivas, con una estructura organizativa más informal y en grupos que no llegaron a ser masivos pero que alcanzaron un consenso ideológico que perduró muchos años, consolidándose como una fuerza duradera. El lesbianismo con un enfoque “autonomista” se arraigó de manera significativa en el movimiento de la disidencia sexual (distinguiéndose del movimiento de la diversidad sexual), con la morfología de su estructura horizontal y autofinanciada, su visión de la intervención política como un acto cultural y, en ocasiones, efímero, junto con su constante crítica a las instituciones debido a la percibida complicidad con el poder patriarcal y capitalista. Esta perspectiva parece prevalecer en los activismoslésbicos contemporáneos, aunque la confirmación de esta hipótesis se explorará en futuros trabajos.

Por el contrario, si algo no le ocurrió al activismo más vinculado a las instituciones fue precisamente “tener seguidoras”. Las activistas que ocuparon cargos públicos o trabajaron en instituciones fueron acusadas repetidamente de cooptación por el poder y se les exigió demostrar idoneidad en sus roles. Sin embargo, mi análisis sugiere que su participación en instituciones no las convirtió en tecnócratas de género o “femócratas”, según la terminología de la investigadora Valeria Hasan (2012). Estas activistas no respaldaron una agenda consensuada ni con organismos internacionales ni con representantes del Estado. Aunque influyeron en la agenda institucional, colaborando en metas compartidas con otros movimientos sociales e instituciones públicas, orientaron sus demandas hacia las necesidades surgidas primeramente del amplio movimiento LGBTTTQ. Su logro más significativo fue el reconocimiento por parte del Estado de la desigualdad estructural que afecta a las personas no heterosexuales. Esto se tradujo en dos acciones fundamentales: la conquista de derechos con beneficios redistributivos y la generación de información y estadísticas oficiales. Estas acciones permitieron al activismo mantener y organizar sus bases militantes.

En relación con las genealogías del activismolésbico en Argentina, como se evidenció a lo largo de la tesis, su clara dimensión internacional y dialógica destacó como un componente constitutivo del pensamientolésbico. En este sentido, como mencioné en el capítulo ocho, el lesbianismo puede ser comprendido principalmente como una afinidad política intertextual. Lo anterior no alude únicamente a las referencias simbólicas sobre lesbianismo provenientes de

otras latitudes y que las activistas argentinas adoptaron, sino también a la incorporación de estas activistas y pensadoras del sur en los debates globales acerca del feminismo y el lesbianismo. Estas conexiones transnacionales se entrelazaron en una red de diálogos y tensiones mutuas que enriquecieron y complejizaron la producción del pensamiento lésbico en su contexto local y global. Siguiendo la propuesta de la socióloga canadiense Dorothy Smith (2005), es mediante el diálogo que las experiencias adquieren significado, y sugiero ampliar esta noción para incluir la interpelación, la contestación, el disenso, el refuerzo, la duda y la pregunta.

En las historias de activismo lésbico que fui exponiendo en los capítulos previos encontré numerosos ejemplos de esta intertextualidad y diálogo internacional. Entre estos ejemplos, destacan los Encuentros Feministas y Lésbico-Feministas de Latinoamérica y el Caribe al que asistieron activistas argentinas en los ochenta y noventa; la circulación de folletos informativos sobre salud sexual y reproductiva que llegaron desde EE.UU. sobre el VIH/sida; el activismo lésbico de las argentinas dentro del Foro Social Mundial de Brasil en el 2003; los talleres de formación sobre aborto que propició la fundación holandesa *Women on Waves* o el curso que la dominicana Yuderkys Espinosa-Miñoso dictó en Mendoza para las Ultravioletas; los numerosos trabajos de traducción y los intercambios de revistas y boletines entre países de la región, entre otros.

Las genealogías del activismo lésbico, bajo la forma de *perelinajes* que destacan el tráfico no sólo de ensayos teóricos y literatura lésbica, sino también de nominaciones y descripciones para la experiencia del lesbianismo provenientes de diferentes partes del mundo, revaloriza la importancia del trabajo de traducción. Las activistas tempranamente identificaron que, ante la ausencia de expresiones para nombrarse o ante la falta de referencias simbólicas para adjudicarse una tradición, la búsqueda sin fronteras de una historia lesbiana no las convertía necesariamente en parias. Más bien, su inscripción en una trama internacional le otorgó al movimiento lésbico local una riqueza cultural y una densidad teórica inusual. Como ya sostuve, el flujo internacional no fue unidireccional. Las contribuciones teóricas, artísticas y culturales de las lesbianas argentinas han trascendido las fronteras nacionales, siendo reconocidas en diversos países. Por nombrar sólo algunas figuras destacadas: Ilse Fuskova presentó su fotografía de alto contenido erótico, titulada *El Zapallo*, en la exposición internacional “Mujeres fotografían mujeres de Munich”; Silvia Palumbo ha organizado orquestas de tambores con ritmos feministas tanto en

distintas regiones de Argentina como en Valencia y Ciudad de México; María Luisa Peralta, reconocida a nivel internacional, ha dejado su huella como activista con intervenciones que han impactado en espacios internacionales como la ONU y la OEA; y Val Flores ha impartido talleres y publicado sus libros en España y Chile.

En esta misma línea, la labor de “archivismo” que implica la colaboración entre el activismo político y la creación, preservación y difusión de archivos y testimonios sobre vidas lesbianas, resultó fundamental. Este esfuerzo conjunto desempeñó un papel crucial al revertir el despojo inicial sufrido por los grupos oprimidos: la pérdida de su propia historia. Las lesbianas se convirtieron así en las protagonistas y artífices de sus propias narrativas. Sin embargo, esto no significa que actualmente exista un reconocimiento amplio de sus aportes o una valoración de su historia. Por el contrario, persisten los desafíos para trazar genealogías y para seguir profundizando en el entramado cultural de sus narrativas.

En este contexto, la tesis emerge como un artefacto crítico que desafía las interpretaciones normativas de la historia y propone nuevas perspectivas para comprender las esferas privada, pública y política. Uno de los principales aportes de mi investigación fue destacar que detrás de las dinámicas de poder que atraviesan las identidades individuales subyacen las narrativas colectivas que impregnan cada acción, cada discurso y cada forma de resistencia. Asimismo, al adentrarme en el análisis de experiencias concretas de activismo, ahondé en un valioso aporte del mismo: su capacidad para legitimar formas de habitar y comprender el mundo desde una perspectiva lésbica, cuestionando los binomios entre cultura y naturaleza, lo afectivo y lo político, la literatura y la historia, la teoría y la vida. Los movimientos activistas locales han generado saberes a partir de sus propias experiencias y, a su vez, han ofrecido diferentes interpretaciones de lo social basadas en esas vivencias. En otras palabras, la *experiencia* (tanto para mi trabajo como para los activismos) fue objeto de reflexión y punto de partida para la construcción de conocimientos más amplios.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor (2019). *Notes to literature*. New York: Columbia University Press.
- Ahmed, Sara (2006). *Queer phenomenology. Orientations, objects, others*. Durham and London: Duke University Press.
- Ahmed, Sara (2004). *The cultural politics of emotion*. Great Britain: Edinburgh University Press.
- Ahmed, Sara (2010). La promesa de la felicidad. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Agencia Presentes (2023). *Buenos Aires marchó con Orgullo: fiesta y defensa de derechos antes del balotaje*. <https://agenciapresentes.org/2023/11/05/buenos-aires-marcho-con-orgullo-fiesta-y-defensa-de-derechos-antes-del-balotaje/>
- Alcoff, Linda; Potter, Elizabeth (Eds.) (1993) *Feminist Epistemologies* [Epistemologías Feministas]. New York and London: Routledge.
- Alcoff, Linda (1999). Merleau ponty y la teoría feminista de la experiencia (Larissa Zadorojny trad.). *Revista Mora*, (5), 122–138.
- Alexander, M. Jacqui; Mohanty, Chandra Tapalde (Ed.) (1997). *Feminist genealogies, Colonial legacies, Democratic futures*. New York and London: Routledge.
- Alonso, Rodrigo (2000). *La ciudad-escenario: itinerarios de la performance pública y la intervención urbana* [Jornadas de Teoría y Crítica]. Bienal de La Habana, Cuba.
- Amaro, Lorena (2010). Poética, erótica y políticas del nombre propio: de la magia a la autobiografía. *Aisthesis*, 47, 229–246. <http://philpapers.org/rec/AMAPEA>
- Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlans/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Anzorena, Claudia, Zurbriggen, Ruth (2011). Notas para pensar una experiencia de articulación por la ciudadanía sexual y reproductiva: la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito de Argentina. *Herramienta*, p. 1-9.
- Archivo Digital de la Comisión por el Derecho al Aborto. Wordpress.com. Recuperado el 4 de noviembre de 2023, de <https://comisionporelderechoalaborto.wordpress.com/>
- Arfuch, Leonor (2002a). *El espacio biográfico. Dilemos de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (2002b). “Representación”. En Altamirano et al., *Términos críticos de sociología de la cultura* (p. 206-211). Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, Leonor (Comp.). 2005. *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (2014). Espacio biográfico, memoria y narración. En G. Murillo Arango (Ed.), *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria* (p. 297–309). Retrieved from <http://www.jstor.com/stable/j.ctvtxw30v.15>
- Arnés, Laura (2016). *Ficciones lesbianas. Literatura y afectos en la cultura argentina*. Buenos Aires: Madreselva.
- Arnés, Laura, Kratje, (2022). *Hacia nuevos modos de vivir en común: escenas de intemperie, ciudadanías generizadas y textualidades desobedientes. Un archivo feminista de la cultura argentina de los siglos XX y XXI*. Proyecto de Investigación Plurianual, Convocatoria 2022-2024.
- Arpías (2012). *Arpías - Salta*. [online] Potenciatortillera.blogspot.com. Disponible en: <<http://potenciatortillera.blogspot.com/2012/06/arpias-salta.html#more>> [Consultado el 11 de septiembre 2022].
- Asociación Civil Centro de Estudios Legales y Sociales (2017). *El derecho a la protesta social en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro de Estudios Legales y Sociales.
- Asociación por los Derechos Civiles, & Identidad & Diversidad (2017). *Los derechos LGBT. Estándares Internacionales y Nacionales*.
- Bach, Ana María (2010). *Las Voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Bacin, Gabriela y Gemetro, Florencia (2011). Comaternidad: experiencias, autodefiniciones y derechos. En Felitti (Coord.), *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*. Buenos Aires: Ciccus.
- Bajtín, Mijaíl (1982). «De los apuntes de 1970-1971», en *Estética de la creación verbal*. (p. 354-380). México: Siglo XXI.
- Barranco, Paula (2019). *Recorrido histórico sobre el surgimiento del movimiento LGTB en Rosario (1983-2001)*. IV COLOQUIO INTERNACIONAL. Saberes contemporáneos desde la diversidad sexual: teoría, crítica, praxis.
- Barrancos, Dora (2014). Géneros y sexualidades disidentes en la Argentina: de la agencia por derechos a la legislación positiva. *Cuadernos Inter.c.a.Mbio Sobre Centroamérica y El Caribe*, 11(2), 17. <https://doi.org/10.15517/c.a.v11i2.16716>
- Bazán, Osvaldo (2004). *Historia de la homosexualidad en Argentina. De la Conquista de América al siglo XXI*. Buenos Aires: Marea.
- Bedregal, Ximena (2011). El feminismo autónomo radical: una propuesta civilizatoria. En Espinosa, Damián, *Un fantasma recorre el siglo luchas feministas en México 1910-2010*. México: UAM-X
- Bellotti, Magui (2004). El feminismo y el movimiento de mujeres. Prácticas y discursos sobre sexualidad y lesbianismo. *Revista Brujas*, 30, p. 36-42.
- Bellucci, Mabel (2010). *Orgullo. Carlos Jáuregui. Una biografía política*. Buenos Aires: Emecé.
- Bellucci, Mabel (2014). *Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Bellucci, Mabel, y Queiroz, Juan (2020a). Nosotras, las homosexuales. Las primeras mujeres de la CHA. *Moléculas Malucas*. <https://www.moleculasmalucas.com/post/nosotras-las-homosexuales>
- Bellucci, Mabel, y Queiroz, Juan (2020b). Codo a Codo. Visibilidad y empoderamiento lésbico. *Moléculas Malucas*. <https://www.moleculasmalucas.com/post/codo-a-codo>
- Bellucci, Mabel y Rapisardi, Flavio (1999). Alrededor de la identidad. Luchas políticas del presente. *Revista Nueva Sociedad*, 162, p. 40-53.
- Bellucci, Mabel, y Trebisacce, Catalina (2020). Grupo de Política Sexual. *Moléculas Malucas*. <https://www.moleculasmalucas.com/post/grupo-de-politica-sexual>
- Benjamin, Walter (1987). *Dirección única*. Madrid: Alfaguara.
- Benjamin, Walter (1989a). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia* (p. 173-190). Buenos Aires: Taurus.
- Benjamin, Walter (1989b). Tesis de filosofía de la historia. En *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia* (p. 15-57). Buenos Aires: Taurus.
- Benjamin, Walter (2009). *La dialéctica en suspenso*. Santiago: LOM Ediciones.
- Benjamin, Walter (2013). Desenterrar y recordar. En *Cuadros de un pensamiento*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Bergson, Henri (1963). *La evolución creadora*. España: Aguilar.
- Berkins, Lohana, Fernández, Josefina (Coord.) (2005). *La gesta del nombre propio. Informe sobre la comunidad travesti en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Berlant, Lauren (2020). *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra Editora (Obra original publicada en 2011).
- Berlant, Lauren, & Warner, Michael (1998). Sex in public. *Critical Inquiry*, 24(2), p. 547-566. <https://doi.org/10.4324/9781003089186-12>
- Bianciotti, María Celeste. Cuerpo y género: apuntes para pensar prácticas eróticas de mujeres jóvenes. Aportes de Judith Butler y Pierre Bourdieu. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. Nº6. Año 3. Agosto-noviembre de 2011. Argentina. ISSN: 1852-8759. p. 70-82.
- Binder, Inés (2017). *[ciberfeministaslatam] Identidad y agencia colectiva del movimiento ciberfeminista en América Latina* [Trabajo de fin de máster]. Universidad de Salamanca, España. Recuperado de https://donestech.net/files/tfm_binder_-_master_ciencia_politica_-_final.pdf
- Blair Trujillo, Elsa (2008). Los testimonios o las narrativas de la(s)memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, 83-113, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia.
- Blanc, Manuela (2013). *Aonde ninguém é Zé Ninguém: a experiência cidadina na pequena cidade, a notoriedade compartilhada e suas as repercussões sobre um modo de vida "urbano"*. De cidades à cidade nas ciências sociais brasileiras [Simposio]. https://www.academia.edu/7364868/Aonde_ningu%C3%A9m_%C3%A9_Z%C3%A9_Ningu%C3%A9m_a

experiencia ciudadana en la pequeña ciudad y la notoriedad compartida y sus repercusiones sobre un modo de vida urbano

- Blanc, Manuela (2016). "Para além das suas fronteiras": personalidade, conduta pública e trajetórias pequeno-urbanas. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 15 (45), p. 78-88.
- Bolcatto, Natalia (2008). [Entrevistada por Amalia Hidalgo]. *Revista Baruyera*, p. 21.
- Braidotti, Rosi (1991). *Patterns of Dissonance: A Study of Women and Contemporary Philosophy*. London: Polity Press.
- Braidotti, Rosi (1993). Embodiment, Sexual Difference, and the Nomadic Subject. *Hypatia*, 8(1), p. 1–13. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.1993.tb00625.x>
- Braidotti, Rosi, 2002 "Un ciberfeminismo diferente" http://www.e-leusis.net/ciberfeminismo/mujeres_ciberfeministas_ver.asp?id_monografico=178
- Briones, Claudia, Delrio, Walter (2007). La "conquista del desierto" desde perspectivas hegemónicas y subalternas. *Runa*, 27, 23-48.
- Bullentini, Ailín (2023, abril 22). *La persecución al colectivo travesti-trans bajo el terrorismo de Estado*. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/542751-la-persecucion-del-colectivo-travesti-trans-bajo-el-terroris>
- Burgos, Juan Manuel, 2011. *Página/12: soy*. [online] Pagina12.com.ar. Available at: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-1935-2011-04-15.html>> [Accessed 1 February 2021].
- Burton, Julia y Peralta, Guillermina (2016). Redes en torno al aborto clandestino: vínculos de socorristas y sistema de salud en Neuquén, Argentina. *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales*, 6, p. 158-181.
- Burton, Julia (2018). *A la neuquina. Un estudio sobre la militancia feminista no metropolitana por el derecho al aborto*. [Tesis de doctorado no publicada]. Universidad Nacional de San Martín
- Butler, Judith (2000). Imitación e insubordinación de género. *Revista de Occidente*, (23), 85–109.
- Butler, Judith (2004). *Undoing gender*. New York: Routledge.
- Butler, Judith (2020). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Butler, Judith (2001). *Mecanismos psíquicos del poder*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Butler, Judith (2004). *Lenguaje, poder e identidad* (Javier Saez, Beatriz Preciado, trads.). Madrid: Editorial Síntesis.
- Butler, Judith (2019a). *El género en disputa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PAIDÓS.
- Butler, Judith (24 de abril de 2019b). *La memoria del pasado también puede vincularse con una imaginación del futuro*. Espacio Memoria. <https://www.espaciomemoria.ar/2019/04/24/judith-butler-la-memoria-del-pasado-tambien-puede-vincularse-con-una-imaginacion-del-futuro/>
- Cáceres Riquelme, Jorge, & Herrera Pardo, Hugo (2014). Las Formas Fijas Y Sus Márgenes: Sobre "Estructuras De Sentimiento" De Raymond Williams. Una Trayectoria. *Universum*, 29(1), 173–191. <https://doi.org/10.4067/s0718-23762014000100010>
- Calista. (2002). *Quiénes somos*. Dale en el ARCO Juana! http://www.daleenelarcojuana.com.ar/quienes_somos.html
- Cano, Inés (1982). El movimiento feminista argentino en la década del '70. *Todo es Historia*, 183(1). Buenos Aires.
- Cano, Virginia (2015). *Ética tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*. Buenos Aires: Madreselva.
- Cano, Virginia (2016). *Políticas del nombre (im)propio: una exploración en torno a nuestra lengua tortillera* [Simposio]. I Coloquio Internacional sobre Estudios y Políticas de Género: Los mil sexos. Buenos Aires, Argentina.
- Cano, Virginia (2017). Políticas de archivo y memorias tortilleras: Una lectura de los Cuadernos de Existencia Lesbiana y Potencia Tortillera. *Boletín Onteakien* (24), p. 11-19.
- Carrasco, Adriana (2019). Marcha del Orgullo: el debate por la participación de heterosexuales. *Página12*.
- Carrasco, Adriana (2021). Safina y Josefina, matriarcas de la existencia lesbiana. *Página12*.

- Causa, Adriana (2006). Mujeres en red/red de mujeres: presencia del feminismo en Internet. El caso de RIMA. En Alcalá Cortijo et al. (Coord.), *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*, p. 157-167. Universidad Autónoma de México: México.
- CEDINCI (2018). *ESCRITA EN EL CUERPO*. <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/escrita-en-el-cuerpo/#:~:text=NOTAS%3A%20Escrita%20en%20el%20cuerpo,muy%20valiosa%20de%20historia%20oral>
- Cepal, Naciones Unidas (1995). *Informe de la Sexta Reunión Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe*. Recuperado de: <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/fea125a5-dd10-4a8c-9bc2-e4439d007741/content>
- Cevasco, María Elisa (2021). Raymond Williams: notas para el presente. *Revista de Estudios Internacionales*, 3(1), p. 27-35.
- Chejter, Silvia, y Laudano, Claudia (2003). Feministas y feminismos en el II Foro Social Mundial de Porto Alegre. *Estudios Feministas*, 11(2), p. 576-585.
- Ciriza, Alejandra, y Rodríguez Agüero (2021). "Genealogías de los estudios feministas en las universidades nacionales: una cartografía provisoria". En Martin, Laura (Comp.) *Ruge. El género en las universidades*. Buenos Aires: Ruge, p. 164-184.
- Cocciarini, Natalia (2022, enero 30). Proyecto Nombres Argentina. Las mantas que cobijaron recuerdos y perpetuaron militancias. *Moléculas Malucas*. <https://www.moleculasmalucas.com/post/proyecto-nombres-argentina>
- Colectiva del Río Combahee ([1977]1988). Una declaración feminista negra. En Moraga, C. & Castillo, A. (Comp.), *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos* (p. 172-184). San Francisco: ism press.
- Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán (1991). *No creas tener derechos*. Madrid: Horas.
- Corbalán, Macky (2004). El salto del Yo al Nosotras, entre los grandes pájaros oscuros de la historia. *Entre Nosotras* (1), p. 16-21, Safo piensa.
- Corbalán, Macky (octubre de 2011). "La primera militancia es en el lenguaje", *Suplemento Tinta China*, N° 80.
- Correa, María Belén (2015). [Entrevistado por Revista Furias]. <https://contrahegemoniaweb.com.ar/2015/12/27/entrevista-a-maria-belen-correa-nos-volvimos-activistas-sin-darnos-cuenta/>
- Cvetkovich, Anne (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. España: ediciones bellaterra.
- Dalmaroni, Miguel (2004). Conflictos culturales: notas para leer a Raymond Williams. *Punto de Vista.*, 27(79), 1-9.
- De Lauretis, Teresa (1990). *Sexual Difference: A theory of socio-symbolic practice*. Bloomington: Indiana University Press.
- De Lauretis, Teresa (1992). *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. España: Ediciones Cátedra S.A.
- De Lauretis, Teresa (1993). Sujetos excéntricos: la teoría feminista y la conciencia histórica. *De Mujer a Género, Teoría, Interpretación y Práctica Feministas en Las Ciencias Sociales*, p. 73-113.
- De Lauretis, Teresa (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. España: horas y HORAS.
- De Lauretis, Teresa (2007). *Figures of resistance. Essays in Feminist Theory* (P. White, ed.). Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- De Lauretis, Teresa (2014). *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. Argentina: bocavulvaria ediciones.
- Departamento de Asuntos Económicos y Sociales División para el Adelanto de la Mujer (2010). Conclusiones convenidas de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer sobre las esferas de especial preocupación de la Plataforma de Acción de Beijing, 1996-2009. *Conclusiones*, 244 páginas. Disponible en: <https://www.un.org/womenwatch/daw/public/agreedconclusions/Agreed-Conclusions-Spanish.pdf>
- De Sousa Santos, Boaventura (2009). *Una epistemología del sur*. Buenos Aires: CLACSO-Siglo XXI.
- Diario Río Negro (2006). *Lesbianas piden por sus derechos en Neuquén*. Consultado el 15 de mayo de 2023, en <https://www.rionegro.com.ar/lesbianas-piden-por-sus-derechos-en-neuquen-HBHRN0605262326602/>
- Di Marco, Graciela, Palomino, Héctor, Altamirano, Ramón, Méndez, Susana y Palomino, Mirta (2003).

- Movimientos sociales en la Argentina. Asambleas. La politización de la sociedad civil.* Buenos Aires: UNSAM.
- Di Marco, Graciela (2010). Los movimientos de mujeres en la Argentina y la emergencia del pueblo feminista. *La Aljaba*, 14, p. 51-67.
- Di Marco, Graciela (2011). *El pueblo feminista. Movimientos sociales y lucha de las mujeres en torno a la ciudadanía.* Buenos Aires: Biblos.
- Di Marco, Graciela (2012). Las demandas en torno a la Ciudadanía Sexual de las mujeres en Argentina. *SER Social*, 14(30), p. 210-243.
- Dirección General de Estadísticas y Censos (2022). *Las uniones civiles convivenciales en la Ciudad de Buenos Aires. Año 2021.* Disponible: https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2022/09/ir_2022_1690.pdf
- Donoso, Silvia (2012). *La familia lesboparental: ¿la reinención de la familia?* [Tesis para optar por el título de Doctora en Antropología]. Universitat de Barcelona.
- Drovetto, Raquel (2015). Líneas telefónicas de información sobre aborto seguro: una estrategia efectiva para incrementar el acceso de las mujeres a los abortos seguros en América Latina. *Reproductive Health Matters*, 23(45), p. 47-57. DOI: 10.1016/j.rhm.2015.06.004
- Duffy, María Luz (2019). *La lucha por la liberación de la mujer: las militantes del PST en la década del 70.* XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Duggan, Lisa (2002). The new homonormativity: The sexual politics of neoliberalism. En: Castronovo & Nelson (Eds.) *Materializing Democracy: Toward a Revitalized Cultural Politics.* Durham, NC: Duke University Press, p. 175-194.
- EspArtiles (2005). *Conclusiones del I Encuentro Presencial del Espacio de Articulación Lésbica realizado en Córdoba los días 18, 19 y 20 de febrero de 2005.*
- EspArtiles (2006). *Cambiamos las preguntas.* http://potenciatortillera.blogspot.com/2006/05/espartiles_10.html#more
- Espartiles, 2009. *POTENCIA TORTILLERA.* [online] Potenciatortillera.blogspot.com. Disponible en: <<http://potenciatortillera.blogspot.com/search?q=espartiles>> [Consultado el 7 septiembre 2022].
- Espinosa Miñoso, Yuderkys (2007). *Escritos de una lesbiana oscura.* Buenos Aires-Lima: en la frontera.
- Espinosa Miñosa, Yuderkys (2016). Historizar las disputas, indagar las fuentes: hipótesis para pensar el movimiento de lesbianas en América Latina. *ATLÁNTICAS-Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1 (1), p. 240-259. DOI: <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2016.1.1.1817>
- FALGBT, 2010. *Matrimonio para todas y todos.* [online] Lgbt.org.ar. Disponible en: <<http://www.lgbt.org.ar/blog/Matrimonio/matrimonio.htm>> [Consultado el 8 de septiembre, 2022].
- Falquet, Jules (2014). Las «Feministas autónomas» latinoamericanas y caribeñas: veinte años de disidencias. *Universitas Humanística*, (78), 39-63. <https://doi.org/10.11144/javeriana.uh78.falc>
- Federici, Silvia ([2004] 2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpos y acumulación originaria.* Madrid: Traficantes de sueños.
- Felitti, Karina (2005). La política demográfica del tercer gobierno peronista: justificaciones, repercusiones y resistencias a las restricciones al control de la natalidad (1973-1976). [En línea] *Trabajos y Comunicaciones*, (30-31). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.318/pr.318.pdf
- Felitti, Karina (2006). En defensa de la libertad sexual: discursos y acciones de feministas y homosexuales en los '70. *Temas de Mujeres*, 2(2), 47-69.
- Figari, Carlos y Ponce, Elsa (1999). De los fusiles a las plumas: movimientos sociales de identidad de género en Argentina. *Separata Red de Filosofía y Teoría Social*, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Universidad Nacional de Catamarca, p. 1-11.
- Figari, Carlos, Gemetro, Florencia (2009). Escritas en silencio. Mujeres que deseaban a otras mujeres en la Argentina del Siglo XX. *Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana* (3), p. 33-53.
- Figari, Carlos; Jones, Daniel; Libson, Micaela; Manzelli, Hernán; Rapisardi, Flavio; Sívori, Horacio (2005). *Sociabilidad, política, violencia y derechos. La Marcha del Orgullo GLTTB de Buenos Aires 2004.* Buenos Aires: Antropofagia.
- flores, val, (2004a). *La Lengua Bífida De La Lesbiana.* [online] Escritoshereticos.blogspot.com. Disponible en:

- <<http://escritoshereticos.blogspot.com/2009/04/la-lengua-bifida-de-la-lesbiana.html>> [Accessed 16 December 2020].
- flores, val, (2004b). "Fugitivas en el desierto": voces lesbianas en un paisaje heterosexual. *Entre Nosotras* (1), p. 22-33, Safo piensa.
- flores, val (2005). *Notas lesbianas: reflexiones desde la disidencia sexual*. Rosario: Hipólita Ediciones.
- flores, val (2008). *Potencia Tortillera: un palimpsesto de la perturbación*. [en línea] Escritoshereticos.blogspot.com. Disponible en: <<http://escritoshereticos.blogspot.com/2009/06/potencia-tortillera-un-palimpsesto-de.html>> [Consultado el 30 de agosto de 2022].
- flores, valeria (2010a). *Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje*. Neuquén: Ají de pollo.
- flores, val (2010b): Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política". En Espinosa Miñoso (Coord.), *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, p. 211-233. Buenos Aires: En la Frontera.
- flores, val (2011). *Página/12: soy*. [online] Pagina12.com.ar. Disponible en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-1957-2011-04-29.html>> [Consultado el 12 de septiembre de 2022].
- flores, val (2013). *Interruqciones. Ensayos de poética activista*. Neuquén: Editora La Mondonga Dark.
- flores, valeria (2015). *El sótano de San Telmo. Una barricada proletaria para el deseo lésbico en los '70*. Buenos Aires: Madreselva.
- flores, valeria (2016). La intimidad del procedimiento. Escritura, lesbiana, sur como prácticas de sí. *Badebec*, Vol. 6(11), p. 230-249
- flores, val (2019). Con luz propia. Comunicación presentada al XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y el IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Mar del Plata.
- flores, val (2021). *Romper el corazón del mundo. Modos fugitivos de hacer teoría*. Buenos Aires: La Libre editora.
- Fraser, Nancy, Butler, Judith (2000). *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. España: Traficantes de sueños.
- Friedman, Elisabeth (2017). La Red Informativa de Mujeres de Argentina: Construyendo un Contrapúblico. En Friedman (Ed.), *Interpreting the Internet: Feminist and Queer Counterpublics in Latin America*, p. 127-163. Oakland: University of California Press.
- Frye, Marilyn (1983). *Some Reflections on Separatism and Power*. Féministes radicales. Traducción de Claudia Hinojosa <https://www.feministes-radicales.org/2012/07/31/some-reflections-on-separatism-and-power-marilyn-frye/> [Accessed 17 Mayo 2023].
- Fuskova, Ilse; Schmid, Silvia; Marek, Claudina (1994). *Amor de mujeres. El lesbianismo en la Argentina, hoy*. Buenos Aires: Planeta.
- Fuskova, Ilse (2001). Para la historia de Cuadernos de Existencia Lesbiana. *Brujas*. 28, p. 66-68.
- Fuss, Diana (1989). *Essentially Speaking. Feminism, nature and difference*. New York: Routledge.
- Galceran Huguet, Monserrat (2000). ¿Qué se reconoce en las políticas de reconocimiento? Una introducción al debate entre Nancy Fraser y Judith Butler. En Butler y Fraser, *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo* (p. 7-22). España: Traficantes de sueños.
- Gasparri, Javier, Theumer, Emmanuel, & Paz, Lucía (2021). *¿Qué es Stonewall?* Santa Fe: Vera Cartonera.
- Gemetro, Florencia. (2009). *Lesbianismo, homosexualidad femenina y homosexualidad. Reflexiones críticas sobre el uso sociológico de los términos en la Argentina*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.
- Gemetro, Florencia (2011). Lesbianidades. Algunas coordenadas historiográficas para entender la construcción del lesbianismo en Argentina. En Gutiérrez, Alicia (Comp.), *Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades* (p. 91-117). Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Genovese, Alicia (2015). *La doble voz: poetas argentinas contemporáneas*. Villa María: Eduvim.
- Garbayo Maeztu, Maite (2016). Dar presencia al cuerpo: prácticas performáticas en el tardofranquismo. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. XXXVIII, núm. 108, p. 123- 147.
- Gravila, Canela Constanza (2007). Feminismo, conciencia y vidas privadas. *XI Jornadas*

- Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Guillaumin, Colette, Tabet, Paola, & Mathieu, Nicole Claude (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas* (O. Curiel & J. Falquet, eds.). Buenos Aires: Brecha Lésbica.
- Gutiérrez, Laura (2017). *Imágenes de lo posible. Intervenciones y visibilidades feministas en las prácticas artísticas en Argentina (1986-2013)* [Tesis de doctorado no publicada]. Universidad de Buenos Aires.
- Gutiérrez, Laura, y flores, valeria. (2017). La sangre del pueblo (también) es lesbiana: la experiencia artístico-política de Lesbianas en la Resistencia (1995-1997). *Debate Feminista*, 54. <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.df.2017.07.003>
- Halberstam, Jack (2005). *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*. Nueva York: New York University Press.
- Halberstam, Jack (2008). *Masculinidad femenina*. Barcelona: egales editorial.
- Halberstam, Jack (2011). *The queer art of failure*. Durham and London: Duke University Press.
- Hankinson Nelson, Lynn (1996). "Empiricism without Dogmas" en Hankinson Nelson, Lynn y Nelson Jack (Eds.) *Feminism, Science, and the Philosophy of Science*. Gran Bretaña: Kluwer
- Hankinson Nelson, Lynn (1993). Epistemological Communities. En Alcoff, Linda y Potter Elizabeth (Eds.), *Feminist Epistemologies*. Nueva York: Routledge.
- Haraway, Donna (1985). A manifesto for cyborgs: Science, technology and socialist feminism in the 1980s. *Socialist Review*, 80(15), p. 65-107. Disponible en línea: <http://www.stanford.edu/dept/HPS/Haraway/CyborgManifesto.html>
- Haraway, Donna (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Harding, Sandra (Ed.) (2004). *The feminist standpoint theory reader. Intellectual and political controversies*. New York and London: Routledge.
- Hemmings, Clare (2005). Invoking Affect: Cultural theory and the ontological turn. *Cultural Studies*, 19(5), 548–567. <https://doi.org/10.1080/09502380500365473>
- Hill Collins, Patricia (1986). "Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought." *Social Problems* 33 (6), p. 14-32.
- Hill Collins, Patricia (2004). *Black sexual politics. African Americans, gender and the new racism*. New York: Routledge.
- Hiller, Renata (2009) *Contornos sexuados del concepto de ciudadanía: interrogantes a partir de la Ley de Unión Civil de Buenos Aires*. [Tesis para optar por el título de Maestría]. Universidad de Buenos Aires.
- Hiller, Renata (2010) Matrimonio igualitario y espacio público en Argentina. En Clerico, Laura y Aldao, Martín (Comps.) *Matrimonio Igualitario. Perspectivas sociales, políticas y jurídicas*, p. 85- 130. Buenos Aires: EUDEBA.
- Hiller, Renata (2017). *Conyugalidad y ciudadanía. Disputas en torno a la regulación estatal de las parejas gay lésbicas en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Teseo.
- hooks, bell (2019). Theory as liberatory practice. *Nomadas*, 50, 123–135. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n50a8>
- INADI, (2019). *Diversidad sexual y derechos humanos Sexualidades libres de violencia y discriminación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- INADI, (2020). *Donación de Sangre sin discriminación* [Comunicado a la sociedad argentina]. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/donacion-de-sangre-sin-discriminacion>
- Infoleg (2006). PROGRAMA NACIONAL DE EDUCACION SEXUAL INTEGRAL, Ley 26.150. <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/120000-124999/121222/norma.htm>
- Infoleg (2009). Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual. <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/155000-159999/158649/norma.htm>
- Infoleg (2012). IDENTIDAD DE GENERO, Ley 26.743. <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/195000-199999/197860/norma.htm>
- Infoleg (2013). REPRODUCCION MEDICAMENTE ASISTIDA, Ley 26.862 <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/215000-219999/216700/norma.htm>
- Insausti, Santiago Joaquín (2015). Los cuatrocientos homosexuales desaparecidos: Memorias de la represión

- estatal a las sexualidades disidentes en Argentina. En D'Antonio, Debora (Comp.) *Deseo y represión: Sexualidad, género y Estado en la historia reciente argentina*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Insausti, Santiago Joaquín (2021). *Los cuatrocientos homosexuales desaparecidos: Memorias de la represión estatal a las sexualidades disidentes en Argentina*. Moléculas Malucas. Available at: <https://www.moleculasmalucas.com/post/los-cuatrocientos-homosexuales-desaparecidos>
- Jagose, Annamarie (2002). *Inconsequence. Lesbian representation an the logic of sexual sequence*. London: Cornell University Press.
- Jelin, Elizabeth (1994). ¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONGs en los años noventa. *Revista Mexicana de Sociología*, 56(4), 91–108.
- Jelin, Elizabeth (1996). “Mujeres, género y derechos humanos” en Jelin, Elizabeth y Hershberg, Eric (Coords.) *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Jiménez España, Paula (2020). Con esta boca, en este mundo. El devenir de los ciclos de poesía desde los años setenta hasta la actualidad. En Arnés, De Leone y Punte (Coords.), *Historia feminista de la literatura argentina. En la intemperie*. (p. 403–425). Eduvim.
- Kornblit, Ana Lía, Pecheny, Mario y Vujosevich, Jorge (1998). *Gays y lesbianas: formación de la identidad y derechos humanos*. Buenos Aires: La Colmena.
- Kosofsky Sedgwick, Eve (1998). *Epistemología del armario* (Vol. 1). Retrieved from <https://programadssrr.files.wordpress.com/2013/05/kosofsky-sedgwick-eve-epistemologc3ada-del-armario.pdf>
- Kosofsky Sedgwick, Eve (2003). *Touching feeling. Affect, pedagogy, performativity*. London: Duke University Press.
- hooks, bell, Avtar, Brah, Chela, Sandoval, Anzaldúa, Gloria, Levins Morales, Aurora, Bhavnani, Kum-Kum, Coulson, Margaret, Alexander, M. Jacqui y Tapalde Mohanty, Chandra (2004). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lacombe, Andrea (2010). *Ler[se] nas entrelinhas. Sociabilidades e Subjetividades entendidas, lésbicas e afins* [Leer[se] en las entre líneas. Sociabilidades y subjetividades entendidas, lesbianas y afines] [Tesis para optar por el título de Doctora]. Universidad Federal de Rio de Janeiro.
- Lacombe, Andrea (2016). Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexo-afectivas con otras mujeres. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology*, 13(1), 102–114. <https://doi.org/10.1590/1809-43412016v13n1p102>
- La Fountain-Stokes, Lawrence (2005). Cultures of the Puerto Rican Queer Diaspora. En Epps, Valens y Jhonson González (Eds.), *Passing Lines: Sexuality and Immigration*. Cambridge: David Rockefeller Center for Latin American Studies y Harvard University Press.
- Laudano, Claudia (2018). Acerca de la apropiación feminista de TICs. En Chaher, Sandra, (Comp.), *Argentina: medios de comunicación y género ¿hemos cumplido con la plataforma de acción de Beijing?* (p. 138-146). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Comunicación para la Igualdad Ediciones.
- Lewin, Ellen (1994). Negotiating lesbian motherhood: The dialectics of resistance and accommodation. En E. N. Glenn, G. Chang, & L. R. Forcey (Eds.), *Mothering: Ideology, experience, and agency* (p. 333-353). New York/London: Routledge.
- Libson, Micaela (2012). Parentalidades gays y lesbianas: los cambios de relato. *Sociedade e Cultura* (15), N° 2, p. 309-317.
- Libson, Micaela (2013). Parentalidades gays y lesbianas: el surgimiento de la temática en la Argentina. *Revista de Ciências Sociais* (44), N° 1, p. 109-131
- Lo Giúdice, Alicia (Comp.) (2008). *Psicoanálisis: Identidad y Transmisión. Centro de Atención por el Derecho a la Identidad de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Ediciones Abuelas de Plaza de Mayo.
- López, Susan, Michelli, Virginia (Coord.) (2016). *Problematizando la salud. Aportes conceptuales y experiencias de trabajo en territorio desde la perspectiva de la medicina social / salud colectiva*. La Plata: Libros de Cátedra de la Universidad Nacional de La Plata.

- Lorde, Audre (2003). Usos de lo erótico: lo erótico como poder. En Lorde, *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias* (p. 37-46.). Madrid: Editorial Horas y horas. (Trabajo original publicado en 1978).
- Lorde, Audre (2007). *Sister Outsider*. Berkeley: Crossing Press. (Obra original publicada en 1984)
- Lozano Rubello, Gabriela (2019). Los estudios de género en la UBA y la UNAM: una conquista del feminismo académico. *Universidades*, N° 81, p. 45-54.
- Ludmer, Josefina (1985). Las tretas del débil. En Gónzález, Patricia, y Ortega, Eliana, *La sartén por el mango* (p. 47-54). Puerto Rico: Ediciones El Huracán.
- Maffia, Diana, Peker Luciana, Moreno, Aluminé, Morroni, Laura (Eds.) (2011). *Mujeres pariendo historia. Cómo se gestó el Primer Encuentro Nacional de Mujeres*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Legislatura Porteña.
- Malas como las Arañas (2010). [Entrevistadas por Alejandra Varela]. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-1598-2010-09-10.html>
- Malas como las Arañas (2014). Queridas amantes. *I Celebración de las amantes*, p. 1–2. Córdoba. Disponible en: <http://potenciartortillera.blogspot.com/search?q=celebraci%C3%B3n+de+las+amantes>
- Mañeru Méndez, Ana (1991). Prefacio. En Violi, Patrizia, *El infinito singular* (p. 7-10). Valencia: Ediciones Cátedra.
- Marks, Elaine (1979): “Lesbian Intertextuality”. En: Stambolian y Marks (Eds.): *Homosexualities and French Literature* [Homosexualidades y literatura francesa. Ithaca: Cornell University Press.
- Massey, Doreen (2005). *For space*. London: SAGE Publications.
- Massey, Doreen (2012). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En Massey, Albet y Benach, *Doreen Massey, Un sentido global del lugar* (p. 156-181). Barcelona: Icaria Editorial.
- Masson, Laura (2007). *Feministas en todas partes: una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Mattioli, Marina (2013). ¿Cómo trabajar los testimonios en las investigaciones? Reflexiones teóricas y metodológicas en torno al caso del aborto. *X Jornadas de Sociología de La UBA*, 0–11. Retrieved from <http://www.aacademica.org/000-038/268%0AActa>
- Meccia, Ernesto (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Melo, Adrián (2012). *A la ene equis potencia*. Página/12. SOY. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2334-2012-02-24.html>
- Mines, Ana, Díaz Villa, Gabi, Rueda, Roxana, Marzano, Verónica (2013). “El aborto lesbiano que se hace con la mano”. *Ccontinuidades y rupturas en la militancia por el derecho al aborto en Argentina (2009-2012). Bagoas. Estudios gays, géneros y sexualidades* (7), p. 133 - 160
- Mogrovejo, Norma ([2000] 2021). *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Mogrovejo et al. (Comp.). (2009). *Desobedientes. Experiencias y reflexiones sobre poliamor, relaciones abiertas y sexo casual entre lesbianas latinoamericanas*. Buenos Aires: en la frontera.
- Mogrovejo, N. (2017). *Del Sexilio al Matrimonio. Ciudadanía Sexual en la era del Consumo Liberal*. Ciudad de México: Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico de México.
- Mohanty, Chandra Tapalde (2003). *Feminism without borders. Decolonizing Theory, Practicing Solidarity* [Feminismo sin fronteras. Descolonizando la teoría, practicando la solidaridad]. Durham and London: Duke University Press.
- Molloy, Sylvia (2002). La flexión del género en el texto cultural latinoamericano. *Cuadernos de Literatura*, 8(15), p. 161–167.
- Moraga, Cheryl, y Castillo, Ana (Eds.). (1988). *Esta puente, mi espalda: voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: ism press.
- Moreno, Aluminé (2006). Ciudadanía y sexualidad en la Ciudad de Buenos Aires, *Revista Nómada*, 24, p. 118-128.
- Moreno, Aluminé (2008). La invisibilidad como injusticia. Estrategias del movimiento de la diversidad sexual. En Pecheny, Figari y Jones (Comps.), *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (p. 217-245). Buenos Aires: Libros del zorzal.
- Moreno Sainz-Ezquerria, Yera (2015). Nombres (im)proprios de la A a la Z. Breves apuntes sobre nombres,

- identidades, cuerpos y agencia narrativa. *Política y Sociedad* (2), p. 539-556.
- Mouffe, Chantal (1995). Feminism, citizenship and radical democratic politics. In Nicholson and Seidman (Eds.), *Social Postmodernism. Beyond identity politics*. (p. 315-332). Great Britain: Cambridge University Press.
- Muraro, Luisa (1991). *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. Madrid: horas y HORAS.
- Muraro, Luisa (1991). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: horas y HORAS.
- Noceti, Agustina (2018). *Lesbianas en primera plana. La revista Fulanas: una experiencia de auto-representación lesbiana* [Tesina para optar por el título de Lic. en Letras]. Universidad de Buenos Aires.
- Noceti, Agustina (2019). Rotativas tortilleras. La revista Fulanas: una experiencia de auto-representación lesbiana. En Arnés y Saxe (Comp.) *Escenas Lesbianas. Tiempos, voces y afectos disidentes* (p. 99-120). Buenos Aires: Ediciones La Cebra.
- Oyarzún, Pablo (2009). Cuatro señas sobre experiencia, historia y facticidad. En Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia* (p. 7-35). Santiago: LOM Ediciones.
- Página/12 (2006). "Cambiamos las preguntas". (s/p). Com.ar. Recuperado el 15 de mayo de 2023, de <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-68314-2006-06-13.html>
- Pagura, M. F., Trevisi, M., Riboldi, A., & Miranda, C. (2013). La conquista de la ciudadanía sexual en clave de género: tramas entre los posicionamientos teóricos y la intervención extensionista. *+E Revista de Extensión Universitaria*, 3, 94–103. <https://doi.org/10.14409/extension.v1i3.440>
- Paterlini, Mariana (2015). *Entre lo personal y lo político. Análisis del discurso en la construcción de una grupalidad: Cruzadas* (Vol. 1). Universidad Nacional de Tucumán.
- Pecheny, Mario (2001). *De la 'no-discriminación' al 'reconocimiento social'. Un análisis de la evolución de las demandas políticas de las minorías sexuales en América Latina*. [Discurso principal]. XXIII Congress of the Latin American Studies Association, Washington DC, Estados Unidos.
- Pecheny, Mario (2005). Identidades discretas. En Arfuch, L. (Comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades* (p. 131-154). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Pecheny, Mario, Figari Carlos y Jones, Daniel (Comps.) (2008). *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina*. Buenos Aires: Libros del zorzal.
- Pecheny, Mario y De La Dehesa, Rafael (2010). Sexualidades y políticas en América Latina: el matrimonio igualitario en contexto. En Aldao, Martín y Clérico, Laura (Coords.), *Matrimonio igualitario. Perspectivas sociales, políticas y jurídicas*, p. 11-62. Buenos Aires: Eudeba.
- Peralta, María Luisa (2011). *Vida, sexo, muerte: invisibilidades y violencias contra las lesbianas* [Presentación en un panel]. 29° Jornada Feminista de Mujeres "Representaciones de la Violencia de Género: Análisis, Críticas y Propuestas", Ciudad de Buenos Aires.
- Peralta, María Luisa (2014). Potencia Tortillera: el deseo de memoria y la construcción permanente como resistencia al aniquilamiento político y cultural. *III Bienal Universitaria de Arte y Cultura*, p. 1–5. La Plata.
- Peralta, María Luisa (2021). *La última razzia a un boliche de lesbianas en Buenos Aires*. [online] Moléculas Malucas. Available at: <<https://www.moleculasmalucas.com/post/la-%C3%BAltima-razzia-a-un-boliche-de-lesbianas-en-buenos-aires>> [Consultado el 27 de abril 2022].
- Perlongher, Néstor (2016). *Prosa Plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires: EDICIONES COLIHUE.
- Petracci, Mónica, Quevedo, Luis, y Vacchieri, Ariana (1993). Los modelos político-comunicativos del SIDA y el cólera en la Argentina, 1991-1993. *Zer*, 3(4), 1–10.
- Piva, Adrián (2009). Vecinos, piqueteros y sindicatos disidentes. La dinámica del conflicto social entre 1989 y 2001. En Alberto Bonnet y Adrián Piva (Eds.), *Argentina en pedazos. Luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Pollak, Michael (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Potenciatortillera.blogspot.com (2011). Sobre este blog. [online] Available at: <http://potenciatortillera.blogspot.com/p/somos-un-punado-de-activistas-lesbianas.html> [Accessed 17 Jun. 2020].
- Potencia Tortillera (2019). Potencia Tortillera: memorias del activismo lésbico en primera persona. Aprendizajes

- y desafíos del archivo digitalizado del activismo lésbico en Argentina. *Aletheia*, 10(19), e027. <https://doi.org/10.24215/18533701e027>
- Rais, Hilda (1984). *LESBIANISMO. Apuntes para una discusión feminista*. Trabajo presentado en el Encuentro Mujer y Violencia, ATEM (Asociación de Trabajo y Estudio sobre la Mujer), Buenos Aires.
- Rais, Hilda (2010). [Entrevistada por M. Soto]. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5425-2010-01-08.html>
- Ramacciotti, Karina; Valobra, Adriana; Riva, Betina (2006). Ecos de las sexualidades. La mirada médica sobre el tribadismo, Argentina, 1936-1955. *Artemis* (5). En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7379/pr.7379.pdf
- Ramacciotti, Karina; Valobra, Adriana (2014). Peor que putas: Tríbadas, safistas y homosexuales en el discurso moral hegemónico del campo médico, 1936-1954. En: D. Barrancos, D. Guy y A. Valobra (Eds.). *Moralidades y comportamientos sexuales: Argentina, 1880-2011*. Buenos Aires: Biblos.
- Rapisardi, Flavio, y Modarelli, Alejandro. (2001). *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Redacción Rosario (2018). *Reconocen como "Institución Distinguida" al Colectivo Arco Iris*. Redacción Rosario. <https://redaccionrosario.com/2018/07/27/reconocen-como-institucion-distinguida-al-colectivo-arco-iris/>
- Rich, Adrienne (1996 [1980]). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *DUODA Revista d'Estudis Feministes* (1), p. 1-37.
- Rich, Adrienne (1984). Apuntes para una política de la posición. En *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida: 1979-1985* (p. 249–272). Buenos Aires: Sudakuir editorial.
- Rich, Adrienne (1985). *Sobre secretos, mentiras y silencios*. Barcelona: ICARIA Editorial.
- Richard, Nelly (1993). *MASCULINO/FEMENINO: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Chile: Francisco Zegers Editor.
- Richard, Nelly (2011). ¿Qué es un territorio de intervención política? En Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (Ed.), *Por un feminismo sin mujeres*, p. 156-178. Territorios Sexuales Ediciones.
- RIMAwab (s/f). RIMAwab. Recuperado el 27 de noviembre de 2022, de <https://redrimaweb.wordpress.com/>
- Rodríguez, Rosana (2013). El poder del testimonio, experiencias de mujeres. *Revista Estudos Feministas*, 21(3), 1149–1169. <https://doi.org/10.1590/S0104-026X2013000300021>
- Romá, Pablo (2011) *Conflictividad social y dominación política en Argentina, 1989-2001. Acumulación de capital, Estado y luchas obreras* [en línea]. [Trabajo final de grado]. Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.719/te.719.pdf>
- Rosa, María Laura (2014). *Legados de libertad. El arte feminista en la efesverscencia democrática*. Buenos Aires: Biblos.
- Rosa, María Laura (2018). Alicia D'Amico. Exploraciones sobre el deseo lésbico a través de la fotografía. *Anales de Historia del Arte*, Nº 28, p. 297-314.
- Rosa, María Laura (2020). Proyecto para la concienciación feminista. Autorretrato de Graciela Sikos y Alicia D'Amico. *Moléculas Malucas*. <https://www.moleculasmalucas.com/post/proyecto-para-la-concienciaci%C3%B3n-feminista>
- Rossi, Patricia (2018). *Cuando hay maltrato en relaciones amorosas/sexuales entre lesbianas*. Topía. <https://www.topia.com.ar/articulos/cuando-hay-maltrato-relaciones-amorosassexuales-lesbianas>
- Rubino, Atilio (2019). Hacia una (in)definición de la disidencia sexual. *Revista Luthor*, 39, 62–80. <http://revistaluthor.com.ar/spip.php?article211>
- Safo piensa (2002). *Safo_piensa. Lesbianas feministas en red*. Potenciatortillera.blogspot.com. Recuperado el 27 de noviembre de 2022, de https://potenciatortillera.blogspot.com/search?q=safo_piensa
- Salessi, Jorge (1995). *Médecos, maleantes y maricas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Sánchez, Luciana (2017). *Hay una lesbiana en mi campaña por el aborto legal*. Agencia Presentes; Agencia Presentes - Periodismo de Géneros. <https://agenciapresentes.org/2017/09/29/una-lesbiana-campana-aborto-legal/>
- Sánchez, Luciana y Macek, Verónica (2013). [Entrevistadas por A. Guzmán]. *A la vista. Lesbianas por la vida*.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3070-2013-08-23.html>

- Santarelli, Nataliam y Anzorena, Claudia (2017). Los socorismos y las disputas de sentidos sobre el aborto voluntario. Consideraciones teóricas desde una perspectiva del feminismo crítico. *Descentrada*, 1, vol. 1, p. 1-14.
- Sarati, María Agustina (2018). *Gramáticas feministas. Luchas, trayectorias y experiencias en la ciudad de La Plata* [Tesis de licenciatura no publicada]. Universidad Nacional de La Plata.
- Sardá, Alejandra; Amadio, Chela (Ed.). (1995). *Escrita en el cuerpo* (Vol. 1). Escrita en el cuerpo.
- Sardá, Alejandra; Guinea, Rosa María; Villalba, Verónica (2014). Lesbianas en América Latina: de la inexistencia a la visibilidad. *Mujeres En Red*, 11.
- Sardá, Alejandra (1997). Argentina. En Comisión Internacional de Derechos Humanos para Gays y Lesbianas, *Secreto a voces. Orientación sexual y los Derechos Humanos de las Mujeres*, (p. 9-15).
- Sardá, Alejandra, y Hernando, Silvana (2020). *No soy bombero pero tampoco ando con puntillas. Historias de lesbianas en Argentina entre 1930 y 1976*. Buenos Aires: Madreselva.
- Schuster, Federico (2006). Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003. *Documentos de trabajo*, 48 (1), p. 1-70.
- Schütz, Alfred (1974). El problema de la realidad social. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schwarz, Patricia (2008). Las lesbianas frente al dilema de la maternidad. En Pecheny, Figari y Jones (Comps.), *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (p. 193-215). Buenos Aires: Libros del zorzal.
- Schwarz, Patricia (2016). *Maternidades en verbo: identidades, cuerpos, estrategias, negociaciones. Mujeres heterosexuales y lesbianas frente a los desafíos de maternar*. Buenos Aires: Biblos.
- Scott, Joan W (2001). "Experiencia." *La Ventana*, 13, p. 42-73.
- Sidoti, Mariana, Tróccoli, Florencia (2019). *El Encontrolazo, un llamado de la disidencia sexual desde los márgenes del 34 Encuentro*. www.0221.com.ar. <https://www.0221.com.ar/nota/2019-10-10-8-20-0-el-encontrolazo-un-llamado-de-la-disidencia-sexual-desde-los-margenes-del-34-encuentro>
- SIGLA, (s/f). *Personería jurídica de la CHA*. Sociedad de Integración Gay Lésbica Argentina. Recuperado el 9 de noviembre de 2023, de https://www.sigla.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=583:personeria-juridica-de-la-cha&catid=25&Itemid=105
- Simmel, Georg ([1903] 1986). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. *Cuadernos Políticos*, 45, p. 5-10.
- Sívori, Horacio (2005). *Locas, chongos y gays*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Smith, Barbara (Ed.) (1983). *Home Girls: A Black Feminist Anthology*. Nueva York: Kitchen Table/Women of Color Press.
- Smith, Dorothy (2005). *Institutional Ethnography. A Sociology for people*. Lanham: Altamira Press.
- Solana, Mariela (2015). *Historia y temporalidad en estudios queer. Implicaciones ontológicas y políticas*. [Tesis para optar por el título de Doctora en Filosofía]. Universidad de Buenos Aires.
- Solari Paz, Ana Cecilia (2023). "aMorales" en dictadura. Vertiente material de las violencias hacia las disidencias sexo-genéricas a través del estudio de caso de la Policía de la provincia de Buenos Aires (1976-1983) (Primera Parte). *Corpo Grafías Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 9(9), 119-138. <https://doi.org/10.14483/25909398.20253>
- Spivak, Gayatri (1987). In *Other Worlds. Essays in Cultural Politics*. New York: Methuen.
- Staroselsky, Tatiana (2019). El problema de la estetización en la filosofía de Walter Benjamin. *Diánoia*, 63 (81), p. 61-84.
- Svampa, Mariestella (1994). *El dilema argentino: civilización o Barbarie*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por asalto.
- Tabbush, C., Trebisacce, C., Díaz, M. C., & Keller, V. (2016). Matrimonio igualitario, identidad de género y disputas por el derecho al aborto en Argentina. La política sexual durante el kirchnerismo (2003-2015). *Revista Latinoamericana*, (22), p. 22-55.
- Tarducci, Mónica (2014). Hitos de la militancia lesbofeminista de Buenos Aires (1984-1995). *Feminismo, Lesbianismo y Maternidad En Argentina, Librería de Mujeres Editoras*, 1-22. Retrieved from https://www.academia.edu/32485640/Hitos_de_la_militancia_lesbofeminista_de_Buenos_Aires_1984-

1995

- Tessa, Sonia y De Cicco, Gabby, 2008. [online] Ciudadaniasx.org. Disponible en: <<http://ciudadaniasx.org/06-lesbianas-de-argentina-en-su-primer-encuentro-nacional-en-pos-de-hacer-respetar-sus-derechos/>> [Consultado 7 Septiembre 2022].
- Thénon, Susana (2007). *La morada imposible*. Tomo 1. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Theumer, Emmanuel (2016). Llamando a Ruth Mary Kelly. *Revista Furias*, 27, Buenos Aires. <http://revistafurias.com/llamando-ruth-mary-kelly/>
- Theumer, Emmanuel (2017). Políticas homosexuales en la Argentina reciente (1970-1990s). *Interdisciplina* 5, n° 11, p. 109-126. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2017.11.61329>
- Theumer, Emmanuel, Trujillo, Noelia, & Quintero, Marina (2020). El nunca más de los 400: políticas de articulación del duelo y la reparación en la argentina reciente. *El Lugar Sin Límites. Revista de Estudios y Políticas de Género*, 3, p. 48-64.
- Torricella Paula (2020). *Feminismos de papel. Continuidades y transformaciones en las revistas feministas argentinas posteriores a 1970*. [Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales]. Universidad de Buenos Aires.
- Trebasacce, Catalina (2008). Las feministas de los 70: Otras prácticas políticas entre la modernización y el cambio social. *V Jornadas de Sociología de la UNLP*, diciembre de 2008, La Plata, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6477/ev.6477.pdf
- Trebasacce, Catalina (2013). *Memorias del feminismo de la ciudad de Buenos Aires en la primera mitad de la década del setenta*. [Tesis para optar por el título de Doctora en Antropología]. Universidad de Buenos Aires.
- Trebasacce, Catalina (2014). Revoluciones simbólicas y de militancia en las feministas porteñas de los setenta. En Tarducci (Comp.), *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina* (p. 7-37). Buenos Aires: Librería de Mujeres Editora.
- Trebasacce, Catalina, & Mangiantini, Martin (2015). Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexo-afectivas disidentes. Apuestas y tensiones en el PST, 1971-1975. *Archivos de Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, 7, 101-120. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n7.137>
- Trebasacce, Catalina (2018). Memorias feministas en disputa y puentes rotos entre los años setenta y los años ochenta. *Mora*, (24), 77-94. <https://doi.org/10.34096/mora.n24.6304>
- Trupa, Noelia (2017). Familias comaternales, usuarias de nuevas tecnologías reproductivas, en el escenario de las ciudadanías biológicas en Argentina. *Nomadías*, (23). <https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/47337>
- Trupa, Noelia (2018). *Experiencia(s) y Comaternidad(es). Un estudio de caso(s) sobre parejas lesbianas usuarias de Tecnologías de Reproducción Asistida del Área Metropolitana de Buenos Aires durante el período 2010-2015*. [Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales]. Universidad de Buenos Aires.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (Coord.) (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Vazquez Laba, Vanesa, y Perez Tort, Mailén (2021). "La segunda reforma universitaria: género y feminismo para la creación de políticas de igualdad". En Martin, Laura (Comp.) *Ruge. El género en las universidades*. Buenos Aires: Ruge, p. 164-184.
- Verbitsky, Horacio (2009). *Comparaciones odiosas*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-136128-2009-11-29.html>
- Vespucci, Guido (2011). Explorando un intrincado triángulo conceptual: *homosexualidad, familia y liberación* en los discursos del Frente de Liberación Homosexual de Argentina (FLH, 1971-1976). *Historia Crítica*, N° 43, p.174-197. <https://doi.org/10.7440/histcrit43.2011.10>
- Vespucci, Guido (2015). Identificaciones sexuales politizadas y modos de vida lésbicos: un análisis sobre Cuadernos de Existencia Lesbiana (Buenos Aires: 1987-1996). *Question: Revista Especializada en Periodismo y Comunicación* (1), N°47, p.432-448.
- Viano, Cristina (2014). Voces (des-encontradas) en los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina. *Revista Paginas*, 6(11), 49-68. <https://doi.org/10.35305/rp.v6i11.29>
- Violi, Patrizia (2008). Espacio público y espacio privado en la era de internet. El caso de los blogs. *Cuadernos de*

- Información y Comunicación*, vol. 13, p. 39-59.
- Wajcman, Judith (2004 [2006]). *El tecnofeminismo*. Valencia: Ediciones Cátedra, Universitat de València.
- Weston, Kate (2003). *Las familias que elegimos. Lesbianas, gays y parentesco*. Barcelona: Editorial Bellaterra.
- Wigdor, G. B., König, M. D., & David, M. (2019). Perspectivas Feministas De Las Relaciones Internacionales: Debates Entre Atravesamientos Neoliberales. *Revista de Estudios Internacionales*, 1(1), 60–69.
- Wilding, Faith (2004). ¿Dónde está el feminismo en el ciberfeminismo? *Lectora. Revista de dones i textualitat* (10), p. 141-151.
- Williams, Raymond (1979). *Politics and letters. Interviews with the "New Left Review"*. Londres: New Left Books.
- Williams, Raymond (1989). *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*. London: Verso.
- Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Williams, Raymond (2003). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wittig, Monique, & Zeig, Sande (1981). *Borrador para un diccionario de las amantes*. Barcelona: Lumen.
- Wittig, Monique (1992). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Boston: Beacon Press.
- Wittig, Monique (2019). *Guerrilleras [Les Guérillères]*. Buenos Aires: Hekht.
- Yañez, Sabrina, & Grasselli, Fabiana (2018). Los vínculos entre lenguajes/experiencias/genealogías en escritos de dos autoras feministas del sur. *Revistas Universidad de León*, (13), 265–280. <https://doi.org/10.18002/cg.v0i13.5375>
- Zurbriggen, Ruth y Anzorena, Claudia (Comps.) (2013). *El aborto como derecho de las mujeres. Otra historia es posible*. Buenos Aires: Herramienta.
- Zurbriggen, Ruth, Vacarezza, Nayla, Alonso, Graciela, Grosso, Belén, Trpin, María (2018). *El aborto con medicamentos en el segundo trimestre de embarazo. Una investigación socorrista feminista*. Buenos Aires: La parte maldita